OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XIX

LOS POEMAS HOMÉRICOS

LA ILÍADA

LA AFICIÓN DE GRECIA

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

letras mexicanas

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XIX

OBRAS COMPLETAS DE
ALFONSO REYES

XIX



ALFONSO REYES

Los poemas homéricos

La Ilíada

La afición de Grecia

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Primera edición, 1968
Segunda reimpresión, 2000

Ilustraciones de ELVIRA GASCÓN

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.
www.fce.com.mx

ISBN 968-16-0346-X (edición general)
ISBN 968-16-1036-9 (volumen XIX)

Impreso en México

ESTUDIO PRELIMINAR

En este volumen se pone a prueba el helenismo fundamental de Reyes; se juntan, en primer término, más de un centenar de páginas inéditas, copiadas directamente de un número mucho mayor de cuartillas manuscritas, sobre *Los poemas homéricos*, verdadera monografía del expositor concienzudo, documentado y brillante que fue; en segundo lugar, el traslado suyo de la *Ilíada* (las nueve primeras rapsodias que él tituló *Aquiles agraviado*, más un fragmento de la décima o *Dolonía*, que permaneció inédito), manifestación palpable de su ejercicio del griego, que ha sido puesto tan en duda; y, finalmente, *La afición de Grecia*, volumen póstumo dedicado en su mayor parte a temas homéricos, que vino a rubricar la actitud predilecta de toda una vida. Nada mejor que tener en un solo volumen la teoría, la historia y la práctica de Reyes en el campo más acendrado de sus múltiples vocaciones.

Empero, la unidad que así se ha conseguido con este material no lo es temática únicamente, sino cronológica en grado eminente; los trabajos aquí reunidos fueron llevados a cabo por Reyes en los diez últimos años de su vida, al par de otros que significaban otras tantas aficiones griegas de su espíritu: religión y mitología, filosofía, historia y geografía de Grecia pasaron de su mente a su voz o a su pluma, a la vez, paralelamente. Pero Homero no dormía en él, sino que era su acicate en la fatiga o su recreo en el ocio creador; así se explica que al mismo tiempo que acometía el traslado de la *Ilíada* compusiera la serie más personal de sonetos: *Homero en Cuernavaca.*

Hasta ahora no hemos querido apurar las fechas de ejecución de estos trabajos, pues queremos darlas todas de una vez, basándonos en las cinematográficas noticias que arroja el propio *Diario* íntimo de Reyes, para que se vea de manera patente cómo se iban entrecruzando en su espíritu las tareas del exégeta, del traductor y del poeta. A mediados de 1948, con objeto de preparar los cursos que anualmente dictaba en El Colegio Nacional, volvió los ojos al texto directo de Homero. Aunque él se dejó decir —como él decía—, en un exceso de modestia: "No leo la lengua de Homero: la descifro apenas", haciéndose eco de aquel romance de Góngora, lo cierto es que sabía el griego lo suficiente para hacerse a la empresa. A los desconfiados hay que notificar que en la Biblioteca Alfonsina se conservan en buena parte las libretas de apuntes y notas de aprendizaje, años de 1907 a 1913. El suscrito, que entiende menos griego que el Góngora del romance, sin mucho esfuerzo ha podido identificar lo siguiente: *1)* copia manuscrita del texto de Luis Mc Grégor (curso del maestro Rivas); *2)* un vocabulario (en hojas sueltas sin numerar); *3)* una libreta de apuntes sobre declinaciones y métrica grie-

gas, 90 pp. (1909-1912); *4)* otra libreta de "Notas técnicas"; *5)* otra de "Apuntes sobre lecturas", Nº 1 de los Cuadernos de *Notas*, 119 pp. (1907-1913). Según el índice de temas que el mismo Reyes elaboró, el cuarenta por ciento de este Cuaderno corresponde a lecturas griegas o a observaciones como ésta, que le sirvió de norma en toda su obra de helenista: "Cuando se hable de los dioses griegos, no llamarlos con nombres latinos, porque éstos —aunque en el concepto vulgar significan lo mismo— no se corresponden de un modo absoluto" (*Notas,* Nº 1, p. 11, octubre de 1907). De idéntica manera pensaba Reyes pasado casi medio siglo de escritas estas líneas (*Obras Completas,* XVI, pp. 342-343.)

Así se explica la seguridad con que el joven Reyes empuñaba la pluma en "Las tres *Electras* del teatro ateniense" (primer ensayo de sus *Cuestiones estéticas,* 55 páginas en la primera edición; *Obras Completas,* I, pp. 15-48) y la poética evocación de "Una aventura de Ulises", de la *Revista Moderna de México* (*Idem,* I, pp. 325-334), ambas piezas de 1908, cuando el autor apenas pasaba los 19 años. Años de aprendizaje del griego, visibles también en su poesía de entonces, como lo ha visto Ingemar Düring: "En sus poemas juveniles el entusiasmo por la poesía antigua y su mundo de figuras mitológicas y sus metáforas se expresa por medio de la imitación directa" (*Alfonso Reyes helenista.* Gotemburgo, Instituto Ibero-Americano, 1955, p. 66). En estos años también aprendió Reyes a curarse en salud; en París, noviembre de 1913, asistió a la reaparición del *Latin mystique,* de Rémy de Gourmont, y con ese motivo escribió estas frases, que bien podemos suponer como su divisa de helenista: "Entrar como aficionado en el terreno del especialista, cuando no hay mucho que decir por cuenta propia, tiene sus castigos en el infierno estético. Aun cuando la obra provenga de tan encantadora pluma, es una obra ociosa. Para entretenimiento, el asunto es frío; para enseñanza, no se escriben así los libros." (*Obras Completas,* VII, p. 459.)

Quizá este severo examen lo hizo posponer por muchos años el ejercicio de su vocación, o los caminos que salieron al paso, llámense periodismo, Centro de Estudios Históricos o carrera diplomática, durante la década madrileña, lo apartaron involuntariamente de lo suyo. Pero lo suyo eran muchas cosas; además, siempre se sacrifica algo por lo otro, y lo otro bien podía ser Góngora o Goethe o Mallarmé, que igualmente apuntaban en *Cuestiones estéticas.* Sin embargo, en Madrid fue oyente asiduo y cronista de las conferencias de Bérard; véanse, por ejemplo, "Las navegaciones de Ulises", de 1919, que treinta años más tarde se leyeron en el "Prólogo a Bérard" de *Junta de sombras* y en su día figuraron en la primera serie de *Simpatías y diferencias.* Su conocimiento del griego y de lo griego debió ser secreto a voces en las tertulias o para los colegas y amigos. Así lo dice un recado de Azorín: "Querido Reyes: ¿Puede usted decirme lo que significan estas tres palabras griegas? ΓΆΡΟΝΤΑ ΚΑῚ ΜΈΛΛΟΝΤΑ. Cordialmente, AZORÍN.

Madrid, 5 de octubre de 1919." La respuesta no se haría esperar, pues Azorín, un mes justo después ya usa la leyenda griega con sello de hule en su correspondencia, y en febrero de 1920 impresa como membrete. En Deva y en Madrid escribió Reyes el poema dramático de la *Ifigenia cruel* y su comentario en prosa, verano y otoño de 1923, el testimonio más intenso de su obra de creador y del exégeta de la tragedia que se había iniciado quince años antes; ambos flancos de su alma, ahora enriquecida y dolorosa por la Decena Trágica mexicana de 1913 que incluye el sacrificio paterno del 9 de febrero, produjeron al unísono ese máximo fruto de la experiencia vital y de la sabiduría humanista. No fueron, pues, ociosos al helenista los años de Madrid.



Pero habían de pasar otros quince años, desde la publicación de su *Ifigenia* (1924) a la de *La crítica en la Edad Ateniense* (1941), para que Reyes se diera por entero, a su retorno definitivo a México, a "la afición de Grecia" de su primera edad literaria. De entonces a su muerte, una etapa decisiva del helenismo de Reyes va de 1948, en que vuelve a los textos homéricos, a octubre de 1959, en que fecha un prólogo para una edición popular de la *Ilíada*. Es la etapa que habremos de documentar a continuación, valiéndonos de su *Diario*, que entremezcla las noticias de sus múltiples quehaceres y de su salud ya precaria. En ellas encontraremos como preocupación principal la traducción y edición de la *Ilíada*; pero al mismo tiempo nacieron los sonetos de *Homero en Cuernavaca* y los cursos "Lectura y análisis de la *Ilíada*" (1948) y "Explicación de la *Ilíada*" (1951), preparados con anticipación, que vienen a ser, con ampliaciones que llegan a la *Odisea*, el texto inédito que hemos titulado *Los poemas homéricos*, impreso ahora aquí en primer lugar.

"Trabajo mucho en Homero... Me ha dado por traducir la *Ilíada*. Voy en [la Rapsodia] I, [verso] 200 en tres días... Sigo con Homero... para copia también *Lectura y análisis de la Ilíada*. Ya acabé mi traducción del Canto I de la *Ilíada* en versos alejandrinos", se lee en el *Diario*, entradas del 29 y 30 de julio y del 3 y 21 de agosto de 1948, respectivamente (vol. 10, fols. 162-164). "Varios días en Cuernavaca. Acabé *Lectura y análisis de la Ilíada* para futuro curso. Sigo mi traducción de la *Ilíada*... Sigue Homero... En Cuernavaca con Homero... En Cuernavaca del 14 a hoy, con Homero y sonetos *Homero en Cuernavaca*. Gran trabajo... Sigo en Cuernavaca con Homero, *Ilíada*, y otros trabajos... Mandé a [Gabriel] Méndez Plancarte, *Ábside*, 12 sonetos de *Homero en Cuernavaca*. Gran salud, gran trabajo... Encerrado con la *Ilíada*. Voy en el verso 750 de la Rap[sodia] II. Me falta un centenar para acabar esta Rapsodia. Es la más dura, por los catálogos de tropas. No la tradujo por eso Lugones. Inauguro lectura de *Junta de sombras* llamándole *Mo-*

mentos e Imágenes de Grecia en El Colegio Nacional" (4, 8 y 30 de septiembre de 1948; vol. 10, fols. 165-167). De la difícil enumeración de las naves aqueas y del ejército del frente troyano, ya Reyes había hecho referencia en el artículo "Entre bambalinas" (*Todo*, México, 26 de diciembre de 1937), al querer enlistar a los concurrentes al Congreso de Viena: "...enumerar a esta multitud heterogénea sería imposible, salvo para las Musas que invocaba Homero en su catálogo de naves y ejércitos" (*Historia de un siglo*, en *Obras Completas*, V, p. 70); véase el esfuerzo realizado en la traducción de la *Ilíada*, II Rapsodia, versos 482-778 y 809-870 (en el presente volumen, pp. 130-139 y 140-142, respectivamente).

El mes de octubre de 1948 lo pasa entre Cuernavaca y México, entregado a la misma labor: "Llegué ayer [a Cuernavaca] a las 2 p. m. Entre las 4 p. m. y hoy a igual hora, adelanto 140 versos de la segunda Rapsodia de la *Ilíada*... Ya voy en el verso 325 de la *Ilíada*... Aquí [en México], a mi conferencia del Colegio Nacional... para luego volver a Homero... Encerrado en mi [cuarto] 221 [del Hotel Chulavista de Cuernavaca]... acabé ¡en rima! las dos primeras Rapsodias de la *Ilíada*... Corregí [en México] copias de mi *Lectura y análisis de la Ilíada* (futuro curso) hasta el Canto X... He hecho unos 115 versos de la III^{a} Rapsodia de la *Ilíada*... [En Cuernavaca] adelanté un poco con mi *Ilíada*. Hoy estoy ya en el telar a las 6 $^{1}/_{2}$ a. m.... Ayer acabé en Cuernavaca, a la 1 $^{1}/_{2}$ p. m., la traducción de la 3ª Rapsodia de la *Ilíada*" (2, 5, 7, 13, 14, 19, 23 y 28 de octubre; vol. 10, fols. 168-170).

En los meses de noviembre y diciembre comienza a resentirse del trabajo, pero sigue con igual ánimo: "Y un poco, Homero... Aunque perezoso, hice por la tarde unos 40 versos de la *Ilíada*... Voy a media Rapsodia IV. Ayer, enfermo y todo... Comienzo a copiar mi *Ilíada*... Comencé la Rapsodia V, *Ilíada*... y sigo, entre jaquecas, con la *Ilíada*... Buen día de trabajo. Copio Rapsodia I, *Ilíada*, y sigo traduciendo la V... Sigo con la Rapsodia V. Acabo a máquina Rapsodia I y sus notas. Corrijo el prólogo de la traducción... Enjaquecado, pero pegado a mi *Ilíada*... Acabé [de] copiar [la] 2ª Rapsodia [de la] *Ilíada* tal vez la más dura... Muy débil. Trabajo duro índice y notas y, a la madrugada... Trabajando con la *Ilíada*. Voy a media Rapsodia V... Trabajando como un león en la *Ilíada*... A las 4 $^{1}/_{2}$ p. m. acabé de un borrón la traducción de la V^{a} Rapsodia de la *Ilíada*... En limpio, el prólogo de mi traducción de la *Ilíada*. Las V primeras rapsodias, entre Cuernavaca y México, del 29 de junio al 13 de diciembre de 1948" (1, 3, 9, 17, 18, 19, 21, 25, 26 y 27 de noviembre, y 2, 13 y 14 de diciembre; vol. 10, fols. 170-176).

La Navidad de 1948 y el Año Nuevo de 1949 sorprendieron a Reyes con "la mitad de la VI^{a} Rapsodia" en el telar, como él decía. Apenas pasadas las fiestas, lo encontramos de nuevo en la tarea: "Sigo la Rapsodia VI de la *Ilíada*. Ya voy a abordar los adioses de

Héctor y Andrómaca [versos 381-528; en este volumen, pp. 216-220]... Anoche [8 de enero], a las 12 de media noche, acabé la VIª Rapsodia de la *Ilíada*. Es la primera etapa. Publicaré con esto el primer libro. Estoy copiando... De noche, cena conmigo el P. Gabriel Méndez Plancarte y me trae 50 ejemplares [de la] tirada aparte de mis sonetos *Homero en Cuernavaca*, preciosamente impresos... Copiando mi traducción [de la] *Ilíada*. Ando terminando copia [de la] Rapsodia V... Copiando mi *Ilíada*. Sólo me falta ya la Rapsodia VIª... Voy a más de ½ Rapsodia VII [de la] *Ilíada* en traducción... Hoy a las 2 p. m. acabé la copia de las VI Rapsodias de la *Ilíada*, por mí traducidas, que ya anuncié a la Universidad, donde me han ofrecido publicación, y la han solicitado... [Raimundo] Lida me devuelve leída la 1ª Rapsodia de mi *Ilíada*... Visita de Fernando Benítez, que me pide para *mañana* un artículo sobre Grecia (futuro suplemento de *Novedades* dedicado a Grecia...) De tarde, correcciones [a la] *Ilíada* y escojo fragmento para *Novedades*. ¡Y escribo una *Presentación de Grecia*, de un rasgo! ... Entregué a Benítez para *Novedades* artículo *Presentación de Grecia* y fragmentito [de] la IIIª Rapsodia [de la] *Ilíada*, trabajando como loco... Leo de tarde fragmentos de mi *Ilíada* a Agustín Yáñez, Abate [González de] Mendoza, Paco Giner [de los Ríos], [José Rojas] Garcidueñas y Joaquín D[íez] Canedo... A la 1 p. m. acabé la traducción de la Rapsodia VII de la *Ilíada*... Llevo un centenar de versos de la Rapsodia VIII de la *Ilíada*. De tarde, y hasta la medianoche, viene Fernando Benítez que me hace leerle muchos inéditos, y me trae el suplemento literario de *Novedades*, precioso, sobre Grecia, del próximo 27 de febrero, con mi *Presentación de Grecia* y mi fragmento homérico..." (4. 9 y 16 de enero, y 4, 10, 11, 13, 15, 16, 17, 20, 22 y 24 de febrero de 1949; vol. 10, fols. 180-186). Esa "Presentación de Grecia" y el fragmento de la *Ilíada* se publicaron, efectivamente, en *México en la Cultura*, suplemento dominical de *Novedades*, México, 27 de febrero de 1949. Nº 4, p. 1, y luego pasó a los *Estudios helénicos* de 1957, como primera pieza (ahora en las *Obras Completas*, XVIII, pp. 23-30, donde en nota se da su historia bibliográfica); el fragmento de la IIIª Rapsodia corresponde a los versos 315-384, "El duelo singular" entre Paris (Alejandro) y Menelao, en este volumen, pp. 152-154.

Los altibajos de la salud lo obligaron a suspender la traducción, cuyas seis primeras rapsodias ya tenían editor a la vista; antes del 21 de octubre sólo encontramos una anotación en el *Diario* referente a la *Ilíada*: "Trabajando en *Parentalia* [primer libro de recuerdos] y en la *Ilíada* VIII" (2 de marzo; vol. 10, fol. 186). Tras ocho meses de receso, prosigue en su empeño: "Me fui a Cuernavaca el jueves 11 [de octubre] y volví esta tarde [del 21]. Aunque no muy famosa mi salud, acabé la Rapsodia VIII de la *Ilíada* y empecé la IX... Comienzo a copiar a máquina [la] VII... En Cuernavaca adelanté [la] IX... y corregí desde la Iª otra vez... Vuelvo a

Cuernavaca, donde ¡acabé la IX Rapsodia de la *Ilíada*! y estoy en anotación general, puntas y ribetes, corrección de copias en limpio... Llegué a las 4 p. m. Tarde templadita y cielo sin mancha. ¡A trabajar en Homero! ... Acabé anoche la revisión y anotación de la VIIª Rapsodia y he comenzado la VIIIª... Por la tarde, acabo la revisión de la VIII y hago un resumen de la IX. Descanso antes de comenzar la revisión de ésta, por verdadera fatiga. ¡Acabé mi faena a las 12 $^1/_2$ de la noche! De entusiasmo he perdido el sueño... Acabé mis retoques de mi *Ilíada*, tras de aprovechar nuevos estudios..." (21 y 22 de octubre, y 11, 15, 24, 26, 27 y 30 de noviembre de 1949; vol. 11 fols. 8-11).

Mientras la *Ilíada* seguía en copia, a mediados de diciembre Reyes tuvo un inesperado estímulo en sus trabajos de helenista; hacia el 11 de diciembre recibió una "carta en que Gilbert Murray me dice que Eurípides hubiera aprobado mi tratamiento de Ifigenia en mi *Ifigenia cruel*" (vol. 11, fol. 12). El texto inglés de Murray, fechado en Oxford, 14 de noviembre de 1949, es el siguiente: "It is most kind of you to have sent me your *Ifigenia cruel.* I was greatly interested to see the differente ending to wich, on good psychological grounds, you had led. I do no think Euripides would have disapproved your treatment." Un buen estímulo para quien la recreación, la traducción y la exégesis de los grandes temas helénicos era una misma cosa.

El año nuevo de 1950 encuentra a Reyes atareado en la copia definitiva de las nueve rapsodias y aun las somete al auditorio de amigos entrañables: "De noche, vino José Gaos. Le leí la Rapsodia VIII de la *Ilíada*" (29 de enero; vol. 11, fol. 18). En febrero el original está listo para las prensas universitarias y es entregado a Francisco Giner de los Ríos. La tarde del 21 de abril, el *Diario* registra una visita de "Wilberto Cantón para [el asunto de la] edición universitaria [de la] *Ilíada*" (vol. 11, fol. 30); pero alguna dificultad ha surgido, que el *Diario* no consigna, en la realización del impreso, pues el 29 de mayo Reyes escribe entre signos de admiración: "¡Aún no logro que la Universidad me devuelva el ejemplar [original] de mi traducción de la *Ilíada*! ¡Qué desorden!" (vol. 11, fol. 37). Al día siguiente, su ánimo parece descansar: "Al fin recobré mi *Ilíada*", escribe en la misma página. El 31 de mayo, a renglón seguido, agrega: "Entregué mi *Ilíada* para que vayan estudiando la edición en el Fondo" [de Cultura Económica]. Pasa más de un mes sin noticias, hasta que el 4 de julio apunta: "... averiguo que el Fondo de Cultura aceptó el viernes pasado [30 de junio] publicar mi *Ilíada*..." (vol. 11, fol. 44). Entretanto, un nuevo estímulo viene a paliar tantas desazones: el amigo Azorín, que ha recibido *Junta de sombras*, volumen helénico publicado a fines del año anterior, le ha enviado el comentario que firmó en el *ABC* de Madrid el 22 de julio, donde puede leerse: "Alfonso Reyes traslada su penetrativa del mundo clásico español al mundo helénico. En el mundo español nos ha hecho comprender —y amar— a un Góngora, un Gracián, un Ruiz de

Alarcón, un Arcipreste de Hita, humanos conversables, coetáneos nuestros. En su nuevo libro, limpiamente impreso, Alfonso Reyes nos da diversos asuntos de la Grecia clásica. Grecia, geográficamente, psicológicamente, aparece ante nuestros ojos. Nos pone patente Alfonso Reyes el prodigio de Grecia... El libro de Alfonso Reyes está dominado por la figura de Homero: el poeta atrae a los poetas, a un Chénier, a un Lamartine..." (*Páginas sobre Alfonso Reyes*. Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1957, II, pp. 147-149). No podía ser menos la penetrativa del "pequeño filósofo"; de un solo trazo englobó al exégeta y al poeta, y al poeta imantado por Homero, que era el Reyes de la última década.

Al fin, el 8 de agosto, entregó la *Ilíada* al Fondo de Cultura Económica (vol. 11, fol. 47), y el 24 de octubre, por la "tarde, Elvira Gascón me consulta [los] dibujos para mi *Ilíada*" (vol. 11, fol. 52). El 15 de noviembre comenzó la corrección de las pruebas de imprenta (vol. 11, fol. 55), trabajo que se prolongará hasta el 12 de mayo de 1951 (vol. 11, fol. 93). A la "nochecita" del 22 de octubre, "Orfila, Joaquín Díez-Canedo, Agustín Millares, Raimundo Lida y Julián Calvo me traen los preciosos primeros ejemplares de mi *Ilíada* I (tres ordinarios y uno fino), con colofón de 15 de septiembre [de] 1951" (vol. 11, fol. 114). Está feliz, como el niño con el juguete nuevo; así anota las visitas recibidas y las que él hace, lo mismo que las dedicatorias, a propósito de la *Ilíada* tan esperada, en verdad preciosamente impresa. El 7 de noviembre anota: "Visita de Orfila Reynal. Me trajo dos ejemplares de lujo de la *Ilíada*. Dedico uno a Nacho y a Celia Chávez. Lo llevaré mañana al Instituto de Cardiología", como en efecto lo hizo (vol. 11, fol. 116). Llegan, el 20 de diciembre, Roberto Fernández "Balbuena y Elvira Gascón, con quien[es] trueco un ejemplar dedicado de la *Ilíada*" (vol. 11, fol. 125); el 22, "Viene de mañana Enrique González Martínez por su *Ilíada*..." (fol. 126), y el 23, el propio Reyes fue "de mañana a llevar su *Ilíada* a Manuel Toussaint" (*idem*).

Pero no se crea que del 15 de noviembre de 1950, que comenzó la corrección de pruebas de la *Ilíada*, hasta el 12 de mayo, que corrigió las últimas, sólo en eso se ocupó. El trabajo, como siempre, crecía entre sus manos; no se conformó con la traducción y el prólogo, sino que continuó, en enero de 1950, la anotación de las Rapsodias, que había suspendido en la VIIIª, el 27 de noviembre de 1949. Volvió atrás, quizá inconforme, pues el 9 de enero de 1951, lo hallamos "Cansado con ... la anotación nueva de la *Ilíada* que he emprendido. Anoté la Rapsodia 1ª" (vol. 11, fol. 64), y el día 10, continúa "trabajando mucho con la anotación de la *Ilíada*" (*idem*, fol. 65). "Sigue la *Ilíada*, anotación ¡y acabo a las 12 en punto de la noche!", se lee en el *Diario* el 15 de enero (*idem*, fol. 66); lo mismo el 18 de enero: "Retocando comentarios a la *Ilíada*, acabé a las 6.30 p. m." (*idem & ibidem*). Y así todo el mes de enero y principios de febrero, hasta llegar a la impaciencia y la fatiga, que re-

gistra en las entradas del 28 de enero y del 11 de febrero, respectivamente: "Trabajando desesperadamente en notas de la *Ilíada*, con ayuda eficaz de Manuelita..." (fol. 68), y "¡Uf! Acabé la enojosísima y ya insoportable anotación de la *Ilíada* a las 7 p. m." (fol. 71).

Concluía una tarea y se embarcaba en otra. "Entretanto que me llegan pruebas de la *Ilíada*, doy a copiar algo de la *Historia de la civilización*, que tenía parada", anota el 14 de febrero (fol. 72), y el 15 sigue "preparando para El Colegio Nacional: *La saga de Troya y la Ilíada*. Pero he decidido no comenzar en marzo, sino en abril. Estoy muy cansado" (fol. 73). Sin embargo, ya para el 18 de febrero escribe: "Prácticamente acabé los apuntes para el curso del Colegio Nacional sobre *La leyenda de Troya*" (*idem*), y el 19: "Retoco las notas de mi curso sobre *La leyenda de Troya*" (*ibidem*). En efecto, sólo el 5 de abril pudo llevar a cabo la "Inauguración de mi curso a las 7, Colegio Nacional, *Leyenda de Troya*. Muy grata sesión" (fol. 83), que concluyó el 17 de mayo: "Acabo en El Colegio Nacional, a las 7. p. m. mi cursillo sobre *La leyenda de Troya*, y dejo preparado el nuevo curso sobre *Explicación de la Ilíada*, que iniciaré el jueves 28 de junio" (fol. 94). En realidad, comenzó el curso ocho días antes, el 20 de junio (fol. 100), y hubo de suspenderlo en la IIª Rapsodia, el 19 de julio (fol. 106), a causa del infarto cardiaco que lo obligó a recluirse en el Instituto de Cardiología.

Ya recuperado, el 8 de mayo de 1952, anota Reyes en su *Diario*: "Hoy reanudo en El [Colegio] Nacional mi curso sobre la *Ilíada*... Tarde: inauguro mi curso, continuando el que interrumpí al enfermarme el año pasado: *Lectura y explicación de la Ilíada*" (vol. 11, fol. 163). De estos dos últimos cursos proceden seguramente los dos primeros ensayos de *La afición de Grecia*: "Negruras y lejanías de Homero" (1951) y "Las agonías de la razón" (1952). Ciertas anotaciones del 22 de abril de 1953, nos remiten a las "Dos comunicaciones" de los *Estudios helénicos*, fechadas ese mismo año (*Obras Completas*, XVIII, pp. 168-172): "Temas: *Ilíada*: no acepto anodinas interpolaciones atenienses (ver Rose). Hesíodo: creo que tras la edad de hierro viene otra mejor ¿cielo? (nota Rose)", que también se relacionan y acaso pueden fechar las piezas 5 y 6 de *Los poemas homéricos*, por tratar del primer tema (vol. 12, fol. 18). La obra de H. J. Rose, *A Handbook of Greek Literature*, fue también consultada por Reyes en esta misma época al redactar *Los héroes* (la segunda parte de su *Mitología griega*), y el tema de "Homero y Hesíodo" vuelve a aparecer como pieza 6 de *La afición de Grecia*, el último año de su vida. Pero mientras llegan los proyectos finales, otros se presentan a cada paso; el 29 de marzo de 1954 preparaba un opúsculo de su Archivo, en plena lucha contra la enfermedad: "La mala salud me obliga a madrugar y, mientras obran los remedios, preparo otro cuaderno de mi Archivo: *La Ilíada*" (vol. 12, fol. 68). Sobreviene un cambio de título a los tres días: "Corrijo *La unidad de la Ilíada*" (fol. 87), y el 3 de abril sigue "corrigiendo desde la

madrugada *La unidad de la Ilíada*" (*idem*), que no llegó a publicar, sino que aprovecharía para el prólogo de la *Ilíada* (1959), última pieza de *La afición de Grecia*, o dejaría inédita entre los papeles manuscritos que hemos ordenado y titulado como *Los poemas homéricos*. Los proyectos podían quedar olvidados o postergados por otros más urgentes, pero el trabajo nunca cesaba; dos anotaciones del *Diario*, 16 y 17 de mayo de 1954, nos dan idea del continuo quehacer del helenista: "Trabajando en algunos temas griegos homéricos... Cumplo mis 65 años... Trabajo en temas homéricos" (vol. 12, fol. 98).

De julio de 1955 y del mismo mes de 1956 son las dos últimas piezas que incluimos en *Los poemas homéricos*; la 14: "Odiseo" y la 15: "Los médicos en la *Ilíada*", que fueron publicadas por anticipado en la prensa periódica y pasaron luego a *Las burlas veras*, México, Tezontle, 1957, 1er. ciento, pp. 139-142, y 2º ciento, 1959, pp. 82-84, respectivamente, agotan por lo pronto el material homérico reunido en la primera parte de este volumen. Sobre las fuentes de "Los médicos en la *Ilíada*" véase la nota a "Hipócrates y Asclepio" de los *Estudios helénicos* (*Obras Completas*, XVIII, p. 167). El "Odiseo" debe relacionarse con las "Fantasías odiseanas" de *La afición de Grecia*, en este volumen, pp. 369-372.

Entre la redacción de estas últimas piezas de *Los poemas homéricos* Reyes volvió a la pospuesta continuación del traslado de la *Ilíada*, mes de marzo de 1956, en un momentáneo retiro a Cuernavaca, que comenzó el día 23: "Traigo la *Ilíada* para trabajar y vengo solo. Tengo dos cuartos [en el Hotel Marik] con terraza al jardín y al baño. Estoy muy a gusto. Leo, trabajo ¡otra vez en mi *Ilíada*! (vol. 13, fol. 25); a los tres días, "pena porque no cunde mi trabajo de la *Ilíada*. Estoy muy perdido. Por eso he pasado un día triste" (fol. 26). El día siguiente, a las tres de la madrugada, anota: "En vano procuro trabajar en la *Ilíada*. Ya no entro en el trabajo... Me acabé la tinta. Mañana compraré. El día cambió. Agarré el hilo de la *Ilíada* y me siento feliz... seguí trabajando con buen resultado" (*idem*). La anotación postrera sobre este fallido esfuerzo homérico es del 28 de marzo: "La salud sigue rara: algo de sofocación y arritmia... La *Ilíada* va despacio" (fol. 27). En los tres años y nueve meses que le quedaron de vida, Reyes no intentó avanzar más allá de los 143 alejandrinos de la Xª Rapsodia que dejó manuscritos. Se publican inmediatamente después de la IX y antes de las "Notas", con lo que se mejora la primera edición que a continuación describimos.

LA ILÍADA DE HOMERO / *traslado de* ALFONSO REYES / *Primera parte:* AQUILES AGRAVIADO / [*sello de la editorial*] / FONDO DE CULTURA ECONÓMICA / México-Buenos Aires /

Edición en gran formato, de 28 × 18 cms., con forros en papel marrón y título con diferente disposición tipográfica: La ILÍADA DE / HOMERO: *traslado* / *de* ALFONSO REYES / *Primera parte:*

AQUILES AGRAVIADO / [*viñeta: un guerrero griego de rodillas*] / FONDO DE CULTURA ECONÓMICA /; 243 pp. + 1 blanca y otra para el colofón, que dice: "Esta edición de LA ILÍADA, primera parte del traslado en verso castellano por Alfonso Reyes, con ilustraciones de Elvira Gascón, se terminó de imprimir en la ciudad de México el día 15 de septiembre de 1951. Fue realizada en los Talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L., Pánuco 63. Se emplearon en ella tipos Bodoni de 10, 12 y 14 puntos y se tiraron 3,000 ejemplares en papel Biblos con láminas en Corsican Wove y 200, numerados, en papel Ameca Bond con láminas en Fabriano Ingres. Intervinieron en la confección el linotipista Jesús Cecilia, el cajista Arturo Avendaño y los prensistas Enrique Hernández y Erasmo Casanova. Proyectó la edición Joaquín Díez-Canedo, la cuidaron Sindulfo de la Fuente y Alí Chumacero y la dirigió hasta su terminación Julián Calvo."

Las ilustraciones de Elvira Gascón, que forman una unidad con el traslado de Reyes y que, como se ha visto, fueron consultadas con él, están impresas a dos tintas, negra y ocre, y son en número de 10. La primera, frente a la portada, ilustra el verso 329 de la Vª Rapsodia; las 9 siguientes, una para cada rapsodia, corresponden a un verso también, de la manera siguiente: I, 4; II, 489; III, 450; IV, 120; V, 42; VI, 518; VII, 260; VIII, 405; y IX, 185. Las viñetas, además de la descrita en el forro, son 9, representaciones de guerreros y armas, que se imprimen al final de las 8 primeras rapsodias, excepto la última, que va al fin de las notas. No dudamos en calificar este impreso de obra maestra de la tipografía mexicana: calidad, precisión y armonía hacen del traslado de Reyes, de las creaciones de Elvira Gascón y del formato, papel y tipos, un todo bello y atractivo.

El "Prólogo" de Reyes, pp. 7-11; su traslado de las nueve rapsodias, pp. 15-202; y sus notas, pp. 203-240, se reimprimen tomando en cuenta las correcciones autógrafas del autor que figuran en su ejemplar personal. Ya se ha dicho que se agregan los 143 alejandrinos de *La Dolonía* o X Rapsodia, que Reyes dejó inconclusa en marzo de 1956. Se ha procurado conservar, dentro del formato de las *Obras Completas*, las virtudes plásticas de la edición original, como un homenaje tácito a sus creadores. Nos parece que la unidad del conjunto no está a discusión; así lo prueba la acogida crítica que el volumen tuvo en su día en todos los ámbitos del mundo hispánico.

Anónimo, "La *Ilíada* de Alfonso Reyes", en *El Noticiero Bibliográfico* [del Fondo de Cultura Económica], México, noviembre de 1951, 2ª época, tomo II, Nº 19, p. 1.

Idem, "Un gran poema en alejandrinos", en *Tiempo*, México, 14 de diciembre de 1951, vol. XX, Nº 502, p. 42.

José Moreno Villa, "Con la *Ilíada* vertida por Reyes", en *México en la Cultura,* suplementos de *Novedades,* México, 20 y 27 de enero de 1952, Nos. 155 y 156; recopilado en *Páginas sobre Alfonso Reyes,* Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1957, II, pp. 181-184.

Rubén Bonifaz Nuño, "La *Ilíada* y Alfonso Reyes", en *México en la Cultura,* suplemento de *Novedades,* México, 17 de febrero de 1952, Nº 158, p. 3.

Ramón Menéndez Pidal, Werner Jaeger y Tomás Navarro, "Tres cartas a Alfonso Reyes", *Idem & ibidem.*

Medardo Vitier, "El último libro de Alfonso Reyes", en el *Diario de la Marina,* La Habana, 8 de marzo de 1952; en *Páginas,* II, pp. 185-189.

Bernabé Navarro, "La *Ilíada* de Alfonso Reyes", en *Excélsior,* México, 20 de abril de 1952; en *Páginas,* II, pp. 190-193.

José Luis Lanuza, "La *Ilíada* en verso", en *La Nación,* Buenos Aires, 4 de mayo de 1952; en *Páginas,* II, pp. 194-198.

Daniel Devoto, "La *Ilíada*", en *Sur,* Buenos Aires, julio-agosto de 1952, Nos. 213-214, pp. 120-122; en *Páginas,* II, pp. 204-206.

Germán Arciniegas, "Una lección de Alfonso Reyes", en *Tegucigalpa,* Tegucigalpa, Honduras, octubre de 1952; en *Páginas,* II, pp. 207-208.

Max Aub, "La *Ilíada* traducida", dentro del ensayo "Alfonso Reyes, según su poesía", en *Cuadernos Americanos,* México, marzo-abril de 1953, año XII, Nº 2, vol. 68, pp. 241-274; en *Páginas,* II, pp. 280-281.

Emilio Lledó, "Alfonso Reyes traduce la *Ilíada*", en *Cuadernos Hispanoamericanos,* Madrid, mayo de 1953, vol. XV, Nº 41, pp. 289-291.

El penúltimo de los autores de esta lista, Max Aub, aunque no escribió extensamente sobre "La *Ilíada* traducida", al ocuparse de la poesía de Reyes, deja al pasar estas frases que es necesario, a nuestro juicio, repetir en este momento: "No incluye el volumen que me lleva de la mano [la *Obra poética.* México, Fondo de Cultura Económica, 1952] la traducción de la *Ilíada* (los nueve cantos primeros), publicada en 1951. Sin embargo, quedaría manco este esbozo [de la poesía de Reyes] si no me refiriera a ella —y no a su claro resultado sino al motor que llevó a Reyes a enfrentarse con tamaña tarea en los años subsiguientes a la segunda Guerra Mundial. Es posible —y probable— que su gusto por Grecia, sus estudios, sus lecciones le movieran a ello, pero tengo para mí que le empujó algo más hondo. Nada de lo que hace el hombre en su vida —y con su vida— carece de alguna parte de razón. La resolución del tema de *Ifigenia* correspondió —en los 20— a empujes personales; el traducir la *Ilíada* —en los 50— a otros de más universal criterio... La *Ilíada* es la guerra, la fatalidad de la guerra.

La *Ilíada* es violencia, y en nuestro tiempo de violencias, tal vez por horror de ellas, fue escogida. La vida de Reyes —como la de todos los de su edad— está bajo el signo de la violencia, pero los europeos no conocieron la Revolución mexicana, y la mayoría de los mexicanos no conocieron la guerra europea. Reyes sí. Y vivió, a pesar de la distancia, la guerra civil española más entrañablemente que otros, por muchas razones amistosas y familiares. En el interregno de las dos guerras mundiales pudo refugiarse en la erudición; ni antes, ni después... Tal vez podrían jugar aquí las razones que apartaron a la generación de Reyes de la filosofía de Nietzsche para llevarla de la mano hacia Bergson y decantarse, en un mundo bárbaro, a desear un equilibrio clásico, que todavía no hacemos más que entrever. Para ello hay que pasar sobre muchos cadáveres; los que no faltan en la *Ilíada*..." (*Páginas*, II, pp. 280-281.)

Por más que el mundo barbarizado de las últimas décadas y sus catastróficas guerras hayan empujado a Reyes en el traslado de la *Ilíada*, cada quien lleva su parcela de Grecia dolorosa en el alma y Reyes llevaba la suya como historia personal, como él mismo lo declaró en el "Comentario" de la *Ifigenia cruel*, y ella fue en este caso materia activa y resonante. Hay que recordar la genealogía guerrera que desembocó en tragedia aquel 9 de febrero de 1913, o desde antes, "Por el año de 1908, [cuando] estudiaba yo las 'Electras' del teatro ateniense. Era la edad en que hay que suicidarse o redimirse, y de la que conservamos, para siempre, las lágrimas secas en las mejillas." Aunque se hable de fechas, subrayemos aquí el *para siempre* como experiencia permanente, fuera de las décadas de la historia universal, para decir que todas las guerras son incapaces de producir una *Ilíada* o su traslado si antes no ha madurado el hombre para quien "el llanto militar creció en diluvio".

Para ese hombre, "Por ventura, el estudio de [la propia] Grecia se iba convirtiendo en un alimento del alma, y ayudaba a pasar la crisis. Aquellas palabras tan lejanas se iban acercando e incorporando en objetos de actualidad... Hay quien ha podido aprovechar su consejo. La literatura, pues, se salía de los libros y, nutriendo la vida, cumplía sus verdaderos fines. Y se operaba un modo de curación, de sutil mayéutica, sin la cual fuera fácil haber naufragado en el vórtice de la primera juventud... Justificada la afición de Grecia como elemento ponderador de la vida, era como si hubiéramos creado una minúscula Grecia para nuestro uso: más o menos fiel al paradigma, pero Grecia siempre y siempre nuestra" ("Comentario" en *Obras Completas*, X, pp. 351-352).

Ya hemos visto, por el *Diario* de Reyes, cómo fue naciendo al mismo tiempo que la traducción de la *Ilíada*, la serie de sonetos de *Homero en Cuernavaca* (*Obras Completas*, X, pp. 403-419),

en la que se entrelazan los temas y personajes de la historia troyana con los de la experiencia personal: los dos primeros "A Cuernavaca!", "Homero", "Al acabar la *Ilíada*", "De mi padre" ("Por él viví muy cerca del ruido del combate") y los dos finales "De mi paráfrasis", de los que extraemos el último terceto y el segundo cuarteto, respectivamente:

Gritos y llantos, pánico y victoria,
todo lo tuve junto a mí, de suerte
que todo es sentimiento más que historia.
. . .
Llorar ajenas lágrimas fuera un afán ocioso
si abunda el propio llanto que tal engaño ahorre,
y el relato hago mío sin miedo a lo que oso
para que viva en mí y nunca se me borre.

Quizá estos pasajes son los que han hecho escribir a Ingemar Düring la valoración final de su *Alfonso Reyes helenista:* "En su poesía de madurez percibimos, de otro modo, el eco de la 'minúscula Grecia' en su alma. Está siempre presente como una visión, como una corriente bajo la superficie de la imaginación... En sus momentos dichosos, el helenismo de Reyes se percibe como un anhelo de aristocrática perfección, como un *spiritus tenuis Graiae Camenae*" (pp. 66-67).

Apliquemos ahora nuestro examen a la tercera parte de este volumen, *La afición de Grecia,* título que ya aparecía como rubro del primer "Comentario" a la *Ifigenia cruel.* Reyes, al final de sus días, quiso recuperarlo para un volumen, como para indicar la constante de toda su existencia. El volumen salió de las prensas póstumamente, pero él mismo lo había dispuesto y ofrecido al Colegio Nacional para sus ediciones. Sólo dos veces figura *La afición de Grecia* en el *Diario* de Reyes como volumen definido. La primera vez, dentro de una lista de "Libros prestos al acabar octubre" de 1959, en quinto lugar: "Organizado: *La afición de Grecia*" (25 de octubre; vol. 15, fol. 71). El 11 de diciembre de este año postrero de su vida, apunta Reyes: "Preparo para El Colegio Nacional de todo a todo *La afición de Grecia*" (vol. 15, fol. 84). La entregaría de inmediato, ya que pocos días después de su muerte corregimos las pruebas de imprenta en compañía de Manuelita Reyes. La descripción bibliográfica es la siguiente:

ALFONSO REYES / LA AFICIÓN DE GRECIA / [*escudo y monograma del Colegio Nacional*] / EDITORIAL DEL COLEGIO NACIONAL / *Calle de Luis González Obregón núm. 23* / México 1, D. F. MCMLX /

24 × 17½ cms. 93 pp. numeradas + 1 blanca + 1 hoja para

el índice y el colofón, que dice así: "Esta decimasexta obra de la Biblioteca de EL COLEGIO NACIONAL se terminó de imprimir el día 12 de marzo de 1960 en los talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L. (Parroquia 911, esq. con Nicolás San Juan), de la ciudad de México, y su tiro fue de 1 000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de Andrés Cisneros Chávez." El forro impreso tiene la misma disposición tipográfica y tintas que la portada descrita arriba. En la página de *Copyright* se indica que éste pertenece a Manuela M. de Reyes, y en la p. 8, que "D. Alfonso Reyes falleció el 27 de diciembre de 1959".

Al pie de cada una de las 8 piezas que contiene el volumen se encontrará su historia bibliográfica particular. No queremos duplicarla ahora refiriéndola aquí como lo hicimos anteriormente con la historia de la elaboración de *Los poemas homéricos* y el traslado de la *Ilíada,* pues tomamos acuerdo opuesto respecto a ellos, con objeto de dejar limpio de notas lo inédito o lo tan bellamente logrado por la imprenta. Con *La afición de Grecia* seguimos la norma de anotar cada pieza por separado, criterio cumplido en las *Obras Completas* desde que la muerte de Reyes las puso en nuestras manos.

Séanos permitido en esta ocasión no mencionar personas o instituciones como estimulantes de nuestro trabajo: Manuelita Reyes, mi padre y Roberto Fernández Balbuena no pertenecen ya al reino de este mundo y de ellos recibíamos antes el mayor aliento. Y las instituciones a cuyo nombre está ligado nuestro trabajo requirieron todo el tiempo académico disponible en la celebración de los centenarios de Bartolomé de las Casas y de Rubén Darío. Sólo a las horas robadas al descanso o al sueño debemos, pues, este volumen. Unas palabras de Reyes, escritas en 1959, explican mejor este desconsuelo: "Hoy por hoy, estas tareas no son apreciadas ni deseadas en nuestro mundo, cada vez más bárbaro y agitado. Aun se las considera con un vago recelo, y algunos salvajes con letras llegan a preguntarse si no serán algo como una traición a la patria y a la humanidad, puesto que no se refieren a la miserable politiquilla de campanario, que a ellos les parece la cifra y suma de los intereses espirituales" (*Obras Completas,* XVIII, p. 314).

Únicamente —la excepción que reconcilia con la vida—, Elvira Gascón, la gran pintora y dibujante hispano-mexicana, que ilustró la edición original de la *Ilíada,* durante más de un año ha colaborado de nuevo para mejorar su aporte plástico y extenderlo a todo el presente volumen. Insatisfecha con su labor de antes, como todo artista verdadero, ha ejecutado una serie de variantes temáticas, de fondo y de color, que en este terreno juzgamos insuperables. Estamos seguros que Reyes escribiría otra vez para ella la dedicatoria que puso en el primer ejemplar de la *Ilíada,* en 1951: "A Elvira Gascón, compañera de armas en estas bregas, con la gratitud y la admiración de ALFONSO REYES."

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ

I

LOS POEMAS HOMÉRICOS



1

LA POESÍA DE LOS DIOSES. LAS ANTIGUAS SAGAS. SAGA TROYANA, CICLO ÉPICO Y POEMAS HOMÉRICOS

No ES paradójico decir que lo que se crea —por lo mismo que se posee en abundancia— no se guarda. La ansiedad por tesaurizar comienza con el temor de no poseer o no poder adquirir más adelante. Los griegos comenzaron a preocuparse (aunque desde antes contaban con la escritura) por escoger sus primeras "formas del pensamiento literario" (Ouvré) cuando la mayor parte del género se había ya extinguido. Así, sólo conservamos: la última tragedia, la última oratoria, la última historia. Algo semejante acontece para la primera poesía, el hexámetro épico.* Sabemos que tres órdenes de documentos pueden servirnos para la reconstrucción hipotética del mundo aqueo: leyendas heroicas, tradición homérica y referencias de la historia exterior. Hasta donde es posible, se recogen referencias a documentos prehoméricos que constan en obras posteriores.

La *Ilíada* y la *Odisea* son obras de un arte ya muy hecho y que suponen también auditorios ya muy educados. "Consideradas aisladamente, llenan el ánimo de profundo asombro: sólo se les comprende relacionándolas con toda una serie de obras anteriores que vale la pena, al menos, entrever" (M. Croiset). De la sola lengua homérica se ha dicho que, como Atenea en el desembarco de Ítaca, tiene la apariencia de un pastorcillo que fuera hijo de reyes, por cuanto su acre simplicidad deja adivinar siglos de cultivo.

Por desgracia esta poesía primitiva apenas da bases a la

* [En una hoja manuscrita de Alfonso Reyes, encontrada entre sus papeles inéditos, se halla este primer párrafo con el título de "La primera voz de la poesía.—Homero.—Antes de Homero", que no dudamos en aprovechar en este lugar. De aquí en adelante, hasta el penúltimo párrafo inclusive, se publicó póstumamente en *La Gaceta* [del Fondo de Cultura Económica], México, abril de 1965, año XII, Nº 128, pp. 1 y 6. El resto del material de esta sección es inédito, y se encontró manuscrito entre los papeles de Reyes, excepto indicación en contrario.]

hipótesis. Si se trata de aquellos cantos libres —duelos, himeneos, peanes, trenos, lamentos, melodías puntuadas con palabras— que pueden considerarse como anuncios de la lírica, hay que confesar que tal poesía primitiva se perdió con la ráfaga anónima que la sustentaba, para sólo renacer en tiempos ya históricos, por cierto bajo fisonomía mudada, y cambiados los rasgos de generalidad popular en acentuados perfiles de individualismo. Si se trata de composiciones más regulares y hieráticas, del tipo de los himnos, que pueden considerarse como gérmenes de la épica, hay que confesar que sólo nos quedan de tal poesía primitiva noticias míticas sobre una tradición pieria, heliconia, apolínea, etcétera, cuyos poetas más bien son dioses: Orfeo, Museo, Eumolpo, Panfos, y algunos de fábrica tan deleznable como Lino. En este personaje, caballero ideal de la tristeza, unos ven la helenización de la endecha o lloro semítico: "ai lenu" (¡ay de nosotros!), que impresionó a los emigrados griegos de las costas asiáticas: otros, el lino mismo que Apolo desgarró para sustituir las cuerdas de la lira, antes de lino, por las de tripa, etc. Estos vericuetos del sonambulismo imaginativo no nos llevarían muy lejos.

Queda todavía un tercer modo de poesía primitiva que canta las gestas de los varones heroicos y es ya, resueltamente, el primer paso de la épica. Pero cuanto de ella sabemos se limita a lo que Homero quiso contarnos. Los poetas de esta familia ya humana y palpable, son los aedos o "glorificadores", para usar el epíteto que Hesíodo aplica a las musas. Ora aislados, ora en corporaciones, preparan el material de la poesía homérica. En general, los encontramos en las cortes. Homero nos presenta a Deumódoco en la corte feacia de Esqueria; a Femio, en la propia corte itacense, y habla de otro más a quien Agamemnón, al partir para Troya, deja encomendada a Clitemnestra. Los asuntos que los aedos cantaban son muy varios.

Naturalmente que la Saga Troyana no es la única que dio lugar al nacimiento de epopeyas. Hay, o hubo más bien —pues aquí caminamos entre conjeturas, fragmentos, despojos o simples menciones de segunda mano—, ciertos poemas que componían una Saga Cósmica: una *Teogonía* perdida; una *Titanomaquia* que acaso contenía en sí una *Giganto-*

maquia. Hubo tal vez una *Danaida*. También una *Átida*, acaso llamada primero *Amazonia*, y que bien pudiera estar incorporada en la *Etiópida*, de la cual nos ha llegado unas briznas. Hubo probablemente una *Miníada* sobre el castigo de Támiris y Anfión en el Orco, por haber desafiado a las Musas, cuyo título hace sospechar que el famoso pueblo de los Minios "no era sino un pueblo de espíritus". Hubo un poema de Héracles o *Heracleida*, que podrá o no confundirse con la *Toma de Ecalia*. La Saga Tebana dio una *Edipodia*, una *Tebaida*, unos *Epígonos* —que serán o no uno con la *Alcmeónida*—, y aun se habla de una *Expedición de Anfiarao*, que algunos confunden con la *Tebaida*. Pero, en todo caso, la Saga Troyana es la que integra el sistema central, el que se consideraba como base.

Los Poemas Cíclicos tratan de completar la saga en los antecedentes, en los desarrollos ulteriores, y en el tránsito de la *Ilíada* a la *Odisea*. Digamos, sin detenernos en fechas y autores posibles, que los Poemas Cíclicos se consideran escritos con posterioridad a los Poemas Homéricos.

La enseñanza escolar, la educación, suponían el conocimiento de la fábula, de la tradición legendaria, al menos en su contenido fundamental, el cual —sin remedio— se interpretaría a la luz de cierto evemerismo instintivo, por lo que pudiera acarrear de residuo histórico. "Cíclico" valía entonces "escolar". Y el Ciclo, más que una serie de poemas determinados, se refería al conjunto de las leyendas, objeto o no de poemas especiales. Podemos considerar el Ciclo dividido en dos partes: la primera contiene virtualmente todas las leyendas griegas; la segunda o Ciclo Épico propiamente tal, como lo define el gramático Proclo hacia mediados del siglo v de nuestra Era, gira en torno a los Poemas Homéricos. A su vez, los poemas y los asuntos homéricos produjeron otros poemas, prácticamente perdidos, de que sólo quedan versos sueltos o aun la simple mención, y que fueron desechados a la hora de organizar la serie definitiva *Ilíada-Odisea*. Ellos sirven, ora de prólogo, ora de continuación a la *Ilíada* y a la *Odisea*, y son atribuidos vagamente a diversos autores, cuyo nombre mismo parece a veces un disparate: "Creófilo", por ejemplo, no es más que "el bardo del puchero", y la palabra hace referencia al pago de carne asada que reci-

bía el cantor. Como si del "vaso de bon vino" que pedía Berceo se hubiera inventado el poeta "Bonvino". Aun suelen tales poemas ser atribuidos al propio Homero. Conviene recordar aquí lo poco que sabemos sobre estos poemas, gracias a los tardíos Manuales Mitológicos.

1) La *Cipríada.* Orígenes de la Guera Troyana, a partir del combate de los Titanes. Llena el poema la diosa Cipria, la Afrodita de Chipre. Se cuentan sus primeros tratos con Paris (Alejandro), quien aparece en su primitiva gloria, como conquistador de Sidón; y se narran los primeros combates. Catálogo de los aliados troyanos, más explícito que en la *Ilíada.* Relato de Néstor sobre un descenso al Hades: ¿fuente o imitación de la *Nécuya* Odiseana (Canto XI)? Se tiende hoy a considerarlo, más que obra de poeta, obra de comentarista, posterior a Homero, y que escribe para dar una explicación a cada una de las palabras de éste, desarrollándola en un episodio especial. A veces, el episodio surge de una mala comprensión de palabras. *a)* En la asamblea que inicia la *Ilíada,* Aquiles dice a Agamemnón: "Tendremos que volver a Grecia, y otra vez andaremos errantes por el mar." La *Cipríada* cree entender que los aqueos han tenido ya otra vez que andar dispersos sobre las aguas, e inventa que, al salir de Áulide, en vez de llegar a Troya, llegaron a Misia, donde por error asaltaron y tomaron la ciudad de Teutrania. Desengañados, volvieron a embarcar. Hera desata contra ellos vientos y tormentas que los dispersan, obligándolos a regresar a Áulide y hacer una segunda salida. *b)* En la misma primera asamblea de la *Ilíada,* Agamemnón dice a Calcas: "Profeta de calamidades, siempre me anunciaste malas cosas." De aquí se imagina que el adivino ya ha hecho sufrir antes al monarca con sus vaticinios funestos, y nace, como explicación, el sacrificio de Ifigenia en Áulide, exigido por Ártemis a través de Calcas. *c)* Al final de la *Odisea,* la sombra de Agamemnón cuenta que le costó un mes persuadir a Odiseo para que se uniera a la expedición troyana, porque le acababa de nacer un hijo y no quería salir de casa. De aquí la introducción de un personaje a ser posible más sutil que Odiseo y que sea capaz de envolverlo: tal es Palamedes, a quien se atribuye el haber inventado algunas letras del alfabeto y también el

juego de damas. Éste, pues, descubrió que Odiseo se fingía loco para no ir a la guerra. Odiseo se vengó después, forjando una carta de Príamo de que resultaba que Palamedes estaba sobornado para traicionar a los aqueos, y depositándola con una suma de oro en la tienda de éste. Palamedes fue lapidado. Su padre, Nauplio, a su turno, tomará un desquite, engañando con falsas luminarias a las naves aqueas que regresaban a Grecia. *d)* La prótasis de la *Ilíada:* "Y el designio de Zeus se cumplía", trata de explicarse —que no hacía falta—, contando que la tierra estaba replobada y, para aligerarla, Zeus ordenó la Guerra Troyana.

2) La *Ilíada.*

3) *La Etiópida.* Éste y los tres poemas siguientes cubren el trecho que media entre la *Ilíada* y la *Odisea.* El poema tenía dos partes: *a)* ¿Incorporación de la *Átida* o de la *Amazonia?* Inmediatamente después de la *Ilíada,* sobreviene la llegada de Pentesilea, al frente de sus Amazonas. Pentesilea muere a manos de Aquiles. Éste mata también a Tersites. Odiseo lo purifica de la sangre derramada. *b)* Llegada de Memnón el Etíope, hijo de la Aurora. Memnón mata a Antíloco, hijo de Néstor, y muere en combate con Aquiles. Paris mata a Aquiles de un flechazo. Disputa por la posesión de sus armas, que llega según se supone hasta la muerte de Áyax. También parece derivación y no fuente de Homero.

4) La *Pequeña Ilíada.* ¿Es, en todo o en parte, la *Ilíada Menor de que otros hablan?* Desde la adjudicación de las armas de Aquiles a Odiseo, hasta la captura definitiva de Troya. El Caballo de Palo en Ilión, y festejos de los engañados troyanos. Se nota la influencia de este poema en Virgilio. Pero si, en la *Eneida,* Venus evita que su hijo Eneas mate a Helena, en la *Pequeña Ilíada* la sola belleza de Helena detiene a Menelao. Se dice que de aquí procede el pasaje de la *Ilíada* en que Héleno ayuda a Odiseo. Héleno, hijo de Príamo y el mejor de los augures, aprisionado por los aqueos, es obligado a hacer profecías. Les augura que la caída de Troya exige el robo del Paladión, y el recoger a Filoctetes, abandonado en una isla. "En Homero, sólo Zeus conoce el futuro y lo indica en ocasiones con signos que los adivinos aprendían a interpretar. Aquí, en cambio, trátase de profe-

cías; Casandra (en la *Cipríada*) y Héleno no interpretan signos y portentos. Pero de esta especie de adivinación no tuvieron idea los griegos antes del siglo VI, cuando aparecen Museo, los Báquidas, la Sibila, Orfeo, etc. Tal era la adivinación de la Pitia, de donde Rohde concluye que no debió de haber Pitia en Delfos antes del siglo VI."

5) *Íliupersis* o el *Saco de Troya*. Algunos suponen que formaba con la *Etiópida* un solo poema. Episodios de la caída de Troya después de la entrada del Caballo. Historia de Laocoonte. Retiro de Eneas al Monte Ida.

6) *Nostoi* o *Retornos*. Aventuras de los héroes que regresan de Troya. Menelao en Egipto. Muerte de Agamemnón. Continuación directa de la *Pequeña Ilíada*.

7) La *Odisea*.

8) La *Telegonía*. En la Nécuya (*Odisea*, Canto XI, Hades) la sombra de Tiresias ordena a Odiseo que, cuando haya matado a los Pretendientes, emprenda un nuevo viaje hasta el país que ignora el mar y la sal de cocina; de donde podrá regresar a Ítaca para morir tranquilo entre los suyos. Pero la *Telegonía* lo hace ir a la Tesprocia, donde es derrotado por los brigos. De la reina Calídice tiene un hijo, a quien deja en el trono cuando vuelve a Ítaca. Aquí su hijo le da muerte sin conocerlo: ¿Telémaco? ¿Telégono, su hijo habido en Circe, o en Calipso? ¿Telédamo, su hijo habido en Calipso? Ello es que los hijos llevan nombres evocadores del hombre errante y viajero que fue su padre; y que Telégono repite a Telémaco viajando en busca de Odiseo. Los hijos son reproducciones de la figura paterna. Circe, en cuya isla bienaventurada se reúnen todos, los purifica de la sangre vertida involuntariamente, y celebra las bodas de Telégono con Penélope, y de Telémaco y Calipso. Invenciones desagradables: tales como lo era la entrega de Yocasta a Edipo, o la de Deyanira a Hilo, hijo de Héracles. La *Telegonía* perturba nuestra representación de la hermosa fábula homérica, al punto que nos sentimos tentados a exclamar: ¡es mentira! ¿Y a quién se atribuye? ¿A Eugamón? ¿Y qué significa "Eugamón"? ¡"Racha de felices casamientos"!

La sustancia informe de estos poemas sólo vino a cristalizar definitivamente en los Poemas Homéricos, versión canónica de los mitos. Muchas circunstancias y leyendas no

aparecen en Homero —como que a veces son desviaciones a posteriori—; pero muchas están ya en la *Ilíada* o en la *Odisea* a modo de gérmenes. Y los poemas desechados hacen con frecuencia lo que Esquilo dijo de sus propias tragedias: se alimentan con los relieves caídos de la mesa de Homero.

Dejamos dicho que, en Homero hay mezclas de tres aguas: invención poética, leyenda heroica e historia indirecta. Lo que haya en Homero de invención poética cae fuera del presente examen. Aún no llega para nosotros la hora envidiable de examinar la *Ilíada* y la *Odisea* exclusivamente como obras literarias, ni en cuanto a la formación de su texto, ni en cuanto a sus valores estéticos. Aquí sólo nos corresponden el segundo y el tercer conceptos: los Poemas Homéricos como testimonios de leyendas heroicas; y los Poemas Homéricos como vehículos más o menos conscientes de la historia. Puesto que rastreamos la historia, ambos conceptos se reducen al último.

Recordemos ahora rápidamente el desarrollo de la *Ilíada* y de la *Odisea*, para contar con un esquema al cual referir nuestros análisis.



2

BREVE COMENTARIO DE LA *ILÍADA**

DECÍA Voltaire que cualquiera fábula de Esopo es más compleja que la *Ilíada.* La perfección de este poema, según Aristóteles, está precisamente en su continuidad sostenida y en que, como en la naturaleza, siendo todo necesidad, no hay lugar a vacilaciones. No hay, en Homero, movimiento alguno que, iniciado, no llegue hasta el fin de sus consecuencias. Pues Homero, como decía Horacio, nunca se arrepiente a medio camino. No hay pregunta sobre el proceso del poema que no encuentre en la obra misma su respuesta. De suerte que con su sola materia se alimenta aquel jueguecillo de la erudición griega que consiste en proponer y resolver cuestiones homéricas, diálogo entre los "enstatikoí", o instantes, y los "lutikoí", o resolventes.

Lo primero que nos asombra es que la guerra dure diez años. Tucídides propone una parte de la explicación: la guerra —dice— se alarga en proporción con la distancia a que se encuentran las bases de aprovisionamiento de los sitiadores; distancia grande para los medios de la época.** Pero no es eso todo. Hay que considerar, además, que no había máquinas para forzar castillos y apresurar la toma de una fortaleza. Hablar del "sitio de Troya" es una mera comodidad verbal. No hay indicios de sitio ni bloqueo alguno. No se cortan las comunicaciones, ni se estorban los abastecimientos. Todo ello prolonga la guerra. También la prolonga, según se explicará, el juego de los destinos y las conductas.

¿Por qué, si la guerra dura diez años, el poeta sólo nos cuenta el final? Cuestión de selección artística que después se convertirá en luz de la tragedia. Puesto que la guerra se alarga, es que las acciones anteriores son monótonas e iguales. Por tanto, indignas de contarse. Puesto que hay un tér-

* Aprovecho aquí más de una vez las observaciones del helenista argentino Francisco Capello, *La Ilíada,* en *Revista de Estudios Clásicos,* Mendoza, 1944. Nota de A. R.

** Heródoto nos cuenta que el sitio de Ardod por Psamético, el más dilatado de que había noticia, duró 29 años (II, 157). Nota de A. R.

mino, es que entonces la celeridad aumenta, las acciones se intensifican. Y el poeta sólo escoge esta crisis final, dejando que la imaginación supla el somnoliento curso anterior. Homero ignora o desdeña ese relleno de psicología y descripción que es el mal congénito de la novela.

Hemos dicho que la guerra se ha prolongado, junto a otras causas, por el juego de los destinos y las conductas. Hay que explicarlo. Si Troya está condenada a caer; si su caída es cuestión de tiempo y sólo la retarda la presencia de Héctor, habrá que suprimir a Héctor. Pero Héctor sólo puede morir a manos de Aquiles. Y, en efecto, una vez que Aquiles mata a Héctor, exclama: "A ver si, muerto quien valía más que todos, la ciudad todavía resiste." Tal vez su convicción de que ya está hecho lo esencial lo lleva a aplazar el asalto definitivo, que sus ojos ya no verán y que tampoco nos muestra Homero.

Si así es ¿por qué, en tantos años, Aquiles no ha tenido tiempo de dar muerte a Héctor? Ya conocemos la disyuntiva de Aquiles, que su madre Tetis pone ante sus ojos. Es, en el fondo, la disyuntiva bajo cuyo signo hemos nacido: O vida breve y gloriosa, o vida oscura y larga. Aquiles sabe que ha de morir junto a los muros de Troya, si persiste en la hazaña. Lo primero que hizo fue esconderse en Lemnos, para no tentar al destino. Después, si Héctor y los troyanos, por saberlo en el campo, nunca se han atrevido a rebasar el haya que crece junto a las puertas Esceas, tampoco él, por su parte, se ha decidido a pasar de allí. Si Héctor lo evita, él también evita el encuentro con Héctor, según lo dice Agamemnón; pues sabe bien que el hado está pronto para trocar una vida por otra, lo que explica que sólo divisar al jefe troyano le cause escalofríos. Los troyanos, por su parte, sólo se deciden a echarse a campo raso y a atacar a sus atacantes, cuando Aquiles se ha retirado. Todos los aqueos juntos son diez veces más numerosos que los troyanos; pero la ausencia de Aquiles significa también la de sus mirmidones, que eran muchísimos, al punto de cambiar la balanza. Y entonces los aqueos sustituyen la presencia de Aquiles, el sitiador de pueblos, con un muro que proteja el campamento y las naves. Tal es la filosofía de ese muro tan discutido. De paso, el que los troyanos salgan de su reducto

y rechacen una y otra vez a los aqueos, aumenta el interés patético del poema, que amenazaba adormecerse bajo la fascinación paralizadora de Aquiles.

Si, en consecuencia, la suerte de Troya depende de que Aquiles, finalmente, se decida a morir matando, habrá que ponerlo en un estado de ceguera y en un vaivén pasional que lo enfurezcan y lo lancen a jugarse el todo por el todo. Hay un instante en que los jefes aqueos fingen una retirada, y de repente detienen a sus tropas, las arengan, y las obligan a volver a la carga con renovado ardor. De modo parecido, mediante la disputa con Agamemnón, que lo alejará del combate, se creará en el ánimo de Aquiles aquella desazón de ánimo, la cual habrá de entregarlo, maniatado, en manos de la fatal Até, locura destructora. Al sobrevenir, con la muerte de Patroclo, la catástrofe o cambio de rumbo, la rabia concentrada de Aquiles saltará sobre Héctor como piedra de catapulta.

Ante todo, pues, sepamos cómo acontece el altercado entre los dos jefes y cuál es su motivo. Como de costumbre, el poema mismo lo pregunta y contesta: —¿Qué dios los ha enfrentado? Apolo. —¿Para qué fin? Para crear la diversión pasional que destemple la cordura de Aquiles. —¿De qué medios se vale? De la peste que difunde sobre el campamento de los aqueos. —¿Con qué pretexto? El de recobrar a Criseida, la hija de su sacerdote. —¿Con qué consecuencia inmediata? La de que Agamemnón, despojado, despoje a su vez a Aquiles de Briseida. Grimm afirma, románticamente, que la indignación de Aquiles proviene de que está enamorado de la muchacha. Jaeger, con mejor acuerdo, nos explica que se trata del honor caballeresco ofendido, punto el más sensible en aquel sistema moral.*

Hasta aquí en la cólera de Aquiles puede, pues, haber algo de convención social y aun puede disimularse un cálculo. Los héroes homéricos no son unos puros hidalgos, en el sentido moderno. Cuando, en el pasaje del *néikos,* Aquiles lleva la mano al puño de la espada, "¡Eso sí que no! —le grita Atenea, tirándole de los cabellos—. Hártate si quieres de injuriarlo. Mientras más lo ofendas, con mayores dones

* [Werner Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega.* México, Fondo de Cultura Económica, 1967, p. 26.]

procurará contentarte." Y si luego persiste en su abstención es, también, porque ha encontrado un buen pretexto para mantenerse lejos de Troya, alejando así la amenaza de su destino. Por eso, ante los embajadores de Agamemnón, contesta: "Cuanto me den y ofrezcan no vale nada en comparación de la vida." Pues no es lo mismo pelear con la esperanza de salvarse, que pelear sabiendo que, irremisiblemente, con ello se apresura la propia muerte. Y la muerte, para el griego es temible. No lo espera el cielo, sino el Hades sombrío, especie de Sheol de los hebreos primitivos, región lamentosa y triste. "La oscuridad envuelve sus ojos", dice el poeta del que muere. La muerte es, ante todo, una privación de la luz. Y los muertos, como las avestruces, se hacen invisibles por cuanto han dejado de ver.

Pero resulta que esta primera etapa de la ira de Aquiles —la etapa anterior a la catástrofe o vuelco—, al ser causa de su abstención, lo es asimismo del creciente éxito troyano. Este éxito, a su vez, causa la impaciencia de Patroclo y lo determina a pedir permiso a Aquiles para hacer una salida al campo con sus mirmidones. Como Aquiles, a su vez, ha recibido ya la embajada de Agamemnón, como ya éste se le ha humillado, y así, ha comenzado a desagraviarlo, Aquiles puede ser un tanto flexible: da permiso a Patroclo, y además, le presta su armadura. Para que Patroclo pudiera morir —véase la trabazón de necesidades— había que alejarlo de Aquiles.

Patroclo, herido por Euforbo, acaba de morir a manos de Héctor. Segunda etapa de la ira de Aquiles, que ya nada admite de cálculo ni convención. Aquí es donde el verdadero furor perturba su mente. —Morirás si matas —le recuerda su madre—. Si ha de ser —dice él—, venga la muerte. Pero antes han de llorar muchas viudas troyanas. La marcha de Aquiles contra la muralla de Ilión adquiere así plena hondura trágica. Cada paso que da siembra la muerte en el enemigo, y a él lo acerca a su propia muerte. Cuando acaba con Héctor, acaba con Ilión virtualmente, pero también consigo mismo. Héctor, en la premonición de la muerte, tiene aún aliento para decirle: —Al negarte a devolver mi cadáver a los míos, atraerás la cólera de los dioses. Pronto morirás por obra de Apolo y de Paris, allí, junto a las puertas Esceas. —Conozco mi destino —contesta Aquiles—, pero, entretanto, muere. Lo

remata. Llegan los aqueos, y aunque admiran la arrogante figura del caído, "ninguno dejó de herirle", como hacen las gallinas con el gavilán caído. ("A moro muerto, gran lanzada.") Como Aquiles sabe que ahora no le queda ya más destino que morir, amontona todos sus bienes —despidiéndose de la vida— en la pira fúnebre de su amigo Patroclo.

Otro enlace de circunstancias fatales nos lo muestra el episodio de las armas. Si Héctor no llega a despojar a Patroclo de las armas de Aquiles y a vestirlas por alarde él mismo (por cierto que le venían algo grandes), tampoco hubiera muerto con tan relativa facilidad. Pero lo ha cegado su victoria. Y Zeus, que lo contempla tal vez de lo alto del Monte Ida, cuando lo ve ceñirse los arreos de Aquiles, ha desaprobado con la cabeza. Como Aquiles se ha quedado sin armas, su madre obtiene de Hefesto que le haga otras nuevas. Cuando los dos héroes se enfrentan, Aquiles lleva una ventaja, pues su escudo, de fábrica sobrenatural, impide que lo traspase el certero lanzazo que al instante le asesta Héctor. Pero Héctor no sólo lleva la desventaja de que sus armas sean sólo humanas; sino que, además, tienen un defecto, que él no se detuvo a observar, pero que Aquiles, como dueño de la prenda, conoce mejor que nadie: la gola no protege bien la garganta, le falta una pieza. Y por ese punto indefenso es por donde Aquiles clava su asta.

Merece también examinarse esta aparente simbolización de los destinos, que reduce la suerte de las ciudades y de los pueblos al resultado de un torneo individual. No se trata de una economía estética, sino de una práctica verdadera. La historia nos muestra muchos casos, muchas épocas, en que el vencimiento del jefe se ha considerado como el término de la batalla. Cortés, prácticamente vencido un día, cambia su suerte en cuanto logra adueñarse del emblema enemigo. Sólo los germanos, según Tácito, nunca se daban cuenta de que habían sido derrotados. En aquella Grecia primitiva, los caudillos van a la cabeza de sus tropas. Como en los deportes, el triunfo depende de las condiciones individuales de los campeones. El desafío por excelencia está entablado entre Aquiles y Héctor, y en vano se procura desviarlo, contra la voluntad del destino, hacia el torneo entre Menelao y Paris, que no logra regularizarse. Pero, al lado de los campeo-

nes, el poeta deja lugar a los incidentes de otras peleas secundarias, que son en sí mismas otros tantos cantares de gesta implícitos en el mayor. Y de aquí las "aristías" sucesivas: Diomedes, Héctor y Áyax, Menelao, etcétera.

Este extremo se relaciona con el sentido jurídico del poema. "La justicia es la fe griega, dice Bouché Leclercq; ninguna culpa queda impune. El castigo de los agravios es dejado a la venganza del agraviado; y si éste mismo sucumbe, como en caso de homicidio, la costumbre señala a quién le toca vengarlo. El Estado no había asumido todavía la administración de la justicia. Pero para la violación de la hospitalidad, para los perjuicios inferidos a las viudas, a los huérfanos y a los mendigos, no había vengador designado, y Zeus mismo se encargaba del castigo, bajo la invocación del *xeiníos* (hospitalario) u otra más o menos propia. En el crimen de Paris había rapto y robo: era un caso de piratería, no reprobado entonces por la conciencia pública; pero existía el agravante de la hospitalidad violada. La hospitalidad tenía entonces un valor especial; porque muchos eran los que se ponían a salvo de la venganza con el destierro voluntario, y para éstos era necesario encontrar quien los acogiera. El crimen de Paris debía, pues, ser castigado por Zeus, y toda la ciudad se había hecho cómplice, negando a Menelao la satisfacción que pidió a Troya (Canto III)" (Capello). De aquí que haya sentencia divina contra Troya, y de aquí que ésta deba ejecutarse como acarreada por un duelo privado.

Pero el arte quiere que, al final, las cosas vuelvan a su sitio primero. La pasión de Aquiles aún no está del todo desarmada, según se aprecia por los estragos de violencia a que se entrega sobre el cuerpo de Héctor. "El único sentimiento humano que el cadáver de Héctor le inspira... es el despecho de no animarse a devorarlo crudo" (*ibidem*). El encargado de restablecer la normalidad es Príamo, cuando se presenta a implorar que Aquiles le devuelva los restos de su hijo. Aquiles da un brinco de animal sorprendido. Y Príamo dice simplemente: "Acuérdate de tu padre." Aquí de las lágrimas, descarga emocional por fin obtenida. El tema del lloro es anuncio de que el movimiento comenzado llegó a su término, se agotó ya en sus consecuencias. Se ha cerrado el círculo.

3

RESUMEN DE LA *ODISEA*

PRIMERA PARTE (Cantos I-IV): *La Telemaquia* o *Viaje de Telémaco.* El viaje no aprovecha para encontrar a Odiseo, pero salva a Telémaco de las maquinaciones de los Pretendientes, que empiezan a ver en él un peligro. Como la *Telemaquia* es indiferente al plan de la *Odisea,* se supone añadida para dar a este poema el tamaño aproximado de la *Ilíada.* Esto no quiere decir que haya existido una *Telemaquia* independiente, pues, como observa Croiset, estos cuatro cantos carecen de acción, y el héroe se limita a oir lo que le dicen. Ahora bien, así como en la *Ilíada* el retiro de Aquiles da ocasión a las "aristías" de otros héroes, aquí la desviación que significa el viaje de Telémaco permite asomarse a otras cortes y apreciar su vida en tiempo de paz. I: *a) Concilio divino.* En ausencia de Posidón, convidado a presenciar una hecatombe en Etiopía, y que considera con rencor a Odiseo, congréganse los dioses para examinar la suerte de éste. El héroe, perdido a su regreso de Troya, se encuentra retenido desde hace siete años en la isla de Ogigia —"Tahití de la fábula griega", se le ha llamado— por la ninfa Calipso ("la que esconde"). Ella está enamorada de Odiseo: él suspira por su país y su hogar. Los dioses resuelven que Hermes emprenda el viaje a la isla y ordene a Calipso que deje partir a Odiseo. Todo esto bien pudiera ser el proemio del Canto V. *b) Exhortación a Telémaco.* Atenea se traslada a Ítaca, fingiéndose Mentor, rey de los Tafios en la isla vecina; escucha de Telémaco el relato del asedio de los Pretendientes a la mano de su madre Penélope, y de la vida que desde hace tres años llevan en el Palacio, entregados a toda clase de abusos. La exhortación de Atenea hace que el joven, apenas mayor de edad, despierte al sentimiento de sus responsabilidades. Por consejo de la diosa, Telémaco decide emprender un viaje en busca de su padre, a Pilos y a Esparta. *c) Primera aparición de Penélope.* La reina baja

al Megarón, donde están reunidos los Pretendientes, para rogar al aedo Femio que no siga cantando *El regreso de los aqueos,* asunto que singularmente la conmueve. Telémaco, ya consciente de su autoridad como jefe de familia, la hace volver a sus aposentos. II: *a) Ágora Itacense.* Ante el Ágora de Ítaca, convocada por Telémaco, ruega éste a los Pretendientes que se alejen de Palacio y no asedien más a Penélope con su cortejo, y es desoído. La escena del Ágora es pálida imitación del debate con que se inicia la *Ilíada.* Aquí se revela el ardid de la tela que Penélope teje de día y desteje de noche, porque ha ofrecido escoger nuevo esposo en cuanto dé término a su labor. Abandonado por todos, Telémaco prepara su viaje con ayuda de Atenea, transformada en Mentor. *b) Partida.* Telémaco embarca secretamente en busca de su padre, recomendando a la nodriza Euriclea que no dé aviso de su partida a Penélope antes de once o doce días. III: *Pilos.* En Pilos (Mesenia), Telémaco visita al viejo monarca Néstor, que está ya de vuelta de Troya, quien celebra una fiesta en honor de Posidón y acoge a los viajeros, pero no sabe informar de Odiseo. Atenea —mentor—, que asiste a los sacrificios, deja ver quién es cuando vuelve hacia las naves en un vuelo de águila. IV: *Esparta. a)* Telémaco llega a casa de Menelao, en Esparta, cuando éste celebra el doble matrimonio de su hijo y su hija. Menelao y su esposa Helena lo acogen con vivo afecto, y aquel le da las pocas noticias que, sobre Odiseo, le comunicó el rey Proteo, en Egipto. Aunque Telémaco anuncia su deseo de partir, Menelao lo invita a quedarse "once y doce días" (recuérdese el 10 + 13 de la *Ilíada*), y en efecto, Telémaco disfruta un mes la hospitalidad de sus amigos. Sólo emprenderá el viaje en el canto XV: allí volvemos a encontrarlo donde lo dejamos. *b)* Ítaca: los Pretendientes advierten la huida de Telémaco y se disponen a tenderle una emboscada a su regreso, en el peligroso islote de Ásteris (Dascalio). Penélope recibe en sueños la visita de su hermana Iftima, enviada por Atenea para tranquilizarla sobre la suerte de Telémaco. En este canto, impresiona la figura hermosa y suave de Helena.

SEGUNDA PARTE (Cantos V-VIII): *Feacia.* V: *La balsa de Odiseo.* Hermes llega, fatigado, a la lejanísima isla de

Calipso, y ordena a ésta, en cumplimiento de las decisiones que Zeus acaba de manifestarle tras una corta asamblea divina, que deje partir a Odiseo. Ella se disculpa de no haberlo hecho por falta de naves, se queja de la crueldad de los dioses y ofrece dar libertad a Odiseo. Aparece Odiseo, contemplando el mar y anhelando por su patria distante. Ni las seducciones de la ninfa son capaces de distraerlo de sus afectos humanos y familiares. La ninfa le anuncia que puede partir, y él emplea cuatro días en construir una balsa. El quinto, se confía al mar. Navega sin tropiezo durante diecisiete días. Posidón, a su regreso de Etiopía, lo descubre sobre su balsa y desata sobre él una tempestad que dura dos días con sus noches. Odiseo alcanza tierra junto a un río, al que dirige una plegaria, en Esqueria, la isla de los Feacios. V: *Nausícaa.* La hija del rey viene al día siguiente por aquel paraje apacible (contraste de la tempestad que acabamos de pasar) a lavar la ropa de la familia y a jugar la pelota en compañía de sus doncellas. Descubre al náufrago y lo lleva a la ciudad, ella en su carro y él y las esclavas andando al lado. Nausícaa ha confesado a éstas que se siente enamorada del extranjero. VII. *El Palacio de Alcínoo.* El rey Alcínoo acoge al náufrago en su espléndido Palacio (que rodea un jardín único), después que éste implora la hospitalidad de la reina Arete. Odiseo cuenta su naufragio desde la salida de Ogigia, sin darse a conocer, y el rey le promete que lo enviará a su patria, en caso de que no prefiera casarse con su hija Nausícaa y participar de su poder y riquezas. VIII: *El Banquete.* Alcínoo, en una fiesta, presenta a su huésped ante sus príncipes y caudillos. En los juegos, Odiseo, provocado por los Feacios, muestra su excelencia. Antes, en el banquete, el aedo Demódoco canta *Los amores de Ares y Afrodita,* pieza satírica y ligera. Sigue una escena de danza. Oferta de los dones de la hospitalidad al forastero. Cuando éste se hubo lavado y perfumado, aparece Nausícaa y le recuerda que ella le ha salvado la vida, pidiéndole que no la olvide. Odiseo le ofrece invocarla todos los días como a una diosa. En el banquete, Demódoco canta episodios de la caída de Troya, en que aparece el propio Odiseo. Éste es incapaz de disimular su emoción, y el rey lo invita a declarar quién es y a contar sus aventuras.

Tercera parte (Cantos IX-XIII: *Los Relatos de Odiseo.* Estos relatos se refieren a las aventuras de Odiseo desde que salió de Troya hasta su llegada a Ogigia, y ocupan tres cantos. IX: *Cícones, Lotófagos* y *Cíclopes. a)* Salida de Troya, los vientos marinos conducen a la partida de Odiseo hasta Ismaro, donde los viajeros saquean y roban a los Cícones y al fin huyen tras de perder a seis de los suyos. La tempestad los obliga a guarecerse en tierra dos días. *b)* Navegando de nuevo junto al Cabo Malea, la tempestad los aleja de la Isla Citerea y los arrastra durante nueve días hasta el país de los Lotófagos, los cuales dieron a probar a los exploradores la flor de miel, que hace olvidar la patria. Hubo que reembarcarlos a la fuerza. *c) Ciclópea.* Llegan frente a la feraz tierra de los Cíclopes, que viven sin ley, gigantes de un solo ojo en la frente. A la mañana siguiente, en la isleta donde paraban, cazaron tantas cabras, que distribuyeron nueve para cada una de sus doce naves, además de las diez que Odiseo guardó para sí. A la otra mañana, Odiseo resolvió acercarse con su nave al territorio de los Cíclopes, para averiguar qué gente lo ocupaba. Odiseo, con doce compañeros y un odre de vino de Ciconia, entran a reconocer la cueva del Cíclope Polifemo. Éste los sorprende a su regreso, los conserva presos en la cueva y devora a dos de ellos. A la mañana siguiente, a otros dos, antes de salir de su cueva, que cerraba con un peñasco; y a otros dos al regresar por la tarde con sus ganados. Odiseo lo embriaga con el vino, le revienta el ojo único con una estaca de olivo puesta al fuego. Él y sus compañeros escapan a la otra mañana escondidos debajo de los carneros, para que las manos de Polifemo no los toquen; reclavan la nave en que embarcan algunos carneros, y huyeron entre los pedazos de montaña que les lanza desde la playa el gigante. X: *Éolo, Lestrigones, Circe. a)* Llegan a la isla flotante de Éolo, donde son huéspedes por un mes, y Éolo obsequia a Odiseo el odre en que se encierran los vientos, para evitarle nuevas tempestades. Navegaron los viajeros nueve días con sus noches. Al décimo, Ítaca estaba a la vista. Odiseo, rendido, se entregó al sueño. Sus compañeros, pensando que el odre contenía riquezas, lo abrieron. Los vientos escaparon enfurecidos; y la tempestad devolvió las naves a la Isla Eolia, donde Éolo, considerando a los náufragos

malditos de los dioses, no quiso ya recibirlos. *b)* Tras de navegar seis días con sus noches, llegan a Telépilo de Lamos, la ciudad de los Lestrigones, gigantescos antropófagos que devoran a la mayoría de los náufragos. Odiseo logra huir con la tripulación de su nave, pero todas las demás naves se pierden bajo los pedruscos que arrojan los Lestrigones. *c)* Esta nave pudo llegar a la isla de Eea, donde moraba la encantadora Circe, que comenzó por convertir en cerdos a los compañeros de Odiseo. Pero éste aceptó el amor de Circe, y logró así que ella los devolviera a la forma humana y les dispensara su hospitalidad durante un año. Es el único pasaje del poema en que aparece la magia. Aunque Circe se ve muy inferior a Calipso, si Odiseo, al lado de Calipso sólo piensa en el regreso, junto a Circe se abandona al punto que son sus compañeros quienes lo instan a continuar el viaje. A su partida, Circe les ordena dirigirse al país de los muertos para consultar al espectro del adivino tebano Tiresias (¿acaso sobre el derrotero del viaje?). XI: *Nécuya* o *Evocación de los muertos.* En la penumbrosa tierra de los Cimerios, se abre la entrada del Hades. Allí, mediante ciertos ritos y vertiendo en un hoyo la sangre de las reses sacrificadas, Odiseo logra convocar a las almas que vienen a beber un poco de sangre y a hablar con él. Odiseo consulta al ciego adivino Tiresias. Después, habla con el alma de su madre Anticlea. Aquí aparece el *Catálogo de las Damas de Antaño,* una de las *Escaleras* o Genealogías de la *Odisea.* (Las otras tres son la genealogía de la reina Arete, VII; de Teoclímeno, XV; los Condenados en este mismo Canto XI.) Tiresias predice a Odiseo sus penalidades y regreso, su triunfo sobre los Pretendientes que encontrará instalados en su casa, y le ordena que, después, salga nuevamente en busca del pueblo que no conoce el mar ni la sal de cocina, de donde deberá regresar a Ítaca para morir pacíficamente entre los suyos, tras una placentera vejez (promesa que no se cumple en la *Telegonía,* como ya hemos visto). Después del *Catálogo de las Damas,* se interrumpe un instante el largo relato de Odiseo. Al continuar, segunda parte de la *Nécuya,* el héroe nos cuenta sus entrevistas con sus antiguos compañeros de armas ya muertos, Agamemnón, Aquiles, Áyax: nos dice cómo vio a varias figuras míticas del mundo subterráneo y enumera a varios Condenados (*Escale-*

ra). XII: *a) Vuelta a Eea.* Los náufragos regresan a dar cuenta a Circe de su visita al país de los muertos. Ésta dicta a Odiseo instrucciones sobre el modo de sortear los peligros que aún le esperan, y parece que su predicción se alimenta con trozos que debieron corresponder a la predicción de Tiresias, para cuya consulta exclusivamente se había hecho el penoso viaje anterior. La travesía continúa. *b) Las Sirenas.* En el paso junto al temeroso islote de las Sirenas, y para resistir la seducción de sus canciones mortales, Odiseo aplica cera en los oídos de sus compañeros y se hace atar fuertemente al mástil. *c) Escila y Caribdis* (Tema de las rocas Simplégadas en la saga de los Argonautas). Al paso entre estos monstruos marinos, Odiseo pierde a otros seis compañeros, arrebatados por Escila, mientras los demás contemplaban con pavor cómo Caribdis sorbía y vomitaba el agua del mar. *d) Las Vacas del Sol.* Llegada a la isla de Helios Hiperión. Obedeciendo los consejos de Tiresias y de Circe, Odiseo hace prometer a sus compañeros que no tocarán a las reses que aparezcan por ahí. Noche de reposo en la isla, durante una tormenta. Un mes entero estuvieron consumiendo los víveres de la nave. Después, procuraron coger peces y aves. Odiseo se aleja un poco y se queda dormido. Durante su sueño, sus compañeros cometen la imprudencia de matar algunas reses del Sol. Acontecieron prodigios: los trozos de carne asada mugían, etc. Seis días pasaron. Al séptimo, con buen tiempo, volvieron al mar. No se hizo esperar el castigo por haber dado muerte a las Vacas del Sol. Sobrevino la tempestad. Zeus hiende con un rayo el último barco de Odiseo, y todos los compañeros perecen. El héroe quedó flotando en la quilla del barco y fue arrastrado otra vez hacia Caribdis. Se agarró a un árbol de la costa, y esperó a que Caribdis sorbiera los maderos que le servían de salvavidas y los vomitara otra vez. Montado de nuevo en las tablas, y sin que Escila llegara a verlo, siguió errante nueve días con sus noches, y al décimo cayó en Ogigia, la isla de Calipso (dos años y medio después de su salida de Troya), donde el relato confluye con el que se ha hecho ya en el Canto VII.

CUARTA PARTE (Cantos XIII-XVI): *La choza de Eumeo.* XIII: *El Regreso. a)* Alcínoo ordena a sus hombres que preparen el regreso de Odiseo a Ítaca, tras de colmarlo con nue-

vos presentes. Se hizo un sacrificio a Zeus. Al ponerse el sol, el barco feacio, dotado de mente y que por eso no podía equivocar la ruta, se hizo a la mar con sus remeros y los fardos del héroe. Odiseo cae en profundo sueño, y así, dormido, los remeros lo desembarcan en Ítaca junto con sus fardos. Odiseo ha permanecido dos días entre los feacios. Hace 23 días desde que se despidió de Calipso (el 10 + 13 de la *Ilíada*). *b)* Posidón cumple la única venganza que le queda: convierte la nave en roca y cierra para siempre el puerto de Esqueria, donde Alcínoo, para apaciguarlo, le ofrece un sacrificio. *c)* Despierta Odiseo, no reconoce la tierra y se considera abandonado. Atenea, disfrazada de pastor, le ayuda a reconocer su patria, se descubre y le aconseja obrar con cautela en vista de la presencia de los Pretendientes en su Palacio. Lo transforma, para más disimulo, en un viejo mendigo, y le indica que se refugie en la cabaña de Eumeo, su fiel y anciano porquerizo, hijo de reyes aunque esclavo. XIV: *Charla con Eumeo.* Eumeo no reconoce a Odiseo, que se da por cretense, pero lo recibe con hospitalidad intachable, y con él se informa Odiseo de lo que hay por el reino. Esta partida pastoral, cortés y "urbana", no hubiera disgustado a María Antonieta. XV: *Llegada de Telémaco.* Atenea, al dejar a Odiseo, se dirige a Esparta en busca de Telémaco; aparece a Telémaco en sueños y le exhorta a volver. Adioses de Telémaco y Menelao. Telémaco pasa por Pilos sin detenerse, y recoge al fugitivo Teoclímeno. Ha pasado un día y una noche, cuando Telémaco llega también a la cabaña. Odiseo sigue allí, charlando con Eumeo. Éste cuenta su historia. Telémaco permanece con ellos tras de enviar su nave a la ciudad con los demás acompañantes. XVI: *a) Anagnórisis o Reconocimiento.* (Tema del encuentro entre los separados por el destino, que siglos más tarde aprovechará la Novela Bizantina). Eumeo va a la ciudad para anunciar a Penélope la llegada de Telémaco. En cuanto se ven solos, Odiseo, tocado por la vara de Atenea, y recobrando su verdadera apariencia, se hace reconocer por su hijo. Ambos, llenos de emoción, "aúllan con vehemencia" y conciertan sus planes contra los Pretendientes. Aquí hay un *Catálogo de los Pretendientes*, realmente excesivo. *b)* Los viajeros que acompañaban a Telémaco llegan a Ítaca, con lo que se inquietan los Preten-

dientes. Regresan en estos momentos los que habían ido a preparar una emboscada contra Telémaco al islote de Ásteris, y que han quedado burlados. Penélope aparece nuevamente ante ellos, para disuadirlos de sus planes contra Telémaco. Eumeo, cumplido el encargo, regresa a su cabaña.

QUINTA PARTE (Cantos XVII-XXIV): *La Venganza.* Odiseo, siempre con su disfraz de mendigo viejo, ronda su propio palacio, pide limosna y aguanta desaires, como en la historia de San Alejo. Pero espera solamente la ocasión propicia para el desquite. XVII: *Vuelta de Odiseo y Telémaco. a)* Telémaco llega a Palacio el primero, y cuenta a Penélope que su padre está retenido contra su voluntad en la isla de Calipso, de donde no puede regresar por falta de embarcación, repitiendo palabras del relato que Menelao le hizo en Esparta, según los informes que recibió del divino Proteo. *b)* Odiseo y Eumeo, de camino a la ciudad, oyen las insolencias del mal servidor Melantio, el cabrero. Llegan a Palacio, donde el viejo perro Argos, tras de reconocer a su amo después de veinte años, cae muerto. Odiseo mendiga a su propia puerta, y luego de mesa en mesa entre los desaires de los Pretendientes. Antínoo lo insulta y le arroja un escabel que le da en el hombro derecho, sin hacerlo tambalearse siquiera. *c)* Penélope, compadecida, lo manda llamar con Eumeo. Él, que se ha quedado a la puerta, le dice que sólo irá a verla cuando caiga la noche y se retiren los Pretendientes, para que nadie lo note ni lo incomode. Lo que se hará en el Canto XIX. XVIII: *Pugilato entre Odiseo e Iro.* El mendigo Iro no quiere rivales. Se empeña en expulsar a Odiseo. Se entabla una riña. Los Pretendientes, divertidos, ofrecen que, en adelante, sentarán a su mesa al que resulte vencedor. Naturalmente, vence Odiseo. Penélope aparece nuevamente, embellecida por Atenea, para recomendar a Telémaco que no deje maltratar al huésped mendigo. Los Pretendientes le ofrecen obsequios, y Odiseo "se holgó de que les sacase regalos". Las sirvientas vienen a encender las teas. Odiseo las obliga a retirarse, no sin que lo injurie Melanto, hermana del cabrero Melantio. Prosiguen las burlas de los Pretendientes. Eurímaco lanza un escabel a Odiseo y sólo hiere al copero. XIX: *Odiseo y Penélope. a)* Sin descubrirse, Odiseo

conversa con Penélope cuando los Pretendientes se han retirado, y le hace concebir esperanzas sobre el regreso de su esposo. Pero antes, Odiseo, Telémaco y Atenea han transportado las armas de aquél, que solían estar en el salón donde se reunían los Pretendientes, al interior de la casa. Al principio de la entrevista con Penélope, Melanto vuelve a insultar a Odiseo, y su ama la reprende. *b)* Euriclea, la vieja nodriza, al lavar los pies del huésped, lo reconoce por una herida que le hizo un jabalí, pero Odiseo la obliga a callar. Se cuenta el caso de la *Cacería del jabalí.* XX: *Festejos. a)* Odiseo charla con Eumeo y con la segunda figura de éste, el amable boyero Filetio, así como con el antipático cabrero Melantio, que maldice siempre del amo ausente. *b)* Fiesta de los Pretendientes en honor de Apolo, que les da ocasión de despilfarrar los bienes ajenos. Odiseo advierte con indignación que, mientras cortejan a su esposa, los Pretendientes se divierten con las sirvientas. *c)* Ctesipo, so pretexto de contribuir a la comida del huésped, tira una pata de buey a la cabeza de Odiseo, que esquiva el golpe y ríe con "risa sardónica" (o al modo de Cerdeña). *d)* Teoclímeno, el amigo de Telémaco, presa de extraños presentimientos, sale del festín entre el asombro de los Pretendientes que lo creen embriagado. XXI: *El Arco.* Descubierto el ardid de la tela y apremiada por los Pretendientes, Penélope ofrece escoger por esposo (¿acaso de acuerdo con Telémaco?) al que acierte a doblar el grande arco de Odiseo y a pasar la flecha por el ojo de doce segures enfiladas, Telémaco pide ser admitido a la prueba para tener derecho de quedarse con su madre en casa, y está a punto de doblar el arco cuando, ante una seña de Odiseo, se declara vencido. Los Pretendientes fracasan uno tras otro. Odiseo se ha descubierto ya previamente a sus fieles servidores Eumeo y Filetio, y ha hecho que la nodriza cierre las puertas de las estancias, con orden de que nadie se asome si es que oye tumulto en el megarón. Telémaco ha hecho que se retire su madre. El falso mendigo se hace dar el arco y, entre el general asombro, acierta la prueba. Telémaco requiere las armas y, de un salto, se pone al lado de su padre. XXII: *La Matanza* ("Mnesterofovía") *a)* Odiseo arroja los disfraces, deja estallar su cólera, llena de espanto a los Pretendientes

que lo imploran en vano y, asistido por Telémaco, Eumeo, Filetio y Atenea, a flecha, espada y lanza acaba con todos los Pretendientes y sólo deja vivos al aedo Femio y al heraldo Medonte. *b)* Manda llamar a la anciana nodriza Euriclea, que lo encuentra lleno de sangre y rodeado de cadáveres. Ordena el castigo de las doce esclavas infieles, que Telémaco ahorca en el patio. El cabrero Melantio, que andaba trayendo armas de los aposentos, para los Pretendientes, fue atado por Eumeo y Filetio y luego despedazado. Odiseo hace lavar la sala con agua y azufre, borrar los rastros de la matanza y encender luces. Las esclavas fieles, provistas de hachones, rodean al héroe y lo acarician llorando. XXIII: *Anagnórisis de Penélope.* Euriclea despierta de su sueño a Penélope y le da la noticia del regreso de su esposo y la muerte de los Pretendientes, que ella se resiste a creer. Él disipa sus dudas. Ambos se abrazan sollozando y se cuentan sus cuitas, mientras se prepara la alcoba para recibirlos. Odiseo anuncia a Penélope su propósito de ir al campo para visitar a su padre Laertes, y le recomienda que, entretanto, se encierre en casa con sus mujeres, pues la noticia de la matanza va a sobresaltar los ánimos. XXIV: *Las Paces. a) Segunda Nécuya.* Las almas de los Pretendientes llegan al reino de las sombras, donde las almas de Aquiles y Agamemnón hacían recuerdos de su vida mortal. Anfimedón cuenta la venganza de Odiseo. Agamemnón, pensando en la conducta de Clitemnestra, envidia a Odiseo la fidelidad y prudencia de Penélope. *b) Visita a Laertes.* Al encaminarse al predio de su anciano padre, Odiseo no sólo obedece a un sentimiento filial, sino que también se propone refugiarse, por si su venganza provoca la hostilidad de las familias afectadas. De aquí que Telémaco, el porquerizo y el boyero lo acompañen armados, y Atenea los haga salir sin ser vistos. Odiseo se hace reconocer de su padre en una escena algo apresurada y como con prisa de acabar. *c)* FINAL. Los parientes se arman contra Odiseo. Pero Zeus ordena a Atenea que imponga la reconciliación, lo que Atenea cumple en el instante mismo en que los enemigos cercaban ya el predio de Laertes, y cuando ya Laertes había herido a Eupites, que los capitaneaba, y Odiseo se había lanzado al com-

bate seguido de Telémaco. Un grito de Atenea los detuvo a todos, y se hizo la paz.

Aristarco pensaba que la *Odisea* termina verdaderamente poco antes del final del Canto XXIII, cuando Odiseo y Penélope se retiran a su alcoba. Pero cuanto viene después sirve a la vez de epílogo a la *Ilíada* y a la *Odisea,* pues, además de presentarnos la visita de Odiseo a su padre, nos da, por boca del espectro de Agamemnón, el relato de los funerales de Aquiles. Y, sin las paces, el poema hubiera quedado incompleto.

Entretanto, en Argos había acontecido la mayor tragedia de aquella época. Orestes, hijo de Agamemnón, escondido por la nodriza (la nodriza es personaje de gran dignidad en la literatura), y criado para la venganza por su hermana Electra, vuelve hecho ya un hombre y da muerte a Egisto el usurpador y a su madre Clitemnestra. Tras muchos años de locura en que padece la persecución de las Furias o Erinies maternas, y tras de rescatar a su hermana Ifigenia (que, según sabemos, no fue realmente sacrificada en Áulide, porque la diosa Ártemis la sustituyó en el último instante por una cierva y la transportó a su sagrario, en Táuride, donde la hizo su sacerdotisa), Orestes es al fin absuelto por el tribunal de los Ancianos, ante el cual comparecen los mismos dioses (Apolo, el inspirador del acto de Orestes), y asciende al tronos de Argos-Micenas (por 1176 a. c.), y luego se anexiona a Esparta.

Pero la antigua dinastía de Pélope empieza a declinar. Tal vez esta decadencia se anunciaba ya con Agamemnón; quien usó de la guerra troyana, en tal caso, para reafirmar su trono vacilante, y que con su triunfo no hizo más que consumar su derrota. Pocos de sus capitanes volvieron a sus antiguos reinados. En medio de esta dispersión, he aquí que aparecen los dorios, armados del hierro, nueva maldición de la historia contra la cual clamaba Esquilo. Será imposible resistirlos.

4

LA SELVA DE COMENTARIOS. TIPOS DE INTERPOLACIONES

EL EXIGIR de los Poemas Homéricos una exactitud y coherencia de aparato de relojería, lo que no se pide a ningún poeta, ha llenado a los homeristas de muchos problemas artificiales, además de los que realmente existen. Detrás, no ya de cada página, sino de cada palabra de estos poemas podría amontonarse toda una bibliografía de los comentarios a que ha dado lugar. Aquí tenemos que conceder candorosamente la unidad de la obra, tal como la Antigüedad quiso legárnosla en su última elaboración. No tratamos de estudiar la formación de nuestra Vulgata y los elementos que la integran, sino de ver qué cantidad de historia nos proporciona. Y si alguna vez descendemos a la descomposición analítica del texto, será siempre con este solo propósito, y no para discutir el acomodo de las sucesivas precipitaciones que, al caer sobre el suelo fundamental, han levantado este Continente Poético, por obra, sin duda, de algún Homero.

Unos comentarios se refieren al alma y otros al cuerpo de los poemas. Muchos se vuelcan en libres interpretaciones morales o filosóficas, y ellos están derramados por todas las lenguas y las literaturas. Otros proponen alegorías, a que fueron dados los antiguos, como Anaxágoras cuando cree ver en la tela de Penélope una imagen del razonamiento; en la cadena del bordado, las premisas; en la trama, la conclusión; en las antorchas que alumbran su trabajo, las luces de la inteligencia.

Hay quienes descifran en el poema los rastros de viejos misterios antropológicos, como J. van Leewen, quien ve en Penélope, sus pretendientes y su tela, algún rito astral de la Luna —tejedora cuya tela crece y decrece— rodeada por su cortejo de estrellas.

Hay quienes se aplican a puntos arqueológicos, como el dilucidar la posible coexistencia de dos sistemas de alum-

brado entre los aqueos, ya de hoguera, ya de antorcha. O bien miden la capacidad del megarón en el Palacio de Ítaca, para averiguar o rectificar el número de los Pretendientes que allí celebraban sus banquetes. Los cómputos oscilan entre un máximo de 108 señores (más un heraldo, un aedo, seis agentes y dos trinchantes), y un mínimo de unos cincuenta, de que unos treinta mueren de flechazo, y unos doce, bajo las picas y espadas de Odiseo y los suyos. También se discute cómo pudo ser que, entre las islas que dieron su contingente de aspirantes a la mano de Penélope, la sola Duliquio —no identificada— haya podido por sí sola enviar al Palacio de Odiseo tantos Pretendientes como todas las demás juntas: Ítaca, Same y Zante. Y es, entre los homeristas, un verdadero juego de sociedad el demostrar que, a pesar de todas las apariencias, el pretendiente Eurínomo ha debido salvarse de la matanza.

Si del fondo pasamos ahora a la letra, no son menos abundantes los órdenes del comentario, ya retóricos o estilísticos, sobre epítetos, diálogos, réplicas, entradas y fines de discursos, y aun posibles acompañamientos del arte oral, o sea la mímica. Por su parte, los gramáticos y filólogos, agotan todas las consecuencias de la pérdida del "digamouna" en las peculiaridades métricas de Homero; o explican detenidamente la artificialidad de la lengua épica, lengua poética cuya elaboración ha sido determinada por las exigencias rítmicas del exámetro, lengua derivada de la "dicción épica" o, mejor, de la "dicción dactílica".

O bien las investigaciones se contraen a puntos más menudos o materiales, según larga tradición que arranca de los Alejandrinos y produjo obras como la de Aristónico *Sobre los signos en la "Ilíada" y en la "Odisea"*; la de Herodiano, *Sobre la prosodia y la acentuación de la "Ilíada"*, y la de Nicanor *Sobre la puntuación homérica.* Tal tradición se prolonga en nuestro tiempo con el *Index Homericus* de Gehring o las *Concordancias* de Prendergast y de Dembar, donde se iluminan los misterios del "mén", el "dé" y otros equivalentes griegos del "ché" valenciano-argentino, y se sacan las correspondientes estadísticas. La tradición continúa con el bello libro de Rutheford, *A Chapter in the History of Annotation*, y llega a la obra de Bérard, *Introduction à l' "Odyssée"*,

obra sembrada de tesoros, pero —hay que confesarlo— casi ilegible, a pesar de sus momentos de buena prosa.

Entre todas estas clases de comentarios, y otros que pudieran añadirse, nos importan de modo especial los que afectan a la representación histórica que es dable entresacar de los poemas homéricos. Tales, por ejemplo, los que se refieren al descubrimiento de interpolaciones; al menos, interpolaciones de sentido político o político-religioso.

Pues hay, ya se comprende, interpolaciones de varios tipos. *1)* Unas son "constructivas" y resultan de los esfuerzos por zurcir en un relato continuo los diversos cantares de gesta, cicatrices propias de una obra tradicional o muy manoseada por los siglos. *2)* Otras son "explicativas", y resultan del esfuerzo de algún recitador o gramático por hacer más comprensible un pasaje oscuro, o que comienza a aparecer oscuro por obra del tiempo y el cambio u olvido de tales o cuales hábitos o hechos. Inútil decir que, cuando esta interpolación —lo mismo que la "constructiva"— fue acertada, difícilmente se la descubre; y en cambio, salta a la vista cuando es torpe o ha sido provocada, más que por una verdadera necesidad, por incomprensión del que la introdujo. *3)* Otras interpolaciones pueden llamarse "concesiones al gusto público". Tales son los "morceaux de bravoure" o pasajes predilectos, cuya repetición, a veces inoportuna, advierte el maestro Bérard. Así, nos explica, alguna vez vio en provincia cierta representación de *Carmen*, donde el "aria del Toreador" reaparecía de tiempo en tiempo, y aun sin venir el caso, para dar al público el gusto de volver a oirla y canturrearla.

Todo lo anterior sólo afecta a la formación del texto homérico en sí mismo, pero no a su contenido histórico.

4) En cambio, las interpolaciones que llevan "intención histórica", por lo mismo que procuran introducir datos falsos en el texto, corresponden ya a nuestro estudio y nos obligan a tomar algunas precauciones previas.

5

INTERPOLACIONES DE SENTIDO HISTÓRICO, SUS RESPONSABLES Y SUS CAUSAS. ALGO SOBRE ELABORACIÓN DEL TEXTO HOMÉRICO. SOLÓN Y PISÍSTRATO

Así COMO dijimos que no siempre eran identificables, o siquiera perceptibles, las interpretaciones constructivas o explicativas, así tenemos que confesar que muchas interpolaciones de intención histórica por fuerza nos pasan inadvertidas. No contamos, en efecto, con otros elementos de comparación que permitan descubrir el falseo o el anacronismo.

Si poseyésemos la puntual historia de los tiempos heroicos y, además, la de los cuatro siglos que van desde Homero a Heródoto ¡cuántos primores no hallaríamos! Pero poco o nada sabemos respecto a las ciudades eolias, jonias y dorias del Asia Menor, y casi reconstruimos lo que pudieron ser las fundaciones de aquellas vetustas colonias según la imagen de lo que fueron las posteriores. No hacían otra cosa los historiadores clásicos tan ignorantes o más aún que nosotros mismos al proyectar su presente como hipótesis de su pasado. Y sin embargo, aquellas ciudades grecoasiáticas son el foco mismo de la vida helénica durante las cinco o seis centurias que transcurren desde la Micenas de Agamemnón hasta la Atenas de Pisístrato.

Tampoco sabemos nada prácticamente de lo que, por la misma época, ocurría en otros sectores de la periferia helénica: de Marsella hasta Chipre, o desde Trapeyos-Trebisonda a Naucratis.

Nada, finalmente, sobre la existencia misma de aedos y rapsodas, y sobre como se las arreglaban con su público de ocasión o con las cortes a que acudían.

Sospechamos que se han de haber parecido un tanto a esos "cómicos de la legua", muy pagados de su prestigio profesional, pero muy necesitados de quedar bien con la gente para merecer la paga ofrecida. Ion confiesa a Sócrates

que, mientras recita, estudia el semblante de quienes lo escuchan para ver si responden a sus palabras con su sorpresa, su terror o sus lágrimas. "Si los hago llorar, seré yo quien ría al recibir su dinero; pero si los hago reír a mis expensas, seré yo quien llore al ver que me dejan sin un óbolo."

Los responsables de las interpolaciones que ahora consideramos, o sean las de intención histórica, pueden ser, pues, los mismos rapsodas (como aquel Cineto a quien se refiere el Escoliasta de Píndaro, *Nemeas*, II, 2); pero también pueden serlo aquellos "empresarios oficiales" encargados de establecer una correcta versión del poema. Y pasamos por alto la fantástica afirmación del seudo-Heródoto, según la cual el primer interpolador de Homero fue Homero, cuando, habiendo proyectado un fracasado viaje a Atenas, intercaló algunos versos que pudieran congraciarlo con los atenienses.

El caso de los rapsodas interpoladores puede ser relativamente candoroso, cuando sinceramente se figuraban añadir encanto al viejo tema, ya muy oído, sazonándolo con alusiones de actualidad, o refundiendo algún pasaje poco afortunado, como suele hacerle para poner en escena una comedia de otro siglo. También puede decirse candoroso el caso del aedo que creía cumplir su deber cívico o su deber de huésped bien recibido, deslizando algunos versos en honor de su ciudad o de la ciudad que lo acoge. Y si no es candoroso, casi lo es el del aedo que trata con un auditorio demasiado poseído de su patriotismo local, y sabe que no va a pasarlo bien si desatiende esta circunstancia. Nicolás de Damasco nos ha contado ya la triste suerte de Magnes de Esmirna que, al cantar las proezas de los Lidios contra las Amazonas, se olvidó de loar a los abuelos de los magnesios.

El aedo, pues, de buena o mala gana hace interpolaciones interesadas, para halagar el orgullo o las pretensiones de una ciudad, de un magnate, de una familia poderosa.

En cuanto a los empresarios o editores oficiales, puede decirse que eran siempre profesionalmente dolosos si se dejaban ir a la tentación de hacer interpolaciones. Pues, por una parte, su función misma hace sospechar que en la falta

se deslizaba siempre un interés bastardo; y por otra, su función misma consistía precisamente en depurar el texto de todas las adulteraciones posibles.

Pero ¿quiénes son estos editores oficiales? El contestar a esta pregunta nos obliga a un pequeño rodeo, para mejor abarcar el carácter tradicional de la obra homérica.

Aun cuando la escritura era ya conocida para los días en que fueron compuestos los poemas homéricos —y sin duda desde mucho antes, según lo que ya se tiene averiguado—, es innegable que el aedo usaba más bien de su manuscrito como de un secreto profesional incomunicable, y que se encerraba a descifrarlo o retocarlo a solas y trabajosamente. Pues leer o escribir no eran entonces tan fácil como hoy, y podemos imaginar lo que ello sería, figurándonos una retahila de letras sin puntuación, y separadas unas de otras sin formar grupos de palabras. De suerte que el manuscrito era útil de soledad más que de comunicación. Y la trasmisión oral seguía siendo el medio más común para la propagación de los poemas.

Sin embargo, dentro de esta nebulosa flotante, y fundándose en las evidencias documentales, se puede llegar a ciertas conclusiones:

1) Existió un texto fundamental o Vulgata, al menos para los días de Platón (siglo IV). Se lo supone derivado del texto que fue establecido por orden de Pisístrato, tirano de Atenas (comienzos del siglo VI). Se advierte que la versión que cita Platón no es igual a la que cita Aristóteles.

2) Existieron otros textos "excéntricos", afeados por demasiadas interpolaciones. Los cita primeramente Esquines, y los recientes descubrimientos prueban su existencia. Hasta entonces, algunos se atrevían a sospechar que Esquines aderezaba un poco sus citas por exigencias oratorias.

3) Existen las ediciones críticas de los eruditos Alejandrinos, quienes juntaban varias lecciones, discutían, aceptaban y rechazaban.

Aunque las relaciones entre estas tres familias de textos son demasiado complejas, y por momentos, indiscernibles, puede sacarse en limpio: *1)* Que mucho tiempo hubo rivalidad entre unos y otros textos, *2)* que la Vulgata acabó por derrotar a los Excéntricos, por la autoridad decidida que le

concedieron los Alejandrinos, al fundarse de preferencia en los mejores ejemplares o copias que de la Vulgata hubieron a la mano; *3)* que, en lo esencial, la Vulgata todavía sobrevive en nuestra tradición manuscrita, tradición influida en cuanto a la lectura, aunque nunca excesivamente, por las ediciones Alejandrinas. Wolf creyó que los manuscritos existentes procedían de un texto establecido en Alejandría por Aristarco, tesis que está ya mandada retirar. En tales manuscritos hay muchas lecciones rechazadas por Aristarco en su "diórtosis" o texto censurado.

Pero, desde los días de Beutley (1662-1742), sabemos ya que la evidencia documental sólo representa una etapa en la historia de los textos épicos. Se han invocado la lengua, la métrica, el folklore y la arqueología, para pedirles las más delicadas comprobaciones sobre los distintos pasos de este proceso, punto en que los textos mismos no nos ilustran. Para llegar, así, a una posible restauración, se echa mano de todos esos criterios y, además, de los instrumentos textuales, los que se reducen a una serie de papiros y códices de distintas épocas y procedencias.

Tenemos, pues, volviendo al punto de partida, la figura de Pisístrato como representante de la primera edición oficial. Verdad es que, ya antes, se atribuye a Solón el haber dictado ciertas reglas para la recitación pública de Homero. Pero tales reglas no parecen haberse referido a los textos mismos, sino al acto público de la recitación.

Pisístrato editor de Homero es una especie que aparece por primera vez entre los latinos, en Cicerón (I a. c.), y entre los griegos, en Pausanias (*fl.* 174 d. c.). Ello ha sido objeto de muchas discusiones, y hoy en día se nota cierto esceptisismo al respecto. Por mucho tiempo, sin embargo, se ha aceptado la afirmación de Cicerón, según la cual Pisístrato organizó en forma definitiva la serie de rapsodias homéricas, antes confusa y descoyuntada, lo que puede ser verdad en gran parte.

Tal tradición ha sido algo desacreditada por las exageraciones con que la adereza el bizantino Tzetzes (Caecius). Éste asegura que, bajo Pisístrato, trabajó en esta coordinación una comisión de Diaskevastas o Censores: Cóncilo, Onsinácrito de Atenas, Zopiro de Heraclea y Orfeo de Crotona.

Pero resulta que Cóncilo también es llamado "Epicóncilo", término que tiene toda la traza de ser una mala lectura de las palabras "Ciclo Épico". Y, como dice Murray, toda la Comisión ofrece un aire sospechoso, y más bien parece cosa propia de la época de los Tolomeos, que no del siglo VI. Y ya es muy sospechoso el que Aristarco no se refiera a Pisístrato como editor de Homero; a menos que lo dé por sabido, o que de propósito quiera desacreditar con el silencio una tradición que fue sistematizada por su rival pergamense Crates de Malo. Porque, en todo caso, la tradición existía, y de antiguo, a propósito de los Diaskevastas y Pisístrato.

Algo queda, pues, de este rumor, así como del relativo a la legislación (Soloniana o Hiparquiana) sobre la recitación de los poemas homéricos en las Panateneas, conforme a ciertas normas de conjunto. La recitación panatenáica tuvo tres consecuencias: 1º Establecer que la *Ilíada* y la *Odisea* eran por excelencia las obras de Homero; 2º fijar, en ellas, el orden de los incidentes; y 3º convertirlas en patrimonio nacional de Atenas, lo cual explicaría la expulsión, en la enseñanza, de toda la "materia de Tebas", ingrata a Atenas. Esta nacionalización ateniense de la obra homérica tiene que ser posterior a la sublevación de Jonia contra Persia, hacia 499 a. C., pues entonces comienza la fraternización jónico-ateniense, y antes de esa fecha Atenas se avergonzaba aún de sus supuestos parientes, al punto que Clístenes había abolido los nombres jonios de sus tribus.



6

PISÍSTRATO, LOS DIASKEVASTAS Y LAS INTERPOLACIONES ATENIENSES. OTRAS INTERPOLACIONES DE VARIOS PUEBLOS. INTERPOLACIONES RELIGIOSAS

Como quiera, a Pisístrato y a sus Diaskevastas se ha hecho responsables, principalmente, del grupo de "interpolaciones atenienses", o destinadas a satisfacer las ambiciones imperialistas de Atenas.

En tiempos homéricos, Atenas era todavía un humilde poblado, poco extenso. De aquí que Aristarco haya condenado como apócrifo aquel verso de la *Ilíada* (Catálogo Náutico) que supone a Salamina sujeta a la jurisdicción ateniense. Un tal Dieuquidas, de Megara, historiador del siglo IV a. C., acusa nominalmente a Pisístrato de las interpolaciones atenienses. Cierto que Megara vivió acumulando y documentando su rencor contra Atenas, precisamente porque ésta le arrebató a Salamina, y también por envidia de vecino pobre. Y cuando, en el siglo IV a. C., sobrevino la caída de Atenas, Megara se puso a repetir en todos los tonos que Atenas sólo sabía falsificar e interpolar, y que ni había inventado ella la Comedia, sino Megara; ni tampoco había inventado la Tragedia, la cual tuvo su cuna en Sición.

Por lo pronto, Dieuquidas no pudo justificar su aserto, comprobándolo con alguna versión no Ateniense de la *Ilíada;* y entonces inventó un arreglo del pasaje discutido, así como imaginó la existencia de una edición espartana de Homero hecha por Licurgo, la cual comienza por no existir. Esta edición, indemne de atenienses pecados y obra de los ingenuos dorios, hace reír si se recuerda la clase de gente que moraba en Esparta, y el poco tiempo que daban a estas futesas poéticas, por el mucho que les ocupaba la grave práctica del paso de ganso y otros ejercicios militares.

Poco antes de la mención de Salamina, hay en la *Ilíada* tres versos relativos a la aptitud guerrera del jefe ateniense

Menesteo: "Ningún hombre de la tierra sabía como ése poner orden en la batalla, así a los que combatían en carros como a los peones armados de escudos"... El pasaje es discutible por lo mismo que el elogio queda por decirlo así en el aire, sin que sirva para preparar ninguna hazaña de Menesteo, a quien no volvemos a encontrar. Heródoto dice que, en esos tres versos, fundaban los antenienses sus pretensiones al comando supremo de la guerra contra los bárbaros.

Tampoco parece corresponder a la Atenas de aquellos tiempos la alusión que hace la *Odisea* a sus "anchas calles", atribuyéndole un desarrollo urbano que por entonces distaba mucho de haber alcanzado (Pasaje en que Atenea deja a Odiseo a la puerta del palacio del rey Alcínoo y se encamina de Esqueria a Atenas, *atravesando antes Maratón,* itinerario también muy discutido).

Otro Megarense, Hereas, acusa igualmente a Pisístrato, según Plutarco, de haber forjado la inútil alusión a Teseo, en la *Ilíada.* Aparte de este lugar, Teseo sólo aparece en la *Odisea,* Catálogo de las Damas, de muy incierta atribución. En este Catálogo figuran también, y son también interpolaciones probables de mano ateniense, las heroínas Fedra, Procris y Ariadna, y "el artero Minos". Sólo un ateniense podía llamar así al camarada de Zeus, por el tributo terrible que impuso a su ciudad.

Algunos ven también la mano Ateniense en la referencia a la ocultación de Orestes en Atenas, durante los ocho años que siguieron a la muerte de su padre y antes de que volviera a Micenas por la venganza (*Odisea,* III).

Se supone, pues, que el hipotético texto jónico, anterior a la introducción de Homero en el Continente y a la redacción del texto de Pisístrato no contendría las alusiones a Salamina, a Menesteo, ni a los demás personajes de la fábula ateniense o con ella relacionados: Teseo, Procris, Fedra, Ariadna, Orestes; ni el pasaje de la *Ilíada* (batalla junto a las naves), en que los Atenienses son escogidos para las primeras filas, prefiriéndolos, entre otros, a "los jonios de rozagante vestidura".

Los lugares más propicios para insertar frases extrañas son naturalmente las comparaciones y los trozos enumerativos; aquéllas, porque obran a modo de paréntesis elástico,

y a nadie choca que interrumpan por un instante la corriente del poema; éstos, porque un índice de nombres siempre admite, sin violencia, alguna o algunas añadiduras. De aquí que las interpolaciones atenienses figuren sobre todo en el Catálogo Náutico de la *Ilíada*, o en el de las Damas de Antaño, en la *Odisea*.

Ya en los Catálogos y comparaciones o dondequiera que la incrustación era fácil, se trataba de dar carta de naturalización, antigüedad troyana y jerarquía homérica a pueblos y caudillos. No de otra suerte los catedráticos de Nisa, para halagar más tarde a sus discípulos romanos, se esforzarán por encontrar algunas cosas romanas en Homero. A veces, los pueblos cuyos nombres se añadían eran ajenos a la saga de Ilión, o para entonces ni siquiera estaban bien definidos. A veces, los caudillos sólo aparecían para ser nombrados rápidamente, y hacerlos morir antes de que complicaran los versos. Aquiles, por ejemplo, mata en el río a un montón de anónimos: allí cabían muchos intrusos, pero era poco práctico el introducirlos en ese sitio, porque ello obligaba a retocar demasiado los versos. Entonces se recurrió al cómodo expediente de deslizarlos en el Catálogo anunciando de antemano que, más adelante, Aquiles les dará muerte en el río. Así se hizo para el augur y caudillo misio llamado Eunomo; así para el héroe cario Anfímaco, a quien no debe confundirse con Anfímaco el epeo (*Ilíada*, II, 861, 871). Entre las interpolaciones de la Grecia Continental —fuera de las atenienses, antes mencionadas— son notables las siguientes:

El orgullo nacional de los Arcadios introdujo dos versos, que no figuran en nuestra Vulgata ni nos han sido trasmitidos, para relacionar con Arcadia al heraldo Estentor, el del pecho de bronce y el vozarrón famoso. La mención de los Beocios entre los continentes griegos da lugar, por lo menos, a confundir a los antiguos y legendarios Cadmeos, ajenos a la historia troyana, con los Beocios históricos; quienes, según Tucídides, sólo ocuparon su territorio conocido unos sesenta años después de Troya. Eubea hace entrar en la danza de sus Abantes y al caudillo Elefenor, a quien luego Agenor habrá de dar muerte. Titio mismo, el terrígena del Catálogo de Condenados (*Odisea*, Primera Nécuya) puede

ser inserción de origen euboico o focidio. Las referencias a Mesenia muestran todos los más sospechosos anacronismos, ya en cuanto a los nombres territoriales o de sus supuestos monarcas; ya en cuanto al robo que se les atribuye de 300 carneros de Ítaca, durante la juventud de Odiseo; ya en el episodio de Ifito, que hace a Odiseo contemporáneo de Héracles y todavía más viejo que Néstor.

El reino Odiseano forma un ciclo aparte. Los cefalonios introducen un verso destinado a dar vetustez a su progenie, como quien se inventa abuelos en las Cruzadas. El reino en cuestión comprende las islas de Ítaca, Duliquio, Zante (Zacinto) y Same. Pero Same ¿no es, como algunos pretenden, Cefalonia, la isla de la Cabeza? El punto merece lugar aparte, y aquí sólo se le menciona.

Se admite que hay varias interpolaciones sobre el Mediterráneo Occidental: tres o cuatro menciones de Sicilia; y una de Cerdeña, cuando la sonrisa "sardónica" con que Odiseo contesta a la agresión de uno de los Pretendientes.

Las interpolaciones relativas a la Acaya Egea o islas del Archipiélago se relacionan, a través del caso de Rodas, con las interpolaciones Dorias en general. Los contingentes enumerados en el Catálogo Náutico del verso 653 en adelante, son Dorios; y la invasión doria se fija por 1124 a. C., unas tres generaciones después de la caída de Troya. Cierto que marcar fronteras exactas es aquí absurdo. Aquellas grandes marejadas de pueblos por fuerza eran algo indecisas. Pero es imposible materialmente aceptar los datos del Catálogo como contemporáneos de los sucesos de Troya. Allí se trata de los Rodios y su jefe Tlepólemo, quien vuelve a aparecer en una manifiesta interpolación del Canto V. Tlepólemo, hijo de Héracles, pertenece a otra generación. Es un tésprota de nacimiento (Grecia del N. O.) y llega a Tirinto cuando el primer regreso de los Heraclidas. De allí se destierra por haber cometido, como de costumbre, un homicidio involuntario, y va a colonizar a Rodas. Con los Rodios, pues, logra entremetérselo en la *Ilíada*, pero no sin que se note la incoherencia.

A propósito de la Acaya Egea, además del caso de Rodas, hay una interpolación sobre Nireo y la isleta asiática de Sime; interpolación singular y poco honrosa, pues de Nireo,

aunque el más hermoso de los griegos, se dice que "era tímido, y poca la gente que mandaba". ¿Es un nuevo tipo de "interpolación humillante"? Hay también, en la *Ilíada,* un cretense, el rey Idomeneo, que manda a los de Creta: Cnoso, Gortina, Licto, Mileto, Cretense, Licasto, Festo y Ritio, y el resto de las "cien ciudades cretenses", y que comparte el mando con Meriones. Pero este monarca cretense, Idomeneo, tiene la misma calidad indecisa del fabuloso Minos. Y aunque aparece también en la *Odisea,* descripción de Creta que Odiseo hace a Penélope, esta descripción no sólo está propuesta como un embuste más del astuto héroe, sino que es sospechosa como pasaje homérico: parece más bien corresponder a la Creta de principios de la edad clásica, que no a la Creta homérica. La referencia a los Dorios de Creta es, allí, incomprensible, y se advierte que Platón consultaba un texto en que ellos no figuraban. ¿O se trata de alguna mala lectura, como en el caso de Antímaco, que tomó la Ogigia de Calipso por la Ogilos de Creta?

Odiseo llega a Ítaca, y comienza por contar al porquerizo Eumeo que es un náufrago llegado de Creta. Este cuento es considerado como una de las páginas más consistentes y bien construidas de la *Odisea.* Pero poco después, Odiseo explica al pretendiente Antínoo —mientras éste tiene suspendido el escaño que tardará cincuenta y tres versos en lanzarle— que es un náufrago llegado de Chipre. Este segundo cuento contrasta con el anterior, por lo endeble y confuso. Además, es muy extraño que Odiseo, delante del propio porquerizo, que aún no lo reconoce, incurra en la imprudencia de cambiar así su primera historia, cuando anda disfrazado de viejo vagabundo y le interesa no sentar plaza de embustero. Como quiera, la Chipre de que aquí se habla tiene más traza de ser todavía una Chipre asiática, y no griega. También los chipriotas metieron mano en la *Ilíada:* el rey de Chipre, Ciniras, al tener noticia de que los Aqueos parten en demanda de Troya, envía a Agamemnón, como presente, un escudo que nos es descrito en seis versos, modesto parangón para el escudo de Aquiles. Pero en verdad Chipre estaba aún fuera de la comunidad helénica. Se ha observado ya que los últimos horizontes helénicos, para Homero, se encuentran en Rodas, Licia y los Montes Solimos: aquellos

montes desde donde Posidón, a su regreso de Etiopía, descubrió la balsa de Odiseo.

Entre las interpolaciones más trascendentes cuentan las que tienen sentido religioso, dado su alcance panhelénico. Hay referencias al destierro del diaskevasta Onomácrito por Hiparco, hijo de Pisístrato, en razón de habérsele sorprendido haciendo interpolaciones en el texto homérico, para traficar con falsos oráculos atribuidos a Museo.*

Por supuesto que, si las falsificaciones atribuidas a Onomácrito eran perseguidas por groseras y acaso inútiles, hay otras, también de tipo religioso, que nadie se atrevía a tocar. En el Canto VI de la *Odisea,* el héroe compara a Nausícaa con el retoño de palmera que crecía en Delos, junto al ara de Apolo. En el Canto VIII, el aedo Femio cuenta, para los Pretendientes, la disputa entre Odiseo y Aquiles, disputa —dice— de que se regocijaba el jefe Agamemnón, pues Apolo le había pronosticado, en la divina Pito, que la contienda entre los príncipes aqueos anunciaría el fin de la guerra. Según esto, para la época de los acontecimientos homéricos se dan ya por establecidos los cultos de Apolo en Delos y Delfos (Pito), y por instituida la práctica religiosa de los oráculos sagrados. La fábula, en efecto, cuenta que Apolo nació en Delos, de allí pasó a Delfos, y después subió al Olimpo, y luego bajó en busca de un sitio donde fundar el oráculo, sitio que vino a ser Pito (Delfos). Pero todo esto parece una elaboración posterior, y los referidos pasajes homéricos se consideran sospechosos. La política de panhelenismo, que no era otra cosa ese culto apolíneo de Delos-Delfos, acaso aconsejó dar antigüedad homérica a esta tradición religiosa. Se observa que los cultos de Delos y Delfos son todavía desconocidos en poemas posteriores, como en Hesíodo y en la *Teogonía.* Rohde dice que los griegos de Homero sólo conocen la adivinación como un arte, pero no la consulta directa con el oráculo de los dioses. Además, en la *Ilíada* (Catálogo Náutico) Pito no es aún "divina", calificación que se reserva a Crisa. Pito es simplemente "pedregosa" o "rocosa" (Cantos II y IX).

Ahora bien, en la *Odisea,* la isla de Ortigia, situada "don-

* Alfonso Reyes, *La Crítica en la Edad Ateniense,* § 19. [*Obras Completas,* XIII, pp. 26-27.]

de se encuentran las vueltas del sol" —en el Poniente—, es la isla por excelencia de Apolo y Ártemis, en que los dio a luz su madre Latona. Para conciliar estos pasajes con las interpolaciones sobre Delos, se hizo viajar a Ortigia, se hizo de ella una isla vagante, que viene a dar junto a Sira y al fin se fija en el lugar de la actual Delos y se la identifica con ella. Aunque las islas participaran de la cultura egea, padecen después un largo eclipse tan manifiesto, que resulta prematura su aparición en Homero, y más que sospechosa.

Dióniso, dios del teatro ateniense, es ajeno a la mitología olímpica y homérica. Las tres menciones que de él se hacen en la *Ilíada* se tienen por interpolaciones, y la que aparece en la *Odisea*, por "sobreinterpolación"; pues figura en ese final que muchos ven como añadido, y es, en él, una añadidura.



7

LA *ODISEA* DESDE AFUERA. AQUILES

En la leyenda, el triunfo de los aqueos es tan completo, que los troyanos tendrán que buscar nueva tierra; es decir, los pocos que escapan. Tal es la tradición de Eneas, futuro fundador de Roma; tal la del Príamida Héleno, el vidente, futuro monarca del Epiro. Pero también muchos aqueos se trasladaron a nuevas tierras. Y, desde luego, comienza en aquel punto, siempre según testimonio de la leyenda, la colonización mansa y gradual del Asia Menor, que pronto se acelerará bajo la presión invasora de los dorios.

Ahora bien: en la realidad histórica, ni siquiera sabemos las proporciones de esta guerra, o si ella es símbolo de movimientos generales, concentrados por economía en un solo punto. ¿No hemos visto, en tiempos más recientes, cómo la imaginación histórica provoca, en el seno indefinido de los recuerdos, una precipitación semejante? Pues parece que la Covadonga no fue otra cosa, con respecto a la Reconquista: una pequeña batalla, entre muchas, que vino a heredar el honor de una era de tribulaciones. Pero ¿sabemos siquiera que la Guerra de Troya haya acabado en una victoria neta? Homero, en la *Ilíada*, no nos cuenta el triunfo, y en cierto pasaje en que nos lo deja presentir se asegura que bien puede ser una interpolación destinada a satisfacer el sentimiento nacional, prometiendo un buen desenlace. Si hubo tal triunfo, en efecto ¿por qué los aqueos no se fijaron en el codiciado sitio de su conquista, y colonizaron a Ilión desde el primer instante? Consta, por el contrario, que la faja anatolia al sur de la Tróada sólo será colonizada dos o tres generaciones más tarde; y la parte septentrional, la Tróada misma, mucho más tarde todavía. ¿El éxito enloqueció a los vencedores, al punto de hacerlos olvidar el objeto mismo de la empresa? No se produjo, no, el desenlace natural. Algo ha acontecido aquí que nadie ha querido contarnos.

Resumiendo, pues, el espectáculo que nos es dable re-

construir entre aquellos orbes cambiantes, los vencedores mismos se ven derrotados por su victoria. Tristes y extenuados, regresan a sus casas distantes. Muchos naufragan. Otros, en extranjeras playas, fundan las primeras colonias helénicas, colonias de arribada forzosa, que aparecen por Asia, el Egeo, Italia. Helena, salvada al puñal de Eneas por Afrodita, su empresaria divina; salvada al puñal de Menelao por el imperio de un viejo amor, sienta cabeza y —"diosa entre las mujeres"— reina en paz bajo el techo del esposo, en la Esparta aquea de esos tiempos, donde su presencia es una sonrisa al paso del joven Telémaco. Agamemnón volvió a Micenas y "besó la tierra derramando lágrimas de alegría". Pronto la morderá con angustia, revolcándose entre su sangre. En tanto, Ilión desaparece, como tranportada a su turno en aquella nube de Paris; y en vez de que los aqueos la colonicen, son sus hijos, los expulsados teucros, quienes vuelan a fundar dinastías en el Epiro o en Roma.

El regreso de Odiseo es famoso entre todos. En la *Odisea* encontramos otro Homero menos grandioso y más ameno. En rigor, nos lo anuncia ya el Canto XXIV de la *Ilíada*, el *Rescate*, cuyas semejanzas de espíritu y aun de estilo con la *Odisea* no han pasado inadvertidas para la crítica. En la *Odisea*, como ya lo había advertido Benjamin Constant, aun los dioses aparecen algo diferentes que en la *Ilíada*; menos gigantescos y más humanos; menos divididos entre sí, y ninguno de parte de los enemigos —que, en el caso, son los Pretendientes—; en tanto que en la *Ilíada* hay dioses para proteger la deslealtad de Paris o la de Sándaro.

Fundándose, al parecer, en los periplos fenicios, e influido por relatos egipcios, el poeta vuelve al tema del Gilgamesh mesopotamio, sazonado con ciertos rasgos de la vida mística de Istar, diosa siria; y aprovechando, entre otros, el cuento de la mujer que desconoce al marido ausente —cuento más antiguo que Troya, cuento preservado en todas las literaturas populares, en baladas y en romances como el de "Las señas del marido"—, modela en fin a su Odiseo, especie de Sinuhit, el viajero egipcio de los años 2000 a. C. y especie de Simbad y del Robinsón y que también evoca al lamentable Ashavero; héroe que viaja por un mundo de geografía maravillosa, donde laten ya los gérmenes de la novela, en me-

dio de un ambiente de aventuras y magia, ambiente que, de cuando en cuando, se torna plácido y casero.

Si la prótasis y aun todo el primer canto de la *Ilíada* han sido juzgados como el movimiento candoroso de un poeta que no sabe todavía adónde va, en cambio la prótasis de la *Odisea* indica ya, al menos, la conciencia de un poema que forma parte de un conjunto y pretende venir después de la *Ilíada.*

Según Bérard, pueden descubrirse en la *Odisea* tres historias entretejidas, cuyo valor poético él estima que decrece en el orden que las enumera, y que podrían decirse, respectivamente, obras de un Racine, un Regnard y un Voltaire helénicos: los *Relatos ante Alcínoo* (V-XII y comienzos del XIII), los *Viajes de Telémaco* (II, III, IV y comienzos del XV) y la *Venganza de Odiseo* (mitad del XIII a mitad del XXIII). El I es para Bérard un prólogo posterior y menos que mediano. Y el final, mediados del XXIII a XXIV, un epílogo para atar el conjunto de los dos poemas homéricos. Hay muchos otros sistemas de dividir el poema, que atienden más bien a las posibles fases de su elaboración sucesiva, lo cual aquí poco nos importa. A todos es preferible el sencillo resumen escolástico del texto tal como hoy lo leemos.

Después de examinar así, a través del primer material o material legendario, la representación imaginaria con que contaba un griego clásico para sustituir su ignorancia de los orígenes aqueos, pasamos al segundo material o material homérico, íntimamente relacionado con el anterior, según habrá podido advertirse por las alusiones a la *Ilíada* que aquí y allá se nos ofrecían.

Que en el épos homérico haya su tanto de invención personal, su tanto de tradición legendaria y su tanto de testimonio histórico directo era de esperar. Así acontece, en general, con las epopeyas. En *Los Nibelungos*, el asunto es una ficción romántica; muchos de los personajes, Odín desde luego y tal vez Sigurd, son figuras de la mitología septentrional; y Atli (el rey huno Atila) y Dieterich (Teodorico) son ya figuras históricas. Así, en Homero, la trama del conjunto, los viajes de Telémaco en la *Odisea*, la embajada que Aquiles recibe bajo su tienda en la *Ilíada*, son invenciones del poeta. Los seres divinos, Zeus, Hefestos, Belerofonte, Tifeo, la Quime-

ra, son mitología pura. Pero las excavaciones han probado la realidad histórica de Troya y Micenas.

Como hay en Homero sitios y objetos históricos ¿habrá también personas históricas? Porque esto nos interesaría singularmente para nuestra investigación sobre los aqueos. Por desgracia, carecemos de documentos independientes que nos permitan, en el caso, la identificación histórica de este o aquel jefe de tribus. Porque, cuando Homero habla de las puertas de Troya, acudimos al álbum de los arqueólogos, y allí encontramos la comprobación deseada. Pero cuando nos habla de Aquiles, o digamos de algún guerrero menos ilustre ¿adónde, a quién acudir para referencias personales?

Naturalmente, en toda la parte de ficción que haya en Homero tiene que haber también un acarreo de historia indirecta o involuntaria. Para usar la frase de Aristóteles, si el poeta no nos dice lo que realmente aconteció, nos dice lo que bien pudo haber sucedido, que es cuanto importa para los periodos no documentados de la historia. Y aun las acciones más maravillosas suelen situarse en escenarios que contienen rasgos reales. Se le escapa al poeta la alusión a tal montaña, tal río, tal bosque, y ello nos basta para descifrar la adivinanza. Los Cíclopes son monstruos ficticios, pero sus procedimientos de granja, de lechería y quesería, son ya históricos. Y este género de informaciones al paso, suele resultar, por algún misterio de la poesía, mucho más útil que las estadísticas oficiales para entender y reconstruir un estado social. Si la *Ilíada* y la *Odisea* no fueran más que puras obras de imaginación, ya nos enseñarían mucho sobre las tempranas costumbres griegas, prácticas de la guerra y del gobierno, matrimonio, propiedad de la tierra, cultos, labranzas, comercio y, sobre todo, marinería. Quien haya leído de modo diligente —es decir, pensando en cada frase, y luego dejándola que evoque la imagen interior—, el relato que, en la *Odisea*, hace el porquerizo Eumeo sobre su vida y sus fortunas, sabe ya bastante respecto a la existencia en el Egeo allá para el siglo VIII o VII. ¡Y son nada más tres páginas poéticas!

El estudio de la historia implícita en la ficción sería un estudio provechoso. Tan tentador, que debemos alejarnos pronto. Nuestro asunto es averiguar si puede extraerse alguna documentación histórica original entre la masa de las tradi-

ciones homéricas, y si es posible dar con los núcleos en torno a los cuales giran las nebulosas poéticas. No es fácil todavía, aunque la ciencia esté llena de esperanzas.

Veamos, por ejemplo, lo que acontece con algún personaje puramente ficticio, entre tantos como pululan en los cantos homéricos: un heraldo, un bardo, uno de los feacios, una nereida de nombre transparente. Sea Briseida, la muchacha que Agamemnón arrebata a Aquiles, pasiva heroína de la Cólera. No tiene padre ni madre. No tiene más historia que el incidente que la inventa. Ni siquiera un nombre verdadero. Las frases que la mientan sólo significan "La Doncella de Brisa", es decir: "la de Bresa", ciudad de Lesbos. Aquella vaguedad coagulará poco a poco hasta tener una descendencia en la "Crésida" medieval; que es, más o menos, el acusativo de su nombre, confundido con el de "Criseis", la otra muchacha que Agamemnón devuelve a su padre.

Sentimos hasta qué punto la de Bresa es una mera sombra, cuando la acercamos a Helena. Otra entelequia, Helena; pero no ha sido creada para el poema, aunque lo domine. Sino que ella ha alcanzado ya, desde antes, una elaboración, una mayoría de edad fantasmal, en las vueltas y revueltas de la fantasía humana. De Helena, por eso, conocemos padres y hogar, sabemos del Cisne y Leda, de su proterva hermana, de su conocido e histórico templo en Amiclea. Nos dicen que solía aparecer en persona para escuchar las plegarias de sus devotos; que todavía la invoca Fausto después de tantos siglos. Y quién sabe si, en el duermevela de nuestras aficciones estudiosas, no exclamamos de repente: "¡Oh, sí, Helena!", como si realmente nos nombraran a alguien que hemos conocido, mientras en los trasfondos de la conciencia parece que se dibuja, vagamente, una sombra blanca.

Briseida, sin historia, es, además, invención individual del poeta, a diferencia de Helena, que ya pertenece al sueño multánime de una raza. Homero interpreta a Helena, pero no la ha creado. Tanto más gana ella en el contraste con esa pobre declinación toponímica, que sólo vino un instante al mundo para provocar —sin culpa suya— una Cólera capaz de sobresaltar los elementos.

Pero de la invención individual o de la invención colectiva pasemos ahora a una figura que, como la de Aquiles,

acaso oculta una almendra histórica. Aquiles es ejemplo típico de un héroe tribal. Fuera de la elaboración psicológica que hace de él Homero en los últimos Cantos, casi no hay en su leyenda nada más que la historia de alguna tribu. Todo lo que hizo Aquiles lo hicieron los aqueos del sur de Tesalia: dejaron su hogar en el continente; se detuvieron a crear músculo en Esciros; conquistaron y ocuparon a Lesbos; pelearon en la costa Tracia; por fin cruzaron Helesponto y Bósforo, camino del Mar Negro, y por allá fundaron colonias que más tarde llevarán el nombre dc Aquiles. Allá, en efecto, se adorará a Aquiles como "Señor del Ponto". Y sobre la boca del Danubio, en Leuce, la "isla centelleante" y solitaria, su templo estará custodiado por las aves marinas.

Pero el solo estudio de los lugares por donde se difundió su nombre, algo nos enseña. Dicen que el culto de Tesalia se fundó por orden de Dodona, de Zeus mismo en su primera hipóstasis griega, en la primer casa que habitó en Grecia. De aquí que el héroe invoque al "Zeus de Dodona", del que ha hecibido su virtud mística, el marchamo sobrenatural. Muy fácil de entender el que se le adore en Sigeo, Esciros, Mitilene, Leuce, y que en Olbia y Odesa las inscripciones le llamen también "Pontarcos". Pero ya es más singular encontrar su culto en otras regiones de Grecia, donde no esperamos hallarlo: Laconia (en la ruta de Arcadia), Brasiai, Élida, isla de Astipalea, acaso en la isla de Cos, y en Tarento: que de todos estos lugares hablan los escoliastas y otros antiguos testimonios.

¿Qué significa esto? ¿Héroe tribal, un héroe así diseminado por lo ancho del mundo helénico? Desde luego que sí. Esto, simplemente, refleja la extrema movilidad de las tribus en la prehistoria griega, verdaderos riachos temblorosos de azogue. Es la época en que los helenos cada día se encuentran echados de su casa, andan de un lado a otro y en ninguna parte pueden parar. Y dondequiera que la planta arrancada lograba conservar un pie, echaba un retoño. El despojo tribal daba muestras de sus adoraciones familiares y sus dioses inerradicables. Donde iban los aqueos, hijos de la nidada que anduvo de Dodona a Ftiótide ("mirmidones se llamaban, y helenos y aqueos"), allá iba con ellos Aquiles como una nube viajera.

8

AGAMEMNÓN

La persona de Agamemnón ofrece extremos más complicados. Hay duda sobre si será también un dios de tribus. Parece pertenecer a algún grupo aqueo que, en cierto instante, tuvo preeminencia sobre los otros y, además, cercanos tratos con Zeus. Pero mientras el Aquiles de las hazañas posee un hogar definido y un abolorio claro y simple, que desciende directamente del monte Pelión, donde trotaba el viejo centauro Pedagogo y se abatieron los pinos para el navío de los Argonautas, mientras que sus aguas natales nos son bien conocidas, la casa de Agamemnón se esconde entre breñas y su progenie ofrece dificultades.

El orgulloso príncipe no pasa de ser persona equívoca. En la *Ilíada*, cierto, tiene algo que ver con Zeus, acaso porque su función real le impone obligaciones administrativas para ante el cielo. Es soberano entre los hombres, como Zeus lo es entre los dioses.

En Esparta esta relación se estrecha tanto, que hay un culto a Zeus-Agamemnón. Lo cual recuerda el altar de Zeus-Pélope en Olimpia. Pero ni en uno ni en otro caso sabemos bien lo que significa el culto híbrido. Pues es muy común de que el Zeus nórdico de los invasores simplemente se yuxtaponga sobre los cultos aborígenes. Y la explicación conviene a ambos casos, si Pélope y Agamemnón pueden ser considerados como aborígenes.

Pero ¿es Agamemnón un aqueo típico? ¿No es un rubio, un conquistador, un amo nuevo sin raíces en la comarca? A la postre, aun muere a manos de una princesa nativa, Clitemnestra, hija de Leda y Tíndaro. Clitemnestra tuvo un primer marido, a quien Agamemnón dio muerte para casarse con ella a la viva fuerza. También Pélope se presenta como forastero. Y aunque pasa por abuelo de Agamemnón, ello puede ser una mera historia tribal, más que una genealogía definida. Según ahora lo explican, parece que la tribu Pélope

fue la primera que se estableció en el Peloponeso. Era frigia, venía del mar. La siguió de cerca la tribu Agamemnón, que luego aspiró a la hegemonía entre los aqueos, y consiguió identificar o bien emparentar su dios con el soberano dios de los aqueos. Pero éstas son conjeturas, no más sólidas por novísimas.

Se comprende que enredemos los rastros. En la *Ilíada*, Agamemnón es cabeza del imperio Peloponesio; señor de Micenas, la rica en oro. No nos sorprenda que el nombre mismo de Micenas ocurra pocas veces a este propósito. A lo mejor, Micenas nunca tuvo la importancia que nos hacen sospechar sus ruinas. En el catálogo de las Naves, el reinado de Agamemnón abarca a Corinto y a Sición, y él mismo se refiere a Argos como a su hogar propio.

Todo esto puede pasar. Pero otras dificultades se ofrecen. Argos, para Homero, es propiamente el reino de Diomedes. En verdad, el nombre de Argos significa para Homero, cuando menos, tres cosas *1)* Argos de Tesalia; *2)* Argos del Peloponeso; *3)* nombre general de Grecia, sobre todo cuando se lo combina con "Hélade". Y los eruditos creen haber demostrado que, en varias ocasiones, Homero se refiere al Argos de Tésala. Acaso la tribu que Agamemnón representa permaneció mucho en la Tesalia, antes de zarpar rumbo a su hogar peloponesio. Pues Agamemnón es un gran almirante. Ya en el Peloponeso, Agamemnón será el típico Gran Rey, cuya sede ha cambiado con su corte, con el centro verdadero de su poder. En Homero, oímos hablar de Micenas y de Corinto; pero en otros documentos, más bien se nos habla de Esparta. Para Estesícoro y Simónides, Agamemnón es sencillamente un rey de Esparta. Murió en la espartana Amiclea, según Píndaro, y allí es donde Pausanias, turista religioso de la última Grecia, encontró su tumba. En Esparta también, recordémoslo, es donde encontramos al Zeus-Agamemnón.

9

TERSITES

CONSIDEREMOS ahora a uno de los enemigos personales de Agamemnón, que esto fue Tersites. ¿Quién no recuerda su fugaz y triste aparición en la *Ilíada*, cuando suelta la lengua contra Agamemnón, y Odiseo lo mete en cintura? Era el más feo en todo el ejército griego. Era calvo, corcovado, cojo.

Adviértase la amenaza de Odiseo: como Tersites vuelva a las andadas, Odiseo lo desnudará y, a mojicones, "lo echará de la compañía de los hombres". ¿No nos recuerda esto el caso del chivo expiatorio o "fármacos", el más feo del pueblo, a quien se expulsa para desterrar con él, místicamente, la peste o el hambre?

El nombre de Tersites tiene aire de ser inventado. Se deriva de palabras eólicas que significan "atrevimiento", "descaro". Y la verdad es que no esperábamos que este Tersites nos resultara al fin figura de una leyenda independiente, con una vida propia y relaciones de lo más distinguidas. Era, sépase, hijo de Agrios, el salvaje monarca etolio y primo segundo del gran Diomedes. Su madre es Día, una diosa palpable —casi íbamos a decir "de carne y hueso".

Éste, pues, dice Homero, que singularmente sentía aversión por Odiseo y Aquiles. Por Odiseo, se explica, después de la zurra que le ha dado. Pero ¿qué le habrá hecho Aquiles? Sencillamente, en la historia o tradición más corriente (*Etiópicos*, *Queremón*, etc.), Aquiles lo ha matado. . . ¿Cómo así? Vayamos despacio.

Cuando Aquiles combatía contra la amazona Pentesilea, una vez que le hubo asestado la mortal herida que sabemos, se sintió lleno de remordimiento y aun de amor, ante aquel hermoso rostro de hembra agonizante. Tersites lo vio, y el bruto, soltó la carcajada. Y el héroe, sin poder contenerse, lo dejó en el sitio de un revés en la oreja. Odiseo acudió a purificarlo. Con todo, el primo Diomedes siempre verá a Aquiles con ojeriza.

Ferécides y el poeta Euforión lo cuentan de otro modo. Tersites, dicen, intervino en la cacería de Calidonia. Y dio tales muestras de cobardía, que su primo Meleagro lo precipitó de una altura. De aquí, aunque maltrecho, se recobra, para tener el honor de morir a manos de Aquiles. Y bien: este despeñarse de la roca es, generalmente, la suerte que se reserva al "fármacos". Todo nos lleva, pues, a figurarnos que hay por aquí un sacrificio ceremonial "de escapatoria", como decía Isócrates; un acto de la antigua magia, para limpiar al pueblo de alguna calamidad que lo aflige. Pero ¿por qué la relación con Aquiles, si es que aún puede ser investigada?

Usener, autor de tan luminosas averiguaciones sobre los nombres de las divinidades, todavía hace notar otras circunstancia más peregrina. Tersites es nombre muy difundido en Grecia, al menos en derivados de la misma raíz, como Tersias, Tersión, etc. En dialecto lacedemonio, parece asumir la forma "Teritas", como "Persefonia" se vuelve "Perefonia". Y Teritas en Lacedemonia es un dios de quien algo se ha podido aclarar. Pausanias ha visto su templo entre Amiclea y Terapnea, y dice que equivale a Ares. Hesiquio, quizá con mayor acierto, asegura que es más bien equivalente de Enialio, otro dios bélico. Y su madre o nodriza, es Tero.

Ahora bien, el sacrificio purificador se ha ido transformando en todas partes. Pero en Esparta llegó a ser algo propio y peculiarísimo de la triste índole espartana. Se había convertido en una lucha anual que se celebraba ritualmente en un bosquecillo. La lucha consistía en un encuentro sin armas entre dos partidos de efebos. Había cerca un foso de agua, adonde precipitaban a los vencidos: otro modo conocido de sacrificar al "fármacos". Y, antes de comenzar la lucha, los efebos hacían una ofrenda a Enialio, en un sagrario del Febeión, y otra a Aquiles, en su templo de la ruta arcádica. Si, pues, Enialio resulta ser Teritas, ya tenemos aquí la etimología de la animadversión arcaica entre Aquiles y Tersites. Lo que ella significara en sí misma, ya no podemos alcanzarlo. ¿Asesinato anual del Invierno por el Estío, combate entre símbolos vegetales?

10

ÁYAX

OTRO es el caso del héroe Áyax Telamonio. Éste carece de tribu, de hogar, de bienes. Sólo posee aquel escudo, que sólo él puede cargar, y un padre llamado Telamón. Este nombre, Telamón, significa "Cuero del Escudo", o bien "Pilar", Pilar donde el escudo se cuelga. Áyax es el héroe del Escudo. Algunos versos lo relacionan con la isla de Salamina. Es enorme y atlético; pero siempre va acompañado de un compañero, bravo como él, aunque pequeño. A ambos se les llama los "Ayantes". El compañero, como en la *Ilíada*, es su mediohermano Teucro; o bien Áyax Menor, un locrio, hijo de Eleo. Ahora bien, Teucro es figura legítima de leyenda; su doble, el hijo de Eleo, es más oscuro. Los Ayantes son figuras de folklore y, sin duda, de algún culto antiguo, como las demás parejas divinas: las Tindáridas, los Dióscuros, los Afarcidas, etcétera. Se ha considerado el tipo gemelo como característico de los cultos léleges. Más no sabemos.



11

DIOMEDES

CONTEMPLEMOS ahora la grandeza y la miseria del héroe Diomedes. Tiene también una apariencia de dios o héroe tribal, relacionado con Etolia y con las poblaciones etolias de la costa norte del Peloponeso, aunque el Catálogo lo radica en Argos y en Epidauro. Acaso aqueo de origen, se ha contaminado en sus contactos con las salvajes tribus etolias que, llegadas de Iliria, expulsaron a los aqueos, reduciendo la Etolia a aquel estado de postración en que se le ve durante los tiempos históricos. Es deudo de Agrios ("el Silvestre"). Su padre, Tideo, estuvo a punto de alcanzar la inmortalidad por sus muchos méritos, pero la diosa guerrera de su tribu, la propia Atenea, lo descubrió en trance de devorar la cabeza de un enemigo en pleno campo de batalla, y prefirió dejarlo morir.

La tradición nos da dos distintos Diomedes. Uno es el héroe mencionado en la *Ilíada* y en la *Odisea*, el Epígono, el Alcineónida, argio de nacimiento, que viaja por Etolia, Troya, Italia y Chipre. Es un bravo y joven guerrero, que anda siempre entre caballos y deja un recuerdo casi indiferente. Pero hay otro Diomedes francamente antipático, rufián y salvaje, hijo del dios guerrero de los etolios, Ares, y rey de Abdera en Tracia. Este Diomedes, que alimenta con carne humana sus feroces caballos blancos —huella evidente de sacrificios humanos— fue en buenhora castigado por mano de Héracles, que además se llevó consigo los caballos.

Ahora bien, se ha advertido que esos dos héroes bien pueden ser la misma persona. En cuanto se rasca un poco al Diomedes argio, aparece, bajo su máscara helénica, la fisonomía del tracio. En todas partes, lo encontramos sospechosamente mezclado con los caballos y con ominosos sacrificios. En el lejano sudeste, en Chipre, su culto exigía víctimas humanas. En el lejano noroeste, en Venecia, le sacrificaban caballos blancos. En la *Ilíada* se le hace aparecer

inmaculado, valiente, modesto y de buen consejo, y se pasan su silencio en sus costumbres y aficiones de canibalismo. Pero de tiempo en tiempo, se nos dejan ver sus muchas relaciones con Tracia. Ya da muerte a Reso, rey de tracios, y le roba sus caballos blancos; o combate con Ares, dios de los tracios aborígenes. Y Ares huye al cielo dando un berrido, y no deja ningún caballo en la tierra. Pero, poco antes, Diomedes ha peleado con Eneas y su madre Afrodita, y ha arrebatado a Eneas los magníficos caballos de que éste tanto se enorgullecía. Afrodita es diosa que pertenece a Ares. Parece que, en el origen, fue una diosa guerrera, esposa del dios de las batallas; y luego, a través de las encrucijadas de la mitología griega, reapareció, medio confundida con cierto mito oriental, y transformada en diosa del amor. Esta nueva criatura no tendría para qué andar metida en los combates, y es sólo el galardón del triunfo. Además, su hijo, en el caso, no tiene por padre a Ares, sino a Anquises. Todo ello despide un fuerte olor de confusión mitológica y falsas identificaciones. Es de sospechar que, devueltas las cosas a su pureza primitiva, el héroe a quien Diomedes somete y roba los caballos, aquél en cuyo auxilio acuden Afrodita y Ares, es realmente un hijo de Ares. Con lo cual los dos Diomedes aparecen claramente convertidos en uno: el tirano tracio. Pues, en el proceso de la antigua mitología, rendir a un hijo del tracio Ares y robarle sus caballos famosos es lo mismo que ser un hijo de Ares a quien le arrebatan sus caballos. En un caso, Diomedes representa el papel activo. En el otro, el papel pasivo. Así también, junto al Dióniso matador del toro, hay Dióniso el toro muerto; así, Apolo el cazador de lobos, y Apolo el lobo.

¡Tantas son las tradiciones y leyendas tribales entretejidas para urdir la figura de los héroes de la *Ilíada!* Verdad que, en algún caso, podrá descubrirse en algún héroe un residuo de realidad. Las leyendas medievales están llenas de nombres históricos. Y los nombres de Paris, Héctor, y aun Agamemnón, bien pueden haber pertenecido originalmente a alguna persona definida, como los de Carlomagno, "Virgilio el Mágico", Atila o Dieterich. El nombre y la personalidad de un enemigo ilustre se quedan impresos en la memoria del pueblo. Si el mundo ario estuviese en la

etapa de la mitología, pronto se había elaborado la imagen de un diablo llamado Adolfo. Pero, si aquí estamos en presencia de personas reales, no es posible identificarlas. Si hay alguna verdad en los nombres homéricos, ello no quiere decir que el episodio homérico haya acontecido de veras a persona que llevara tal nombre. Ninguna de las historias mágicas que inventó la Edad Media aconteció realmente a Virgilio.



12

SARPEDÓN, IDOMENEO, ADRASTO

BUSQUEMOS un terreno más firme. Un pasaje de la *Ilíada* nos cuenta la muerte de Tlepólemo de Rodas, hijo de Héracles, a manos del licio Sarpedón. El pasaje aparece como una incrustación en la *Ilíada*. No vuelve a mencionarse el caso, ni hay otra alusión a los Heraclidas. Los críticos desconfían de la autenticidad de estos versos. Los Heraclidas de Rodas no tienen realmente acomodo en el ciclo de la saga troyana.

Pero observemos en qué lugar aparece esta escena. El matador es licio; es decir, pertenece a aquel litoral del Asia Menor que se adelanta frente a la isla de Rodas. Los rodios han vivido queriendo abrirse un lugar entre los nativos de aquella costa. Tal vez alguna leyenda sobre un combate ideal entre rodios y licios anduvo flotando en bocas de los aedos, y al fin halló sitio, mal que bien, junto a los demás versos de la *Ilíada*.

Todos los pasajes sobre Sarpedón tienen este aire de llovidos del cielo. Ya los antiguos observaban que, si Sarpedón es enterrado en el famoso montículo funeral de Licia, es en Licia y no en Troya donde tiene que haber sido muerto; y que el transporte de Sarpedón de Troya a Licia en brazos del Sueño y la Muerte parece espurio. Algunos admiten que la *Ilíada* demuestra haber recibido influencia de los príncipes licios descendientes de Sarpedón y Glauco, influencia que explica por sí la inserción, aunque violenta, de estos pasajes. Así el combate de Diomedes con la pareja divina ha sido trasladado de Tracia a Troya.

En todo caso, es de creer que, en los elementos secundarios de la narración, aquellos que el poeta no tiene especial interés en bañar con su fantasía, se encuentren pedazos de historia bruta, descuidadamente absorbida sin previa asimilación estética.

Véase el pasaje en que Idomeneo alcanza a Festo y, atra-

vesándolo con su lanza por el hombro derecho, le hace caer del carro, cuando estaba a punto de escapar. Idomeneo es rey del Cnoso, en Creta, y Festo, en la historia, no es más que el nombre de la segunda ciudad cretense. Festo es la ciudad, o el epónimo de la ciudad. Hay, pues, aquí, una trasfusión hacia las venas de la *Ilíada* de la lucha interna de Creta, lucha que tal vez afirmó sobre la isla la hegemonía de Cnoso, y tradición que Homero usa para llenar algún ángulo de su cuadro troyano.

¿Qué historia puede disimular este pasaje? Acaso la conquista de la isla por Idomeneo, invasor del norte. Pero Idomeneo es hijo de Deucalión; lo que nos lleva a buscar su cuna en Tesalia. Ha sido un gran fundador en el noroeste, como Diomedes y Odiseo. Los guerreros contra quienes combate pueden dividirse en dos grupos, prescindiendo de algunas circunstancias y nombres que sólo enredarían el caso: *1)* Grupo de Pélope o invasores del Peloponeso: Enomao y Alcatoo; es este último, en alguna leyenda, uno de los pretendientes muertos por Enomao, y en otras, hijo de Pélope el matador de Enomao. *2)* Los creto-asiáticos: Asio, de la llanura lidia, el ya nombrado Festo, un eonio de Lidia, y Otrioneo, nombre derivado de una palabra cretense que significa "colina".

Aquí, pues, hay historia; historia como siempre nos la dan las leyendas, y no —claro es— en documentos de edición crítica y con los renglones numerados de cinco en cinco por un historiador "científico" de hoy en día. Y acaso acontezca otro tanto con muchos muertos de la *Ilíada* que caen por las segundas filas. De suerte que esas enumeraciones de nombres, pueden ser otros tantos relámpagos de realidad, realidad apenas disfrazada para acomodar en el ritmo de los hexámetros.

Así, al final de la gran batalla de Diomedes, Polipetes mata a Astíalo; Odiseo, a Pidites; Teucro, a Aretaón; Antíloco, a Ablero; Agamemnón, a Élato; Eurípilo, a Melantio; y Menelao captura a Adrasto, etc. Sin duda que aquí hay mezcla de ficción, de la más escasa y delgada por supuesto; y sin duda que la historia aquí disuelta es indiscernible. Pero hay lugar a escudriñar en la sombra.

A este fin, se nos propone un método ingenioso. La ma-

yor honra entre las primitivas tribus del norte era el ser un "Ptoliportos" o saqueador de ciudades. Fuera de esto, el héroe no tenía más recurso a la fama que el número de enemigos a quienes había dado muerte. Así Héracles, Aquiles, Diomedes, y los héroes de la saga germánica. En tiempos más civilizados, se inscriben en la tumba del héroe, si no los adversarios a quienes quitó la vida, sí las victorias que ganó. Estas victorias, para el primitivo, eran torneos, duelos personales. No los conmemoraban las tumbas en los días de las migraciones; pero sí los peanes o cantos de las tribus, lejanos preludios de Píndaro. Los mirmidones, en el Canto X, se dirigen a sus barcos entonando un peán: "Nos hemos cubierto de gloria, hemos muerto a Héctor, el divino, a quien la ciudad troyana adoraba como a un dios."

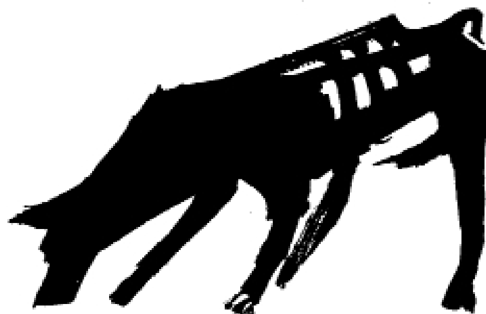
La emoción de las hazañas palidecía, con el tiempo, y todavía los versos seguían repitiéndose de boca en boca; y así se conservaba con ellos lo esencial de la noticia histórica, una cruda alusión. Para preservar estos cantos había un oficio especial, unos funcionarios que eran precisamente los bardos. Es de sospechar que las listas de muertos en la *Ilíada* son, en el origen, recordaciones de este tipo, memorias de las tribus, condensadas en meras enumeraciones de nombres y, desde luego, sacadas y transportadas de los contextos originales. Puede haber nombres inventados, ¿qué duda cabe?

Tomemos la última víctima de la citada lista, Adrasto, a quien Menelao ha logrado capturar vivo y que al cabo morirá a manos de Agamemnón. Su nombre aparece solo, de repente, sin referencia a su patria o a su parentela. Pero el caso es narrado con todos sus detalles. Su caballo escapó, se metió por un matorral de tamariscos, rompió el eje del carro y lo lanzó al suelo. Así pudo Menelao apresarlo, y lo hubiera dejado intacto, si en ese momento no llega Agamemnón y alancea el costado del cautivo.

¿Dónde aconteció esta pelea y quién es este Adrasto? Se diría que todo es invención, pero hay algunas circunstancias que inquietan. Pausanias ha visto cerca de Tebas un sitio llamado Harma, Carro; y cuando pregunta por el origen del nombre, se le explica que Adrasto, el famoso rey de Sición, fue allí lanzado de su carro, porque el carro se atascó

en un matorral de tamariscos cuando el héroe huía del sitio de Tebas. Si esta tradición no es, "a posteriori", un falso desprendimiento de la *Ilíada,* entonces es un fragmento de la otra saga independiente que conocemos, y arranca del Ciclo Tebano. Adrasto, como sabemos, fue el jefe de los aliados peloponesios en la *Tebaida,* donde el combate acabó en una dispersión de los asaltantes. No es la primera vez que la *Ilíada* usa de la *Tebaida:* así la breve relación de las proezas de Tideo. Mülder piensa que la *Ilíada* aún puede ser la resultante de una antigua *Aquileida,* donde no había sitio de Troya, con todas las escenas del sitio de la ciudad tomadas a la *Tebaida.* Lo que explicaría el que Homero llame a los griegos indistintamente "argivos" y "aqueos": "aqueos", porque éste es el nombre de la gente de Aquiles, los griegos de la *Aquileida;* "argivos", porque fueron los argivos o guerreros de Argos quienes pusieron asedio a Tebas.

Cuando, en el Catálogo, se describe el reino de Agamemnón, se incluye la ciudad de Sición "donde un día reinaba Adrasto". Lo que hace pensar que este "desparentado" Adrasto —aunque no lo sospecharon los antiguos recitadores— es nada menos que el famoso Adrasto de la guerra tebana, el Agamemnón de aquel otro poema. ¿Y qué significa entonces el que Agamemnón le dé muerte? ¿Es esto algún vestigio nebuloso de alguna victoria tribal? Bien puede ser. Bien puede ser también un recurso ficticio, inventado un día para evitar el manejar a un tiempo a dos reyes de todos los súbditos argios. En todo caso, si aquí hay historia, no es historia troyana.



13

AQUILES, ANDRÓMACA, HÉCTOR

EN VERDAD, son pocas las batallas de la *Ilíada* que realmente acontecieron a las puertas de Troya. Hoy existe una tendencia general a considerar que muchas de las peleas acumuladas por Homero a la orilla del Escamandro, en el Asia Menor, en la playa sudoriental del Helesponto, no son más que reminiscencias de antiguas luchas tribales acontecidas en la Grecia continental, y singularmente en las combatidas comarcas de Tesalia, Beocia y el Peloponeso. Aquellos héroes que tienen una tradición propia, independiente de la *Ilíada,* pueden ser siempre referidos a sus establecimientos nativos mediante tres indicios: *1)* sus tumbas y sagrarios; *)2* sus luchas sangrientas, pues para las tribus estas luchas se dan siempre entre vecinos; y *3)* sus mujeres, hijos, y en general, el grupo "parental" inmediato.

Sea el caso de Aquiles, por cierto bien diáfano. Aquiles está sólidamente arraigado en Ftiótide, entre la ciudad de Farsalos y el valle del río Esperquio. Todos sus parientes le rodean. El templo de su madre Tetis se levanta en Farsalos. Su padre Peleo baja del monte Pelión. Su hermana se casó con el río Esperquio. Y también sus choques sanguinarios se sitúan en esa vecindad. Dos héroes, celebrados en otros textos, pero reducidos a dos nombres secos en la *Ilíada,* para llenar el verso, Dríope y Deucalión, también pertenecen a esta zona. Asimismo el más famoso entre los enemigos de Aquiles, Cicnos, el Héroe-Cisne. Más aún, cierto historiador posterior trae un testimonio que perturbaba a Plutarco, por lo mismo que contradice toda la tradición homérica: y es que Alejandro o Paris murió a manos de Aquiles y de Patroclo en las riveras del Esperquio.

Desde luego, este Alejandro-Paris es, en Homero, un príncipe troyano que acaso nunca tuvo la funesta idea de aparecer por Tesalia, y no muere a manos de Aquiles, sino que, al contrario, él da muerte a Aquiles después del fallecimiento

de Patroclo. ¿Cómo puede andar peleando en tierras tésalas? ¡Pues una indiscreta investigación sobre los orígenes de este Alejandro-Paris nos lleva a la comarca de su enemigo, Aquiles! Su hermana, que como él tiene un nombre doble, Alejandra-Casandra, era adorada en la Lócrida en días ya históricos. Y nótese, de paso, que los locrios tienen alguna singular liga con Ilión. (En el siglo IV a. C., todavía ofrecen periódicamente dos sacerdotisas del "tabú" al templo de Ilión. Los nativos siempre procuran impedir su regreso, y una vez dieron muerte a una de ellas, que volvía a la Lócrida.) Pues bien, los héroes con quienes Paris pelea en la *Ilíada*, especialmente los que no interesan en el relato, y por eso mismo no han sido solicitados por la ficción, casi todos resultan ser tésalos, como Macaón, Eurípilo, Menesteo. Y al fin muere peleando con el maliano Filoctetes.

Sea Andrómaca, esposa de Héctor. Viene de la Teba, Ftiótide, no hay duda; ciudad descrita en un epíteto que se traduce: "junto a la boscosa Placos". Nadie supo en la antigüedad dónde caía Placos, aunque se sospechaba que fuera una montaña. ¿No es la montaña junto a aquella Teba que se alza entre Farsalos y el Pelión, marca septentrional de los dominios de Aquiles? En unos versos de la *Ilíada*, Andrómaca pasa por ser cilicia; pero la leyenda generalmente la relaciona, no con sitios asiáticos, sino con el norte y el noroeste de Grecia. Es nada menos la madre de Moloso, héroe epónimo de la tribu de los molosos epirotes. Otra leyenda la hace madre de Cestrino, héroe epónimo, también, de cierta región del Epiro. Aquí la tradición parece tener algún fundamento palpable. Y su fusión con el Ciclo Troyano acontece cuando alguien devuelve la reina a Grecia, tras de la caída de Troya. Este alguien es, en una tradición, Neoptólemo, hijo de Aquiles; en otra, Héleno, cuñado de Andrómaca.

Sea ahora el propio Héctor, escudo de Troya. Paradógico, escandaloso, sí; pero parece pertenecer a Beocia. En la Tebas Beocia es héroe con culto regional. Héctor es "matador de hombres", y sus víctimas, en la *Ilíada* parecen trazar un camino que va desde Tebas hasta las fronteras Aquileas. Todas las víctimas de su espada y su lanza tienen tumbas y sagrarios por las vecindades Beocias. Leito tiene sepultura

en Platea; Oresbio vivía en Hilea; Arquesilao está enterrado en Lebadeya. Y en cuanto a su camarada Melanipo, ya sabemos que es héroe con culto en Tebas, como el propio Héctor. El principio se cumple para todos: Esquedio el focense, cuya tumba Estrabón vio en Dafno, Golfo euboico; Autónoo, héroe adorado en Delfos; Orestes, a quien la saga relaciona con Fócida; Treco el etolio, acaso epónimo de Tréquide. Tréquide queda en la desembocadura del Esperquio, al lado del reino de Aquiles. Patroclo, la víctima más ilustre de Héctor, pertenece al corazón mismo de esta comarca. Más al norte, encontramos a Héleno, hijo de Énope; a Epigeo, de Budión; y según algunas leyendas, a Protesilao. La ruta nos lleva más allá de las posibles reyertas de sangre atribuibles a la tribu de Aquiles, y llega a Teba Ftiótida, la ciudad de Andrómaca. "En otras palabras —dice Eric Bethe— Héctor, o mejor la tribu que lo honra como su héroe, ha viajado por esta ruta. Más precisamente, la tribu, no sabemos a lo largo de cuantos siglos, se fue trasladando gradualmente en dirección al sudeste, empujada sin duda por la tribu eólica representada por el Épos de Aquiles."

Otro grupo de enemigos relacionados muy de cerca —y vecino y enemigo casi significan aquí la misma cosa—, se encuentra en Lacedemonia. El grupo que acabamos de revisar es el Aquiles-Héctor-Alejandro. Éste es, ahora, el grupo de Héleno. Consta de Héleno, Agamemnón, Menelao, Alejandro el raptor de Helena y Deífobo tercer marido de ésta. Adviértase que la tribu de los Alejandros figura en ambos grupos. Como no parece haber dejado huella en la Grecia Central, y puesto que Alejandro es siempre, en la leyenda, un constructor de barcos, puede ser que la tribu respectiva haya bajado de Tesalia hasta el Peloponeso, vía marítima. Lo mismo es cierto de Agamemnón, salvo que éste salió definitivamente de Áulide. Helena ya sabemos que vivía en Esparta; que allí tiene culto como diosa, que su tumba se visitaba en Terapnea, norte espartano. Allí, en Terapnea, su esposo Menelao tiene tumba y templo; y allí también, según cierto autor ya muy tardío pero no mal informado, Alejandro y Deífobo recibían honores divinos. ¿Será que la tradición confundió aquí a Terapnea con Amiclea, lo que tiene mejor acomodo geográfico? Porque Amiclea es hogar

de Deífobo en el épos herácleo, y allí está el sagrario de Alejandra-Casandra, y, al lado, su tumba junto a la de Agamemnón.

Sorprende la tenacidad con que estos antiguos cultos locales se conservan firmes a lo largo de casi toda la historia nacional de Grecia. Las tribus, que instituyeron tales cultos, y a través de cuya memoria ellos adquieren sentido y realidad, hace mucho que se han borrado de la tierra. A menudo estos testimonios contradicen la tradición canónica y popular de la *Ilíada* y de la *Odisea*. La gente ha olvidado que Alejandro-Paris representa una tribu, y todos saben desde la infancia que fue un bribón príncipe troyano, muerto y enterrado en suelo helespóntico. En tanto, los campesinos viejos y los anticuarios piadosos continuaban venerando su sepultura en Terapnea, Laconia; y otros, junto al curso del humilde Esperquio, en la Tesalia del sur. A veces, las dos corrientes, la *Ilíada* y el culto local, fluyen lado a lado sin mezclarse; lo más a menudo, se intenta conciliarlas de cualquier modo. Por eso Andrómaca es devuelta a Grecia, y Casandra es traída de Troya por Agamemnón, para ser sepultada en tierra de Terapnea. Por eso un héroe locrio comete un pecado contra Casandra, para que después lo expíen los locrios alzándole un templo.



14

ODISEO*

En la *Ilíada*, Homero nos dice que Ulises —u Odiseo— era hombre de múltiples recursos, astuto y mañoso. Pero se contenta con informarnos sobre la fama de Odiseo, y casi no nos hace ver ningún hecho que la compruebe, contrariamente a su habitual norma estética que es la norma del dramaturgo: dejar que el personaje se pinte solo por sus actos. Pues recuérdese que la estratagema del Caballo de Palo, inventada por Odiseo, no acontece en la *Ilíada* y sólo sabemos de ella por testimonios posteriores. Apenas hay una vaga vislumbre sobre el carácter engañoso del héroe (*el homo duplex,* contrastado con el *homo simplex* que es Aquiles, el que declara odiar la mentira más que al Infierno), cuando Odiseo, con vaguedades, hace creer al cautivo Dolón que se le perdonará la vida si confiesa las posiciones y fuerzas de los adversarios. Pero adviértase que esto acontece en una escena excepcional, atrevida correría nocturna de Odiseo y Diomedes, que penetran hasta el campo enemigo, se juegan el todo por el todo y no están para andarse con miramientos.

En general, el Odiseo de la *Ilíada* más bien parece reservado, prudente, hasta un poquillo cauteloso y como deseoso de borrarse y rechazar toda alusión a su consabida astucia o agudeza. Así, tras la referida hazaña nocturna, rechaza de plano los elogios: "Todo lo han hecho Atenea y Diomedes", se apresura a decir. Y, en efecto, Diomedes ha sido el ejecutor, pero Odiseo ha sido el conductor intelectual. En los juegos fúnebres de Patroclo, no se le ocurre competir con el arco, en que era invencible. Apenas se atreve a competir, en la lucha, con Áyax, el hijo de Telamón; y en las carreras, con Áyax de Oileo. En el primer caso, deja que Aquiles declare el empate, por no enfurecer al irritable

* [Publicado en *Las burlas veras*, 1er. ciento. México, Tezontle, 1957, páginas 139-142.]

rival; en el segundo, deja que el rival se disculpe por haber resbalado en el último instante por artes de la diosa Atenea, siempre protectora de Odiseo; y Odiseo se abstiene de protestar, admitiendo así que se desluzca el mérito de su triunfo.

Como éstos pueden presentarse otros ejemplos. La modestia de Odiseo, en todos ellos, contrasta con el ánimo vanaglorioso que es característico de los capitanes homéricos. Así en la *Ilíada*. Pero en el poema posterior, en la *Odisea*, por el contrario, Odiseo echa mano, sin empacho, de todas sus increíbles aptitudes para el engaño y la travesura. ¿Cuál puede ser la explicación? Muy sencilla. En la *Ilíada* se vive entre camaradas de armas, jefes y príncipes sujetos a un código de honor, a una etiqueta rigurosa, en que cuentan el arrojo y la lealtad a la palabra empeñada, pero no el ardid y la doblez. Odiseo, que conoce su fama y aun ha llegado a pedir a Néstor que no la propale entre los aqueos, puesto que ellos saben ya a qué atenerse, no quiere desdecir, o más bien deslucir, entre aquella compañía de varones orgullosos y altivos, que por nada se rebajarían a emplear recursos engañosos. En cambio, en la *Odisea*, el héroe tiene que habérselas con dioses y meteoros deificados, encantadoras, cíclopes, monstruos, donde no hay igualdad de armas y todo recurso es admisible. Odiseo defiende su propia vida y la de sus compañeros de naufragio a costa de todo, en constante *sálvese el que pueda.* No hay ya código de honor ni etiqueta, y Odiseo despliega sin rubor sus habilidades para el subterfugio y el fraude, que aquí vienen a ser legítimos.

Hay más. Odiseo tuvo un abuelo materno, Autólico, célebre por sus raterías y sus perjurios. Fue este abuelo quien, en recuerdo de sus peripecias y su propio renombre, bautizó al nieto y le dio el nombre de Odiseo, el "odiado". Odiseo teme a cada instante que alguien se acuerde de que pertenece a una raza equívoca, de gente experta en el hurto, al menos por la ascendencia de su madre; teme, entre todos, aparecer como un tanto intruso: principillo de una miserable isla distante, perdida allá en el occidente, es decir, por el revés de Grecia, pues que la Grecia de aquellos siglos daba el rostro al oriente. Cuando Agamemnón revista sus tropas, se le escapan algunas palabras injustas contra Odiseo, en un pasajero arrebato, y le hecha en cara, precisamente, el ser

"perito en malas artes". Odiseo sabe de sobra que, entre aquellos guerreros rudos y gigantescos, labrados a hachazos y no a punta de cincel, él, por la misma agilidad de su mente, padece lo que ha llamado Hazlitt *las desventajas de la superioridad intelectual.* Antenor recuerda que, cuando Odiseo tiene que hablar en público, empieza por hacerse el bobo, como si no hallara qué decir, a reserva de arrollar a todos con su elocuencia. Hacerse el bobo; algo saben de esto nuestros tinterillos que se las arreglaban para andar de secretarios con las partidas revolucionarias. Y un diplomático sudamericano, en tiempos de no sé qué dictador, me dijo un día: "Mi situación es muy precaria. Cada vez que vuelvo a mi tierra y visito al Presidente me parece que le oigo decir para sí: *Desconfiemos de éste, que sabe Gramática.*"

Julio de 1955.



15

LOS MÉDICOS EN LA *ILÍADA**

La *Ilíada* es obra de un poeta familiarizado con el combate de lanza, espada, flecha y piedra (por consecuencia, con las heridas), y que tenía ciertas nociones sobre la anatomía humana. El tema ha sido objeto de numerosos estudios. (¿Qué tema de Homero no lo ha sido?) Especialmente recordamos ahora, como una buena popularización, la conferencia del Dr. J. Goyanes, "La cirugía en los Poemas Homéricos", leída en el Ateneo de Madrid el 14 de noviembre de 1920 y publicada en *El Sol* de Madrid, en números sucesivos, por enero del siguiente año. La obra fundamental al respecto sigue siendo: P. Diepgen, *Geschichte der Medizin I: Alternum.* Sammlung Goeschen, Berlín y Leipzig, 1913.

Desde luego, en la *Ilíada* se menciona a Asclepio, en condición de médico insigne y todavía no divinizado, padre de Macaón y Podalirio, los médicos de la armada aquea, a quienes comunicó los secretos curativos que aprendió de su maestro el centauro Quirón.

En cuanto a los Asclepíadas Macaón y Podalirio, los vemos ya "obrar y operar" en la *Ilíada.* Ejemplo, los pasajes siguientes de mi traducción.**

Macaón es después herido por una saeta de Paris, y el anciano Néstor lo saca de la batalla en su carro y lo lleva a su tienda. Como se ve, los médicos eran combatientes.

La figura de Podalirio ofrece menor relieve.

Julio de 1956.

* [Publicado en *Las burlas veras,* 2º ciento. México, Tezontle, 1959, páginas 82-84.]

** *La "Ilíada" de Homero:* traslado de A. Reyes, Primera parte: *Aquiles agraviado.* México, Fondo de Cultura Económica, 1951, II, vers. 722-725 y IV, vers. 191-217. [En el presente volumen, pp. 137 y 164-165, respectivamente.]



[v, 379]

II

LA ILÍADA DE HOMERO

DIVISIONES GENERALES DEL POEMA

PRIMERA PARTE: Rapsodias I a IX: *Aquiles agraviado.*
INTERLUDIO PRIMERO: Rapsodia X: *La Dolonía.*
SEGUNDA PARTE: Rapsodias XI a XVII: *Combates y muerte de Patroclo.*
INTERLUDIO SEGUNDO: Rapsodia XVIII: *Las armas de Aquiles.*
TERCERA PARTE: Rapsodias XIX a XXII: *Aquiles contra Héctor.*
INTERLUDIO TERCERO: Rapsodia XXIII: *Funerales de Patroclo.*
EPÍLOGO: Rapsodia XXIV: *Rescate del cadáver de Héctor.*

El presente volumen abarca la primera parte. El texto completo de la *Ilíada* consta de 15 693 versos griegos.

PRÓLOGO

No LEO la lengua de Homero; la descifro apenas. "Aunque entiendo poco griego" —como dice Góngora en su romance—, un poco más entiendo de Grecia. No ofrezco un traslado de palabra a palabra, sino de concepto a concepto, ajustándome al documento original y conservando las expresiones literales que deben conservarse, sea por su valor histórico, sea por su valor estético. Me consiento alguna variación en los epítetos, cierta economía en los adjetivos superabundantes; castellanizo las locuciones en que es lícito intentarlo. Hasta conservo algunas reiteraciones del sujeto, características de Homero, y muy explicables por tratarse de un poema destinado a la fugaz recitación pública y no a la lectura solitaria. Pero adelanté con cuidado y prudencia, sin anacronismos, sin deslealtades. La fidelidad ha de ser de obra y no de palabra. En su versión perdida del debate *Por la Corona,* decía Cicerón: "No creí necesario traducir palabra por palabra, pero conservé el valor y la fuerza de todas ellas: no las conté, sino las pesé." Una simple comparación entre mi texto y las traducciones corrientes explicaría por sí sola mi propósito. Si no para fines lingüísticos, mi Homero podrá ser citado sin peligro para todo objeto literario, filosófico e histórico. El que quiera la traducción del filólogo sabe dónde buscarla. Abundan los libros de esta índole, y son excelentes. Pero ellos importan y convienen al estudiante de gramática griega, no al lector, a quien decididamente ahuyentan y fatigan. Y malo, muy malo, si se cae en la manía etimológica, que ya está dando resultados funestos y falsea la representación que los mismos griegos tenían de sus vocablos; pues nadie, en los pueblos civilizados, habla ni piensa según las etimologías; nadie se pone a la sombra de una semilla, sino de un árbol. A lo mejor esa "Atenea de ojos de lechuza" es sólo una traducción a medias, como lo sería traducir del alemán —digamos— "peso por dentro" y "peso por fuera", en vez de "impresión" y "expresión".

Butcher y Lang, autoridades en el caso, confiesan que

las modernas versiones en prosa, hijas de laboriosa erudición y alimentadas con los resultados de la arqueología, pueden dar la verdad histórica de Homero, no su verdad poética. Y en cuanto a las traducciones castellanas en verso, fácilmente se comprenderá mi deseo de intentar otra más a mi gusto, más cercana a los lectores de hoy, y que tampoco sea una paráfrasis, sino una traducción verdadera, e informada en el presente estado de los estudios homéricos. El empeño nació ante la necesidad de contar con un texto apropiado para un curso sobre la unidad artística de la *Ilíada* en El Colegio Nacional, y a esto se reducen mis pretensiones.

Se ofrecen muchas dudas y no pocas incertidumbres. No en vano nuestro poema arranca de hace casi treinta siglos, fue compuesto en un dialecto literario y artificial que nunca se habló propiamente; fue trasmitido en forma oral, sufrió interpolaciones y variantes, y fue fijado tardíamente. Su mismo autor a veces parece legendario, a veces quiere partirse en dos —uno para la *Ilíada,* otro para la *Odisea*—, y a veces se nos deshace en la onda de un clamor colectivo: las famosas "ráfagas wolfianas". Ante tales dudas e incertidumbres, me he aconsejado, al tiempo de compulsar el poema, de cuantos comentarios y traducciones sabias tuve a mi alcance. A estas autoridades y modelos lo debo todo, salvo la elaboración personal.

Puestos al verso, ¿por qué no el hexámetro? En las dimensiones del poema, temí que ya nadie lo soportara; aparte de que sería una traducción chapucera, bárbara, de la antigua cantidad silábica al acento rítmico moderno. En poemas cortos y en obra propia, me lo he consentido aquí y allá, siguiendo, entre otros, a Villegas, a Carducci, a Caro, a Darío. Con la *Ilíada* no me asistía igual derecho. Prescindí del endecasílabo, bridón de nuestra "epopeya culta". Y me pasé al alejandrino —en cierto modo, lo más semejante al hexámetro—, que me daba un molde más amplio que el endecasílabo y cuya prosapia medieval consta en el *Mío Cid* y en el "mester de clerecía".

El primer pecado de las versiones modernas es el abuso del espacio. Y se explica: transportar el verso homérico a las lenguas vivas es más difícil que encerrar al genio en la botella. Aunque el castellano posee singulares elasticidades sin-

tácticas, riqueza léxica y vigor expresivo difícilmente superables, carece de ese tesoro de monosílabos que tanto aligera la lengua imperial de nuestros días; y como los demás romances, se resiste un poco a los compuestos. Ambas condiciones hubieran sido preciosas para la traducción homérica. Y aun el inglés mismo, enfrentado con los versos griegos, queda en mala postura. Winnington-Ingram, en su reciente monografía sobre *Euripides and Dionysus,* necesita una página entera para diez versos de *Las Bacantes.* Y véanse las contorsiones de A. T. Murray en la *Ilíada* de la Biblioteca Loeb. Hice, pues, lo que pude, y acaso me fue mejor que a muchos. Ganando y perdiendo, he volcado al fin 5 691 hexámetros griegos en 5 763 alejandrinos castellanos: un déficit de 72 versos en total.

Llegué a traducir, en alejandrinos sin rima, casi las dos primeras rapsodias, cerca de 1 400 versos. Después —no sé si dejándome llevar por el ejemplo de Lugones en sus fragmentos homéricos— pensé que la rima cunaba la atención y ayudaba a la lectura, y lo rehice todo. A veces, usé la rima interior o de hemistiquio, para no alargar ociosamente tal o cual verso, por el afán de dar alcance a la consonancia al cabo de las catorce sílabas. Y desde luego, en cerca de seis mil versos, me creí autorizado a usar con frecuencia las rimas fáciles o pobres, y a introducir una que otra asonancia cabal o aproximada, sin lo cual la empresa hubiera sido inabarcable y la lengua se me hubiera agotado. Ciertas reiteraciones, aunque me facilitaban la tarea, no significaban necesariamente un ahorro de esfuerzo: corresponden por mucho a las repeticiones y muletillas —quién sabe si, a veces, dotadas de sentido religioso o ritual— que Homero empleaba, como las emplean los payadores. Me asombro yo mismo de que puedan pintarse tantas situaciones diferentes con tantas palabras iguales.

Pero recuérdese que la antigüedad siempre usó el verso blanco o sin rima, y —al revés de lo que ahora sucede— sólo se consintieron algunas rimas en la prosa. Muy bien podrá ser que, si tengo tiempo de seguir el trabajo, opte en las rapsodias sucesivas por el verso sin rima, o al menos, sin rima obligatoria.

Entre tanto, al convertir la primera versión a la que

ahora presento, creo haber logrado todavía mayor apego al original y un fraseo más ágil. Acaso la ninfa Eco señalaba la senda: no puedo explicarlo mejor. Cierta justicia matemática me iba permitiendo acomodar las unidades poéticas del verso griego al verso castellano. Al fin y a la postre hay, entre ambas lenguas, una relación de orbe cultural, y nuestra mente sigue corriendo por el cauce de la mente griega. La función mnemotécnica y respiratoria de estos y de aquellos versos viene a ser la misma.

No me preocupó el problema onomástico, no seguí una regla uniforme. Ya por respeto a la tradición o por razones de gusto, dejé a algunos personajes el nombre de evolución latina; para otros, adopté la forma griega, que de tiempo a esta parte ha comenzado a preferirse. La prueba de la rapsodia II resultó singularmente dura. Aquella enumeración de pueblos, capitanes y barcos obliga al traductor a verdaderos extremos de humildad, y acaso impaciente un poco al que no sea buen catador y no sepa gustar del solo rumor de los vocablos. Horacio (*Sátiras*, I, v) omite el nombre de una aldea porque no logra acomodarlo en sus números. Considérese lo que cuesta sujetar a rima y verso castellanos tan abundantes nombres homéricos.

Me atreví con ese híspido sublime que de cuando en cuando deja sentir el poema. Entre el fragor de los combates, se llama al pan, pan, y al vino, vino. La "doliente viuda" no vale lo que "la viuda de rostro rasguñado"; ni "el alma dolorida" vale "el velludo pecho"; ni "la arañada cutis", que alguien dijo, vale "la nalga atravesada". ¡Estética del *cilantro* todo ello!

Quiera el desocupado lector aceptar con benevolencia este ensayo y no pretenda leer el poema de un aliento. Tamaña extensión, y aun la velocidad del flujo narrativo, aconsejan beberlo a sorbos, como un licor violento. Para lo cual, siguiendo la moderna práctica, se lo ha dividido en breves escenas, aun a trueque de tener que buscar la rima, una que otra vez, entre un final y un comienzo. (Ejemplos: III, 383:385: IV, 220:221, y 420:422.)

Respecto a la autoría de la *Ilíada*, carácter y texto del poema, la doctrina más sana y más nueva puede resumirse así:

1) Hay un poeta, un Homero, que responde de la asombrosa unidad artística de la obra, de su creciente arrastre patético y de su alto sentido moral.

2) Este poeta trabaja sobre leyendas de larga tradición, muy difundidas y aun acaso elaboradas por sus predecesores en poemas más breves.

3) Los hechos reales e imaginarios que narra la *Ilíada* son anteriores a Homero en varios siglos. De las nueve Troyas superpuestas que se han descubierto, la sexta parece corresponder a la *Ilíada* y se supone destruida entre 1194 y 1184 a. C. Algunos sospechan que Homero funde en un solo episodio la destrucción de la sexta Troya y el incendio de la segunda Troya, acaecido por el año 2 000 a. C. Homero es situado entre los siglos IX y VII a. C.

4) Homero aprovecha a su modo los asuntos hereditarios, los dispone y compone, repite sin duda tal o cual frase o fórmula consagrada o celebrada, e inventa, en general, los símiles que no corresponden a la era micénica, a la era de la guerra troyana, sino a su propia época. No es, pues, un mero compilador, sino que ofrece una nueva redacción poética.

5) Homero escoge, en el conjunto de los temas que acarrea la saga, uno solo: la cólera de Aquiles y sus consecuencias. Ni toda la historia de la guerra troyana, ni tampoco una "Aquileida" completa. Cincuenta y un días en el décimo año de la guerra. De Aquiles sólo averiguamos lo esencial para apreciar su estado de ánimo y los efectos de su pasión. La mayor parte del poema transcurre en ausencia del héroe, y el poeta lo mantiene presente, como una constante amenaza, mediante una serie de alusiones. La *Ilíada* acaba con los funerales de Héctor, y no nos lleva hasta la caída de Troya.

6) El poeta añade, por su cuenta, algunos incidentes que reserva como sorpresa a sus auditorios y a sus patrones.

7) Añade asimismo algunos elementos de interpretación. No en modo discursivo, no hablando por sí, pero a través de las mismas acciones que nos relata.

8) Añade, también, algunos caracteres, cuidándose entonces de describirlos o explicarlos sumariamente; a diferencia de lo que hace para los personajes ya conocidos, que son objeto de una simple mención.

9) Por otra parte, procura sazonar la obra con relatos digresivos, evocaciones y recuerdos de otras leyendas ajenas a su tema, como para ensanchar el espacio y el tiempo, envolviendo en imágenes lejanas el limitado escenario de la *Ilíada.* Y lo hace con singular tino, ya insertando estas digresiones como antecedentes o futuras consecuencias de su acción principal, ya trayéndolas al caso como aleccionamientos o ejemplos, etc. Las constantes reminiscencias de Néstor son garrulerías de viejo que ayudan a completar su retrato.

10) Salvo leves y contadísimas excepciones, en que parece exigirlo así la misma enormidad de los errores humanos que el poeta refiere, éste se oculta detrás de sus figuras, cumpliendo fielmente la regla épica de objetivación, como convencido de que los señores que lo alquilan para recitar nada quieren saber de él, sino de los héroes que canta.

11) Procede, además, conforme a una técnica ya dramática: deja que los personajes se pinten solos con sus palabras y sus actos.

12) El poema está redactado en un dialecto "prejónico", mezclado de eolio, ático, etc., con adjetivos compuestos acaso inventados; obra todo de una tradición poética que Homero viene a coronar, como lo hizo Shakespeare para el inglés isabelino. Hay formas vetustas y prehelénicas que los mismos homeristas alejandrinos no lograron ya descifrar.

13) El poema fue redactado para la recitación, que acaso se hacía con un ligero sonsonete, sin llegar al canto, y se puntuaba con una especie de batuta.

14) La *Ilíada,* a lo largo de las recitaciones seculares, ha sufrido algunas adaptaciones de oportunidad, algunas adulteraciones voluntarias e involuntarias, e interpolaciones de mayor o menor bulto.

15) La versión canónica de la *Ilíada,* fijada siglos después por los críticos alejandrinos, no difiere en nada esencial del texto que hoy se acepta. A él corresponden también con exactitud los motivos tomados a la *Ilíada* por los pintores de vasos griegos.

A. R.

Cuernavaca, noviembre de 1949.



[I, 4]

I

LA PESTE Y LA CÓLERA

El asunto de la Ilíada *es un episodio de la guerra de Troya: la riña entre Agamemnón, jefe supremo del ejército sitiador, y Aquiles, el más afamado de los guerreros que militan a sus órdenes. El ejército acampa en la costa, por las cercanías de Troya. El sitio lleva más de nueve años. Varias ciudades troyanas han caído, pero la capital sigue resistiendo. 1.* Preludio: *El poeta anuncia su asunto.* 2. La peste: *Antecedentes que condujeron a la desastrosa escisión entre los dos jefes. 3.* La disputa: *Ambos jefes disputan a presencia del ágora y se separan. Aquiles abandona el combate. 4.* Aquiles ofendido: *Agamemnón le arrebata a Briseida. Aquiles se queja con su madre, la diosa marina Tetis. 5.* Criseida a Crisa: *Agamemnón restituye a Criseida a su padre, el sacerdote Crises, de Crisa. Intervalo de doce días. 6.* En el Olimpo: *Imploración de Tetis para que Zeus consienta algunos reveses de los aqueos. Escena entre Zeus, Hera y Hefesto.*

1. PRELUDIO

CANTA, diosa, la cólera de Aquiles el Pelida,
funesta a los aqueos, haz de calamidades,
que tantas fieras almas de guerreros dio al Hades,
y a los perros y aves el pasto de su vida
—en tanto que de Zeus las altas voluntades
iban adelantando por su propio camino—
desde que la disputa enemistó al Atrida,
príncipe de los hombres, y a Aquiles el divino.

2. LA PESTE

¿QUÉ DIOS pudo mezclarlos en tan atroz contienda?
El hijo de Latona y del Cronión que, airado,
lanzó por los ejércitos una peste tremenda.
Y morían los hombres, por haber ultrajado
al sacerdote Crises el poderoso Atrida.
Pronto a dar un tesoro por su hija redimida,
Crises llegó a las flotas y al campamento aqueo,
y al cetro de oro atadas las ínfulas de Apolo

el Flechero, a las huestes no imploraba tan sólo,
sino a los dos caudillos, los vástagos de Atreo:

—Atridas, y soldados de las lucientes grebas:
Así os den los Olímpicos rendir la altiva plaza
de Príamo y tornar sin duelo a vuestras casas,
que me deis a mi hija contra el rescate, en prueba
de sumisión a Apolo, el que de lejos caza.

A voces los aqueos lo dan por otorgado,
honrando al sacerdote y ansiosos del rescate;
mas impedir no logran que Agamemnón maltrate
a Crises y lo aleje con ademán airado:

—¡Que no te encuentre, viejo, rondando nuestros barcos,
ni quieras insistir ni tantear tu suerte,
que el cetro ni las ínfulas del dios han de valerte!
¡No te la doy! Pues antes, en mi mansión de Argos,
haciéndome la cama, labrando en el telar,
habrá de envejecer ausente de su hogar.
¡Y vete sano y salvo, no sea que me irrite!

Amedrentado el viejo se va por la ribera
de la mar estruendosa, y a solas considera
cómo, en sus oraciones, merecer el desquite
del hijo de Latona, la de alma cabellera:

—¡Dios del arco de plata que proteges a Crisa
y a Cila, sacro albergue, y en Ténedos gobiernas!
Si mi mano sumisa te ha ofrecido sagrarios
donde de toro y cabro asaba pingües piernas,
ay Esminteo, escúchame y fléchalos de guisa
que así paguen mis lágrimas los dánaos nefarios!

Escuchábalo Apolo con ánimo encendido,
y como inmensa noche del Olimpo bajaba.
Repleta aljaba al hombro y el arco apercibido,
a su paso las flechas crujían en la aljaba.
Apostado de lejos, tira sobre los barcos,
y un chasquido de plata lanza el temible arco.

Mulos y perros ágiles se revuelcan entonces;
mas luego que las tropas prueban los agrios bronces,
los humanos despojos se empiezan a hacinar,
y las hogueras fúnebres ardían sin cesar.

3. LA DISPUTA

DURANTE nueve días los divinos flechazos
vuelan por el ejército; mas el décimo día
place a la diosa Hera, la de los blancos brazos
—quien el mal del aqueo ansiosa compartía—,
que, por su influjo, Aquiles el de alígeras plantas
llame a todos al ágora. Y él dice y se levanta:

—Temo, varón de Atrida, que, pronto rechazados,
desandemos la ruta, si antes a los aqueos
peste y guerra sumándose no nos dejan postrados.
Un adivino al punto nos diga, o sacerdote,
o de sueños intérprete —mensajes son de Zeus—,
el porqué del azote de Apolo, y si hay olvido
de hecatombes o votos, y si al humo ofrecido
de corderos y cabras indemnes en su honor
nos libra de la peste y aplaca su furor.

Dice y se sienta, dando sazón para que hable
el Testórida Calcas, augur incomparable
que escruta en lo presente, pasado y porvenir,
y puso a Ilión el rumbo de las aqueas naves
por la sapiencia infusa de Febo Apolo. En suaves
y medidas palabras les empezó a decir:

—Aquiles caro a Zeus, me invitas a explicarme
sobre el furor de Apolo, el que de lejos hiere.
Lo haré siempre que jures y ofrezcas resguardarme
de palabra y de obra por cuanto yo dijere.
Pues temo no ser grato, si cumplo tus deseos,
a un grande entre los grandes y capitán de aqueos.
Un rey es mucho émulo para quien lo discuta:
hoy cela y nutre su ira, mañana la ejecuta.
Si estás pronto a valerme, dímelo sin rodeos.

Y tú, Aquiles de plantas alígeras, replicas:
—Declara sin empacho tu augurio y cuanto sabes.
Pues por el sacro Apolo a cuya voz predicas
cada vez que a los dánaos oráculos explicas,
mientras vean mis ojos la luz, en estas naves
no habrá quien contra ti alce la mano grave,
si al mismo Agamemnón culpas, hoy tan ufano
con ser de los aqueos el dueño soberano.

Cobrando entonces ánimos dijo el vidente impar:
—No hay hecatombe omisa ni voto por pagar.
El dios venga la injuria contra su sacerdote:
le niega el rey la hija y el pago le rechaza,
y el Cazador Distante al pueblo despedaza,
y no habrá quien al dánao liberte de su azote
en tanto la manceba de mirada encendida
sin rescate ni premio no sea redimida
y devuelta a su padre, y a Crisa la ciudad
no llevemos la ofrenda que aplaque a la deidad.

Siéntase, y se levanta Agamemnón Atrida,
el guerrero y el príncipe de fama merecida.
Amarga y negra cólera en el seno incubando,
los ojos clava en Calcas, que estaban llameando
de torvas intenciones, y da al furor salida:

—¡Adivino de males que nunca me anunciabas
ventura, y sólo en tristes presagios te complaces,
funesto en cuanto dices, funesto en cuanto haces!
Pues por tus vaticinios ahora mismo acabas
de advertir a los dánaos que Apolo nos abate
porque guardo a Criseida y no admito el rescate,
no extrañes que prefiera a mi mansión llevarla:
Mi esposa Clitemnestra no podría igualarla
en talle, porte, ingenio, doméstica destreza,
y si al fin la devuelvo, con ser tan renuente,
será que en más estimo la salud de mi gente.
Pero buscad entonces alivio a tal crudeza:
si renuncio a mi parte, no sería prudente

que entre todos los dánaos sólo yo me contente
con el despojo a trueque de tamaña largueza.

Y el alígero Aquiles, de las deidades par:
—¡Oh Atrida de la fama, codicioso entre todos!
Los aqueos magnánimos ¿qué más te pueden dar?
No hay tesoros comunes, y el botín es de modo
que, una vez repartido, ¿quién lo devolvería?
Abandónale ahora al dios la joven presa,
que el triple y hasta el cuádruplo te daremos un día,
si Zeus nos otorga rendir la fortaleza
de Troya y las murallas con que nos desafía.

Y el rey Agamemnón le dice:
—Bravo Aquiles,
aunque tan arrojado, de las deidades par,
no esperes engañarme con palabras sutiles.
¿Quieres, para mejor tu prenda conservar,
que yo ceda la mía? ¡Empeño singular!
Si otra que a mi juicio se le iguale me entregan
los aqueos magnánimos, tal vez... Si me la niegan,
la tuya, la de Áyax o la de Odiseo,
pese al furor del amo, cumplirá mi deseo.
Quede para más tarde; pues lo que urge ahora
es echar la embreada nave a la mar sonora.
Júntese de remeros una escuadra escogida,
y transporten a bordo la hecatombe ofrecida,
y a la linda Criseida; y vaya Idomeneo
o Áyax por capitán, o el divino Odiseo,
o tú mismo, portento de los hombres, Pelida,
para que de tu mano prestado el sacrificio,
se aplaque el dios Arquero y nos sea propicio.

Y Aquiles el de pies ligeros, con sombría
y torva faz estaba mirándolo y decía:
—¡Oh codicia, oh descaro! ¡No sé cómo te escuchan
las tropas que conduces y a tus órdenes luchan!
Porque, en suma, los teucros no me debían nada,
ni de ellos reclamo vaca o yegua robada
o cosechas de Ftía, fértil nutriz de gentes:

Nos alejan umbríos montes y el mar sonoro.
Mas por ti, el engreído, quisimos complacientes
brindar a Menelao desquite en su decoro,
plegándonos —¡oh cara de perro!— a tus deseos.
Ándate, pues, con tiento y nunca me amenaces
con quitarme la honra que me dan los aqueos
ni el pago merecido. Mira bien lo que haces.
Nunca alcancé botín como el que tú te aplicas
cuando arrasamos pueblos troyanos con las picas.
Bien sabes que mis brazos son el duro sustento
de la guerra, y el premio mejor tú lo acarreas,
y yo torno a mis naves mal pagado y contento
tras de haberme cansado en ásperas peleas.
De esta vez vuelvo a Ftía, que con mucho prefiero
zarpar rumbo a la patria en mi corvo velero,
a servir tu soberbia, y no hay gloria ninguna
en que a mi costa medres y acrezcas tu fortuna.

Y el rey Agamemnón contesta a su porfía:
—Huye si es tal tu ánimo, haz de mí caso omiso;
conmigo quedan otros para honra y compañía,
comenzando por Zeus, señor de todo aviso.
Te odio más que a los príncipes todos que él norma y guía,
pendenciero a quien sólo la vil disputa sacia.
Tu intrepidez no es mérito, sino divina gracia.
Junta tu gente y barcos, manda en tus mirmidones,
y noramala vete, que juzgo que ya tardas.
Me río de tu encono y tus acusaciones.
En una nave mía y a cargo de mis guardas
enviaré, pues lo pide Febo Apolo, a Criseida.
Mas te prevengo: iré yo mismo a tu barraca
por tu esclava de lindo rostro, por tu Briseida.
¡Que aprendas lo que medra quien mi poder ataca
y nadie más se arroje a hombrearse conmigo!

Al oírlo el Pelida, de gran congoja presa,
dentro del velludo pecho dos términos sopesa:
si echar mano del bronce que al muslo trae consigo
y acabar la asamblea dando muerte al Atrida,
o bien domar su ímpetu, la cólera frenando.

Entre tales designios su mente repartida,
y cuando ya su bronce iba desenvainando. . .
¡Atenea que baja del cielo! (Hera la envía,
diosa de brazos cándidos que a entrambos protegía.)
Sólo a él manifiesta, se le acerca en el acto
y lo ase y embrida por la melena blonda.
Aquiles, conociéndola, se vuelve estupefacto.
Centellea en sus ojos una mirada honda
y le dice con voz alada y conmovida:

—¿A qué vuelves, oh hija del Sumo Porta-Égida?
¿A ver cómo me ultraja Agamemnón Atrida?
Pues oye que te aviso de su cercana pérdida:
su misma desmesura le costará la vida.

Y Atenea, la diosa de ojos de lechuza:
—Bajé del cielo para calmarte, si obedeces,
de Hera la Brazos Cándidos atendiendo a las preces,
que a entrambos os ampara. Cese la escaramuza;
no desnudes el bronce, mas véngate con creces
tan sólo de palabra, y escucha mi mensaje,
porque así ha de cumplirse: A cambio de este ultraje,
un día han de brindársete magníficos presentes
tres veces más cuantiosos. Resígnate y contente.

Y el de los pies alígeros le responde diciendo:
—Ruego de dos deidades es acuerdo acatado,
aunque en el pecho sienta la indignación latiendo.
Quien escucha a los dioses, de ellos será escuchado.

Dijo y no la desaira, y con pesada mano
empuja el puño argénteo y envaina el espadón.
Y Atenea recobra la Olímpica Mansión
junto a los demás dioses y a Zeus soberano.

Sin deponer su enojo entre tanto el Pelida
con destempladas voces denostaba al Atrida:
—¡Perro de alma de ciervo, odre henchida de vino!
Nunca osaste batirte al lado de tu gente
ni salir a emboscadas con tus pares aqueos;

que no sólo lo temes más que a la muerte, sino
que aquí en el campamento despojas mansamente
a quien ose acusarte y atajar tus deseos.
Rey come-pueblos, mandas sin duda entre cobardes,
o éstos fueran, Atrida, tus últimos alardes.
Mas óyeme, que digo solemnemente y juro
por este cetro estéril, hoy deshojado y bronco
—pues cercenado a bronce de su rústico tronco,
retoños y corteza dejó en el monte oscuro,
y en vez de verdecer, hoy entre los aqueos
ordena la justicia según la ley de Zeus—
que un día los ejércitos lamentarán mi ausencia
(y espero que mi voto se grabe en tu conciencia):
cuando por más que hagas, te duelas y te asombres,
al empuje de Héctor, el matador de hombres,
veas caer a todos, y te rinda el pesar
por haber desoído al aqueo sin par.

Así dijo el Pelida, y se sienta después
y arroja el cetro de oro tachonado a sus pies.
Y atajando al Atrida en su furor creciente,
Néstor el de habla suave, orador elocuente
de los pilios —sus labios miel parecen fluir—,
que en la divina Pilos logró sobrevivir
a dos generaciones de disertos mortales,
su camada de un día, y hoy reina en la tercera,
con palabras cordiales habló de esta manera:

—¡Oh duelo sin igual para la gente aquea!
¡Regocíjense Príamo y sus cachorros! Sea
fiesta en el corazón de todos los troyanos
la vergüenza de oír a los mejores dánaos
en armas y en consejo dados a la querella!
Mancebos, consentid que os persuada un anciano.
Yo en mis tiempos doblaba gente que más descuella:
el rey Driante, Pirítoo, Exadio, o bien Ceneo,
o Polifemo casi celeste, o aun Teseo
el Egida, inmortal casi, todos patentes
asombros de vigor. ¡No en balde se arriesgaron
a batirse con fieros rivales: los ingentes

Centauros de los montes que al cabo exterminaron!
Desde la lueñe Pilos yo acudí a su llamado,
y también a mi modo yo compartí el combate.
¡Ay, entre los vivientes no conozco al osado
que pudiera medírseles ni resistir su embate!
Mas ellos me escuchaban con voluntad atenta:
escuchadme vosotros, que os tiene mejor cuenta.
Ni tú, pese a tu imperio, toques la esclava hermosa
que le dieron los dánaos con liberalidad;
ni tú, Pelida, intentes pujar de paridad
con un rey cuyo cetro, cuya gloria reposan
en Zeus, que a ninguno dio tanta majestad.
Si tú tan esforzado, hijo al fin de una diosa,
en el mando de hombres él te lleva ventaja.
Y tú, Atrida —lo imploro—, tu desentono abaja,
mirando que es Aquiles para la gente aquea
muralla incontrastable de la dura pelea.

Y el rey Agamemnón replica de este modo:
—Sí, anciano, dices bien y hablas muy en sazón;
pero éste pretende sobreponerse a todos,
ser el amo y rey único, mandar a discreción
(aunque no vamos todos a prestarle obediencia).
Bien que los Inmortales lo hicieran belicoso,
¿mas de injuriar sin freno le habrán dado licencia?

Presto el divino Aquiles lo ataja:
—Vergonzoso
fuera que al primer grito me humille a tus mandatos.
Otros rige a tu guisa, de hoy más yo no te acato.
Y más voy a decirte y grábalo en tu mente:
Mis brazos no han de alzarse contra ti ni tu gente
para guardar la prenda que me das y me quitas;
pero en mi negra y rauda nave nada me toques,
que mal podrás hacerlo sin que conmigo choques,
o todos han de ver, si mi furor incitas,
cómo tu oscura sangre por mi lanza chorrea.

Tras el acre altercado frente al mar, la asamblea
levantan. Ya recobra sus tiendas el Pelida

y sus sólidos barcos. Su tropa lo flanquea,
y el hijo de Menetio. Entre tanto el Atrida
con sus veinte remeros dota una rauda nave,
y embarcadas las víctimas —la hecatombe ofrecida
al dios—, sube Criseida la del semblante suave.

Llevando como jefe al sutil Odiseo,
surcan los bogadores las ecuóreas rutas,
y el Atrida procura que el ejército aqueo
se lustre y purifique. Las escorias polutas
van al mar. Toro y cabra, junto a su estéril suelo,
en limpias hecatombes honran a Apolo Sumo.
Y el vapor de la grasa en los giros del humo
enróscase y asciende y va escalando el cielo.

4. AQUILES OFENDIDO

EN TANTO que la tropa anda en esta faena,
su lance con Aquiles ni su amenaza olvida
Agamemnón, y a Euríbates y a Taltibio, los prestos
servidores y heraldos, convoca y les ordena:

—Idme hasta la barraca de Aquiles el Pelida;
de la mano a Briseida, la del semblante apuesto,
me traeréis; si Aquiles opone algún reparo,
yo mismo iré con gente y le saldrá más caro.

Tal con altivas voces los despide y conmina.
Orilla al mar cambiante, remisos se encaminan
ambos hacia los barcos y toldos mirmidónicos.
Sentado en su barraca, junto a su negra nave,
los ve acercarse Aquiles, el continente grave.
Perplejos lo saludan y con temor recóndito,
mas él, adivinándolos, se adelanta a decir:

—¡Salud, gente de Zeus, mensajeros humanos!
Venid, no es culpa vuestra si vuestro soberano
por Briseida os envía. Patroclo, hazla salir
—tú, el de estirpe de Zeus— y entrégala en sus manos.
Y ante los bienhadados dioses sedme testigos,

y ante todos los hombres y el rey desatentado,
si al hora del desastre quiere contar conmigo;
pues sé que ya no acierta su corazón airado
a prever lo futuro en vista del pasado
ni a librar nuestras flotas del asalto enemigo.

Dijo, y dócil Patroclo la tienda de su amigo
busca y da con Briseida, la de la faz gustosa.
A las naves aquivas, y muy a su pesar,
la llevan los heraldos. Apártase a llorar
Aquiles, y tumbándose por la orilla espumosa,
mientras ruega a su madre con manos anhelosas
explora la envinada lejanía del mar:

—Madre, pues me engendraste para tan corta vida,
el Olímpico Zeus que por las cumbres truena
debiera protegerme, y en cambio me condena
con su olvido al ultraje de Agamemnón Atrida,
cuyo poder me roba la recompensa suma.

Así dijo entre lágrimas. Le oye la augusta madre
desde el abismo húmedo que habita con su padre,
el añoso Nereo; surge cual blanca bruma,
vuela sobre las ondas hasta el hijo afligido,
lo acaricia y exclama:
—¿Qué dolor te ha vencido,
hijo, qué te conturba? ¿Por qué tu alma llora?
Dilo y no calles, ambos probemos tu aflicción.

Y el alígero Aquiles, con profundo gemido:
—Lo sabes. ¿Para qué repetírtelo ahora?
Fue en Tebas, la ciudad sacra del rey Eetión.
La saqueamos; luego juntamos la ganancia,
que nuestra gente supo repartir con esmero.
Criseida fue el hermoso botín de Agamemnón.
Pronto a dar por su hija rescate en abundancia,
el sacerdote Crises, hombre de Apolo Arquero,
llegó hasta los bajeles alígeros entonces,
donde andan los aqueos revestidos de bronces.
Al cetro de oro atadas las ínfulas de Apolo

el Flechero, a las huestes no imploraba tan sólo,
sino a los dos Atridas, los amos del combate.
La gente aquea a gritos lo otorga y reconoce,
al sacerdote honrando y ansiosa del rescate,
mas impedir no logra que Agamemnón maltrate
a Crises y lo aleje con altaneras voces.
Parte indignado el viejo, y Apolo que lo ampara,
escuchando sus preces, su arco cruel dispara
por nuestro campamento; y los hombres caían
conforme los flechazos divinos se esparcían.
Un consumado augur nos declaró al instante
la causa del enojo del Cazador Distante,
y yo el primero exijo que al dios se satisfaga.
Levántase el Atrida e iracundo me amaga.
Ya cumplió sus amagos: los aqueos de ardientes
ojos en rauda nave devuelven a Criseida,
y al dios van a brindar su carga de presentes,
¡mientras unos heraldos, violando mis reales,
si antes me la dieron, me arrancan a Briseida!
Presta amparo a tu hijo y muestra lo que vales,
y al Olímpico Zeus lleva tu imploración,
ya que en palabras y obras le has dado protección;
pues sola eras fiel entre los Inmortales
—mucho te oí contarlo en la patria mansión—,
cuando lo encadenaban los dioses principales,
tal Palas Atenea y Hera y Posidón.
Tú fuiste a desatarlo del ominoso nudo,
y al que es vuestro Briareo, y en la tierra, Egeón
—el forzudo centímano, más que el padre forzudo—,
abriste el ancho Olimpo; y él, de su gloria ufano,
junto al trono de Zeus se plantó de improviso,
y los dioses rebeldes, viendo su intento vano,
desistieron sumisos. Recuérdaselo ahora;
apegátele, abraza sus rodillas e implora:
Que deje a los troyanos hacer una salida,
y echados los aqueos hasta el labio del mar
—por que mejor disfruten la inepcia de su Atrida—,
vean entre las popas a su gente vencida,
y el rey arrepentido comience a lamentar
el haber desairado al aqueo sin par.

Y, en lágrimas bañada, Tetis le respondía:
—¿Te di a luz en aciaga hora, criatura mía?
¡Viérate en paz tus naves sereno gobernando,
sin que nublase el lloro tus efímeros días!
Mas tu vida es muy breve, tu sino el más nefando,
fue funesto engendrarte en casa de Peleo.
Iré al nevado Olimpo, descuida; al alto Zeus
engendrador de rayos veré de persuadir.
Tú guárdate en tus raudas naves sin combatir
y contra los aqueos incuba tu pasión.
Zeus, ayer, con toda su augusta compañía
se fue por el Océano, al remoto confín
de los probos etíopes que ofrecen un festín.
No tornará al Olimpo hasta el doceno día.
Yo he de trepar entonces las broncíneas gradas
y echarme a sus rodillas. Tal vez sea escuchada.

5. CRISEIDA A CRISA

DIJO y partió, dejándolo con el alma alterada
por la esbelta cautiva que le fue arrebatada.

Llegado es Odiseo con la hecatombe a Crisa.
No bien del hondo puerto la boca se divisa,
arriando trapos guárdanlos en el negro velero,
y el mástil —los estayes corriendo—, en la crujía.
Reman al borde, amarran, y hacen bajar a tierra
las reses del sagrado tributo al dios Arquero.
De los marinos leños Criseida descendía,
y en manos de su padre que junto al ara yerra
el sutil Odiseo la entregaba y decía:

—Crises, el rey de pueblos Agamemnón te envía
a tu hija, y los dánaos mandan un sacrificio
para que Febo el dios quiera sernos propicio
y aplaque tal estrago y atroz carnicería.

Gozoso queda el padre; la hija, rescatada.
En el altar se apronta la hecatombe sagrada.

Lávanse y dan la mola con religioso celo.
Crises ora por todos con los brazos al cielo.

—¡Dios del arco de plata que proteges a Crisa
y a Cila, sacro albergue, y en Ténedos imperas!
Tú que honrando mis ruegos dañaste de tal guisa
al ejército aquivo con penas tan severas,
aquí segunda vez imploro que te prestes
a alejar de los dánaos la mortífera peste.

Así dijo rogando: lo escucha Febo Apolo.
Rezada la plegaria y la mola esparcida,
doblándoles la nuca las víctimas degüellan,
las trozan y desuellan; pringan los muslos sólo,
en grasa revistiéndolos y en carne remolida;
y el anciano los trae a la leña encendida,
tintos en vino, al tiempo que ya han asegurado
los mozos los trinchantes de cinco puntas. Luego
de quemar los perniles, reparten el bocado
de entrañas, y la carne menuda con cuidado
tuestan al asador y la sacan del fuego.
La faena cumplida, se juntan al banquete,
y todos se contentan con la justa ración.
Sed y apetito aplacan a su satisfacción;
las cráteras los mozos colman hasta el gollete,
y las copas derraman la sacra libación.
Y a lo largo del día, en honra a Apolo Arquero,
un sonoro peán entonan los guerreros,
que el dios está escuchando con dulce corazón.

Y cuando el sol se puso y aconteció la sombra,
al pie de las amarras los rinde el sueño grave.
Ya la Aurora de róseos dedos el cielo escombra;
ya rumbo al campamento zarpa la rauda nave
que Apolo Arquero impulsa con una brisa suave.
Izan el mástil, blancas las velas hincha el viento;
las purpúreas ondas resuenan por la quilla;
y llegan deslizándose al vasto campamento,
donde arrastran la negra nave sobre la orilla

calzando los espeques. Y consumando el viaje,
por barcos y por tiendas se pierde el equipaje.

6. EN EL OLIMPO

EN TANTO, y al cobijo de sus naos veleras,
Aquiles, el Pelida de las plantas ligeras
y retoño de Zeus, con su ira debate;
mas aunque ni la guerra ni el ágora frecuente
—estrado de la fama varonil—, en su ausente
corazón añoraba el ruido del combate.

Luego que, transcurridas doce auroras cabales,
Zeus hasta su Olimpo llevó a los Inmortales,
Tetis, sin olvidarse de su materno anhelo,
al alba entre un bullicio de olas sube al cielo
y encuentra sólo al Crónida de inmensa voz, sentado
en la más alta cumbre. A sus pies se ha arrojado,
buscando sus rodillas con la mano siniestra
mientras le acariciaba el mentón con la diestra,
e implora:
—¡Padre Zeus! Si entre los dioses todos
alguna vez te fui útil en algún modo,
escucha mi plegaria: Por Aquiles me aflijo
a vida más efímera que todos condenado;
a quien Agamemnón le arranca y ha guardado
por suya la presea que mereció mi hijo.
Véngale, Zeus próvido, y a los teucros alienta
mientras el pueblo argivo no le honre y se arrepienta.

Dijo. El Turbión de Nubes, Zeus, nada replica
e inmóvil en su trono parece que dudara
De hinojos y abrazándolo, Tetis aún suplica:
—Yo te conjuro: dame una promesa clara
y haz el asentimiento con tu inmortal cabeza,
o niégate, que al cabo en ti no hay flaqueza,
y sepa yo que soy ludibrio a las deidades.

Zeus, Turbión de Nubes, desazonado exclama:
—¡Grave trance! Pues quieres malquistarme con Hera

que al punto ha de agredirme y hacerme mil ruindades.
¡Si en medio de los dioses ya tanto me reclama
el ser para los teucros sostén y cabecera!
Y aléjate al instante, Hera ya desconfía.
Yo cuido de tu ruego. Si así te place, en prenda
te doy el testimonio de mi consentimiento,
inexorable signo de la promesa mía.
Cuando yo lo concedo, no hay dios que no lo atienda,
ni hay fraude ni hay obstáculo contra mi mandamiento.

Dice el Cronión, y en prenda, su voluntad declara:
frunce el ceño cerúleo, la cabellera mece
que la intachable frente del Inmortal depara,
y el dilatado Olimpo de pronto se estremece.

Concertados así, entrambos se separan.
Ella del claro Olimpo salta al amargo centro;
Zeus vuelve al palacio y en su trono se planta,
ante el coro de dioses que al punto se levantan,
por saludar al padre saliéndole al encuentro.
Mas Hera, sospechosa, los planes adivina
urdidos por la hija del Viejo de la Mar,
Tetis la Pies de Plata, y al Crónida conmina
con injuriosas voces y arrebatado hablar:

—¿Con qué deidad enredas, pérfido, y en qué andas?
Cuando te me escabulles para tus secreteos,
ni se te ocurre darme razón de lo que mandas,
ni quieres que conozca tus planes y deseos.

Y le responde el padre de humanos y de dioses:
—No todos mis designios inquieras, no lo oses,
que aunque mi esposa seas no puedo contentarte.
Ni deidades ni humanos habrán de aventajarte
cuando yo encuentre útil revelar mis intentos;
mas lo que sin los dioses mi alma a solas persigue,
ni tú me lo preguntes ni nadie lo investigue.

Y Hera de ojos bovinos redobla sus lamentos:
—¡Oh Crónida terrible! ¿Qué palabra profieres?

No, no podrás dolerte de que yo te embarace
inquiriendo a destiempo lo que tratas y quieres,
que tú muy a tu modo cumples lo que te place.
Si hoy temo es que la hija del Viejo de la Hondura
—Tetis la Pies de Plata—, en llanto las mejillas,
desde el amanecer se abrazó a tus rodillas
y se arrastró a tus plantas; y mi alma se figura
que sustrajo la prenda de tu consentimiento
para que, compensando a Aquiles con usura,
hagas desolaciones por las naves aqueas.

Zeus, Turbión de Nubes, le replicó al momento:
—¡Loca, nada te oculto, aunque tú no lo creas!
Malo es que te me opongas, que así nada granjeas
sino mi desamor, que te saldrá más caro.
Lo que suceda acéptalo si me fuere plausible.
Siéntate y obedece y calla sin reparo,
que ni los dioses juntos te servirán de amparo
como te ponga encima la mano irresistible.

Hera de inmensos ojos, la diosa venerada,
se sienta al escucharlo, medrosa y refrenada.
Tiemblan en torno a Zeus los dioses celestiales;
y Hefesto, insigne artista, por aplacar los ánimos,
dice a su madre Hera, la de los brazos cándidos:
—¡Negro anuncio de duelos y de infinitos males
si así riñen los dioses por los simples mortales!
¡Adiós banquetes plácidos si el humor se ensombrece!
Mi madre, aunque juiciosa, acepte un buen consejo
y obsequie al caro Zeus. Si el padre se enfurece,
se nos agua la fiesta y se acabó el festejo.
Pues si al Fulminador Olímpico le place
echarnos de este sitio... ¿quién mide lo que hace?
Ve, pues, de contentarlo con halagüeños modos
para que así el Olímpico sea propicio a todos.

Tal dijo, y levantándose, en copa de doble asa
a su madre, solícito, ofrece de beber:

—Aunque te cueste, madre, por esta prueba pasa.
No te vean mis ojos amantes maltraer
a golpes, que al Olímpico yo no he de poner tasa.
Recuerdo que en un trance te quise proteger:
Por el tobillo asiéndome, tan lejos me lanzó
de los sacros umbrales que rodé todo el día,
y, cuando el sol se hundía, en Lemnos fui a caer
casi desfallecido. ¡Gracias que me acudió
el pueblo de los sinties!

Y Hera le sonreía,
y tomó sonriendo la copa de su mano.
Y Hefesto el dulce néctar —afanoso escanciano—,
mezclándolo en la crátera a uno y otro servía
por la derecha; asunto de inextinguible risa
entre los Bienhadados, al ver con cuánta prisa
Hefesto los atiende en la mansión eterna.

Hasta que el sol traspone dura la animación,
y todos se contentan con su justa ración.
La cítara de Apolo con las Musas alterna,
y las canoras voces con el alado son.
Y cuando, al sol poniente, los destellos declinan,
todos a sus palacios rendidos se encaminan
—obras del Cojo Hefesto y su ingenioso empeño—.
Y Zeus, el Olímpico que las centellas cría,
el dulce lecho busca para rendirse al sueño.
Hera del trono áurico su lado compartía.



II

EL SUEÑO DE AGAMEMNÓN Y LOS EJÉRCITOS

La rapsodia segunda menciona por primera vez los casi diez años de guerra transcurridos antes de comenzar el poema, y los efectos de esta larga lucha, y también de la riña entre los jefes, en el ánimo del ejército aqueo; el cual pasa a la categoría de actor colectivo, así como en la rapsodia anterior los actores son los dioses y algunos capitanes. Ahora apreciamos también la respectiva importancia de ambos ejércitos enemigos. 1. El Sueño: *Zeus envía a Agamemnón un sueño mendaz prometiéndole falsamente la cercana victoria.* 2. El Consejo: *Agamemnón refiere su sueño a los capitanes, y concierta con ellos un plan que resultará muy peligroso: incitar él mismo a las tropas al abandono del sitio, y hacer que sus capitanes las contengan y las devuelvan a la guerra.* 3. La Asamblea: *Odiseo consigue detener la ya iniciada fuga. Reunidas las tropas en el ágora, castiga las murmuraciones de Tersites y, con ayuda de Néstor, logra devolver a todos el entusiasmo bélico.* 4. Antes de la batalla: *Preparativos rituales y convocación al combate.* 5. Catálogo de las naves aqueas: *Enumeración de flotas, efectivos y capitanes, con antecedentes personales de algunos.* 6. En Troya: *Los jefes troyanos son advertidos de que los aqueos avanzan en orden de batalla, y a su vez, salen al campo con sus huestes.* 7. El frente troyano: *Enumeración de las fuerzas troyanas, paralela a la del nº 5.*

1. EL SUEÑO

Los DIOSES y los hombres —carreros aguerridos—
duermen su noche. Sólo se desvelaba Zeus,
revolviendo en su mente los planes concebidos
para encumbrar a Aquiles y hundir a los aqueos,
tal vez exterminándolos en medio de sus naves.
Al cabo discurrió que el arbitrio eficaz
era enviar al rey un ensueño falaz.
Y llama al Sueño y dice con un murmullo suave:

—Parte, Sueño funesto, ve a las veleras naves
aqueas y al albergue del poderoso Atrida,
y cuanto aquí te ordeno dile con lealtad:
Que arme a los aqueos melenudos y apreste
íntegras a sus huestes, que la hora es venida

de sojuzgar a Troya, la espaciosa ciudad;
pues la junta de dioses lo otorga, persuadida
a los ruegos de Hera, y un espantable duelo
cierne ya su amenaza sobre el troyano suelo.

Dijo, y el Sueño parte a cumplir su deseo.
Pronto alcanza los raudos barcos de los aqueos,
y a Agamemnón se acerca que hundido en paz divina
duerme bajo su techo. A su frente se inclina
asumiendo la forma del hijo de Neleo
—Néstor, a quien el rey sobre todos venera—;
y así mudado, el Sueño habló de esta manera:

—¿Duermes, brote de Atreo el domador de potros?
Guías de las milicias y amparo de los otros,
no conviene a los príncipes dormir su sueño entero.
Atiéndeme que soy de Zeus mensajero,
quien de lejos te observa con amor y piedad:
Que armes a los aqueos melenudos y aprestes
íntegras a tus huestes, que la hora es venida
de sojuzgar a Troya, la espaciosa ciudad;
pues la junta de dioses lo otorga, persuadida
a los ruegos de Hera, y un espantable duelo
cierne ya su amenaza sobre el troyano suelo.
Tal es su voluntad, y grábalo de suerte
que no se te disipe al punto que despiertes.

Dijo y partió, dejando que Agamemnón Atrida
su ánimo alimente de esperanzas mentidas.
Ya la ciudad de Príamo cree ganar en un día,
sin ver, el insensato, que Zeus sólo intenta
mezclar a los ejércitos en mil luchas cruentas
y afligirlos con nuevos pesares todavía.
Cuando al fin se incorpora del todo, aún vagaba
por el ámbito el eco de aquella voz divina.
Con sandalias preciosas los pulcros pies calzaba.
La intacta y tersa túnica viste, y arremolina
el revolante manto, y al hombro cuelga y ata
la espada guarnecida de clavazón de plata.
Toma el durable cetro del padre, y se encamina

a las embarcaciones donde andan los varones
de bronce pertrechados.
                                        Sube la diosa Eos
al anchuroso Olimpo para anunciar a Zeus
y a las demás deidades la luz del nuevo día,
y ya los estentóreos heraldos reunían
en ágora las tropas melenudas de aqueos.

2. EL CONSEJO

PERO antes el Atrida citó a sus capitanes
junto al barco de Néstor, rey de Pilos. Sus planes
consultaba con ellos, y hablando les decía:

—Anoche, oíd amigos, mientras en paz dormía,
envuelto en santa sombra vino el celeste Sueño.
Del claro Néstor finge la forma, el porte, el ceño,
y murmura a mi oído como una profecía:
"¿Duermes, brote de Atreo, el domador de potros?
Guías de las milicias y amparo de los otros,
no conviene a los príncipes dormir su sueño entero.
Atiéndeme que soy de Zeus mensajero,
quien de lejos te observa con amor y piedad:
Que armes a los aqueos melenudos, y aprestes
íntegras a tus huestes; que la hora es venida
de sojuzgar a Troya, la espaciosa ciudad;
pues la junta de dioses lo otorga, persuadida
a los ruegos de Hera, y un espantable duelo
cierne ya su amenaza sobre el troyano suelo.
Tal es su voluntad, y grábalo de suerte
que no se te disipe al punto que despiertes".
Y aquí el plácido sueño abandonó mis sienes.

¡Ea, veamos pues de alzar a los aqueos!
Y yo, para probarlos, diré que más conviene
escapar en las naves de numeroso arreo,
mientras de un lado y otro los jefes con premura
procuráis reprimirlos y atizar su bravura.

Y el rey de la arenosa Pilos, el providente
Néstor:
—¡Oh amigos —dice—, príncipes y señores!
Si otro lo contara, pareciera imprudente,
pues tienen tales sueños traza de embaucadores;
pero nos los relata el aqueo mejor
a quien la gloria incumbe del mando superior.
¡Ea, veamos pues de alzar a los guerreros!

Y habiendo hablado así, se despidió el primero.

3. LA ASAMBLEA

Los varones del cetro, dóciles al pastor
de hombres, se dispersan. La gente se apresura.
Cual brotan las abejas en rocosa hendedura
y arracimadas vuelan en torno a cada flor,
tal surgen de los toldos y las naves veleras
las filas rumbo al ágora por toda la ribera.
Mensajero de Zeus, las aguija el Rumor...
Y mientras se acomodan en tumultuoso hervor,
la tierra gime bajo la masa de guerreros,
y a voces los acallan los nueve pregoneros
para que hablen los reyes, criaturas de Zeus.
Cuando se aquietan, se alza el rey de los aqueos.
El cetro ostenta, don de Hefesto al gran Cronión;
de éste, al Mensajero Argifonte; y legado
de Hermes al caballista Pélope, que en herencia
lo cedió a su hijo Atreo, su real descendencia,
de quien lo recibió Tiestes, rico en ganados,
y Agamemnón lo hubo por fin, el que ha reinado
sobre incontables islas y la Argólide entera.
Al arrimo del cetro, habló de esta manera:

—¡Oh amigos, fieros dánaos y ministros de Ares!
¡Me embaraza el Cronión con tretas singulares!
Me prometió, el cruel, con el asentimiento
de su cabeza en prenda, que no retornaría
sin derruir los muros de Ilión. ¡Errado intento!
Y ahora me concita a que la ruta emprenda

de Argos, abrumado tras la vana porfía
y tanta inútil muerte. Tal place a su grandeza
que tanta fortaleza —corona de ciudad—
rinde si en ello pone su inmensa voluntad.
¡Lloren baldón y agravio los hombres de mañana!
¡Tan espléndidas huestes aqueas fueron vanas
contra fuerzas menores, y sólo desperdicio!
Pues ved que, si con voto de paz y sacrificio,
pactásemos, uniéndonos con todos los troyanos,
hacer de unos y otros computación menuda,
y a cada diez aqueos dar un teucro en servicio,
nos quedáramos muchos sin vino ni escanciano.
Tanta es nuestra ventaja; mas ellos en su ayuda
lograron que mil pueblos armados les acudan,
salvando así a mi presa la populosa Ilión.
Nueve años de Zeus han transcurrido, y son
despojo y podredumbre las tablas y el cordaje
de los navíos, mientras, allá en nuestros parajes,
lloran hijos y esposas la ausencia y la tardanza...
Hagamos lo que digo, que ya no hay esperanza:
volvamos en las naos a los nativos valles.
¡No podemos con Troya, la de anchurosas calles!

Así dijo. Ignorante del ardid y el manejo
que a solas concertaron los jefes del consejo,
en el pecho a la tropa le salta el corazón,
y el ágora se agita con aquel alboroto
que en el Icario mar levantan Euro y Noto
cuando descarga Zeus su denso nubarrón.
Tal los altos trigales el Céfiro menea
doblando las espigas, tal bulle la asamblea.
Entre nubes de polvo, con ronca gritería
corren a los bajeles, se agolpan y porfían
por lanzarlos cuanto antes a la divina mar;
exhórtanse entre sí, empiezan a tirar,
arrancan los espeques y abren surcos al suelo,
y al ansia del retorno el clamor sube al cielo.

Y violentara al sino la dispersión aquea,
si Hera no se vale al punto de Atenea:

—¡Alerta, hija de Zeus, Escudero sin par!
¡Que se nos van los dánaos sobre el lomo del mar
hasta su casa y tierra, dejando por presente
—trofeo para Príamo y sus teucros— a Helena,
la argiva por quien tantos, de su nación ausentes,
en el polvo de Troya rodaron confundidos!
Vé, persuádelos, háblales, a cada uno enfrena.
No sea que esos bravos de bronce revestidos
saquen las corvas naves y las echen al mar.

La diosa de ojos zarcos la escucha, y sin tardar
vuela del alto Olimpo a los barcos aqueos,
y dice al enfrentarse con el probo Odiseo,
el prudente de Zeus que, en su alma despechado,
junto al negro bajel se mantiene callado
y ni a embarcar se anima ni a tocar los arreos:

—¡Oh hijo de Laertes cual Zeus industrioso!
¿De suerte que en las naves de remos numerosos
bogáis a vuestras playas y abandonáis la guerra,
y a Príamo y sus teucros como marcial trofeo
abandonáis a Helena, por la que tanto aqueo
ha perecido en Troya ausente de su tierra?
Mézclate a los aqueos y a cada uno enfrena,
persuádelos con tino, e insiste hasta evitar
que devuelvan los corvos bajeles a la mar.

Reconoce Odiseo la voz esclarecida;
arroja el manto, apáralo su heraldo y compañero
Euríbates de Ítaca, y él corre hacia el Atrida,
le arrebata el sagrado cetro imperecedero,
y cetro en mano, aborda los dánaos veleros
que tripulan las tropas de bronce revestidas.

Cuando encontraba a un rey o jefe de valía,
en mesurados términos le hablaba y detenía:

—No intento darte órdenes, sería empresa vana.
Mas óyeme, señor, y refrena a tu gente.
¿Acaso has penetrado de Agamemnón la mente?

Si hoy prueba a los aqueos, los reñirá mañana.
No sabemos... No todos oyeron su consulta.
Que si se ve burlado en su intención oculta,
la ira de los reyes es terrible y cruenta,
progenie al fin de Zeus que los ama y sustenta.

Y a los hombres del pueblo que pasaban gritando,
el cetro les descarga y así los va increpando:

—¡Aquiétate, insensato, y al superior atente;
menguado que no vales ni en combates ni en leyes!
Que los hijos de aqueos no todos somos reyes
y el mando repartido nunca fue conveniente.
Sea uno solo el rey y jefe verdadero:
aquel a quien el hijo de Cronos el Artero
ha conferido el cetro y el gobierno de gentes.

Así mandando en jefe, a las tropas arrienda
que van volviendo al ágora de naves y de tiendas
al modo que se oyen las olas rebramar
por la anchurosa playa, mientras retumba el mar.

Poco a poco se aquietan y ocupan sus lugares,
salvo ese deslenguado Tersites que alborota
con su caudal de injurias y palabras vulgares.
Aun con los mismos reyes se atreve su chacota,
y todo lo envilece a ojos de los aqueos
por la sola apetencia de verlo rebajado.
Entre los que llegaron a Ilión era el más feo:
cojo, estevado, hundido de pecho y corcovado,
de puntiagudo cráneo y pelambre risible,
a Aquiles y a Odiseo se ha hecho aborrecible
buscándoles camorra. Y hoy, ante la protesta
de todos, al divino Agamemnón denuesta:

—¡Vamos, hijo de Atreo! ¿Qué reclamas, qué quieres?
En tus reales guardas de bronces un tesoro,
y siempre que podemos vencer una ciudad
te damos en obsequio las más lindas mujeres.
¿O es que de Ilión acaso apeteces el oro,

y que un troyano ecuestre, con liberalidad
lo cargue presuroso y te lo traiga aquí,
en rescate de un hijo maniatado por mí
o por otro? ¿O anhelas el disfrute exclusivo
de alguna hermosa esclava que cobren los argivos?
¿Cómo te llamas jefe, si nos hartas de males?
¡Ay, tímidas aqueas, que no digo varones!
¡Enderezad los barcos a las costas natales!
¡Que junte él solo en Troya riquezas a montones
y aprecie si de algo le sirvió nuestra ayuda!
Ya veis cómo ha agraviado a Aquiles, que sin duda
lo supera, robándole su parte del botín
a ley de su capricho. Aunque Aquiles, en fin,
se nos pasa de bueno y es un tanto cobarde,
o éstos fueran, Atrida, tus últimos alardes.

Así al pastor de hombres Tersites agredía.
Acércase Odiseo, de las deidades par,
y con severo rostro, sañudo le decía:
—¡Gárrulo y descarado, hablas en demasía,
Tersites, y a los reyes quieres aconsejar!
Tú, que de los llegados a Ilión con los Atridas
eres el más abyecto, calla, y a ver si cuidas
de no manosear el nombre de los reyes,
ni injuriarlos ni andarte propalando el regreso;
que ignoramos el curso de las ocultas leyes
y si ha de sernos próspero o amargo tal suceso.
Porque los bravos dánaos obsequian al Atrida
¿lo tomas a vergüenza, y te dueles por eso?
Pues óyeme y verás mi amenaza cumplida:
Como vuelva a pillarte hablando sin medida,
arranquen de los hombros la cabeza a Odiseo,
y no lo llamen más el padre de Telémaco,
y quede muerto el uno y el otro quede huérfano,
si es que yo no te agarro, sacudo y zarandeo,
los harapos te quito —ese manto, esa túnica
que cubren tus vergüenzas—, y te arreo a las naves,
después de propinarte una azotaina única.

Dice, y así diciendo, le acuesta el cetro grave
por los hombros y gibas; y Tersites se encorva,
y asoma por sus ojos una lágrima torva;
el cetro de oro marca su cardenal por huella;
y él se sienta confuso y de dolor resuella,
y contemplando a todos con mirada indecisa
enjugaba su llanto. Y pudo más la risa
que el ansia del retorno, y empezó el cuchicheo:

—¡Vecino! ¡Cuántas útiles cosas hace Odiseo,
ya consejero único, ya diestro capitán!
Mas nunca entre nosotros tuvo mejor empleo
que el de cerrar la boca del deslenguado. Creo
que no ha propasarse nunca más el truhán
ni ha de hablar a los reyes en tono tan liviano.

Mientras todos comentan, se levanta Odiseo,
azote de ciudades, con el cetro en la mano;
y a su lado Atenea, la de los ojos rútilos,
en figura de heraldo acallaba a la gente,
para que los aqueos, desde el primero al último,
escuchen y mediten la palabra prudente:

En términos medidos los arenga Odiseo
y dice:
—¡Oh rey, oh Atrida! El ejército aqueo
quiere manchar tu fama con eterno baldón.
Rehúsase a cumplir la promesa pactada
en Argos, el plantel de las ricas yeguadas:
No volver sin que caiga la bien murada Ilión.
Cual viudas y párvulos todos se nos lamentan
y anhelan por su techo. Y es por sí tan cruenta
la brega que los ánimos bien pudo quebrantar.
Si en sólo un mes ya es dura la falta de la esposa
para el que, por invierno, cuando se agita el mar,
la nave de cien bancos no logra apresurar,
peor si ha nueve años que tal angustia acosa,
sin computar el décimo que pronto ha de acabar.
No culpo yo al aquivo si rabia de impaciencia
junto a su nave cóncava. Pero ¡qué bochornoso

volver sin el empeño tras de tan larga ausencia!
Esperemos un poco, amigos, y la suerte
dirá si fue verídico o resulta engañoso
lo que nos dijo Calcas en su adivinación.
Cuantos han sorteado las Keres de la muerte
—y el caso está presente en cada corazón—
recordarán que, en Áulide, al juntarse la armada
aquea contra Príamo y la troyana gente,
en los almos altares, no lejos de una fuente,
a los dioses rendíamos hecatombes sagradas.
Daba su sombra un plátano, y una clara corriente
bañaba sus raíces. De pronto, hubo un portento:
engendro del Olímpico, un dragón o serpiente
el lomo coruscante asoma bajo el ara;
salta y se enrosca al tronco y trepa en un momento
a la rama cimera, donde algún ave ampara
sus tímidos polluelos en el follaje umbroso.
Ocho eran sin la madre, y a todos los devora
entre el desasosiego y el piar lamentoso
y el revolotear del ave y de sus crías.
Lanzóse luego el monstruo, y al ave chilladora
alcanzó por un ala. Cuando acabó su orgía,
lo muda en piedra el vástago de Cronos el Artero,
borrando así el prodigio la mano que lo envía.
Frustada la hecatombe por el extraño agüero,
todos considerábamos, inmóviles y atónitos,
las determinaciones de los dioses recónditos.
Y Calcas, en seguida, vaticinando exclama:
"¿Por qué tamaño espanto, melenudos aqueos?
El autor del prodigio es el próvido Zeus.
Muy tarde ha de cumplirse, mas vivirá en la fama
el presagio que mucho tardaba en enviarnos.
Igual que a los polluelos devoró el monstruo aleve,
que eran ocho por todos, y con la madre, nueve,
por nueve años cabales habremos de esforzarnos,
y al décimo hundiremos la espaciosa ciudad."
Tal parece anunciarse. ¡Ea, pues, porfiad!
¡Persistamos, aqueos de las grebas lucientes,
hasta vencer de Príamo las murallas ingentes!

Con agudos clamores las tropas corearon
a Odiseo el divino. Los ecos retumbaron
en las cóncavas naves. Y con su hablar sereno,
Néstor, carrero pilio educado en Gereno,
los arengó a su turno:

—Os oigo estupefacto
hablar como unos niños candorosos y ajenos
a las fatigas bélicas. ¿Qué fue de nuestros pactos?
¿Se desharán en humo los consejos, los planes,
los sacros juramentos de nuestros capitanes,
las manos enlazadas, las puras libaciones?
Se va el tiempo en discursos sin tomar decisiones.
Recobra, pues, Atrida, tu natural firmeza
y en la enconada lucha tus huestes encabeza.
Pues sólo hay dos o tres descontentos y amargos
que en vano se perecen por regresar a Argos
antes que el Porta-Égida cumpla el pacto cabal.
En el que yo confío por su expresa señal,
pues el potente Crónida nos dio su asentimiento
lanzando por la diestra relámpagos sin cuento
el día que zarpamos en la velera flota
para traer a Ilión el luto y la derrota.
Nadie, pues, haya premia de recobrar su techo
sin que tenga a la esposa de un troyano en su lecho,
y la repulsa vengue y los llantos de Helena.
Y el reacio que ose tocar su negra nave
de numerosos bancos, desde ahora lo sabe:
a presencia de todos recibirá la muerte,
meta de su destino y término a su suerte.
Tú, rey, oye la voz de tus inspiraciones
y oye nuestro consejo, que no es de desdeñar:
Por tribus y hermandades junta tus pelotones
para que unos con otros se puedan ayudar;
que cuando así lo ordenes y lo obedezcan todos,
de cada capitán y de cada soldado
—como los hombres luchan de muy diversos modos—
sabrás si es un cobarde o si es un arrojado,
y si la fuerte plaza en resistir se obstina

por culpa de tus hombres, blandos en la pelea,
o porque se te opone la voluntad divina.

Y el rey Agamemnón:
—Una vez más culminas
—dice— y triunfas, anciano, en el ágora aquea.
¡Ojalá, padre Zeus, Apolo y Atenea,
otros diez consejeros tuviera de su talla,
que pronto fuera Príamo despojo en las batallas,
y su ciudad, reliquia de ruinas a montones!
Pero el Crónida Zeus, el Señor de la Égida,
me enreda entre percances y disputas coléricas,
y por una cautiva me mezcla en disensiones
con Aquiles; y aun dudo si no fui yo el primero...
Que si ambos conciliáramos nuestras atribuciones,
Troya estuviera ya rendida a nuestros pies.
Por ahora, comamos; y que cada guerrero
aguce bien su lanza y el escudo disponga,
dé pienso a los corceles, ponga el carro en arnés.
Ares pujante acúcienos durante el día entero,
y el bravo no halle tregua hasta que el sol se ponga.
El baldrés del escudo se mojará en el pecho;
el brazo ha de vencerse de manejar la lanza,
y en el bruñido carro sudarán los bridones.
Quien se oculte en las naves, guardándose al acecho,
como yo lo descubra, ha de ser la pitanza
de las aves rapaces y los perros hambrones.

4. ANTES DE LA BATALLA

Lo ACLAMAN los argivos. Remeda el clamoreo,
aquel rugir de olas mecidas por el Noto,
que, a las contrarias ráfagas y al terco balanceo,
baten el risco abrupto plantado contra el mar.
Ya corren a las naves, ya encienden el hogar,
comen en las barracas y ofrecen sacrificios
al dios que cada uno acostumbra implorar
cuando lo llama Ares a su mortal oficio.

Bajo su toldo entonces, destina Agamemnón
una res de cinco años al potente Cronión,
e invita a los ilustres veteranos aqueos:
a Néstor ante todo, y al rey Idomeneo,
también a los dos Ayaces y a Diomedes Tidida,
y a Odiseo por último, prudente como Zeus.

Lo sabe Menelao, hermano del Atrida,
y en guerra y paz solícito, él mismo se convida.
Distribuyen la mola y rodean al buey,
y empieza su plegaria Agamemnón el rey:

—¡Sumo Zeus del éter! ¡Del nubarrón oscuro
glorioso soberano! ¡Antes que el sol se hunda
y se apague, permite que derribe los muros
de Príamo, y la llama por su palacio cunda,
sus puertas devorando, y que mi bronce duro
sobre el pecho de Héctor destroce la coraza,
y que muerdan el polvo sus hombres a montones!

Toma Zeus la ofrenda, mas el ruego rechaza,
que a todos reservaba nuevas tribulaciones.

Hecha es la plegaria; y, la mola esparcida,
doblándole la nuca la víctima degüellan,
la trozan y desuellan; los muslos en seguida
adoban en la grasa y en carne remolida,
dándolos a la llama del leño deshojado.
Mientras se carbonizan, reparten el bocado
de entrañas, y la carne despedazada luego
tuestan al asador y la sacan del fuego.
La faena cumplida, se juntan al banquete,
y todos se contentan con la justa ración.
Sed y apetito aplacan a su satisfacción,
y dice entonces Néstor, el gerenio jinete:

—¡Oh amparo de los hombres, glorioso Agamemnón!
¡No se nos vaya el tiempo en palabras baldías,
no aplacemos la empresa que el cielo nos confía!
Los heraldos aqueos convoquen por la plaza

y naves a las tropas de sólida coraza.
Nosotros, recorriendo las filas militares,
tratemos de inflamar los ímpetus de Ares.

Dijo, y no lo desoye el rey Agamemnón.
A su orden, y al célere grito de los voceros,
los crinados guerreros venían en montón.
Y el Atrida y los reyes —flor de Zeus— formaban
en haces a los dánaos, bajo la inspiración
de Atenea ojizarca, quien los acompañaba
embrazando la Égida de vigor inmortal,
colgada de cien áureos y labrados borlones
que vale cada uno cien bueyes por igual.
La diosa, así embrazada, las filas recorría
encendiendo tan vívido fuego en los corazones,
que olvidadas las naves y la tierra natal,
sólo en luchar soñaban y combatir querían.

Al modo que de lejos se ven las llamaradas,
cuando arden los bosques, por las cumbres altivas,
así, al marchar las tropas, las armas bronceadas
lanzaban centelleos al éter, cielo arriba.

Tal como en la pradera del Asio alegremente
se abaten las bandadas —ruidoso ganso, grulla
o cuellilargo cisne—, y junto a las corrientes
revuelan del Caístro, alzando inmensa bulla,
tal de tiendas y barcos acuden los tropeles.
Retiembla el suelo al paso de hombres y corceles,
y no son más los pródigos brotes de primavera
que asoma el Escamandro por su fértil ribera.

Propio enjambre de moscas que la estación templada
congrega junto al tarro de leche en la majada,
los crinados aqueos acuden al furor
de dar sobre el contrario. Los jefes con destreza
forman los haces, como distribuye el pastor
los distantes rebaños que mezcló la maleza.
Mas superaba a todos el fuerte Agamemnón
—dignos del Dios Tonante los ojos y el semblante,

de Ares el cinto, el recio busto de Posidón—,
como en medio del hato se alza el toro pujante;
porque hoy plugo a Zeus que sin comparación
resalte entre los héroes quien es su campeón.

5. CATÁLOGO DE LAS NAVES AQUEAS

DECIDME ahora, Musas de la Mansión Olímpica
—pues, diosas, lo veis todo en su presencia nítida,
y sólo ecos y dudas llegan a los humanos—,
quiénes eran los príncipes y jefes de los dánaos;
que a la masa no quiero nombrarla, ni podría
cuando tuviera yo diez lenguas y diez bocas,
la voz inquebrantable, de bronce el corazón.
Pues tal era el torrente que sobre Ilión venía
que el dar cuenta de todos sólo a vosotras toca,
prole del Porta-Égida y raza del Cronión.
Mas yo por mí diré los jefes y las naos,
el número de éstas, de aquéllos el empleo.

Mandando a los beocios venían Peneleo,
Protoenor y Clonio, Leito y Arcesilao.
Eran gente de Hiria y el Áulide rocosa,
del Esqueno, de Escolo y Eteono fragosa,
de Tespia, Grea, toda Micaleso, Eleón,
Harma e Ilesio, Eritras e Hila y Peteón;
la fuerte Medeón y también Ocalea;
Copas, Eutresis, Tisbe —de palomas venusta—;
los del Haliarto herbosa y de la Coronea,
y Glisante, Platea e Hipotebas robusta;
de Onquesto —el bosque santo, ara de Posidón—;
de Arne, que los jugos de sus viñedos gusta;
sacra Nisa, Midea y el lejano Antedón.
Eran cincuenta naves con ciento veinte jóvenes
nativos de Beocia en cada embarcación.

Siguen los de Aspledón y del miniense Orcómene
a Ascálafo y a Yálmeno, ambos, de Ares nidada:
nacieron en la casa de Áctor el Azida;
dioles el ser Astíoque, la virgen venerada,



[II, 489]

en sus altas alcobas a hurtos poseída
por el dios. Treinta naves componían su armada.

A Epístrofo y a Esquedio obedece la Fócida,
hijos los dos de Ífito, animoso Naubólida.
Pueblan la pedregosa Pito y el Cipariso,
Dáulide, Panopeo y Crisa la divina
Anemoría y Hiámpolis, orillas del Cefiso,
y Lilea, en la propia surgente cristalina.
Cuarenta negras naves traen por contingente,
y sus jefes los van juntando y encaminan
por el costado izquierdo de la beocia gente.

Con los de Besa, Escarfe, Tarfe y la dulce Augías,
y el Tronio —a las riberas del Boagrio— y el Cino,
a los locrios de Opunte y Calíaro, guía,
menor que el otro Áyax, el leve Áyax de Oileo
que usaba, aunque tan frágil, la coraza de lino,
y cuya lanza envidian panhelenos y aqueos.
Cuarenta negras naves su ejército acarrea
de las costas que miran a la sagrada Eubea.

Los eubeos abantes respiraban furor.
Llegan de Eretria, Calcis y las viñas de Histiea,
la Cerinto marítima, la inaccesible Dío,
Caristo, Estira; y mándalos el bravo Elefenor.
Hijo de Calcodonte, Ares le dio su brío.
Digno jefe de aquellos lanceros arrojados
que lucen por la nuca los airosos mechones
y anhelan con sus fresnos romper los corazones,
bogaba en sus cuarenta bajeles embreados.

Atenas la opulenta da el pueblo de Erecteo,
el altivo terrígena brotado como el trigo,
a quien cunó Atenea, la misma hija de Zeus,
y en su sagrario propio le dio después abrigo,
donde año tras año la mocedad ofrece
a la diosa tributos de toros y carneros.
Éstos a Menesteo Peteída obedecen,
a quien tan sólo Néstor, por más antiguo, pudo

igualar en la ardua maniobra de carreros
o bien de los peones de pesados escudos.
Cincuenta negras naves tripulan sus guerreros.

Áyax, que trajo doce barcos de Salamina,
busca las tropas áticas y a ellas se avecina.

Los nativos de Argos y de la amurallada
Tirinto; Hermione y Ásine, las de profundas radas;
los donceles aqueos de Mases y de Egina,
Eyonas y Epidauro, Trecena y sus lagares,
seguían a Diomedes, presto a la voz de Ares.
De sus ochenta naos el mando secundaban
Esténelo, retoño del claro Capaneo,
y el divinal Euríalo, hijo de Mecisteo
el rey, hijo a su turno del viejo Talayón.

Los de la alta Micenas, Corinto fastuosa,
soberbia Aretirea, Cleonas afamada,
y la gente de Ornías, Hiperesia y Sición,
donde reinara Adrasto, Gonoesa empinada,
los dueños del Egíalo, de Egio y de Pelene
y la espaciosa Hélice, con cien navíos vienen
bajo el hijo de Atreo, el rey Agamemnón.
Son los más numerosos y de mayor valía.
Y él, de bronce vestido para tal ocasión,
ufánase al sentir cómo sobresalía
por el inmenso mando y el bravo corazón.

Los que en sus hondos valles Lacedemonia cría,
cuantos moran en Faris, Esparta, el palomar
de Mesa, y en Brisías y en la risueña Augías,
y en las casas de Amiclas y Helos, junto al mar,
los de Laa y Etilo, todos ellos venían
en las sesenta naos que manda Menelao,
el hermano aguerrido de Agamemnón. Su gente
ordena y distribuye en tropa diferente,
y el ansia les infunde que su ánimo llena
por vengar el secuestro y lágrimas de Helena.

Los que habitan en Pilos y en la graciosa Arene,
los que de Trío llegan —el vado del Alfeo—,
Epi, Ciparisente y Anfigenia y Pteleo;
los que vienen de Helos, los que de Dorio vienen
(donde, el paso atajándole al dejar el palacio
del ecaleo Eurito, a Támiris el tracio
las Musas iracundas, las hijas del Cronión
—a las que osó igualarse sin mirar quiénes son—,
voz y ojos le arrancaron, y también la prestancia
para tañer la cítara, castigo a su jactancia),
noventa naves reman hasta el troyano seno,
al comando de Néstor, jinete de Gereno.

Los que abriga la Arcadia bajo el monte Cilene
—de Épito la tumba, de púgiles asiento—,
la población de Féneo, la ovejera Orcomene,
Ripe, Estratia y Enispe batida por el viento,
vecinos de Tegea y de la Mantinea
deliciosa, y Estínfalo y Parrasia, al servicio
militan del temible Agapenor de Anceo:
muchedumbre de arcadios hechos a pelear.
El rey Agamemnón dejó a su beneficio
sesenta negras naves de numeroso arreo
para que los conduzcan por el vinoso mar,
pues ellos ignoraban los náuticos oficios.

La gente de Buprasio y la comunidad
de la sagrada Elide, y el pueblo confinado
entre la Hirmine y Mírsino como límite a un lado,
y a otro la roca Olenia y Alesio la ciudad,
cuatro caudillos trae: uno en cada unidad
de diez veloces barcos bien cargados de epeos
Anfímaco de Ctéato y Talpio el Euritida,
nietos ambos de Áctor, dos divisiones cuidan;
la tercera, el pujante Diores de Amarinceo;
y el divino Políxeno la última regía,
quien era hijo del rey Agástenes de Augías.

Bajo el Filida Meges vienen a pelear
los hombres de Duliquio y las islas Equinas,

sagrarios frente a Élide plantados en el mar.
Es Meges par de Ares e hijo de Fileo,
el jinete de Zeus que la paterna inquina
arrojó hasta Duliquio. Militan a su empleo
cuarenta negras naves.

Acaudilla Odiseo
a los de Cefalenia, guerreros animosos
de Ítaca venidos y el Nérito frondoso,
Crocilea escarpada, Egílipe, el recinto
y los alrededores de Samos, y Zacinto,
bien los de costa firme o de la opuesta orilla.
El prudente de Zeus a todos acaudilla.
Sus doce naves tienen proas de bermellón.

A los etolos manda Toas el de Andremón.
De Pleurón y de Óleno la negra flota viene
con sus cuarenta naves, y también de Pilene
y Calcis la marítima y abrupto Calidón.
En Toas los poderes del reino han recaído:
ya no alientan los hijos del magnánimo Eneo,
y él mismo y Meleagro el blondo han perecido.

Gobierna a los cretenses el jefe Idomeneo,
fiera lanza. Le siguen la alta Gortina, Cnoso,
y Licto y Festo y Ritio, lugares populosos,
y la blanca Licasto, y Mileto también...
¡Creta y todas sus urbes en número de cien!
Meríones, un émulo de Ares —el atroz
Enialio—, secundaba al astero sañudo.
Y ochenta negras naves bogaban a su voz.

Tlepólemo Heraclida, valeroso y talludo,
nueve naves de bravos trajo de aquella Rodas
que agrupa en tres familias sus poblaciones todas:
La cándida Camiro, Lindo y Yaliso fían
sus armas a Tlepólemo, el lancero valiente.
El esforzado Hércules lo hubo de Astioquía,
en Éfira, riberas del claro Seleente,
tras de arrasar ciudades y aniquilar su gente.

En el palacio espléndido Tlepólemo crecía,
cuando mató a Licimnio de un golpe contundente,
viejo tío materno de su padre y simiente
de Ares. Los avúnculos lo asedian, y construye
navíos, y recluta sus adeptos y huye.
Errante y perseguido por mil calamidades,
llegó a Rodas, y allá fundó sus tres ciudades.
Amo de hombres y dioses, Zeus le fue propicio
y le pagó en riquezas con largo beneficio.

De Sime, tres airosos barcos trajo Nireo,
el hijo del rey Cáropo y Aglaya, el más hermoso
entre todos los dánaos que llegaron a Ilión,
salvo el irreprochable vástago de Peleo;
mas tiene escasas tropas y escaso corazón.

Los de Nísiro y Crápato, los de Caso y de Cos,
donde está la ciudad de Eurípilo, y la gente
de las islas Calidnas, traen por contingente
—bajo Fidipo y Ántifo, Heraclidas los dos
e hijos del rey Tésalo— treinta naves turgentes.

Los del Argos Pelásgica —Alo, Álope y Traquina—,
la Hélade que abunda en mujeres divinas,
y Ftía, y cuantos suelen llamarse mirmidones,
o ya helenos o aqueos, cincuenta embarcaciones
reman bajo el comando de Aquiles. Mas ahora,
sin jefe que los guíe, olvidaban los graves
cuidados de la guerra. No abandona sus naves
el alígero Aquiles que, en su enojo, deplora
la ausencia de la esclava de linda cabellera,
la que hizo cautiva en hazaña guerrera,
cuando arrasó a Lirneso y los muros tebanos,
y a Epístrofo y a Mines mató, fieros hermanos,
hijos del rey Eveno Selepíada. Hoy cría
en el ocio su agravio, mas llegará su día.

A los hombres de Fílace y Píraso florida
—sagrario de Deméter—, la ganadera Itón,
el soto de Pteleo y la marina Antrón,

mandó Protesilao mientras duró su vida.
Mas ya la oscura fosa cobija al gran guerrero:
diole un dardanio muerte cuando aquél, descuidado,
saltó el primero a tierra, desembarcó el primero.
Ya sólo deja en Fílace el nido a medio hacer
y una llorosa viuda de rostro rasguñado.
Aunque todos lo plañen, otro jefe tuvieron:
el hermano menor, y de menor valer,
Podarces, ramo de Ares —hijo del ganadero
Ificlo, hijo de Fílaco—, en quien hallaron guía.
Mas de Protesilao nadie usurpa la gloria,
varón tan aguerrido y de feliz memoria.
Cuarenta negras naves a su mando traía.

Feras, que al lago Bebeis sus casas avecina,
Yaolco hermosa, Beba, Gláfiras, han juntado
once naves que manda Eumelo, el hijo amado
de Admeto, quien lo hubo de Alcestis la divina,
radiosa hija de Pelias que a las demás domina.

De Metone y Taumacia, también de Melibea
y la Olizón fragosa, veinte naves arrea
Filoctetes, arquero de pro, con sus cincuenta
remeros cada una y flecheros de cuenta.
Mas él quedó penando en la isla divina
de Lemnos, donde presa de la hidra dañina
fue abandonado. Pero no ha de tardar el día
en que la gente aquea se acuerde de su rey.
En tanto, aunque lo añoran, no navegan sin ley,
porque el hijo de Rena y bastardo de Oileo,
el vencedor de plazas Medonte es quien los guía,
supliéndolo en el mando y el militar empleo.

En treinta naves cóncavas los de Trica han llegado,
de Ecalia la de Eurito y de la Itome agreste.
Los dos hijos de Asclepio condujeron la hueste:
Macaón, Podalirio, médicos afamados.

A los de Ormenio, Asterio e Hiperea la fuente,
y de las blancas cimas del Títano luciente,

conduce en sus cuarenta navíos embreados
el ilustre Evemónida Eurípilo.

Y a Elone,
Argisa, Orte, la blanca Oloosón y Girtone,
conduce Polipetes bajo su firme mando.
(Hipodamia lo hubo de Pirítoo, cuando
este hijo de Zeus echó del Pelión
hasta tierra de étices la oprobiosa legión
de Centauros hirsutos.) Lo viene acompañando
en el gobierno —prole de Ares— Leonteo,
hijo del animoso Corono de Ceneo,
y cuarenta bajeles venía mareando.

Bogando desde Cifo en sus veintidós naves,
de enienes y de intrépidos perebos tripuladas
—aquéllos, de Dodona y sus crudas heladas;
éstos, de las orillas del Titaresio suave
que a los giros de plata se arroja del Peneo,
donde como los mantos de aceite sobrenada,
pues nació en la Éstix, que la palabra dada
fía con su terrible nombre—, llegó Guneo.

La tropa de magnetes, la tropa del Peneo
coronado de frondas, tienen por capitán
a Prótoo, el alígero brote de Tentredón.
Cuarenta negras naves a su gobierno van.

Tales los jefes dánaos.

Y ahora díme, Musa,
de gente tan profüsa el sumo campeón,
y cuáles los corceles de más acometida
entre cuantos llegaron en pos de los Atridas.

A la rienda de Eumelo, son en la caballada
raudas aves las yeguas de Admeto y las mejores:
de un pelaje, una edad e iguales en alzada,
el mismo Ares les presta sus bélicos furores,
y en Pieria el mismo Apolo cuidó de su crianza.

Áyax el Telamonio descuella inmensamente,
en tanto que la cólera tenga a Aquiles ausente,
pues al sin par Pelida ni el Telamonio alcanza,
así como son únicos y excelsos sus bridones.
Mas Aquiles se encierra en sus embarcaciones
corvas y bogadoras —¡culpas del rey Atrida!—,
mientras anda en la playa su tropa divertida
con la flecha, el venablo y el disco. A los corceles,
loto y palustre apio les traen los furrieles,
allá junto a los carros atados en las tiendas
de la capitanía, en tanto los guerreros,
faltándoles el jefe, rayo de las contiendas,
discurren perezosos por los embarcaderos.

¡Tales van, propio incendio que la comarca asuela!
Como la tierra gime si el rayo estalla y vuela
y tiemblan los Árimos (donde cuentan que abriga
su yacija Tifeo), si Zeus los castiga,
así gime la tierra cuando el paso apresura
la muchedumbre armada, cubriendo la llanura.

6. EN TROYA

Con Iris de pies leves y veloz como el viento,
envía el Porta-Égida la alarma a los troyanos,
que a las puertas de Príamo tenían parlamento,
reunidos en su alcázar los jóvenes y ancianos.
Iris al acercárseles muda la voz de intento
y usa la del Priámida Polites, atalaya
y diestro corredor, que al túmulo del viejo
Esieetes trepaba para observar de lejos
si las contrarias tropas formaban por la playa.
Fingido así el acento, la Leves-Pies exclama:

—¡Oh anciano que en discursos sin tregua te complaces,
como si disfrutáramos la paz y sus solaces,
al hora en que inminente la guerra nos reclama!
Yo he presenciado un cúmulo de batallas sin cuento
y nunca vi de tropas tan vasto movimiento
como las que adelantan sobre nuestra ciudad.

¡Más hombres hay que hojas o que granos de arena!
Yo te conmino, Héctor, dispónte a la faena;
y pues hay en la plaza tamaña variedad
de hablas y de gentes, que a cada pueblo trate
y disponga su príncipe en orden de combate.

Héctor siente la vaga presencia de la diosa.
El ágora disuelve. Todos se arman al punto
y abren las puertas. Salen carros e infantes juntos,
y van precipitándose en masa tumultuosa.

Hay frente a la ciudad, de la llanura al medio,
una colina aislada y de fácil asedio:
la llaman "Batiea"; pero los Inmortales
la llamaron "la Tumba de la Ágil Mirina".
Allí teucros y aliados sus haces encaminan.

7. EL FRENTE TROYANO

El priámida Héctor del casco tremolante
conduce a los troyanos, la tropa más pujante
y ansiosa de blandir la aguda jabalina.

A los dardanios manda el intrépido Eneas,
logrado en la espesura del Ida barrancosa
por el mortal Anquises y Afrodita la diosa.
Secúndanlo, maestros en todas las peleas,
Acamante y Arquéloco, progenie de Antenor.

Pándaro Licaónida, que su arco seguro
recibió de las manos de Apolo el Flechador,
conduce a los que abrevan en el Esepo oscuro
—flancos del Ida—, teucros fastuosos de Zelea.

Los de Adrastea, Apeso, Pitiea y Terea
siguen a dos guerreros de coraza de lino,
hijos ambos de Mérope, el percosio adivino:
Adrasto y Anfio. El padre les predijo su suerte,
mas fue inútil: los llevan las Keres a la muerte.

Los de Percote, orillas del Practio, y los de Sesto
y Abido, y los de Arisbe y su valle repuesto,
siguen de Asio Hirtácida las órdenes y planes,
señor del Seleente que en altos alazanes
cabalgó desde Arisbe para ocupar su puesto.

A Hipótoo seguían los temidos lanceros
pelasgos de la fértil Larisa, y a su hermano
Pileo, flor de Ares; hijos los dos guerreros
del Teutámida Leto, pelasgo veterano.

A los tracios, venidos del Helesponto undoso,
los regían Acamas y Píroo el hazañoso.

Eufemo, hijo del Céada Treceno, alumno claro
de Zeus, es de cícones el capitán y amparo.

Desde el Axio magnífico, río el más caudaloso,
Pirecmes conducía sus valientes peonios
de corvos arcos, pueblo de la lueñe Amidón.
Y a los de allá en los Énetos ardidos paflagonios,
donde se dan las mulas cerriles, los mandaba
Pilémenes, guerrero de bronca condición.
En Citoro vivían, en Sésamo labraban;
junto al Partenio espléndidos palacios habitaban,
por Cromna, por Egíalo y por los Eritinos.

A Epístrofo y a Odio siguen los halizones
de la distante Álibe, donde hay plata a montones.

Cromis rige a los misios, y Énomo el adivino,
cuya sapiencia nada pudo contra su suerte,
que, en el río, el Eácida veloz le dio la muerte,
como a los muchos teucros que hallaba en su camino.

Con el hermoso Ascanio, Forcis capitanea
a los lejanos frigios que, ávidos de pelea,
llegaron dessde Ascania.

Mestles y Ántifo unidos
mandan a los meonios, de Tmolo al pie nacidos.
Su padre fue Talémenes, y su madre Gigea
la laguna.

A los carios de bárbaro lenguaje,
que a la sombra del monte Ftiros y sus ramajes
habitan, y Mileto la ciudad, y la orilla
del Meandro, y las cumbres de Micale, acaudillan
dos preclaros Nomiónidas: Nastes y el otro loco
de Anfímaco, aquél que para la pelea
cual doncella se adorna y de oro se arrea.
Contra el veloz Aquiles ha de valerle poco,
que le dará la muerte en la mitad del río,
furioso arrebatándole su áurico atavío.

Y mandan Sarpedón y Glauco el valeroso
a los rémotos licios del Janto borrascoso.



III

LOS JURAMENTOS Y HELENA EN LAS MURALLAS

La tercera rapsodia está dominada por el episodio del duelo entre Paris y Menelao. Sus diversos incidentes nos permiten conocer la causa de la guerra, el interior de la ciudad de Troya —apenas vislumbrado al final de la rapsodia anterior— y los caracteres de Héctor, Paris, Menelao y Helena. Tiene singular encanto el pasaje del nº 2. 1. Desafío de Paris: *Paris-Alejandro adelanta en actitud desafiante al entrar ambos ejércitos en contacto. Como retrocede ante Menelao, es reprendido por Héctor, y acaba por proponer a Menelao un duelo singular. 2.* Helena en las murallas: *Llamada a presenciar el duelo, en la momentánea tregua que se produce, Helena asoma a las murallas de Troya, e interrogada por Príamo, nombra y describe a los jefes aqueos que ocupan el campo. 3.* El pacto: *Ceremonia religiosa que establece el pacto del duelo. Para sancionarlo por sí mismo, Príamo baja al campo y luego regresa a Troya. 4.* El duelo singular: *Paris lleva la peor parte, pero a la hora del mayor peligro, Afrodita lo sustrae de la liza y lo deposita en el lecho de Helena. 5.* Paris y Helena: *Recriminaciones y escena nupcial. 6.* Intimación de los aqueos: *Agamemnón, ante los sucesos del nº 4, declara el triunfo de Menelao, y pide el cumplimiento del pacto celebrado en el nº 3: devolución de Helena y sus riquezas, y pago de la indemnización de guerra.*

1. DESAFÍO DE PARIS

YA EN orden de combate, los teucros a la zaga
de sus jefes desfilan con largo vocerío
y alboroto de pájaros. Tal cuando las amaga
el tupido aguacero y las espanta el frío,
las grullas se levantan por los cielos y huyen
y sobre la corriente del Océano gruyen,
y en cuanto asoma el día, llevan a los pigmeos
el estrago y la muerte. En cambio los aqueos,
prontos a sostenerse unos a otros, van
atesorando mudos su belicoso afán.

Tal como anubla el Noto la cima levantada
—cuita de los pastores, júbilo del ladrón
a quien más que la noche cubre la cerrazón—,

y apenas se ve el trecho que alcanza una pedrada,
así lanzando el polvo en denso nubarrón
las tropas presurosas cubrieron la llanada.

Y no bien los ejércitos llegaban al contacto,
de las filas troyanas se destacó en el acto
—echada por los hombros la piel de leopardo,
corvo arco, espada al cinto, en los puños el par
de astiles que arma el bronce, y como un dios gallardo—,
Alejandro, ofreciéndose a duelo singular
con cuantos enemigos lo quieran enfrentar.

Según él adelanta con arrogante paso,
remeda Menelao, de Ares favorito,
al hambriento león que encuentra muerto acaso
a un gran ciervo ramoso o un silvestre cabrito,
y cébase en su cuerpo y alegre lo devora,
cérquenlo perros ágiles o denodados mozos.
La presencia del pérfido su odio reaviva,
del deiforme Alejandro ve llegada la hora,
el ansia del castigo lo anonada de gozo,
y sin soltar las armas del carro se derriba.

Mas apenas advierte Alejandro el divino
que salva Menelao los grupos delanteros,
su corazón flaquea, quiere huir al destino;
y al pavor que le infunde el valeroso Atrida,
ceja y desaparece junto a sus compañeros,
entre la turba intrépida buscando una salida,
como el que en la espesura descubre una serpiente
y tembloroso y lívido recula de repente.

Héctor, que todo ha visto, le gritaba furioso:
—¡Oh miserable Paris, mujeriego y hermoso
y falso! ¡Más valdría que no hubieras nacido
o hubieras muerto célibe sin verte convertido
en vergüenza y oprobio para toda tu gente!
¡Cómo van a reírse los crinados aqueos,
que te juzgaban príncipe y capitán valiente,
al ver que sólo esconden tu porte y tus arreos

un pecho pusilánime! Y siendo tú quien eres
¿fuiste quien se arrojó en los raudos veleros,
llevando a tus iguales por mundos extranjeros,
y a la mujer más bella de todas las mujeres
desde un país remoto trajiste secuestrada,
hoy nuera venerada, linaje de guerreros,
mas daño de tu padre, tu pueblo y tu ciudad,
anzuelo de enemigos, premio a tu liviandad?
¿No aguardas a pie firme a ese brote de Ares,
por ver de quién disfrutas la floreciente esposa?
¡Qué valdrán cuando caigas los dones singulares
de Afrodita, tu cítara, tu cabellera undosa!
¡Cuán tímidos los teucros, pues no te han lapidado,
con túnica de piedras vistiendo tu maldad,
por los daños innúmeros que tú les has causado!

Y respondió Alejandro, igual a una deidad:
—Héctor, tu increpación es merecida y justa,
pero te arrastra el mismo coraje que te enciende,
pues tu inflexible ánimo es la segur que hiende
el tronco y da más ímpetu a la mano robusta
para cortar las tablas de las embarcaciones.
Mas no por ser intrépido quieras echarme en cara
los dones que Afrodita de oro me depara,
que ni son desdeñables tan exquisitos dones,
ni se escogen al gusto los divinos presentes.
Lucharé frente a frente, cedo a tus intenciones:
de uno y otro bando haz apartar la gente,
y Menelao y yo a solas decidamos
de Helena y sus riquezas quién ha de ser el amo.
Queden para el que triunfe y sea más valiente;
y recobren —jurada la armonía y la paz—
los troyanos, sus fértiles campiñas, y los otros,
el suelo del Argólide, criadora de potros,
y de Acaya y sus lindas mujeres el solaz.

Héctor, al escucharlo, se interpone radiante
entre los dos ejércitos. La lanza a medio astil,
da el alto a los troyanos que paran al instante.
Los crinados aqueos en actitud hostil

ya van sobre él con dardos y piedras y saetas,
y el rey Agamemnón a tiempo los aquieta
clamando a grito herido:
—¡No tiréis, detenéos
hijos de los aqueos! ¡Héctor del refulgente
morrión se nos acerca para parlamentar!

Dijo, y logra frenarlos y a todos acallar.
Y Héctor, puesto delante y en medio de los frentes:
—¡Oíd, teucros y aqueos de las grebas lucientes!
Nos ofrece Alejandro, por quien vino la guerra,
que depuestas las armas en la nutricia tierra
del uno y otro bando, él solo y el ardido
Menelao disputen a Helena y sus riquezas.
Queden en la mansión del que haya vencido
por su mayor braveza, y todos los demás
juraremos el pacto de armonía y de paz.

Todos callan atónitos. Y Menelao, atento
siempre a la voz de guerra:
—Oídme ahora —exclama—,
que de dolor transido mi corazón se inflama:
De argivos y troyanos ya es mucho el sufrimiento;
si es de Paris la culpa y si la ofensa es mía,
que entre los dos escojan la muerte y el destino
y acabe cuanto antes tan largo desatino.
Para el Sol y la Tierra traigan la ofrenda pía
—una cordera parda y un cándido cordero—,
y brindemos los dánaos al Zeus verdadero
una tercera víctima. Que al punto se apersone
Príamo, y nuestros votos él mismo los sancione;
no sea que sus hijos, vanos y desleales,
transgredan las promesas prestadas al Cronión.
Son mudables los jóvenes; los viejos son cabales,
el ayer y el mañana miden con atención
y a una y otra mano dan la justa porción.

Así dijo. Gozábanse aqueos y troyanos
el término entreviendo de la enconada guerra.
Paran brutos y carros, y echando pie a tierra,

dejan caer las armas, unos de otros cercanos
y a muy corta distancia una y otra legión.
Manda Héctor dos heraldos a la ciudad de Ilión
por Príamo y las víctimas, y al punto el pregonero
Taltibio, a una orden del rey Agamemnón,
corre a las naves cóncavas en busca de un cordero.

2. HELENA EN LAS MURALLAS

A HELENA de albos brazos llega Iris mensajera,
en forma de Laódice su cuñada, que era
del rey Helicaón Antenórida esposa,
y en la prole de Príamo la hija más hermosa.
Hallóla en el palacio. A la sazón labraba
en doble tela púrpura motivos y trofeos
de los opuestos bandos que por ella bregaban:
los teucros domadores de potros, los aqueos
revestidos de bronce.
—Acompáñame hermana
querida —dijo Iris de las plantas livianas
acercándose a Helena—, y asómbrate conmigo:
Ya las aqueas huestes y la gente troyana,
que ha poco derramaban el luto y el castigo
de Ares por el campo, hoy mudas y sentadas,
codos sobre el escudo y picas enterradas,
de dos bravos esperan el duelo singular;
pues Menelao y Paris se van a disputar
lanza en mano el derecho de llamarte su esposa.

Dijo, y le inunda el pecho de pena soledosa
por su anterior marido, sus padres, su ciudad.
Envuelta en blanco velo, llorando de ansiedad
dejó Helena la estancia. Sus doncellas celosas,
Clímene de anchos ojos y Etra, hija de Piteo,
acudieron tras ella hasta el Portal Esceo.

Cuando Helena llegó, ya ocupaban el sitio
el rey Príamo y Pántoo y Timetes y Clitio,
Lampo e Hicetaón, el vástago de Ares,
el cuerdo Ucalegonte y el sesudo Antenor.

Subidos en la torre de los jefes troyanos,
por ser todos ancianos las filas militares
no acompañaban, pero infundían valor
con sus arengas, como cigarras estridentes
posadas en las selvas y frondas eminentes.
Al verla, comentaban con discreto rumor:

—No es mucho si por ella los dánaos lucientes
y los teucros resisten tan largo padecer,
que una diosa semeja muy más que una mujer.
Mas váyase en sus naves, no sea su presencia
ruina de nuestro pueblo y nuestra descendencia.

Mientras ellos comentan, Príamo le decía:
—Ven y a mi lado siéntate, y contempla, hija mía,
a tu anterior marido y amigos y parientes.
No es tuya, es de los dioses esta luctuosa guerra.
Ven y dime quién es aquel varón ingente,
ese gallardo aqueo cuya presencia aterra.
Hay otros más talludos, mas nunca vi su igual
en majestad, en porte y en despejo real.

Y la divina Helena le dijo:
—Suegro amado
a quien temo y venero, ¿por qué no morí el día
en que dejé por Paris mi lecho abandonado,
mi niña de pañales, las compañeras mías?
¡Hoy no me consumiera llorando de aflicción!
Mas escucha: Aquél es el rey Agamemnón
cuñado ayer de esta mísera y descarada,
si es que toda esa historia no fue cosa soñada.

Y absorto contemplándolo, el anciano decía:
—¡Oh Atrida bienhadado y afortunado rey
que tal copia de aqueos traes bajo tu ley!
Yo anduve en Frigia, tierra de vides, en legión
con los hombres de Otreo y el divinal Migdón
que orillas del Sangario ataban sus corceles,
cuando las Amazonas y sus guerras crueles;
mas nunca vi de tropas tan innúmeros haces
cual juntan los aqueos de miradas vivaces.

Y luego preguntó, señalando a Odiseo:
—Y dime ahora, hija, ¿quién es aquel que veo,
más bajo que el Atrida y de más ancho busto?
Tiró al suelo las armas y recorre las filas
cual lanoso carnero —el parecido es justo—
que las ovejas cándidas acompaña y ahila.

Y Helena, hija de Zeus, le responde al momento:
—Es la flor de Laertes, Odiseo el famoso,
duro como su Ítaca, y el hombre más mañoso
en tretas y en prudentes avisos y en inventos.

Y el sensato Antenor:
—Mujer, dices verdad.
Cuando, para buscarte y como embajador,
vino él con Menelao, predilecto de Ares,
en mi palacio mismo les di hospitalidad
y agasajo. Llegaron a serme familiares
sus personas, sus hábitos y su sabiduría.
Cuando se presentaban en nuestra sociedad,
Menelao, de pie, siempre sobresalía
por sus anchas espaldas; mas, si estaban sentados,
dominaba Odiseo con grave majestad.
Luego, cuando hilvanaban ya sus alegaciones,
Menelao fue nítido, si bien apresurado,
y aunque el más joven, sobrio y escueto de razones;
y Odiseo, después de haberse levantado,
bajó un punto los ojos y se quedó apoyado
en su cetro, indeciso... Parece que lo veo
con su aire de simple o de encolerizado.
Mas apenas del pecho lanzó la voz segura,
¿qué mortal pudo nunca compararse a Odiseo?
Sus palabras llovían como copos de nieve,
y su fascinación borraba su figura.

Repara en Áyax Príamo, y pregunta otra vez:
—¿Y ese fornido aqueo de atlético relieve
que a los demás supera en traza y altivez?

Y la divina Helena del peplo rozagante:
—Es muralla de aqueos, es Áyax el pujante.
Y en dios raya el cretense Idomeneo, aquel
que cercan en tropel los cabos de su gente.
Nos llegaba de Creta, y era invariablemente
—porque lo aposentaba siempre nuestro palacio—
huésped de Menelao, señor de valentía.
A todos los distingo, y si tuviera espacio,
a los muchos aqueos presentes nombraría.
Mas dos caudillos faltan, y de la carne mía:
mis hermanos maternos: Cástor, el superior
jinete, y Polideuces, púgil y luchador.
¿Si de Lacedemonia no habrán venido acaso?
¿O si los dos, ocultos en los barcos de guerra,
no quieren combatir ni osan dar un paso
para no defender mi oprobio y mis errores?

Mas ya en su seno próvido los guardaba la tierra,
allá en Lacedemonia, solar de sus mayores.

3. EL PACTO

En tanto por las calles traen los pregoneros
dos rituales corderos para el voto divino
y, don del suelo, un odre de confortante vino.
Crátera y copas de oro toma el heraldo Ideo,
y acercándose luego a Príamo el anciano:

—Ven, Laomedontíada —le dice—. Los troyanos
jefes, diestros jinetes, y los jefes aqueos
de bronce revestidos quieren que a la llanura
bajes y el juramento sanciones por tu mano.
Pues Menelao y Paris fían a la ventura
de sus lanzas el premio: la esposa y sus riquezas
serán de aquel que triunfe por su mayor braveza,
y cobrarán —jurada la armonía y la paz—,
los teucros, sus feraces campiñas, y los otros,
su terruño de Argos, criadora de potros,
y de Acaya y sus lindas mujeres el solaz.

Se estremece el anciano y manda que sus fieles
acudan sin tardanza y enganchen los corceles.
Las riendas coge; al sólido carro sube Antenor;
los dos en raudo curso los caballos arrean,
y al campo desembocan por las Puertas Esceas.

En pisando la tierra de seno provisor,
ambos se colocaron entre los contendientes.
El rey Agamemnón y Odiseo el prudente
se levantan al verlos. Y los nobles heraldos
agruparon las víctimas y mezclaron los caldos
en la profunda crátera, y el aguamanos dieron
a los reyes. La daga que llevaba prendida
al flanco de la espalda desenvainó el Atrida;
cortó por el testuz rizos de los corderos,
que a unos y otros jefes brindaron los voceros,
y las manos en alto, imploró de este modo:

—¡Glorioso Padre Zeus que reinas en el Ida!
¡Sol que todo lo ves y que lo oyes todo!
¡Ríos, Tierra y profundos Jueces de los perjuros!
Atestiguad en uno la fe comprometida:
Si vence a Menelao Paris, quede seguro
en posesión de Helena y todas sus riquezas;
nosotros surcaremos el ponto en nuestras naves;
si Menelao triunfa de Paris, con presteza
a Helena y sus tesoros nos traigan los troyanos,
compensen a los dánaos de sus perjuicios graves
y sea justo ejemplo a todos los humanos.
Mas si, en tal caso, Príamo y su generación
rehusaren el pago de la indemnización,
lucharé hasta cobrármela yo mismo por mi mano.

Habiendo hablado así, degüella los corderos
que, palpitando aún, se abatieron sin vida
al robarles el bronce su aliento verdadero.
Todos llenan las copas en la crátera henchida,
y al tiempo que recitan promesas y oraciones,
a los dioses eternos brindan sus libaciones.

—¡Sumo y glorioso Zeus y demás Inmortales!
¡Que vea, quien quebrante nuestros pactos leales
a uno u otro bando —juraban los guerreros—,
sus sesos y los sesos de sus generaciones,
volcados como el vino de nuestras libaciones,
y esclavas sus esposas de amos extranjeros!
Mas sin honrar su voto los escucha el Cronión.
Y Príamo el Dardánida se deja oír entonces:

—¡Oh troyanos y aqueos de las grebas de bronce!
Fuerza es que yo regrese a la ventosa Ilión.
¡Que no vean mis ojos (de pensarlo me aflijo)
al fiero Menelao combatir con mi hijo!
Zeus y demás dioses conocen ya la suerte,
y a quién tiene el destino reservada la muerte.

Dijo, y a un dios igual, el añoso varón
recoge los exánimes restos de los corderos;
seguido de Antenor sube al carro ligero,
y sacude las riendas y arrea para Ilión.

4. EL DUELO SINGULAR

HÉCTOR, hijo de Príamo, y el divino Odiseo
miden la liza. El turno de la primer lanzada
sortean en un casco de bronce. Una oración
escapa de los labios de teucros y de aqueos,
que a media voz recitan, las manos levantadas:

—¡Glorioso Padre Zeus que reinas en el Ida!
¡Permite que quien trajo tantas calamidades
descienda sin remedio a la mansión de Hades,
y los demás logremos la amistad prometida!

Héctor, el campeón del penacho altanero,
las suertes removía hurtando la mirada,
y el tejo de Alejandro vino a saltar primero.
Sentáronse los hombres en hileras formadas
a par de sus corceles y sus armas labradas.
Sobrevistió Alejandro —compañero de Helena

la de hermosa melena— magnífica armadura:
ajustóse las grebas de broches relucientes,
le cedió la coraza su hermano Licaón,
colgó al costado el bronce de viva clavazón,
embrazó el grave escudo, y ceñida la frente
con espléndido casco de crinada cimera
que ondeaba terrible, empuñó decidido
una sólida lanza. De pareja manera
se aprestaba a su turno Menelao el ardido.

Cada uno se armaba a solas por su lado,
y cuando aparecieron en medio de la liza
con fulminantes ojos, se sienten espantados
los caballistas teucros y los bien pertrechados
aqueos. Ya se acercan, las lanzas echizadas
blandiendo y observándose con atento rencor.
Su luenga jabalina manda Alejandro entonces;
botó el arma doblándose por la punta de bronce,
y atravesar no pudo el prevenido escudo
del Atrida, quien pronto ya para pelear,
invoca todavía al Padre verdadero:

—¡Oh soberano Zeus! Déjame castigar
al divino Alejandro que me ofendió el primero.
¡Muera a mis manos! Sea en la posteridad
ejemplo y enseñanza a todos los arteros
que el hospedaje violan y manchan la amistad!

Y arremete, y la pica atraviesa el escudo
del Priámida y abre la coraza labrada,
y fue a rasgar la túnica encima del ijar.
Libra el cuerpo Alejandro y evita el trance rudo;
y al instante el Atrida desenvainó la espada
de clavazón de plata, y la dejó cargar
furioso en la cimera del casco del troyano.
La espada, hecha pedazos, escapa de su mano,
y el despechado Atrida maldice su fortuna:

—¡Padre Zeus, funesto más que deidad ninguna!
La perfidia de Paris me apresto a castigar,

¡cuando se me destroza la espada inoportuna,
y ni con la lanzada lo he podido alcanzar!

Dice, y empuña a Paris por la rica cimera,
las crines del penacho torciendo de manera
que arrastra a su enemigo hasta la gente aquea.
Casi estrangula a Paris la bordada correa
que el caso le sujeta al cuello delicado.
¡Gloria inmensa! Consigo se lo hubiera llevado,
si al punto no lo hubiese advertido Afrodita,
flor de Zeus, que acude y le arranca y le quita
la correa de cuero de toro degollado.
Se va el casco vacío con el puño esforzado;
de un vaivén, lo echa el héroe entre sus compañeros
de las lucientes grebas que al aire lo cogieron;
y nueva vez, habiendo recobrado su lanza,
para matar a Paris resuelto se abalanza.
Pero Afrodita, usando de su poder de diosa,
fácil en torno a Paris densas neblinas corre
y lo transporta al tálamo, a la estancia olorosa.

5. PARIS Y HELENA

FUESE en busca de Helena y la encontró en la torre,
donde le daban corte las señoras troyanas;
y en apariencia de una vieja esclava hilandera
que allá en Lacedemonia le cardaba la lana
y por quien tuvo Helena singular afición,
tirando suavemente del perfumado velo
le dijo:
—Ven, que Paris te espera en la mansión,
radiante de belleza y ataviado con celo,
en el tornido lecho de tu alcoba nupcial.
Nadie imaginaría que regresa de un duelo,
mas que se apresta a un baile o deja un festival.

Sobresaltado el ánimo volvió la cara Helena,
y, sin que la engañara el disfraz de la diosa
—garganta y busto únicos y mirada radiosa—,
—¿Qué me quieres ahora? —dijo de espanto llena—,

¡Cruel! ¿Querrás llevarme a alguna populosa
ciudad de Frigia? ¿Acaso a la Meonia amena,
para dar gusto a otro de tus mil favoritos?
¿Temes que Menelao recobre a esta oprobiosa,
si a esta hora Paris ya pagó su delito?
Ve donde esté Alejandro y siéntate a su vera;
no vuelvas al Olimpo, camino de las diosas;
ve a llorar y a velarlo junto a su cabecera;
ruégale que te tome por manceba o esposa.
No seré yo quien vaya a compartir su lecho
ni a buscar sus caricias, que vergonzoso fuera;
pues todas las troyanas lo vituperarían
y es mucho ya el pesar que conturba mi pecho.

Y Afrodita la diosa indignada decía:
—¡No me hartes, insolente! Cuida no te abandone
y te aborrezca tanto como te amaba antes,
y a dánaos y a teucros de tal manera encone
y enfurezca de suerte que su odio se agigante
y te hagan perecer al fin de mala muerte!

Con ser hija de Zeus, Helena desmayaba.
En el velo magnífico y blanco se envolvió,
y dócil a la augusta deidad que la guiaba,
echó a andar en silencio, y ninguna la vio.

Ya en la mansión espléndida que Alejandro habitaba,
las esclavas recobran sus labores y enseres,
y ella entra en la cámara de artesonados techos.
La risueña Afrodita la silla le acercaba,
y la hija de Zeus, diosa entre las mujeres,
al lado de Alejandro se sienta junto al lecho,
desvía la mirada y dice al seductor:

—¿Que vuelves del combate, y que no has perecido
a manos del valiente que antes fue mi marido?
¡Sin duda te imaginas por todo superior
a ese ramo de Ares en puños, fuerza y lanza!
Pues rétalo de nuevo, si tal es tu pujanza.

Mas ¡qué temeridad! Mejor es que desistas,
que al zaino Menelao no pienso que resistas.

Y Paris, a su turno:
—¡Mujer! ¿Por qué terqueas
en amargar mi pecho y disputar conmigo?
Si hoy venció Menelao por gracia de Atenea,
ya llegará mi hora, que también tengo abrigo
entre los Inmortales. Mas deja el ceño, ea:
tendámonos los dos como buenos amigos.
Con más ardor que nunca mi alma te desea.
Ni cuando, arrebatada a tu amena mansión,
dejé a Lacedemonia y navegué contigo
a bordo de mis naves surcadoras del mar,
y en la isla de Cránae se cumplió nuestra unión,
ni entonces me ha encendido tal deseo de amar
ni de sentirte mía me hallé más anheloso.

Y hacia el lecho la atrajo, y ella siguió al esposo.

6. INTIMACIÓN DE LOS AQUEOS

MIENTRAS ellos gozaban el torneado lecho,
buscaba Menelao como fiera en despecho
a Paris. No lo vieron ni troyanos ni aliados,
y ni de haberlo visto lo hubieran ocultado
al iracundo Atrida: como la negra muerte
les es ya aborrecible.
Y dijo de esta suerte,
hablando a los ejércitos, el rey Agamemnón:
—¡Oh, troyanos y dárdanos y aliados, escuchad!
Menelao el de Ares venció, y es la verdad.
Que, además de pagársenos justa indemnización,
Helena y sus riquezas vuelvan a nuestras manos,
para futuro ejemplo de todos los humanos.

Lo aprueban los aqueos con larga aclamación.



[III, 450]

IV

VIOLACIÓN DE LOS JURAMENTOS Y REVISTA DE LAS TROPAS

En la cuarta rapsodia, la traición de Pándaro, que ataca a mansalva al vencedor Menelao, viene a violar los pactos y ocasiona la reanudación de la guerra. Agamemnón pasa revista a las tropas exhortando a los capitanes, y sobreviene el encuentro. La revista permite conocer más de cerca al ejército aqueo. 1. Entre los dioses: *A instancias de Hera, empeñada en la ruina de Ilión, y para que la guerra no acabe con el cumplimiento del pacto, Zeus encarga a Atenea que sugiera alguna violación a los troyanos. 2.* El pacto violado: *Atenea asume la figura de Laódoco y aconseja a Pándaro que tienda el arco contra Menelao, el cual sólo recibe una leve herida. 3.* La revista de Agamemnón: *Obligado así a continuar el combate, Agamemnón recorre a pie las filas, arengando a sus capitanes. 4.* Primer choque: *Primeros incidentes bélicos que cubren el campo de cadáveres.*

1. ENTRE LOS DIOSES

AL CONSEJO de Zeus los dioses asistían
sentados en el áureo solar, y todos beben
el néctar que escanciaba la venerable Hebe,
brindando en copa de oro. A sus pies se extendía
la vastedad de Troya. El Cronión, de repente,
por hostigar a Hera dijo con ironía:

—A Menelao sirven dos diosas juntamente
—Hera la argiva es una, y otra, la Alalcomenia—,
satisfechas con verlo a distancia prudente,
mientras que la risueña Afrodita se ingenia
por escudar a Paris de cerca, y cuando él mismo
se daba ya por muerto, lo sacó del abismo.
Mas ha ganado el triunfo Menelao el de Ares.
¿Qué norma fijaremos, qué curso a los azares?
¿Han de reanudarse la guerra y sus horrores
o reconciliaremos a los pueblos en pugna?
Porque, si a todos place y a ninguno repugna,

que la ciudad de Príamo guarde a sus moradores,
y cobre norabuena Menelao a su Helena.

Mas Hera y Atenea, sentadas a su lado,
para sí concertaban la caída de Ilión.
Aquélla contra el padre disimuló su enfado,
y pudo más en ésta la voz de la pasión
y abrió el pecho al econo que tenía guardado:

—¿Qué palabra profieres, oh terrible Cronión?
¿Y en balde sudo y brego, y de uno a otro lado
hago que me acarreen mis exhaustos corceles
para juntar ejércitos y amontonar bajeles
contra el pueblo de Príamo? ¿Y quieres que de grado
te obedezcan los dioses?

Y contestó indignado
Zeus, Señor de Nubes:
—Pues ¿qué daño, demente,
qué agravio has recibido de Príamo y su gente
que así te ensañas contra la bien murada Ilión?
Si, quebrando sus puertas, si crudos devoraras
en tu enajenación a todos los troyanos
y a Príamo y sus proles, tal vez te apaciguaras.
Aunque mucho me cuesta, cumple pues tus antojos,
no sea que los dioses vengamos a las manos.
Mas oye lo que digo: Si, pese a tus enojos,
me da por destruir pueblos de tus amigos,
déjame que lo haga según mi voluntad,
ya que consiento ahora en tu arbitrariedad.
De cuantas poblaciones abriga el pabellón
del sol y las estrellas, era la sacra Ilión
mi preferida. A Príamo y a sus huestes armadas
de agudos fresnos tuve siempre en mi corazón.
Sus aras me rendían el debido sustento:
libaciones y víctimas y la grasa quemada
y cuanto honor se debe a nuestro acatamiento.

Y Hera, la augusta diosa de ojos de novilla:
—Yo, por mí, a tres ciudades quiero sobremanera,

y son Argos, Esparta, Micenas altanera.
Cuando te plazca, puedes hundirlas en rencillas;
destrúyelas, que yo ni me opondré siquiera,
y de poco valdría, pues tanto me superas.
Mas no burles mi empeño, que así sólo me humillas.
No entiendo que me ultraje quien es de mi linaje,
pues soy la hija mayor de Cronos el Artero,
y además soy tu esposa, Rey de los Inmortales.
Transijamos los dos; nos seguirán leales
todos los demás dioses. *Da orden que Atenea*
al campo de batalla se traslade en el acto
y haga que los teucros desconozcan el pacto,
burlando el engreimiento de la legión aquea.

No la desoye el padre de dioses y de humanos,
y al punto da la orden que obedece Atenea:

—*Ve prestamente al campo de aqueos y troyanos,*
y haz que éstos en el acto desconozcan el pacto,
burlando el engreimiento de la legión aquea.

2. EL PACTO VIOLADO

Así LE ordena, y ella, que no tiene otro anhelo,
deja la cumbre olímpica en presuroso vuelo.
Cual portento que el hijo de Cronos el Artero
manda, en el resplandor de una errática estrella,
para los navegantes o para los guerreros,
y despidiendo chispas se divide en centellas,
tal en radioso lampo fue Palas Atenea
a dar a medio campo. Pásmanse las aqueas
huestes y las troyanas, y no falta quien diga:

—¿Si empezará de nuevo la bélica fatiga,
o si nos manda Zeus el signo de amistad,
árbitro que decide los conflictos humanos?

Así se preguntaban aqueos y troyanos
mientras, disimulada su forma, la deidad,
los rasgos asumiendo del altivo varón



[IV, 120]

Laódoco Antenórida, buscaba en las mesnadas
a Pándaro, retoño del claro Licaón,
que trajo del Esepo sus huestes bien armadas.
En medio de sus bravos descubre al campeón
y se acerca y le dice con palabras aladas:

—¿Me escucharás, retoño del bravo Licaón?
¿Podrán con Menelao tu arco y tus viras leves?
Entre todos los teucros, si es que a tanto te atreves,
¡oh, qué fama ganaras! Te diera ciertamente
el príncipe Alejandro los más ricos presentes
al ver que, derrumbado por obra de tus viras,
al fiero Atrida alzaban en la fúnebre pira.
La flecha apronta, y lánzala sobre el Atrida, ea,
y al Licio Arquero Apolo ofrézcanle tus preces
la hecatombe de indemnes corderos que merece,
para cuando retornes a la sacra Zelea.

Vencido el insensato por la voz de Atenea,
desenfundó al instante su grande arco, hecho
con las enormes astas de un íbice montés,
que él mismo fue acechando y atravesó en el pecho,
al saltar de una roca, y tumbó del revés.
Dieci éis palmos juntos los dos cuernos medían.
Bruñi los y ensamblados, para mayor decoro
el hábil artesano les puso el gancho de oro.
El tirante del arma Pándaro desenreda;
contra el suelo la dobla cargando el cuerpo entero;
una valla de escudos alzan sus compañeros:
temen que los tenaces enemigos lo agredan
antes que pruebe el hierro el belicoso Atrida.

Abre el carcaj y busca una flecha escogida,
mensajera de duelos, y aún no disparada,
y al Licio Apolo ofrece la hecatombe sagrada
—corderos primogénitos— para cuando se vea
otra vez en la tierra nativa de Zelea.
Nervio de buey y plumas pellizca a un tiempo, y tira
hasta que toca el arco el hierro de la vira.
Hecha una rueda el arma rechina, y da un crujido

la cuerda. Salta y vuela la puntiaguda flecha
y sobre los ejércitos al blanco va derecha.

Los Bienaventurados no están desprevenidos,
oh Menelao, y nunca te pueden olvidar,
y menos Atenea, del botín juez y dueño,
quien se interpone y pronta la saeta desvía,
como cuando la madre hace por ahuyentar
la mosca que del hijo turba el plácido sueño.
La aborrecida flecha perdió la puntería,
dio en los anillos de oro que el cinturón enlazan,
y atravesando el cuero labrado y la coraza
—aunque doblada y sólida—, traspasó la ventrera,
que a modo de barrera los dardos detenía
y vino a ser entonces la mejor vestidura.
Verdad es que la flecha lo alcanzó todavía,
de suerte que al instante brotó la sangre oscura.

Suelen las de Meonia o Caria empurpurar
el marfil de los frenos (presea codiciada,
mas ellas para un príncipe la tienen bien guardada,
que es lujo del caballo y del jinete al par).
Así, oh Menelao, por tus muslos hermosos
corrió la tinta sangre bajando a los tobillos.

El rey Agamemnón se acerca pesaroso,
y también se estremece Menelao el caudillo
al verse ensangrentado; mas como pronto advierte
que se han quedado fuera las barbas y el nudillo,
sosiégase su pecho: la herida no es de muerte.
La mano le da el rey y exclama suspirando,
entre los compañeros que ya lo están llorando:

—¡Ay, hermano querido! Yo provoqué tu muerte
cuando quise ofrecerte por solo campeón
de aqueos contra teucros. Te hieren a traición
y el pacto pisotean. Pero no serán vanos
los votos ni la roja sangre de los corderos
ni el vino derramado ni el apretón de manos
en que tanto creíamos, porque tarde o temprano

el agraviado Olímpico reclamará sus fueros.
Ellos y sus mujeres e hijos, como arteros
sufrirán el castigo. Lo sabe el corazón,
la mente lo adivina: llegará la ocasión,
y Príamo y sus lanzas de fresno y sus mesnadas
se hundirán en el polvo de la sagrada Ilión,
cuando el señor del éter, el excelso Cronión,
contra ese pueblo agite su Égida ensañada.
Así tendrá que ser sin que nadie lo impida;
mas ¿cómo consolarme si se extingue la vida
que te otorgó el destino? ¡Con humillada frente
regresaré a mi árida Argos! Pues ya preveo
que, añorando su patria lejana, los aqueos
en el poder de Príamo y la troyana gente
han de dejar a Helena la argiva por trofeo,
mientras aquí en la Tróade se corrompe tu huesa
como recuerdo único de la inútil empresa;
y acaso un altanero, sobre la sepultura
del prócer Menelao, se atreva a declarar:
"¡Logre así Agamemnón las venganzas que jura!
Con populoso ejército nos vino a saltear,
y con naves vacías tuvo que hacerse al mar,
del prócer Menelao dejando los despojos!"
¡Antes que tal afrenta se pueda proclamar,
ábrase la ancha tierra y esconda mi sonrojo!

Y el zaino Menelao lo consoló al instante:
—Repórtate y no alarmes a la tropa. No dio
la flecha en parte noble, porque la resistió
el cinturón labrado, y estaban por delante
el gambax y ventrera de sólidas labores.

Y Agamemnón:
—¡Hermano, ojalá que así sea!
Palpe la llaga un médico y prontamente vea
de aplicar el alivio a tus crueles dolores.

Y luego, dirigiéndose al heraldo Taltibio:
—Busca, Taltibio, al hijo de Asclepio, a Macaón,
médico irreprochable: que han flechado a traición

a Menelao Atrida, el valiente guerrero;
obra de algún troyano o algún licio certero,
hazaña para él, llanto para nosotros.

Atiéndelo el heraldo divino, y con esmero
busca por la broncínea turba, de unos en otros;
descubre al fin su vista al jefe Macaón
en las compactas filas de armados escuderos
que trajo desde Trica, la nodriza de potros,
y:
—Ven —dice— Asclepíada, te llama Agamemnón,
que por un teucro aleve o algún licio certero
(hazaña para él, llanto para nosotros),
Menelao el Atrida fue flechado a traición.

Oyólo el Asclepíada turbado el corazón.
Rompiendo por mitad del vasto campamento,
encuentran al herido. Igual a una deidad,
cercado Macaón de jefes, al momento
arranca la saeta; mas se doblan las puntas
barbadas. Suelta entonces el fuerte cinturón
y la faja y la chapa de la ventrera juntas,
y al descubrir la herida y la sangre manante,
chupa en la misma llaga, y sin vacilación
y cuidadosamente le aplica los calmantes
que le mostró su padre, a quien los diera antes
en prueba de amistad el anciano Quirón.

Pero mientras rodean al valeroso herido,
he aquí que las cohortes troyanas se han movido
y requiriendo arneses se aprestan a la guerra.

3. LA REVISTA DE AGAMEMNÓN

NO DUERME, ni el combate rehuye ni se aterra,
antes se precipita el rey Agamemnón,
y ansioso de ganar la gloria del varón,
deja el carro de bronces recamado y las guías,
los corceles confía al fiel Eurimedonte,
hijo de Tolomeo Piraida, diestro auriga,

para que lleve el carro a su lado, y lo apronte
en cuanto dé señales de la menor fatiga,
pues quiere andar a pie por entre las hileras,
de cerca gobernando las escuadras guerreras.
De uno en otro, a los dánaos de ágiles corceles
que encontraba animosos, les daba nuevo ardor:

—¡Nunca fue el padre Zeus amparo del traidor!
¡No desmaye el denuedo de mis argivos fieles!
Quienes la fe violaron han de pagar su error:
serán pasto a los buitres sus cuerpos abatidos,
y sus hijos y esposas, botín de los bajeles,
en cuanto sus murallas hayamos derruído.

Mas si encontraba algunos tardos y renuentes,
—¡Argivos! —les gritaba airado— ¿Solamente
con el arco y de lejos pretendéis pelear?
¡Vituperable gente! ¿Y podéis soportar
que os halle con tal aire de corza desvalida
tras de correr los campos en vergonzosa huida?

¿Cómo tan indecisos? ¿O queréis esperar
que los teucros alcancen el espumoso mar
y lleguen de las naves a las popas gallardas,
por ver si de algún modo el Cronión las resguarda?

Así mandando en jefe las tropas recorría,
y así llegó hasta donde los cretenses se armaban
en pos de Idomeneo, el príncipe arrojado
que como un jabalí fiero los precedía
en tanto que Meríones atrás los arengaba.

Y el rey de hombres dijo, de gozo transportado:
—Por singular manera te honro, Idomeneo,
entre todos los dánaos de ágiles bridones:
único en las peleas y en otras ocasiones,
como cuando en las cráteras los próceres aqueos
mezclan el negro vino de las celebraciones.
Los crinados guerreros consumen sus raciones
iguales, como cumple a cada bebedor,

mas tu copa rebosa siempre como la mía,
y lo mismo que yo bebes a tu sabor;
y ahora que de nuevo te llama la porfía,
hazlo como quien eres y acude con valor.

Y el caudillo cretense le dijo al punto:
—Atrida,
de mí vive seguro, tu amigo Idomeneo
es fiel a la palabra que tiene prometida.
Ve tú y exhorta a todos tus crinados aqueos.
Pues los teucros violaron la fe del pacto, sea:
páguenlo cuanto antes y empiece la pelea.
La muerte los aguarda, y mil calamidades,
castigo merecido por sus deslealtades.

Pasó adelante el rey, gozoso el corazón,
y dio con los dos Áyaces, que con gran prontitud
armaban a su densa tropa de infantería.
Cual sobre el mar empuja preñado nubarrón
de oscura pez el Céfiro, y agobia de inquietud
al pastor espantado que la tormenta espía
desde un risco, y acorre y encierra su ganado
en la cueva más próxima, así se revolvían
las falanges compactas, los Áyaces al centro:
nuevas crías de Zeus que con escudo y lanza
acuden arrogantes al temeroso encuentro.

Regocijado el rey no esconde su confianza:
—¡Oh, príncipes argivos de bronce pertrechados!
¡Huelga exhortaros, Áyaces, que ya os valéis vosotros!
¡Oh Zeus, Atenea y Apolo venerados,
ojalá que igual ánimo poseyeran los otros,
que la ciudad de Príamo y los muros troyanos
ya serían escombros en estas nuestras manos!

Siguió adelante el rey. Néstor, el elocuente
orador de los pilios, ordenaba su gente.
Pelagonte y Alástor, Cromio y el rey Hemón
lo estaban ayudando, y el caudillo Biante.
Los carros y corceles formando por delante,

y por la retaguardia la escogida legión
de sus inconmovibles tropas de infantería
—de modo que, en el medio, los de menor valía
se vieran constreñidos a luchar sin remedio—,
cometió a los carreros el frenar los bridones
para no hacer tumultos y evitar confusiones:

—Nadie por gala ecuestre ni en alarde hazañero
se adelante a las filas, ni menos retroceda,
que quien así lo hace en ese sitio queda.
Mas quien desde su carro dé alcance a otro carrero,
arrójele la lanza como lo halle cercano.
Con tal prudencia y ánimo, los hombres de otros días
debelaban ciudades y murallas rendían.

Oyendo las arengas del diestro veterano,
Agamemnón le grita enardecido:
—¡Anciano,
como tienes el pecho soberbio y sin mancilla
tuvieras aún ágiles y recias las rodillas!
Mas la vejez te abruma, la que a nadie perdona.
¡Te me volvieras joven por rara maravilla,
y el fardo de tus años cargara otra persona!

Y le responde el claro jinete de Gereno:
—Atrida, bien quisiera ser el mismo que era
cuando tendí en el polvo al fiero Ereutalión.
Mas nunca dan los dioses en haz todo lo bueno:
lo que ayer juventud, hoy es resignación.
Desde arriba del carro cumpliré la misión
de arengar a los mozos, privilegio de ancianos,
mientras los brazos jóvenes, que aún tienen pujanza,
se hartan con el júbilo de sacudir la lanza.

Y el rey Agamemnón siguió adelante ufano,
y dio con el eximio jinete Menesteo,
el hijo de Peteo, junto a los ya probados
guerreros atenienses, y descubrió a su lado
entre sus cefalenios al sutil Odiseo.
Como el grito de guerra no llegó hasta sus filas,
y apenas se aprestaban los troyanos y aqueos,

las huestes a pie firme esperaban, tranquilas,
que alguna otra escuadra se destacara al frente.

Al verlos, el Atrida les reclama impaciente:
—¡Hijo del rey Peteo, el alumno de Zeus!
Y tú, el sutil, fecundo tan sólo en malas artes!
¿Así esperáis medroso que os sirvan de baluarte
y tomen la ofensiva tal vez otros guerreros,
cuando habíais de andar entre los delanteros
y reclamar el sitio en la dura pelea?
Acudís sin demora cuando la flor aquea
se junta en los festejos. ¡Cuál disfrutáis entonces
las tajadas de carne y el deleitoso vino!
¡Y ahora pretendéis que os limpien el camino
diez columnas delante con los agudos bronces!

Y el sutil Odiseo lo mira torvamente:
—¿Qué palabras salieron del cerco de tus dientes?
Verás, cuando empujemos la cólera de Ares,
si es que somos remisos al combatir nosotros,
y al padre de Telémaco, disputar los lugares
que pisen los troyanos domadores de potros,
ya que a tanto te atrevas. Y retira ese ultraje,
porque es sin fundamento y vano tu lenguaje.

La ira del guerrero contenta a Agamemnón
que dijo, retractándose, mientras le sonreía:

—¡Divino Laertíada, Odiseo ingenioso!
No quise serte odioso ni tal fue mi intención.
Bien sé que hay en tu pecho una entraña bravía
que en todos los extremos concierta con la mía.
Si te hirió mi arrebato, olvídalo al momento,
y los dioses permitan que se los lleve el viento.

Dijo y pasó adelante. El tiro ya enganchado,
rienda en mano, Diomedes, bravo hijo de Tideo,
se hallaba junto a Esténelo, hijo de Capaneo,
y al verlo Agamemnón le reprochó indignado:

—¿Tiemblas, Tidida, hijo del domador de potros,
y observas azorado el avance enemigo?
No solía Tideo temblar de igual manera,
mas iba a la cabeza de unos y de otros
—cuantos lo presenciaron afirman lo que digo
pues no lo vi luchar—, y en las filas primeras
a todos superaba. Fue a Micenas un día,
no en son de guerra, sino haciendo compañía
al prócer Polinices, de las deidades par,
y en recluta de tropas para atacar los muros
de la sagrada Tebas. Refuerzos nos pedían,
y ya los ciudadanos los iban a prestar,
cuando se opuso Zeus por indicios seguros.
Despidiéronse entonces, y tras mucho viajar,
hollaban del Asopo las tupidas riberas
que pueblan los juncales y visten las praderas,
cuando segunda vez mandaron los aqueos,
para tratar con Tebas, a tu padre Tideo.
En casa de Eteocles, reunidos al banquete,
pronto lo rodeaban numerosos cadmeos.
Era extranjero único el eximio jinete,
pero a todos los iba retando sin temor,
y en todas las contiendas salía vencedor
por gracia de Atenea. Cumplida su embajada,
los diestros caballistas lo tomaron a mal;
y con cincuenta mozos, le pusieron celada
Polifonte Antifónida, hombre intrépido y fuerte,
y Meón el Hemónida, remedo de inmortal.
Pero a todos Tideo castigó con la muerte,
salvó a Meón, dejándolo que a la ciudad tornara
en obediencia a cierto mandato celestial.
¡Tanta era la pujanza de Tideo el etolo!
¡Rubor para su vástago, que no se le compara
en la lid, y en el ágora lo supera tan sólo!

Calló Diomedes ante su jefe venerado,
mas no Esténelo, brote del claro Capaneo:

—No mientas a sabiendas, famoso hijo de Atreo.
Los dos a nuestros padres hemos aventajado,

pues hundimos a Tebas y sus siete portales
—los hombres eran menos, los muros más cabales—;
que plugo al alto Zeus guiar nuestra bravura
donde ellos perecieron por su propia locura.
No midas a los padres y a su generación
por el mismo rasero e igual estimación.

Y aquí con torvo ceño le interrumpió Diomedes:
—Contente, caro amigo, y mira que te excedes.
Yo no me enfado, y dejo que el rey Agamemnón
exhorte a su talante a los bravos aqueos
de las lucientes grebas, pues a las claras veo
que será suyo el triunfo si rendimos a Ilión,
y suya la derrota si vencen los troyanos.
¡Y basta de razones, luchemos con valor!

Bajó de un salto a tierra, las armas en las manos,
y el bronce contra el pecho retiñó de manera
que aun al más denodado pudo infundir pavor.

4. PRIMER CHOQUE

Como invaden las ondas la sonora ribera
cuando el soplo del Céfiro las hincha en alta mar,
y en playa y promontorio revientan, escupiendo
espuma, y se desflecan con horrísono estruendo,
así fila tras fila se miran avanzar
en ondas incesantes las aquivas legiones.
Sólo se oyen las órdenes que dan los comandantes
—pues mudos y obedientes marchan los batallones
cual si la voz faltara en tantos corazones—,
y las labradas armas lanzan luces reflejas.
Los teucros, por su parte, acudían ligeros,
mas con aquel clamor de la turba de ovejas
cuando, ordeñadas, oyen balar a los corderos
en el repleto establo de un rico ganadero;
porque así adelantaban con largo vocerío,
y como eran pueblos de tan varia nación,
se mezclaban las hablas del inmenso gentío
en loca confusión. A unos presta brío

el indomable Ares, y a otros, Atenea
la Ojizarca; mas de unos y otros se enseñorean
ya el Terror, ya la Fuga, ya la Discordia, hermana
sedienta y homicida del Amo de la Guerra,
que al pronto se presenta bajo figura enana,
y crece y se agiganta según pisa la tierra
hasta que el cielo mismo alcanza con la frente.
Ella, abriéndose paso, lanzó entre los ejércitos
la llama del encono para todos maléfico
y acrecentó la rabia entre los combatientes.
Sobrevino el encuentro, y los combos escudos
chocaron con estrépito, y las cruzadas lanzas,
y los bravos armados de bronce y de pujanza.
El moribundo gime, y suben los agudos
gritos del vencedor, y el suelo se ensangrienta.
Despeñados torrentes que ruedan y se enfrentan
y, al estruendoso asalto de sus aguas hirvientes
en el hondo barranco se mezclan con tal saña
que hasta el pastor distante los oye en la montaña,
así los dos ejércitos con clamoreo ingente
y enmarañado empuje chocaron de repente.

Antíloco el primero dio la muerte a Equepolo
Talisíada, el teucro que a la vanguardia y solo
luchaba como fiera. Abrióle la cimera
del casco empenachado, lo alanceó en la frente,
lo clavó por el cráneo; y, torre derrumbada,
rodó en el polvo el héroe con la vista nublada.

Pronto el Calcodontíada Elefenor —caudillo
de los fieros abantes— lo asió por el tobillo,
y lo arrastró queriéndole quitar el armamento
lejos de la pelea. Poco duró su intento,
pues como al inclinarse descubriera el costado,
Agenor el magnánimo lo acometió al momento
y lo dejó en el sitio tendido y extenuado.
Cayó Elefenor, y sobre sus despojos,
como feroces lobos hambrientos de matanza,
aqueos y troyanos riñeron con arrojo.

Áyax el Telamonio tiró un bote de lanza
a Simoísio, joven en flor a la sazón
e hijo de Antemión; aquel a quien su madre
a la orilla del Simois dio el nombre y dio la vida,
cuando del Monte Ida bajaba con sus padres
que guardaban ovejas por aquellos alcores.
Murió sin compensar a sus progenitores
ni pagar su crianza, no vivió largo trecho;
que, cuando arremetía, lo detuvo la lanza
de Áyax, ensartándolo por el seno derecho,
y salió por la espalda el bronce puntiagudo.
Cayó el guerrero a tierra, terso álamo crecido
al borde de anchurosa laguna y cuyas guías
corta el tajante hierro del carrero forzudo,
para servir de pinas al carro, y deja el tronco
en el lugar secándose desamparado y bronco.
Que así despojó Áyax, linaje del Cronión,
al triste Simoísio, el hijo de Antemión.

El Priámida Ántifo, de labrada coraza,
dardo en alto se acerca y a Áyax amenaza,
mas fue a rasgar la ingle de Leuco casualmente
—el valeroso amigo de Odiseo el prudente—,
quien rodó sobre un cuerpo que entonces arrastraba
y que largó su mano al tiempo que rodaba.

De bronce revestido y el alma conturbada,
del malogrado amigo buscando al matador,
sobrepasa Odiseo las filas avanzadas,
y allí, blandiendo el arma, miraba en derredor
haciendo replegarse a todos los troyanos.
Al fin arroja el dardo, y no lo arroja en vano:
hiere a Democoonte, aquel hijo bastardo
de Príamo, guardián de las yeguas de Abido,
a quien de parte a parte las sienes atraviesa.
Los ojos del guerrero cubre la sombra espesa,
y en un fragor de armas se desploma vencido.
Sin poder dominarse, los hombres delanteros,
y aun Héctor con ser bravo, todos retrocedieron.
Con un clamor de triunfo pujaron los aqueos,

y al punto levantaron cadáveres y arreos.
Y Apolo, que de Pérgamo miraba la contienda,
amonestó a los teucros con una voz tremenda:

—¡A ellos, domadores de potros! ¿Quién se arredra?
Hended con vuestros bronces por las masas hostiles,
que no son los argivos de hierro ni de piedra,
ni para darles ánimos los acompaña Aquiles,
el de Tetis —Nereida de cabellera hermosa—,
antes rumia en sus naves la ira que lo acosa.

Tal dijo el dios terrible desde su ciudadela.
Mas la hija de Zeus, la Tritogenia diosa,
corre entre los aqueos y su furor flagela.

Y aquí el Amarincida Diores cayó en el lazo
mortal. De una pedrada le destrozó el tobillo
derecho Píroo Imbrásida, el eniense caudillo
que manda a los de Tracia. Diores tiende los brazos
e implora, casi exánime, la ayuda de su gente,
derribado de espaldas, rotos hueso y tendones
por las rugosidades de la piedra inclemente;
y Píroo pone término a sus tribulaciones
hincándole la lanza muy cerca del ombligo.
Las entrañas saltaron, se apagó su mirada.

Y cuando ya dejaba tendido al enemigo,
recibió en la tetilla una feroz lanzada
de Toas el etolo, que le pasó el pulmón.
Toas cobró su lanza con precipitación
y rematando a Píroo le descargó la espada
en la mitad del vientre y le arrancó la vida.
Ya iba a arrebatarle las armas codiciadas,
mas con sus largas picas súbitos lo cercaron
los tracios del airoso mechón en la cabeza;
y aunque varón fortísimo y lleno de entereza,
tuvo que echarse atrás. Y así se derrumbaron
juntos el jefe tracio y el capitán epeo,
entre otros cadáveres que los acompañaron,
revolviendo en el césped sus lucidos arreos.

Quien libre por ventura de los agudos bronces
hubiera recorrido el campo de pelea,
por Palas Atenea llevado y protegido,
no lo tomara a juego. Hubiera visto entonces
innúmeros guerreros por el suelo tendidos:
aqueos y troyanos, aquel aciago día,
lado a lado y de bruces sobre el polvo yacían.



V

ARISTÍA DE DIOMEDES

La quinta Rapsodia nos ofrece por primera vez un cuadro característico de la Ilíada: *la presentación de una figura heroica en primer término, en la culminación de sus hazañas, su* aristía o *"principalía" como otros proponen. En el caso, la culminación de Diomedes se prolonga hasta la primera mitad de la sexta Rapsodia. La de Agamemnón ocupa la undécima; la de Patroclo, la decimasexta; la de Menelao, la decimaséptima. La mayor singularidad está en la capacidad de Diomedes para combatir contra los dioses: 1) Atenea le infunde un valor sobresaliente (1-8); 2) renueva su influjo cuando el héroe es herido por Pándaro, y le concede el dón de reconocer a los dioses mezclados en la batalla, pero le recomienda que sólo se atreva a combatir contra Afrodita (125-130); 3) Diomedes ataca y hiere a Afrodita y, como ella se queja con su madre Dione, ésta le recuerda "que quien a un dios se atreve no alcanza la vejez" (340 y ss. y 377 y ss.): 4) Diomedes, enfurecido, ataca al propio Apolo, que lo obliga a retirarse (438-451); 5) Diomedes retrocede al reconocer a Ares y ordena a los aqueos que se replieguen (603-614); 6) Atenea autoriza a Diomedes para combatir contra Ares (830-840); 7) Diomedes hiere a Ares, que escapa hasta el Olimpo para quejarse con Zeus (854-892). El proceso continúa así en la Rapsodia VI;* 8) *Los aqueos retroceden, temiendo otra vez la presencia de Ares (108-9) 9) Diomedes declara a Glauco que, si es un dios, no luchará contra él, hermoso episodio que se resuelve por la amistad que antaño unió a sus padres (127-128 y 214 y ss.). Las continuas referencias de la Rapsodia V a la ausencia de Aquiles parecen decirnos que, a falta de éste, es indispensable el magno esfuerzo de Diomedes, de acuerdo con lo que se nos previno en II, 760-1, a saber: que el propio Áyax sólo descuella en ausencia de Aquiles. 1.* Hazañas: *Diversos encuentros personales. Para detener la furia de Diomedes, Pándaro logra herirlo de un flechazo, pero Atenea cura al herido, que sigue haciendo destrozos.* 2. Fin de Pándaro: *Diomedes, atacado por Pándaro y Eneas, mata al primero. 3.* Afrodita herida: *Diomedes hiere a Eneas, que es salvado por Afrodita, y alcanza a ésta con el dardo, cuando ella lleva en brazos a Eneas. La diosa huye. Breve escena olímpica. Entretanto, Esténelo, por orden de Diomedes, se apodera de los famosos caballos de Eneas. 4.* Apolo detiene a Diomedes: *Apolo recoge del suelo a Eneas, abandonado por Afrodita. Por arrebatarle al herido, Diomedes se lanza contra el dios, y es fuerza que éste lo reprenda y obligue a retroceder. Apolo pide a Ares que aleje al Tidida. Ares exhorta a los troyanos, asumiendo la apariencia de Acamas. 5.* Contraataque troyano: *Sarpedón exhorta a Héctor. Ares y Apolo ayudan a los troyanos. Eneas vuelve a la lucha. restaurado por Apolo en Pérgamo. Sobrevienen varios encuentros.*

6. Sarpedón y Tlepólemo: *Enfrentados en combate singular, Sarpedón queda mal herido, y Tlepólemo perece. Siguen los encuentros.* 7. Intervención de Hera y Atenea: *Las diosas obtienen de Zeus el permiso de expulsar a Ares del combate, y Atenea comienza por confortar a Diomedes, que ya se mostraba fatigado.* 8. Ares herido: *Guiado por Atenea, Diomedes hiere a Ares, que huye al Olimpo, donde Zeus hace que Peón cure su herida.*

1. HAZAÑAS

Plugo infundir entonces a Palas Atenea
valor y audacia únicos en Diomedes Tidida,
por que a todos los dánaos ofuscase su fama.
Su casco y su pavés en fuego centellean
como el astro de otoño que baña el mar. Prendida
en su busto y sus sienes la inextinguible llama,
hasta el mayor tumulto la diosa lo acarrea
y lo planta en el centro mismo de la pelea.

Sacerdote de Hefesto en la ciudad de Ilión
fue Dares, opulento e intachable varón.
Sus dos hijos, Fegeo e Ideo, campeones
en todos los combates, que ocupaban un carro,
cerraron sobre el ínclito Diomedes de Tideo
abriéndose camino entre los pelotones,
y él echando pie a tierra los aguardó bizarro.
Al enfrentarlo, el asta le disparó Fegeo:
pasó encima del hombro siniestro del Tidida
sin rozarlo; mas éste, con un bote derecho,
entre las dos tetillas lo hirió en mitad del pecho,
y allí lo derribó donde perdió la vida.
Abandonando el carro salta Ideo sin tino
y ni osa siquiera recobrar a su hermano.
Lo acechaba la negra muerte; pero al destino
lo hurta Hefesto, envolviéndolo en denso nubarrón,
por no aumentar la cuita del sacerdote anciano.
El hijo de Tideo alza sin dilación
la brida, y los caballos cede a sus compañeros
para que los conduzcan a los corvos veleros.
Y a los teucros indómitos les salta el corazón
al ver que entre los carros rueda un hijo de Dares
mientras el otro huye.

Al furibundo Ares
empuña por la mano la Ojizarca Atenea
y dice:
—¡Oh Ares, Ares funesto a los humanos,
que te ahitas de sangre y murallas volteas!
Dejemos que diriman a solas su pelea
aqueos y troyanos, y el Padre Soberano
dé la gloria a quien toque. ¿O es que acaso deseas
que nuestra intemperancia su cólera desboque?

Y alejando al ardiente Ares de la refriega,
lo lleva de Escamandro hasta la fértil vega.

Los dánaos avanzan sobre los pelotones
troyanos. Cada jefe da muerte a un enemigo.
Al corpulento Odio, caudillo de halizones,
hace caer del carro que le sirve de abrigo
el rey Agamemnón; en la fuga, le envasa
la pica por el dorso, el pecho le traspasa,
y el fragor de las armas acompañó el derrumbe.

Festo, hijo del meonio Boro, nacido en Tarne,
de Idomeneo al golpe terrífico sucumbe,
que del hombro derecho le rompe hueso y carne
al trepar en el carro. Lo envolvió la negrura
y a manos de cretenses vino a dar su armadura.

A Escamandrio alancea Menelao el Atrida,
aquel hijo de Estrofio y diestro cazador
que Ártemis enseñó a rastrear las fieras
del monte y la espesura. No salvaron su vida
ni el ser tan consumado y experto tirador,
ni la predilección de la divina Arquera:
quiso escapar, y el dardo le pasa espalda y pecho,
y rueda entre el fragor de todos sus pertrechos.

Meríones dio muerte a Fereclo el Tectónida,
nieto de ilustre artífice, el afamado Harmónida
cuyas artes placían a Palas Atenea.



[v, 42]

Fereclo, que ignoraba los decretos divinos,
fabricó de Alejandro los barcos peregrinos,
causa de tanta ruina para la gente aquea
y para los troyanos y aun su propio destino.
Lo traspasa Meríones por la nalga derecha
rompe el hueso, y le deja la vejiga deshecha.
Cayó el triste de hinojos con un mortal gemido.

Bastardo de Antenor era el bravo Pedeo:
la divina Teano, dócil a su marido,
entre sus propios vástagos lo había recogido.
Lo hirió en la nuca Meges, el hijo de Fileo;
cortó la lengua el bronce y asomó entre los dientes;
cayó el guerrero al polvo mordiendo el bronce frío.

Mató a Hipsenor divino —hijo de Dolopión
a quien cual dios venera el pueblo reverente
y lo hizo sacerdote en Escamandro el río—
Eurípilo, cachorro del preclaro Evemón.
El brazo le cercena de un tajo con la espada;
rueda el brazo dejando la tierra ensangrentada;
roja la muerte acude, y el implacable hado,
para nublar los ojos del teucro venerado.

Tal iban combatiendo sin dar paz a la mano.
Mas no se entiende al pronto si el hijo de Tideo
anda con los aqueos o bien con los troyanos;
pues toda la llanura con ímpetu barría,
como hinchado torrente que se desborda, y tumba
los diques, y derrumba los setos, y arrebata
los vergeles e inunda la tierra labrantía,
si Zeus de repente su tempestad desata,
burlando la paciente labor del campesino.
Muchos eran los teucros, mas nadie resistía
al hijo de Tideo, que era un torbellino.

Al ver el atrevido hijo de Licaón
que provoca Diomedes tamaña confusión
y recorriendo el campo los haces despedaza,
tiende el arco, y al tiempo que el caudillo lo agrede,

por la hombrera derecha y sobre la coraza,
que se tiñó de sangre, logra hincarle la flecha;
y grita jubiloso:
—¡Arremeted, valientes
caballistas troyanos! Ya queda mal herido
el más temible aqueo, e irremisiblemente
habrá de doblegarse al golpe recibido,
o no habrá sido Apolo quien me trajo de Licia!

Así exclama cegado por su propia pericia;
mas no pudo la flecha acabar con Diomedes,
quien hasta sus bridones y carro retrocede
para rogar a Esténelo:
—¡Baja y no me abandones,
hijo de Capaneo! La saeta traidora
arráncame del hombro!
Esténelo se apea;
saca la flecha; tiñe la sangre a borbotones
las mallas de la túnica. Y Diomedes implora
a la hija de Zeus:
—¡Indomable Atenea!
Tú que siempre a mi padre favorecer solías
en los azares bélicos, préstame tu favor:
ponme a tiro de lanza al que así se gloría
de hurtarme a las caricias del sol resplandeciente,
y deja que mis manos castiguen al traidor.

Y Palas Atenea le devolvió apiadada
el vigor de los miembros y las manos valientes,
susurrando a su oído con palabras aladas:

—Recóbrate, Diomedes, y ataca con valor.
Ya te infundí el arrojo de tu progenitor,
el jinete Tideo del irrequieto escudo;
ya devolví a tus ojos renovado fulgor
para que no confundas los hombres con los dioses.
Si encuentras a Afrodita, lánzale el bronce agudo,
mas a otras deidades no te enfrentes ni acoses.

Alejóse Atenea, y el Tidida al instante
recuperó su sitio entre los delanteros.
Si hasta ahora luchaba con ánimo pujante,
ahora se descubre con triplicados bríos.
Así el león que ataca un redil de carneros,
si, levemente herido, retorna más bravío,
y pávido el zagal por el cubil se aleja,
mientras las indefensas y lanudas ovejas
van unas sobre otras cayendo amontonadas,
hasta que salta el seto la fiera ya saciada,
por las filas troyanas y con furia pareja
irrumpía Diomedes.

Y de un solo empellón,
acaba con Astínoo y el caudillo Hipirón.
Al uno la tetilla le hunde con la lanza,
y al otro de un gran tajo le rebanó de cuajo
cuello y nuca y clavícula, por la articulación
del hombro.

Allí los tiende, y luego se abalanza
sobre los dos hermanos Poliído y Abante,
los hijos del añoso augur Euridamante.
No descifró de fijo sus sueños el anciano,
pues que así los dejó partir en derechura
a morir en las manos del altivo Diomedes,
que, en viéndolos por tierra, cobró sus armaduras.

A Janto y a Toón seguidamente agrede.
Prole única de Fénope, ya por la edad postrado
—quien sólo para ellos guardaba sus tesoros—,
a entrambos el Tidida robó la dulce vida.
Nunca más los vio el padre regresar a su lado,
y vencido de pena se deshacía en lloro;
y más tarde, otros deudos partieron el legado.

Diomedes pára el carro de Cromio y Equemón,
hijos ambos de Príamo Dardánida. León
que entra por la manada y deja el cuello roto
a tal vaca o ternera que pacía en el soto,

así los precipita de su carro ligero,
atavíos y armas bruscamente les quita,
y da a sus compañeros el tiro y los corceles
para que los conduzcan a sus propios bajeles.

2. FIN DE PÁNDARO

DESDE lejos Eneas ve al guerrero, y advierte
que en las filas troyanas va sembrando la muerte.
A Pándaro, el divino hijo de Licaón,
busca abriéndose paso entre el fragor marcial,
y al ver al campeón se detiene y exclama:

—¿Qué de tu arco, Pándaro, y tus flechas veloces?
¿No velas por tu fama? Si aquí no hay tu igual
y en Licia por primero todos te reconocen,
ea, tiende las manos al Zeus poderoso
y ensaya tu saeta contra ese coloso
que así confunde y diezma los haces de troyanos
y quiebra las rodillas de tantos combatientes.
Temo no sea un dios el que nos extermina
porque se haya olvidado de honrarlo nuestra gente,
pues es irresistible la cólera divina.

Y le responde el prócer hijo de Licaón:
—¡Eneas, consejero de los teucros armados
de bronce! Pareciera Diomedes el osado;
su escudo reconozco, su altanero morrión,
y aun sus mismos corceles; mas si es una deidad
yo no sabré decírtelo. Si fuere el afamado
Tidida, al ver su furia que por instantes sube,
juzgo que un dios le infunde tal impetuosidad,
las flechas le desvía que zumban a su lado
y le guarda la espalda con un jirón de nube.
Ha poco, una saeta logré hincarle en el hombro
derecho; no lo quiso Aidoneo, y me asombro
de verlo vivo aún. ¿Si será un dios airado?
No tengo aquí bridones ni carro preparado,
aunque allá en el palacio del viejo Licaón
quedaban once espléndidos carros bien enfundados,

de sólidos arreos y rica construcción,
provisto cada uno de su par de caballos
con avena nutridos y con blanca cebada.
Cuando me despedí de la hermosa mansión,
mi padre, entre otras cosas, me repetía —y hallo
que el anciano guerrero tuvo razón sobrada—
que siempre desde el carro condujera mi gente.
No quise obedecerlo, por creer imprudente
que corceles tan hechos a vida regalada
se encontrasen sin pasto en la ciudad sitiada.
Vine, pues, como infante a la guerra de Ilión,
fiado al solo arco, que de poco me vale.
Fleché a Menelao y a Diomedes Tidida,
causé a los dos sangrientas y mortales heridas,
y sólo me fue dable fortalecer su aliento.
El arco he descolgado sin duda en mal momento
cuando a la amena Ilión emprendí mi camino
por servir con mis huestes a Héctor el divino.
¡Ay, si con estos ojos mi patria vuelvo a ver,
mis techos, mi espaciosa mansión y mi mujer,
o rompo yo este arco para arrojarlo al fuego,
ya que de nada sirven ni él ni mi destreza,
o que un enemigo me corte la cabeza!

Mas el caudillo Eneas, para darle sosiego:
—No digas eso —exclama— que todo habrá mudado
si mi carro aprovechas y arremetemos juntos
a ese varón osado. Apreciarás al punto
la ayuda que nos prestan los corceles de Tros,
ora ataquen o huyan, el campo recorriendo
de uno a otro lado; y si al Máximo Dios
place aún dar victorias al Tidida tremendo,
nos llevarán indemnes hasta Troya a los dos.
Aquí tienes el látigo y las lustrosas bridas,
yo al suelo saltaré para luchar a pie,
o yo cuido los brutos y tú la arremetida.

Y le replica el claro hijo de Licaón:
—Lleva tú el corvo carro y guía los corceles,
que cederán mejor al conocido auriga

si el hijo de Tideo nos gana la ocasión;
no sea que, espantados, si nobles y fieles,
se atranquen o desboquen faltos de voz amiga,
y a merced entregándonos del hijo de Tideo,
éste nos dé la muerte y guarde por trofeo
los solípedos. Guíalos y de tu carro cuida,
mientras yo con la lanza paro la acometida.

Así diciendo, trepan a la labrada biga.
Tiéndense los bridones en alígero acoso
rumbo al Tidida. Esténelo, hijo del hazañoso
Capaneo, lo advierte:
—¡Fuerza es que te lo diga,
oh Diomedes —le grita—, caro a mi corazón!

Van sobre ti dos bravos de linaje supremo
y progenie orgullosa —uno, de Licaón;
otro, del claro Anquises y Afrodita la diosa—:
el diestro arquero Pándaro y Eneas. Recobremos
el carro, y cesa ya de andar por los extremos
en furiosa batida contra las avanzadas.
Retrocedamos pronto, que tiemblo por tu vida.

Le contestó Diomedes, sombría la mirada:
—¡En vano hablas de fuga, que yo no sé batirme
en retirada, y menos me resigno al temor!
No he de subir al carro, que aún tengo vigor,
y así como ves los retaré a pie firme,
pues Palas Atenea no me deja temblar.
Lejos no han de llevarlos sus corceles ligeros,
concediendo que alguno se me pueda escapar.
Escúchame y penétrate de lo que digo y quiero:
Si Atenea la sabia me otorga el sin igual
honor de exterminarlos, amarra al barandal
nuestros veloces brutos y ve por los de Eneas;
no les dejes que vuelvan a poder de troyanos
y éntralos prontamente por las tropas aqueas
de recias grebas. ¡Mira que en la casta suceden
a los que Tros obtuvo del Zeus soberano,
graciosa recompensa por su hijo Ganimedes,

y ni el sol ni la aurora los han visto mejores!
Burlando el nieto Anquises al rey Laomedonte,
les ayuntó sus yeguas, pese a los criadores.
Seis potros tuvo; a cuatro dio su presepio abrigo,
y con los dos, Eneas —¡oh, gloria del que afronte
el riesgo de quitárselos!— asuela al enemigo.

Mientras ellos confieren, ya Pándaro y Eneas
se acercan acuciando los ágiles corceles,
y el claro Licaónida los enfrenta y vocea:

—¡Templado corazón, belicoso varón,
brote del gran Tideo! Pues fue mi flecha imbele,
veamos si mi lanza resulta más dañina.

Dijo, y enderezando la larga jabalina,
da un bote, y el agudo borne pasa el escudo
y apenas la coraza resguña del Tidida.
Y el prócer Licaónida vociferó en seguida:

—¡De claro en claro herido por medio del ijar!
¡De ésta no te libras, resistirlo no puedes!
¡Oh, gloria singular!

E impasible Diomedes
le dice:
—Te equivocas, marraste, y sólo espero
que persistáis entrambos hasta que uno ruede,
de sangre hartando a Ares, despiadado guerrero.

Dijo. Asestó la lanza: Atenea la guía.
Entre ojos y nariz, rompe los blancos dientes,
saja la lengua y sale por bajo del mentón.
Pándaro se desploma del carro en agonía.
Resonaron sus armas labradas y lucientes;
piafaron los briosos corceles, y el varón
entregó con el hálito vigor y valentía.

Salta del carro Eneas, dardo enhiesto y escudo,
y empieza a defender contra los adversarios
el cadáver de Pándaro como león sañudo.
Cúbrelo con su guardia, embrazado y alerta,
y amenaza de muerte con gritos temerarios
a quien ose acercarse. Mas el Tidida acierta
a recoger del suelo enorme pedrejón
que dos hombres de hoy no podrían alzar.
Eneas lo recibe de lleno en la cadera:
desgarróle la piel, y uno y otro tendón
y el cuenco de la cótila le vino a desgajar
por la junta del muslo. Sacó la mano fuera,
y apoyado en la mano se derribó de hinojos
mientras la densa sombra le velaba los ojos.

De juro el rey Eneas hubiera sucumbido
si su madre Afrodita, la hija del Cronión
—quien le dio el ser por obra de Anquises el boyero—,
con sus cándidos brazos no protege al herido,
hurtándolo en los fúlgidos vuelos de su ropón
al bronce de los dánaos de corceles ligeros
que, pasándole el pecho, lo dejasen tendido.

En tanto que Afrodita a Eneas arrebata,
Esténelo no olvida la orden del Tidida:
aparta de la brega su tiro, y por la brida
al barandal del carro sus dos corceles ata;
apaña los crinados corredores de Eneas,
de las troyanas filas los pasa a las aqueas,
y los cede a Deípilo en quien confía —sabe
que es el más precavido de toda la camada—
para que los resguarde en las cóncavas naves.
Recobra luego el carro y las lustrosas guías,
y encamina los brutos de pesuñas pesadas
al lado de Diomedes, quien ahora seguía
con el sediento bronce a Cipris espantada;
pues la conoce endeble: no como las deidades
Atenea o Enío, castigo de ciudades,

señoras de la liza, sostén de las mesnadas.
Cuando logra Diomedes dar alcance a la diosa
que por entre la turba huía temerosa,
rasguña el tierno pulso su aguda jabalina,
de paso desgarrándole la túnica divina,
hechura de las Gracias. Brotó el sagrado icor
que en vez de sangre tienen los seres celestiales,
pues que, sin pan terrestre ni vino embriagador,
a la vez se conservan exangües e inmortales.
Soltó al hijo la diosa prorrumpiendo en gemidos,
y Apolo en densa nube desapareció al guerrero:
no fuera que los dánaos de corceles ligeros,
traspasándole el pecho, lo dejasen tendido.

Presto siempre al combate, el Tidida vocea:
—¡Atrás, hija de Zeus! ¡Huye de la pelea!
Sáciate seduciendo a las pobres mujeres,
que el fragor de la lucha, por lejano que sea,
ni pienso que te incumba ni que tú lo toleres!

Dijo. Cía la diosa airada y afligida.
Iris de pies alígeros, asiéndole la mano,
la saca del tumulto. Ya le escuece la herida
y la piel se amorata.
Por la izquierda del llano,
Ares el furibundo contemplaba el combate,
uncidos los caballos y el asta reclinada
en una nube. Cipris gime:
—¡Querido hermano!
—al tiempo que de hinojos a sus plantas se abate,
pidiéndole los brutos de áureas cabezadas—.
¡Tenme piedad y acórreme, que me agredió ese humano,
el Tidida, capaz de enfrentarse al Cronión!
La herida me atormenta; préstame tus corceles
para que me transporten a la Inmortal Mansión.

Ares le dio los brutos de cabezadas de oro.
Trepa Afrodita al carro, y el corazón le duele.
Empuña Iris las riendas; el látigo sonoro
chasca, y los brutos ágiles, remontándose al cielo,

alcanzan el Olimpo en impetuoso vuelo.
Iris los desengancha y el pasto les dispone.
Cipris se echa en los brazos maternales de Dione
quien dice acariciándola:
—¡Hija mía! No entiendo
qué dios pudo imponente castigo tan tremendo,
como si merecieras tales humillaciones.

Diosa de las sonrisas, la hija balbucea:
—Me hirió el audaz Diomedes cuando a mi hijo Eneas
sacaba de la liza, a mi amor sin igual. . .
Ya no es entre argivos y teucros la pelea,
pues que aquéllos se atreven contra una Inmortal.

Y Dione la exhortaba, divina entre las diosas:
—Hija, resiste, vence la prueba dolorosa;
que a tanto mal orillan las funestas rencillas
de los propios Olímpicos, y en ofensas vulgares
nos mezlcan con los hombres. Testigo el fiero Ares:
Oto y el bronco Efialtes, los hijos de Aloeo,
en un jarrón de bronce lo tuvieron metido
trece meses arreo, y hubiera perecido
si la madrastra de ambos, la preciosa Eribea,
cuando los tensos lazos lo habían consumido,
no consigue que Hermes se ponga a la tarea
y sigilosamente lo libre del secuestro.
Hera sufrió que el púgil vástago de Anfitrión
con trifurcada flecha le hiriese el flanco diestro
causándole tremenda tortura y desazón.
No menos sufrió en Pilos ese Hades siniestro,
a quien el mismo hijo de Zeus Porta-Égida
una volante vira le disparó maléfica.
Postrólo entre los muertos, dolido el corazón,
pues quedó la saeta en el dorso clavada;
y al fin subió de Zeus a la sacra morada
donde, como es eterno, fue fácil a Peón
desenconar la herida con yerbas apropiadas.
El arco de ese osado, sus brutales peleas,
eran de los Olímpicos enojo y confusión.
Y ahora te persigue la Ojizarca Atenea

por mano del Tidida. Éste olvidó tal vez
que quien a un dios se atreve no alcanza la vejez,
ni vuelve de la guerra terrible, ni de fijo
ha de ver que, abrazándole las rodillas los hijos,
retocen con el padre a su feliz regreso.
Pues guárdese el Tidida, aunque sea valiente,
como alguien más osado que tú le salga al frente;
que su cónyuge ilustre ha de gemir por eso
—la flor de Adrasto, aquella Egialea prudente—,
y en medio de la noche ha de sobresaltar
a su casa, llorando por el marido ausente,
el domador Diomedes, el aqueo sin par.

Con ambas manos luego restañando el icor,
alivianó la herida y mitigó el dolor.

Pero Atenea y Hera, que el caso presenciaban,
con mordaces palabras al Cronión zaherían.

Y arriesgó la Ojizarca:
—Padre ¿te enfadarías
si te llego a decir lo que ahora pensaba?
¿No habrá intentado Cipris que alguna linda aquea
se pase a sus amigos de hoy, a los troyanos,
y el peplo acariciándole mientras la galantea,
con una brocha de oro se rasguñó la mano?

Y el padre de los dioses y humanos sonreía,
Y dijo a la Afrodita de oro:
—Niña mía,
no te incumbe la guerra. Vuelve a tus familiares
dulzuras de himeneo, y deja las porfías
a cargo de Atenea y el impetuoso Ares.

4. APOLO DETIENE A DIOMEDES

Mientras así departen, Diomedes arrojado
cerraba con Eneas, sin respetar al dios
que bajo su tutela lo había cobijado.

De Apolo no se cuida, y acomete a los dos
por arrancar al unos las armas y la vida.
Tres veces la deidad cruzó el radioso escudo
contra los tres envites mortales del Tidida,
y cuando arriesga el cuarto, hecho un dios testarudo,
con tremebundas voces Apolo el Cazador
—¡Fuera, Diomedes! —grita—. Y piénsalo mejor,
no retes a los dioses, porque a los Inmortales
los hombres de la tierra nunca fueron iguales.

El Cazador Distante desconcierta a Diomedes,
que temiendo su cólera se pára y retrocede.
Logra sacar Apolo de entre la turba a Eneas,
y lo transporta a Pérgamo, lejos de la pelea.
En su sagrario, al punto restauran su persona
y su atuendo Artemisa la Flechera y Latona.
En tanto, el dios del Arco de Plata configura
una imagen de Eneas y de sus armaduras,
y en torno al simulacro, los aqueos divinos
y los troyanos chocan con fiero desatino
las rodelas de cuero y los leves broqueles.

Y exigió Febo Apolo de Ares el dañino:
—¡Ares, Ares funesto, el de hazañas crueles,
demoledor de torres, sanguinario enemigo!
Aléjame al Tidida, que al Padre Soberano
es capaz de atreverse: ya hirió a Cipris la mano,
y cual si fuera un dios arremetió conmigo.

Dijo, y volvió hasta Pérgamo y ocupó las alturas.
Reviste Ares funesto la apariencia de Acamas,
febril caudillo tracio, y atiza la bravura
de los hijos de Príamo, simiente del Cronión:

—¡Oh, prole del rey Príamo flor de Zeus! —exclama—
¿Hasta cuándo queréis que la enemiga mano
despedace a los teucros? ¿Hasta que ya de Ilión
se desplomen las puertas y los muros ufanos?
Cayó el hijo de Anquises, Eneas, el varón
honrado al par de Héctor... Pues ¡pronto, a su rescate:
libremos al amigo del riesgo del combate!

REANÍMANSE todos: e increpa Sarpedón
a Héctor el divino:
—Tu ardiente corazón
¿por qué desmaya, Héctor? ¿Y eres quien se ofrecía
a defender a Troya sin milicias ni aliados,
con tus deudos y hermanos y sin más compañía?
¡Pues yo a ninguno veo, aunque los he buscado!
Huyen como los perros a vista del león,
y sólo combatimos las tropas auxiliares.
Con ellas yo he venido de apartada región,
y en Licia y por las márgenes del borrascoso Janto
dejé a mi amada esposa, mi niño, mis lugares
colmados de riquezas que se codician tanto;
y aunque a mí los aqueos nada pueden quitarme,
a mis licios exhorto y ardo por enfrentarme
con cualquier contendiente, mientras, quieto y absorto,
tú a nada te decides ni animas a tu gente
para que por lo menos guarde a vuestras esposas.
Cual en la red envueltos, temo no sea cosa
de que os halléis cautivos como botín y presa,
y derrumben los dánaos la ciudad populosa.
Piénsalo día y noche, y a tus nobles aliados
pídeles que no cejen, que secunden tu empresa,
para que no te acusen de haberlos olvidado.

Tal, increpando al jefe, decía Sarpedón,
y lo escuchaba Héctor, turbado el corazón.
Cubierto con sus armas, de la biga se apea,
sacude entre las huestes sus aguzadas picas,
la furia multiplica y empuja la pelea.

Pero las renovadas cargas de los troyanos,
sin arredrar un palmo detienen los aqueos.
Como en el abaleo, con las brisas ligeras
va la blonda Deméter cerniendo paja y grano,
y el aire esparce el tamo por las sagradas eras
y hacina poco a poco el cascabillo blanco,
así del busto arriba se ponen blanquecinos

los hombres, con el polvo que el presuroso tranco
de los corceles iba lanzando en remolinos
hasta el cielo de bronce. Pujaban los aurigas,
y con todo su ánimo, las huestes enemigas.
Presente en todos sitios, el furibundo Ares
a los teucros envuelve con sombras tutelares,
conforme a la promesa que le arranca Apolo
—el de la espada áurea— de alzar a los caídos,
pues ve que ya Atenea deja a sus protegidos,
los aqueos, que luchen y se defiendan solos.

Ya restaurado Eneas, desde su templo altivo
el dios lo vuelve al hato de que era pastor.
Gozábanse sus hombres de verlo intacto y vivo,
mas nada le preguntan: no da tiempo el fragor
que el Flechero desata con su arco de plata,
y Ares y la Discordia con su mortal furor.

Entretanto los Áyaces, Odiseo y Diomedes
excitan a sus tropas; mas las tropas no ceden
ni temen a los teucros, antes el choque aguardan
como esas quietas nubes a que Zeus concede
posarse por las cimas cuando los vientos tardan
y se adormece el Bóreas, cuyas agitaciones
silbando despedazan los pardos nubarrones.
Con tal impavidez resistían los dánaos
a las arremetidas de los haces troyanos.

Y corre por las huestes la arenga del Atrida:
—¡Amigos y varones que no sabéis de miedo!
Nadie pueda culparos de que se os intimida.
Mostrad los corazones luchando con denuedo.
Son más los que se salvan arriesgando la vida,
y ni honra ni aprovecha la vergonzosa huida.

Dijo, y lanzó su asta contra un adversario:
Deicoonte Pergásida, compañero de Eneas
y par de los Priámidas, guerrero temerario
que ocupaba los frentes en todas las peleas.
No resistió su escudo al rey Agamemnón;

atravesóle el bronce rasgando el cinturón,
y entró por el empeine. Se desplomó el guerrero
y estrepitosamente sus armas lo cubrieron.

Dos hijos tuvo Diocles, opulento vecino
de la sólida Feras, prole del abundoso
Alfeo, el que derrama su riego cristalino
por la tierra de Pilos, y engendró al poderoso
padre del rico Diocles, que se llamaba Ortíloco.
Diocles dejó a su turno dos mellizos varones
diestros en todas lides. Eran Cretón y Orsíloco,
tiernos mozos llegados en sus embarcaciones,
con los demás argivos, al potrero de Ilión.
Buscando la venganza que anhelan los Atridas,
el jefe Menelao y el jefe Agamemnón,
sólo dan con la muerte: cachorros de león
nutridos por la madre en montaraz guarida,
que asaltan los establos de ovejas y boyadas
hasta que el bronce agudo los tiende en la estacada.
¡Dos crecidos abetos que cayeron tronchados
bajo el puño de Eneas!

Al verlos derribados,
turbóse Menelao, pues Ares lo exaspera
para que Eneas mismo logre darle la muerte;
y fúlgidas las armas y de bronce armado,
salta a la delantera. Mas su arrebato advierte
Antíloco, el retoño de Néstor el ardido,
tiembla por el aqueo y acude prevenido.
Ya las lanzas blandían, y Antíloco adelanta
junto al pastor de hombres. Y Eneas, con ser tanta
su bravura, sabiendo que con los dos no puede,
no se atreve a esperarlos y al punto retrocede,
dando tiempo a que aquéllos acarreen consigo
los llorados despojos hasta el terreno amigo,
para ganar de nuevo las filas delanteras.

Y dan sobre Pilémenes, par del Enialio. Era
caudillo entre valientes el fiero paflagón.
Mas Menelao, astero de incontrastable pica,

el puntiagudo bronce le hincó por la clavícula,
mientras, de una pedrada, Antíloco a Midón
—el auriga Atimníada— le destrozaba el codo,
cuando éste sus caballos revolvía impaciente.
Las marfileñas bridas cayeron en el lodo,
y Antíloco de un tajo le rebanó la frente.
Rodó Midón del carro con las sienes abiertas,
de cabeza clavándose en un montón de arena;
y allí hubiera quedado como figura yerta,
si los piafantes brutos no lo hubieran tumbado.
Al carro sube Antíloco, los caballos enfrena,
y los pica y arrea hasta la gente aquea.

Héctor, que a la pareja vislumbró entre las filas,
con buen golpe de teucros arremetió gritando.
La temerosa Enío encabezaba el bando
—diosa del exterminio que en él se refocila—,
y Ares también, que el asta ingente sacudía
y ora empujaba a Héctor, ora lo precedía.

Inmútase Diomedes, guerrero siempre alerta.
Y, como el vagabundo al cruzar la llanura
ataja los caprichos de su planta inexperta
ante el río bramante que, camino del mar,
sus espumas arrastra, con la misma premura
y dando grandes voces retrocedió el Tidida:

—¿Qué nos espanta, amigos, tan fiera acometida,
ni el que se muestre Héctor tan duro luchador,
si viene el propio Ares dándole su favor,
y en figura de hombre protegiendo su vida?
Retroceded al punto, de cara a los troyanos,
no atenten contra un dios los míseros humanos.

Ya cerraban los teucros con ímpetu bizarro,
y Héctor a dos valientes hizo caer de un carro:
Anquíalo y Menestes. Al verlos por el suelo,
al Telamonio Áyax abruma el desconsuelo,
cala el asta iracundo y carga sobre Anfío.
Era hijo de Sélago, el morador de Peso,

el que abundaba en bienes y largos sembradíos.
Hasta el solar de Príamo lo atrajo un hado avieso,
que Áyax le rasgó el vientre, pasando el cinturón,
y estrepitosamente se derrumbó el varón.
Áyax fue por sus armas entre el cerrado asedio
de dardos enemigos que aparaba su escudo.
Pisó al vencido, y sólo desencajarle pudo
su propia jabalina; pero no hubo medio
de que le arrebatara la espléndida armadura:
los teucros arrogantes lo tenían cercado
con sus agudas lanzas, y se vio rechazado,
aunque prócer y atleta de ingénita bravura.

6. SARPEDÓN Y TLEPÓLEMO

PROSIGUE la pelea. Incontrastable el Sino
enfrenta de repente a Sarpedón divino
con el bravo Tlepólemo, gigantesco Heraclida.
Hijo aquél, nieto éste de Zeus Tempestuoso,
Tlepólemo el primero interpeló al rival:
—¡Príncipe de los licios! ¿A ti quién te convida,
si no sabes de guerra, cuitado y tembloroso?
¿Hijo del Porta-Égida tú? ¡Pues te cuadra mal!
Miente la fama, o diga si tienes los tamaños
de los varones púgiles que el dios engendró antaño,
cual lo afirman de Héracles, mi gran progenitor.
Audaz en los empeños, león en el valor,
llega por los caballos del rey Laomedonte,
y con solas seis naves es fuerza que lo afronte,
y sus escasas tropas dejan las calles viudas.
Mas tú, varón sin ánimo, descuidas a tu gente
que a pasos va diezmándose y muere sin tu ayuda.
Y temo que tu viaje de la distante Licia
ni sirve a los troyanos ni a nadie beneficia.
¡Verás cómo te arrimo de Hades a las puertas!

Y Sarpedón el licio:
—¡Tlepólemo, es verdad!
Héracles arrasó la sagrada ciudad.
Culpa a Laomedonte si la dejó desierta,

pues pagó sus servicios tan sólo con denuestos,
negándole las yeguas que le había propuesto
y Héracles de tan lejos le vino a reclamar.
Mas lo prometo, escúchame: contigo he de acabar.
Darás el alma al Hades de briosas cuadrigas,
y a mis armas la gloria de tu sangre enemiga.

Tlepólemo alza el fresno y ataca a Sarpedón.
A un tiempo las dos lanzas volaron de las manos.
El cuello de Tlepólemo traspasa el bronce insano,
y apaga su mirada la negra cerrazón.
Tampoco Sarpedón pudo salir ileso:
el muslo izquierdo herido, llegó la lanza al hueso
y penetró con ímpetu por la robusta pierna;
mas lo libró su padre de las sombras eternas.

Acudieron los suyos al noble Sarpedón,
y a rastras lo sacaron del campo de matanza;
pero no discurrieron, en su festinación,
que el fresno ponderoso y el bronce de la lanza
le dejaban inútil la pierna dolorida.

A su vez los aqueos de las grebas bruñidas
recogen a Tlepólemo. Y al divino Odiseo,
aunque siempre sufrido, le ardía el corazón:
¿Si acometer al hijo del Tonante Cronión?
¿Si en mil vidas de licios apagar su deseo?
Tales indecisiones revolvía su mente,
mas no estaba llamado Odiseo el prudente
a hacer probar el bronce al guerrero esforzado,
hijo del alto Zeus; y Atenea le inspira
que por las licias huestes satisfaga su ira.
Y dio la muerte a Cérano, Alástor, Cromio; y luego
a Alcandro y Halio y Prítanis, y al cabo a Noemón;
y más licios matara en su arrebato ciego,
si no lo advierte Héctor del casco tremolante,
que se acercó al instante por entre la legión.
Abriéndose camino, y de bronces cubierto,
sale hasta la vanguardia e infunde el desconcierto
en las filas aqueas. Holgóse Sarpedón,
hijo del alto Zeus, y dijo con anhelo:

—¡No permitas, Priámida, que tendido en el suelo
me quede para presa de los bandos argivos!
Muera yo en tu ciudad, si no he de volver vivo
a gozar de mi tierra, mi palacio, mi amada
mujer, mi tierno niño, que esperan mi llegada.

Nada contesta Héctor del casco tremolante,
que va como encendido en sed de pelear,
y corre hacia los dánaos por agredir cuanto antes
a las contrarias huestes, que empiezan a cejar.
Mas los de Sarpedón, el de casta divina,
logran acomodarlo debajo de una encina
que estaba consagrada al Señor de la Égida.
Su amigo Pelagonte salta, y con garra enérgica,
le arranca el duro fresno del muslo dolorido.
Cerró el triste los ojos, fue perdiendo el sentido...
Mas el frescor del Bóreas lo alivió todavía,
a tiempo que ya el héroe ni respirar podía.

Ya los argivos sufren la brava acometida
de Ares y de Héctor con sus bronces armado.
Mas no añoran las naves ni sueñan en la huída,
ni empujan, sino sólo cubren la retirada,
pues saben que anda un dios mezclado en la partida.

¿Cuál fue el primero, el último que cayeron a manos
de Héctor el Priámida y de Ares insano?
Teutrante igual a un dios, Orestes el carrero,
y Enomao también, y Treco, etolo astero;
el Enópida Héleno, y Oresbio el del ornado
atavío, que al margen del Cefisis, en Hila,
gozaba de sus bienes la posesión tranquila
con los demás beocios de su opulento estado.

7. INTERVENCIÓN DE HERA Y ATENEA

Hera de brazos cándidos, ante tal exterminio,
en aladas palabras:
—¡Oh, hija del Cronión,

indomable Atenea! —le dice— ¡Qué irrisión,
a ojos de Menelao, promesa y vaticinio,
si tiene que volverse sin derribar a Ilión
la bien murada, y nadie sujeta los extremos
del pernicioso Ares! Importa que mostremos
también nuestra bravura y nuestra condición.

La Ojizarca obedece. Crónida venerada,
trajo Hera los corceles de áuricas pretinas.
Hebe ensartó en el hierro las ruedas bronceadas.
Ocho rayos tenían, de oro eterno las pinas;
las llantas son de bronce y los cubos de plata,
plata y oro las tiras que los asientos atan,
doble es el barandal que circunda la biga,
y sobresale el pértigo como argentada espiga.
Yugo y bridas de oro aparejó la diosa,
y unció el brioso tiro con mano presurosa,
pronta para afrontar las bélicas fatigas.

En tanto, por las salas de la patria mansión,
deja caer al suelo la hija del Cronión
el peplo recamado, obra de su artificio.
De Zeus Tempestuoso la túnica vistiendo,
requiere la armadura para el sangriento oficio,
y cuelga de sus hombros el escudo tremendo,
la floqueada Égida que el Espanto corona
y ornan Valor, Discordia, tenaz Persecución
—hielo de corazones—, y la ingente Gorgona,
cabeza horripilante, portento del Cronión.
Cálase el casco áureo de dos torcidas puntas
con sus cuatro bollones, formidable bastión
a las infanterías de cien ciudades juntas.
Trepa al flamante carro, y empuña el largo y fiero
lanzón inquebrantable, pavor de los guerreros,
rayo de los ejércitos que los reduce a trizas
—Hija del almo Padre— cuando te encolerizas.

Avispa Hera los brutos. Los portones rechinan
y se abren de suyo. Las Horas peregrinas
resguardan los umbrales del Olimpo y del cielo,

plegando y desplegando las nubes como un velo.
Dóciles los corceles por allí se encaminan
a la más alta cumbre, retiro del Cronión.
Hera de brazos cándidos la carroza detiene,
y al Crónida supremo pregunta y reconviene:

—¡Oh, Padre! ¿No provocan tu justa indignación
los desmanes atroces del furibundo Ares,
que asuela a los argivos, varones ejemplares,
sin más norma ni guía que su propio placer?
Duélome de que Cipris y el Arquero de Plata
impulsen su locura. ¿Te sería yo ingrata
si procuro ahuyentarlo y hacerlo padecer?

Y el Señor de las Nubes:
—Entrégalo a Atenea.
Ella mejor que nadie sabe cómo lo trata,
por algo es ella el árbitro de todas las peleas.

Obedece la diosa de los brazos hermosos,
y al punto precipitan el jubiloso vuelo
los corceles que bajan del estrellado cielo.
Cuanto abarca la vista sobre el ponto vinoso
desde empinada cumbre, la divina pareja
con sonoros relinchos midió de un solo salto.
En llegando a la Tróade las diosas hacen alto,
donde Escamandro y Símois sus aguas enmadejan.
Suelta Hera los corceles. La nube los cubría,
y el Símois para ellos floreció la ambrosía.

Las diosas, como tímidas palomas anhelantes,
acuden por prestar su auxilio cuanto antes.
Rodean los argivos —sangrientos campeones,
jabalíes monteses, denodados leones—
al domador de potros, Diomedes el pujante.
Hera de brazos cándidos la imagen aparenta
del magnánimo Esténtor, aquel del vozarrón
de bronce, que gritaba como otros cincuenta.
—¡Vergüenza —clama— argivos, hombres de linda traza,
mas de pocos alientos y baja condición!

Cuando el divino Aquiles los teucros despedaza,
no los dejan sus dardos asomar a las puertas.
Mas hoy van ya camino de las naves abiertas
y olvidan sus baluartes.

Así los embravece
y levanta sus ánimos. La Ojizarca aparece
por entre los bridones y el carro del Tidida.
A la sazón el príncipe refrescaba la herida
que le infligiera Pándaro, el arquero sañudo.
El sudor lo hostigaba debajo del escudo
que empezaba a pesarle, y con mano insegura
alzando la correa, enjugaba la oscura
sangre. Apoyada entonces en el yugo, Atenea:

—¡No iguala al padre —dice— el hijo de Tideo!
Aquél era pequeño, mas de inmensa bravura,
hasta cuando yo misma sujetaba a la fiera.
Así, una vez, cercado de innúmeros cadmeos,
embajador en Tebas, solo y a su ventura,
tranquilo en el palacio le ordené que comiera.
Se desquitó retándolos, y siempre los vencía
en cualesquiera lides, que yo lo protegía.
Hoy a ti te protejo y te presto mi mano
a ver qué cuenta das de todos los troyanos.
¿No tienes ya vigor? ¿Te ha vencido el terror?
Porque tú estás cansado, o tú no eres, Tidida,
el hijo de Tideo, el valeroso Enida.

Respondióle Diomedes:
—Te reconozco, diosa,
hija del Porta-Égida. Te hablaré sin recelo:
Ni terror ni desánimo ni flojedad me acosan;
pero tú me ordenaste, y a mi memoria apelo,
que no osara medirme con la Inmortal Legión,
salvo con Afrodita, la hija del Cronión,
con quien me diste rienda para ensayar el bronce.
Si repliego a mi gente, lo hago con razón
viendo que el propio Ares gobierna la batalla.

Y Atenea Ojizarca lo tranquiliza entonces:
—¡Oh Diomedes Tidida, caro a mi corazón!
¡Ares ni dios alguno podrán ponerte valla!
Contigo estoy: empuja tus gallardos solípedos
y sáciate el primero en Ares el armígero.
Dementado y voluble, nacido para el daño,
a Hera y a mí misma nos juró con engaño
luchar contra los teucros por la nación aquea,
y hoy su palabra olvida e invierte la pelea.

Dijo y, asiendo a Esténelo, de la biga lo apea.
Baja Esténelo, sube la diosa enardecida
junto a Diomedes. Cruje la encina y se cimbrea
al peso de la diosa terrible y del Tidida,
corpulento varón. Y Palas Atenea
para guiar los brutos cobra látigo y bridas,
y enderezando el trote sobre Ares arrea.
Éste acababa entonces de arrancarle la vida
al etolo sin par, al púgil Perifante,
hijo del claro Oquesio y guerrero gigante,
manchándose en su sangre, propio dios homicida.
No quiso la Ojizarca que el dios la conociera
y se caló de Hades la celada y cimera.

8. ARES HERIDO

Cuando el funesto Ares ve venir a Diomedes,
abandona el postrado bulto de Perifante
y adelanta a su encuentro. Ya de cerca, lo agrede
ansioso de matarlo, echando por delante
su lanza sobre el yugo y por sobre las bridas.
La diosa aparta el bronce con mano prevenida.
Falla el golpe, y Diomedes, intachable guerrero,
acomete a su turno. La diosa el bronce guía,
hincándolo en la ijada que el cinturón ceñía.
Se abre la hermosa carne cuando el Tidida fiero
retira el arma. Entonces un baladro estruendoso
cual nueve o diez mil hombres lanzó el dios de la guerra.
Aqueos y troyanos se sacuden y aterran.
¡Tal fue el bramido ingente!

Imagen del umbroso
vapor que dan las nubes al aura entibiecida,
así Ares broncíneo, a vista del Tidida,
escaló las alturas en raudo nubarrón.
Irrumpió en el Olimpo, refugio a las deidades;
con ánimo contrito se allegaba al Cronión,
y mostrando la herida que llora icor divino,
decía suspirando:
—¡Oh Padre! Te acrimino
el consentir tamañas culpas y atrocidades.
Siempre, por complacer a la raza mortal,
los dioses lo cobramos tan sólo en nuestro mal.
Mas de esta vez a todos nos tienes ultrajados.
La hija que engendraste no hace más que locuras.
Si los demás Olímpicos te acatan y obedecen,
a ella no la obligas de palabra ni obra.
Pues la criaste a solas, instigarla procuras
en sus insensateces que conoces de sobra.
Ahora mismo ha hecho que el osado Tidida
desatentadamente con los dioses se mida.
Primero ataca a Cipris, le hiere el puño, y luego
arremete conmigo desaforado y ciego
como si fuera un dios. Por pies pude salvarme,
que de otra suerte hubiera tenido que quedarme
allá entre los cadáveres que caen a montones,
de que saliera inválido —pues morir no podría—,
víctima de los bronces y de las agresiones.

Y el Señor de las Nubes, con torva faz decía:
—¡Qué me vienes con lloros, tú, mentecato, atroz,
repugnante entre todos los dioses Bienhadados,
sólo a discordias, riñas y guerras inclinado,
soberbio al par de Hera, tu madre, que mi voz
apenas obedece! Tal vez a sus consejos
debas tus malandanzas, que te han llevado lejos.
Mas no quiero que sufras: eres de mi linaje,
y entre mis propios brazos tu madre te dio el ser.
Si otra fuera tu casta, pagaras tus ultrajes
y te hundiera más hondo que a la prole de Urano.

Dijo, y llamó a Peón, médico de saber.
Los calmantes vertiendo con solícita mano,
Peón curó la llaga, que el dios es inmortal.
Como cuaja la blanca leche la miel del higo
a poco de agitarla, a poco y con premura
del furibundo Ares se disipaba el mal.
Bañóle Hebe, diole lindas prendas de abrigo,
y él fue a sentarse ufano al lado del Cronión.

Pronto la argiva Hera, seguida de Atenea
la Alalcomenia, hollaba la Olímpica Mansión:
¡Ya está el funesto Ares fuera de la pelea!



VI

HÉCTOR Y ANDRÓMACA

La sexta Rapsodia continúa la descripción de las hazañas guerreras y prolonga la aristía de Diomedes, a partir del instante en que Ares ha sido expulsado del campo y los guerreros quedan entregados a sus propias fuerzas. Puede decirse que la aristía de Diomedes termina o deja oír sus últimos ecos con la plegaria de las damas troyanas a Atenea (312-318). Visitamos los interiores troyanos, encontramos en su ambiente doméstico a Hécuba, a Helena, y a Paris —transportado por Afrodita de la liza al lecho nupcial al fin de la Rapsodia tercera—, y acabamos de apreciar sus respectivos caracteres, así como los de Héctor y Andrómaca, cuya conmovedora despedida presenta una antítesis con la escena entre Helena y Paris. 1. Prosigue la batalla: *Diversos encuentros, en que resalta la ira de Agamemnón, que impide a Menelao perdonar la vida a Adrasto. 2.* Héctor deja el frente: *Aconsejado por Héleno, Héctor se dirige a Troya para rogar a Hécuba que, en compañía de las matronas de la ciudad, implore el favor de Atenea, ante la terrible amenaza de Diomedes. 3.* Glauco y Diomedes: *Hermoso episodio en que el recuerdo de la amistad paterna triunfa sobre la belicosidad de ambos príncipes, y que termina con un inesperado toque humorístico: el trueque de armas ordinarias por armas valiosísimas. Historia de Belerofonte. 4.* Héctor y Hécuba: *Ya en Troya, Héctor expone a Hécuba el objeto de su visita a la ciudad. 5.* Hécuba en el templo de Atenea: *En compañía de las damas troyanas, Hécuba lleva a Atenea sus presentes y votos, y la sacerdotisa Teano implora de la diosa que libre a la ciudad y permita derrotar a Diomedes. 6.* Héctor y Paris: *Contraste de ambos caracteres en el palacio de Paris. Con ayuda de Helena, Héctor conmina a Paris para que vuelva al combate. 7.* Los adioses de Héctor y Andrómaca: *No habiendo encontrado Héctor a Andrómaca en el palacio, se dirige a las murallas, a donde ella ha ido en compañía de su niño, espantada con las nuevas que llegan del campo de batalla. Héctor se despide de Andrómaca, escena culminante. Andrómaca vuelve a palacio, donde ya toda la casa llora por Héctor, dándolo por muerto de antemano. 8.* Héctor y Paris vuelven al frente: *Paris se arma a toda prisa y alcanza a Héctor antes que éste salga de la ciudad. Ambos cruzan las Puertas Esceas.*

1. PROSIGUE LA BATALLA

QUEDABAN entregados a su propia pujanza
en la batalla horrísona aqueos y troyanos,
y a una y otra parte el vuelo de las lanzas

desde el Janto hasta el Símois iba cubriendo el llano.
Áyax el Telamonio, antemural de aqueos,
la falange troyana logró romper al cabo,
y un rayo de esperanza brilló para sus bravos
cuando Acamas Eusórida, el tracio giganteo,
rodó con la cimera de crines traspasada,
partido por el cráneo y extinta la mirada.

Pronto al grito de guerra, acometió Diomedes
a Axilo, hijo de Teutras, opulento vecino
de la sólida Arisbe, que al lado del camino
a todos hospedaba y hacía mil mercedes.
Lo veneraban todos, mas ese aciago día
no lo amparó ninguno, ni de nada valdría
contra la muerte lúgubre: a él y a su escudero
Calesio, que sus brutos a la sazón regía,
los recogió la tierra en el trance postrero.

Mató Euríalo a Dreso y a Ofeltio, y en seguida
fue tras Esepo y Pédaso, hijos de Bucolión
(bastardo y primogénito del rey Laomedonte
a quien secretamente su madre dio a la vida).
La náyade Abarbárea y el preclaro varón
los hubieron antaño, en su lecho del monte
donde él acostumbraba apacer su rebaño.
Mellizos eran ambos, de hermosa condición;
mas pudo el Mecestíada con su sin par bravura,
y arrancó de sus hombros las recias armaduras.

A Astíalo derriba Polipetes el fiero;
Odiseo, al percosio Pidites; el arquero
Teucro tiende en el polvo al bello Aretaón;
Antíloco el Nestórida, al enemigo Ablero;
y el pastor de los hombres, el rey Agamemnón,
a Élato el de Pédaso, la ciudad eminente
alzada junto al Sátniois de diáfana corriente.
Leito el heroico alcanza a Fílaco en la huída;
y Eurípilo a Melantio arrebata la vida.
Menelao se adueña de Adrasto. Los bridones,
que espantados llevaban el carro entre empellones,

contra un tamarisco quebraron el timón
y tras los fugitivos corrieron hacia Ilión.
Adrasto, ya de bruces y en las ruedas cogido,
vio venir al Atrida lanza en mano; al instante,
abrazado a sus piernas y anheloso el semblante:

—¡Aprisióname, Atrida, es todo lo que pido
—le decía—, y en pago ganarás un tesoro!
Mi padre abunda en bronces, hierro labrado, oro.
Al saberme cautivo de las naves aqueas,
mandará rescatarme con valiosas preseas.

Movióse Menelao, y ya con su escudero
lo mandaba encerrar en los raudos veleros,
cuando acude y lo increpa Agamemnón a gritos:

—¡Ah dulce Menelao! ¿Por qué tal compasión?
¿Tanto honraron tu casa los teucros? Yo no admito
que escape de la muerte ningún hijo de Ilión.
¡Mueran los prisioneros, mueran las criaturas
que palpitan aún en el claustro materno,
y el abandono eterno sea su sepultura!

Frenó al piadoso hermano con tal exhortación,
y Adrasto, repelido, fue a caer en las manos
del rey Agamemnón, que al punto se abalanza,
pasa el flanco y derriba de espaldas al troyano,
y pisándole el pecho desencajó la lanza.

En tanto, a voces Néstor fustigaba a su gente:
—¡Oh, ministros de Ares y dánaos valientes!
Combatamos ahora, nadie se quede atrás
por hacinar despojos; ya llegará el momento
de acarrear cadáveres y armas además
hasta nuestros navíos y nuestro campamento.

2. HÉCTOR DEJA EL FRENTE

Y PUJAN los aqueos, de Ares poseídos;
y huyen acosados los teucros rumbo a Ilión,

cuando Héleno Priámida, el augur escogido,
dice a Héctor y a Eneas:
—Pues troyanos y licios
penden de vuestro ánimo y vuestra decisión
—que superáis a todos en el valor y el juicio—,
Héctor y Eneas, id y detened la gente;
quedáos impidiendo que se nos amedrente
y, huyendo por las puertas, vaya a buscar abrigo
al lado de las hembras, risa del enemigo.
Mientras los confortáis, aunque ya nos abate
la fatiga, nosotros aquí nos quedaremos
luchando con los dánaos y dándoles combate,
que la necesidad obliga a tal extremo.
Tú, Héctor, te me entras después por la ciudad,
pides a nuestra madre que junte a las matronas
del pueblo, y vayan todas al templo de Atenea
la Ojizarca, y que abra el augusto recinto
y deje en las rodillas de la inmortal persona
el peplo más hermoso que en la mansión posea,
el que ella más aprecie, el más labrado y tinto,
y doce añales vacas indemnes de aguijón
ofrezca en sacrificio: ¡A ver si la ciudad,
las esposas, los niños, merecen su piedad,
y se digna salvar a la sagrada Ilión
del que así nos derrota, del hijo de Tideo,
el más embravecido de todos los aqueos!
No es peor Aquiles de sangre belicosa,
el príncipe a quien dan por hijo de una diosa.
Éste tiene más ímpetus, y por mí mismo veo
que nadie se compara al hijo de Tideo.

Así les habla, y Héctor no desoye al hermano.
Salta armado del carro, blandiendo agudas lanzas,
se entra por las filas, y nueva confianza
les infunde. Sublévase la furia, y los troyanos
dan media vuelta y cierran con tan feroz pujanza
que los argivos ceden y paran de luchar.
Temen que un dios venido del estrellado cielo
preste a los adversarios su brazo tutelar.

Y Héctor a grito herido, encendía su celo:
—¡Bravos teucros y aliados, la fama os enaltezca!
¡Mostrad que sois varones, combatid con tesón!
Yo a las damas troyanas y próceres de Ilión
voy a pedir que recen y hecatombes ofrezcan
para que nos amparen los Bienaventurados.

Partió. Radiaba el casco vivas fulguraciones.
La negra piel que orlaba su escudo abollonado
le batía al correr la nuca y los talones.

3. GLAUCO Y DIOMEDES

GLAUCO, el hijo de Hipóloco, y el hijo de Tideo,
de uno en otro encuentro se hallaron frente a frente
entre las dos legiones, y Diomedes valiente:

—¿Quién eres, orgulloso mortal, a quien no creo
haber visto en la guerra, gloria de los varones?
Pues afrontas mi lanza y a mi paso te opones,
de todos los guerreros tú eres el mejor.
Hijo es de padre mísero quien reta mi furor.
Mas si, como semejas, eres un inmortal,
yo no quiero más luchas con un dios celestial.
Licurgo, hijo de Driante, pronto pagó el error
de agredir a los dioses. En la montuosa Nisa,
con su aguijada un día persiguió a las nodrizas
de Dióniso, aquel del báquico furor.

Los tirsos arrojaron al ver que el homicida
cargaba sobre ellas con la pica buida,
y el dios despavorido se zambulló en el mar.
Tetis lo recibió convulso en su regazo.
Los dioses se indignaron, y el Crónida sin par
cegó al torpe Licurgo que murió en breve plazo.
Con los dioses no quiero riñas... Si eres mortal
nutrido por la tierra, ven a buscar tu mal.

Y el claro hijo de Hipóloco:
—¡Magnánimo Tidida!

¿Que quién soy me preguntas? Cual la generación
de las hojas se mudan los linajes humanos.
Barre el viento las hojas por la selva, y vestida
la halla la primavera de nueva floración:
¡tal suceden los jóvenes a las tropas de ancianos!
Nacen unos, perecen otros. . . Pues lo has querido,
te diré mi linaje, de muchos conocido.
Es Éfira ciudad escondida en la Argólida,
plantel de potros, tierra de Sísifo el Eólida,
hombre de inmensa astucia que fue progenitor
de Glauco; éste lo fue del gran Belerofonte,
a quien dieron los dioses gentileza y valor.
Será fatal que Preto lo acose y se le afronte,
quien, por gracia de Zeus, impera con rigor
en los argivos. Víctima de sus maquinaciones,
irá Belerofonte al destierro; que Antea
la reina acariciaba secretas intenciones
de seducir al héroe. Todo vana tarea:
era Belerofonte de limpio proceder.
Y la falaz Antea: —"Oh, rey, o muere, o mata
—le dijo— al que pretende forzar a tu mujer!"
Mas Preto, aunque iracundo, procedió con malicia:
no da la muerte al héroe, que algún temor lo ata.
Lo encarga de un mensaje a la distante Licia,
y en plegadas tablillas graba un signo mortal
para que, al ver su suegro la secreta señal,
dé muerte al portador. Belerofonte inicia
su viaje protegido por los dioses, y llega
a las tierras que el Janto pródigamente riega.
Recibiólo el monarca con trato liberal.
Lo hospedó nueve días, mató otras tantas reses.
Y a la décima aurora de sonrosados dedos,
solicitó el mensaje de su yerno real.
En viendo las tablillas, causa de mil reveses,
mandó a Belerofonte que muestre su denuedo
matando a la invencible y espantosa Quimera,
engendro sobrehumano, cabeza de león,
cuerpo como de cabra y cola de dragón,
cuyo resuello era una encendida hoguera.
Triunfó Belerofonte con el favor divino,

mas para otras pruebas lo guardaba el destino.
Pronto se halló en combate con los terribles sólimos,
el más rudo —decía— que tuvo con mortales.
Venció en tercer lugar al ejército indómito
de Amazonas, guerreras a los hombres iguales.
Y ni al volver en triunfo acabaron sus males,
porque el rey le armó una celada subrepticia
con los hombres más bravos de la espaciosa Licia.
Ninguno salió vivo, a todos dio la muerte
el gran Belerofonte. Y el rey al fin advierte
que el huésped era vástago de linaje divino.
Casólo con su hija, lo recogió a su lado,
con él partió el gobierno; y todos los vecinos
le destinaron óptimos vergeles y sembrados
para que los labrase a su sabor. La esposa,
andando el tiempo, diole tres hijos afamados:
eran Isandro, Hipóloco y Laodamia hermosa,
que fue amada del próvido Zeus. De aquella unión
nació, rival de dioses, el bravo Sarpedón,
ilustre por las armas. Mas a Belerofonte
dejaron de su gracia los dioses soberanos,
y andaba por los campos de Ale y por el monte,
royendo su amargura lejos de los humanos.
Y el insaciable Ares hizo morir a manos
de sólimos a Isandro; y Ártemis, en su enfado
—la de las riendas áureas—, dio la muerte a su hija.
Yo he nacido de Hipóloco, que a Troya me ha enviado
mandándome que siempre me destaque en la guerra,
y que supere a todos, y que en todo me rija
por el glorioso ejemplo de mis antepasados,
los valientes de Éfira y de la licia tierra.
Tal es mi alcurnia ilustre, tal es la sangre mía.

Diomedes el pujante, henchido de alegría,
clavó en el almo suelo la pica, y al instante
dijo al pastor de hombres con urbana amistad:

—Pues sábete que heredas nuestra hospitalidad.
Porque a Belerofonte, antaño, en su mansión,
tuvo Eneo por huéssped durante veinte días,

y ambos trocaron prendas, presentes de valía:
un tahalí purpúreo de mucha estimación
dio al gran Belerofonte el divinal Eneo,
y a éste le dio el otro la copa de dos asas,
labrada en oro fino, que guardamos en casa.
No tengo ya memoria de mi padre Tideo;
cuando partió a la guerra era yo aún muy niño,
y en Tebas se deshizo el ejército aqueo.
Eres mi huésped de Argos, y con igual cariño
sé que habrás de acogerme cuando yo vaya a Licia.
Las lanzas depongamos: no sería justicia
que así nos arrebate la muchedumbre fiera.
Sobran teucros y aliados a quienes dar la muerte,
si los dioses permiten que ataje su carrera,
y no te faltan dánaos para probar tu suerte
y hacer lo que te cumple de la propia manera.
Troquemos nuestras armas: sea cosa notoria
que es la amistad paterna nuestra más alta gloria.
Bajaban de los carros, y en prueba de amistad
se estrecharon la mano. Zeus Crónida entonces
nubló el juicio de Glauco, pues por armas de bronce
cambió sus armas de oro, armas de calidad
que valían cien bueyes, mientras las del Tidida
con sólo nueve bueyes fueran retribuidas.

4. HÉCTOR Y HÉCUBA

En las Puertas Esceas, donde crece la encina,
se agolpan las mujeres e hijas de troyanos
pidiendo a Héctor nuevas de sus hijos, hermanos,
amigos y maridos. Pero él sólo atina
a encargarles que imploren a los dioses lejanos:
¡tal duelo les aguarda!

Llegado al opulento
palacio del rey Príamo —los pórticos bruñidos,
el ala de cincuenta alcobas, con pulidos
muros de cantería, que daban aposento
a sus cincuenta hijos y a sus cincuenta esposas;
y al atrio, doce cámaras de techados y losas

donde sus castas hijas dormían con sus yernos—,
halló a su noble madre que venía buscando
a su hija Laódice, la hija más hermosa.

Asiólo de la mano, y con afán materno:
—¿Por qué dejaste, hijo, el combate nefando?
Sin duda los aqueos de nombre aborrecido
el cerco han reducido, y tu gran corazón
te mueve a recurrir con manos implorantes,
en lo alto del Acrópolis, al augusto Cronión.
Yo el melífero vino traeré cuanto antes.
Brindarás a los dioses la sacra libación
y beberás el resto, pues vienes extenuado
de luchar por los tuyos, y en el vino hay virtud
que devuelve a los hombres la fuerza y la salud.

Responde el magno Héctor del yelmo empenachado:
—No, madre honrada, apártame ese vino de miel,
que el valor y los ímpetus puedo dejarme en él,
y al Amo de las Nubes desparramar no debo
con las manos impuras las negras libaciones,
ni puedo presentármele mostrando estos manchones
del fango y de la sangre, que así yo no me atrevo.
Tú junta a las matronas del pueblo; las esencias
aprontad e id al ara para implorar clemencia
de Atenea, señora del saqueo. Te humillas
ante la diosa de almas crenchas, y en sus rodillas
depositas el peplo de más estimación
que tengas en tus arcas, aquel que tú prefieras,
y doce añales vacas indemnes de aguijón
le ofreces, en espera de que nuestra ciudad,
las esposas, los niños, merezcan su piedad,
y se digne librar a la sagrada Ilión
del que así nos derrota, del sangriento Tidida.
Ve, pues, al santuario de la diosa guerrera.
Me importa hablar con Paris, ya que escucharme quiera.
¡La tierra se lo trague! Zeus lo echó a la vida
para mal de troyanos, de Príamo y su casa.
Si él descendiera al Hades, quedara redimida
y olvidada la pena que mi ánimo abrasa.

Así LE dijo. Y Hécuba, tornando a la mansión,
ordena a las sirvientas buscar a las matronas
por la ciudad de Ilión, mientras ella en persona
baja al fragante tálamo. Los peplos revolvía
bordados por aquellas mujeres de Sidón
que el deiforme Alejandro llevó en la travesía
del ponto, al mismo tiempo que a Helena la del claro
linaje. Allá en el fondo del arca halló el más raro,
recamado y hermoso, el que resplandecía
como astro de la noche; y a la diosa Atenea,
encabezando el séquito, se fue con la presea.

Llegadas al Acrópolis, abrió el templo Teano,
bella hija de Ciseo y esposa de Antenor
el jinete, escogida por el pueblo troyano
para sacerdotisa de la diosa guerrera.
Todas alzan las manos con lúgubre clamor;
toma el peplo Teano, la de frescas mejillas,
allégalo a la diosa del alma cabellera,
y orando con fervor lo deja en sus rodillas:

—¡Dueña de la ciudad, veneranda Atenea,
divina entre las diosas! Óyenos y concede
que, en las Puertas Esceas, rota el asta, Diomedes
ruede al polvo; y tus aras honrará la oblación
de doce añales vacas indemnes de aguijón,
para que al fin disfruten de tu benignidad
los niños y mujeres que pueblan la ciudad.

Mas Palas Atenea desoye su oración.

6. HÉCTOR Y PARIS

MIENTRAS ellas imploran a la hija del Cronión,
iba Héctor camino de la regia morada
que él ofreció a Alejandro y que fue edificada
por óptimos artífices de la feraz Ilión.
Patio y tálamo y sala cubrían un espacio

del alta ciudadela, cercano a los palacios
de Príamo y de Héctor. Entra, pues, el varón
de Zeus. Llega armado con su pica de once
codos, virola áurea y el espigón de bronce,
que su paso anunciaba con un haz de reflejos.
Alejandro en la cámara sus armas repulía
—peto y escudo espléndidos—, y probaba el manejo
del corvo arco, y Helena la argiva dirigía
labores primorosas que urdían sus sirvientas.
Héctor aborda a Paris con palabras violentas:

—¡Insensato! —lo increpa—. Despechado te hallas;
mas tu encono es dañino cuando ya en las murallas
mueren los defensores, y el bélico clamor
que acusa tus desmanes se alza en derredor,
y no perdonarías tú mismo a los cobardes.
Levántate y acude antes que sea tarde
y las voraces llamas consuman la ciudad.

Y contestó Alejandro, igual a una deidad:
—Héctor, pues me reprendes con razón y mesura,
yo quiero contestarte, y escucha lo que digo:
Contra el pueblo troyano ningún encono abrigo;
sólo quise encerrarme aquí con mi amargura.
Mi esposa ahora mismo me instaba con ternura
a recobrar las armas. También yo lo prefiero,
que al cabo es muy cambiante la suerte del guerrero.
Aguarda a que revista mis arreos marciales,
o vé delante: pronto me verás a tu lado.

Héctor del casco airoso permaneció callado,
y Helena dijo entonces con palabras leales:

—¡Ay, miserable perra de quien eres cuñado!
¿Por qué, cuando mi madre me dio el ser, al momento
no me arrancó a sus brazos un tempestuoso viento?
Si al monte, si al sonoro mar me hubiese arrojado,
juguete de las olas, nada hubiera pasado.
Mas, si plugo a los dioses consentir tales daños,
fuera al menos la esposa de un pujante varón,

sensible al mal ajeno y a la reprobación.
Pues este hombre sin ímpetus sólo entiende de amaños,
y el fruto merecido temo que ha de lograr.
Mas entra, hermano mío, siéntate a descansar
en esa silla: traes el corazón rendido;
que por mí, descarada, tanto dolor apuras,
y por la odiosa culpa de mi nuevo marido.
Quiso Zeus que fuéramos pasto a las desventuras
para inspirar la fábula de las razas futuras.

Y le responde Héctor del casco tremolante:
—Aprecio tu intención, mas ni por un instante
esperes persuadirme, Helena: el corazón
se me va con mis teucros que ya están impacientes.
Haz que me siga ese hombre, y sea prontamente,
y se me junte mientras ando por la ciudad.
Debo ir a mi casa, ver a la servidumbre,
a mi esposa querida, a mi niño de edad
tan tierna, porque ahora vivo en la incertidumbre:
¿Si volveré a su lado, o si será el deseo
de los dioses vencerme por mano del aqueo?

7. LOS ADIOSES DE HÉCTOR Y ANDRÓMACA

Así DIJO, y partió. Y su morrión fulgura
al paso que a sólido recinto se apresura.
Su Andrómaca de níveos brazos no aparecía,
que en lo alto de la torre lloraba y se plañía,
seguida por el aya de hermosas vestiduras
que con la criatura le hace compañía.
Como no hallara en casa a la esposa excelente,
Héctor desde el umbral interpela a su gente:

—¡Ea esclavas! —les grita—. Decid sin embarazo
adónde ha ido Andrómaca la de los blancos brazos.
¿Tal vez dejó el palacio por ver a mis hermanas,
o está con mis cuñadas de galas ostentosas?
¿O al templo de Atenea con las crespas troyanas
se fue para implorar la gracia de la diosa?

Y la fiel despensera contesta diligente:
—Pues tú lo mandas, Héctor, escucha la verdad.
Ni está con tus cuñadas de mantos esplendentes,
ni está con tus hermanas, ni fue con las troyanas
de lindas cabelleras al ara de Atenea,
por ver si así se aplaca la terrible deidad.
Mas, sabiendo que el ímpetu de los teucros flaquea,
teme nuestra derrota, teme el triunfo enemigo,
y enajenada, al muro corrió de la ciudad,
y a tu hijo y al ama se ha llevado consigo.

Habló la despensera, y el varón con premura
desanduvo las calles, la bien trazada Ilión,
y en las Puertas Esceas que dan a la llanura
y donde ya lo llama de cerca la pelea,
halló a la rica Andrómaca, heredera de Eetión,
el magnánimo rey que fue de los cilicios
a las faldas del Placo y entre los precipicios
de Tebas de Hipoplacia: tal era su ascendencia.
En viendo al hombre armado, movida de impaciencia,
ella corre a su encuentro con loco desaliño,
seguida por el ama que en brazos lleva al niño.
¡El escogido Hectórida parecía una estrella!
Escamandrio lo llama su padre, y en Ilión
Astianax lo apodaban, porque en su padre sellan
la última esperanza para su salvación.
Sonreía el Priámida al ver al hijo amado.
Andrómaca llorosa se detuvo a su lado,
y dijo sacudiendo la mano del varón:

—¡Ciego! ¡Tu mismo arrojo te perderá sin duda!
¿No temes por tu huérfano ni te apiada tu viuda,
si en tumulto los dánaos se arrojan contra ti?
¡Trágueme antes la tierra si ése ha de ser tu sino!
Muerto tú, sólo habrá dolor en mi camino.
Mis venerados padres... ya ves que los perdí.
Eetión cayó al empuje de Aquiles el divino,
que abrió las altas puertas de Tebas, mi ciudad,
y diezmó a los cilicios. Mas tuvo aún piedad:
no arrebató a mi padre las regias armaduras,

antes dio su cadáver y sus armas al fuego
y le alzó digno túmulo; y allí las ninfas luego,
hijas del Porta-Égida que pueblan la espesura,
rodearon de álamos el sitio funeral.
Crecí entre siete hermanos, murieron en un día;
que el alígero Aquiles, a los dioses igual,
los sepultó en el Hades cuando ellos apacían
tropas de tardos bueyes y cándidos carneros.
A mi madre, señora en el Placo selvoso,
la trajo como parte de su botín cuantioso
y la dio libre a trueque de un patrimonio entero.
Mas la Arquera Ártemis le descargó la mano,
en la casa paterna, donde buscó reposo.
Héctor, tú eres ahora padre, madre y hermano,
y a un tiempo, de esta mísera el floreciente esposo.
Ten compasión, y guárdate aquí como te digo.
No hagas a tu hijo huérfano y a tu mujer viuda.
Junta a todas tus huestes allá en el cabrahigo,
donde el muro troyano requiere más ayuda.
Los Áyaces bravíos, el claro Idomeneo,
los Atridas, el fuerte retoño de Tideo,
los más fieros argivos y de valor más alto
han concentrado allí tres veces el asalto.
O ya por los oráculos alguien les dio noticia,
o los guían su arrojo y su propia pericia.

Replica el grande Héctor del caso tremolante:
—Pienso en lo que tú piensas, como tú me acongojo.
Mas fueran más punzantes mi duelo y mi sonrojo
si teucros y troyanos de peplos rozagantes
vieran que me sustraigo a la dura porfía.
Ni puede aconsejármelo tampoco el corazón:
siempre en las delanteras luché con valentía,
como me lo imponían la propia estimación,
la gloria de mi padre y mi generación.
El corazón lo sabe, y ya en el alma mía
no hay sombra de esperanza ni asomo de ilusión.
Hora vendrá en que caigan la sacrosanta Ilión
y sus lanzas de fresno y Príamo y su grey.
Mas ni el mal que se cierne ya sobre los troyanos,

y ni el dolor de Hécuba o de Príamo el rey,
ni el destino que espera a mis nobles hermanos
cuando en el polvo rueden, del enemigo a manos,
me angustian cual la negra suerte que te amenaza,
si tal vez un aqueo de sólida coraza
cautiva te arrebata, sin oír tus amargos
lloros, para que tejas en un telar de Argos,
o el agua traigas desde la fuente Meseída
o la fuente Hiperea, el alma ensombrecida
y bajo el triste imperio de la necesidad.
Quizás al ver tus lágrimas exclamen sin piedad:
"¿Y era ésta la esposa de Héctor, campeón
sumo de los troyanos domadores de potros,
que desaparecieron luchando con nosotros,
allá cuando el asedio de la murada Ilión?"
Y hará muy más crueles aún tus aflicciones
la ausencia del que pudo recuperar tu honor.
¡Ay, que sobre mis huesos la tierra se amontone!
¡No te vea raptada ni oiga yo tu clamor!

Y el claro Héctor tiende las manos a su hijo,
que grita amedrentado, procurando el cobijo
de la galana esclava de la gentil cintura.
Le espanta ver al padre ceñido en la armadura,
lo asusta el bronce, el hopo de crines que ondeaba
terrible sobre el yelmo. Y ambos ríen a una,
el amoroso padre, la madre venerada.
Deja Héctor por el suelo su casco refulgente,
al tierno niño besa y en sus brazos lo cuna,
y a Zeus y a los dioses levanta la mirada :

—¡Zeus y demás dioses! —dice—. Otorgad clementes
que el hijo mío sea como su padre ha sido,
campeón escogido y orgullo de su gente;
que poderoso reine sobre la vasta Ilión;
que cuando vencedor vuelva de la pelea,
digan todos al verlo: "¡Vale más que el varón
a quien debe la vida!", y al botín que acarrea
con los restros cruentos del que supo vencer,
el alma de su madre se encienda de placer!

Dice, y al hijo en brazos de la madre confía.
Fragante el seno, ella lloraba y sonreía.

Compadecido Héctor, exclama:
—¡Dulce esposa!
—al par que la sosiega con mano cariñosa—.
No dejes que la pena rinda tu corazón.
No ha de llevarme Hades sin orden del destino,
que es de cuantos nacieron el natural camino,
y bravos ni cobardes alcanzan remisión.
Vuelve a tu casa y rueca, tus esclavas y aperos,
y deja a los troyanos, y a Héctor el primero,
las cosas de la guerra y el resguardo de Ilión.

Así dice y recobra el crinado morrión.
Y ella, mientras se aleja, la cabeza volvía,
bañado el rostro en lágrimas que copiosas vertía.
Devuelta ya al palacio de Héctor, matador
de hombres, las esclavas lloran en su redor...
¡Llora su casa a Héctor, que vive todavía,
mas nadie espera verlo salir de la porfía,
que todos los aqueos lo acosan con furor!

8. HÉCTOR Y PARIS VUELVEN AL FRENTE

NADA demora Paris en el palacio enhiesto:
Apenas las broncíneas armaduras se ha puesto,
y ya en alarde atlético recorre la ciudad.
Garañón impaciente que del ronzal se arranca,
harto ya del establo y la cebada blanca,
el río en que lo bañan busca con ansiedad,
atronando al galope los campos y el potrero,
y la cerviz levanta y las crines sacude,
y con zancadas ágiles al pastadero acude
venteando las yeguas, tal, gozoso y ligero,
el Priámida Paris de Pérgamo bajaba,
y sus armas lucían y como el sol cegaban.
Pronto dio alcance a Héctor cuando apenas volvía
de despedir a Andrómaca, y dijo:



[vi, 518]

—Temo, hermano,
encontrarte impaciente por la tardanza mía,
pues no vine tan pronto como tú lo querías.

Así dice Alejandro, divino el continente,
y le replica Héctor del casco refulgente

—¡Cuán singular te veo! Sería injusto y vano
negar que eres osado y diestro en los combates;
mas luego te destemplas y tú solo te abates,
y mi alma se subleva si oigo a los troyanos,
víctimas de tu culpa, cubrirte de baldones.
Para mejor sazón queden mis reflexiones;
para cuando en palacio, si lo permite Zeus,
brindemos a los dioses, con las gozosas nuevas,
la crátera del triunfo por nuestra libertad,
y hayamos expulsado en masa a los aqueos
(¡los güerreros aqueos de las radiantes grebas!),
de la Tróade entera del campo y la ciudad.



VII

COMBATE SINGULAR DE HÉCTOR Y ÁYAX

El largo día de combate que comenzó en la Rapsodia segunda llega a su ocaso con el duelo singular entre Héctor y Áyax, interrumpido por la noche que se avecina. A la mañana siguiente se concierta una tregua para levantar y honrar a los muertos. Los aqueos alzan un túmulo funerario a sus compañeros caídos, y un muro fortificado para resguardo de sus naves. 1. Desafío de Héctor: *Con la vuelta de Héctor y Paris, se reaniman los troyanos. Los dioses sugieren a Héleno, y éste aconseja a Héctor, que proponga una suspensión del combate y rete a duelo singular al campeón que elijan los aqueos. Menelao quiere ofrecerse, pero lo disuade Agamemnón. Néstor, dolido de la vacilación de los aqueos, propone que la suerte designe al contrincante de Héctor. Entre los nueve que se brindan, la suerte designa a Áyax, como respondiendo al íntimo deseo de toda la tropa.* 2. Duelo singular entre Héctor y Áyax: *Los campeones se increpan según la costumbre, pero sin denuestos y con cierta cortesía caballeresca. Pronto se deja sentir la superioridad de Áyax. Pero oscurece, y los heraldos de ambos ejércitos suspenden la lucha. Héctor y Áyax cambian presentes y se despiden como amigos.* 3. Negociaciones: *Por la noche, en el campamento aqueo, Néstor aconseja una tregua para levantar a los muertos, y la construcción de un muro y foso para defensa de las flotas; pues se adivina que, con la ausencia de Aquiles —varias veces recordada—, los aqueos no se sienten seguros. Al mismo tiempo, en Troya, Antenor, que siempre deseó, como los demás ancianos, la devolución de Helena (III, 166-7), y que considera la violación de los pactos —ya aludida por el mismo Héctor en su desafío (versos 71 y ss.)— como justa causa de indignación para los dioses, pide la restitución de Helena y sus riquezas. Paris acepta el devolver las riquezas, pero no el devolver a Helena. Príamo ordena que, al amanecer, se presente esta proposición a los aqueos y, además, se les pida una tregua para quemar a los muertos. Así se hace, pero los aqueos —movidos por Diomedes, que ve en la primera proposición una confesión de derrota— sólo aceptan la tregua en que ya ellos mismos habían pensado.* 4. Tregua y construcción del muro: *Unos y otros queman a sus muertos. Los aqueos levantan el muro, abren el foso y lo cercan con una estacada, según el consejo de Néstor en la escena nº 3. De pronto nos transportamos al Olimpo. Posidón contempla el muro con celos. Zeus le dice que, cuando los aqueos abandonen la Tróade, tendrá tiempo de destruirlo. En tanto, las naves de Lemnos llegan con vino para los aqueos, que se juntan a beber y a cenar. Han pasado al parecer dos días: uno para la incineración; otro, para levantar el muro (438).*

VII

TAL DIJO Héctor el ínclito. De guerrear sedientos,
él y su hermano Paris las puertas transponían.
Como a los bogadores llega el próspero viento,
gracia de un dios, a punto que ya desfallecían
y ya el pulido abeto las olas corta en vano,
así prestó a los teucros alivio en la porfía
la reaparición feliz de los hermanos.

Paris mató a Menestio: en Arna era nacido,
hijo fue de Areítoo, rey de la clava fiera,
y de Filomedusa, la de ojos de novilla.
Y Héctor, acometiéndolo con el dardo buido
y el cuello traspasándole bajo la cogotera,
a Eyoneo derrumba y en el polvo lo humilla.
Glauco, el hijo de Hipóloco, los licios acaudilla
y al Deixíada Ifínoo por el dorso alancea:
trepaba éste al carro de yeguas corredoras
y en medio del tumulto halló su perdición.

La Ojizarca Atenea que el combate avizora,
del alto Olimpo vuela hasta la sacra Ilión
temiendo el exterminio de las tropas aqueas.
Mas Apolo, que en Pérgamo la vigilaba alerta,
decide interponerse también en la reyerta
a favor de los teucros, y así las dos deidades
vinieron a encontrarse debajo de la encina.

Y Apolo, hijo de Zeus, a la diosa conmina:
—¡Ardiente hija de Zeus, no más iniquidades!
¿Qué te ha traído desde la Olímpica Mansión?
¿Quieres dar a los dánaos la indecisa victoria?
Si muriesen los teucros, es cosa ya notoria
que no merecerían tu ayuda y compasión.
Yo por mejor estimo (¡concédelo, Atenea!)
que se suspenda hoy la enconada pelea.
Sigan después batiéndose hasta que caiga Ilión,
ya que las Inmortales ponéis tal voluntad
en arruinar al cabo la espaciosa ciudad.

La Ojizarca Atenea le respondió al instante:
—Sea como lo pides, Amparador Distante.
Para eso he dejado la Olímpica Mansión.
Mas ¿qué medio discurres de suspender la lucha?

Y el soberano Apolo, retoño del Cronión:
—Que el caballista Héctor, cuya fiereza es mucha,
ofrezca a los argivos de las lucientes grebas
un duelo singular. Puesto su honor a prueba,
ellos han de aceptarlo, y escogerán con tino
al que pueda medirse con Héctor el divino.

La Ojizarca Atenea oye al dios y consiente.
El caro hijo de Príamo, Héleno, de improviso
percibe los propósitos divinos en su mente,
y acercándose a Héctor:
—¡Priámida prudente
al par de Zeus! —dice—. ¿Escucharás mi aviso
fraternal? Haz que cese al punto la pelea
y reta al más valiente de la legión aquea,
y atácalo serena y denodadamente.
No temas por tu sino, tu hora no ha llegado,
y los eternos dioses me lo han aconsejado.

Oyólo Héctor con júbilo. A medio astil la lanza,
irrumpe por los frentes y acelerado avanza.
Las falanges troyanas a su orden se aquietan,
y a sus huestes broncíneas Agamemnón sujeta.
Atenea y Apolo el del Arco de Plata,
transformados en buitres, ocupan la alta encina
de Zeus Porta-Égida: a sus pies se dilata
la multitud de cascos y escudos, y culminan
las filas erizadas de largas jabalinas.
Y como arruga el Céfiro y oscurece la mar,
en oleaje denso que corre por el llano
se sientan a escuchar aqueos y troyanos,
cuando Héctor entre todos su voluntad declara:

—¡Oh troyanos y aqueos de recias antiparas!
Oíd lo que en el pecho me dicta el corazón:

No aceptó nuestros votos el excelso Cronión,
y su animosidad nos ha ceñido al grave
perjuicio de la guerra hasta que todo acabe.
O arruinaréis vosotros la torreada Ilión,
o quedaréis postrados en torno a vuestras naves
surcadoras del ponto. Bien sé que en vuestro ejército
militan los caudillos de más arrojo y mérito.
Pues oíd lo que ofrezco —y Zeus por testigo—:
Aquel que fuere osado a medirse conmigo
por campeón de todos y en duelo singular,
con Héctor el divino se apreste a pelear.
Si él con su agudo bronce logra vencer mi brío,
arránqueme las armas, llévelas al navío,
mas vuelva mis despojos a mi casa y mi gente,
para que los guerreros teucros y sus esposas
los suban a la pira. Y si Apolo consiente
que sea yo quien mate a vuestro campeón,
sus armas —justo premio de la empresa gloriosa—
he de llevar conmigo a la sagrada Ilión,
donde ornarán el templo del Cazador Distante,
y mandaré a las naves de numeroso arreo
el cadáver; y cuiden los crinados aqueos
de honrarlo con exequias, y en las costas levanten
del rápido Helesponto su túmulo luctuoso.
Mañana el navegante, cruzando el mar vinoso
en su bajel que impulsan infatigables remos:
"Aquí descansa —diga— el ardido varón
que combatió con Héctor allá en edad remota,
y que rodó a los pies de Héctor el supremo."
¡Y serán inmortales mi fama su derrota!
Escucháronlo todos; permanecieron mudos.
Sería vergonzoso negarse al desafío,
mas aceptarlo era temible desvarío.
Y al cabo los increpa Menelao ceñudo:

—¡Ay de mí, jactanciosas aqueas, y no aqueos!
¡Oh bochornosa mengua, con Héctor nadie pudo!
¡Volveos tierra y agua, hombres sin pundonor!
Seré yo quien revista los bélicos arreos,
que ya habrán escogido los dioses vencedor.

Dijo, y ya los preciados arreos revestía...
Y acabara tu vida, de Héctor a las manos,
Menelao, pues Héctor tanto te aventajaba,
si allí no se interponen los jefes de valía.
El propio Agamemnón del mando soberano,
asiéndole la diestra, así lo conjuraba:

—¡Menelao, deliras! Flor de Zeus, hermano,
domina tu arrebato y tu temeridad.
No busques el desquite contra quien te supera.
La gloria del encuentro con Héctor el Priámida
a todos intimida, y aun el feroz Eácida,
que tanto te aventaja, lo huye y lo pondera.
Vuelve, pues, a los tuyos, sosiégate y espera.
Ya escogerán los dánaos el propio campeón,
y tal que, aunque es el otro incansable e intrépido,
suspirará de alivio como salga con éxito
de tamaña pelea y tanta desazón.

Dice, y al fin su hermano cede a la exhortación;
y ya tranquilizados sus hombres, se apresuran
a quitarle de encima la pesada armadura,
cuando adelanta Néstor y arenga a la legión:

—¿Quién vio mayor dolor para el país aqueo?
¡Cuál gimiera el anciano caballista Peleo,
consejero y estímulo sin par de mirmidones,
quien tanto se gozaba antaño interrogándome,
allá de su palacio en los regios salones,
por la ascendencia y cuna de todos los argivos!
Si viera a nuestros hombres apocados y hurtándose
a combatir con Héctor, aquel carrero altivo
alzaría las manos rogando a las deidades
que su alma sepultaran en la mansión de Hades.
¡Ojalá! —Padre Zeus, Apolo y Atenea—
que me encontrara yo tan joven todavía
como cuando las huestes de Pilos combatían
junto al corriente Járdano, bajo el muro de Fea,
cerca del impetuoso Celadonte, a los fieros
arcadios de temibles lanzas. Ereutalión,

el deiforme varón, se ostentaba el primero
a la vanguardia. Iba vistiendo la armadura
del divino Areítoo, apodado el Macero
hasta por las mujeres de galana cintura:
el rey de maza férrea que los haces rompía
sin acudir al arco ni a la lanza bravía.
Pues sabed que a Areítoo logró vencer un día
Licurgo, más por maña que fuerza, en un estrecho
paso, donde la maza de nada le servía,
y le envasó la pica por la mitad del pecho.
De espaldas derribado, las armas singulares
le quitó, lujo bélico y presente de Ares,
y luego las vestía por su propio derecho.
Cuando, viejo, Licurgo se estaba en su mansión,
las cedió a su escudero dilecto, Ereutalión.
Con tales armas, éste domaba a los más fieros,
que a su sola presencia cejaban temblorosos.
Yo no, que era el más joven: mi ardiente corazón
me hizo aceptar su reto, y ataqué al presuntuoso.
Por gracia de Atenea pude salir triunfante.
¡Qué buen trecho cubría el cuerpo del gigante!
¡Ay, si me devolvieran vigor y lozanía,
pronto me viera Héctor del casco tremolante
salirle al paso! En cambio vosotros, según veo,
sois endebles. ¡Y sois la flor de los aqueos!

Así el anciano pilio los increpó. Al instante
adelantaron nueve guerreros en montón:
el primero de todos, el rey Agamemnón;
tras él iban Diomedes, el hijo de Tideo,
los intrépidos Áyaces, y con Idomeneo,
su escudero Meríones —rival del homicida
Enialio—; el Evemónida Eurípilo; en seguida,
Toas el Andremónida, y Odiseo el divino.
Todos piden la honra de combatir con Héctor,
y el gerenio jinete les dice, el claro Néstor:

—Echad suertes, y elija campeón el destino,
en bien de los aqueos de las grebas lucientes;
venza el bélico trance quien salga campeón,
y goce la victoria su bravo corazón.

Dijo, y sus nueve tarjas los nueve contendientes
¿mezclaron en el casco de Agamemnón Atrida.
Al anchuroso cielo y a los dioses, en coro
rogaban los guerreros, las manos extendidas:

—¡Designa, Padre Zeus, a Áyax, al Tidida
o al propio rey que manda en Micenas de oro!

Néstor agita el casco, el jinete gerenio;
y como por virtud de unánime convenio,
salta la contraseña que todos anhelaban.
Al concurso de próceres un heraldo la muestra
desde el primero al último, turnando por la diestra:
todos la desconocen, todos la rechazaban,
sino Áyax, que al punto adelantó la mano
y arrojándola al suelo dijo con aire ufano:

—¡Amigos, es mi tarja! El alma se recrea
soñando en la victoria contra Héctor el divino.
Orad por mi destino al Cronión Soberano,
mientras visto las armas y salgo a la pelea;
implorad en voz baja, no os oigan los troyanos,
o hacedlo abiertamente, sin miedo y como sea;
que ni maña ni fuerza quebrantarán mi arrojo,
pues para guerrear me crió Salamina.

Tal dijo. Al ancho cielo todos alzan los ojos,
y reclaman de Zeus la protección divina:

—¡Ínclito Padre y máximo que reinas en el Ida!
—se les oye decir—. ¡Otorga la victoria
a Áyax, y concédele la honra apetecida;
mas si a Héctor aprecias y de él también te cuidas,
reparte entre uno y otro igual valor y gloria!

2. DUELO SINGULAR ENTRE HÉCTOR Y ÁYAX

LOS ESPEJADOS bronces Áyax ciñe al instante,
y se aproxima a Héctor como un Ares pujante
cuando anda entre los hombres la saña del Cronión.

Antemural de aqueos, así el guerrero avanza
a saltos, sonriendo con rabiosa fruición,
seguido por la sombra inmensa de su lanza.
Gózanse los aqueos, henchidos de esperanza,
y corre por los teucros un vago calosfrío
y aun a Héctor le tiembla el corazón bravío.
Mas suyo ha sido el reto, para cejar ya es tarde,
y junta su coraje y su inquietud domina.
Su ingente escudo Áyax cual una torre empina:
bronce que amparan siete pieles de buey, alarde
de Tiquio, aquel artífice de Hila, el curtidor
entre los curtidores tenido por mejor.
Siete robustos bueyes dieron las siete capas
que reviste por fuera la broncínea chapa.

Al rival allegándose:
—¡Héctor! De hombre a hombre
—dice Áyax arrogante, con el escudo al pecho—,
verás si aún nos quedan caudillos de renombre,
sin hablar ya de Aquiles, pasmo de las mesnadas
y temple de león, que hoy rumia su despecho
contra el pastor de pueblos, el rey Agamemnón,
allá en las corvas naos junto al ponto varadas.
Mas aquí somos muchos para servir al caso
y pelear contigo, si das el primer paso.

Y respondióle Héctor del casco tremolante:
—¡Oh, Telamonio Áyax, ramo de Zeus, báculo
de pueblos! No me tientes como a indefenso párvulo
o mujer apocada: la guerra fue mi ley,
hecho estoy a las lides, soy diestro en las matanzas,
sé sacudir a punto la seca piel de buey,
arremeter en carros, y acompasar las danzas
del cuerpo a cuerpo, al gusto de Ares inclemente;
y a ti, como quien eres, no voy con asechanzas
sino que te contrasto y te ataco de frente.

Dijo, y lanzó la enorme pica contra el escudo
de Áyax, horadando el bronce de la chapa.
La punta entró en los cueros hasta la sexta capa,



[vii, 260]

y el último resguardo atravesar no pudo.
Llególe el turno a Áyax, el de estirpe divina,
y acometió al Priámida con larga jabalina
que traspasó el escudo de peso equilibrado
y la ornada coraza, y que fue a desgarrar
la tela de la túnica por cima del ijar.
Pero con un falseo Héctor salvó el costado
y hurtóse al negro sino. Entrambos a la par
arrancaron las picas para poder luchar:
¡carniceros leones, jabalíes monteses
cuyo ímpetu redobla con los mismos reveses!
Héctor golpea el centro del enemigo escudo,
mas se dobla impotente la púa de la pica;
y Áyax le replica con un bote tan rudo
que sorprendió al Priámida con la guardia insegura.
Se abrió camino el bronce hasta alcanzar el cuello.
Mana la sangre oscura. No se arredra por ello
el penachudo Héctor. Alza con mano dura
un erizado y negro pedrusco, y al instante
lo arroja contra Áyax, y pega en el ombligo
del escudo enemigo y hace cantar el bronce.
Otra piedra más áspera Áyax levanta entonces,
y haciendo molinetes, aplasta con vigor
el escudo de Héctor por el borde inferior
como pudo mellarlo un ruejo de molino.
Da el golpe en las rodillas, y Héctor el divino
se derribó de espaldas asido a su broquel.
Lo alzó del suelo Apolo que velaba por él.
Y, de cerca, se hubieran acometido a tajos,
si a la vez dos heraldos, mensajeros de Zeus
y de los hombres, todos de bronce pertrechados,
no adelantan solícitos de uno y otro lado:
Taltibio el muy prudente y el muy prudente Ideo
uno por los troyanos, otro por los aqueos.
Los cetros cruzan ambos entre los contendientes,
y dice al punto Ideo, consejero excelente:

—¡Hijos! Pare la lucha. El Tonante Cronión
para ambos demuestra igual predilección,

y sois, ambos guerreros de conocido brío.
Mas ya cae la noche, y ella pide atención.

Áyax replica entonces, hijo de Telamón:
—Decidlo, pues, a Héctor: es suyo el desafío.
Héctor dé la señal: su rumbo será el mío.

Y le responde Héctor del fúlgido morrión:
—¡Áyax! Pues que los dioses te dieron bizarría
y eres ardida lanza, cordura y corazón,
y primo entre varones de la argiva legión,
sea: pare la lucha y venga el nuevo día
en que combatiremos hasta que el cielo quiera
adjudicar el triunfo. La noche nos espera
y obedecerla es justo. Regresa a tus navíos,
festéjente tus pares y las huestes aqueas.
En la ciudad de Príamo me acogerán los míos,
y todas las troyanas de peplos rozagantes
que mi feliz retorno piden a la asamblea
divina. Separémonos; pero troquemos antes
ricos presentes. Digan aqueos y troyanos:
"Queden los dos ufanos; lucharon de verdad,
para decirse adiós con perfecta amistad."

Dio a su rival en trueque la guarnecida espada,
la vaina plateada y el bien labrado cinto,
por un baldrés de armas empurpurado y tinto.
Éste fue a los argivos, y aquél, a los troyanos.
Gozábanse los suyos de ver a Héctor vivo
y libre al fin de Áyax y sus invictas manos,
y en triunfo lo llevaban a la ciudad de Ilión.
Y a su vez los aqueos de antiparas radiosas
iban acompañando la marcha jubilosa
de Áyax hasta el toldo del rey Agamemnón.

3. NEGOCIACIONES

LLEGAN, y el rey de hombres, Agamemnón Atrida,
un toro de cinco años brinda al alto Cronión.
Lo abaten y desuellan. La carne dividida

en trozos con esmero tuestan al asador.
Del fuego la retiran, disponen el banquete,
y aunque el rey honró a Áyax con el mayor filete,
todos se contentaron con su justa ración.
Bebieron y comieron en fin a su sabor,
cuando se oye al benévolo Néstor, aquel anciano
cuyo consejo era tenido por mejor,
quien comenzó a decirles:
—¡Atrida soberano
y príncipes aqueos y guerreros de pro!
Pues tal copia ha caído de aqueos melenudos,
cuya sangre la furia de Ares derramó
a orillas de Escamandro, cuyos espectros mudos
descendieron del Hades a la oscura mansión,
pactemos una tregua como conviene, y luego
traigamos los cadáveres mañana a primer sol
aquí entre los navíos, en carretas tiradas
por bueyes y por mulos, para darlos al fuego;
y así, cuando volvamos a las nativas radas,
recibirán sus hijos las cenizas sagradas.
Junto a la pira, un túmulo común levantaremos
con la tierra del campo. Y con una muralla
torreada, que sirva de refugio y de valla,
guarezcamos las naves contra cualquier extremo.
Tenga seguras puertas de tablas ajustadas
que den paso a los carros, y más allá cavemos
un foso, para obstáculo de brutos y mesnadas,
por si los bravos teucros nos logran rechazar.

Asintieron los príncipes. En tanto, en un lugar
de Ilión, en el Acrópolis, de Príamo a las puertas,
Antenor el sensato pugnaba por calmar
la asamblea de teucros, que rayaba en reyerta.

—¡Oh teucros, oh dardanios y aliados! —repetía—.
El corazón me pide que escuchéis mi deseo.
Devolvamos a Helena, y los hijos de Atreo
llévenla con las muchas riquezas que traía.
¿No veis que combatimos contra la fe jurada,

y así ni venceremos ni lograremos nada?
Y el esposo de Helena, la de hermosa melena,
se levanta y replica con palabras aladas:

—Antenor, tus discursos oigo con impaciencia,
aunque siempre solías mostrar más discreción.
O tú no hablas en serio, o súbita demencia
te han enviado los dioses que empaña tu razón.
Óiganme los troyanos domadores de potros,
lo digo sin ambages: a Helena no la doy,
mas cedo cuanto traje de Argos, y una porción
añado de lo mío si os empeñáis vosotros.

Y el Dardánida Príamo, igual a una deidad,
los arengó diciéndoles con magnanimidad:

—¡Oíd, teucros, dardanios y aliados, lo que ahora
me dicta el corazón y es lo mejor! Cenad
hoy como en otro tiempo dentro de la ciudad,
mas sin dejar la guardia; y al despuntar la aurora,
hasta las naves cóncavas lleve el heraldo Ideo
la oferta de Alejandro a los hijos de Atreo
—pues fue Alejandro causa de la discordia—, y trate
en términos prudentes una tregua al combate,
para quemar los restos de tantos combatientes.
Ya luego lucharemos si es fuerza, y la deidad
otorgue la victoria según su voluntad.

Así fue. Cenan todos formando compañías.
Y a las cóncavas naves, al despuntar el día
llega Ideo. Los jefes de la legión aquea,
caballeros de Ares, celebran asamblea
junto al barco del rey. Con voz sonora y fuerte,
puesto en medio de todos les habla de esta suerte:

—¡Atrida y jefes dánaos! A vosotros me envían
Príamo y demás próceres troyanos. Escuchad:
Alejandro, causante de la guerra, os entrega
si os place las riquezas que trajo en otros días
a bordo de sus naves hasta nuestra ciudad

—¡antes hubiera muerto!—; mas, en cambio, se niega,
pese a los teucros todos, a devolver la esposa
del claro Menelao; y mandan que os pregunte
si queréis suspender la batalla ominosa,
de modo que el ejército sus cadáveres junte
y pueda incinerarlos. Ya luego, a ser preciso,
seguiremos luchando hasta que la deidad
otorgue la victoria según su voluntad.

Enmudecieron todos, quedaron indecisos;
y Diomedes, guerrero siempre alerta, exclamó:
—¡Ni tesoros, ni Helena! Pues claramente veo
que confiesan los teucros su ruina y perdición.

Al domador Diomedes aclaman los aqueos,
y contesta al heraldo el rey Agamemnón:

—No lo aprueban mis hombres; ya lo oyes, Ideo,
ni a mí me place. En cambio, exige la piedad
incinerar los muertos. Sea sin dilación,
que a ello no me opongo: las almas aplacad.
Zeus, varón de Hera, Tonante Majestad,
reciba el juramento y otorgue su sanción.

Y el cetro alza a los dioses. Ideo cruza el llano
rumbo a la sacra Ilión. Dardanios y troyanos
ansiando la respuesta se encontraban reunidos.
Declara él su mensaje, y van por los caídos
unos, y van por leña los otros. Los aqueos
abandonan las naves de numeroso arreo
para hacer otro tanto según lo prometido.

4. TREGUA Y CONSTRUCCIÓN DEL MURO

YA CLAREABA el sol los cielos y la tierra
dejando el hondo Océano de plácida corriente,
cuando se entremezclaron en el campo de guerra
la muchedumbre aquea y la troyana gente.
Discernir los cadáveres era ardua tarea,
y era fuerza lavar los negros cuajarones

de la sangre reseca. Con lágrimas ardientes
hacinaban los cuerpos sobre los carretones.
Mas Príamo no quiere oír lamentaciones,
y, el corazón contrito y silenciosamente,
los teucros entregaban los muertos a la hoguera,
y luego regresaron a la sagrada Ilión.
Lo hicieron los argivos de la propia manera,
y a sus naves tornaron, dolido el corazón.

No nace aún la aurora, la luz es inmatura.
La pira rodeaban los aqueos de pro.
Para erigir el túmulo da tierra la llanura,
y para levantar la fortificación,
resguardo a los bajeles, refugio a los guerreros.
Juntaron los tableros de las puertas, capaces
al paso de los carros y al paso de los haces,
y el ancho foso abrieron por delante del muro
cercándolo de estacas para mayor seguro.

Mientras en ello andan, junto a Zeus Tonante
la obra contemplaban los Bienaventurados,
y a los crinados héroes de bronce pertrechados.
Amo del Terremoto, Posidón el pujante:
—¡Padre Zeus! —exclama—. ¿Será que los humanos
olvidan ya a los dioses en sus intentos vanos?
¿No ves que los aqueos han puesto por delante
de las naves un muro, sin hacer sacrificios
perfectos para honrar a los dioses propicios?
La fama de este muro lucirá como aurora,
y hundirá en el olvido al que alzamos otrora,
para Laomedonte el rey, yo y Febo Apolo,
cuando entre afanes ímprobos su ciudad levantamos.

Y Zeus Tormentoso:
—¡Oh, dioses! Y tú, Amo
del Terremoto, calla! Que hablar así tan sólo
fuera digno de un dios de menor valimiento.
Tu fama ha de cundir como la misma aurora.
Ya cuando los argivos dejen el campamento
y hacia su patria zarpen, ha de llegar tu hora:

Derribarás el muro, lo arrojarás al mar,
esparcirás la arena por la ancha bahía,
y de ese muro altivo ni el rastro ha de quedar.

Así hablaron los dioses. El sol ya trasponía.
Cumplida la faena, regresan los aqueos
a sus tiendas y matan reses para la cena,
cuando he aquí la flota que de Lemnos envía
el hijo de Jasón y de Hipsípile, Euneo,
con su carga de vino. Traía mil medidas
a bordo para obsequio de los jefes Atridas;
y el resto lo compraron los bravos melenudos
con bronce, hierro, esclavos, cueros, reses enteras.
Pronto un festín espléndido organizarse pudo,
y por toda la noche duró el bullicio. Y era
otro festín la noche de teucros y de aliados.
Mas Zeus, desvelado, los quiso atribular,
y horrísonos relámpagos retumban por el cielo.
Pálidos de temor, no osaban ya probar,
sin ofrecer primicias al excelso Cronión,
el vino que, temblando, derraman por el suelo.
Y al fin les trajo el sueño su dulce compasión.



VIII

BATALLA INTERRUMPIDA

En la Rapsodia primera, Zeus ha ofrecido a Tetis vengar sobre los aqueos, permitiendo algunos triunfos troyanos, el agravio infligido a Aquiles por Agamemnón. A ese fin, en la Rapsodia segunda, ha engañado a Agamemnón con falsas esperanzas. Después, ha dejado que los dioses mantengan la victoria indecisa, auxiliando a sus respectivos favoritos. En este octavo canto aparece ya resuelto a obrar en persona; prohibe las intromisiones divinas; se instala en el Monte Ida a vigilar por sí mismo la suerte de los combates; ahuyenta con sus rayos a los aqueos; detiene la triunfal carrera de Diomedes, de Teucro; impide la intervención de Hera y Atenea; permite a Héctor replegar a los aqueos y encerrarlos en su fortaleza. Sólo la noche detiene la victoria de los troyanos, que ahora se sienten protegidos por Zeus. El sumo dios explica sus planes: Héctor seguirá triunfando hasta la hora en que, muerto Patroclo, Aquiles no se decida, por vengar a su compañero, a volver al combate (467-470). 1. Zeus prohibe las intervenciones divinas: *Al amanecer del día siguiente, Zeus espanta a los dioses con sus órdenes terminantes, aunque sin disimular su cariño por Atenea. 2.* Los signos divinos: *Toda la mañana aqueos y troyanos combaten con varia fortuna. A mediodía, Zeus mismo comienza a ahuyentar a los aqueos con sus rayos. 3.* Esfuerzos de Diomedes: *Diomedes salva a Néstor de un grave trance, y aunque se empeña en combatir, el rayo de Zeus lo obliga a retroceder, entre las burlas de Héctor. 4.* Vano empeño de Hera: *La diosa quiere en vano convencer a Posidón para que ayude a los aqueos. 5.* Contraataque de los aqueos: *Agamemnón exhorta a sus ya sitiadas huestes, y de tal manera se lamenta que Zeus, compadecido, le envía un augurio propicio. Se levanta el ánimo de su gente, y los aqueos vuelven al ataque, siguiendo al incansable Diomedes. Teucro, amparado por el escudo de Áyax, asuela a los enemigos con sus flechas, pero Héctor lo deja fuera de combate, de una pedrada. 6.* Los aqueos rechazados: *Héctor encierra nuevamente a los aqueos detrás del muro. 7.* Frustrada intervención de las diosas: *Hera y Atenea reciben, con la mensajera Iris, la orden de retirarse del campo, al que ya se encaminaban en su impaciencia por ayudar a los aqueos. Zeus las amenaza con fulminar su carro y causarles quemaduras que no curarían en diez años. Las diosas retroceden. 8.* Zeus, por los troyanos: *Zeus vuelve al Olimpo para reprender a las diosas, y revela sus futuros planes. 9.* La noche protege a los aqueos: *Héctor manda suspender el combate, por respeto a la noche, toma precauciones defensivas para la ciudad y establece la guardia en el campamento.*

SUS VELOS de azafrán ya desplegaba Eos
cuando, en la cima olímpica los dioses congregados,
escuchan respetuosos la admonición de Zeus:

—¡Oíd, dioses y diosas, y nadie sea osado
a transgredir la orden que os da mi corazón!
Si he de acabar mi obra, ni hembra ni varón
—y aquel que me desoiga volverá maltratado—
se aleje por su cuenta ni vaya por su lado
en socorro de teucros o dánaos: no sea
que lo empuñe y lo arroje, a poco que lo vea,
hasta el profundo Tártaro, tenebroso destierro
cuyo acceso broncíneo, cuyas puertas de hierro
se abren a tal distancia por debajo del Hades
como entre Tierra y Cielo. Si las divinidades
quieren poner a prueba mi extremado vigor,
suspéndase del cielo una cadena de oro,
dioses y diosas cuélguense por el cabo inferior,
que no habrán de arrastrarme ni a la tierra tumbar
a Zeus, sumo árbitro —tal poder atesoro—,
y todo será inútil y todo vanidad.
Mas si se me antojase tirar de la cadena,
alzara en vilo a todos, a la Tierra y el Mar,
y atándolos de Olimpo en la cumbre serena,
mecidos por los aires los pudiera dejar.
¡Tanto supero a todos, a Inmortales y a humanos!

Lo dijo de tal suerte y con tal vehemencia
que los dioses atónitos lo oyeron sin chistar.
Y Atenea Ojizarca, por fin:
—¡Oh soberano
Crónida, Padre excelso! Todos te reverencian
y saben que tu imperio no admite competencia.
Mas nos duele el destino aciago de los dánaos
que corren a la muerte. No iremos al combate,
pues tus ordenamientos es justo que se acaten.
Deja que aconsejemos tan sólo a los argivos:
no los siegue tu cólera, queden algunos vivos.

Zeus, Turbión de Nubes, risueño le decía:
—¡Cálmate, Tritogenia, predilecta hija mía!
Que aunque sea iracundo y a veces me abandone,
contigo soy clemente.
Y unciendo los bridones
de pesuñas broncíneas y de crines de oro,
viste dorada túnica: arrebata el sonoro
látigo entretejido de oro; al carro salta
y avispa los corceles, que en jubiloso vuelo
bajaron a la tierra del estrellado cielo.

En el Ida, en el Gárgaro, en la cumbre más alta
—reducto de las fieras por mil fuentes bañado—,
tiene el padre de dioses y hombres un altar
de fragantes vapores, y un bosque consagrado.
Allí bajó del carro; desunció los corceles,
los envolvió entre nubes; su roca fue a ocupar,
y ufano de su gloria se puso a contemplar
la vastedad de Troya y los negros bajeles.

2. LOS SIGNOS DIVINOS

DESAYÚNANSE aprisa y se arman en sus tiendas
los crinados aqueos. Y, ávidos de contienda,
por su parte los teucros se arman en la ciudad.
Son menores en número, mas la necesidad
les dio de hijos y esposas la guarda y encomienda.
De par en par se abrieron las puertas, y al instante
salieron en tumulto los carreros e infantes.

Sobrevino el encuentro, y los combos escudos
chocaron con estrépito, y las cruzadas lanzas,
y los bravos armados de bronce y de pujanza.
El moribundo gime, y suben los agudos
gritos del vencedor, y se ensangrienta el suelo.

Mientras Eos acrece la claridad sagrada,
los dardos encontrados derrumban enemigos.
Mas cuando el sol llegaba a la mitad del cielo,
descogió el Padre Olímpico su balanza dorada,

a un lado y otro puso las Keres por testigos,
la levantó del medio... Y la hora fatal
de los aquivos baja hasta el nutricio suelo,
y la de los troyanos se remonta hasta el cielo.
Zeus del Monte Ida envía la señal,
lanzando entre los dánaos un rayo atronador
que los suspende, presas del pálido terror.

Al punto abandonaron las filas militares
el rey Agamemnón y el rey Idomeneo,
y aun los Áyaces, fieles servidores de Ares.
Sólo Néstor quedaba mandando a los aqueos,
y fue porque un caballo resultó malherido;
que el divino Alejandro, el esposo de Helena
la de airosa melena, una flecha le ha hundido
en el propio testuz, donde la crin empieza
y es la lesión mortal. Penetra en la cabeza
la púa y solivianta al bruto dolorido;
y como se revuelca por sacudir el bronce,
enreda carro y tiro. Y el anciano guerrero
a tajos con la daga cortaba los tirantes
del animal tumbado. Se vio a Héctor entonces
romper entre la turba, intrépido carrero,
con su biga llevada por brutos arrogantes.
Morir pudo el anciano, y allí con voz tonante
Diomedes, siempre alerta, interpeló a Odiseo:

—¡Oh sutil Laertíada del linaje de Zeus!
Tú, el fecundo en ardides ¿huyes como un cobarde?
No te ataquen de espaldas, será mejor que aguardes:
¡Libremos al anciano de esa enconada fiera!

Mas, aunque era bravo, el divino Odiseo
corría sin oírle a los barcos aqueos.

3. ESFUERZOS DE DIOMEDES

GANÓ solo el Tidida la fila delantera,
se arrimó a los corceles del anciano Nelida
y en aladas palabras le dijo:

—¡Noble abuelo!
Se te atreven los mozos, te agobia el desconsuelo
de la dura vejez, es inepto tu auriga,
son tardos tus corceles. Sírvete de mi biga.
Verás cómo recorren el campo de pelea
los caballos de Tros que he arrebatado a Eneas,
ora esquiven o ataquen a la hueste enemiga.
Cuiden los escuderos de tu carro, y nosotros
demos sobre los teucros domadores de potros,
y sepa Héctor quién soy con la lanza en la mano.

No le desoye Néstor, y deja prontamente
la guarda de sus yeguas a Esténelo el valiente
y al suave Eurimedonte. El joven y el anciano
suben al carro. Empuña el viejo caballista
las riendas. Ya el Priámida tenía el arma lista,
cuando lo ataca súbito el hijo de Tideo
sin dejarlo cubrirse, y aunque su golpe yerra,
alcanza la tetilla del auriga Eniopeo,
el hijo de Tebeo, que fue a caer por tierra.
Cejaron los corceles, y allí murió el guerrero.
Héctor, acongojado, esconde su dolor.
No es tiempo de llorar al bravo compañero,
y aunque mucho le pesa, lo deja abandonado
y busca entre las filas segundo conductor.
Poco tiempo los brutos se quedaron sin rienda,
que Arqueptólemo Ifítida acudió a su llamado.

Y hubiera acontecido la derrota tremenda,
y los teucros se hallaran cercados en Ilión
cual tímidos corderos, si al verlo el gran Cronión,
padre de hombres y dioses, no lanza su estruendoso
rayo frente al Tidida y sus brutos bizarros.
Cunden la llama lívida y el vapor sulfuroso,
los brutos espantados se esconden bajo el carro,
deja caer las guías Néstor, y temeroso
exclama:

—¡No persistas, Diomedes, vuelve grupas!
No te acompaña Zeus, el campo desocupa.

Hoy el Crónida guarda la gloria para el otro;
mañana, si le place, volverá con nosotros.
No estorbemos los hombres los divinos deseos,
que nada lograríamos contra el poder de Zeus.

Y Diomedes, intrépido:
—Dices verdad, anciano.
Mas mi pecho no admite, ni en mi ánimo cabe,
el que mañana Héctor declare a los troyanos:
"¡Huyó de mí el Tidida y se ocultó en las naves!"
¡Antes que así me humille, antes que así se alabe,
que se abra la tierra debajo de mis pies!

Y el jinete gerenio le responde a su vez:
—¡Ay de mí! ¿Qué te ocurre, flor del claro Tideo?
Si Héctor te moteja de cobarde, no creo
que persuada a troyanos ni dardanios, y dudo
lo escuchen las esposas de tantos portaescudos,
tanta lozana víctima de tu lanza bravía.

Y vuelve y pone en fuga los macizos corceles,
por entre las hileras y entre la gritería
de Héctor y los suyos, que de lejos le envían
proyectiles mortíferos, mensajeros crueles.

Héctor del casco airoso exclamaba:
—¡Tidida!
Los aqueos de raudos bridones hasta ayer
te daban el asiento, los mejores bocados,
la copa rebosante. Hoy serás despreciado
porque no vales más que vale una mujer.
¡Huye, fantoche! No eres tú quien me hará ceder
la plaza, ni tus naves llevarán por botín
a nuestras compañeras, que antes verás tu fin.

Así dice, y el hijo de Tideo tres veces
duda en volver los brutos y enfrentar el combate,
y es fuerza que otras tantas sendos rayos desate
Zeus, del Monte Ida, presagiando con creces
que hoy la mudable suerte protege a los de Ilión.

Y la arenga de Héctor corre por la legión:
—¡Teucros, licios, dardanios expertos en la lucha
del cuerpo a cuerpo! ¡Arriba el fiero corazón
y muestre cada uno que ha nacido varón!
¡Que hoy el hijo de Cronos propicio nos escucha!
¡A nosotros la gloria, a ellos la perdición!
Creían con su triste baluarte los menguados
detener nuestro arrojo, y el foso que han cavado
lo salvarán de un solo salto nuestros corceles.
Y en cuanto me veáis cerca de los bajeles,
hacedme traer fuego. ¡A ver si los consumo,
y de paso, a los dánaos asfixiamos en humo!

Y azuzó sus caballos:
—¡Janto, Podargo, Etón,
divino Lampo! Es hora de pagar los cuidados
con que Andrómaca, hija del magnánimo Eetión,
se perece sirviéndoos trigo melificado,
y lo mezcla con vino que aplaque vuestra sed,
y aún más que a mí, su esposo, os tiene regalados.
¡Sus, a la zaga! Vamos en busca del broquel
de Néstor, cuya fama ha escalado los cielos
—pues es la chapa oro y son oro las asas—,
y arranquemos de sobre los hombros al Tidida
la coraza, presente de Hefesto y sus desvelos.
¡Ay, si tal consiguiésemos, esta noche no pasa
sin que embarquen los dánaos y emprendan la partida!

4. VANO EMPEÑO DE HERA

Así EXCLAMABA Héctor. Hera, en su indignación,
sacudiendo su trono el Olimpo estremece
y reclama, encarándolo, al fuerte Posidón:

—¿Y los arrostras, potente Señor del Terremoto?
¿No remueven tu ánimo ni nada te merecen
los moribundos dánaos, que en Hélice y en Egas
tanto te agasajaban y colmaban de votos?
¡Mándales la victoria! Que si a juntarse llega
la fuerza de los dioses que están por los aqueos,

ya puede el Sumo Zeus en su lejano Ida
refocilarse a solas rumiando sus deseos.

Sobresaltado el Dueño del Terremoto:
—¡Hera!
¿Qué osas proponerme? Refrénate, atrevida.
Ni a mí ni a todos juntos nos ocurra siquiera
enfrentarnos al Crónida que tanto nos supera.

5. CONTRAATAQUE DE LOS AQUEOS

EN TANTO, por el foso y el muro y los navíos
se acumulan los carros, los armados aqueos;
pues Héctor el Priámida, nuevo Ares bravío,
logró al fin encerrarlos, con el favor de Zeus.
Si no incendió los barcos, fue porque la alma Hera
impulsa a tiempo el ánimo del rey Agamemnón,
quien por naves y tiendas emprende la carrera
y, al brazo el manto púrpura, sube a la embarcación
de Odiseo, que empina su oscuro casco en medio
de la extendida flota. Quiere ser escuchado
desde el toldo de Áyax hasta el toldo de Aquiles.
Que ellos, desdeñando los peligros y asedios,
ocupan los extremos a uno y otro lado,
seguros de sus ímpetus y arrojo varoniles.

—¡Vergüenza, argivos! clama. ¡Hombres de gesto airado
mas de pocos arrestos! ¿Dónde está la arrogancia
de los que ayer, en Lemnos, se hacían invencibles,
al hora en que se corta la res apetecible
de erguida cornamenta, y en que el vino se escancia
de las colmadas cráteras? ¿Sois quienes prometían
que, para los troyanos, cada uno valdría
por otros cien que fuesen, y aunque fuesen doscientos?
¡Y hoy contra Héctor solo nos faltan los alientos,
y estamos ya en peligro de que incendie las naves!
¡Padre Zeus! ¿Acaso, en tus supremas leyes,
tal castigo enviaste ni dolores más graves
para humillar jamás la casta de los reyes?
Si en hora mala vine, nunca pasé de largo

frente a tus aras, siempre hice parar los barcos
de remos numerosos, y te di la oblación
de los muslos de buey y la grasa quemada
a cambio de la ruina de la soberbia Ilión.
¡Líbranos del desastre, cumple mi voto, Zeus!
No dejes que los teucros asuelen mis mesnadas,
concédeme siquiera que escapen los aqueos!

Dijo así, las mejillas en lágrimas bañadas,
y el Olímpico Padre, movido a compasión,
quiso enviar la prenda de su liberación
en figura de un ave agorera extremada.
Y al punto bajó un águila, que en las garras traía
de una cierva ligera la temblorosa cría,
hasta el ara en que ofrecen víctimas los aqueos
al dueño del presagio. Y a la señal de Zeus,
todos se reaniman y vuelven al acoso.

Muchos eran, mas único el hijo de Tideo,
que anima sus corceles y rompe por el foso.
Nadie se lo dispute, que el primero fue éste
que derribó a un guerrero de la contraria hueste,
Agelao Fradmónida. De la espalda hasta el pecho
le atravesó la lanza cuando iba de huida.
Sonaron sus pertrechos, se desplomó sin vida.

Tras Diomedes salieron los hermanos Atridas,
y luego los dos Áyaces de indómito valor,
e Idomeneo y —par de Enialio el homicida—
su segundo Meríones, y el hijo de Evemón,
Eurípilo, y aun Teucro, en noveno lugar,
que amparado al escudo de Áyax de Telamón,
monta el flexible arco y empieza a disparar
por bajo del escudo, según aparecían
sus blancos en la turba, y el otro lo cubría,
como la madre al niño, de la contraria hueste.

¿A quién dejó por tierra? A Orsíloco, Ofelestes,
Órmeno, Cromio, Détor, Licofonte el divino,
y en fin a Melanipo y al bravo Amopaón

Poliemónida. Huélgase el rey Agamemnón
y le dice acercándose:
—¡Oh, Teucro peregrino!
¡Gloria del padre ausente, del jefe Telamón
que, siendo su bastardo, te dio casa y crianza!
¡Sigue! Tal vez tus flechas traigan la salvación.
Y escucha lo que digo, y es firme mi esperanza:
si al fin del Porta-Égida y Atenea consigo
el gozo de asolar la bien murada Ilión,
a poner en tu mano desde ahora me obligo,
después del mío, un premio que honre tu valer:
un trípode, caballos y carro, una mujer
que el lecho te aderece y comparta contigo.

Y el intachable Teucro:
—¡Glorioso Agamemnón!
¿Para qué estimularme? Desde que la legión
rompió la resistencia, ya hago cuanto puedo,
y conforme los teucros arredran hacia Ilión,
acecho y voy flechando los cuadros enemigos.
Ya derribé ocho mozos de singular denuedo
con otras tantas flechas: sus cuerpos son testigos.
Mas ese can rabioso escapa de mis iras.

Dice, y apunta a Héctor; pero la rauda vira
fue a clavarse en el busto del claro Gorgitión,
a quien hubo de Príamo la hermosa Castianira,
la divina esimense. Y allí dobló el guerrero
la frente desmayada al peso del morrión:
amapola que el tallo con el fruto declina
o en la estación vernal la rinde el aguacero.

De nuevo ensaya Teucro, pero tampoco atina,
que su segunda flecha pudo alcanzar tan sólo
—sin tocar al Priámida, pues la distrajo Apolo—
al auriga Arqueptólemo, por la izquierda del pecho,
al tiempo que atacaba. Recularon un trecho
los ágiles corceles; y el carrero bizarro,
término a sus hazañas, se desplomó del carro.

Con honda pesadumbre el Priámida advierte
la ruina del amigo que arrebató la muerte.
Mas ni por eso pára, ni duda ni se arredra.
Cebríones su hermano, obediente a su voz,
le recibe las riendas, que no andaba lejano.
Héctor salta del carro, y una rugosa piedra
recoge por el suelo. Con un grito feroz
avanza contra Teucro, quien la saeta amarga
sacaba del zurrón y el arco prevenía,
y entre el cuello y el hombro la piedra le descarga.
Ya el sitio era mortal, y el golpe todavía
rompió el nervio del arma y dislocó la mano.
Soltando Teucro el arco, de hinojos fue a caer.
Mas no fue tardo Áyax, llegó a todo correr,
cubrió con el escudo a su caído hermano.
Solícitos acuden dos amigos fieles
—Alástor el divino, Mecisteo el Equida—,
y lo llevan a cuestas a los corvos bajeles
mientras gemía Teucro la pena de su herida.

6. LOS AQUEOS RECHAZADOS

PLUGO ahora al Olímpico excitar la pasión
de los teucros, que vuelven a emprender el acoso,
y —Héctor a la cabeza, alarde y corazón—
empujan a los dánaos en derechura al foso.
Ágil perro que sigue al jabato, al león,
mordisqueando el muslo, mordisqueando el anca,
—sin dejar que la fiera le dé la cara—, arranca
Héctor tras el montón de aqueos melenudos,
y entre los rezagados dio muerte a cuantos pudo.

Así los teucros iban cazando a los argivos;
pero los que alcanzaron la palizada y foso,
allá junto a las naves, mermados, fugitivos,
entre sí se buscaban y en ademán piadoso
imploraban a todos los dioses soberanos.
Mas Héctor, revolviendo sus crinados corceles,
barre el campo, y remedan sus ojos los crueles
ojos de Gorgo, de Ares, ¡peste de los humanos!

HERA la Brazos Cándidos requiere, acongojada,
la ayuda de Atenea con palabras aladas:

—¡Brote del Porta-Égida! ¿Ni en la hora postrera
luchamos por los dánaos una vez más siquiera?
Mira cómo sucumben a su destino aciago,
y es el solo Priámida causa de tal estrago.

Y Atenea Ojizarca:
—Ya lo hubiera pagado,
muerto en su patrio suelo por los bravos aqueos,
si, contrario a mis planes, designios diferentes
no abrigara mi padre. El cruel ha olvidado
que ayer, cuando a su hijo imponía Euristeo
tan inicuos trabajos, yo iba diligente,
a ruego suyo, en pronto socorro del cuitado,
que reclamaba al cielo, lloroso y abrumado.
Si llego a presentir ingratitud tamaña,
ni Héracles salva el vórtice que la Éstix enmaraña,
ni quebranta el cerrojo del Hades inviolado
para robar del Érebo al espantoso Can,
cumpliendo así la hazaña al gusto de Euristeo.
Hoy me desaira el Padre y estorba mis deseos;
sólo de Tetis cura; quien, con materno afán,
le besa las rodillas, la barba le acaricia,
para que vengue a Aquiles, pavor de las milicias.
Bien sé que ha de volverme a su favor un día,
y "mi cara Ojizarca", me llamará como antes. . .
Mas, ea, manda uncir los corceles pujantes,
mientras del Porta-Égida en la morada pía
yo prevengo mis armas para entrar en la liza.

Quiero ver si el Priámida del casco tremolante
se place al encontrarnos o si se aterroriza.
¡Grasa y carne de teucros, allá junto a las naves,
den ración a los perros y al hambre de las aves!

Crónida venerable, la diosa que la escucha
enjaeza de oro los corceles galanos.



[VIII, 405]

Deja caer la otra, para afrontar la lucha,
el peplo primoroso tejido de sus manos,
viste la regia túnica del Amo de las Nubes;
en la carroza sube, y empuña el largo y fiero
lanzón inquebrantable, pavor de los guerreros,
rayo de los ejércitos que los reduce a trizas
—hija del almo Padre— cuando te encolerizas.
Avispa Hera los brutos. Los portones rechinan
y se abren de suyo. Las Horas peregrinas
resguardan los umbrales del Olimpo y del cielo,
plegando y desplegando las nubes como un velo.
Dóciles los caballos por allí se encaminan.

Zeus del alto Ida las contemplaba airado,
e Iris —alas de oro— acude a su llamado:

—Aléjamelas rauda —dice a su mensajera—,
y que no se me acerquen; de nada les valdría
traer sus insolencias a la presencia mía.
Ello ha de acontecer, y será de manera
que, al fin desjarretados los briosos corceles,
caigan las dos del carro que se les desbarate,
y en diez años cumplidos no apaguen las crueles
quemaduras del rayo. Sepa con quién combate
la Ojos de Lechuza, y no me desacate.
Con Hera no me exalto, apenas la castigo:
hecho estoy a que niegue cuanto le ordeno y digo.

Cuando hubo hablado, Iris de huracanadas plantas,
llevando su mensaje, al aire se levanta,
baja del monte Ideo, y en el primer portón
del espacioso Olimpo de innúmeros repliegues,
conmina el alto a ambas por orden del Cronión:

—¿A qué corréis? ¿A dónde, furioso el corazón?
Pues no consiente el Crónida que vuestro auxilio llegue
a las filas aqueas; y oíd su admonición:
Si cumple su amenaza, tal ha de ser su embate
que, al fin desjarretados los briosos corceles,

caigáis ambas del carro cuando se os desbarate,
y en diez años cumplidos no aplaquéis las crueles
quemaduras del rayo. Sepas con quién combates
tú, Ojos de Lechuza, y no lo desacates.
Que por cuanto a ti, Hera, apenas te castiga:
hecho está a que te opongas a cuanto ordene y diga.

Y al remontarse Iris, la rauda mensajera:
—¡Brote del Porta-Égida! —se desfogaba Hera—.
¡Detengámonos ambas, no digan que peleo
por los mortales contra los mandatos de Zeus!
¡Vivan unos y mueran otros a su talante,
y premie a quien le plazca, al teucro o al aqueo!

Dijo y torció las riendas. Las Horas al instante
desuncen los crinados bridones, la ambrosía
les dan en los pesebres, y al muro fulgurante
del portalón arriman el carruaje. Las diosas
ocupan sendos tronos de oro, en compañía
de las demás deidades, quietas y pesarosas.

8. ZEUS, POR LOS TROYANOS

ZEUS lanza los brutos desde el Ida remoto,
y las sólidas ruedas del carro lo encaminan
adonde los Olímpicos mantienen asamblea.
Desunce los caballos el Dios del Terremoto
y enfunda sobre el zócalo la carroza divina,
mientras tiembla el Olimpo cuando el Tonante apea
y dirige sus pasos hasta el áurico trono.

Hera, apartada, calla; nada dice Atenea.
Mas él, adivinando su disfrazado encono:
—¿Por qué, diosas —pregunta— estáis tan abatidas?
No os fatigó la guerra, donde se ilustra el bravo,
ni os fue dable lanzar vuestras acometidas
sobre el odiado teucro, ni hacerle menoscabo.
Os temblaban las dulces carnes, a lo que temo,
y os faltaron arrestos para ver pelear.
Reconoced mi puño y mi vigor supremo:

¡ni juntos los Olímpicos me pueden contrastar!
Y si mi ardiente rayo vuestro carro fulmina,
sin carro hubierais vuelto a la mansión divina.
Dejad que os lo prevenga, pues pudo acontecer.

Murmurando entre sí, pero sin responder,
en asientos contiguos las diosas concertaban
el mal de los troyanos. Atenea callaba;
quiere contra su padre disimular su enfado.
Mas no resiste Hera la voz de la pasión:

—¿Qué has dicho? —le interpela— ¡Oh terrible Cronión!
Tu autoridad es única, tu imperio ilimitado.
No iremos al combate, obedecido seas.
Mas nos duele el destino de las huestes aqueas:
deja que aconsejemos siquiera a los argivos;
no los siegue tu cólera, queden algunos vivos.

Y el Amo de las Nubes:
—Mañana con la aurora,
oh venerable Hera de ojos de novilla,
verás cómo el Cronión a los de Argos humilla
y cómo los rechaza Héctor hasta la hora
en que el Pelida raudo retorne a la porfía,
allá desde sus naves. Y ello ha de ser el día
en que, azarosamente y cerca de las popas,
los restos de Patroclo se disputen las tropas.
Tal lo dispuso el Sino, y muy a tu pesar;
y aunque vayas al término de la Tierra y el Mar
—donde Japeto y Cronos habitan, y no enciende
el Sol Hiperiónida sus rayos, y suspende
el aire sus alientos, y el Tártaro se abisma—,
aunque hasta allá te alargues, consuélate a ti misma
no esperes que me cuide yo de tu desvergüenza.

Hera de brazos cándidos nada contesta. Hunde
su luz en el Océano el sol. La sombra cunde
sobre la tierra próvida. La noche que comienza
aflige a los troyanos. Las aquivas mesnadas
sonríen a la noche tres veces deseada.

Congrega el claro Héctor, cerca al revuelto Janto
y lejos de las naves, a todas sus mesnadas.
No hay rastro de cadáveres, la tierra está aseada.
Apean los guerreros de los carros, y en tanto,
arrimado a su pica de once codos —tenía
de oro la virola, de bronce el espigón—,
Héctor, a Zeus caro, les hablaba y decía:

—¡Teucros, dardanios, licios, oídme! Hoy es el día
en que soñé tornar a la ventosa Ilión,
después de hundir las naves y a todos los aqueos.
La sombra se echó encima burlando mis deseos,
y solamente a ella deben su salvación
los hombres y los barcos que dan fondo en la playa.
Respetemos la oscura sombra, y que todos vayan
a disponer la cena y a desuncir los carros.
No carezcan de pasto los crinados bizarros.
Bueyes y ovejas pingües traedme desde Ilión,
pan casero, y el vino que endulza el corazón.
Apílese la leña, destellen las hogueras
y hasta que luzca el alba iluminen el cielo;
no sea que, en la sombra, escabullirse quieran
los melenudos dánaos y escapen sin recelo,
sobre el lomo del mar, con sus naves ligeras.
Siquiera una lanzada lleven hasta su hogar,
hiéralos una flecha al punto de embarcar,
y así lo habrá pagado quien trajo luto y guerra
al solar de jinetes, a la troyana tierra.
Los heraldos de Zeus salgan con sus pregones:
Que rapaces y ancianos de encanecidas sienes
ocupen sin demora los altos torreones
—obra de las deidades— que la ciudad sostienen;
y por si los contrarios, ausentes los varones,
intentan un asalto o una sorpresa tratan,
las tímidas mujeres cuiden de alzar fogatas
en los patios, y un turno de guardia permanente
vigile los contornos. Hacedlo así vosotros,

magnánimos troyanos, que eso basta al presente.
Mañana he de ordenaros lo que mañana importe,
esclarecidos teucros, domadores de potros;
que, con la voluntad de Zeus y su corte,
mañana expulsaremos a esos perros crueles
que las Keres impulsan en los negros bajeles.
Por la noche, la guardia corra de cuenta nuestra.
Mañana, en esa hora que el alba se demuestra,
el combate daremos junto a las huecas naves.
Veamos si consigue Diomedes el Tidida
echarme hasta los muros con fuerte acometida,
o lo dejo en el sitio cuando el bronce le clave
y cobro sus despojos cual vencedor. Mañana
sabré si mis ataques resiste como fiero,
o lo halla el sol tendido entre los delanteros,
mezclado con los suyos. ¡Gozara yo la ufana
vida inmortal, exenta de vejez, y el favor
que Atenea y Apolo disfrutan, como creo
que mañana es el día fatal para el aqueo!
Tal los arenga Héctor; lo aclaman con fervor.
Desuncen de los yugos los brutos sudorosos,
y los atan al carro con las propias correas.
De la ciudad ovejas y bueyes acarrean,
pan casero, y el vino que endulza el corazón,
y amontonan la leña para hacer el fogón.
Perfectas hecatombes brindan a las deidades,
y el olor de la grasa quemada sube al cielo
llevado por las ráfagas. Pero las voluntades
divinas son adversas y desairan su celo;
que han vuelto las espaldas a la sagrada Ilión,
y a Príamo y sus lanzas de fresno y su mansión.

Por toda aquella noche las fogatas ardían,
por todo el campamento la animación bullía.
Como cuando los vientos se aduermen, despejado
el éter deja ver, sin que se oculte una,
las estrellas en torno a la radiosa luna,
y cumbres, promontorios y valles, que arrobados
contemplan los pastores, tal frente a la ciudad,

entre el Janto y las naves, se ve la claridad
de un millar de fogatas. En corros de cincuenta
las rodean los teucros. Los brutos se apacientan
con avena y cebada blanca junto a los carros.
Es esperada Eos, la del trono bizarro.



IX

EMBAJADA A AQUILES

La novena Rapsodia está consagrada a la presbía *o embajada de gente de autoridad que Agamemnón manda a Aquiles, por consejo de Néstor. La embajada ofrece a Aquiles valiosos presentes para reconciliarlo —incluso la devolución de Briseida—, a fin de obtener de nuevo su cooperación en la guerra contra los troyanos. La negativa de Aquiles es ejemplo de* hybris *o desmesura, pecado capital entre los helenos. Aquiles está condenado a una pronta muerte, muerte que, por lo demás, no presenciamos aún en la* Ilíada. *Ya, invisible, la condenación se cierne sobre el guerrero, como él mismo lo reconoce y declara (414 y ss.). Se admira en la* presbía *la consistencia de los discursos, y no menos, la amenidad narrativa y la ternura del viejo Fénix. Sin esta Rapsodia, Aquiles, protagonista de la* Ilíada, *hubiera estado fuera de la escena entre las Rapsodias I y XVI, salvo una rápida aparición en la XI. 1.* Asamblea nocturna de los aqueos: *Agamemnón propone ante el ágora el abandono de la guerra. Diomedes lo reprende. Néstor quiere aconsejar a Agamemnón; pero, como su consejo implica una censura, parece refrenarse por estar a presencia del ágora, y se limita a pedir que se establezca una guardia en el muro y se disponga la cena. 2.* Ofertas de Agamemnón: *La cena de los capitanes se resuelve en consejo de guerra. Aquí Néstor reprocha suavemente a Agamemnón su conducta para con Aquiles y le recomienda que procure reconciliarlo con honras y obsequios. Agamemnón accede a ofrecerle ricos presentes, la devolución de Briseida intacta, la mano de una de sus hijas, siete ciudades, etcétera. Se nombra la embajada, compuesta de Áyax y Odiseo, al mando de Fénix y con la compañía de los heraldos Euríbates y Odio. 3.* La Embajada: *Los embajadores son honrosamente recibidos por Aquiles, que a la sazón se divertía cantando en su tienda, acompañado de su inseparable Patroclo. 4.* Discurso de Odiseo: *Odiseo explica la grave situación de los aqueos, declara el mensaje de amistad y los ofrecimientos de Agamemnón, y añade por su cuenta algunas razones. 5.* Respuesta de Aquiles: *Aquiles rechaza la reconciliación y los presentes, manifiesta su odio a Agamemnón y lo mucho que desconfía ya de su palabra, hace sentir que es incapaz de olvidar la ofensa recibida, amenaza con embarcar rumbo a su tierra a la mañana siguiente, y dar por respuesta la más rotunda negativa. Invita a Fénix a regresar con él. 6.* Impetración de Fénix: *Fénix, segundo padre y ayo de Aquiles, lo insta a cambiar de actitud, y aduce ejemplos de su propia historia y la de Meleagro el etolo, para mostrarle los yerros a que conduce una pasión desenfrenada. Alegoría (o personificación) de las Súplicas (513-524). 7.* Últimas réplicas: *Aquiles insiste en su negativa, y pide a Fénix, en nombre de su cariño, que haga causa común con él. Áyax*

invoca la amistad que los une y el respeto a la hospitalidad. Aquiles se mantiene reacio: sólo entrará en combate cuando, derrotados los aqueos, Héctor se atreva a atacarlo a él mismo, lo que mucho duda. Los embajadores se despiden. Fénix se queda con Aquiles, que le manda preparar el lecho. 8. Regreso de la Embajada: *Los aqueos reciben las nuevas del fracaso. Diomedes, indignado, dice a Agamemnón que ya no queda otro recurso sino seguir combatiendo a la mañana siguiente.*

1. ASAMBLEA NOCTURNA DE LOS AQUEOS

GUARDÁBANSE los teucros contra cualquier sorpresa,
pero aun los más indómitos aquivos eran presa
—hermano de la Fuga— del gélido Pavor.
El ponto, en peces pródigo, se agita inmensamente
si el Bóreas y el Céfiro de Tracia, de repente,
hinchan las negras olas y arrojan el hervor
de algas por la orilla: así dentro del pecho
de los aquivos duda el corazón maltrecho.

Transido de dolor vaga el hijo de Atreo
buscando a los heraldos de resonante boca
para que, con sigilo, junten a los aqueos,
y él mismo lo va haciendo y él mismo los convoca.
Acuden los guerreros, turbado el continente,
y Agamemnón suspira y les dice con vivo
quebranto, al par que llora cual despeñada fuente:

—¡Oh amigos, capitanes y príncipes de argivos!
No obstante haberme dado el signo de su frente,
el Crónida cruel me envuelve en trance amargo.
Ayer me prometió que no regresaría
sin debelar los muros de Ilión, y fue falsía;
y hoy place a su grandeza el devolverme a Argos
desmedrado y sin gloria, tras la inútil porfía.
¡Él que tanta muralla —corona de ciudad—
rinde, si en ello pone su magna voluntad!
Atendedme: boguemos a los nativos valles.
¡No podemos con Troya, la de anchurosas calles!
Abrumados los dánaos por duelo inenarrable,
callan. Y al fin Diomedes, pronto a toda pendencia:

—¡Atrida! Te rebato, que en el ágora es dable.
Tolera, oh rey —le dice—, que acuse tu imprudencia.
Ha poco, ante los dánaos negaste mi valor,
mozos y viejos saben cómo me has denostado.
Pues yo a mi vez te digo que te colmó de honor
el hijo del artero Cronos, mas no te ha dado
con el cetro el arrojo, que es la virtud mayor.
¿Pensabas, insensato, que todos los aqueos
eran tan pusilánimes como los imaginas?
Huye, si es que a la fuga tu corazón te inclina:
ahí tienes el mar abierto a tus deseos
y la abundante flota que traes de Micenas.
Mas los demás aqueos de tupidas melenas
aquí habrán de quedarse hasta que caiga Ilión.
Y aun ellos, si les place, vuelvan a los bajeles;
yo y Esténelo a solas seguiremos fieles,
seguros de los dioses y de su protección.

Aclaman los aqueos al domador de potros,
y el caballista Néstor:
—¡Oh hijo de Tideo!
En ánimo y consejo superas a los otros;
vales más que tus años. Entre tantos aqueos,
ninguno ha de oponérsete. Mas no lo has dicho todo.
Aunque mozo —pudieras ser mi hijo menor—,
a los reyes argivos sabes hablar de modo
que admira tu atingencia; mas yo que me glorío
de ser muy viejo, todo lo diré sin temor.
Que me aprobéis espero, y en mi razón confío
para esperar que al cabo me apruebe el mismo rey.
Aquel que se complazca en luchas intestinas
vivirá entre la inquina, sin hogar y sin ley...
En fin, obedezcamos a la noche. La cena
preparemos, y móntese la guardia en muro y foso.

Yo lo encargo a los jóvenes, oh rey, si así lo ordenas,
pues eres el supremo jefe. Y como es debido
y cuadra a la grandeza de rey tan poderoso,
llama al banquete a todos los próceres. Tus tiendas
de vino están colmadas que a diario te han traído

los bajeles aqueos y la Tracia te ofrenda;
medios te sobran y eres señor de largo mando.
Congrégalos y pide el parecer de algunos,
e inclínate al que juzgues más sabio y oportuno;
que importa a los aqueos un buen consejo, cuando
vemos ya los innúmeros fuegos del enemigo
tan cerca de las naves. ¿Quién no siente aflicción,
quién los contempla impávido? Los ejércitos saben
que esta noche decide la ruina o salvación.

Lo escuchan y obedecen. Requieren sus arreos,
para montar al punto la guardia, Trasimedes
Nestórida, el pastor de hombres, y Afareo,
y aun Ascálafo y Yálmeno, los retoños de Ares,
Meríones, Deípiro y el claro Licomedes
Creóntida. Eran siete capitanes impares,
seguido cada uno de un ciento de lanceros.
Por el muro y el foso sus lumbres encendieron
y empezaron la cena.

2. OFERTAS DE AGAMEMNÓN

En su tienda, el Atrida
regala regiamente a sus conmilitones
de guisa que pudieran saciar sus corazones.
Todos pusieron mano a las viandas servidas,
y cuando han disfrutado manjares y bebidas,
Néstor, el consejero más escuchado, exclama,
urdiendo cuerdamente los hilos de su trama:

—¡Atrida, rey de hombres, Agamemnón preclaro!
Invocándote empiezo, lo mismo he de acabar,
pues con el cetro Zeus te dio grandeza y fama
para guiar al pueblo y servirle de amparo.
Tu superior aviso déjanos escuchar;
pero, además, es justo que oigas la voz ajena,
y hasta que la autorices, si la intención es buena,
que así te corresponde como supremo honor.
Yo quiero declararte lo que juzgo mejor,
y no habrá quien discurra consejo más prudente.

Lo vengo meditando así constantemente,
oh vástago de Zeus, desde que arrebataste
a la joven Briseida, muy a despecho mío,
y Aquiles en su albergue se encerró con su pena.
Yo quise disuadirte, pero no me escuchaste.
Tu ánimo fogoso te llevó al desvarío.
Aún no restituyes la recompensa ajena,
y has agraviado a un ínclito y aguerrido varón,
grato a los Inmortales. ¿Por qué no remediarlo?
Tal vez unos presentes, una compensación,
un mensaje amistoso puedan reconciliarlo.

—Conoces bien mis yerros, sabes enumerarlos,
anciano —le interrumpe el rey Agamemnón—.
Y confieso que vale por muchos un varón
protegido de Zeus, que ha hecho suyo el agravio
y para vindicarlo humilla a nuestra gente.
Mas ya que fui juguete de tan ciega pasión,
quiero que de la ofensa no quede ni resabio.
Ofrezco a Aquiles copia de espléndidos presentes,
y voy a revelaros cuál es mi decisión:
Le daré siete trípodes que el fuego no ha manchado,
diez talentos de oro; con ellos, unas veinte
calderas bien bruñidas, doce raudos bridones,
diestros en la carrera y nunca superados.
¡Feliz quien los posea, tendrá el oro a montones,
a juzgar por los muchos premios que ya han ganado
mis ligeros solípedos! Le cederé de grado
siete mujeres lesbias, bordadoras famosas,
que escogí por botín entre las más hermosas,
cuando él venció la plaza de Lesbos. Y además,
consiento en devolverle la hija de Briseo,
jurando con palabra solemne que jamás
tuve acceso a su lecho, ni con ella me he holgado
como varón con hembra. Todo esto deseo
cumplirlo sin tardanza. Y si han determinado
los dioses que derribe la gran ciudad de Ilión,
ufanía de Príamo, que recoja en su barco
cuanto oro y bronce quiera del botín que juntemos,
y a las veinte troyanas más lindas (con perdón

de nuestra argiva Helena). Y ya, vueltas a Argos
y a los fértiles campos de Acaya nuestras huestes,
bien podrá ser mi yerno, honrado al par de Orestes,
hijo menor que crío con celo singular.
En mi soberbio alcázar he dejado tres hijas:
Crisótemis, Laódice, Ifianasa. Que elija
sin pago a la que quiera, y llévela al solar
paterno de Peleo, que yo la he de dotar
como nunca dotó un padre a su heredera;
pues pienso darle siete ciudades populosas
—Cardámila y Énope, Hira la muy herbosa,
Antea entre sus prados y la divina Feras,
Pédaso y sus viñedos, y Epea, dulce asilo—,
situadas junto al mar y a la arenosa Pilos,
cuyos vecinos, ricos en ganados y bueyes,
le han de honrar con ofrendas como a una deidad,
y pagarán crecidos tributos a sus reyes.
Tal haré si me es dable vencer su enemistad.
Piense Aquiles que Hades sólo es execrable
—único entre los dioses negado a la piedad—
por ser irreducible; y no dude en ceder
a quien cuenta más años y tiene más poder.

Y Néstor, el carrero gerenio:
—¡Claro Atrida,
glorioso rey de hombres, Agamemnón! ¿Quién cuida
de rechazar regalos como los que propones?
Vayan tus mensajeros en busca del Pelida,
y sean escogidos y disertos varones.
Los nombraré si quieres y si a ellos es grato:
Fénix, tan caro a Zeus, encabece el mandato;
síganlo el grande Áyax y el divino Odiseo;
y Euríbates y Odio, los heraldos aqueos,
escolten la embajada. Dadnos agua a las manos,
y en silencio imploremos al Cronión soberano.

Tal dijo, y plugo a todos. Les dieron aguamanos
los heraldos. Los mozos las cráteras henchían
para servir las copas; se hicieron libaciones,
bebieron a sabor. Cuando se disponían

a abandonar la tienda del rey Agamemnón,
Néstor multiplicaba sus recomendaciones
con expresivos guiños, y a Odiseo ante todo,
para que se conduzcan y lo acierten de modo
que logren persuadir al claro Pelión.

3. LA EMBAJADA

AMBOS van por la orilla del rumoroso mar,
y al dios de cuyo abrazo la tierra se estremece
piden que el fiero Eácida se deje doblegar.
Los toldos mirmidónicos y naves ya aparecen.
Allí Aquiles sus ocios deleita a la sazón
con la entonada lira, la del puente de plata,
que ganó en el saqueo de la ciudad de Eetión.
Evoca hazañas bélicas, y mientras él desata
la voz, Patroclo, mudo y junto a él sentado,
espera que el Eácida acabe su canción.

Lo abordan. Odiseo los precede. Asombrado
se alza de un salto Aquiles, lira en mano, y al par
se levanta Patroclo en viéndolos entrar.
El alígero Aquiles la mano les alarga:
—Salud y bienvenida, amigos, aunque sea
mal signo la visita y la ocasión amarga,
pues sois mis preferidos entre la gente aquea.

Les cede los asientos de púrpura vestidos
y dice al Menetíada:
—¡Oh Patroclo! Apercibe
la crátera más honda y el vino más subido,
Mézclalo y distribuye las copas, que hoy recibe
mi techo a los varones de más estimación.

No desoye Patroclo al caro compañero,
y al hogar acercándolos, encima del tajón
descansa pingües lomos de cabra y de cordero,
y una jugosa espalda de jabalí. Sujeta
la carne Automedonte que, en trozos dividida,
Aquiles va cortando y al asador la espeta,



[IX, 185]

mientras el Menetíada, a una deidad igual,
alimenta la hoguera. Cuando amenguó la llama,
la leña, hecha rescoldos y brasas, desparrama,
y sazona la carne con la sagrada sal
sobre los asadores que apara en los morillos.
Dispónese en plateles cada ración de asado;
Patroclo sirve el pan en pulcros canastillos;
Aquiles da las viandas, junto al muro sentado,
frente al lugar que ocupa Odiseo el divino,
y encomienda a Patroclo las primicias y el vino.
La ofrenda de los dioses lanzó Patroclo al fuego;
todos ponían mano a las viandas, y luego
que se satisficieron, con furtiva mirada
y como preguntándose si la hora es llegada,
Áyax consulta a Fénix. Odiseo lo advierte,
llena otra vez su copa y brinda de esta suerte:

4. DISCURSO DE ODISEO

—¡Salve, Aquiles! Pues sábete que Agamemnón Atrida
ha poco nos honraba con un festín igual,
donde también gozamos de viandas escogidas.
Pero agasajo y fiesta nos han sabido mal,
oh retoño de Zeus, porque en verdad tememos
un inmenso desastre, y nos roe la duda:
¿Se salvarán las naves de numerosos remos
si tu valor olvidas, negándonos tu ayuda?
Los animosos teucros y sus muy afamados
auxiliares acampan junto a barcos y muro,
entre mil luminarias nos tienen ya cercados,
y el asalto a las naves lo dan ya por seguro.
Reciben a la diestra relámpagos propicios,
y envanecido Héctor con el divino amparo,
iracundo y valiente, anda fuera de quicio
y ni a dioses ni a hombres respeta en su descaro;
invoca el nuevo día, y, en alumbrando Eos,
jura que ha de arrancar la insignia de las popas,
poner fuego a las naves que arderán como estopa
y acabar entre el humo con todos los aqueos.
Mi ánimo se acuita y medroso me hallo,

pues sé que, de cumplirse los amagos divinos,
el perecer en Troya será nuestro destino,
tan lejos de la Argólide, nodriza de caballos.
Acude, aún es tiempo, no lo llores mañana,
protege a los aqueos de la furia troyana.
El daño acontecido ¿quién lo remediaría?
Decídete a salvar, en la última hora,
al pueblo de los dánaos de tan funesto día.
Caro amigo, el encargo paterno rememora.
Peleo te exhortaba cuando, al salir de Ftía,
partiste con la gente de Agamemnón: "¡Oh hijo!
Ni Atenea ni Hera te negarán de fijo
arrestos y bravura, mas frena ese valiente
carazón, sé benévolo, guárdate de disputas
y jóvenes y viejos te honrarán juntamente."
Tal te ordenó el anciano, mas tú no lo ejecutas.
Olvida, pues, tu cólera, mira que Agamemnón
te ofrece con largueza la reconciliación.
Y voy a revelarte, por que mejor lo entiendas,
lo que ahora el Atrida nos declaró en su tienda:
Siete flamantes trípodes te dará de presente,
diez talentos de oro; con ellos, unas veinte
calderas bien bruñidas, doce raudos bridones
diestros en la carrera y nunca superados.
¡Feliz quien los posea! Tendrá el oro a montones,
a juzgar por los muchos premios que le han ganado
los ligeros solípedos. Te cederá de grado
siete mujeres lesbias, bordadoras famosas,
que escogió por botín entre las más hermosas
cuando tú saqueaste a Lesbos, y además,
consiente en devolverte la hija de Briseo,
jurando con palabra solemne que jamás
tuvo acceso a su lecho, ni con ella se ha holgado
como varón con hembra. Todo esto es su deseo
cumplirlo sin tardanza. Y si han determinado
los dioses que derribe la gran ciudad de Ilión,
ufanía de Príamo, llevarás a tu barco
cuanto oro y bronce quieras del botín que juntemos,
y a las veinte troyanas más lindas (con perdón
de nuestra argiva Helena). Y, ya vueltas a Argos

y a los fértiles campos de Acaya nuestras huestes,
bien podrás ser su yerno, honrado al par de Orestes,
hijo menor que cría con celo singular.
En su soberbio alcázar ha dejado tres hijas:
Crisótemis, Laódice, Ifianasa. Que elijas
sin pago a la que quieras, y reine en el solar
paterno de Peleo; que él la piensa dotar
como nunca dotó un padre a su heredera,
ofreciéndole siete ciudades populosas
—Cardámila y Énope, Hira la muy herbosa,
Antea entre sus prados y la divina Feras,
Pédaso y sus viñedos, y Epeo, dulce asilo—,
situadas junto al mar y a la arenosa Pilos,
cuyos vecinos, ricos en ganados y bueyes,
te han de honrar con ofrendas como a una deidad,
y pagarán crecidos tributos a sus reyes.
Tal hará si te ablandas, si obtiene tu amistad.
Mas si él y sus presentes no pueden con tu enojo,
duélate el vencimiento de las huestes aqueas.
Gloria y honor divinos ganaras a sus ojos,
y acaso al mismo Héctor rindas en la pelea,
quien, ciego de furor, se acerque hasta tus manos,
pues sueña que ninguno de cuantos fieros dánaos
han traído las naves resiste a su valor.

5. RESPUESTA DE AQUILES

Y EL alígero Aquiles:
—¡Industrioso Odiseo,
divino Laertíada! Hablaré sin rodeos
para que no haya duda y nadie me impaciente
por un lado y por otro con importunidades.
Quien declara una cosa y piensa diferente
me es más odioso aún que las puertas del Hades.
Mejor será decíroslo: ni el rey Agamemnón
ni los dánaos juntos han de mudar mi mente,
ya que no alcanza méritos quien sin descanso brega;
el que se oculta en casa gana igual galardón
que quien la guerra afronta, y a igual honor se llega
o bien por el arrojo o bien por la abyección,

y como los solícitos mueren los holgazanes.
Inútiles han sido mis ásperos afanes,
y el arrostrar la muerte de nada me ha valido.
Cual se despoja el ave por nutrir sus polluelos
y en el pico les lleva todas las provisiones,
así, en jornadas bélicas y en nocturnos desvelos,
a busca de las hembras luché con los varones.
La Tróade feraz cubriendo con la guerra,
vencí doce ciudades por mar, once por tierra;
de todas traje inmensos despojos al Atrida
que, en sus veleras naves, con regalada vida,
repartía lo menos, guardaba lo mejor.
Cuanto cedió a los príncipes fue paga recibida,
y a mí, víctima única de todos los aqueos,
me agravia arrebatándome la esposa de mi amor.
¡Acuéstese con ella si tal es su deseo,
disfrútela si quiere! Mas ¿por qué los argivos
guerrean con los teucros, y para qué el altivo
Agamemnón juntó tan numerosa gente,
sino para el rescate de la divina Helena,
la de hermosa melena? ¿Será que solamente
aman a sus esposas los vástagos de Atreo?
Todo varón sensato y venerable creo
que ama y cuida a la suya, y yo como varón
velaba por la mía con todo el corazón,
aunque fuera cautiva ganada en la pendencia.
Pues la arrancó a mis brazos el rey Agamemnón,
no intente persuadirme, conozco su demencia.
Resuelva con sus príncipes y contigo, Odiseo,
cómo hurtar a la llama los bajeles aqueos.
No le hice yo falta en otras ocasiones:
alzó un muro, abrió un foso, plantó una palizada...
Cierto que son endebles tamañas precauciones
para el troyano Héctor, pavor de las mesnadas.
Nunca permitió éste, si yo entraba en batalla,
que saliesen sus hombres lejos de la muralla.
Llegaban a lo sumo por las Puertas Esceas,
donde la encina crece; y cuando por acaso
quiso aguardarme un día para darme pelea,
ni pudo resistirme ni salió bien del paso.

Mas ya no está en mi ánimo el combatir con él,
y mañana, a la aurora, cargaré mi bajel,
haré ofrendas a Zeus y a los demás Olímpicos,
y —por si te divierte— verás que mis veleros
surcan el Helesponto y su seno prolífico,
ágilmente empujados por gozosos remeros.
Y si es propicio el alto Señor del Terremoto,
el viaje ha de llevarme a la próvida Ftía
al cabo de tres días. Por mi mala ventura
abandoné mis bienes en mi solar remoto,
pero intento llevarme oro y bronce rojizo,
hierro gris y mujeres de preciosa cintura
que me han tocado en suerte, ya que el Atrida hizo
escarnio de la prenda que me otorgó su mano.
Decídselo, os lo ruego, claro y sin reticencias,
y que lo escuchen todos, para que su impudencia
no halle desprevenidos a los ingenuos dánaos
si ensaya un nuevo fraude. Bien sé que él no se atreve
a mirarme a la cara, aunque felón y aleve.
¡Ni ayuda ni consejo! Baste con lo sufrido,
no ha de embaucarme ahora. Corra a su perdición,
pues le ha nublado el juicio el prudente Cronión.
Detesto sus obsequios y de él nada me cuido.
Me diera diez o veinte veces más todavía
de cuanto tiene y logre atesorar mañana,
o cuanto hay en Orcómene o en Tebas egipciana
—la de opulentas casas y cien puertas, que fían
paso a doscientos hombres con carros y caballos—,
o cuantos son los granos de polvo y las arenas,
que ni así ha de aplacarme ni me persuadiría
a dar por bien pagada la cuita en que me hallo.
Ni su hija me atrae, ni me parece buena
para mujer de Aquiles, cuando fuere preciosa
como Afrodita de oro y valga en las labores
lo que vale Atenea, la Ojizarca radiosa.
Déle entre los mejores otro príncipe aqueo,
porque yo no la envidio ni quiero para esposa.
A mí, plegue a los dioses, otra me dé Peleo
al regreso; que abundan doncellas de valer
en Hélade y en Ftía, ciudades populosas

donde hay reyes con hijas para elegir mujer.
Si una esposa me pide mi noble corazón,
sea la digna cónyuge que me acomode y cuadre
para gozar con ella los bienes de mi padre.
Pues vale más la vida que el tesoro de Ilión
en la era de paz y antes de los aqueos,
más que el templo lapídeo del Cazador Apolo
en Pito la rocosa. En la guerra tan sólo
pueden amontonarse, a fuerza de saqueos,
bueyes, ovejas, trípodes, alazanes crinados,
mas no la vida humana si nos ha abandonado,
no el resuello si escapa del cerco de los dientes.
Tetis la Pies de Plata, mi madre, me ha augurado
que al término mortal me llevan dos destinos:
si he de luchar en Troya, mi fin será inminente
y eterno mi renombre; mas si regreso a Ftía,
será mi vida larga, la fama que declino
hará que se me aleje la muerte todavía.
Bogad a vuestras playas, escuchad mi consejo.
No lograréis rendir a la eminente Ilión:
la ampara con su brazo el Tonante Cronión
y han recobrado el ímpetu sus guardianes. Os dejo
cumplir con vuestro encargo, mensajeros fieles.
Los príncipes aqueos oigan lo que contesto:
Busquen otro que salve los cóncavos bajeles,
que aquel en quien pensaban su enojo no ha depuesto.
Quede Fénix conmigo, descanse, y de mañana
—si ello le complace, pues no ha de serle impuesto—,
lo embarcaré en mi viaje a la patria lejana.

6. IMPETRACIÓN DE FÉNIX

Con tanto ardor lo dijo que todos enmudecen.
Y el viejo caballista Fénix, lleno de espanto
por el fin desastroso que a las naves se ofrece,
al cabo pudo hablar sin contener el llanto:
—Si piensas, claro Aquiles, en regresar de veras
y abandonar al fuego nuestras naves veleras
a causa de la ira que arde en tu corazón,
¿cómo quedarme a solas sin tu arrimo, hijo amado?

Al partirte de Ftía con los de Agamemnón,
Peleo, el viejo ecuestre, por verte acompañado
—pues aún eras tierno y aún nada sabías
de la guerra o del ágora, luto y prez de varones—,
te confío a mi guarda para darte destreza
en hablar con buen juicio y obrar con entereza.
Hijo amado, no pienses, pues, que yo te abandone.
No podría dejarte, aunque alguna deidad,
para más persuadírmelo, me prometiera el arte
de disipar los ajes que da la ancianidad
y tornarme tan joven como en aquellos días
de Hélade, morada de mozas placenteras,
donde hui de mi padre y su animosidad;
pues Amíntor Orménida, mi padre, me reñía
por una concubina de airosa cabellera,
a quien amaba tanto que su capricho era
ofensa de su esposa, que fue la madre mía.
Postrada a mis rodillas, mi madre suplicaba
que usara yo el primero de la joven esclava
para que aborreciese los ruegos del anciano.
Obedecí; lo supo mi padre, y me maldijo
mil veces, implorando de las Erinies fieras
que nunca en sus rodillas jugueteara un hijo
nacido de mi carne. Los dioses, por mi mal,
escucharon sus votos: el Zeus Infernal
y la feroz Perséfone. Yo quise, en mi ceguera,
pasarlo al bronce agudo; pero algún Inmortal
me disuadió, mostrándome cuánto baldón espera,
qué infamia entre la gente, qué desastrosa vida,
a aquel que los argivos declaran parricida.
Me fue odioso el palacio, y nada llevadera
la convivencia diaria junto al padre enojado.
Los deudos, los amigos, con reiterados ruegos,
en vano pretendían conservarme a su lado.
Hicieron sacrificios de lardosos borregos,
de flexípedes bueyes de astas retorcidas,
y cerdos bien cebados que entregaban al fuego
de Hefesto, y se bebió en cantidad crecida
el vino que el anciano guardaba en sus tinajas.
Durmieron a mi lado nueve noches seguidas,

turnándose en la vela por ver si así me atajan.
En el cercado patio alzaron una hoguera
junto al pórtico, y otra frente a mi habitación.
Y a la décima noche, sin que nadie me viera,
ni los muchos guardianes ni las muchas esclavas,
y a favor de la sombra, quebranté la prisión,
rompí la puerta sólida que mi alcoba cerraba,
salí al patio, sin pena pude saltar el muro,
hui por la ancha Hélade, y me puse a seguro
en la próvida Ftía, nodriza de ganados,
casa del rey Peleo; quien me acogió de grado,
me colmó de mercedes, me tuvo tan mimado
como a brote unigénito habido en la vejez,
me encumbró entre los hombres, y puso a mi cuidado
el reino de los dólopes al término de Ftía.
¡Oh Aquiles! Te he criado yo desde la niñez
hasta el presente día con singular apego.
Tú no aceptabas fiestas, banquetes, ni reacio
aceptabas siquiera comer en el palacio,
si no era en mis rodillas, donde yo, como a juego,
te cortaba la carne y el vino te acercaba.
¡Cuántas veces la túnica y el pecho me manchabas
devolviendo los tragos: achaques infantiles!
¡Cuánto no habré sufrido por educarte, Aquiles!
Y, pues la descendencia los dioses me negaban,
te adopté como a hijo, previendo que algún día
—amparo a mi infortunio— tú me socorrerías.
Refrena, Aquiles mío, tu ánimo fogoso;
no cuadra a tu nobleza una pasión impía.
Mira que hasta los dioses se dejan aplacar,
con ser tan superiores y ser tan poderosos.
Cuantos su ley infringen los suelen contentar
con ofrendas y votos, libaciones y humo
de la grasa quemada. Hijas del Padre Sumo
son las dolientes Súplicas, y —cojas, arrugadas
y cegatonas—, andan tras la huella de Ate,
quien —válida y alígera— corre el mundo y combate
en daño de los hombres, daño que ellas reparan.
Aquel que, al recibirlas, las oiga y las acate,
merecerá de ellas honor y protección;

cuando él las solicita, ellas siempre lo amparan.
Quien las desoiga, sepa que las oye el Cronión,
y pronto vendrá Ate en su persecución
para imponer al torpe la pena que merece.
Escucha tú a las Súplicas, no repudies las preces,
que han sabido escucharlas también los más valientes.
Si no te contentara el rey Agamemnón
brindándote las prendas de reconciliación
y promesas mejores aún, si tenazmente
se encerrara en su encono, yo no te exhortaría
para que, ya olvidado de tu saña bravía,
ayudes a los dánaos con liberalidad,
así fuere el desastre más duro que el presente.
Pero te da mil cosas y te promete más,
y como garantía de no volverse atrás,
te manda entre los dánaos a los más excelentes,
a los que más estimas entre la armada gente.
Escúchalos, no sea vana su petición.
Tu enojo ayer tenía disculpa suficiente;
mas lo que ayer fue lícito, hoy fuera sinrazón.
Así nos lo aconsejan pretéritas hazañas:
también aquellos héroes tenían disensiones,
mas presentes y ruegos aplacaban su saña.
Dejad que os traiga, amigos, ciertas recordaciones,
no de ayer, muy remotas. Los curetes batían
a los bravos etolos en torno a Calidón,
la plaza disputada. Provocó la porfía
Ártemis la del trono de oro, porque Eneo,
al alzar sus cosechas, honraba a las deidades
con frutos y hecatombes, mas no a la hija de Zeus.
¡Fatal error u olvido! Indignada la diosa
que causa con sus flechas tantas calamidades,
lanzó por las campiñas una fiera rabiosa,
un jabalí de albares colmillos: grave daño
para el campo de Eneo. Desarraigó la fiera
y derribó los árboles, florida primavera
que ya daba despuntes con los frutos del año.
La mató Meleagro Eneída, pues pudo
juntar, por varios pueblos, perros y cazadores;
que el jabalí era ingente, grande entre los mayores,

a la fúnebre pira mandó a muchos, y dudo
que con menor socorro lo hubiera dominado.
Mas entonces la diosa movió un acre altercado:
curetes e indomables etolos se disputan
la cabeza del monstruo y la pelleja hirsuta.
Mientras que Meleagro, como Ares pujante,
se mantuvo inflexible, rigiendo las batallas,
aunque muy numerosos, reveses incesantes
sufrían los curetes, presos en sus murallas.
Mas enojado el héroe contra su madre Altea,
abrió el pecho a la ira que al más cuerdo avasalla,
y encerrado en palacio, olvidó la pelea
junto a su Cleopatra, su floreciente esposa.
Hija fue de Marpesa Evenina, famosa
por sus lindos tobillos, e Idas, el caudillo
que en la anchurosa tierra no conoció rival.
Baste que contra Apolo tendió el arco mortal
a causa de Marpesa, la de lindos tobillos.
Mientras la arrebataba Apolo el Providente,
la madre se dolía como alción sufrido,
llorando por su hija desesperadamente;
y de aquí que, en recuerdo de sus tribulaciones,
padre y honrada madre se hayan prometido
apodar a la hija con nombre de Alcione.
Así, pues, Meleagro, en casa recluido,
al lado de su esposa devana su amargura,
reñido con su madre, quien, sin hallar consuelo,
de hinojos a los dioses todo el día conjura
para vengar la pérdida de su hermano querido.
Bañado el seno en lágrimas y golpeando el suelo,
al Hades y a la fiera Perséfone encomienda
contra su propio hijo maldiciones de muerte.
La inexorable Erinis, en la mansión horrenda
y brumosa del Érebo oyó su imprecación,
y enconó la reyerta de los bandos, de suerte
que todo era tumulto en torno a Calidón.
Las torres eminentes se vieron asaltadas.
Los ancianos etolos elevaron sus preces,
y hasta los sacerdotes fueron en embajada
para que Meleagro salvara a la ciudad

y al pueblo, prometiendo pagárselo con creces.
Le daban a escoger la más rica heredad
de cincuenta yugadas, mitad viña y mitad
terreno labrantío; golpeaban su puerta
inútilmente Eneo, el caballista anciano,
las hermanas, la madre, con súplicas y ofertas.
Pero él se aferraba en su rencor. En vano
quisieron persuadirlo a dejar su aposento
sus amigos más caros y quebrantar su intento,
mostrándole el peligro de que, en cualquier momento,
si él no abandonaba su reclusión cruel,
los mismos adversarios cayeran sobre él.
Los curetes vencían las torres, en verdad,
y ya pegaban fuego a toda la ciudad.
Su esposa Cleopatra, la de gentil cintura,
se le acercó llorando, y le hacía patentes
los daños que amenazan a la vencida gente:
"Matan a los varones, raptan las criaturas,
a las esbeltas hembras se llevan por esclavas
—le decía—, y entregan al fuego la ciudad."
Al fin de Meleagro el ánimo mudaba
y, condolido al fin de tanta adversidad,
viste lucientes armas, y por su empeño sólo,
aleja el negro sino y salva a los etolos.
Venció, mas le negaron los premios ofrecidos,
que oyó a su corazón, pero no prestó oído
a quienes lo imploraron al hora de la cuita.
Compara, caro amigo, y la lección medita,
y el cielo no consienta en otro error igual.
Cuando las naves ardan, no habrá remedio al mal.
Acepta los presentes que se te han brindado,
y como a un dios te honren. Tu prez será menor
si al fin vas a la guerra sin ser recompensado,
aun cuando el daño alejes y salgas vencedor.

7. ÚLTIMAS RÉPLICAS

Y EL alígero Aquiles:
—¡Oh Fénix venerable,
segundo padre mío, noble ramo de Zeus!
De tan subidas honras no siento yo deseos;

las que el Cronión me otorgue me son más deseables,
y espero que él me asista entre mis corvas naves
mientras mi pecho aliente y valgan mis rodillas.
Y más te digo, y sábelo si es que no lo sabes:
no me conturbes ya, que así sólo te humillas
por complacer al prócer, al vástago de Atreo,
con llantos y escarceos. Riñe con quien yo riño,
pésete mi dolor. No cambies mi cariño,
pues así me desairas en recelo y rencor.
Parte conmigo el mando y regresa conmigo;
lleven estos amigos la respuesta y mensaje;
descansa en blando lecho, y ya al romper el día,
veremos si a la patria concertamos el viaje,
o si más nos contenta quedarnos todavía.

Con un guiño, a Patroclo manda tender el lecho
mullido para Fénix: que los demás entiendan
que deben cuanto antes abandonar la tienda.
Mas Áyax, que lo advierte, no estaba satisfecho,
y exclama así el divino hijo de Telamón:

—¡Oh sagaz Laertíada, linaje del Cronión!
Partamos, es inútil nuestra pena, Odiseo.
La respuesta, aunque ingrata, llegue hasta los aqueos
que aguardan impacientes. Soberbio el corazón,
este cruel Aquiles no aprecia la amistad
de quienes más lo quieren y como a nadie honraban
allá en el campamento, e ignora la piedad.
La muerte de un hermano, ¡la de un hijo!, se lavan
con justas recompensas, y queda el matador
tranquilo en el lugar, y el agraviado queda
contento con el pago. ¡Y a ti por una esclava
te enfurecen los dioses! ¿Cómo esperar que cedas?
Te han ofrecido siete y de las más gentiles;
presentes y provechos te han ofrecido, Aquiles.
¡Respeta tu morada y abre tu duro pecho,
mira bien que nos tienes debajo de tu techo,
que somos mensajeros del ejército aquivo,
y en nadie has encontrado un afecto más vivo
ni a nadie cederíamos tan singular derecho!

Y el alígero Aquiles:
—¡Áyax de Telamón,
príncipe de guerreros y raza del Cronión!
Comparto cuanto has dicho, Áyax; mas no te asombres
si sólo al recordar al rey Agamemnón
y el trato que me dio delante de sus hombres
—indigno para un prófugo— me arde el corazón.
Partid con mi respuesta: No volveré al combate
mientras Héctor Priámida, después que desbarate
las filas y barracas del ejército aqueo
y dé al fuego las flotas, no se haya atrevido
a amagarme de cerca. Que, aunque muy engreído,
que llegue a mis reales ni lo temo ni creo.
Dijo, y brindaron luego en copas de dos asas
las sacras libaciones.

Ya se han despedido,
ya van junto a las naves a zaga de Odiseo.

A una orden de Patroclo, la gente de su casa
—esclavas y asistentes— con solícita mano
aderezaba el lecho de Fénix el anciano:
pieles de oveja, manta y el más precioso lino...
Duerme el viejo, esperando que Eos la deidad
su resplandor encienda. Y al fondo de la tienda,
dormía con Aquiles la hija de Forbante,
Diomeda, esclava lesbia de plácido semblante.
Patroclo fue a tenderse por el otro rincón,
junto a Ifis de espléndida cintura, galardón
que le ha ofrecido Aquiles a cuenta del saqueo
de la escarpada Esciro, ciudad del rey Enieo.

8. REGRESO DE LA EMBAJADA

LLEGABAN los legados hasta el hijo de Atreo.
El vino en copa de oro les daban los aqueos
y los importunaban a fuerza de preguntas.
Y el rey, que sólo al verlos el malogro barrunta:

—Honra y prez de los dánaos, dime pues, Odiseo:
¿Contamos con la ayuda del ínclito varón

para librar las naves del incendio inminente,
o invade aún la cólera su altivo corazón?

Contéstale Odiseo, el divino, el paciente:
—¡Oh Atrida de la fama, glorioso Agamemnón!
Ni depone su cólera ni acepta tus presentes.
Se aíra por instantes; dice que te desveles
acá con tus argivos, y que tú mismo veas
cómo libras las naves y las huestes aqueas.
Y amenaza, al aurora, zarpar con sus bajeles
de numerosos remos camino de su tierra.
Nos aconseja a todos abandonar la guerra,
y anuncia que jamás venceremos a Ilión,
pues la ampara en sus brazos el excelso Cronión
y han recobrado el ímpetu sus guardianes: Testigos,
Áyax y los heraldos que regresan conmigo,
todos probos varones. Que a Fénix el añoso,
allá le brindó Aquiles el lecho y el reposo,
porque es su deseo, al romper la mañana
—si así lo quiere el viejo, pues no ha de ser forzoso—,
llevárselo consigo a la patria lejana.

Ante tales palabras y mensaje tan crudo,
los dánaos dolidos permanecieron mudos.
Y al fin rompió el silencio el bizarro Diomedes:

—¡Glorioso rey Atrida, pujante Agamemnón!
No debiste rogar al fiero Pelión
ni tentarlo con ricos presentes y mercedes.
Soberbio ya de suyo, más se ha ensoberbecido.
Escoja su partido, que se vaya o se quede.
Bien sé que de repente regresará a la lucha,
si un dios lo solicita, si al corazón escucha.
A nosotros, en tanto, nos cumple descansar,
que ya el vino y la cena nos han reconfortado.
Hacedlo como digo. Mañana, al asomar
la peregrina Eos sus dedos sonrosados,
junta, rey, por las naves tus carros y guerreros,
exhórtalos, y marcha entre los delanteros.

Al domador de potros aprobaron los reyes
e hicieron libaciones. Ya las armadas greyes
sus tiendas recobraban, y ya el arrobamiento
del sueño se extendía por todo el campamento.

[*FIN DE LA PRIMERA PARTE*]



Interludio primero

X

LA DOLONÍA

[Reyes intentó proseguir la traducción completa de la *Ilíada*, pero sólo consiguió avanzar un poco en la Rapsodia X o *La Dolonía*, fragmento que hoy publicamos y que antes dimos a conocer en *La Cultura en México*, Suplemento de *Siempre!*, México, 13 de enero de 1965, Nº 152, pp. VI-VII. Recordemos lo que escribió Reyes respecto de esta Rapsodia: "Excurso pintoresco: durante la noche —y como si conviniera al peso patético del poema compensar el fracaso de la embajada [de Aquiles, rap. IX] con alguna proeza— Odiseo y Diomedes reconocen el campamento enemigo, habiéndose apoderado de Dolón, espía troyano, y los dos solos dan muerte a una docena de jefes enemigos, sorprendiéndolos en pleno sueño, así como a Reso y a sus tracios, y se apoderan de unos caballos."]

1. CONSEJO NOCTURNO DE LOS JEFES AQUEOS

Por toda aquella noche, junto a los bastimentos
ceden al sueño plácido los próceres aqueos;
mas no el pastor de hombres, Agamemnón Atrida,
entre perplejidades su mente combatida.
Suele el varón de Hera, la de alma cabellera,
anunciar con relámpagos estrago y tempestad,
cuando un granizo y nieve el campo espolvorea
sobre la inmensa boca de la guerra voraz.
Tal brotan los sollozos, sobresaltando el pecho
en la convulsa entraña del rey Agamemnón.
Le espantan las fogatas del campamento teucro
que innúmeras protegen el acceso de Ilión,
y el rumor le conturba de voces enemigas
y flautas y zampoñas. Y si vuelve la vista
al campamento y flotas del ejército aqueo,
desesperadamente se mesa los cabellos
y los ofrece a Zeus, gimiendo de pesar.
Al fin para su cuita halló el mejor empleo:

buscar, antes que a nadie, a Néstor de Neleo,
a solas entre ambos sus dudas consultar
y urdir para los dánaos el plan que los libere.
Salta del lecho al punto, la túnica requiere,
y las sandalias nítidas ata en los blancos pies;
arrópase y envuélvese con la tostada piel
de un ingente león que llega hasta sus plantas,
y luego, a todo evento, se adueña de su lanza.
Tampoco Menelao, presa de igual tormento,
lograba que en sus párpados se aposentara el sueño,
a vueltas con la angustia de ver a los argivos,
bregando por su causa, por él enardecidos,
que hasta Ilión llegaron surcando el ancho mar.
Manchado leopardo ciñó al dorso macizo,
caló el casco broncíneo y luego lanza en mano,
se dispuso a ir en busca del poderoso hermano
que honraban los aqueos como a divinidad.
Lo halló junto a la popa de su nave, ocupado
en revestir sus armas de atuendo singular:
—Bienvenido el valiente del bélico baladro.

—¿A qué —dijo— te aprestas, hermano muy querido?
¿Acaso has discurrido que alguno de los nuestros
hasta el campo troyano vaya de explorador?
Dudo que nadie acuda a tan osado empeño,
que es fuerza mucho ánimo para atreverse a tal,
solo y entre enemigos por la noche inmortal.

Y el rey Agamemnón:
—A entrambos, Menelao,
fiera cría de Zeus, nos ha de aprovechar
algún prudente arbitrio que salve a hombres y barcos,
pues ya, mudado Zeus, no escucha a los aqueos:
sólo acepta los votos de Héctor el troyano.
Jamás oí decir que solo y en un día,
quien no es hijo de dioses cause duelos tamaños.
Nos hizo tantos daños que el recordarlo, estimo,
será durable afrenta de los pueblos argivos.
Mas, ea, busca al punto a Áyax y a Idomeneo
en sus naves; yo voy por Néstor de Neleo,

que acaso el lecho deje para observar conmigo
como la sacra guardia desempeña su vela.
Nadie allí será oído con obediencia igual,
pues, junto con Meríones, hombre de Idomeneo,
al nieto de Neleo puse a la centinela,
qué sólo a ellos otorgo privanza tan cabal.

Menelao, el del bélico baladro, le responde:
—¿Cómo he de hacerlo? ¿Espero junto a ellos, y dónde?
¿O vuelvo presuroso con tu encargo cumplido?

Y dice el rey de hombres:
—Espera mi llegada,
que por entre las tiendas puede errarse el camino.
Mas ve gritando a todos que vivan prevenidos.
Llámalos por su nombre, que así se honra y se halaga.
Sé jovial para todos, no te muestres altivo.
Compartamos la pena, pues la adversa fortuna
es la herencia que Zeus nos asignó en la cuna.

Va instruido el hermano, y el rey va en pos de Néstor.
Duerme el amo de huestes junto a su tienda y nave.
En regalado lecho junto a sus armas yace:
su escudo, las dos lanzas, el bien bruñido yelmo,
el baltio refulgente que con sus armas viste,
pues aún acaudilla el anciano a su gente
en las sangrientas luchas, y su vejez resiste.
Incorporóse Néstor y, apoyado en el codo,
alzando la cabeza interrogó al Atrida:

—¿Quién eres tú, el que ronda tan escondido y solo
por entre las tinieblas y cuando duermen todos,
¿buscas alguna mula o a un compañero? Habla.
¿Qué quieres? ¡No te acerques sin responderme, anda!

Y el rey Agamemnón:
—¡Oh Néstor el Nelida,
gloria de los aqueos, reconoce al Atrida!
Soy aquel a quien Zeus dio las más duras pruebas
y seguirá probándolo mientras aliente y mueva

las ágiles rodillas. Errando voy sin tino,
que afligen al aqueo guerra y males y enojos
y no logro que el sueño se aposente en mis ojos.
Inquieto por mis dánaos, no hallo reposo, sino
que tiemblan mis robustos miembros con desazón
y casi se me arranca del pecho el corazón.
y aun esta misma noche nos puede acometer.
Si quieres ayudarme, pues que también tú velas,
baja conmigo y vamos hasta los centinelas,
no sea que agobiados de fatiga y de sueño
se nos hayan dormido, olvidando su empeño.
Porque ya el enemigo acampa a nuestra vista
Y dijo al punto Néstor, gerenio caballista:

—Atrida gloriosísimo, rey de sumo poder,
Créeme si te digo que Zeus providente
no ayudará al troyano cuanto éste confía.
A Héctor muchos reveses le aguardan todavía,
como Aquiles deponga la furia que al presente
le embarga el corazón. Te sigo pues, Atrida;
despertemos a otros príncipes: al Tidida,
fuerte lanza, y también llamemos a Odiseo,
a Áyax el alígero, al hijo de Fileo;
y corra alguien en busca de Áyax el divino,
el Telamonio, y llame al rey Idomeneo,
que entre las naves de éstos media un largo camino.
Y en cuanto a Menelao, por mucho que te hiera
y aunque sea mi amigo querido y respetado,
tendré que reprocharle que duerma descuidado
y te abandone ahora, cuando es él quien debiera
ir de uno en otro príncipe como aquel que mendiga,
pues la necesidad a tanto nos obliga.

Yo mismo, anciano, a veces —le dice Agamemnón—
te he invitado a reñirlo. Remiso e indolente,
no lo es por perezoso ni por incompetente,
sino que en mí descansa, fija en mí su atención
y espera por costumbre seguir mi decisión.
Mas hoy se me adelanta, antes que yo despierta,
y busca en nombre mío a cuantos has nombrado.

Verás cómo le hallamos con la guardia a la puerta,
lugar de cita.
Y Néstor, jinete venerado:
—Siendo así, no habrá nadie que le busque reyerta,
y todos los argivos lo escucharán de grado.
No bien lo dice, y presto la túnica suspende,
los pulcros pies se calza con las sandalias finas,
manto doblado en púrpura y en felpa arremolina,
y lanza empuña —bronce la aguja— y ya la emprende
por entre los navíos que ocupan los aqueos
de bronce pertrechados. Llama al punto a Odiseo,
prudente como un dios, y al oír su llamado,
sale éste de su tienda y dice:
—¿Qué ha pasado?
¿Por qué erráis solitarios por las embarcaciones
y el campamento en medio de la noche inmortal?

Y Néstor, el gerenio jinete venerado:
—Flor de Laertes, casta de Zeus, cuyos dones
y ardides son famosos, no lo tomes a mal...



NOTAS

A. *Observaciones generales.* B. *Comentarios a las rapsodias.* C. *Deidades y personificaciones míticas.* D. *Monstruos y animales míticos.* E. *Lugares míticos* F. *Semidioses y héroes de antaño.* G. *Bando aqueo.* H. *Bando troyano.* I. *Narraciones.*

A. *Observaciones generales*

1. En los comentarios —sección B—, los números romanos remiten al orden de las rapsodias; los arábigos, a los versos del presente texto, no del original griego. Se prescinde de indicar los versos para las rapsodias X a XXIV, que no figuran aún en este volumen. Cuando ha parecido necesorio, las noticias sobre personas o temas extraños a las obras homéricas —es decir, de aparición posterior— se han puesto entre corchetes.

2. Las notas se han reducido al mínimo. Los comentarios de la sección B no pretenden agotar la erudición del asunto sólo facilitar la lectura. Los glosarios de las siguientes secciones no son un índice alfabético general, inútil en el caso, puesto que aquí la *Ilíada* no aparece todavía completa.

3. Se señalan a la atención del lector las recurrencias de ciertas situaciones, pasajes y versos —a veces, con nuevas e ingeniosas variantes—, de que presentaremos unos cuantos ejemplos:

a) Situaciones repetidas.

Los encuentros entre los caudillos suelen comenzar por un cambio de palabras o increpaciones. Cuando uno da muerte al otro, procura al instante arrebatarle el carro y las armas, parte legítima del botín; y si se trata de un personaje eminente, los compañeros se esforzarán por evitar que el enemigo se apodere de su cadáver, a fin de que no sea ultrajado y para otorgarle los debidos honores fúnebres, que son mucho más que honores, pues aseguran, como hoy diríamos, el reposo del alma. Así vemos que el anciano Néstor aconseja no embarazar la acción del combate quedándose atrás por recoger los despojos (VI, 66 y *ss.)*; y así vemos que las tropas pelean denodadamente en torno al supuesto cadáver de Eneas (V, 456 y *ss.)*, y más adelante han de reñir por el cadáver de Patroclo.

Otros casos de reiteración temática son las retiradas estratégicas: IV, 548 y *ss.*; V, 576 y *ss.*; y V, 630 y *ss.*

Los sacrificios son también, por su naturaleza, temas recurrentes.

b) Pasajes repetidos.

En general, los mensajes, que el mensajero recita textualmente ta-

les como le han sido dictados. (El sueño de Agamemnón, II, escena 1; la amenaza de Zeus a la diosa, por conducto de Iris, VIII, escena 7; la Embajada de Agamemnón a Aquiles, en labios de Odiseo, IX, escenas 2 y 4.) En ocasiones, el pasaje repetido se reduce a un relato de lo acontecido anteriormente. (Aquiles se queja con su madre, I, 362 y *ss.*; Agamemnón refiere su sueño, II, escena 2.)

c) Versos repetidos.

Véase la descripción sumaria de los primeros choques entre los ejércitos enemigos, IV, 450 y *ss.*, y VIII, 60 y *ss.* En cada banquete, laico o sagrado, se advierte que "todos se conforman con su justa ración". Cuando se nombra al pueblo de Príamo reaparece la mención de sus hombres armados con picas de fresno. En su momento, se indicarán las palabras de Aquiles que aprovecha, repitiéndolas, el murmurador Tersites.

4. Téngase presente —no se indica en todas las ocasiones, aunque sí en muchas— que abundan las homonimias. Tales homonimias se refieren:

a) Al nombre de persona, ya aplicado a distintos héroes, a guerreros del mismo bando, o ya de bandos contrarios: "Glauco" es un bisabuelo de "Glauco", el caudillo licio (VI, escena 3); un "Ántifo" es caudillo aqueo, hijo de Tésalo, otro es un caudillo meonio, hijo de Talémenes, y otro es un príncipe troyano, hijo del rey Príamo (II, 673 y 856, y IV, 495).

b) Al nombre del lugar. Se señalarán varios casos, y especialmente, el de las varias Tebas citadas.

c) Al nombre de persona y lugar: "Asio" es una pradera de Jonia, junto al Caístro (Asia Menor); es un caudillo de Arisbe, aliado de Troya, hijo de Hirtaco (II, 462 y 828); es un troyano, hijo de Dimante y hermano de Hécuba, cuya forma asume Apolo para excitar a Héctor contra Aquiles (XVI); un troyano, padre de Adamante (XII y XIII), y finalmente, un troyano, padre de Fénope (XVII). "Augías" es un lugar locrio, frente a Eubea; una ciudad lacedemonia; el padre de Agástenes y abuelo de Políxeno, príncipe de Élide, y es también el rey de los eleos, padre de Agamede y suegro de Mulio (II, 524, 576 y 618, y XI).

d) Al nombre de persona, lugar y caballo: "Janto" es un troyano, hijo de Fénope; un río de Licia; un río de Tróade; un caballo de Aquiles, y un caballo de Héctor (II, 870; V, 154 y 487; VI, 4 y 170; VIII, 183, etcétera).

5. Homero no emplea la palabra "griegos" de difusión posterior; una sola vez dice "panhelenos" término más antiguo (II, 529), y sólo llama "helenos" a los del Argos Pelásgica, país de Aquiles (II, 678).

A los pueblos de la misma unidad étnica que ponen sitio a Troya les llama indistintamente:

a) "Aqueos" o "aquivos", por "Acaya", región de la Ftiótide,

tierra de Aquiles entre el Esperquio y Tesalia, y también, toda Grecia. [Más tarde, una banda meridional del golfo de Corinto.]

b) "Argivos", por "Argos" y "Argólide", varias regiones de Grecia en el Peloponeso (el distrito de Diomedes, la Argos Micenia de Agamemnón), la Argos Pelásgica de Peleo, padre de Aquiles, e igualmente la Grecia entera. Ver B, II, 554-7.

c) "Dánaos", por "Dánao", antecesor mítico relacionado con la leyenda de la Argos Micenia. Ver B, II, 532 y *ss.*, y "Dánao", en F.

6. Los del bando opuesto reciben indistintamente el nombre de "teucros" o "troyanos". Homero mienta siempre junto a ellos a los "dardanios" o "dárdanos" y a los "aliados":

a) "Teucros". Zeus engendró en la Pléyade Electra a Dárdano: origen de la inquina tradicional de Hera, la esposa de Zeus, contra este pueblo. Dárdano se casó con Batiea o Arisbe, una hija de Teucro, rey del Helesponto (Dardanelos). (Adviértase que, en la *Ilíada*, figura un guerrero llamado "Teucro", que es enemigo de los teucros.)

b) "Troyanos". El nieto de Dárdano fue Tros, fundador de Troya. (Adviértase que, en la *Ilíada*, XX, figura un guerero troyano llamado Tros, muerto por Aquiles.) La descendencia de Tros se dividió entre sus dos hijos, Ilo y Asáraco. Por Ilo, Troya también se dijo Ilión. De aquí, *Ilíada*; y "troyanos" o "ilianos" vino a significar lo mismo. De Ilo desciende Laomedonte, y de éste, Príamo, viejo rey de Troya en el poema. Príamo es Dardánida por el antecesor remoto, y Laomedontíada por su padre.

c) "Dardanios" o "dárdanos". El nieto de Asáraco fue Anquises, padre de Eneas. A éstos y a su gente se reserva el nombre de dardanios: rama troyana, y algo como una familia de pretendientes sometida al rey Príamo.

d) "Aliados". Pueblos de distinto origen y lengua que asisten a la defensa de Troya, sumariamente enumerados en B, II, 809 y *ss.*

B. *Comentarios a las rapsodias*

I

1. La "diosa" a quien el poeta invoca es la Musa. [En el caso, Calíope.] En varios lugares se nombra a la Musa o a las Musas sin especificación ninguna. Ver II, 482 y *ss.*

1-9. El enojo de Aquiles contra Agamemnón y sus lamentables consecuencias para los aqueos son el asunto del poema.

6. "Por su propio camino" es frase interpretativa. Troya está condenada; pero Zeus lleva a cabo el plan a través de un largo desvío:

[*a)* La Guerra Troyana ha sido decretada por Zeus para aliviar la sobrepoblación de que se ha quejado Gea (la Tierra). La lejana provocación de esta guerra parte de Eris (la Discordia). Indignada porque no se la convidó, como a los demás dioses, al matrimonio de Peleo y Tetis, arroja en pleno banquete nupcial una manzana dedicada

"a la más hermosa". Hera, Atenea y Afrodita se la disputan, y se someten al juicio de Paris, hijo de Príamo, que a la sazón hacía vida de pastor en el monte Ida (Tróade). Hera trata de sobornar a Paris ofreciéndole mandos y honores; Atenea, brindándole victorias y prendas epirituales; y Afrodita, que le promete entregarle a la mujer más bella, obtiene el premio. (Esta disputa es una muestra de sabiduría folklórica sobre cuál sea el bien preferible, comparable a la historia hebrea sobre la elección de Salomón —I, Reyes, iii, 5 y *ss.*—). La mujer más bella es Helena, esposa de Menelao, rey de la Lacedemonia anterior a los dorios. Abusando de la hospitalidad de Menelao, y en su ausencia, Paris rapta a Helena y se la lleva con todas sus riquezas a Troya. Agamemnón, especie de emperador aqueo, y el rey Menelao su hermano, tras intentar la restitución por la vía diplomática, deciden atacar a Troya y convocan a los numerosos príncipes de su raza. Entre ellos, acuden los antiguos pretendientes de la raptada, como el espléndido monarca cretense Idomeneo, pues se habían jurado defender el hogar de Helena.]

[*b)* Las flotas se reúnen en Áulide, pero no pueden zarpar porque la diosa Ártemis envía vientos contrarios u ocasiona calmas que hacen imposible tender la vela. Ártemis, en efecto, está ofendida con Agamemnón: éste ha dado muerte a una corza de su coto sagrado, o bien olvidó cumplir la anterior promesa de entregarle a la mejor criatura del año, que resultó ser Ifigenia, primogénita de Agamemnón. El augur Calcas, interpretando la terrible voluntad de la diosa, exige el sacrificio de la princesa. La diosa, como en el caso de Abraham, se satisface con la intención y, en el último instante, sustituye a la víctima por una cierva. A Ifigenia misma, la transporta milagrosamente hasta Táuride (Crimea), donde la consagra a su sacerdocio. Homero desconoce esta fábula. De las tres hijas de Agamemnón mencionadas en la Rapsodia IX —Crisótemis, Laódice, e Ifianasa—, ninguna se llama Ifigenia, y no ha sido posible identificar con ésta a la Ifianasa allí nombrada. Entretanto, aplacada ya Ártemis, cambian los vientos, los aqueos se hacen a la mar y empieza el asalto de Troya.]

c) Comienza la *Ilíada* cuando la guerra lleva ya cerca de diez años. Se ha declarado una peste entre los sitiadores: Apolo está indignado porque Agamemnón se ha apoderado de la hija de su sacerdote Crises. Para ahuyentar la peste, siempre bajo el consejo de Calcas, Agamemnón, a regañadientes, devuelve a la muchacha y, para desquitarse, desposee a Aquiles de Briseida, su esposa de guerra. Aquiles, agraviado, abandona la lucha y se refugia en sus tiendas. A ruego suyo, su madre, la Nereida Tetis, obtiene que Zeus conceda algunos éxitos a los troyanos hasta tanto que Aquiles no sea compensado y desagraviado.

d) Patroclo, el segundo de Aquiles, que también se retiró del combate, y a quien alarman las continuadas victorias troyanas, obtiene de su amigo y jefe que le permita llevar algunos esfuerzos a los

aqueos. Patroclo muere a manos de Héctor, jefe de las defensas troyanas.

e) Para vengar a Patroclo, Aquiles, que antes se ha negado a hacer las paces con Agamemnón, se reconcilia entonces y empuña las armas. Enfrenta a Héctor, le da muerte, y éste es el primer paso directo hacia la futura caída de Troya. Los desviados caminos de Zeus toman por fin la vía derecha. Termina la *Ilíada.*

[*f)* Pero antes de que caiga Troya, todavía se han de cumplir varias condiciones: primero, que, ya muerto Aquiles por un flechazo de Paris, acuda a la guerra su hijo Neoptólemo, quien, por muy joven, se había quedado junto a su madre en la isla de Esciro; segundo, que los aqueos recojan a uno de sus caudillos, Filoctetes, heredero del infalible arco de Héracles, inicuamente abandonado en la isla de Lemnos a causa de la hedionda llaga que le produjo la mordedura de un reptil; tercero, que Odiseo y Diomedes sustraigan de Troya el Paladión, una imagen de Atenea que es salvaguarda de la ciudad; y cuarto, que los aqueos logren introducir en el recinto enemigo el célebre Caballo de Troya con el vientre lleno de guerreros.]

14. El ultraje sufrido por Crises es el robo de su hija Criseida. Los aqueos han hecho correrías por los alrededores de Troya. En Lirneso, Aquiles cautivó a Briseida, y en Lesbos y otra veintena de plazas, tras de saquearlas por el interior y por la costa, a otro puñado de mujeres.

39. Otra Crisa, en Fócide (II, 518).

41. Los sagrarios que Crises ha ofrecido a Apolo son templetes provisionales de ramas y troncos para los sacrificios.

52. Armas y armaduras eran de bronce. El hierro es tan desusado aún que, en los funerales de Patroclo, Aquiles ofrecerá un lingote como valioso premio al vencedor en uno de los concursos atléticos, advirtiendo que ese lingote proveerá durante cinco años para los útiles de labranza. Por excepción, Pándaro usa flechas con púa de hierro, y se menciona la clava férrea con que solía combatir Areítoo el Macero, un héroe de antaño. El hierro, como armamento general sólo aparecerá más tarde y será la fuerza de los futuros invasores dorios. Es, pues, impropio traducir "el bronce" por "el hierro", y peor aún, por "el acero", como lo hacen algunos; e imperdonable (callemos al pecador, benemérito por muchos conceptos), decir que "el acero" le rompió la nuca a un combatiente y le cortó la lengua, y que éste cayó en el polvo mordiendo "el hierro frío", suerte de grotesca transubstanciación.

54. La cremación que usan los guerreros no tiene la trascendencia étnico-religiosa que se ha pretendido, ni fue interrupción definitiva de la inhumación tradicional. Es un recurso de guerra, una práctica de emergencia, aun de "purificación" o "higiene", una precaución también contra las profanaciones del enemigo en tierra de nadie u ocupada por invasores. En I, 4, en II, 397-8 y en otros lugares, se

habla, además, de la triste contingencia a que están expuestos los cadáveres abandonados. De aquí la tregua pactada en VII, escena 4.

65. Aunque mensajes de Zeus, los sueños pueden ser engañosos (II, 7 y 86). Grecia conoció dos clases de intérpretes de los sueños: los *onirocrites*, que descifran el sueño ajeno —tales, más tarde, los sacerdotes de Asclepio, "psicoanalistas" religiosos de la antigüedad—, y los *oniropolos*, que interrogan a los dioses mediante la observación de sus propios sueños. A éstos se refiere el poema.

67 y 314. Hecatombe: literalmente, sacrificio de cien bueyes; por extensión, también de cabras y de corderos (IV, 99).

71. Calcas se da por aludido, en cuanto Aquiles solicita la intervención de un adivino, aunque no lo nombra.

74 y 87-8. La adivinación es facultad que concede Apolo.

108 y ss. Se ha creído ver en este reproche de Agamemnón una alusión a la historia de Ifigenia sacrificada, donde fue también Calcas quien interpretó la voluntad divina. El punto es muy dudoso. Ver B, I, 6, *b.*

125 y ss., 164 y 364. El botín era repartido por la tropa, que primero daba su galardón a los jefes, y luego tal vez sorteaba el resto entre los demás; aunque Aquiles, en su furor, acusa a Agamemnón de adjudicarse para sí la mejor parte (II, 222-3, y IX, 331-3).

178. [Camino de Troya, en Ténedos, ya Aquiles y Agamemnón tuvieron una primera disputa.]

181. Mirmidones: súbditos de Peleo y de su hijo Aquiles. [Éaco, abuelo de Aquiles, hijo de Zeus y Egina, hombre piadoso, vio despoblada por la peste su isla de Egina. Para repoblarla, Zeus transformó en seres humanos a las hormigas, de cuyo nombre griego procede el término "mirmidones".]

199. Atenea se deja ver por Aquiles en su verdadera presencia, singular concesión a su héroe predilecto. Ver B, VII, 61.

203. "Voz alada" y "palabras aladas", a lo largo del poema: las palabras vuelan del que las pronuncia al que las escucha.

204. "Vuelves", textual. ¿Bajar a la tierra es "volver"? ¿O se supone que Atenea ha andado ya, antes de la *Ilíada,* entre los ejércitos aqueos?

215-6. Se refiere a la Embajada de Agamemnón, que llevará a Aquiles las ofertas de reconciliación y desagravio (IX).

233-4. "Come-pueblos", literal, prosaico al pronto, corresponde al tono irónico con que Aquiles se consuela de no poder llevar a cabo su venganza, por obediencia a las indicaciones divinas. Viene a declararse cobarde como los demás. Lo que Tersites aprovechará con propósito de zaherirlo (II, 238-9).

236 y ss. El cetro corresponde al orador en turno. De aquí que Odiseo empuñe el cetro de Agamemnón para hablar a las tropas (II, 103 y *ss.*, y 182).

263. Otro Driante, padre de Licurgo, el arcadio que persiguió a las nodrizas de Dióniso, en VI, 129.

267-8. Guerra de exterminio en que varios pueblos se aliaron contra los Centauros. [La riña de los Centauros contra los vecinos lapitas, en Tesalia, donde aquéllos, en el banquete de bodas del rey Pirítoo, pretendieron apoderarse de su novia Hipodamia es, según algunos, una transformación posterior de la leyenda.] (II, 733-5).

313. El "estéril suelo" del mar. Otros entienden: "infinito" o "nunca arado". El mar, basurero sagrado de los antiguos ritos, recibe siempre las escorias.

319. Otro Euríbates, heraldo de Odiseo: II, 181. El nombre del heraldo Taltibio se conserva en la tradición. La Esparta histórica conoció una familia de heraldos que pretendía descender de este personaje homérico y le consagraba un culto especial (Heródoto, VII, 134).

348, y 355 y ss. La Nereida Tetis, madre de Aquiles, habita ahora el palacio submarino de su padre Nereo, entre las islas de Samotracia e Imbros (VI, 136 y XXIV).

349, 415 y ss., y 500. Se reitera el motivo de la vida efímera de Aquiles. Está mandado que muera en breve, si persiste en combatir contra los troyanos. Así se lo ha augurado su madre, y luego se lo recordará su caballo Janto, dotado por un instante de voz humana (IX, 414-9, y XIX). Como hijo de diosa, Aquiles estuvo a punto de ser inmortal. Y él, según su código de caballero aqueo, defiende rabiosamente su honor, la parte de inmortalidad que le queda. A su vez, Tetis no se consuela de haber engendrado una criatura mortal. Apréciese, en Homero, la dignificación, del mito, convertido ya a la ternura maternal. [Pues este mito, tal como lo recoge la literatura posterior, está lleno de ferocidad. Los destinos habían ordenado que, si "cierta diosa" llegaba a unirse con un dios, concebiría una deidad más poderosa que todas las existentes. Sólo Prometeo y su madre Temis sabían que esta "cierta diosa" era Tetis. Tras muchos siglos de silencio, alguno de los dos consintió en revelar el secreto. Zeus, que había solicitado el amor de Tetis —lo mismo que Posidón su hermano—, se apresuró entonces a casarla con un mortal, el rey Peleo, cuyas nupcias asumen así una trascendencia de resguardo o garantía para el orden universal. Pero Tetis, que no quería prole humana, arrojaba a sus hijos al fuego conforme iban naciendo, y así desaparecieron de la existencia los que pudiéramos llamar esbozos de Aquiles. Tetis acabó por dejar la casa de Peleo y volver al lado de Nereo, su padre. Peleo logró salvar al último de sus hijos, que fue Aquiles.]

362. "Lo sabes". Tetis, como diosa, lo sabe todo. Compárese II, 482-4. Esquilo hace decir a Prometeo: "¿Cuándo acabarán mis penas? Mas ¿qué digo? Cuanto ha de suceder bien lo sé de antemano." La omnisciencia de los dioses se extiende al pasado y al

porvenir, en principio al menos, puesto que la mitología recuerda casos de engaños a los dioses.

363. Esta Tebas, ciudad de Cilicia, no ha de situarse en la Cilicia histórica, muy lejana de Troya, sino al pie del Placo (Hipoplacia), litoral de la Propóntide (Mar de Mármara), donde Aquiles dio muerte a Eetión, padre de Andrómaca, y a los siete hermanos de ésta (VI, 410 y *ss.*, 429 y 437 y *ss.*). Hay en el poema, otras dos Tebas: *1)* Tebas de las Siete Puertas, en Grecia, centro de la fábula de Edipo y de la saga tebana anterior a la *Ilíada,* la ciudad en vano atacada primeramente por los Siete Jefes, y vencida a la siguiente generación por los hijos de éstos, los Epígonos (IV, 377 y *ss.*, 404 y *ss.*, etc.). *2)* Tebas de las Cien Puertas, en Egipto (IX, 387: ver la nota respectiva).

394 y ss. La sublevación de "los dioses principales" contra Zeus puede entenderse como una de las primeras vicisitudes del régimen olímpico, recién establecido contra el anterior gobierno de Cronos y los Titanes, y todavía algo inseguro. A lo largo de la *Ilíada,* si no hay sublevaciones, hay desobediencias divinas. La *Odisea* deja sentir un imperio más estable de Zeus.

399. Como este nombre de Briareo-Egeón hay otros nombres dobles. Al río de Tróade, los hombres lo llaman Escamandro, y los dioses, Janto. Al montículo cercano a Troya, los dioses lo llaman Batiea, y los hombres, Tumba de Mirina. Se ha dicho que, en estos casos, los nombres "humanos" son prehelénicos e indescifrables, y los "divinos" son ya helénicos y traducibles. Así, "Briareo" deriva de *Briarós,* "el fuerte"; "Janto" es "el amarillo"; "Batiea" es "colina de zarzas". Ver, sobre este último punto: B, II, 806-7.

424. Los dioses aceptaban banquetear con "los probos etíopes". En la *Odisea,* V, Posidón volvía de un festín semejante cuando, de lo alto de los montes Solimos, litoral panfilio y límite de la expansión griega en Homero (B, II, 648 y *ss.*), descubrió que, durante su ausencia, Odiseo iba ya escapando a sus iras, a bordo de su balsa y camino de la isla de los feacios. Lanzó sobre él una tempestad y volvió tranquilamente a su alcázar submarino de Egas. La leyenda de "los probos etíopes", muy comentada, ha querido referirse recientemente a los días de la grandeza etiópica —750 a 666 a. c.—, cuyos ecos pudieron llegar a los pueblos mediterráneos, lo que daría una fecha aproximada para este pasaje del poema: mera conjetura. (E. Mireaux, *Les Poèmes Homériques.* París, 1948, I, p. 80.)

430 y ss., y 489. La restitución de Criseida a su padre y el regreso de los enviados ocupan un intervalo de doce días, lo que dura la ausencia de Zeus entre los etíopes anunciada por Tetis (I, 425).

434 y 480-1. Los navíos, en el campamento aqueo, son sencillamente arrastrados hasta la orilla (II, 151). Aquí, como el puerto es hondo, hay que amarrarlos al proís (I, 431). "Echar anclas",

como alguien traduce, es anacronismo. A lo más, ayuda de la amarra, solían echarse piedras de fondo.

445 y ss., y 454 y ss. Antes del sacrificio, los oficiantes se lavan para purificarse, sin lo cual no sería propio comparecer ante el dios (VI, 272-5). Después, se distribuye la mola, hecha de harina y sal, que todos esparcen sobre la víctima. Sólo se ofrecen al dios los perniles, envueltos en grasa y quemados. El resto corresponde a los oficiantes, quienes primeramente prueban las entrañas tostadas, y reservan la carne para el banquete sagrado que viene a continuación. El banquete comienza con la libación: un trago, unas gotas de vino puro, aquel extracto que no se bebía sin mezclarlo con agua en las cráteras (I, 467; II, 415 y 426 y *ss.*). [En los tiempos clásicos, siempre se invoca primero a Hestia, y también se ofrece una primicia al Buen Demonio o *Agathós Daímoon*, geniecillo casero, borrachín amable figurado por la serpiente. El que los dioses se conformaran con una ofrenda tan pobre se explica por una fábula ingeniosa: Cuando en Mecone (Sición), tras la victoria sobre los Titanes, los dioses disputaron con los humanos los honores que debían rendírseles, Prometeo, nombrado mediador, mató dos reses, hizo una masa repulsiva con la carne y los bocados mejores y, envolviendo en uno de los cueros los desperdicios, les dio un aspecto atrayente, y propuso a Zeus que él mismo escogiera. Zeus, engañado, optó por la peor parte, pero no halló digno de su grandeza el rectificarse y desdecirse, y el rito quedó así instituido.]

470. El peán es himno sagrado, originariamente apolíneo. Pronto sirvió a otros usos: *a)* Uso guerrero (XX). [*b)* Uso "simpótico", cuando los huéspedes lo cantan después de las libaciones y antes del banquete. *c)* Uso ceremonial de las grandes ocasiones, celebraciones de paz, etc. *d)* En la última época o edad helenística, por la tendencia a deificar a los poderosos, se lo canta para festejar a los capitanes vencedores.]

474. La Aurora (Eos) tiene "dedos rosados", y no "rosadas manos", como consta en una edición universitaria, estropeando el texto de Segalá y Estalella, que reproduce sin nombrarlo (B, II, 57 y *ss.*).

495-6. Actitud ritual del suplicante.

508, y 523 y ss. Asentir con la cabeza es la suprema declaración de la voluntad de Zeus, ante la cual tiembla el Olimpo. [Se dice que estos versos de Homero inspiraron a Fidias la estatua del Zeus para el templo de Olimpia, imagen que, según Quintiliano, "trajo algo nuevo a la religión".] Ver también II, 114 y IX, 17.

528 y 552. Este "amargo centro" calderoniano ("el centro frío", dice 'Segismundo') corresponde, lo mismo que "la Hondura", "el Abismo", etc., a la perífrasis griega para el mar, que carece de nombre propio en lengua helénica. A veces es "el camino húmedo", "el puente" ("ponto"), etc. *Thalassa*, inolvidable grito de los

mercenarios de Jenofonte, es palabra prehelénica. *Thalassa:* mar en general; *pontos,* mar determinado, como el Ponto Euxino o Mar Negro.

533 y 553. Viejo del Mar, de la Hondura es, por antonomasia, Nereo.

535 y ss. Los mortales conocen la dignidad heroica. La inmortalidad y vida gozosa de los dioses quita, a veces, respetabilidad a sus mitos de carácter folklórico y no canónico. El tono de este pasaje anuncia la futura comedia. Otro ejemplo característico: los amores de Ares y Afrodita, sorprendidos por Hefesto, esposo engañado, *Odisea,* VIII, 255-6. Aquí pudo haber buscado Aristóteles los antecedentes homéricos del drama cómico, humanizado luego en el dudoso *Margites.* Homero emplea las escenas entre los dioses como pausas o entreactos de ópera bufa, o bien para articular la acción del poema y anunciar su sesgo futuro, sin necesidad de hablar por su cuenta, fiel siempre a la objetividad del género épico.

588 y ss., y 605. Este acto de Zeus no es la causa de la tradicional y doble cojera de Hefesto, aunque será más tarde una de las explicaciones buscadas para el caso. En Homero, *Himnos,* III, Hefesto nace ya con los pies deformes, y su madre Hera, horrorizada, lo arroja al mar, donde es recogido por Tetis (así como recoge al espantado niño Dióniso en VI, 136). "El Cojo Hefesto" es la interpretación general. Otros leen: "de fornidos brazos", "de anchas espaldas", etc., caracteres todos propios del lisiado de ambos pies o piernas, que escoge el oficio de herrero en que se anda poco y se desarrollan especialmente bíceps y busto. Así lo entendió Velázquez en "Las fraguas de Vulcano".

590. Hefesto contaba con culto especial en la isla volcánica de Lemnos, como corresponde a un dios del fuego, dueño de las fraguas subterráneas. La lava del Mósiclo —ya extinto en tiempos históricos— dio singular fertilidad a la isla, una de las bases de aprovisionamiento del ejército aqueo (VII, 472 y IX, 66: "la Tracia"). Allí quedó abandonado Filoctetes, herido por la hidra ponzoñosa (II, 715 y *ss.*). Se la considera remotamente poblada por una mezcla de minienses, pelasgotirrenios (protoetruscos) y sinties de Tracia, "los sinties de habla salvaje" (*Odisea,* VIII, 294).

II

1. Se confunde el carrero con el guerrero, por la utilidad del carro en la guerra, sobre todo para los traslados. Pues generalmente se combate pie a tierra, y excepcionalmente se lanza el dardo desde arriba del carro (IV, 306 y *ss.*). Es poco frecuente, sobre todo, que los príncipes y caudillos acudan al combate sin carro, como lo hizo Pándaro desoyendo los consejos paternos (V, 203 y *ss.*).

7 y 86. Este sueño falaz inspirará desconfianza a Néstor, aunque es el primero que aconseja obedecer el deseo de Agamemnón. Ver

B, I, 65. Los sueños verídicos entran por las puertas de cuerno; los falsos, por las de marfil: *Odisea*, XIX, 560 y *ss.*

16, 34 y 73. Artero como su padre, Zeus involucra a Hera en su embuste. Más adelante, descargará sobre Hera y Atenea la resolución de continuar la campaña, haciendo que los del bando troyano, por obra de Pándaro, violen los pactos (IV, 17 y *ss.*, y 37 y *ss.*).

57 y ss. Una vieja edición universitaria estropea nuevamente, al reproducirlo, el texto de Segalá y Estalella, confundiendo el consejo previo de los capitanes (al que llama "ágora"), con la verdadera ágora o reunión de la tropa que viene después (B, I, 474).

79 y ss. Peregrina ocurrencia de Agamemnón, que estuvo a pique de costarle la deserción de las tropas, si no intervienen a tiempo Hera y Atenea, usando de la elocuencia de Odiseo para detener a la gente (II, 153 y *ss.*, y 283 y *ss.*).

97. El Rumor es personificación poética, no mítica: caso del Valor, la Persecución y las Súplicas. Ver V, 749-52; IX, 513 y *ss.*, y 523 y *ss.*

105. "Caballista", "ecuestre", "jinete" y "domador de potros", a lo largo del poema, se refieren simplemente al arte del carrero y a la educación del caballo. Ver B, II, 1. No hay caballería militar como hoy la entendemos. El verdadero arte de la equitación sólo aparece en la "Dolonía" (X), donde Odiseo y Diomedes montan los caballos que acaban de robar a Reso [*in fine*]: medio, por lo demás, el más práctico para transportarlos durante la noche; y hay también un símil del jinete que salta de un caballo a otro en plena carrera (XV). Tal vez la verdadera equitación sólo se difunde entre los griegos en el siglo VII a. C., con la aparición en el Asia Menor de las hordas montadas de los escitas y cimerios.

143 y ss. Euro: viento maléfico del Este o del Sudeste. Noto: viento del Sur que trae tempestades. Céfiro: viento occidental que sopla en los campos, tiene, como el Bóreas, personalidad mítica, y alcanzó culto en tiempos históricos. Ver 3. [El Mar Icario es llamado así por Ícaro, hijo de Dédalo, el constructor del Laberinto de Creta. Por treta del rey Minos, ambos quedaron encerrados en el Laberinto. Escaparon pegándose con cera unas alas de pluma. Dédalo llegó volando a Sicilia. Ícaro se acercó demasiado al Sol, se fundió la cera, se le desprendieron las alas, y él se precipitó en el mar de su nombre.]

209 y ss.; 214 y ss.; 262; 268-9; 270 y ss., y 456-7. Espíritu de la deturpación semejante a Momo —aquel mito que no llegó a dios y del que hablan Hesíodo, Calímaco y Luciano—, Tersites tenía que ser el más feo. Los mitólogos buscan antecedentes legendarios a la enemistad entre Tersites y Aquiles, fundándose en ciertos ritos lacedemonios de la primavera que presentan a Tersites como un antiguo genio local derrotado por el divinizado Aquiles, de lo cual el episodio homérico sería una lejana transformación poética. (G. Murray, *The Rise of Greek Epic*, Oxford, 1911, págs. 225-7.) Los his-

toriadores ven en Tersites un documento sobre el paso de las viejas monarquías a las democracias urbanas: cuando los reyes aldeanos empiezan a vivir en ciudades (efecto del "sinecismo" o aglomeración de antiguos caseríos dispersos), están más a la vista de las murmuraciones de la opinión. Otros consideran al Tersites de Homero como un vago eco del *fármakos*, suerte de chivo expiatorio que paga por todos. Como fuere, Odiseo al castigarlo, logra una desviación en el ánimo de las tropas, que antes sólo pensaban ya en embarcar, y ahora, distraídas con el episodio, recobran la confianza en el jefe. [En la leyenda sobre el Jabalí de Calidonia, según consta en Ferécides y en Euforión, Meleagro despeña a Tersites, indignado por su cobardía, aunque no lo mata. En la *Etiópida* de Arctino —uno de los Poemas Cíclicos que completan a Homero y recogen otros aspectos de la saga troyana—, Aquiles se conmueve ante la belleza de la Amazona Pentesilea, a quien acaba de dar muerte en combate. Tersites se burla de su emoción y Aquiles lo mata de un puñetazo.]

231. Ver VII, 105.

239. Ver el final de la nota B, I, 233-234, Tersites devuelve a Aquiles sus palabras: el cobarde no es el pueblo de aqueos, sino Aquiles.

256. Telémaco, hijo de Odiseo y de su esposa Penélope, se ha quedado en Ítaca, por ser muy niño, y no combate en la *Ilíada*. En la *Odisea*, sus aventuras en busca de su padre, que tarda tanto en volver de Troya, alternan con las de éste en su viaje de regreso. Cuando Odiseo quiere dar pleno valor a sus palabras, suele invocar el nombre de su hijo. Así también en IV, 531.

341, 347 y 439. Aunque Néstor suele quejarse de que se pierde el tiempo en palabras, es gárrulo él mismo, como anciano, según se aprecia en varios lugares.

360. Algunos leen: "y vengue los trabajos que pasa por Helena". En lo que encontramos un eco de la vieja controversia sobre si Helena fue raptada de grado o por fuerza. En la *Ilíada*, más parece arrepentida que no forzada (III, 147 y *ss.*, 177 y *ss.*, 241 y *ss.*, 400 y *ss.*, 431 y *ss.*; VI, 354 y *ss.*). La *Odisea* es explícita respecto a su huida voluntaria. [La tradición contaba que Estesícoro —lírico de Himera, fines del siglo VII a. C.— había perdido la vista como castigo por censurar la conducta de Helena en una de sus obras, y sólo sanó cuando hubo escrito la *Palinodia*, en que recoge de algún lado o inventa la especie de que Helena nunca llegó a Troya en compañía de Paris, sino solamente su doble, un fantasma. Según esto, Helena fue llevada por Hermes al lado del rey Proteo, en Egipto, a espera de que su marido la recobrara, versión que Eurípides recoge en su *Helena* y en su *Electra*.]

361 y ss. Agamemnón hará suya esta amenaza contra los "derrotistas" (II, 396 y ss.).

382 y 451. Égida: escudo mágico de Zeus, obra de Hefesto, impenetrable al mismo rayo, arma defensiva y ofensiva, que aniquila

a aquellos sobre quienes se la sacude. La usa Zeus, la deja en manos de Atenea [excepcionalmente, en manos de Apolo]. Ver IV, 165; V, 749 y *ss.*, donde se la describe, etc.

462. Sobre Asio, ver A, 4, *c.*

494-750. Son 1,186 barcos aqueos; y las fuerzas se estiman en 100,000 a 120,000 hombres. Los aqueos partieron de Áulide (Beocia). Allí comienza esta enumeración, que por eso suele llamarse "la Beocía", que gira en torno a Beocia con las manecillas del reloj, sigue un orden concéntrico y creciente, y da la población de la Grecia prehistórica. Su estilo, carácter enumerativo y aun leves contradicciones con el resto del poema han hecho que se lo atribuya a otra mano, acaso la de Hesíodo. Pero es evidente que el fragmento fue compuesto para la *Ilíada.* El conjunto de la enumeración es el siguiente: *a)* Tierra firme de la Grecia Central, sur de las Termópilas e islas adyacentes; *b)* el Peloponeso; *c)* el litoral del Mar Jónico; *d)* Islas del Egeo Meridional, desde Creta a Cos, y a las Calidnas; *e)* Grecia Septentrional, de las Termópilas al monte Olimpo.

496-508. Cinco caudillos al mando de veintinueve poblaciones beocias, de las cuales Micaleso, Ocalea, Haliarto y Onquesto tienen relación con el mito de Apolo y sus buscas previas para establecer su oráculo, que al fin fundó en Pito, después llamada Delfos (*Himnos,* III). Onquesto, además, tiene relación con la historia de las vacas de Apolo sustraídas por Hermes niño (*Himnos,* IV).

505. Se discute si la Arne beocia es la misma Arna, tierra de Areítoo el Macero. Ver B, VII, 9 y 153.

509. La ya irremediable anarquía en las transcripciones permite llamar Orcómene a la población miniense (y después beocia), citada aquí y en IX, 387, y llamar Orcomene a la población arcadia de II, 598.

515. Epístrofo: Hay otros dos homónimos, *1)* el príncipe de Lirneso, muerto por Aquiles (II, 686), y *2)* el caudillo de los halizones, bando troyano (II, 848). Ífito: otro homónimo, padre de Arqueptólemo el guerrero troyano (VIII, 128).

517. Pito, después Delfos: refugio de la serpiente Pitón, muerta por Apolo (IX, 409). Ver D.

519. Cefiso, río de Fócide y de Beocia que desemboca en el lago Cefisis (después, Copáis: B, V, 721).

520. Liliea, fuente del Cefiso, u otro de los lugares que visitó Apolo cuando buscaba un lugar para su oráculo (B, 496-508).

524. Sobre Augías: A, 4, *c.*

532 y ss. La tribu guerrera de los abantes dominó un día la Eubea. Aristóteles la creía originaria de Tracia. Otros la arrancan de la Argólide y suponen que procede de Linceo y de la Danaide Hipermnestra, lo cual la emparentaría con los dánaos de Argos. Según Heródoto, había abantes por Jonia (Asia Menor). Homonimia: hay

un Abante en el bando teucro (V, 148). Ver A, 5, *c*, y "Dánao", en F.

533. Además de esta Calcis eubea: *1)* Calcis en Etolia (II, 636); *2)* Calcis en Élide *(Himnos,* III); y *3)* río de igual nombre en Trifili *(Odisea,* XV, 4).

538 y ss. Tocado salvaje, el cráneo rasurado, y un mechón en el occipucio que cae sobre la nuca. Según Plutarco, lo usó Teseo en su juventud, a lo que debe su nombre.

541-2. Por descender del terrígena Erecteo, los atenienses se consideraban autóctonos. Ver "Erecteo", en F.

547 y ss. La declaración de Homero sobre la superioridad táctica de Menesteo fue alegada por los atenienses contra los siracusanos, cuando, en la segunda guerra persa, éstos pidieron el mando supremo para su tirano Gelón (Heródoto, VII, 161).

552-3. Este dístico se ha considerado sospechoso e interpolado por Solón o bajo su influencia para justificar las pretensiones de Atenas en contra de Megara, sobre la cercana isla de Salamina. En otros sitios, Áyax ocupa lugar distinto, en efecto. En VIII, 221 y *ss.*, a los opuestos extremos del campamento se encuentran, respectivamente, Áyax y Aquiles.

554-7. Con referencia a A, 5, *b*: *1)* Argos de Diomedes, la ciudad que, con Micenas y Esparta, merecía la preferencia de Hera: IV, 52, y VI, 228. *2)* Argos de Agamemnón: I, 31; II, 109, 286 y 563 y *ss.*; III, 82 y 259; IV, 169; VI, 149. *3)* El Peloponeso en general: IX, 139 y 285. *4)* Grecia entera: IX, 248, y el uso del término "argivos" en todo el poema. *5)* Argos Pelásgica, de Peleo y Aquiles: II, 675.

561. *1)* Aquí, Mecisteo, rey argivo, hijo de Talao y padre de Euríalo. *2)* Aqueo de igual nombre, hijo de Equio, en VIII, 325.

563 y ss. Corinto, en el golfo de su nombre, es la antigua Éfira, como la llaman siempre los personajes de la *Ilíada* (ej.: VI, 149). Parece recién anexada al reino de Agamemnón. Sobre otras dos poblaciones llamadas Éfira: II, 653 y *ss.*—Sición, también recién anexada probablemente a los dominios de Agamemnón, puede ser la Mecone hesiódica, donde la burla de Prometeo a Zeus cuando la institución de los sacrificios: B, I, 445 y *ss.*—Otra Egíalo, en Paflagonia, II, 847.—Sobre Adrasto: B, IV, 373 y F.

577. *1)* Aquí, Helos lacedemonia. *2)* Helos de Pilos, reino de Néstor, en II, 587.

584 y ss. *1)* Además de esta Pilos, en Élide, reino legendario de Neleo heredado por su hijo Néstor [*2)* otra Pilos, costa occidental de Mesenia, sur del Peloponeso, frente a la isla de Esfacteria, donde los atenienses vencerán a los espartanos (425 a. c.), y donde la batalla de Navarino (1827)].—El río Alfeo, en Trío (Élide), tiene personalidad mítica: es padre de Ortíloco, abuelo de Diocles, bisabuelo de los aqueos Cretón y Orsíloco (V, 553-8).—Hay otra Pteleo en Tesalia, en II, 691.

588 y ss. Unos entienden que las Musas simplemente hirieron a Támaris, o lo dejaron "lisiado". La especificación de que le arrancaron los ojos cuadra mejor con la tradición de los antiguos "cantores ciegos": Demódoco, en la *Odisea,* VIII; el poeta ciego de Quíos, en el *Himno a Apolo,* que se ha supuesto sea el propio Homero.

589. Otro Eurito, hijo de Áctor y padre de Talpio el epeo (bando aqueo), en II, 614.

614. Otro Anfímaco, cario (bando troyano), en II, 864.

619 y ss. Con Duliquio y las Equinas, Mar Jónico, frente a Élide, nos acercamos a los dominios insulares de Odiseo, objeto de incertidumbre y controversia. (Th. W. Allen, *The Homeric Catalogue of Ships,* Oxford, 1921, págs. 82 y *ss.*; y V. Bérard, *Les Navigations d'Ulysse. I: Ithaque et la Grèce des Achéens,* París, 1927, páginas 209 y *ss.).*

626 y ss. La Cefalenia de Odiseo es un conjunto de islas en el Mar Jónico, y no sólo la Cefalonia moderna. Sus tropas son "los cefalenios" (IV, 330). —Ítaca, la capital de Odiseo, ¿es la moderna Thiaki, es Léucade, etc.?—El Nérito era un monte de Ítaca.—Samos ¿es la misma Same de la *Odisea,* II? Hay otra Samos en el Egeo, costa de Jonia.

636 y ss. Sobre Eneo, Meleagro y el Jabalí Calidonio: IX, 543 y *ss.*

642 y ss. Además de esta Festo, ciudad cretense, un Festo, guerrero lidio de Tarne, hijo de Boro (bando troyano), muerto por Idomeneo en V, 48.—Otra Mileto, en Caria (II, 861).

648 y ss. La división de los rodios en tres tribus parece indicar su origen dorio. En tiempos homéricos, la línea que va de Rodas a Panfilia marca el límite de la expansión helénica sobre el mundo oriental. Ver B, I, 424.—La Éfira arrasada por Héracles, donde éste hubo a Tlepólemo de la princesa Astioquía, no es la Éfira que después se llamó Corinto (B, II, 563 y *ss.).* Según Aristarco, tampoco fue esta Éfira junto al Seleente (o Enoa, cercana a Pilos, ciudad elidense), sino aquella Éfira de Tesprocia (noroeste de Grecia), de que habla la *Odisea,* I y II.—Para mayor confusión, además de este río de Élide, hay otro Seleente que corre por Arisbe (Tróade), en II, 829.—Astioquía es llamada Astigenea por el logógrafo Ferécides, y Astidamia por Píndaro.—En cuanto a la muerte de Licimnio, es un accidente involuntario según Apolodoro: se le fue la mano a Tlepólemo, tema socorrido en las leyendas heroicas y en algunos mitos divinos (Apolo y Jacinto, por ejemplo). Píndaro, en cambio, la tiene por un asesinato en forma. Respecto a las riquezas de Rodas y la lluvia de oro que le otorgó Zeus: Píndaro, *Olímpicas,* VII, 48-51.

665-6, y 761. Se aprovechan todas las comparaciones para enaltecer a Aquiles: Nireo es el más hermoso, después de él; Áyax Telamonio, el más bravo, en ausencia de Aquiles.

671. Otro Eurípilo más ilustre, hijo de Evemón, caudillo aqueo

que mata a Melantio y a Hipsenor, y se ofrece para luchar sólo con Héctor (II, 729; V, 80; VI, 38; VII, 178).

673. Otro Ántifo, meonio, en II, 856; y otro, hijo de Príamo, que mata a Leuco y es muerto por Agamemnón (IV, 495 y *ss.*, y XI).

675 y ss. Sobre Argos Pelásgica: B, II, 554-7.—Hélade, ciudad tésala, o toda la región de los mirmidones. También se nombra otra Hélade fuera de las fronteras de Peleo, en IX, 450.—Sobre "helenos" o "aqueos", ver A, 5.—Sobre Lirneso y los muros de Tebas: B, I, 363. Lirneso y esta Tebas se encontraban por el golfo Adamitio.

696 y ss. Protesilao murió sin hijos. Ver G.

705 y ss. Otra Feras, en Mesenia, residencia de Diocles, el nieto del río Alfeo: B, II, 584 y *ss.*; V, 533, y IX, 150.—Yaolco, ciudad tésala cerca de Ftía donde vivió Pelias, y en cuyo golfo antes de la Guerra Troyana se armó la expedición de los Argonautas rumbo a Cólquide al mando de Jasón y en busca del Vellocino de Oro: primer grande empresa naval que juntó a los pueblos de Grecia contra el Oriente.—Sobre Admeto y Alcestis: F, Admeto.

712 y ss. Sobre Filoctetes, aquí apenas mencionado: B, I, 6, *f.*

726. La fuente Hiperea, ¿en Ormenio? (lugar ya enigmático para los antiguos), ¿o en Feras, según Estrabón? En suma, en Tesalia. Otra Hiperea: antiguo país de los feacios de la *Odisea* (VI, 4-10), antes de que ocuparan la isla de Esqueria. Ver B, VI, 479-480.

732. [Otra Hipodamia, esposa de Pélope.] Ver F.

733. Monte de Tesalia, no el patronímico de Aquiles: IX, 180 y 731.

739 y ss. Guneo y sus tierras son muy inciertos.—Sobre Dodona, ¿ignoraba el poeta el famoso lugar de Epiro, donde el oráculo de Zeus? ¿O había otra Dodona en Tesalia, como aquí se declara?

745. Sobre la Éstix, ver E.

775 y ss. Sobre Tifeo y los Arimos, ver Tifeo en D.

789. Los ancianos de la *Ilíada* son afectos a los recuerdos y a los largos discursos. Así aparece aquí Príamo; así, en IX, Fénix, y ya lo hemos advertido a propósito de Néstor (B, II, 341).

797-8. Los aqueos sitiadores son pueblos de igual entronque lingüístico. Los troyanos cuentan con aliados de origen y hablas distintos (IV, 436-9).

806-7. Sobre el doble nombre "Batiea" y "Tumba de Mirina" ver B, I, 399. [Batiea o Arisbe se llamó la esposa de Dárdano el fundador: A, 6, *a.* Mirina fue una reina de las Amazonas.]

809 y ss. Orden de la enumeración de troyanos y aliados: *a)* troyanos y dardanios; *b)* aliados pelasgos y tracios (sobre todo, europeos) cícones y peonios; *c)* asiáticos: de Paflagonia y Arisbe; de Misia y Frigia; de Meonia, Caria y Licia. Entre los tracios, aún no figura Reso, que en X [*in fine*] aparecerá recién llegado.—Las fuerzas troyanas y aliadas se estiman en unos 50,000 hombres, menores en número a los sitiadores. Acampan en grupos de cincuenta en

torno a cada una de las mil fogatas. Ver II, 122 y *ss.*; B, II, 494; VIII, 56 y 558-9.

815. Reservamos la forma "Acamante" para este caudillo dardanio, y la forma "Acamas" para el tracio, hijo de Eusoro y compañero de Píroo, cuya apariencia toma Ares para exhortar a los Priámidas y que muere a manos de Áyax Telamonio (II, 836; V, 468, y VI, 8).

817. Licaón: *1)* Padre de Pándaro, rey de Zelea, en Licia. *2)* Hijo de Príamo y Laótoe, medio hermano de Héctor y Paris: III, 332; XXI y XXII.

818. No se entienda literalmente: más adelante veremos cómo el mismo Pándaro fabrica su arco (IV, 102 y *ss.).*

819. Esepo, aquí, río de la Licia troyana. Además, nombre de un guerrero troyano, hijo de Bucolión y de la náyade Abarbárea (hermano gemelo de Pédaso), que muere a manos de Euríalo (VI, 21-9).

821 y ss. La ciudad misia de Apeso es llamado Peso en V, 620.—No confundir a este Anfio con Anfío (V, 619 y *ss.).*—No confundir a este Adrasto con el héroe de antaño que figura en la saga tebana (II, 566; B, IV, 373; V, 419 y F).

848. Odio, jefe de los halizones muerto por Agamemnón en V, 43. De igual nombre, un heraldo aqueo que acompaña la embajada de Agamemnón a Aquiles, IX, 169.—Se ha querido relacionar esta incierta Álibe con los Cálibos, herreros del Asia Menor; y, tras los recientes descubrimientos sobre los hetitas, con la región de Halis, donde eran las minas de plata.

851. Ironía contra la ineficacia de los adivinos, como en V, 150 y *ss.*

870. Licia, cuna de Glauco y de Sarpedón (V, 487 y 650; VI, 165 189, 212, 229, etc.). Hay otra Licia, vecina al monte Ida, capital Zelea (II, 820), patria de Pándaro (V, 106 y 176). Algunos confunden ambas poblaciones en torno a la cuenca del Janto.—Sobre el Janto: A, 4, *d.*

III

1 y ss. Los aqueos atacan en silencio; los troyanos y sus aliados, con gran alboroto. Ver IV, 428-39.

7-8. Caso observado en África, según Aristóteles *(Hist. de los animales,* VIII, 597 y *ss.).* La leyenda, tardía y fragmentaria, en Eliano *(Hist. de los animales,* XV, 29 y *ss.),* y en Rutilio Namaciano (I, 291-2). Sobre la emigración de las grullas, Heródoto (II, 22).

17 y ss., 34 y ss., y 329 y ss. El exceso de armas de Alejandro (Paris), verdadera exhibición teatral, hace más ridícula su fuga ante Menelao. Pero este exceso de armas significa que desafía lo mismo al arco, a la espada o a la lanza. Cuando al fin se dispone a combatir con Menelao en duelo singular, se arma de modo más apropiado, y acepta y adapta a su busto la coraza que le presta su medio hermano Licaón.

25 y ss. La comparación entre el guerrero y el león es frecuente en el poema. En XI, se habla del león que arrebata a los chacales un ciervo recién herido por los cazadores. Se dice que el león no toca generalmente un cadáver abandonado. Adviértase que aquí, además de tratarse de un león enloquecido de hambre, la pieza se supone apenas abatida por los cazadores, que se acercan a cobrarla.

34. El temor que aquí demuestra Alejandro, y aun su conducta censurable, no impiden que se lo siga llamando, por su belleza y su alcurnia, "divino" y "semejante a un dios". El estilo épico es terco en el epíteto. El viejo romance castellano respeta la dignidad del rey hasta en el reproche.

Mentides, *buen rey*, mentides,
que non decides verdad.

Muchas veces encontraremos el epíteto o el adjetivo fijo *(otiose)*, que conocen bien los filólogos: las naves son "raudas", aunque estén inmóviles en la playa; el cielo, "estrellado", aun a mediodía; Pándaro el traidor sigue siendo "noble", "claro", etcétera.

55. Se llama "nuera de la ciudad" a la esposa extranjera, como Bóreas, por ser esposo de Oritía Erecteida, es "yerno de Atenas" (Heródoto, VII, 189).

63. La lapidación —el linchamiento antiguo— es el castigo del delincuente, cuyo contacto es vitando (Esquilo, *Agamemnón*, 1615; y Sófocles, *Áyax*, 253).

66. A Alejandro (Paris), hombre de poca conciencia, nada le cuesta responder a las reprensiones de Héctor declarándolas justas, con superficial hipocresía (VI, 343; B, VI, 542-4).

110 y ss., 246 y 277 y ss. Los aqueos sacrificarán a Zeus; pero los troyanos, al Sol y a la Tierra. Hay inversión o "quiasmo" en los versos 111-112: la cordera parda es para la Tierra, y la blanca, para el Sol.

129 y ss. Esta escena 2ª ha sido llamada *Tichoscopía*, ojeada desde las murallas.—Además de esta Laódice, citada nuevamente en VI, 257, Laódice se llama también una de las hijas de Agamemnón (ver B, I, 6, *b*; IX, 144 y 290).

151. [Como "Etra" es la madre de Teseo, se ha querido ver aquí una alusión a la leyenda sobre el rapto de Helena niña por Teseo, que éste confió a su madre Etra mientras, en compañía de Pirítoo, se dirigía a los infiernos con el ánimo de rescatar a Perséfone. Como tal leyenda es posterior a los Poemas Cíclicos, posteriores a su vez a Homero, se ha sospechado aquí una interpolación. La fábula conoce todavía a otra Etra, y es la mujer de Atreo seducida por el hermano de éste, Tiestes.]

152 y 265. Puertas occidentales de la muralla de Troya (VI, 244 y 407; IX, 358).

155. "Lampo" se llama también un caballo de Héctor (VIII, 184).

181-182. Intercalar este verso omitido, que casualmente era el preferido por Alejandro el Grande:

Magnífico en el mando, valiente en la porfía

185-192. Mientras el anciano Néstor sólo admira el pasado, el anciano Príamo, desengañado y sin ilusiones respecto a las cosas de su tiempo, se sorprende ante las novedades.

204. Sobre esta embajada, que precedió a la guerra con el intento de evitarla: B, III, 155 y *ss*., etcétera.

206 y ss. Entre los ancianos y consejeros de Troya, Antenor, que había hospedado antes en su casa a Odiseo y a Menelao [y aun los había salvado entonces de una celada de Paris, según Estasino, *Cantos ciprios*], es el que revela más simpatía por los aqueos, o al menos, mayor ecuanimidad y más decidido ánimo conciliatorio. Llega a proponer que Troya devuelva a Helena con todas sus riquezas, para evitar la continuación de la guerra (VII, 357 y *ss.)*.

248. Ideo, heraldo troyano (VII, 286, 289, 379, 388, 411, 417, etcétera). Otro Ideo, guerrero del bando troyano, hijo del rico Dares (el sacerdote de Hefesto) y hermano de Fegeo, el muerto por Diomedes (V, 9 y *ss.)*.

270-1. No es la habitual mezcla de vino y agua, sino la mezcla de los dos vinos, el del uno y el del otro bando.

274. Estos mechones de la víctima solían darse al fuego. Aquí se distribuyen entre los jefes porque, tratándose de un sacrificio juramental, confiado a las divinidades subterráneas, la víctima no se quema ni asa, sino se entierra. Adviértase que también se invoca a los Jueces Subterráneos —Minos, Éaco y Radamantis—, destinatarios en principio de esta suerte de sacrificios y votos. Los despojos de las víctimas se arrojan al mar cuando el juramento es hecho por un extranjero (Agamemnón en XIX); pero se los entierra si el juramento es hecho por un nativo. De aquí que, cumplido el rito, Príamo recoja los restos de los corderos y se los lleve consigo, tal vez para sepultarlos debidamente (III, 312).

277 y 320. Zeus reside sobre todo en el Olimpo, pero tiene junto a Troya, en el Gárgaro, cumbre del Ida, algo como un trono subsidiario (VIII, 45). Allí lo invocan todos constantemente, por ser su morada más próxima. El Zeus a quien se dirige Aquiles en XVI es el Zeus Pelásgico, de Dodona.

351 y ss. El delito de Paris ofende particularmente a Zeus, protector por excelencia de la hospitalidad.

380. El texto es elíptico, y explico la elipsis en la versión: Si Menelao ataca otra vez a Paris con su lanza, fuerza es que la haya recobrado. Los guerreros pueden entrar en combate con dos lanzas, según consta en varios lugares; pero los duelistas sólo llevan una (III, 337-8, y VII, 220, etc.). Proporcionar a Menelao una nueva lanza hubiera sido una violación.

393. En la mejor época de la lengua, se dijo "tornar, tornido",

por "tornear, torneado". Así en el *Tesoro* de Covarrubias (1611). Y en el pliego suelto del siglo XVI, Romancero del Cid:

También le gané al rey / el su escaño *tornido.*

El fácil arcaísmo, todavía comprensible, se recomienda por su elegancia y tradición, así como por razones métricas. Quien lo prefiera, diga "torneado", empleando una contracción que es también legítima. (Ver III, 453.)

426. Zenodoto halla mal que toda una diosa acerque la silla a Helena. Un escoliasta le contesta que también la diosa Atenea precede a Odiseo como una lámpara encendida por las habitaciones del palacio de Ítaca, como una simple sirvienta *(Odisea,* comienzos de XIX).

436. El "zaino Menelao" se propone como transacción entre los que lo dicen rubio y los que lo dicen castaño o pelinegro (IV, 183).

447. Cránae: "la Rocosa". Para unos, Citere o Citeres, isla meridional de Lacedemonia, célebre por su santuario y culto de Afrodita; para otros, Gitión, otra isla cercana; para otros finalmente, alguna isla sobre el litoral del Ática.

IV

17 y ss. y 70. Zeus finge ignorar que Hera y Atenea no desean la paz, sino la caída definitiva de Troya. Ver. B, II, etc.; II, 155 y *ss.*, y VIII, 452 y *ss.*

225. Eurimedonte: *1)* hijo de Tolomeo Piraida, auriga de Agamemnón. *2)* Un escudero de Néstor, VIII, 114.

241. Apunta aquí el desdén al combate de arco, que elude el peligro del cuerpo a cuerpo, desdén que se hace después más patente y se advierte en la increpación de Diomedes contra Paris, que acaba de herirlo de un flechazo (XI). Actitud comparable a la que adopta la poesía renacentista ante las armas de fuego.

278. En la Tróade, el Céfiro suele traer borrasca y granizo.

294 y ss. Pelagonte: *1)* Teniente de Néstor. *2)* Licio, compañero de Sarpedón, V, 706.—Alástor: *1)* Teniente de Néstor, también citado en VIII, 325. *2)* Caudillo licio muerto por Odiseo en V, 685. —Cromio: *1)* Teniente de Néstor. *2)* Hijo de Príamo, hermano de Equemón, muertos ambos por Diomedes en V, 161 y *ss. 3)* Caudillo licio muerto por Odiseo en V, 685. *4)* Troyano muerto por Teucro en VIII, 273.—Hemón: *1)* Teniente de Néstor. *2)* Tebano, padre de Meón, en IV, 394.

306. Ver. B, II, 1.

319. Néstor se complace en recordar su victoria sobre Ereutalión. Ver VII, 146 y *ss.*

376 y ss. (Ver V, 813 *y ss.).* Evocaciones de la saga tebana y de una posible *Tebaida* desaparecida, que dio asunto a la lírica y a

la tragedia griegas, así como al poeta latino Estacio. [El rey de Tebas, Edipo, maldijo a sus vástagos Eteocles y Polinices, criaturas de su involuntario incesto con su madre, augurando que se matarían entre sí. Ellos, al desaparecer su padre, convinieron en alternarse en el trono. Al llegar el turno, Eteocles se negó a dejar el puesto a Polinices. Éste, entretanto, se había desposado con la hija de Adrasto, rey de Argos. Adrasto reclutó alianzas para sostener los derechos de su yerno. Al mando de siete famosos jefes (Tideo entre otros), los aliados se lanzaron sobre las siete puertas de Tebas (Esquilo, *Los siete contra Tebas)*. Eteocles y Polinices se mataron uno a otro, según la maldición paterna. Los sitiadores fueron derrotados. El único de los jefes asaltantes que escapó con vida fue Adrasto, gracias a su caballo Arión, hijo de Posidón.] El anciano Adrasto emprendió años después una nueva campaña contra Tebas, en que figuraron como jefes los Epígonos, hijos de los anteriores capitanes; entre ellos, Diomedes y Esténelo. Éstos lograron rendir a Tebas. [Si, en la primera Guerra Tebana, Adrasto fue el único jefe asaltante que salió con vida, en la segunda su hijo Egialeo fue el único jefe asaltante que pereció. Adrasto murió de pena en el viaje de regreso.]

404. Imitado por Aristófanes, *Tesmoforias.*

412 y ss. Compárese la *sofrósyne* o cordura de Diomedes con los arrebatos de Aquiles. Diomedes tolera que Agamemnón lo reprenda injustamente en este momento de exaltación que precede al combate, y reserva su respuesta para la libre discusión del ágora (IX, 29 y *ss.)*.

442 y ss. Imitado por Virgilio, *Eneida*, IV, 176-7.

475. Tumultos por arrebatarse el cadáver. Ver A, 3, *a.*

516. Pérgamo es la ciudadela o Acrópolis de Troya (V, 453 y 467; VI, 539 y VII, 21); no el reino alejandrino en la confluencia del Caico y del Cetio, fundado en el siglo III a. C. por Filétero, y que luego formó parte de la provincia romana de Asia.

V

5. El astro de otoño es el Perro de Orión, siniestro presagio a pesar de su hermosa refulgencia, porque anuncia fiebres y extremosos calores (XXII).

40. Río de Tróade, afluente del Simois, llamado Escamandro por los hombres, y por los dioses, Janto. Ver B, VI, 4 y B, I, 399.

53-60. Escamandrio: *1)* Diestro cazador, protegido por Ártemis, muerto por Menelao. *2)* Hijo de Héctor y Andrómaca, niño a quien el pueblo apoda Astianax (VI, 417).

61. "Tectón": "el constructor"; "Hemón": "el ajustador". Ver VI, 8: "Eusoro" significa "el opulento". Ver VI, 18: "Calesio" significa "el que invita a los huéspedes", escudero del hospitalario Axilo. El poeta inventa aquí nombres significatvos, tradción que sigue

Calímaco cuando llama "Hecalea" a la anciana hospitalaria de su poema.

128 y 609 y ss. Ver la introducción a esta rapsodia V. Diomedes adquiere el don de reconocer a los dioses en este instante, y lo ha perdido ya al encontrarse con Glauco, en VI, 127 y 139.

199. Sobre los carros enfundados, ver VIII, 436, donde Posidón enfunda la carroza de Zeus.

203 y ss. Sobre el uso del carro en el combate, B, II, 1.

227, 268 y ss., y 326 y ss. Zeus raptó a Ganimedes, hijo del rey Tros, seducido por su belleza, y lo transportó al Olimpo para hacerlo su copero, o lo hizo llevar allá por su águila o por los dioses. A cambio de Ganimedes, Zeus obsequió a Tros las yeguas de que descienden los caballos de Eneas, que Diomedes y Esténelo le arrebatan. (Ver VIII, 107.)

236 y ss. Adviértase el temor de Eneas y de Pándaro, que no pierden de vista la posibilidad de que Diomedes los obligue a huir o les dé muerte.

397. El "vástago de Anfitrión" es, "oficialmente", Héracles. Ver "Anfitrión" en F.

411 y ss. [No se cumplió al pie de la letra la profecía de Dione. Pero, cuando Diomedes regresó a su hogar, se encontró con la infidelidad de su esposa, "la prudente Egialea", y habiéndose desterradc voluntariamente, fue a morir por las islas de Apulia, tras de fundar allá varias poblaciones.]

558 y ss. Orsíloco: *1)* Guerrero mesenio muerto por Eneas. *2)* Troyano muerto por Teucro en VIII, 272.

644 y ss. Apolo y Posidón, castigados por Zeus, tuvieron que servir a las órdenes del rey Laomedonte y construyeron personalmente los muros de Troya (458-9). [Laomedonte se negó a pagar sus servicios. En venganza, Posidón lanzó contra la ciudad un monstruo marino que sólo podía ser aplacado si el rey le entregaba a su hija Hesione. Héracles acudió a la defensa, a cambio de los caballos de Laomedonte, descendientes de las yeguas obsequiadas por Zeus a Tros (V, 227, etc.). También Héracles se vio defraudado. En venganza, arrasó la ciudad, y entregó a la princesa Hesione como botín en manos de Telamón, que se había distinguido singularmente en el ataque.] Este episodio es una remota prefiguración de la *Ilíada.* La falsedad de Laomedonte parece anunciar la falsedad de su nieto Paris, defecto de que Menelao, en su enojo, acusa por igual a todos los hijos de Príamo, en III, 115 y *ss.*

718. Se reserva el nombre de "Teutrante" para este aqueo muerto por Héctor, y se llama "Teutras" al padre de Áxilo, VI, 12.—Orestes: *1)* Aqueo muerto por Héctor. *2)* Hijo menor de Agamemnón que ha quedado en Micenas (IX, 141 y 287).

720. Héleno: *1)* Hijo de Énope muerto por Héctor. *2)* Augur, hijo de Príamo, hermano de Héctor (VI, 73 y *ss.*; VII, 47 y *ss.*, etcétera).

721. Cefisis, después llamado lago Copais, en Beocia: ver B, II, 519.

749 y ss. Entre las entidades representadas en la Égida, el Valor o Pujanza *(Alkeé)* y la Persecución *(Iokeé)* son meras personificaciones poéticas. Sobre la Discordia *(Éris)* y la Fuga o Espanto *(Fóbos)*, ver C. Otros ejemplos de personificación poética son el Rumor (II, 97), y las Súplicas o *Litaí* (IX, 513 y *ss.)*.

761. Las Horas *(Horai)*, hijas de Zeus y Temis, que cuidan las puertas del cielo, son propiamente las Estaciones; generalmente, tres: primavera, verano e invierno (VIII, 387 y *ss.*, y 426 y *ss.)*.

787. La ambrosía es alimento de los dioses y también de los brutos divinos (VIII, 428).

813. A esta embajada de Tideo, padre de Diomedes, ha aludido antes Agamemnón (IV, 373 y *ss.)*. La complacencia con que el poeta lo recuerda ha hecho suponer que el autor de la *Ilíada* lo es también de algún poema perdido sobre las hazañas de Tideo.

853. Hades es "el Invisible". Tema folklórico del sombrero que desaparece a quien lo lleva puesto.

903. La prole de Urano son los Titanes, a quienes Zeus, al instaurar su olímpico régimen, ha aprisionado en el Tártaro (infierno de los Inmortales), con excepción de los que se pusieron de su parte (VIII, 11 y *ss.*, y 473 y *ss.)*. En Homero, región sin aire ni luz. En Hesíodo, *Teogonía*, región tempestuosa.

VI

4. Janto, nombre que los dioses dan al río Escamandro (V, 40). Posee personalidad mítica. Es hijo de Zeus, cuenta con culto y sacerdocio, y ejecuta actos humanos (o divinos), como el solicitar contra Aquiles la ayuda de su afluente, el Simois. Ver A, 4, *d*; y sobre los dobles nombres, B, I, 399.

21 y ss. Pédaso: *1)* Hijo de Bucolión, muerto por Euríalo. *2)* Ciudad de léleges, en Tróade, reino de Altes, saqueada por Aquiles (VI, 35; XX y XXI). *3)* Ciudad mesenia, en el Peloponeso, que Agamemnón ofrece a Aquiles (IX, 151 y 297). *4)* Un caballo mortal de Aquiles, que éste uncía junto a sus caballos inmortales (XVI).

102. Héctor obedece a su hermano Héleno, que es augur, por tratarse de un deber religioso.

149 y ss. Ejemplo de las historias que inserta el poema, a guisa de antecedentes, para ensanchar la visión en el tiempo y en el espacio. Recuérdese la embajada de Tideo a Tebas (B, V, 813). Véanse también la historia de Fénix y la de Meleagro (IX, 446 y *ss.*, y 542 y *ss.)*.

157 y ss. Antea: *1)* Esposa del rey Preto. *2)* Ciudad mesenia (IX, 150 y 296).

162. Tema de la mujer de Putifar y José.

166. Única referencia homérica a algún arcaico sistema de escri-

tura. En los días de Homero se usaba ya la escritura, pero como ayuda de memoria para el poeta y no como práctica general. Las "plegadas tablillas" ni siquiera corresponden al sistema que llegará a ser común en Grecia, sino que recuerdan el de los babilonios y asirios. (Ver B, VII, 186 y *ss.)*

183. Los sólimos, habitantes de Licia, después llamados térmilas (Heródoto, I, 173).

207. Laodamia muere, pues, de muerte súbita. Ver "Ártemis", en C.

228. Argos de Diomedes. Ver B, II, 554-7.

240-3. Monro anota: "La generosidad romántica es ajena a la *Ilíada*". El honor es menor cuando no hay recompensa (IX, 630-2).

311. Esta imagen de Atenea venerada en Troya —aunque, por lo visto, sin que la diosa hiciera mayor caso, según VI, 319— es la única efigie religiosa mentada en el poema.

328. La pica de once codos de Héctor (5 m.) vuelve a mencionarse en VIII, 487. La de Áyax medía el doble. En VII, 220, se habla de "la sombra inmensa de su lanza". [La lanza cretense parece que medía de 1.55 a 1.80 m., salvo la de 2 m. para cacería de jabalí. Los cálibos, según Jenofonte, usaban lanzas de 6.90 m. La "sarisa" de los macedonios variaba de 4.30 a 6.50 m., y acaso más, según la fila de la falange.]

343. Ver B, III, 66; B, VI, 347.

347 y 359-63. No parece Helena estar hablando a Paris "con ternura", a juzgar por el tono con que se dirige a Héctor y los términos con que después califica a su esposo. Pero es característico de Paris el tomarlo todo de buen humor. Ver B, VI, 542-4.

374. Como poniendo en duda la promesa de Paris, Héctor encarga a Helena que lo obligue a cumplirla.

417 y ss. El nombre "Astianax" sólo reaparece en XXII y XXIV. Héctor es *ánax* o guardián de Troya.

444-5. Es decir, murió de muerte súbita. Ver B, VI, 207 y "Ártemis", en C.

454 Única mención a una *tichomaquia* o asalto a los muros de Troya. Los tres ataques a que Andrómaca se refiere debieron de acontecer durante el curso de ese día, puesto que no se nombra a Aquiles, ya ausente del combate.

479-80. (Ver II, 726.) Algunos sitúan la fuente Meseída en Tesalia; otros, en el Peloponeso, suponiendo que el poeta quiso así establecer una simetría entre una fuente del sur, y una fuente del norte, Hiperea, en Tesalia.

542-4. Nueva ironía de Paris, ante la duda que Héctor parece haber manifestado poco antes sobre si su hermano sería capaz de unírsele prontamente para volver al combate, como él lo ha ofrecido (VI, 350-3 y 374-5). De aquí que Héctor (VI, 457 y *ss.)* manifieste su extrañeza ante el carácter contradictorio de Paris, dotado como pocos, pero muchas veces negligente. Ya hemos visto manifestarse

la ironía de Paris en sus respuestas a las iracundas reprensiones de Héctor (III, 66, y VI, 343), y en su modo de tratar a Helena (final de III, y VI, 347). "Insensible a la reprobación" dice Helena (VI, 361). Ya se dijo en el prólogo (final, observación nº 11), que el poeta deja que sus personajes se pinten solos con sus palabras y sus actos, y sólo excepcionalmente hace comentarios por su cuenta.

VII

9 y 153. (Ver B, II, 505.) ¿Es Areítoo un enemigo del Norte (Beocia) o un vasallo sublevado? En este segundo caso, la Arna aquí nombrada pudiera ser ciudad arcádica. En Mantinea, en efecto, había una fuente Arna. Pero este Areítoo, muerto ya cuando Néstor era todavía muy joven, ¿podía tener un hijo que fuera combatiente efectivo en Troya, como lo es Menestio? Sería un centenario, y Homero no hubiera dejado de mencionar y aun aprovechar esta circunstancia, como lo hace con Néstor, Fénix, Príamo, etcétera.

61. El Sueño se transfigura de modo semejante en XIV. Los dioses sólo excepcionalmente se muestran en su real presencia, como Atenea lo hace con Aquiles (I, 199). Tal presencia puede ser aniquiladora: así, para Semele, la aparición de Zeus en forma de rayo. (Ver "Dióniso", en C). Las deidades minoicas solían asumir forma de aves. En la *Odisea*, Atenea ayuda a Odiseo contra los Pretendientes bajo figura de golondrina.

71. Alude a la traición de Pándaro en IV, escena 2. Ver VII, 361-2.

94. Textual: "del Helesponto inmenso". Siguiendo a Hermosilla, prefiero "del rápido Helesponto", que corresponde mejor a la realidad geográfica. Resulta violento llamar inmenso al "estrecho" de los Dardanelos, que el fabuloso Leandro y el menos fabuloso Lord Byron han podido cruzar a nado.—Por la costa de la Tróade, se ven montículos que la tradición llama "la tumba de Aquiles, de Áyax, de Patroclo".

105. (Ver II, 231.) Virgilio (*Eneida*, IX, 617) imita esta increpación para referirse a los frigios.

107. "Devolvéos a los elementos de que estáis hechos", sería la perífrasis interpretativa; o sea, a la tierra y al agua, según los versos del filósofo presocrático Jenófanes:

> Todos hemos brotado de la tierra y el agua;
> todo empieza en la tierra y en ella todo acaba.

Así, Hesíodo, *Op.*, 61 (creación de la mujer), y Herondas, II, 28 y *ss.*

120. El Eácida Aquiles no teme a Héctor; al contrario es temido por Héctor (IX, 356 y *ss.*, y XXII). Pero todos los argumentos son buenos para apartar a Menelao de su temerario propósito. Héctor

no desconoce el temor: también lo experimenta ante Áyax (VII, 223).

173. Ver B, VIII, 266 y *ss.*

186 y ss. Los caudillos no escriben: marcan sus señales, que cada uno conoce. (Ver VI, 166.)

286-7. "Quiasmo": Taltibio es aqueo; Ideo, troyano.

293 y 303-4. La noche es un poder a quien ofenden ciertos actos.

313-5. Obsérvese el contraste entre este duelo caballeresco y el de Menelao y Paris (III, escena 4).

357 y ss. Sobre la disposición conciliatoria de Antenor: B, III, 206 y *ss.*

361-2. Se refiere a la traición de Pándaro. (Ver III, escena 2 y VII, 71.)

424 y 438. Cada fragmento parece describir un nuevo amanecer. Se entiende que transcurre un día entero en levantar e incinerar los cadáveres, y sólo al siguiente se empieza la construcción del muro.

458-9. Alude a la construcción de los muros troyanos que Apolo y Posidón hicieron para el desleal Laomedonte (B, V, 644 y *ss.).*

468. El anuncio de esta catástrofe corresponde a su descripción anticipada al comienzo de XII.

VIII

123, 310 y ss. Situación repetida.

160 y ss. Tema que reaparece en XII.

178-9. También Aquiles se burlará de los recursos defensivos con que los aqueos han pretendido compensar su alejamiento del combate: IX, 354-5.

184 y ss. Aristarco rechaza como apócrifos estos versos, en que Héctor resulta manejando, en pleno combate, una cuadrilla, en vez de una biga, que es lo usual.

266 y ss. Nueve, como en VIII, 173; pero aquí Teucro y Menelao sustituyen a Toas y a Odiseo.

360. Ver B, II, 745; "Héracles", en C, y "Éstix", en E.

470. Aristarco objeta: El combate por los restos de Patroclo no acontecerá entre las popas sino en pleno campo de batalla (XVII).

513. "Obra de las deidades": B, V, 644.

IX

16 y ss. Ver II, 111 y *ss.*

58. Néstor ofrece decirlo todo; pero se interrumpe, hace un tránsito brusco, como si prefiriera no descubrir su pensamiento ante el ágora, y sólo lo declarará cabalmente algo más allá, en el consejo de los jefes (IX, 98 y *ss.).*

167. Fénix: *1)* Hijo de Amíntor y antiguo ayo de Aquiles. *2)* Padre de Europa, abuelo de Minos y de Radamantis (XIV).

181. A lo largo del fragmento, se usa el dual y no el plural para los embajadores. Se supone que éstos lo son propiamente Odiseo y Áyax, en tanto que Fénix sólo los acompaña como personaje de honor, y los heraldos, como testigos. Otros, siguiendo a Aristarco, se preguntan si Fénix no ha llegado antes, por su lado, a la barraca de Aquiles.

190. Acaso Patroclo espera que Aquiles acabe de cantar para continuar él en canto "amebaico". Posible es que tales cantos, de breves dimensiones como los de Demódoco y Femio en la *Odisea*, representen el embrión de la épica, adecuado a la etapa de turbulencias guerreras, y cuyos asuntos permitirán más tarde, cuando la sociedad se reorganice y se establezcan las aristocracias protohistóricas, la elaboración de la gran epopeya al tipo de la *Ilíada.*

254 y ss. Otra rememoración semejante en XI.

354-5. Ver B, VIII, 178-9.

360-1. Probable alusión a algún episodio de la leyenda extraño a la *Ilíada.*

679-80. Ver B, IX 513 y *ss.*, etcétera.

387. Algunos sospechan que haya aquí una interpolación o corrupción, pues, si bien les hubiera parecido posible que, junto a la miniense Orcómene, Aquiles recordara a la Tebas beocia, hallan forzado que nombre a la Tebas egipcia, única mención que de ella se hace en el poema.

397. (Ver I, 176.) "Conmigo quedan otros para honra y compañía", ha dicho Agamemnón. Aquiles parece retrucarle: "Pues acude a otros."

401 y 450. Hay dos Hélades. (Ver B, II, 675 y *ss.)*

465 y ss. Pasaje que Aristarco rechaza como repugnante, y que no consta en los manuscritos conservados y sólo queda en Plutarco *(Moralia)*, quien lo justifica por el propósito de Fénix: mostrar a Aquiles los extremos a que conduce la pasión.

513 y ss., y 523 y ss. En esta personificación poética, las Súplicas son cegatonas, porque el ofensor no osa encarar al ofendido. Ate representa aquí el espíritu de los errores funestos. Ver B, II, 97; V, 749 y *ss.*, y en C, "Ate".

543-4. Los curetes, de Pleurón; los etolos, de Calidón: tribus rivales del mismo pueblo.

567. Se interpreta que, como ahora los aqueos, los curetes se encontraban entonces presos dentro de sus propias defensas.

568 y ss., y 588 y ss. Homero abrevia la historia. [Meleagro era hijo de Eneo, rey de etolos, y de Altea, hija de Testio, rey de curetes. Meleagro lucha por los despojos del Jabalí contra sus avúnculos o tíos maternos, que son curetes, porque ellos se niegan a entregar tales despojos a Atalanta, la virgen cazadora a quien Meleagro los había cedido.] Meleagro da muerte a alguno de sus tíos [o a todos ellos, en la versión general], por lo cual su madre lo maldice.

575. [Marpesa fue robada por Idas a su padre Eveno. Apolo, por

orden de Zeus, partió en persecución de Idas, pero, a su vez, pretendió adueñarse de Marpesa. Zeus ordenó que la muchacha misma eligiera a su preferido. Ella optó por Idas que, como mortal, envejecería a la vez que su esposa.]

582. [En la Odisea hay apodos semejantes: "Megapentes" ("inmenso duelo"). El mismo nombre "Odiseo" le fue dado por Autólico, su abuelo materno, en recuerdo de los disgustos que acababa de sufrir "contra muchos hombres y mujeres, vagando por la fértil tierra". *(Od.*, XIV, 11 y XIX, 407 y *ss.)* Pero hay disidencias sobre el significado del nombre. Alcione, hija de Éolo transformada en alción, llora la separación de su esposo Ceix, transformado en golondrina marítima o "bubia". Los dioses acaban por reunirlos de nuevo. Homero no alude a esta leyenda, tal vez posterior. El canto del alción era para la antigüedad un gemido.]

588. A los dioses celestes se los implora levantando los brazos; a los subterráneos, golpeando el suelo con las manos.

630-2. Ver B, VI, 240-3.

649. Un instante de vacilación en el ánimo de Aquiles, provocado por la emoción con que ha oído a Fénix. Si la primer concesión arrancada a Aquiles por Fénix es que podrá o no quedarse en Troya después de pensarlo una noche, la segunda concesión, arrancada por Áyax (IX, 681 y *ss.)*, es que Aquiles volverá al combate si Héctor llega a atacar sus tiendas, aunque duda que se atreva a ello.

685. La negativa de Aquiles desaira los ofrecimientos de Atenea (I, 215-6), y es contraria al pacto entre Zeus y Tetis (I, 503-4). Una vez que los aqueos lo desagravian, debió ceder. La simpatía pasa aquí de Aquiles a Agamemnón.

700. Episodio anterior a la Guerra Troyana: sublevación de la isla de Eciro (Espóradas) contra el rey Peleo, padre de Aquiles.

736. Este verso anuncia de cierto modo el futuro regreso de Aquiles al combate, y el término de su actitud, que hoy llamaríamos "aislacionista".

C. *Deidades y personificaciones míticas*

AFRODITA: En Homero, hija de Zeus y Dione. [En Hesíodo, hija de la sangre de Urano y de la espuma del mar.] Esposa de Hefesto. Generalmente, diosa de los amores, por lo que el aqueo Diomedes la expulsa del combate como cosa que no le incumbe, y Zeus le recomienda que vuelva a la dulzura de los himeneos y no se mezcle en cosas de guerra. [En los cultos más antiguos, sin embargo, aparece armada y tiene alguna afinidad con la guerra], de que hay rastro en sus amores subrepticios con Ares, referidos en la *Odisea*, y veladamente aludidos en la *Ilíada*, XX, donde acude a socorrer a Ares, herido por Atenea. Madre de Eneas, a quien hubo del príncipe dardanio Anquises, primo del rey Príamo. Está con los troyanos, protege a su hijo Eneas y a su favorito Paris. Los romanos la identificaron con Venus. Ver "Cipris".

AIDONEO: Hades.

ALALCOMENIA: Atenea, así llamada por "protectora", o por referencia a Alalcomene, en Beocia.

APOLO: Hijo de Zeus y Latona. [Mellizo de Ártemis y nacido un poco después de ella.] Preside a las artes, a la poesía, a las Musas; inspira la adivinación y la profecía; cuida de las purificaciones. Al igual de su hermana Ártemis, es dios arquero [como Helios, el Sol, con quien se pretenderá identificarlo tardíamente]. Se lo llama "el que hiere o caza de lejos", "el Cazador o el Amparador Distante", "el Providente", "el del Arco de Plata", "el de la Espada Áurea", etcétera. Se le atribuye la muerte súbita de los varones, no causada por la violencia, sino por enfermedad, como la peste de los aqueos. Está con los troyanos y es acerbo censor de Aquiles. [Su relación con la ganadería se expresa en el mito de Admeto, cuyas greyes tuvo que pastorear un tiempo, por sentencia de Zeus. Ver, en F, "Admeto" y "Asclepio".] Ver también "Esminteo" y "Febo".

ARES: Hijo de Zeus y Hera. Dios de la guerra y del frenesí sanguinario. Se lo llama "funesto", "homicida", "luctuoso", "perverso", "terrible", "traidor", "demoledor", "pujante", "impetuoso", "broncíneo" (por armígero). Los numerosos héroes a quienes Homero llama "brotes o ramos de Ares" no son precisamente sus hijos, sino guerreros excelentes. Ares hace triste figura. Sus divinos padres no lo estiman. Atenea se queja de que le ofreció luchar por los aqueos y se pasó a los troyanos, y es más poderosa que él en la guerra. Los míticos niños gigantescos Oto y Efialtes (ver D) lograron aprisionarlo en otro tiempo. Diomedes lo hiere y lo hace huir del combate. [Afrodita lo amaba, *Odisea*, VIII.] El Marte con quien lo identificaron los romanos es persona de mayor dignidad. Ver "Enialio".

ARGIFONTE: El Mensajero: Hermes. [Así llamado por haber dado muerte a Argos, el pastor cubierto de ojos a quien Hera encargó la vigilancia de Ío, cuando ésta fue convertida en vaca por Zeus, que hubiera querido ocultarla y sustraerla a los celos de su divina esposa. Otros dicen que "Argifonte" sólo significa "el veloz mensajero".]

ÁRTEMIS [o ARTEMISA, por razones del verso]: Hija de Zeus y Latona. [Melliza de Apolo y nacida un poco antes de él.] Diosa virginal, silvestre, cazadora y flechera, señora de los animales del campo. Se le atribuye la muerte súbita de las mujeres por enfermedad, no por violencia. Está con los troyanos. Hera la castiga como a muchacha desobediente. Los romanos la identificaron con Diana.

ATE: Ceguera moral, error funesto, que Homero personifica como hija de Zeus. [En Hesíodo, hija de Eris, la Discordia, y de la Anar-

quía.] Por tener los pies delicados, pisa sobre las cabezas de los hombres (o los enloquece): *Ilíada*, XIX. No llega a deidad.

ATENEA: Hija solamente de Zeus, y su preferida a pesar del despechado Ares. [Engendrada en Metis —la Sabiduría, remota consorte de Zeus, a quien éste devoró cuando estaba encinta, por temor de que diera a luz un hijo más poderoso que todos los dioses—, Atenea vino a brotar, adulta y armada, por la frente de su padre, abierta de un hachazo por Prometeo, por Hefesto o uno de sus ayudantes.] Diosa de la sabiduría, las artes y los oficios, singularmente de las labores femeninas; señora del consejo en los gobiernos, amparadora de príncipes y ciudades; patrona de Atenas; guerrera y árbitro del botín; virginal y hermosa, "ojizarca", "de ojos rútilos", "ojos de lechuza" (lo que no autoriza a suponer que haya sido antaño una diosa lechuza). Escudero de Zeus con derecho a usar sus armas, y "Porta-Égida" como su padre. Decidida defensora de los aqueos, aunque tenía sagrario en Troya [acaso para desagraviarla del adverso Juicio de Paris: Ver B, 6 *a*]. Protege singularmente a Aquiles, a Odiseo, a Diomedes. (Ver "Alalcomenia", "Palas" y "Tritogenia".) Los romanos la identificaron con Minerva.

AURORA: Nombre latino de Eos.

BACO: Dióniso.

BÓREAS: Viento norte (el latino Aquilón). [Esposo de Oritía, la hija de Erecteo, de quien tuvo a Cestes y a Calais, que figuraron entre los Argonautas. Moraba con Céfiro. Llegó a tener culto especial, por la ayuda que prestó para vencer a las flotas persas.]

CÉFIRO: Suele aparecer como esposo de Iris. Engendró, en la Arpía Podarga, los caballos de Aquiles llamados Janto y Balio. Vivía con Bóreas en una caverna de Tracia, y ambos gobernaban a los demás vientos.

CIPRIS: Nombre de Afrodita. [De "Chipre", uno de los principales centros de su culto, isla a que llegó —como también a Citere o Citeres, de donde "Citerea"—, después de su nacimiento, flotando sobre las aguas.]

CRÓNIDA, CRONIÓN: Hijo de Cronos, como Zeus (el Cronión por antonomasia), Hera, Posidón, etcétera.

CRONOS: [Hijo de Urano —vago espíritu celeste y primer amo del Universo— y de Gea, la Tierra. Urano, espantado a la idea de que lo desposeyera uno de sus hijos, replegaba a todas sus criaturas en el seno de la Tierra. Ésta, no pudiendo ya soportarlo, armó con una

hoz o guadaña a Cronos, el hijo menor. Cronos mutiló a Urano y le arrebató el mando divino. La historia se repite: Cronos, temeroso a su vez de los hijos que engendraba en Rea, los devoraba conforme nacían, hasta que Zeus no logró desposeerlo. (Ver "Zeus".) Cronos fue enviado a las islas Bienaventuradas, al Occidente, donde reinará sobre las almas privilegiadas. Una tradición tardía le atribuye el haber fundado la ciudad de Saturnia, antecedente legendaria de Roma.] Por referencia a la mutilación de su padre Urano, Homero le llama "Cronos el artero". Los romanos lo identificaron con Saturno.

DEMÉTER: [Hija de Cronos y Rea, hermana de Zeus.] Diosa terrestre y agrícola que creó el grano cereal y enseñó a los pueblos su cultivo. La *Ilíada* sólo la menciona de pasada, y la llama "blonda", acaso por el color de la mies en sazón. [Se unió a Yasión, diosecillo local, entre los surcos de un campo recién labrado: "hierogamia" o sacras nupcias que comunican fecundidad al suelo], como las de Zeus y Hera en la *Ilíada*, XV. [Convertida en yegua para huir a las solicitaciones de Posidón, éste la dominó convirtiéndose en garañón, y engendró en ella al caballo Arión: ver IV, 377 y *ss.* Por obra de Zeus, concibió a Perséfone o Kora, que fue raptada por Hades. Al fin se obtuvo que Kora volviera al lado de su madre durante los meses fértiles y permaneciera junto al dios subterráneo durante el invierno. Madre e hija son "las Venerables". Su culto principal, los Misterios de Eleusis, representan —con la religión de Dióniso, el orfismo y la fase religiosa del pitagorismo—, el aspecto místico, no olímpico, de las creencias griegas, donde hay iniciación, algo como un bautismo, embriones de misa y promesas de salvación eterna.] Los romanos la identificaron con Ceres.

DIONE: [Remota consorte de Zeus, su esposa etimológica: "Zeus", en genitivo, es "Dios", femenino "Dione". Asociada en Dodona al culto de su antiguo esposo.] En Homero, Afrodita es hija de Zeus y Dione. Cosa singular, dados los feroces celos de Hera: Dione habita tranquilamente en el Olimpo.

DIÓNISO: Hijo de Zeus y de Semele y dios "del báquico furor", que la *Ilíada* sólo menciona de paso un par de veces. [Según las diferentes versiones, Dióniso es hijo de Zeus y de Perséfone: Tal es el Zagreo, el niño cornúpeta a quien dan muerte y luego queman y devoran los Titanes. Atenea salva su corazón. Zeus traga el corazón, y vuelve a engendrar a Dióniso en Semele. Instigada por la celosa Hera, Semele, ya encinta, pide a Zeus que la visite en su verdadera apariencia. Zeus se presenta en forma de rayo, fulmina a Semele e incendia su casa. Logra salvar de las llamas el germen, lo aloja en su muslo, y de allí nace definitivamente el nuevo dios del vino. Su campaña mística, extática y frenética casi coincide con la aparición de la Grecia histórica. Por suerte, Dióniso se asoció al fin con el

gran organizador y purificador Apolo, sin lo cual Grecia hubiera desaparecido prematuramente del mundo de la cultura. Confiado por Zeus a Ino, hermana de Semele, Ino enloqueció por artes de Hera, y se arrojó al mar llevando en brazos a su hijo Melicertes. Ambos se convirtieron en deidades marinas: la madre, bajo el nombre de Leucotea; el hijo, bajo el de Palemón o Palemo. El niño Dióniso fue entonces confiado por Zeus a las ninfas del monte Nisa (¿Tracia?)]. Y aquí acontece el episodio de la *Ilíada*, VI, 130 y *ss.* [El nuevo dios fue objeto de múltiples persecuciones. Descuellan la del rey Penteo (Eurípides, *Bacantes)* y la del rey Preto, cuyas hijas, poseídas del furor dionisiaco, fueron curadas por el saludador Melampo. Acompañan a Dióniso los Sátiros, Silenos, Ménades, Bacantes, Basárides, con danzas desorbitadas y otras locuras. Dióniso llega a ser uno de tantos dioses mediterráneos que sufren, mueren y resucitan. Sus inspiraciones están en el origen de la tragedia griega. Los romanos lo identificaron con Líber, también llamado Baco, una de cuyas hipóstasis es el Yaco, que figura en los Misterios de Eleusis junto a las Venerables Deméter y Cora.]

DISCORDIA: Eris, hermana de Ares que se mezcla en los combates, los anuncia, se deleita con ellos, se levanta cuando los dioses toman parte en la lucha, y figura en el escudo que Hefesto fabricó para Aquiles, y también en la Égida de Zeus (IV, 442; V, 528 y 750).

ENIALIO: "El belicoso", epíteto de Ares, que la *Ilíada* aplica a Meriones, el bravo cretense, escudero de Idomeneo.

ENÍO: *1)* Diosa guerrera, correspondiente a la Belona latina (V, 338 y 599). *2)* [Además, una de las Greas, hijas de Forcis y Ceto.]

EOS: Diosa del alba, de "róseos dedos", "del manto de azafrán", etcétera [hija de Hiperión y de Teía, hermana del Sol y de la Luna. Otras veces, se la da por hija del Titán Palante y de Eurifasea. Célebre por sus amores con Titono, Orión, Clito y Céfalo. Solía raptar a sus amantes.] Así lo hizo con Titono (hermano de Príamo), de quien es esposa en la *Ilíada*, XI y XX. [Obtuvo de Zeus la inmortalidad para Titono; pero se olvidó de pedirle que le concediera la juventud eterna, de modo que Titono acabó por convertirse en un despojo con voz humana. De Titono y de Eos nació Memnón, el héroe etíope que perece en la saga troyana. En la copa de Duris (Museo del Louvre), el grupo de Eos que recoge el cadáver de Memnón tiene el encanto de una *Pietà*.]
Los romanos la identificaron con Aurora.

ERINIS, plural ERINIES: [Hijas de la sangre del mutilado Urano que goteaba sobre la Tierra, vengadoras de los crímenes en este y en el otro mundo; especialmente, de los delitos de sangre entre consanguíneos.] Encargadas de perpetuar y hacer que se cumplan las maldi-

ciones. [El culto las disfraza bajo nombres menos terribles, como el de "Euménides". El arte las presenta fieras, pero hermosas.] Los romanos las llamaron Furias.

ERIS: Discordia.

ESMINTEO: Epíteto de Apolo, sea por patrono del baño y las purificaciones, sea por Esminte (Tróade), o por su virtud para extinguir las plagas (literalmente, de ratones silvestres).

ESPANTO: Ver FUGA.

FEBO: Febo Apolo, "el refulgente".

FUGA (o Espanto): *Fóbos*, hija de Ares que se mezcla entre los guerreros, acompaña a su padre en las batallas, y figura en el escudo de Agamemnón junto al Terror y la Gorgona (IV, 442, XI y XIII).

GEA: Tierra.

GRACIAS: Espíritus de la belleza, generalmente tres, figurados como tres diosas que reciben distintos nombres. Hijas de Zeus a quienes se atribuyen diversas madres. Suelen asociarse a Afrodita. En Homero poseen una figura muy vaga (V, 344). Una de ellas aparece como esposa de Hefesto (XVIII). [En Hesíodo, se llaman Aglaya, Eufrosine y Talía, y son hijas de Zeus y Eurínome, una Oceánida.] Hera ofrece al Sueño por esposa a Pasitea, la más joven de las Gracias, si consigue adormecer a Zeus (*Ilíada*, XIV).

HADES: Hijo de Cronos y Rea. Dios infernal y subterráneo que preside a la mansión de los muertos, mansión que suele llamarse "el Hades", aunque nunca en las letras clásicas. Por eufemismo, "el Invisible", y "el Zeus Infernal". Es sombrío y adusto, no malvado: la mitología clásica no conoció ningún Satanás. Reina, pero no juzga. [Los jueces de las almas son Éaco, Minos y Radamantis. Los ejecutores de los castigos son las Erinies.] Homero lo menciona con frecuencia en compañía de Perséfone, sin declarar que ésta es su consorte. Los romanos lo adoptaron con el nombre de Plutón, uno de sus nombres originales.

HEBE: Hija de Zeus y Hera, escanciadora en el Olimpo. En la *Odisea* aparece ya casada con Héracles, tras la apoteosis celeste de este héroe. Diosa de juventud eterna, a quien los romanos identificaron con Juventas.

HEFESTO: Hijo de Zeus y Hera. [Sólo de Hera, en Hesíodo. Dios de origen asiático que preside al fuego, a las artes de la fragua y de los

metales, sustituyó en cierto modo a la deidad helénica del fuego, que acaso lo fue originariamente el Titán Prometeo.] Sobre su cojera, ver B, I, 588 y *ss.*, etc. Es el artífice por antonomasia. Entre sus principales obras, cuentan la Égida de Zeus, impenetrable al mismo rayo, los alcázares de los dioses y sus sillas de piedra en el palacio de Zeus, el cetro de Agamemnón, la coraza de Diomedes, las segundas armas de Aquiles, que sustituyeron a las que Héctor arrebató a Patroclo, los rayos de Zeus, que después siguen fabricando los Cíclopes, la silla en que aprisionó a Hera, resentido un día por su crueldad, la trampa invisible en que hizo caer a los adúlteros Ares y Afrodita, la crátera que Menelao obsequia a Telémaco, los perros de plata y oro en los jardines de Alcínoo, la viña que Zeus dio a Laomedonte, el funesto collar de Harmonía en la saga tebana, el cuerpo de Pandora al que Atenea comunicó aliento vital, etc. En la *Ilíada*, XVIII, casado con una de las Gracias; en la *Odisea*, VIII, con Afrodita. [Protege a los obreros, como Atenea, y las fraguas del Cerámico ateniense trabajan bajo su amparo.] Está por los aqueos. Los romanos lo identificaron con Vulcano.

HELIOS: Sol.

HERA: Hija de Cronos y Rea, hermana y consorte de Zeus [quien antes tuvo varias esposas]. Es la mayor entre las Crónidas o hijas de Cronos. Preside a las relaciones matrimoniales y a la maternidad, en compañía de Ilitia, la diosa comadrona (o de las Ilitias). Es irascible y celosa. Zeus suele castigar sus desobediencias con alguna rudeza. Se la llama "la Brazos Blancos" —como a Andrómaca, la esposa de Héctor—, "la del trono áurico", "la Ojos Bovinos", u "Ojos de novilla", como en general a las mujeres de grandes ojos: Clímene, la doncella de Helena, o Filomedusa, la esposa de Areítoo el Macero, etc. Argiva por antonomasia, es decidida protectora de aqueos contra troyanos. Los romanos la identificaron con Juno.

HERMES: Hijo de Zeus y de la Pléyade Maya, hija de Atlas. [Aunque pertenece al canon de los Doce Olímpicos, es un dios menor.] Astuto, ladrón desde la cuna, mediador, patrono de mercaderes y de tesoros escondidos, cuida de los caminos y las lindes de las propiedades. Mensajero olímpico, y especialmente de Zeus, según se aprecia más claramente en la *Odisea*. "Psicopompo" o encargado de conducir las almas a su nueva mansión; "Argifonte" (ya explicado). Benévolo y simpático a los humanos. Está por los aqueos, aunque no hace mucho en su servicio. Los romanos lo identificaron con Mercurio.

HIPERIÓN: Uno de los Titanes o hijos de Urano; padre de Helios, el Sol [con quien también suele confundírselo].

HIPNOS: Ver "sueño".

ILITIA (o Ilitias, en plural): Diosa o diosas menores de la fertilidad que presiden a los nacimientos como la romana Lucina. Ver “Hera”.

IRIS: [Hija de Taumas, el hijo del Ponto o Mar, y de la Oceánida Electra —no la Pléyade de igual nombre—, y, por consecuencia, hermana de las Arpías. Anda entre cielo y tierra, como su emblema el arcoíris, que Virgilio entiende como el puente para los viajes de Hera. Se la da por consorte de Céfiro, acaso porque aparece con las lluvias lejanas que acarrea su esposo.] Es “la rauda”, “la de livianas o huracanadas plantas”, “la Alas de Oro”, etc. Mensajera olímpica en la *Ilíada*, se apropia las funciones de Hermes y está al mandato de Zeus. [Poetas ulteriores la adscriben al servicio de Hera, a los pies de cuyo trono, según Calímaco, duerme como un perro. Es diosa menor.]

KERES: Espíritus de la muerte y de los hados funestos. Tienen algo de los destinos, y algo de las aves infernales que todo lo manchan, como las Arpías y —en su forma original— las Sirenas.

KORA: Perséfone. Ver “Deméter”.

LATONA: [Hija de los Titanes Ceo y Febe.] Concibió de Zeus a los mellizos Ártemis y Apolo. Hera no la dejaba dar a luz “en parte alguna donde el Sol alumbrara”, y la hacía perseguir de una en otra tierra por la serpiente Pitón. La humilde isla de Delos la acogió al fin [aunque avergonzada de su insignificancia y atemorizada de lo que pudiera pasar al nacimiento de Apolo, que ya se anunciaba como un futuro dios tremebundo. Posidón, para eludir la sentencia de Hera y evitar que el Sol alumbrara el caso, cubrió oportunamente la isla bajo una bóveda de agua.] Es diosa de “hermosa o alma cabellera”. Está por los troyanos, como sus dos hijos.

NEREO: Dios marino, padre de Tetis; por antonomasia, “el Viejo de la Mar” (I, 533).

OCÉANO: Hijo de Urano y Gea, esposo de Tethys, a quien no ha de confundirse con Tetis: Río que ciñe la Tierra.

PALAS: Atenea. No es epíteto canónico. [El nombre del “Paladión”, imagen de Atenea que cayó del cielo y se conserva en Troya a modo de salvaguarda, por lo que Diomedes y Odiseo tuvieron que hurtarlo para que cayera la ciudad —según se dijo en B, I, 6, *f*—, quiere derivarse de “Palas”. Los romanos pretendían que la imagen robada a Troya era una mera imitación, y que el verdadero Paladión había sido llevado a Roma por Eneas, como un amuleto protector. Un mito cuenta que Atenea, de niña, jugaba con una hija de Tritón llamada Palas, la cual quiso un día matarla; pero Zeus interpuso

su Égida, y fue Palas quien resultó muerta. Atenea, afligida o arrepentida, grabó en el escudo la imagen de su compañera, y de aquí surgió el Paladión.]

PEÓN: Médico de los dioses. Curó a Hades del flechazo de Héracles, y a Ares de la lanzada de Diomedes (V, 406 y 906 y *ss.)*.

PERSEFONE: Cora. Ver "Deméter". Hija de Zeus y Deméter, y consorte de Hades. Reina infernal, acaso el grano mismo de trigo. Los romanos la identificaron con Proserpina.

PORTA-ÉGIDA: Lo son, por antonomasia, Zeus y su hija Atenea.

POSIDÓN: Hijo de Cronos y Rea. Sumariamente, dios de las aguas y los mares, señor del terremoto que modela la tierra con su tridente. Hercúleo, iracundo y rencoroso, no perdona a Troya, en la *Ilíada*, el que Laomedonte lo haya defraudado, según se explica en B, V, 644 y *ss.*; no perdona a Odiseo, en la *Odisea*, el haber cegado a su hijo el Cíclope Polifemo. Su consorte es la Nereida Anfitrite. Su mito lo relaciona con los caballos. Está por los aqueos, aunque menos decididamente que Hera, por temor a desagradar a Zeus. Los romanos lo identificaron con su diosecillo Neptuno.

SUEÑO: Hipnos. Personificación mítica que no llega a deidad. [En Hesíodo, hijo de la Noche.] Homero lo llama poéticamente "hermano de la muerte".

SOL: Helios. Titán, hijo de Hiperión y de Teía. [Recorre en carro los cielos, de este a oeste, y vuelve al punto primero en una artesa de oro que flota sobre la corriente del Océano.]

TERROR: *Deimos*. Se mezcla entre los guerreros; aparece al lado de la Gorgona y de la Fuga (o Espanto) en el escudo de Agamemnón (IV, 442, XI y XV).

TETIS: (No confundir a esta *Thetis* con la consorte del Océano, *Tethys*, citada en la *Ilíada*, XIV). Nereida o hija de Nereo [y de Doris], esposa de Peleo y madre de Aquiles. Ver B, I, 349, etcétera. Es "la Pies de Plata". No está con aqueos ni con troyanos, sino con su hijo Aquiles, contra cualquiera que lo agravie o que lo amenace. Tiene pasiones maternales, no políticas.

TIERRA: Gea. [En Hesíodo, hija del Caos. Engendró por sí sola a Urano, con quien se unió para dar a luz a Cronos, padre de Zeus, y a los demás Titanes.]

TITANES: Hijos de la primitiva pareja de Urano y Gea. Según Hesíodo, seis varones y seis hembras: Océano, Ceo, Crío, Hiperión,

Japeto, Cronos, Teía, Rea, Temis, Mnemósine, Febe y Tethys. La *Ilíada* da a Océano y a Tethys como progenitores de los dioses. Cronos y Rea engendraron a Zeus quien estableció el régimen olímpico que sucedió al de Cronos y los Titanes.

TRITOGENIA: Epíteto de Atenea (IV, 525 y VIII, 37). El epíteto, no bien explicado aún, parece referirse a cultos acuáticos, que relacionarían a Atenea con Anfitrite, la consorte de Posidón, y con Tritón, hijo del mismo dios marino.

URANO: Ver "Cronos", "Tierra" y "Titanes". El Caos, en Hesíodo, engendró a la Tierra, Gea, y ésta dio de sí a Urano y se unió a él para engendrar la raza de los Titanes.

ZEUS: Hijo de Cronos y Rea y esposo de Hera [además de otras consortes anteriores que no siempre se distinguen bien de sus amantes. Los sucesivos amos del cielo han sido Urano, Cronos y Zeus. En Hesíodo, Zeus es el menor de los Crónidas; en Homero, el mayor. Arrebató el mando a su padre Cronos. Éste, por temor a ser desposeído por alguna de sus criaturas, las devoraba según iban naciendo, aunque ellas permanecían vivas en sus entrañas. La madre, Rea, salvó a Zeus y, en su lugar, hizo tragar a Cronos un peñasco envuelto en pañales, el *Onfalós.* Después, administró a Cronos un vomitivo y lo hizo devolver a los demás hijos: Hestia, Deméter, Hera, Hefesto y Posidón. Zeus derrotó a los Titanes y, bajo su dominio eminente, repartió el mundo con sus hermanos varones, entregando a Hefesto el reino subterráneo, y los mares a Posidón]. Es padre de Helena, la mujer de Menelao arrebatada por Paris, a quien hubo en Leda, esposa de Tindáreo, así como a los Dióscuros, Cástor y Polideuces. (Ver "Dióscuros", en F.) Sus epítetos habituales son "el Fulminador", "el Tonante", "el Amo de las Nubes", "El Turbión de Nubes", "El Porta-Égida", etc. Como ejecutor de los destinos, es más bien neutral, aunque encamina los destinos conforme al rumbo predeterminado. (Ver B, I, 6.) No disimula su especial estimación por Troya, por el rey Príamo y por Héctor. Los romanos lo identificaron con Júpiter.

ZEUS INFERNAL: Hades.

D. *Monstruos y animales míticos*

ALOEO: Padre "oficial" de Oto y Efialtes.

BRIAREO: Gigante forzudo y centímano. En Homero, hijo de Posidón y Gea. [En Hesíodo, Titán, hijo de Urano y Gea; en otros, hijo del Ponto o Mar.] Los hombres lo llaman Egeón. Sobre estas dobles denominaciones, ver B, I, 399.

CAN: Perro guardián de la morada infernal de Hades, monstruo de tres o de cincuenta cabezas, hijo de Tifón (Tifeo) y de Equidna. El nombre "Cerbero" no es homérico. Ver VIII, 362.

CENTAUROS: Híbridos de hombre y caballo, generalmente considerados como hijos de Ixión y de Nefele (la Nube en apariencia de Hera). Eran monstruos de naturaleza salvaje, con excepción de Quirón *(q. v)*, que es de generación anterior (I, 718 y II, 735).

EFIALTES: Ver "Aloeo" y "Oto".

EGEÓN: Nombre humano de Briareo.

GORGO O GORGONA: Cualquiera de los tres monstruos, hijos de Forcis y Ceto, llamados Esteno, Euríale y Medusa, de que sólo era mortal esta última, la cual murió a manos de Perseo (o de Atenea por medio de Perseo), y de cuya sangre nacieron Pegaso, caballo alado, y Crisaor el de la espada de oro (V, 751 y VIII, 344). Las Gorgonas tenían terrible y espantable fisonomía, y cabelleras de serpientes. Quien las veía quedaba petrificado de espanto. [Para dar muerte a la Medusa sin contemplarla directamente, Perseo se valió del espejo mágico que le proporcionó Atenea. Usó, además, el casco de Hefesto, que hace invisible a quien lo lleva (ver V, 852-3), y las alas que le prestó Hermes.]

JAPETO: Titán, hijo de la Tierra y de Urano, padre de Prometeo, Epimeteo, Atlante y Menetio, que habita con Cronos en lo más distante del mundo.

OTO: [Hijo de Ifimedia y, oficialmente, de su esposo Aloeo, aunque su verdadero padre parece ser Posidón. Hermano de Efialtes. Ambos, niños gigantescos y precoces que crecían desmesuradamente por instantes y osaron alzarse contra los Olímpicos. Para escalar la morada divina, intentaron encaramar el monte Osa sobre el monte Olimpo, y sobre el Osa, el monte Pelión. Fueron muertos a tiempo. Una variante tardía explica su odio a Ares por atribuirse a éste el haber dado muerte a Adonis.]

PITÓN: La serpiente que moraba en Pito (después, Delfos), a quien Hera encargó de perseguir por toda la tierra a Latona, para que no encontrara sitio donde dar a luz a Ártemis y a Apolo. Murió a manos de Apolo, que fundó su oráculo en Pito-Delfos.

QUIMERA: Monstruo [hijo de Tifón (Tifeo) y Equidna], descrito en VI, 177 y *ss.* En un bosque de Licia ardía una llama perpetua, tal vez de gas natural, que se llamaba "la Quimera llameante".

QUIRÓN: [Centauro, hijo de Cronos y Filira, primer ejemplar de la casta híbrida, de índole muy distinta a los seres hirsutos, sensuales y violentos engendrados por Ixión y Nefele.] Sabio, justo; músico, médico, educador famoso, maestro de héroes como Asclepio, Jasón y Aquiles (IV, 217 y XI). Dio a Peleo, padre de Aquiles, la lanza hecha con un fresno del monte Pelión que Aquiles usaba en los combates (XV y XIX).

TIFEO O TIFÓN: Monstruo gigante [hijo de Gea y del Tártaro, acaso un viento o genio volcánico, que osó alzarse contra Zeus, cuando éste comenzaba a instaurar su régimen olímpico tras de reducir a los antiguos Titanes, y aun luchó con Zeus cuerpo a cuerpo, logrando aprisionarlo por algún tiempo y obligando a los dioses —según cierta versión tardía— a refugiarse en Egipto]. O yace bajo los Arimos [en algún lugar de Cilicia, o allí moró algún tiempo, como dice Esquilo, *Prometeo*; o bien su tumba está en Sicilia, bajo el Etna, según la tradición pindárica que Góngora recoge en su *Polifemo*]. (II, 775-6.)

E. *Lugares míticos*

ÉREBO: Abismo oscuro, acceso del Tártaro (VIII, 362, y IX, 592).

ÉSTIX (Estigia): Río y laguna infernal. [En el mito, uno de los Titanes que estuvieron de parte de Zeus cuando éste derrocó a Cronos. Es ente de naturaleza femenina, y según Hesíodo, es hija de Océano, esposa de Palante, y madre de Zelos, Nike, Cratos y Bía (Emulación, Victoria, Poder y Violencia). Zeus le concedió la guarda de los juramentos divinos, cuya violación causaba un largo destierro del Olimpo.] II, 745; VIII, 360, etcétera.

OLIMPO: Además de ser un monte entre Macedonia y Tesalia, es un vago lugar celeste donde habitan los dioses, y tal es el sentido en la *Ilíada*.

TÁRTARO: La hondura mayor de los infiernos, donde Zeus precipitó a los Titanes vencidos. Ver VIII, 11 y 473; y, especialmente, B, V, 903.

F. *Semidioses y héroes de antaño*

ADMETO: [Esposo de Alcestis y padre de Eumelo. Zeus dio muerte a Asclepio, hijo de Apolo, por haber resucitado a Hipólito (hijo de Teseo e hijastro de Fedra) a ruegos de Ártemis. Apolo no podía vengarse de Zeus, y se vengó dando muerte a los Cíclopes, forjadores del rayo que fulminó a Asclepio. Zeus, en castigo, condenó a Apolo a servir por algún tiempo a las órdenes de Admeto, de cuyas greyes fue pastor. Ver "Apolo", en C. Admeto resultó un amo benévolo. Apolo, agradecido, decidió salvarlo de la Muerte y, con ayuda del

vino, sobornó a los Hados para que dejaran morir a otra persona en lugar de Admeto. Los padres de éste se negaron al sacrificio. Alcestis, la esposa, lo aceptó. Héracles, camino de alguna de sus empresas, luchó contra la Muerte e impidió que se llevara a la fiel Alcestis. Este mito dio asunto a un drama satírico de Eurípides, *Alcestis*, y a un poema de Browning, *Balaustion's Adventure.*] (II, 708).

ADRASTO: [Rey de Argos y de Sición que condujo la infortunada expedición de los Siete contra Tebas y, ya en su vejez, la expedición victoriosa de los Epígonos contra Tebas.] Fábula de la descendencia de Edipo: B, IV, 373 y *ss.*

AMAZONAS: Legendarias guerreras [de un pueblo matriarcal, consagradas al culto de las diosas madres orientales, lo que explica, mucho mejor que la alegada comodidad para el manejo del arco, la mutilación del seno derecho que generalmente se les atribuye, mutilación sacra correspondiente a la castración masculina en el culto de Cibeles y otros ritos asiáticos. Las Amazonas, según la fábula, hicieron antaño largas correrías por el Asia Menor y aun atacaron a Atenas. Tal vez la madre de Hipólito, el hijo de Teseo, fue una reina de las Amazonas cautivadas por el famoso héroe ateniense. El arte se ha complacido en representarlas.] La Tumba de Mirina, citada en II, 807, es un rastro de esta leyenda, y otro, las recordaciones de Príamo que de joven guerreó contra ellas (III, 187 y *ss.).*

ANFITRIÓN:. (V, 397). Hijo de Alceo, nieto de Perseo, esposo de Alcmena su prima, la hija de Electrión el rey de Micenas. Mató a Electrión por accidente, y se refugió con su esposa en Tebas. Mientras regresaba de un combate, Zeus asumió su apariencia y amó a su esposa Alcmena. Poco después apareció el auténtico Anfitrión. De resultas, Alcmena dio a luz dos mellizos: Ificles, hijo del esposo mortal, y Héracles, hijo de Zeus. Plauto, Molière, Dryden han sacado de aquí comedias. Lejana transformación del tema, en *El sombrero de tres picos*, de Pedro Antonio de Alarcón.

ASCLEPIO: Médico insigne, aún no divinizado en la *Ilíada* (caso semejante al de Héracles). Padre de Macaón y Podalirio, los médicos de la armada aquea, a quienes comunicó los secretos curativos que aprendió de Quirón (II, 724-5, y IV, 217). [En el mito posterior, hijo de Apolo y Coronis. Llegó a tener culto muy difundido en Grecia, como dios de la medicina, y en sus sagrarios se interpretaban los sueños de los pacientes para proceder a su tratamiento, remoto antecedente del psicoanálisis onírico.] Ver "Admeto" y B, I, 65.

ATREO: Rey de la Argos Micenia [nieto de Tántalo, hijo de Pélope], padre de los Atridas, Agamemnón y Menelao. [Se quiere hoy identificarlo con el Attarisayas, jefe de los Ahhiyava (¿aqueos?), que apa-

rece en las inscripciones hetitas y que merodeaba por los litorales asiáticos.] Ver "Tiestes", en F.

CÁSTOR: Mellizo de Polideuces. Ver "Dióscuros", "Helena" y "Polideuces", en F, y "Zeus", en C. (III, 236-7).

CENEO: Rey lapita que combatió a los Centauros [quienes lograron darle muerte, aunque era invulnerable] (I, 363).

DÁNAO: Ver A, 5 *c*, y B, II, 532 y *ss.* [Ío, hija de Ínaco, rey de Argos, fue amada por Zeus y convertida en vaca para sustraerla a la vigilancia de Hera. Ésta la puso bajo la guarda del Pastor Argos a quien Hermes dio muerte (ver "Argifonte", en C). Hera envió entonces un tábano que la hacía correr de sitio en sitio. Encontrándose en Egipto, dio a luz a Épafo, fruto de sus amores con Zeus. De Épafo descienden los hermanos Dánao y Egipto. Aquél tenía cincuenta hijas, y éste cincuenta hijos. Se concertaba el enlace de los primos, cuando Dánao, reñido con su hermano Egipto, huyó a Argos con sus cincuenta Danaides, y llegó a ser rey del territorio, cuyos habitantes se llamaron "dánaos". Los hijos de Egipto descubrieron el paradero de sus primas y las obligaron al matrimonio. Por orden y consejo de Dánao, sus hijas dieron muerte a sus maridos la noche misma de las bodas, con excepción de Hipermnestra que fue feliz al lado de su esposo Linceo. Las demás fueron condenadas en los infiernos a llenar de agua un tonel sin fondo. Otra de las Danaides, Amímone, concibió de Posidón al héroe Nauplio, fundador y epónimo de Nauplia. La historia de las Danaides en Esquilo, *Las suplicantes* (y en *Los egipcios* y *Las danaides*, tragedias perdidas), y otros detalles, en Píndaro, *Píticas*, IX 193 y *ss.*]

DIÓSCUROS (así llamados en los *Himnos Homéricos)*: Cástor y Polideuces (el Pólux latino). En Homero, hijos de Tindáreo y de Leda, como Clitemnestra, y medio-hermanos de Helena. [En tradiciones diferentes, hijos también de Zeus, como Helena.] La *Ilíada* los declara muertos (III, 243-4), e ignora la leyenda de su edificación y su inmortalidad alternada *(Odisea*, XI, 299-304). Ver, en F, "Cástor", "Helena" y "Polideuces"; y en C, "Zeus".

ÉACO: Abuelo de Aquiles. Ver B, I, 181.

ENEO: Rey de Calidón, padre de Meleagro y de Tideo, que hospedó en su casa a Belerofonte. Olvidó ofrecer las primicias de su cosecha a Ártemis, aunque honró a las demás deidades, y Ártemis, indignada, lanzó por los campos de Eneo al célebre Jabalí de Calidón. (Ver II, 638-9; VI, 219 y *ss.*; IX, 546 y *ss.*, y 603; XIV.)

ERECTEO: [Es propiamente hijo de Pandión y nieto de Erictonio, fabulosa y remota casa real de Atenas.] Homero identifica a Erecteo

con su abuelo Erictonio, el aborigen que nació de la Tierra [fecundizada por Hefesto que en vano pretendía forzar a Atenea]. Ver B, II, 541-2.

EURISTEO: Rey micenio, nieto de Perseo (VIII, 355; XV y XIX). Ver "Héracles", en F.

HÉRACLES: [Héroe representativo del vigor físico y la abnegación, aunque con arrebatos de locura y de frenesí amoroso.] Aún no divinizado en la *Ilíada* (caso semejante al de Asclepio), llegó a serlo, y se le dio entrada en el Olimpo, como esposo de Hebe, la escanciadora divina, hija de Zeus *(Odisea,* XII). Hijo de Zeus y de Alcmena, aunque el poema lo llama "vástago de Anfitrión" *(q. v.),* pues Anfitrión era el esposo de Alcmena (V, 397 y *ss.).* La *Ilíada* lo considera arquero: la célebre clava sólo le será atribuida más tarde. [Perseguido desde la cuna por los celos de Hera, tuvo que cumplir los Doce Trabajos que le impuso Euristeo *(q. v.),* rey de Tirinto, difíciles empresas en que lo protegió Atenea por orden de Zeus (VIII, 355 y *ss.),* y que lo hacen comparable a Teseo *(q. v.),* como urbanizador del mundo contra las monstruosidades prehelénicas, aunque las hazañas de su amigo Teseo son menos fabulosas.] Dio muerte a once de los doce hijos de Neleo, matanza de que sólo escapó Néstor, según *Ilíada,* XI. (Ver "Néstor", en G.) [Abrasado por la sangre dañina de la túnica que el Centauro Neso había dado a Deyanira, al morir bajo los flechazos de Héracles por haber querido forzarla, y que ella suponía le devolvería el amor del héroe (ahora fascinado por Yole), Héracles hizo que su amigo Peante, padre de Filoctetes *(q. v.* en G), encendiera la pira que él mismo alzó en el monte Eta, murió consumido en las llamas y ascendió al Olimpo.] Fue padre del caudillo rodio Tlepólemo (II, 648 y *ss.*), y de Tésalo, padre a su vez de los guerreros aqueos Fidipo y Ántifo (II, 673-4).

HIPODAMIA: Esposa del Pirítoo a la que pretendieron raptar los Centauros el mismo día de sus bodas, y madre de Polipetes, guerrero aqueo (II, 732; ver "Centauros", en D).

HIPSÍPILE: Ver "Jasón", en F.

JASÓN: Príncipe tésalo, hijo de Esón, capitán de los Argonautas. En su viaje a la Cólquide, se detuvo en Lemnos, la isla volcánica consagrada a Hefesto, se unió allí a la princesa Hipsípile y tuvo de ella a Euneo *(q. v.* en G), actual aliado de los aqueos que les enviaba provisiones (VII, 473 y *ss.).* Ver B, II, 705, etcétera.

LAOMEDONTE: Monarca troyano, padre del rey Príamo que figura en la *Ilíada.* Ver A, 6, *b.*

LICURGO: *1)* Hijo de Driante, de quien cuenta Diomedes que persiguió por los montes de Nisa a las nodrizas de Dióniso y a éste mismo, por lo que los dioses lo hicieron morir (VI, 129 y *ss.). 2)* Rey de Arcadia que dio muerte a Areítoo el Macero (VII, 153 y *ss.).*

MELEAGRO: Caudillo etolo, hijo de Eneo el rey de Calidón *(q. v.)*, y hermano de Tideo. Ver II, 639; IX, 556 y *ss.*, y las notas respectivas, en B.

NELEO: Padre del anciano Néstor *(q. v.)*. Hijo de Posidón y Tiro, y rey de Pilos. Héracles *(q. v.)* solicitó que lo purificase por haber muerto a Ífito. Como Neleo se negara, lo mató junto con once de sus doce hijos, habiendo tan sólo escapado Néstor.

PELEO: Rey de los mirmidones, hijo de Éaco, esposo de la Nereida Tetis *(q. v.*, en C), padre de Aquiles y de Polidora. Los dioses le obsequiaron los caballos inmortales con que combatió Aquiles en Troya.

PÉLOPE: [Hijo de Tántalo, resucitado por Zeus después que aquél lo sirvió como banquete a los dioses para probar su sabiduría. Como Deméter, distraída con el dolor de haber perdido a su hija Perséfone —secuestrada por Hades—, devorara descuidadamente el hombro de Pélope, éste llevó en adelante un hombro hecho de marfil. Padre de Atreo y abuelo de Agamemnón y de Menelao. Ganó la mano de Hipodamia, hija de Enomao, rey de Élide, venciéndolo mediante un ardid en las carreras de competencia. Dio su nombre al Peloponeso ("isla de Pélope").] Dejó el cetro a su hijo Atreo.

PIRÍTOO: Hijo de Zeus y de Día. Esposo de otra Hipodamia (no la de Pélope) y padre de Polipetes el guerrero aqueo. Combatió a los Centauros (I, 263-8, II, 732-5). Compañero de Teseo, intentó en su compañía rescatar a Perséfone cuando Hades se la llevó a los infiernos. Ambos fueron aprisionados por Hades, y Héracles pudo libertarlos *(Odisea*, XI y XXI).

POLIDEUCES: Uno de los Dióscuros, mellizo de Cástor. Más conocido entre nosotros por su nombre latino de Pólux. Ver, en F, "Cástor" y "Dióscuros"; y en G, "Helena".

POLIFEMO (no el Cíclope famoso de la *Odisea):* Héroe lapita, hijo de Élato, que combatió a los Centauros (I, 264 y *ss.).*

TESEO: Rey de Atenas y su héroe nacional, a quien recuerda todavía el veterano Néstor. Es Egida o hijo de Egeo, epónimo del mar de este nombre. Combatió a los Centauros (I, 264-5). [Mató al Minotauro de Creta y a otros monstruos. Pacificador y urbanizador. Sus

historias galantes han dado asunto a un catálogo de cierto erudito alejandrino.] Ver, en F, "Héracles" y "Pirítoo"; y en G, "Helena".

TIDEO: Hijo de Eneo y Peribea, padre de Diomedes. Pequeño y bravo como pantera. Murió en la primera guerra tebana y fue predilecto de Atenea (IV, 639 y *ss.*; B, IV, 373; VI, 225 y *ss.*, etc.). [Atenea iba a concederle la inmortalidad, cuando desistió horrorizada, al ver que Tideo, ya moribundo, devoraba rabiosamente el cráneo de su adversario Melanipo.]

TIESTES: Hermano de Atreo *(q. v.)* y rey de Micenas. Dejó el cetro a Agamemnón. [Sedujo a su cuñada Etra, y fue desterrado por el entonces rey Atreo, quien, fingiendo reconciliarse, le dio a comer al propio hijo de Tiestes. Éste huyó espantado. Engendró, en su hija Pelopia, a Egisto, el que traicionará a Agamemnón cuando éste regrese a Micenas. Entretanto, Atreo intentó hacer matar a Tiestes por Egisto. Ambos se reconocieron y, puestos de acuerdo, dieron muerte a Atreo. La maldición de la raza de Tántalo se refleja en su descendencia, llena de crímenes.]

G. *Bando aqueo*

AGAMEMNÓN. Rey de Micenas y jefe supremo de los aqueos. Atrida o hijo de Atreo. Hermano mayor de Menelao. Padre de Crisótemis, Laódice, Ifianasa y Orestes. Cuando regrese de Troya, lo asesinará a traición su esposa Clitemnestra y su primo Egisto, que la ha seducido en su ausencia. Lo vengará su hijo Orestes, según la leyenda que refiere la *Odisea* y recogen los trágicos. (Sobre Egisto, ver "Tiestes", en F.) El regreso de los capitanes aqueos fue una serie de desventuras. Las inevitables impiedades de la guerra, como aquello de que todos los aqueos se ensañaran contra el cadáver de Héctor (XXII), han ofendido a los dioses. Además, cada uno de los príncipes victoriosos ha incurrido en alguna extralimitación que llama al castigo. De estas amarguras que siguieron al triunfo, y lo desmenuzaron por así decirlo en una serie de derrotas separadas, dan noticia los *Nostoi* o cantos del retorno. La *Odisea* es el único que conservamos.

AQUILES: Hijo del rey Peleo y de la Nereida Tetis, caudillo de los mirmidones y el más bravo entre los aqueos, algo bárbaro todavía. Como hijo de Peleo, es Pelida o Pelión; como nieto de Éaco, se lo llama Eácida. [Sobre las circunstancias de su nacimiento, B, I, 349, etcétera. Educado por el Centauro Quirón y por Fénix. Su padre o su madre, sabiéndolo condenado a morir en la Guerra de Troya, lo ocultan, disfrazado de mujer, en la isla de Esciro (Espóradas), cuando se reclutaban las fuerzas para la expedición naval. Allí se une con Deidamia, hija del rey Licomedes, y engendra a Neoptólemo (o Pirro). Calcas había predicho que, sin su concurso, Troya no podría

caer. Odiseo descubre su escondite, y lo persuade a seguirlo a la guerra.] En la *Ilíada*, Aquiles parece haber acudido más bien por propia decisión, al frente de sus cincuenta naves, y no sentirse del todo como un súbdito de Agamemnón. [La historia de que su madre lo hizo invulnerable, sumergiéndolo en la Éstix —salvo el talón de que lo tenía sujeto— es ya muy tardía y puramente folklórica.] En su amor para Briseida, su esclava de guerra, hay un toque romántico. Se anuncia que morirá por la flecha de Paris, a quien impulsa Apolo (XXII), pero ello no acontece en la *Ilíada*. Un pasaje dudoso de la *Odisea* (XXIV) describe el combate en torno a su cadáver, sus funerales, y el duelo de su madre Tetis y las ninfas que la acompañan. Los otros muchos rasgos de su leyenda no incumben a estas notas.

ATRIDA, ATRIDAS: Hijo o hijos de Atreo, Agamemnón y Menelao. Ver "Atreo", en F.

AUTOMEDONTE: Mirmidón, hijo de Diores, auriga y escudero de Aquiles.

ÁYACES: Plural arbitrario de "Áyax".

ÁYAX: *1)* Telamonio o hijo de Telamón, nieto de Éaco al igual de Aquiles. Medio hermano del bastardo Teucro Telamonio, el gran arquero. *2)* Hijo de Oileo, gran lancero. Contrasta con su homónimo por ser tan pequeño como el otro es talludo.—Áyax Telamonio descuella en ausencia de Aquiles, es esforzado y caballeroso: véase su duelo con Héctor en VII, escena 2. Posteriormente, ya muerto Aquiles, enloqueció de despecho porque las armas de éste fueron adjudicadas a Odiseo. En su extravío, como Don Quijote, destruyó una manada de carneros, tomándolos por enemigos, y después se suicidó. Según la *Odisea*, ni en la otra vida se consuela de haber perdido las armas de Aquiles.—Áyax de Oileo, aunque bravo, es algo insolente y presuntuoso, según lo muestra su actitud en los juegos fúnebres de Patroclo (XXIII). Al regreso de Troya, por no querer implorar a los dioses, naufraga junto a las rocas Giras (*Odisea*, IV).

CALCAS: Testórida o hijo de Téstor. Augur oficial de los aqueos. Ver B, I, 71 y 108.

CLITEMNESTRA: Hija de Tindáreo y Leda, hermana de Helena, esposa de Agamemnón, a quien, en connivencia con Egisto su amante, traiciona y mata cuando aquél regresa de Troya. Muere a manos de su propio hijo, el vengador Orestes. Agamemnón declara ante los ejércitos que Criseida, su esclava de guerra a quien se ve obligado a devolver, le parece preferible a su propia esposa Clitemnestra (I, 115 y *ss.)*. La posteridad comparte su preferencia.

DIOMEDES: Rey de Argos. Tidida o hijo de Tideo, y de Deípile. Nieto de Eneo *(q. v.,* en F). Él y su teniente Esténelo pertenecen a la generación de los Epígonos, vencedores de Tebas (B, IV, 373 y *ss.,* y 412 y *ss.)*. [No confundirlo con su homónimo, hijo de Ares y de Cirene, rey de Bistonia, cuyos caballos se alimentaban con carne humana, asunto de una narración de Lugones.] Sobre su regreso de Troya, B, V, 411 y *ss.*

EÁCIDA: Aquiles, nieto de Éaco.

ÉACO: Ver B, I, 181.

EUNEO: Rey de Lemnos. Ver "Jasón", en F.

FÉNIX: Viejo ayo de Aquiles, cuya historia cuenta él mismo en IX, 435-505. Hijo de Amíntor. Peleo, el padre de Aquiles, le otorgó el reino de los dólopes.

FILOCTETES: Rey tésalo, consumado arquero. Herido por una hidra ponzoñosa, es abandonado en Lemnos durante el viaje de los aqueos rumbo a Troya. [Más tarde, los aqueos volverán a buscarlo para poder vencer la plaza.] Ver B, I, 6, *f*; y II, 712 y *ss.* La ingratitud de que fue objeto tuvo una compensación: es uno de los contados jefes aqueos que, después de la guerra, regresó felizmente a su patria: *Odisea,* III.

HELENA: Hija de Zeus y de Leda, la esposa de Tindáreo, por lo que a veces se la llama Tindárida, como se llama a Héracles "vástago de Anfitrión". Hermana de los Dióscuros *(q. v.)* [y de Clitemnestra *(q. v.)*.] Esposa de Menelao, es raptada por Paris, causa de la Guerra Troyana. Niña aún, había sido raptada por Teseo, y recobrada por los Dióscuros: ver B, III, 151; y Esquilo, en su *Agamemnón,* la llama: "La mujer que conoció más de un varón." Permaneció al lado de Paris diecinueve años y, tras la caída de Troya, regresó con Menelao a Egipto, y finalmente recobró su puesto de reina honorable, de cuyo pasado no se habla, en el palacio real de Lacedemonia. Homero calla sobre la fábula de que Zeus sedujo a su madre Leda bajo forma de cisne, y aun hace lamentar a Helena el abandono de "sus padres", como si por un instante olvidara que es hija de Zeus y la diera por hija de Tindáreo (III, 148). Respecto a la fábula de que se refugió en Egipto y sólo su doble o fantasma llegó a Troya en compañía de Paris, ver B, II, 360.

IDOMENEO: Rey de los cretenses, singularmente estimado por Agamemnón. Hijo de Deucalión y nieto del fabuloso Minos. Era, entre los guerreros aqueos, de los más entrados en años, aunque no un anciano como Fénix o Néstor. Su segundo, Meríones, es todavía jo-

ven, cuando él ya comienza a encanecer. [Había sido uno de los pretendientes de Helena, antes de que ésta se desposara con Menelao: B, 6, *a*.] En Esparta, Menelao y Helena lo recibían siempre, antes de la Guerra Troyana, como a huésped de honor (III 231 y *ss.)*. Después de la guerra, durante su regreso a Creta, estuvo a punto de naufragar, e hizo el voto de ofrecer a Posidón el sacrificio de la primer criatura viviente que se le presentara al pisar su suelo. Ésta resultó ser su hijo Orsíloco (no el hijo de Diocles y mellizo de Cretón mencionado en V, 558). Idomeneo no quiso cumplir su voto, lo cual provocó una peste. Y desterrado por su pueblo, fue a refugiarse a Italia.] Según la *Odisea*, III, regresó dichosamente a su tierra.

IFIANASA: Hija de Agamemnón y de Clitemnestra, sólo mencionada en la *Ilíada* cuando Agamemnón la ofrece a Aquiles, así como a sus otras dos hijas, Crisótemis y Laódice, para ver de reconciliarlo (IX, 144 y 290). Se la nombra en este glosario para llamar la atención sobre la fábula de Ifigenia: ver B, I, 6, *b*, y B, I, 108 y *ss*.

MACAÓN y PODALIRIO: Hijos de Asclepio *(q. v.*, en F), médicos del ejército aqueo.

MENELAO: Rey de la Lacedemonia o Esparta anterior a los dorios. Hijo de Atreo. Hermano menor de Agamemnón. Esposo de Helena, a quien la arrebató Paris: causa de la Guerra Troyana. Padre de Hermíone y de Megapentes. En la *Ilíada*, fuera de su victorioso duelo con Paris y de su denodada defensa del cadáver de Patroclo, se esfuma un tanto, dejando el primer lugar a su hermano. Después de la guerra, regresa a sus dominios con Helena, a quien no tuvo ánimos de castigar. A su muerte, fue trasladado a los Campos Elíseos por especial favor de los dioses. [La poesía posthomérica completa su historia anterior y posterior al periodo cubierto por los poemas homéricos: Se había encontrado con Paris en Delfos, y aunque el oráculo les hizo alguna advertencia, ellos no lo entendieron; se hallaba en Creta cuando Paris raptó a Helena, y la diosa Iris le dio el aviso. etcétera.]

MENESTEO: Peteída o hijo de Peteo, jefe de las tropas atenienses, a quien sólo Néstor el veterano supera en pericia militar. Ver B, II, 547 y *ss*.

MERÍONES: Hijo de Molo, caudillo cretense, sobrino y teniente de Idomeneo. Homero lo llama "Enialio" —el epíteto de Marte—, por su bravura.

NÉSTOR: Nelida o hijo de Neleo *(q. v.*, en F) y de Cloris. Rey de Pilos, orador elocuente, veterano aqueo que combate ya más con el mando que con las armas, aunque se mezcla en las luchas. Muy es-

cuchado en los consejos. Dado a las felices evocaciones de su juventud. Sus hijos Antíloco y Trasimedes combaten en la *Ilíada*. Cuando Héracles (*q. v.*, en F) saqueó a Pilos, Néstor fue llevado a Gereno (Mesenia), donde se educó y se hizo caballista, de donde se lo llama "jinete gerenio" [p. e. X, 101, 128 y 141]. Volvió para recoger el reino paterno. Sobrevivió a la Guerra Troyana, y la *Odisea* nos lo muestra, nueve años después, gobernando tranquilamente sus antiguos dominios.

MENETÍADA: Patroclo, hijo de Menetio.

ODISEO (Ulises): Rey de Ítaca y sus dominios insulares. Hijo de Laertes y Anticlea, esposo de Penélope, la primer "dama europea" por excelencia en la literatura. Padre de Telémaco (B, II, 256 y IV, 351). Jefe de las tropas de cefalenios venidas del "mar de islotes" o archipiélago del Jónico, litoral oeste de Grecia. Prudente, paciente, sutil, fecundo en ardides. Predilecto de Atenea, a quien ésta acompaña en las aventuras de su regreso, después de la guerra: asunto de la *Odisea.*

PATROCLO: Hijo de Menetio. Compañero inseparable y teniente de Aquiles, condenado a perecer a manos de Héctor en XVI. Sobre el significado de su muerte en la acción del poema, B, I, 6, *d* y *e*. [Un contemporáneo pretende con notoria violencia reducir el texto original de la *Ilíada* a una transformación poética del rito mediterráneo sobre la muerte del rey por sustitución: Patroclo, vestido con las armas de Aquiles, muere en lugar de éste. Sobre sus prendas morales y su carácter piadoso nos queda, como testimonio, el lamento de Briseida ante su cadáver (XIX).]

PODALIRIO: Ver "Macaón", en G.

PROTESILAO: Primer guerrero aqueo que desembarcó en tierra troyana y cayó al instante [según vaticinio de los oráculos, sea por la lanza de Héctor o la flecha de Paris]. Homero dice que lo mató "un dardanio" (II, 694). [La desolada viuda —Laodamia en el mito general, y Polidora en los *Cantos Ciprios*—, inspiró a los dioses tal piedad, que permitieron a Protesilao volver a su lado por tres horas, después de lo cual, ella decidió suicidarse. Wordsworth le ha consagrado un poema.]

TELAMONIO: Hijo de Telamón. Son Telamonios Áyax y su medio hermano Teucro.

TELÉMACO: Hijo de Odiseo (*q. v.*), que se ha quedado en Ítaca por ser muy niño. Ver B, II, 256.

TERSITES: Guerrero aqueo feo y maldiciente. Ver B, II, 209 y *ss.*, etcétera.

TEUCRO: Gran arquero, medio hermano de Áyax, quien lo ampara bajo su enorme escudo mientras él flecha enemigos. Hijo de Telamón [y de una concubina, Hesione, hija de Laomedonte. Después de la Guerra Troyana, volvió a su patria, Salamina y de allí emigró a Chipre].

TIDIDA: Hijo de Tideo, Diomedes.

TLEPÓLEMO: Hijo de Héracles y Astioquía, fundador en Rodas, cuya historia consta en II, 648 y *ss*. Véase también la nota correspondiente. Es otro antiguo pretendiente de Helena, como Idomeneo (*q. v.*, en G).

ULISES: Nombre latino de Odiseo, que se hace constar para el lector familiarizado con esta forma.

H. *Bando troyano*

ALEJANDRO: Paris.

ANDRÓMACA: Hija de Eetión, esposa de Héctor, madre de Escamandrio (o Astianax). [La saga extrahomérica de Troya la asigna, después de la derrota, al botín de Neoptólemo, el hijo de Aquiles. Muerto Neoptólemo, se casa con Héleno, *q. v.*]

ANQUISES: Príncipe troyano, jefe de la rama dardania, a quien se entregó Afrodita y tuvo de él a Eneas. Ver A, 6, *c*.

ANTENOR: Cuñado del rey Príamo, esposo de la sacerdotisa Teano, hermana de la reina Hécuba. Consejero venerable a quien Homero llama "sesudo". Conciliador que deseaba la devolución de Helena y sus riquezas a los aqueos para evitar la continuación de la guerra. Ver B, III, 206 y *ss*. [La general grosería, que procede por exorbitaciones, hace que la fábula posterior lo convierta en un traidor a quien los aqueos respetaron en el saqueo de Troya.]

ASTIANAX: Apodo del niño Escamandrio *(q. v.)*, hijo de Héctor y Andrómaca.

BRISEIDA: Esclava de guerra de Aquiles, ganada por éste en el saqueo de Lirneso, y con quien le unió tan hondo afecto que cuesta trabajo clasificarla entre los personajes del bando troyano (IX, 344 y *ss*.). Era hija de Briseo y viuda de Mines, muerto por el propio Aquiles. Patroclo solía asegurarle que Aquiles acabaría por desposarla (XIX). Homero la compara a "la áurea Afrodita". Agamemnón la arrebató a Aquiles para compensarse de tener que devolver a Criseida, reclamada por su padre Crises y por el dios Apolo, despojo que causa la cólera de Aquiles y da ocasión a la *Ilíada*: B, I, 6, *c*. Cuando

sobrevenga la reconciliación entre los dos jefes aqueos, Agamemnón la devolverá a Aquiles intacta, como lo venía anunciando desde sus primeras ofertas de amistad (IX, 130 y *ss.*, 276 y *ss.*; y XIX). Anhelaríamos conocer el fin de Briseida.

CRISEIDA: Hija del príncipe y sacerdote Crises, primero raptada y luego devuelta por Agamemnón a su padre, para aplacar el enojo de Apolo. Ver "Briseida".

CRISES: Padre de Criseida, príncipe y sacerdote de Apolo en Crisa.

DARDÁNIDA: El rey Príamo, por descendiente de Dárdano. Ver A, 6, *b.*

ENEAS: Príncipe dardanio, hijo de Anquises y Afrodita, a quien especialmente amparan ésta y Apolo. Él mismo declara su genealogía en XX, donde Posidón augura que un día reinará en Troya. Homero habla de su oposición a la rama reinante de Príamo (XIII y XX), que no empece a su lealtad troyana (A, 6, *c*). [En torno a Eneas y a su descendencia, los críticos ven el reflejo de ciertas rivalidades entre los pueblos de Asia Menor por aquellos siglos. El *Himno a Afrodita*, por ejemplo, que canta el nacimiento de Eneas, pudo componerse para glorificar una dinastía local de la Tróade que reinaba en Esquepsis bajo la protección de Mileto y pretendía descender de Ascanio, hijo de Eneas. La *Pequeña Ilíada* de Lesques pretende que Eneas, con Andrómaca, formó parte del botín del hijo de Aquiles, Neoptólemo, y fue llevado por éste a Farsalia. En la *Caída de Ilión*, Arctino lo hace retirarse de la guerra y recluirse en el monte Ida antes del saco de la ciudad, para permitir el cumplimiento de cierto vaticinio que le anuncia el acceso al trono de la rama dardania, una vez que caiga la rama de Príamo. La saga extrahomérica de Troya, en la tradición de Estesícoro y los romanos Fabio Píctor, Nevio, Enio y Virgilio (*Eneida*), acabará por relacionar los pretendidos orígenes de Roma con el accidentado viaje de Eneas, después de la derrota, hasta Italia por la vía de Cartago.]

ESCAMANDRIO: Niño, hijo de Héctor y Andrómaca, apodado "Astianacte". Ver B, VI, 17 y *ss.* [Es muerto despiadadamente en el saco de Troya.]

FERECLO: Hijo de Tectón. Fabricó las naves para la expedición de Paris, de tristes consecuencias. Murió a manos de Meríones.

HÉCTOR: Jefe de la defensa troyana, hijo del rey Príamo y la reina Hécuba, esposo de Andrómaca y padre del niño Escamandrio-Astianax. En contraste con su hermano Paris, es el más noble y caballeroso entre los guerreros de la *Ilíada*, y hay quien suponga que Homero lo inventó para dar al bando troyano un caudillo digno. (Ver "Paris", más adelante.) Muere a manos de Aquiles (XXII).

HÉLENO: Hijo de Príamo y Hécuba, hermano de Héctor a quien éste escucha por ser profeta, como también lo es su hermana Casandra, aunque en los vaticinios de ésta nadie creía [por castigo de Apolo, cuyas solicitudes amorosas ella había rechazado. Héleno es llevado al Epiro con el botín de Neoptólemo y, tras la muerte de éste, se desposa con Andrómaca, la viuda de su hermano Héctor. Eneas, en su largo viaje, lo visita allí, según Virgilio, *Eneida*, III.]

LAOMEDONTÍADA: Príamo, hijo de Laomedonte: A, 6, *b*.

PÁNDARO: Jefe licio, hijo de Licaón, gran arquero, único que, en la *Ilíada*, usa ya el hierro en sus flechas. Determina la continuación de la guerra violando los pactos en IV, donde hiere traidoramente a Menelao; y muere a manos de Diomedes en V, tras de haberlo herido de un flechazo. [Chaucer y Shakespeare han ennegrecido un poco su carácter. Era más atolondrado que perverso.]

PARIS: Hijo de Príamo y Hécuba. Hermano de Héctor. También se lo llama Alejandro. Es causante de la guerra de Troya por haber cometido el rapto de Helena. Diestro arquero, hombre de singular hermosura que mereció dictar sentencia sobre la belleza de las diosas, en el Juicio que lleva su nombre: B, I, 6, *a*. Carácter desigual y poco simpático: B, VI, 542-4. Aunque Homero lo da por menor que Héctor *(q. v.)* y aun hace ver que Héctor se considera el heredero natural del trono troyano, en la persona de su hijo Escamandrio-Astianax (VI, 501 y *ss.*), adviértase que fue Paris, y no Héctor, quien llevó una misión a Sidón y a Argos, la cual paró en el rapto de Helena (VI, 296 y *ss.*), diecinueve años antes del comienzo de la *Ilíada*. Si para entonces, razonan algunos, tenía por lo menos unos veintiún años, contaría unos cuarenta en la *Ilíada*; en tanto que Héctor es un joven recién casado y padre de una criatura que aún no habla, por lo que puede pensarse que tendría unos veinticinco años. El poeta, como se dijo a propósito de Héctor, bien pudo inventar a éste sin preocuparse de ajustar cifras. Homero tampoco habla del Juicio de Paris, sino que dice simplemente que Paris insultó a Hera y a Atenea (XXIV). Se da por hecho que murió, puesto que, en la *Odisea* (V), Deífobo, otro de los Príamidas, se asocia ya a Helena, en brevísimas nupcias y mientras caía Troya. La poesía considera en efecto, a Deífobo, como efímero marido de Helena, en tanto que la recobra Menelao. [La tradición extrahomérica de la saga troyana nos informa que la esposa de Paris, abandonada por el amor de Helena, era Enone, ninfa del monte Ida, de quien Paris tuvo a Corito; que Paris fue herido por Filoctetes (*q. v.*, en G) con una de las flechas heredadas de Héracles; que Enone, celosa, se rehusó a curarlo, y cuando al fin, arrepentida, acudió a su lado, lo encontró muerto, lo que determinó que se suicidara sea colgándose o arrojándose a la pira túnebre del que un día fue su marido. Los mitógrafos posteriores nos dicen que, cuando Hécuba estaba encinta

de Paris, soñó que daba a luz una antorcha de que brotaban serpientes, y los intérpretes ordenaron que se matara a la criatura por considerar este sueño como un mal augurio para Troya. El servidor encargado de matar a Paris se limitó a abandonarlo en el campo, donde unos pastores lo recogieron. Crió Paris un toro que los servidores de Príamo se llevaron consigo para premio de unos juegos fúnebres, y Paris, para ganarlo y recobrar su toro, entró en la ciudad, participó en el concurso, venció a todos en las pruebas atléticas y, acaso por intuición de su hermana Casandra, la adivina, fue reconocido y reintegrado en el seno de la real familia de Príamo.]

PRÍAMO: Anciano rey de Troya, Dardánida o Laomedontíada por su lejana y su próxima ascendencia: A, 6. Esposo de Hécuba. Padre de los Priámidas Héctor, Héleno, etc. [Muere en el saco de Troya a manos de Neoptólemo, hijo de Aquiles.] Tenía cincuenta hijos, diecinueve de un lecho, y los demás, de sus concubinas. Casi todos fueron muriendo en los combates. Además, tuvo doce hijas.

TEANO: Hija del rey Ciseo, hermana de Hécuba, esposa de Antenor (*q. v.*), sacerdotisa de Troya.

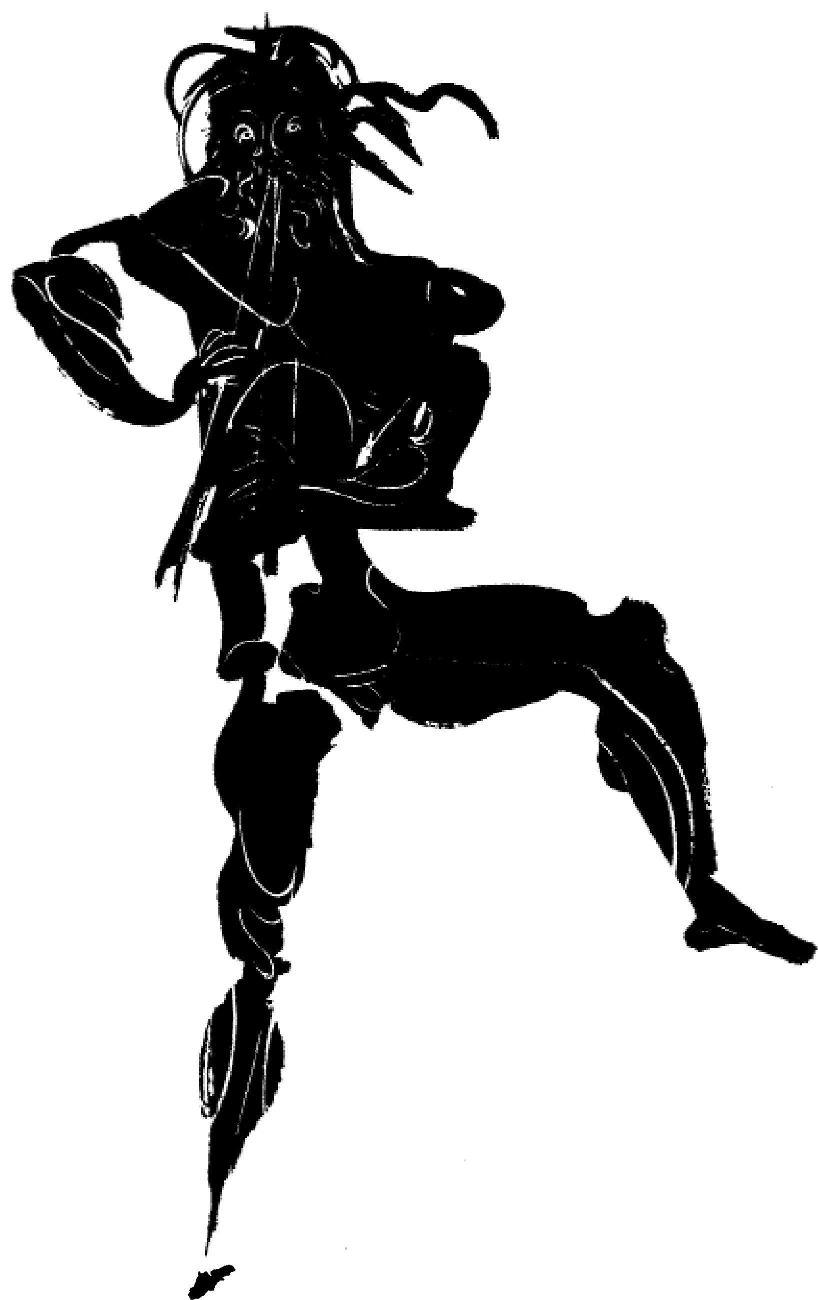
I. *Narraciones*

Diomedes refiere a Glauco la afrenta de Licurgo a Dióniso	VI, 129 y *ss.*
Glauco refiere a Diomedes la historia de Belerofonte y de su ascendencia	VI, 149 y *ss.*
Andrómaca recuerda a Héctor la ruina de su familia.	VI, 426 y *ss.*
Néstor, increpando a los aqueos, rememora sus juveniles hazañas (muerte de Areítoo, muerte de Ereutalión)	VII, 141 y *ss.*
Atenea recuerda los servicios que prestó a Héracles	VIII, 355 y *ss.*
Aquiles evoca sus hazañas	IX, 323 y *ss.*
Fénix cuenta su historia y explica su apego a Aquiles.	IX, 439 y *ss.*
Fénix cuenta la historia de Meleagro el etolo . .	IX, 542 y *ss.*
y la historia de Idas y Marpesa	IX, 572 y *ss.*



III

LA AFICIÓN DE GRECIA



NOTICIA BIBLIOGRÁFICA

El ensayo número 1 es inédito. El 2 procede de una conferencia leída en El Colegio de México y repetida en el Instituto Italiano de México, respectivamente, los días 24 de junio de 1952 y 29 de mayo de 1956. Los 3, 4, 5 y 7 circularon por varios periódicos y revistas de América y Europa los años 1958 y 1959, a través de la American Literary Agency de Nueva York (A.L.A.). El núm. 6 apareció en *Vida Universitaria* de Monterrey (18-III-1959). El 8, que aprovecha pasajes de mi folleto *Troya* (Archivo de A. R., D-5, 1954) fue organizado y completado para prólogo de *La Ilíada*, México, Porrúa Hnos., 1960.

Los temas griegos abundan en mis libros, comenzando por el primero ("Las tres Electras del teatro ateniense", en *Cuestiones estéticas*, 1911); pero especialmente se encuentran en mis obras siguientes:

Prosa

La crítica en la Edad Ateniense, 1941; *La Antigua Retórica*, 1942; *Junta de sombras*, 1949; *Estudios helénicos*, 1957; *La filosofía helenística*, 1959. En el Archivo de Alfonso Reyes: *Troya*, 1954;* *Libros y libreros en la Antigüedad*, 1955; *El triángulo egeo*, 1958; *La jornada aquea*, 1958; *Geógrafos del Mundo Antiguo*, 1959. *Algo más sobre los historiadores alejandrinos*, 1960.**

Verso

Homero en Cuernavaca (Sonetos. Versión definitiva en el tomo X de mis *Obras Completas*, 1959); *Aquiles agraviado* (las nueve primeras rapsodias de *La Ilíada*, traducción en verso, con abundantes comentarios y notas, 1951).

A. R.

* [Adaptación de *Troy and her Legend*, de Arthur M. Young, incluida en las *Obras Completas*, vol. XVII, pp. 115-179.]

** Las dos últimas monografías, incorporadas en mi Archivo, se recogen primeramente en los años respectivos de la *Memoria* del Colegio Nacional de México [1959 y 1960; pero únicamente del título penúltimo se hizo tirada aparte bajo el rubro de Archivo de Alfonso Reyes].

1

NEGRURAS Y LEJANÍAS DE HOMERO*

TODOS sabemos que los Poemas Homéricos son el primer repertorio de las virtudes occidentales o características de nuestra civilización. Pero el encanto de aquella poesía y el prestigio de aquellos pueblos no deben cegarnos respecto a las extrañezas que el mundo homérico ofrece a nuestros ojos. Si son muchas y notables las semejanzas entre aquella concepción de la vida humana y la nuestra, tampoco faltan, como es natural dada la enorme distancia —y prescindiendo por supuesto de las divergencias históricas—, notables divergencias en la conducta. No en vano la *moral* se refiere a las costumbres o *mores*, condiciones y convenciones variables con las épocas, aun cuando el ideal ético se plantee en principio como absoluto.

Desde luego, ya se ha observado que muchas de las virtudes homéricas por nosotros todavía respetadas —el afecto a la mujer y a los vástagos, por ejemplo, y la bravura para defenderlos— son también patrimonio de muchos animales y fieras; con quienes, por cierto, el poeta compara constantemente a sus personajes. Pero las divergencias resultan singularmente instructivas para estudiar la evolución de la sensibilidad en las sociedades y en los hombres. Vale la pena señalarlas. Los manuales de literatura suelen cerrar los ojos sobre ellas por un extremo de respeto o pudor.

1) Los guerreros más arrojados, los capitanes de más autoridad, suelen llorar copiosamente, sea por temor a la derrota o por mera aflicción, y no se avergüenzan de hacerlo en público. El primer héroe de la *Ilíada* a quien vemos llorar es Aquiles, al ser despojado de su esclava Briseida. Pero

* [En la "Noticia bibliográfica", dice Reyes que "El ensayo núm. 1 [de *La afición de Grecia*] es inédito" o sea el presente, fechado al pie en "1951"; sin embargo, en su *Diario*, a 18 de mayo de 1954, anotó: "Acabé de primera un ensayito: NEGRURAS DE HOMERO" (vol. 12, fol. 99). Quizá una redacción primitiva deba remontarse a la primera fecha.]

esta vez el llanto es a solas, a la orilla del mar, y entre las invocaciones a su madre la Nereida Tetis. Con todo, un moderno suele sentir cierta extrañeza ante el llanto casi infantil, el llanto de criatura que busca el refugio materno, en un varón a quien acabamos de ver tan fiero y altivo durante su disputa con el Atrida. Cuando los aqueos son rechazados, el imperial Agamemnón, sin ocultar su desconsuelo, suspira y llora delante de todas sus huestes. El anciano Fénix suelta el llanto a la vista de los embajadores, porque Aquiles se niega a aceptar la reconciliación con el Atrida. Éste, al contemplar el campo enemigo donde reina un ánimo de triunfo y de fiesta, se arranca los cabellos y lanza clamores, bien que esta vez nadie presencia sus extremos. Los hijos de Antímaco, para implorar la piedad de Agamemnón, se arrodillan en el carro y lloran. Los aqueos gimen sin embozo, ante los troyanos que asaltan sus murallas. Dolido Patroclo de los destrozos que hacen los troyanos en las filas aqueas, llora para pedir a su amigo y jefe Aquiles que le permita volver al combate en auxilio de los suyos. Al saber Aquiles que Patroclo ha sido muerto, derrama ceniza sobre su cabeza, se arroja al polvo, se mesa el cabello, gime y atruena de alaridos su tienda, lloran sus hombres y sus esclavas. Antíloco sujeta al héroe las manos por temor de que se degüelle en un rapto de dolor. Y tales son los gritos de Aquiles, que los oye su madre Tetis en el fondo del mar donde tiene su habitación con las demás Nereidas, todas las cuales a su vez corean el llanto del guerrero. Los aqueos, en el campamento, pasaron la noche llorando por Patroclo. Al otro día, Tetis encuentra todavía a su hijo llorando ruidosamente junto al cadáver de Patroclo, acompañado por los plañidos de su cortejo. Para evitar que su hijo Héctor se enfrente con Aquiles, el viejo rey troyano Príamo grita desde lo alto de la muralla, gime, se da puñadas en la cabeza, alza los brazos, se mesa las barbas y las canas. Cuando Héctor muere a manos de Aquiles, el rey Príamo se revuelca en el estiércol y allí permanece enloquecido de dolor durante doce días. El rescate del cadáver de Héctor y toda la conmovedora escena entre Príamo y Aquiles es un cuadro de lágrimas, por cierto difícil de resistir sin contagio. Con excepción de Neoptólemo, el hijo de Aquiles, todos los guerreros aqueos ocultos en el Ca-

ballo de Palo tiemblan y lloran de miedo, en silencio, mientras llega la hora del asalto.

La llegada de Telémaco a casa de Menelao y de Helena hace llorar a todos; y Helena, como buena ama de casa, mezcla en el vino el nepente que hace olvidar penas y cóleras. Al averiguar Odiseo, por boca de Circe, que antes de encontrar el camino para su tierra debe consultar al espectro de Tiresias, en el reino de los muertos, llora desesperadamente y se revuelca de temor en el lecho. Y todos sus compañeros lloran igualmente cuando averiguan lo que se les espera. Entre los embustes de Odiseo, cuenta ser un pirata cretense salvado de la muerte por el rey de Egipto, a quien abrazó las rodillas "despidiendo abundantes lágrimas". El porquerizo de Odiseo, al ver a éste, aunque no llega a reconocerlo, se acuerda de su rey y siente el picor de las lágrimas. Cuando Odiseo se enfrenta con su anciano padre Laertes, éste, que aún no lo reconoce, llora por su hijo y echa ceniza sobre su cabeza. El reconocimiento trae la consiguiente escena de lágrimas.

Por las anteriores referencias sobre el tema de las lágrimas en Homero, vemos que aquellos héroes lloraban como nosotros; pero, en muchas ocasiones, más que nosotros o más abiertamente si se prefiere.*

2) Durante los combates, aun los más nobles se conducen como salvajes. Las escenas de inútil crueldad en la *Ilíada* son innumerables, aunque hasta cierto punto se justifican moralmente por la ceguera de la batalla, y estéticamente, por el propósito de dar a la descripción mayor realce. La amenaza de matar al enemigo y echar sus despojos a los perros es constante, casi una frase hecha. Agamemnón endurece el ánimo ya inclinado a la piedad de su hermano Menelao, y él mismo da muerte al prisionero Adrasto, que se entregaba a su merced. El propio Agamemnón mata despiadadamente a los hijos de Antímaco, que se le rendían, y a uno de ellos, Hipóloco, le corta los brazos y la cabeza y lo hace rodar

* *Ilíada*: I, 349 y *ss.* IX, 14 y *s.*; 432 y *s.* X, 15 y *s.* XI, 136. XIII, 88. XVI, 2 y *ss.* XVIII, 23 y *ss.*; 316 y *ss.* XIX, 5. XXII, 33 y *ss.*; 414 y *ss.* XXIV, 3 y *ss.*; 163 y *ss.*; 640.
Odisea: IV, 183 y *ss.*; 219 y *ss.* X, 497 y *ss.*; 566 y *ss.* XI, 527. XIV, 279 y *s.* XX, 204. XXIV, 316 y *ss.*

como un mortero por entre las filas de combatientes. Peneleo se regocija izando en la lanza la cabeza de Ilioneo, clavada por un ojo, "como si fuese una flor de adormidera". Patroclo convida a los Áyaces o Ayantes a agraviar el cadáver de Sarpedón. Cuando cae Patroclo, Héctor le quita la armadura y lo arrastra, anunciando que le cercenará la cabeza y entregará los despojos a los perros troyanos. Iris la diosa, asegura a Aquiles que Héctor se propone, en efecto, cortar la cabeza al cadáver de Patroclo para clavarla en una estaca. Aquiles mata a Héctor, le arranca las armas como es de rigor, y todos los aqueos que andan cerca alancean el cadáver. Después, Aquiles le perfora los tendones, los pasa con una cuerda, lo ata a su carro de combate y lo arrastra por el polvo. Ni para qué añadir que su deseo era entregarlo a los perros. Y, en efecto, Príamo teme que lo haya hecho así cuando conversa, sin conocerlo, con el dios Hermes. Para honrar debidamente a Patroclo, Aquiles arroja en la pira fúnebre varios animales, ovejas, bueyes, cuatro corceles, dos de sus nuevos perros. Después, él mismo quitó la vida a doce mancebos troyanos e igualmente los echa al fuego, a modo de cortejo para su amigo.

En la *Odisea*, cuando los pretendientes resuelven "jugar a los gallos", haciendo pelear al disfrazado Odiseo y al vagabundo Iro, como éste manifestase temor, Antínoo lo amenaza, en caso de que se deje vencer, con enviarlo al continente, al rey Équeto, "plaga de todos los mortales, para que con el cruel bronce te corte narices y orejas, así como las vergüenzas que entregará crudas a los perros". Por lo visto esta tortura estaba en las costumbres: El propio Antínoo cuenta más adelante que el centauro Euritón, embriagado en el banquete de los lapitas, cometió tales atrocidades que éstos en castigo le cortaron las orejas y las narices. (En Quinto de Esmirna, los troyanos cortan las narices y las orejas al aqueo Sinón). Por su parte, cuando Odiseo se venga al fin de los pretendientes, ordena a sus fieles que se apoderen del traidor boyero Melantio y, retorciéndole hacia atrás pies y manos, lo cuelguen de una columna, de modo que tarde en morir y sufra horribles dolores. Después lo hace traer al patio todavía vivo, donde le tajan los pies y manos, le cortan orejas y narices, así como las partes genitales, con que natu-

ralmente se obsequia a los perros. Entre tanto, el prudente Odiseo había hecho ahorcar con cierta "piadosa" premura a las esclavas que habían aceptado, en su ausencia, refocilarse con los pretendientes. "Sólo agitaron los pies por breves instantes", dice el poeta como disculpa. También cierto abogado defendió entre nosotros la "puñalada piadosa" con que su cliente había matado a un enemigo, por haber sido una puñalada en el corazón cuyos efectos fueron rápidos. Y cuando, en el jurado, pronunció estas palabras, hubo en México un terremoto (El caso es verídico).*

3) Las mujeres son consideradas como parte del botín de guerra. Los hombres combaten para defender a sus esposas. Cuando cae una ciudad, se la saquea, se da muerte a los varones, los niños son despeñados y esclavizados (como también algunos varones), y las mujeres violentamente sujetas al estado de esclavas y concubinas de los vencedores, sean o no solteros. Lo mismo en Troya que en Tebas, en Calidón o en Ismaro. Esquilo (*Los siete*, 326 y *ss.*) las describe como una manada de caballos, arrastradas por los cabellos y con las ropas desgarradas. La *Ilíada* parte de una disputa entre Agamemnón y Aquiles, porque aquél, obligado a devolver a su esclava de guerra, Criseida, arrebata la suya a Aquiles (Briseida). Esta disputa se presenta como un pleito entre derechos encontrados, no como una vergüenza según hoy por hoy lo entenderíamos. Ante todas sus huestes, Agamemnón declara con toda sencillez que su cautiva Criseida le es más grata que Clitemnestra, la reina, su legítima esposa. El venerable anciano Néstor exhorta a los guerreros aqueos a que no piensen en abandonar la guerra mientras no hayan tenido en su lecho a una mujer troyana, en venganza del agravio hecho a Helena. La actitud ante la mujer es de franco naturalismo sexual, y en este sentido, se explica la cínica actitud de Paris con Helena (y aun de Zeus con Hera).**

* *Ilíada:* VI, 37 y *ss.* XI, 146 y *s.* XIII, 202 y *ss.*; 830 y *ss.* XIV, 494 y *ss.* XVI, 556 y *ss.* XVII, 125 y *ss.* XVIII, 176 y *s.* XXI, 27 y *ss.*; 452 y *ss.* XXII, 335 y *s.*; 368 y *ss.*; 395 y *ss.* XXIII, 21; 171 y *ss.* XXIV, 408 y *ss.*; 420 y *s.*
Odisea: XVIII, 85 y *ss.* XXI, 298 y *ss.* XXII, 172 y *ss.*; 465 y *ss.*; 474 y *ss.*

** *Ilíada:* I, 31 y *s.*; 113 y *s.* II, 354 y *ss.* III, 441 y *ss.* VIII, 165 y *s.*; 287 y *ss.* IX, 591 y *ss.*; 664, 667 y *ss.* XIV, 294 y *ss.* XIX, 60 y 291 y *ss.* XXII, 63 y *ss.* XXIV, 128 y *ss.*; 675, 732 y *ss.*

4) La piratería, el correr los mares en busca de presas mercantiles y humanas, era una forma cualquiera del comercio en tiempos de Homero. El huésped pregunta sin el menor escrúpulo al viajero que ha acogido en su mansión si ejerce oficio de mercader o de pirata. Perjurio y robo, si alcanzan éxito, son objeto de admiración. Autólico, el noble abuelo materno de Odiseo, se distinguía por superar a todos en el fraude y el hurto. "El propio Hermes le había concedido esta habilidad, pues él siempre lo honraba con gratos sacrificios y muslos de cabrito y cordero." Entre otras proezas, Autólico había logrado apoderarse de un valioso casco, horadando el muro de una casa. La actitud ante la propiedad es de una ingenua y a veces irritante rudeza. No se detiene ante los respetos humanos. El niño huérfano o alejado del padre, el padre anciano y sin hijos, pueden contar con que serán fácilmente agredidos y desposeídos. Si un hijo muere en la primera juventud, se observa que "no alcanzó a pagar a sus padres el costo de la crianza". Una hija es un artículo comercial; se la llama, por ejemplo, *Alfesíboia* o "ganadora de bueyes", puesto que la habrá de comprar el mejor postor.* Ifidamas es muerto por Agamemnón cuando acababa de casarse, de modo que "no había disfrutado lo bastante de su reciente esposa, aunque pagó mucho por ella". Atenea se divierte con los embustes y las tretas de Odiseo, y apresura el regreso de Telémaco, iculcándole el temor de que, durante su ausencia, su madre Penélope acabe por casarse con alguno de los pretendientes y se le lleve todos los tesoros paternos. El huésped que explota con provecho la hospitalidad y logra alejarse cargado de presentes es digno de elogios. Paris sustrajo a Helena, esposa de Menelao su huésped, y también todas sus riquezas, que ella acarreó consigo. Como los aqueos nunca olvidan el reclamar la devolución de ambos hurtos, no deja de ser un inesperado rasgo sentimental por parte de Paris el ofrecerse a devolver las riquezas y hasta con ganancia, pero no a Helena. El que Diomedes haya trocado, como presente de reconciliación, su pobre armadura por la riquí-

* Esta práctica admitía excepciones. Ver Cauer, *Grundfragen der Homerkritik*, pp. 333 y *ss.*; y E. Samter, *Volkskunde im altsprachlichen Unterrich, I, Homer*, pp. 20 y *ss.*

sima armadura de Glauco hace sonreír a Homero, y sin duda su auditorio celebraba esta bribonada (más o menos inconsciente si os empeñáis) como un *anticlimax* al remate de una escena patética. El despojar de sus arreos al enemigo caído era un honor guerrero, y aun el más poderoso y noble se detiene siempre a saquear el cadáver de su víctima. Así lo hace sistemáticamente Agamemnón, rey de reyes. La honra es menor cuando no hay recompensa en efectivo, según lo recuerda Fénix a Aquiles. Monro anota: "La generosidad romántica es ajena a la *Ilíada*."*

5) El príncipe es honrado como un dios, pero vive muy cerca de la naturaleza y de las cosas humildes. Lo cual destruye los argumentos de Platt (*Journal of Philology*, XXIV, 1896, pp. 28 y *ss.*) y de Cauer (*Op. cit.*, pp. 477 y *ss.*) Según ellos, las frecuentes referencias a los oficios, la agricultura y la vida doméstica demuestran que Homero es posterior a la época que se le atribuye, y que sus oyentes no eran los supuestos reyes y guerreros, sino labriegos, artesanos y pescadores en una sociedad ya establecida. Pero, en todo caso ¿no podían coexistir ambas clases, y ambas constituir públicos adecuados para los Poemas Homéricos? Como fuere, ello es que en dichos poemas vemos al príncipe vigilar por sí las cosechas y cuidar sus ganados: así Anquises, Bucolión, Iso y Antifo; así en las escenas grabadas por Hefesto en el Escudo de Aquiles. Odiseo había labrado por sí mismo su alcoba, y había hecho su cama aprovechando como puntal un pie de olivo. Cuando Aquiles recibe huéspedes en su tienda, él mismo parte en trozos los lomos de una oveja y una cabra y la espalda de un jabalí, que luego Patroclo se ocupa de asar con sus propias manos. Los más orgullosos pretendientes desuellan los cabritos y sancochan los puercos cebones para sus banquetes. Laertes, aunque ya muy viejo, cuida en persona de sus viñas y huerto, y Odiseo lo encontró solo, aporcando una planta, en atavío de jardi-

* *Ilíada:* IV, 64 y *ss.*; 95 y *ss.*; 478. VI, 235-6. VII, 357 y *ss.* VIII, 185 y *ss.* IX, 146 y *ss.*; 406; 605. X, 266 y *ss.* XI, 100; 110, etc.; 243. XVII, 302. XVIII, 539. XXII, 484 y *ss.* XXIV, 488 y *ss.*; 540 y *s.*

Odisea: I, 398. III, 711. IV, 164 y *ss.*; 246 y *ss.* XI, 494 y *ss.* XV, 15 y *ss.*; 80 y *ss.*; 91; 367. 76 y *s.* XIX, 270-95; 395 y *ss.* XX, 335. XXIII, 356 y *s.*

nero. Las reinas, Arete, Penélope, Helena, cardan y tejen todo el día diligentemente. La princesa Nausícaa lava la ropa de palacio, como la cosa más habitual, en compañía de sus esclavas. De modo general, no parece que el arte de escribir fuera ya muy difundido y muy usado en las clases altas. Las dos alusiones de la *Ilíada*, se reducen, la una, al empleo de signos en unos tejos para echar suertes y ver a quién corresponde, entre los príncipes aqueos, combatir con Héctor, y más bien sugiere por parte de éstos la ignorancia de la escritura (VII, 175-89); la otra, el mensaje de muerte que Belerofonte lleva consigo, puede ser un rudo pictograma y, en todo caso, se ve que el príncipe era incapaz de descifrarlo, pues nadie acarrea su propia sentencia (VI, 168-178). Después de todo, la ignorancia de los próceres no puede asombrarnos, si recordamos que María Antonieta llegó al trono de Francia sin saber escribir.*

6) Aunque los hombres saben unirse cuando hace falta para la defensa de sus ciudades y hogares, y aunque algunos, como Sarpedón, son sensibles a la responsabilidad del poder, aquélla es, en general, una época de arisco individualismo, de príncipes impulsados por el orgullo personal y prestos a sacrificar a las multitudes en su servicio. De modo que las protestas del bellaco Tersites contra los Atridas no carecen completamente de justificación. Menelao se había propuesto, después de la Guerra de Troya, traerse a Argos a Odiseo con toda su gente y, para alojarlos y darles tierras en su vecindad, se proponía también saquear una de sus propias ciudades. Aquiles, ofendido porque Agamemnón le ha arrebatado a su esclava Briseida, pide a su madre Tetis que obtenga de Zeus el que permita triunfos troyanos contra su propio bando, hasta que Agamemnón se arrepienta y lo desagravie. Y Tetis, en efecto, lo obtiene de Zeus como si fuera la cosa más cuerda y justa. El propio Aquiles, cuando permite —aunque retirado del combate— que Patroclo acuda en auxilio de las naves aqueas, le da instrucciones para que se limite a salvar las naves, y después se

* *Ilíada*: V, 313. VI, 25. IX, 205 y *ss.* X, 206 y *ss.* XI, 106. XVIII, 556 y *ss.* *Odisea*: I, 357. II, 299 y *ss.* IV, 122 y *ss.* VI, 25 y *ss.*; 306. XXIII, 189 y *ss.* XXIV, 226 y *s.*

retire dejando que la matanza siga su curso en la llanura. Y pide a los dioses que aqueos y troyanos se despedacen todos entre sí, para que a él y a Patroclo corresponda la honra de entrar solos y triunfantes en Troya.*

He aquí, pues —no obstante la alteza y dignidad épicas de Homero— algunas de las condiciones que más nos alejan de aquel mundo. Se dirá que siempre ha habido arterías, crueldades y egoísmo. Cierto, pero la valuación moral no reside en los hechos, sino en los ideales con que los hechos se miden. Y también se alegará, y esto sí es innegable, que los contemporáneos, tras las doctrinas que hemos visto nacer en nuestra época, no tenemos derecho a hablar. Ni son éstos los únicos ejemplos de abominación que ofrece la historia. Abundan en las epopeyas septentrionales, los hallamos en el bárbaro tratamiento a los enemigos de Brodir en la Saga de Njal; en las mutilaciones que se consentía la justicia medieval; en la licencia y brutalidad de la Europa seiscentista durante la Guerra de Treinta Años, según las refleja el *Simplicissimus*. El *Cándido* de Voltaire muestra un mundo horrendo y sangriento. No está lejos el día en que se colgaba al descalzo por haber hurtado un par de zapatos viejos. Todavía Tolstoi encuentra en la Caucasia de 1852 el orgullo del hurto. En tiempos no distantes —aunque con su miga de humorismo— era un elogio popular en España el decir, por ejemplo, de un gran orador victorioso: "¡Vaya un tío ladrón!" Apenas hace falta recordar la vuelta a la barbarie durante las últimas guerras.

Sin embargo, para apreciar la posición homérica no debe olvidarse que la historia es un continuo devenir en que los hombres, los pensamientos, las costumbres, los vestidos, los instrumentos de todo orden y calidad evolucionan en fases imbricadas unas sobre otras; que, aun en una comunidad salvaje, coexisten elementos de épocas diferentes y nociones contradictorias; que Homero está pintando un mundo cuatro siglos anterior al suyo y usando materiales ya extraños para su tiempo; que, amparado en su derecho poético, puede exagerar o cargar las tintas para dar el tono de arcaísmo

* *Ilíada*: I, 409 y *ss.* II, 211 y *ss.* V, 472 y *ss.* IX, *passim.* XII, 310 y *ss.* XVI, 97 y *ss.*
Odisea: IV, 179 y *ss.*

que se propone, en lo cual puede también padecer anacronismos involuntarios, y olvidos de la realidad a impulsos de la fantasía.

Ya, desde luego, de la *Ilíada* a la *Odisea* se advierten algunos matices diferentes que delatan un nuevo espíritu. Y de Homero a Hesíodo, la transformación puede simbólicamente apreciarse en el uso de la palabra "héroe". El héroe es, para Homero, un hombre libre de cierta categoría social; para Hesíodo, un semidiós, sentido que perdurará en las letras helénicas. Los héroes homéricos superan a los hombres contemporáneos del poeta por el vigor y la bravura, son los gigantescos abuelos que todos tendemos a atribuirnos. En Hesíodo, los héroes homéricos son una casta ya desaparecida, dotada de virtudes extraordinarias, que se aniquiló a sí misma en las guerras tebana y troyana —las cuales ponen fin a una edad en la evolución del género humano— y que después va a refugiarse en las islas místicas de los Bienaventurados, las cuales caen a la parte de Occidente: ese misterioso Occidente que escondía tantas sorpresas, y por donde un día asomaría América como una nereida que saca la frente de las aguas.



2

LAS AGONÍAS DE LA RAZÓN

EXAMINÁBAMOS algunas fotografías de la Acrópolis, y mi amigo exclamó de pronto:

—No sé si me entiendes. Me cansan las cosas griegas, están demasiado llenas de razón.

Entiendo, sí. Hemos presenciado una serie de catástrofes. Hemos presenciado y hemos sufrido terribles experiencias. Ya nadie se atrevería a repetir con ciertos ingenuos filósofos de antaño que la inteligencia y la bondad se confunden. La parte irracional del hombre viene amagando de tiempo atrás, y al fin ha desatado una guerra sin cuartel. Y ella es con frecuencia —hay que compararlo— un fácil vehículo para la maldad, cualquiera sea el nombre con que nuestra cobardía la disfrace. En el pensar teórico, esta campaña comenzó con lo que vagamente se llama "el anti-intelectualismo" y llega hasta "el existencialismo". En la psicología, los profundos sondeos del psicoanálisis y otras exploraciones del subconsciente han sacado a luz los secretos más cenagosos del alma, dando carta de ciudadanía a esa fiera que llevamos dentro y que los ingleses llaman "el viejo Adán". La novelística y la literatura de las confesiones ha envalentonado, hasta legitimarlas, algunas aberraciones que antes se callaban o disimulaban. En la poesía, las más recientes aventuras recorren una intrincada selva, desde el Romanticismo hasta el Suprarrealismo, pasando por el Simbolismo, el Futurismo ("la imaginación sin frenos y las palabras en libertad"), el Dadaísmo y, entre nosotros, el Estridentismo y el Creacionismo. Y adviértase que definir no es siempre ni necesariamente censurar. En la música, la revolución ha llegado a hacer música contra la música, después de contaminarse con todas las pulsaciones del arrebato primitivo. Pues la pintura ¿no ha cruzado las tembladeras del Impresionismo, el Puntillismo, el Futurismo otra vez, el

Cubismo, el Expresionismo, el Abtraccionismo y el Concretismo? Se han desenterrado culturas del todo ajenas a la candorosa imitación racional. El descubrimiento de las esculturas africanas no hace mucho estremecía a París —conciencia artística del mundo—, en tanto que fueron a deslumbrarlo las maravillas del México vetusto. En la obra de Picasso, como en un viviente registro, pueden rastrearse las huellas de estas convulsiones. Jules Romains ha escrito estas palabras sobre la Europa de 1933, pero que tienen aplicación más amplia:

> ...En esta Europa enferma, aun el espíritu apolíneo se había enfermado, aun las Musas se pervirtieron. Las jóvenes, herederas de las gracias de las Panateneas, se enorgullecían de plegar dócilmente sus lindos cuerpos al tam-tam de las selvas ecuatoriales. Los escultores, que habían recibido en patrimonio la tradición de Fidias y de Miguel Ángel, se declaraban humildes discípulos de los hacedores de fetiches. Por primera vez el público cultivado aplaudía, como en una delectación morosa, obras de las cuales no entendía nada...*

¡La parte irracional del hombre! Pero ¿acaso la ignoraban los griegos? En modo alguno: su cultura fue una cultura de murallas contra la barbarie que por todas partes los rodeaba, y no sólo entre los pueblos extraños, sino en cuanto salían de la ciudad y daban algunos pasos campo adentro; contra la barbarie de cuyo pesado sueño ellos acababan de salir, al punto de que vivían acautelándose ante las posibles recaídas. La obra de Apolo consistió en domesticar a Dióniso, que por sí solo hubiera arrastrado a Grecia en un torbellino de locura. No: los griegos no ignoraban la inseguridad del suelo que pisamos. Este sentimiento asoma desde el alba homérica y no desaparece más de las letras. Algún día consagraremos a este tema la atención que merece. Entonces procuraremos rectificar la falsificación insensible que los humanistas "ortodoxos" han venido haciendo de Grecia.

Entretanto, es innegable que, hacia el crepúsculo de la Grecia clásica, se pretendió canalizar tan estrechamente a la razón que por fuerza sobrevinieron la asfixia y la recuperación desordenada, mientras se esparcía el alivio del

* [Jules Romains, *Les hommes de bonne volonté*, XXVII, 1947, cap. 24.]

Cristianismo. Por eso he acabado con estas palabras mi libro sobre *La antigua retórica*: "...un día, grande y trágico para los destinos del alma, los griegos se volvieron locos con la razón".*

Y en verdad, los humanistas contemporáneos han insistido en la bancarrota interior del racionalismo griego. "La gente estaba harta de tanto discutir —dice Festugière—, y ya se había cansado de hablar; ya sólo quedaba la técnica." Frase, esta última, que nos suena a cosa conocida y despierta en nuestra conciencia ecos inquietantes. "El racionalismo se consumió —nos dice Nilsson— como una lámpara que se extingue a falta de combustible." Pero ¿por qué la falta de combustible? La respuesta habitual consiste en decir que la ciencia griega no había logrado desarrollar el método experimental, lo que es verdad hasta cierto punto, pero sólo hasta cierto punto. Y si ahora preguntamos por qué aconteció esto con la ciencia griega, nos salen con que el giro de la mente griega era deductivo: otra de esas explicaciones que meramente repiten el problema. El análisis marxista ha acertado aquí con una explicación más plausible: no se llegó a la experimentación por carecer de tecnología verdadera; y no había verdadera tecnología porque el trabajo humano era barato; y tal trabajo era barato por la abundancia de esclavos. Y así, por un sorites o cadena de inferencias, llegamos a pensar que la ruina del racionalismo griego depende de la institución de la esclavitud. Pero el argumento es demasiado frágil para soportar toda la respuesta a nuestro enigma. Más se aplica a la física, por ejemplo, que no a la matemática o a la medicina, y desde luego, no incumbe a la religión ni a la filosofía. Tampoco explica realmente la inmensa fuga de la razón a que se entregó la gente en general.

En todo proceso de acontecimientos tan complejos como éste, los factores económicos y sociales no pueden dejar de obrar a su modo. Pero, en el fondo, la crisis era espiritual; es decir: significaba o suponía un cambio en la reacción total de la mente humana ante el mundo circundante. Y si de veras queremos entenderlo, tenemos que bajar a un nivel más hondo y dinámico, donde la motivación es menos lógica

*[*In fine. Obras Complètas*, XIII, p. 558.]

y menos consciente. Pensamos al decir esto en algo como lo que se ha llamado en nuestros días "el miedo a la libertad"; o sea, el encogimiento inconsciente del individuo ante el grave peso de la deliberación personal que la concepción racional del mundo le echa encima. Cuando ya han operado los ácidos del racionalismo clásico sobre la fábrica heredada de costumbres y de creencias, cuando ya Alejandro el Grande ha roto las barreras que separaban entre sí a los Estados-Ciudades de la Grecia clásica, y todavía los sumerge en el vasto mundo antes desconocido, los hombres se encuentran de pronto tan libres como desamparados, mucho más que en las generaciones anteriores, y ante una naturaleza mucho más enérgica y vasta. Cada uno es dueño y señor de escoger su propia filosofía, donde ahora hay tantas, o de escoger sus propios bienes; cada uno es libre de vivir a su gusto en los ensanchados límites del orbe, de abrirse su vida según sus medios materiales; libre de ser él mismo, y libre hasta sentirse solo ante el vértigo de las realidades exteriores. Y aquí está el peligro, en lo mismo que parece un tesoro.

En efecto, las mayores dificultades del hombre comienzan cuando le es dable ya hacer cuanto le place. Yo creo que los griegos de la era post-clásica descubrieron esta incómoda verdad. Todavía durante unas cuantas generaciones les será posible vivir encarados con su propia libertad intelectual. Luego darán la media vuelta, horrorizados ante la audaz perspectiva. Los obstáculos eran semejantes a los de nuestros días; la escapatoria estaba en negar la realidad de la libertad. De aquí el recurso a la astrología: era preferible el rígido determinismo de los babilonios al peso terrible de la diaria responsabilidad. De aquí también la popularidad que alcanzó la noción cíclica de la historia: ya todo ha sucedido antes, todo volverá a suceder igual mañana y pasado mañana, por el tiempo infinito. El progreso era una ilusión. El mañana ya había caducado antes de amanecer. La gente de temperamento más crítico buscó refugio en el escepticismo: si nada es cierto, la elección racional resulta imposible, y la responsabilidad desaparece. Otros predicaron las virtudes de la vida sencilla; pues entonces, como hoy, se podía escapar a los problemáticos

resultados de la cultura urbana portándose como si ella no existiera. Otros, por último, buscaron el alivio en la deliberada aceptación de la autoridad, y ésta fue la solución que prevaleció a fin de cuentas. (¿No ha hablado Rémy de Gourmont de la aceptación y la obediencia como una "senda de terciopelo"?). Para este propósito, los dioses de la antigua ciudad ya no eran adecuados. Aún sobrevivían, cierto, pero su autoridad había caído con las instituciones políticas y sociales de que ellos habían sido parte.

Y aquí vemos hasta qué punto el desconcierto de entonces es comparable al de nuestros días, y cómo ambos han dado origen al mismo síntoma: la adulación de las masas a los reyes y a los dictadores. El culto helenístico y romano al gobernante era sin duda, en parte, un recurso político; pero sólo pudo ser dable acudir a semejante recurso porque las masas necesitaban un auxiliar mágico. Cuando los antiguos dioses abandonaron sus tronos, los tronos vacíos estaban pidiendo sucesores y, con algo de buena fortuna, cualquier bribón podía adueñarse del sitio. A los reyes esto les era singularmente fácil, puesto que la mayoría de los hombres tiende a identificar a los reyes con los padres de modo inconsciente. Pero los reyes no eran los únicos auxiliares mágicos a la vista. Conforme maduraron o empeoraron los tiempos, y la especulación religiosa fue cuajando en dogma, los grandes pensadores de antaño —un Pitágoras, un Platón, hasta un Epicuro— vinieron a ser considerados como los poseedores privilegiados de alguna virtud sobrehumana, videncia o poder superiores a toda crítica racional. También Aldous Huxley nos habla por ahí de sabios que, "por haber modificado su modo de ser meramente humano, son capaces de un conocimiento más que humano".

Hechos como éstos parecieron llevarnos a la suposición de que las masas humanas son y serán siempre incapaces de la verdadera libertad. Pero, antes de aceptar una conclusión tan repugnante, conviene que reparemos en dos circunstancias. Una es que, si podemos retrasar el reloj, no por eso podemos modificar la marcha del tiempo. Una vez que el armazón de nuestras creencias se ha derrumbado, una vez que los hombres se han enfrentado con las posibilidades de la libertad, pareciera que sólo pueden rehusarse a sus res-

ponsabilidades mediante cierto precio. Las murallas defensivas con que el hombre encierra su libertad tienen que pagarse mediante ciertos inconscientes sentimientos de culpabilidad, cuya expresión consciente es el miedo. Todo aquel mundo de la antigüedad decadente parece vivir bajo la amenaza de miedos irracionales: no sólo el miedo al fuego del infierno, tan común entonces entre paganos como entre cristianos, sino también otros temores más inmediatos. En la última época imperial, tanto los paganos como los cristianos imploraban la protección contra el mal de ojo y las posesiones demoniacas, contra las pesadillas temerosas y las cosas que andan en el aire, contra los "demonios engañosos", o contra el "perro sin cabeza". Tertuliano decía que casi todos los hombres eran perseguidos por algún mal espíritu; Porfirio pensaba que todas las casas están llenas de duendes. Hoy por hoy, es verdad, no tememos —o mejor, *todavía* no tememos— a los duendes, trasgos, etc. Pero ya es un lugar común que el repliegue actual frente a la razón viene acompañado de singulares angustias, algunas acaso racionales, muchas sin disputa de origen meramente neurótico. Hay que tenerlo muy presente: el precio que ayer se pagó bien puede volver a pagarse, a cambio de la libertad que cobardemente se rehusa.

Y la otra circunstancia a que he querido referirme es que, a pesar de ciertas apariencias, la historia no es cíclica. No estamos otra vez en el siglo I a. C. No sólo nuestra situación material es muy distinta, sino que hoy contamos con algo que ignoraron los contemporáneos de Cicerón e ignoró igualmente el siglo XVIII, a saber: los comienzos de un entendimiento racional de la razón humana. Y a la luz de este conocimiento en progreso, vemos que los racionalistas helenísticos incurrieron en varios lamentables errores. Su concepción de la vida racional deja mucho que desear: era muy estrecha, muy arrogante, muy insensible; desestimaba de una manera desastrosa las fuerzas oscuras que el hombre debe vencer dentro de su propio corazón. Y, como lo he dicho ya, estas fuerzas oscuras acabaron por tomar un desquite espantoso. Si no me equivoco, el racionalismo griego fracasó, no porque todo racionalismo esté condenado al inevitable fracaso, sino en parte al menos porque, habiendo

entendido poco y mal la inseguridad de la humana condición, concibió la tarea de la razón de una manera muy estrecha, e hizo en nombre de la razón algunas demandas imposibles, "buscando cotufas en el golfo", como aún se decía hace cien años. Sus errores fueron repetidos en principio por los racionalistas de los siglos XVIII y XIX, y hoy estamos probando los amargos frutos de la reacción por tales errores provocada. Para un racionalista lúcido, tal reacción es un desafío: no significa la exigencia de entregar el territorio que ya la razón había conquistado, sino la de adoptar una estrategia más inteligente y más realista. La razón tiene que conocer bien a sus adversarios, lo que los griegos de la última hora se rehusaron a hacer. Debe admitir que la civilización —como alguien se ha atrevido a decirlo— "es una delgada y precaria costra sostenida por la voluntad y la personalidad de unos cuantos hombres". La razón debe reconocer las fuerzas irracionales que tan hondamente remecen los pensamientos y la conducta de los hombres, sin que éstos se percaten siquiera; como siempre lo han comprendido, de un modo instintivo, los escritores dotados de verdadera imaginación. Y, para luchar contra estas fuerzas, debe entenderse su dinámica, y hay que penetrarse de que no se las combate con argumentos (pues ello sería inútil), no con negativas (que es peligroso), sino aplicando pacientemente aquel método o freno social que Aristóteles llamó *ethismos*: consciente ejercitación y reiteración de una virtud para al fin llegar a adquirirla, remedio pragmático. En esta guerra no puede haber victoria final; pero si se la conduce con sabiduría, hay esperanzas de escapar a la derrota que dio al traste con el racionalismo griego.*

1952

* [Según la "Noticia bibliográfica" del comienzo, "El [presente ensayo núm.] 2 procede de una conferencia leída en El Colegio de México y repetida en el Instituto Italiano de México, respectivamente, los días 24 de junio de 1952 y 29 de mayo de 1953". Empero, esta última fecha debe leerse como 1956, pues así lo atestigua el *Diario* de Reyes, vol. 13, fol. 53. La primera lectura se tituló EL OCASO DE LA RAZÓN GRIEGA (*idem*, vol. 11, fol. 172); la cual se publicó en la revista *Todo*, México, en tres entregas, 17, 24 y 31 de julio de 1952. La segunda, con título de LA AGONÍA DEL RACIONALISMO GRIEGO, fue disminuida del "Aprovechamiento [que en ella se hacía] de una conferencia de E. R. Dodds en la BBC de Londres, 1952", según notas mss. de Reyes, y retitulada como hoy se publica, tal como apareció póstumamente en *México en la Cultura*, México, Suplemento de *Novedades*, 15 de mayo de 1960, Nº 583, p. 5.]

3

RESEÑA SOBRE LAS SIRENAS

La tradición greco-oriental, según los monumentos y textos conocidos de Grecia y Roma, presenta a las sirenas como seres híbridos, la cabeza de mujer, el cuerpo revestido de plumas, y patas de pájaro.* Este tipo fue conocido en el Occidente durante la Edad Media.

Pero, acaso entre los siglos VII y VIII, aparece un nuevo tipo de sirenas, cabeza y busto de mujer y, del ombligo abajo, cola de pez que desaparece en las aguas. El tipo volátil se ha transformado en tipo acuático. Esta segunda figura prevalece en la imaginación y el arte modernos.

Así, en el *Tesoro* de Covarrubias Orozco, 1611: "Fingieron los poetas ser unas ninphas del mar, el medio cuerpo arriba de mujeres muy hermosas, y del medio abaxo, pezes..." En *Autoridades*, VI, 1739: "Nympha del mar que fingieron los poetas. Dixeron ser el medio cuerpo arriba de muger mui hermosa, y lo restante de pescado." En Terreros y Pando, III, 1788: "Los gentiles finjieron que las sirenas eran unos monstruos con cara de mujeres, y la extremidad o cola de peces, partida en dos." Pero ya en la *Academia*, 1947: "Cualquiera de las ninfas marinas con busto de mujer y cuerpo de ave... Algunos artistas las representan impropiamente con medio cuerpo de mujer y el otro medio de pez."

¿Cuándo y cómo acontece la sustitución de un tipo por el otro? Faral no pretende responderlo, sino dar algunos datos para la posible solución (*La queue de poissons des Sirènes*, en *Romania*, 1953, 4). Veamos:

La Biblia ha sido uno de los vehículos para la difusión del nombre de "sirena" en Europa. Según los primeros traductores de Isaías y de Job, las sirenas son a veces monstruos cantores sin determinación especial, y otras, crestados

* [Cf. *Obras Completas*, XVI, § 12, pp. 570-571.]

dragones voladores; y "sirenas" aparece como traducción del *tannim* o chacal hebreo.

El *Physiologus* es otro de los caminos por donde el término "sirenas" penetró en Europa. Obra singular, tal vez debida a un cristiano del siglo II J. C., escrita en griego y traducida al latín hacia el siglo V, se propone dar la interpretación tipológica de los animales bíblicos y otros más. Aquí las sirenas, comentadas con referencia a Isaías, tienen forma humana hasta el ombligo y, más abajo, forma volátil. Su funesto canto adormece a los navegantes, a quienes luego las sirenas destrozan.

La tradición pagana, bien conocida entre los cristianos cultos, gira en torno a las aventuras de Ulises-Odiseo. Los oradores y escritores eclesiásticos no temían aludir a esta fábula como a un símbolo: San Ambrosio, San Jerónimo, San Máximo de Turín (*Homilía* XLIX), quien, en el siglo V, la aplica al misterio de la Cruz salvadora.

Pero ¿cómo eran las sirenas clásicas? Higino las describe como mujeres por arriba y gallináceas por abajo, suerte de aves infernales. Y Servio dice que eran en parte vírgenes (en verdad, meretrices), y en parte, volátiles. San Isidoro añade que tenían alas y garras.

Hasta aquí, pues, seres humanos (mujeres) en la parte superior del cuerpo, y aves en la inferior.

El *Liber monstrorum*, texto de fecha incierta, pero no posterior al siglo X (acaso escrito del VII al VIII), obra de un autor anglosajón, tal vez Audelinus, nos da al fin las sirenas-peces.

Este Audelinus ¿es el célebre Adhelm († 709), abate de Malmesbury y luego obispo de Sherbone, que viajó por Roma? Quienes así piensan se apoyan en Tomás de Cantimpré († 1270), autor de una obra *De natura rerum*, que se inspira en el *Liber*. La identificación no parece descabellada y sería una de las novedades más importantes en la investigación de Faral.

Las Sirenas —célebres en las navegaciones de Ulises, en las menciones de los poetas paganos, en las aplicaciones alegóricas de escritores cristianos— son, para el autor del *Liber*, los monstruos más notables que se hallan en la literatura.

Tomás de Cantimpré explota ya este nuevo tipo de sirenas-peces en su *De natura rerum*, y recoge, además, una serie de rasgos complementarios en diversas fuentes, sobre los maleficios y costumbres de las sirenas.

La nueva figura de la sirena puede provenir:

a) de una contaminación hecha por Audelinus entre la sirena clásica y la monstruosa Escila, que Virgilio describe como una mujer que hunde su cola de delfín en el agua;

b) de la confusión en que incurrió Audelinus tomando por sirena a alguna ninfa marítima o hembra de tritón, vista en algún viejo mosaico o cuadro como el que dice haber admirado ¿en Italia?, y relativo a las tradiciones de Escila y Circe;

c) o bien puede esta sirena-pez ser una invención de su propia minerva, más o menos provocada por algunas figuraciones encontradas en lecturas o documentos artísticos;

d) posible es también que de algún modo hayan llegado hasta el *Liber* especies folklóricas de mitologías bárbaras y septentrionales, en que abundan las mujeres-peces y en que es muy extraño no haya pensado Faral.

Durante la Edad Media, el *Physiologus* pasa por autoridad suma sobre descripción de seres y cosas naturales, y es fuente de numerosos bestiarios. Pero se refiere a pocos animales y las referencias son breves. No satisfacen la curiosidad de los lectores.

Esta general curiosidad de los medievales es fácil de comprender. Desde el siglo VIII llegaban a Europa especímenes de la fauna oriental. Cuando, más tarde, la *Chanson de Roland* habla de osos, leones y camellos ofrecidos a Carlomagno por el sarraceno Marsilo, no todo es invención poética. Estos presentes de los príncipes asiáticos a los emperadores tuvieron su época. Y los monarcas acostumbraban instalar unos como jardines zoológicos para entretenimiento del pueblo (G. Loisel, *Histoire des Ménageries*, París, 1912; Ch. H. Haskins, *Studies in the History of Mediaeval Science*, Cambridge, Mass., 1924). Los viajeros, embajadores, mercaderes, peregrinos, cruzados, aportaban sus descripciones más o menos fantásticas o exageradas, sus telas exóticas y otros objetos con representaciones de animales quiméricos. En los geógrafos y naturalistas de la antigüedad los eruditos

encontraban singulares noticias sobre aquella fauna más o menos imaginaria.

El apetito de lo maravilloso aumenta aún, a partir del siglo XI, por la leyenda de Alejandro el Grande. La novela consagrada al capitán macedonio por el Seudo-Calístenes y traducida por Julius Valerius no aplacó del todo aquella sed. Tuvo éxito, sí, y lo prueba la floración de aquellos poemas, los más antiguos en lengua vulgar, sobre asuntos afines. Pero mayor fue el éxito de la novela griega en la traducción del Arcipreste León (siglo XI). Ésta, a su vez, se llenó de interpolaciones: ya noticias arrancadas a la Carta de Alejandro a Aristóteles, o a la obra de Orosio, a la de Josefo, etc. Todo lo cual hizo de la India una tierra de prodigios y patria de seres fabulosos. Y añádase todavía la Carta del Preste Juan, que supera en este sentido a los demás textos.

Se explica, pues, que, del siglo XI en adelante, clérigos y laicos rivalicen en invención para enriquecer el museo con nuevos animales soñados.

Es difícil seguir la ruta del *Liber monstrorum* en la literatura sabia o romancesca de aquellos tiempos. Los cuatro principales manuscritos que de esta obra se conservan son de los siglos IX al X, y hay otros dos del siglo XI en el monasterio Bobbio. De aquí se infiere una gran difusión de la obra en los siglos medios. Pero la boga fue seguida de un silencio absoluto.

La crítica sólo descubre restos del *Liber*, hacia fines del siglo XI, en interpolaciones a la traducción latina del *Roman d'Aleixandre* hecha por el Arcipreste León. Sólo a mediados del siglo XIII vuelven a aparecer otros rastros, como por ejemplo en el ya citado Cantimpré.

En todo caso, es lícito suponer que la imagen de la sirena-pez parte del *Liber*. ¿A través de la lectura directa? Acaso a través de las glosas e interpolaciones de allí sacadas, con que se trufaban los textos del *Physiologus* o esta u otra Biblia medievales. Así permiten sospecharlo las noticias sobre las sirenas en Felipe de Taón, en el Seudo-Hugo de Saint-Victor (*De bestiis*), en Barthelemy l'Anglois, en Vicente Belovalense.

Entre los textos posteriores al *Liber* donde se menciona

a las sirenas, Faral ha analizado, para los siglos IX a XIII, no menos de veinticinco, que pueden agruparse así:

a) tipo antiguo o clásico de mujer-ave;
b) nuevo tipo de mujer-pez;
c) empleo indiferente de uno u otro tipo;
d) combinación de ambos tipos, o mujer a un tiempo pez y ave;
e) ajustándose a Servio y a Isidoro de Sevilla, que hablan de "tres sirenas", se supone que dos son mujeres-peces, y la tercera, mujer-ave.

Mlle. Denise Jalabert ha estudiado las representaciones escultóricas de las sirenas en el Occidente medieval, con referencia a sus posibles modelos orientales o grecolatinos. (*Recherches sur la faune et la flore romanes, II Les Sirènes: Bulletin Monumental,* 1936). Como no toma en consideración los textos literarios, sus conclusiones exigen ciertos retoques cronológicos.

Entre nosotros, y ya para los tiempos modernos, son de singular interés los datos de José Durand (*Ocaso de Sirenas: manatíes del siglo XVI,* México, Tezontle, 1950), donde se aprecian el transporte a Indias y a nuestros primeros cronistas de los temas tradicionales, y la confusión entre sirenas y manatíes o pejemulleres, sin duda favorecida por el busto de la hembra. He aquí, dice el autor, la última aventura de la sirena.*

1953

*[A pesar de la fecha al pie, coincidente con la de la última fuente consultada, en el *Diario* de Reyes, a 25 de marzo de 1954, se lee: "He preparado un KANT, un JUDÍO ERRANTE Y LAS CIUDADES, una RESEÑA SOBRE LAS SIRENAS" (vol. 12, fol. 86); pero, como dice la "Noticia bibliográfica", sólo en 1959 fue copiada para la American Literary Agency, de Nueva York, que la hizo circular en Europa y América, como se sabe también por el propio *Diario* de Reyes, a 2 de diciembre de 1959: "El 29 [de noviembre pasado] envié a ALA [N°] 41, RESEÑA SOBRE LAS SIRENAS (vol. 15, fol. 83). Sobre el libro de José Durand, mencionado al final, Reyes redactó una fajilla de *réclame*, que dice así: "La erudición, el humorismo y la fantasía poética se juntan en esta imagen casi mitológica de las vacas marinas del siglo XVI. La buena pluma del escritor peruano José Durand domina plenamente el asunto y hace deleitable la lectura. *Alfonso Reyes.*"]

4

LA INSOLENCIA JONIA

MUCHO se habló ayer del "milagro griego", aunque hoy se usa la palabra con temor por si pareciere algo ingenua. Sí, hubo un milagro griego, y puede reducírselo a una "mutación" en el pensamiento humano. Los pensadores milesios abandonan las explicaciones mitológicas y sobrenaturales del universo, con que hasta entonces se habían contentado los pueblos del Oriente clásico, y proponen una explicación racional. Pero, entendámonos: estos filósofos —llamados generalmente los presocráticos o los jonios o los milesios—, aunque no han alcanzado el dominio de la ciencia experimental propiamente dicha, tampoco se enclaustran en el dominio de lo puramente abstracto o especulativo. Sus teorías, contra lo que suele suponerse, andaban muy cerca de la práctica. Ni siquiera eran meros observadores de la naturaleza, sino que intervenían en ella, pues todavía entonces el filósofo era como un hombre de acción.

Todos saben y admiten que los griegos fueron grandes pensadores. Pero generalmente —fuera del orden de las artes plásticas— se dice que los griegos no estaban, como ejecutores, a la altura de su pensamiento. Toda la admiración se la lleva la fase contemplativa del pensamiento griego. Conviene rectificar esta opinión que se ha encontrado en el juicio de las mayorías. No es difícil probar que el mejor y más excelso pensamiento del griego siempre aparecía acompañado de una acción vigorosa y de un vivo anhelo de ejecución, como el que urge a las Ideas, en Plotino, por imponer su sello sobre la materia, según la oportuna expresión de Farrington.

Hoy por hoy, el excesivo desarrollo de "lo libresco" —valga la palabreja— hace que la gente olvide el valor "intelectual" de lo que no está embarrado en los libros. Una granja, una fábrica, un taller, un barco, el árbol de un motor, una carretilla o volquete, una caña de pescar, no se ven

como una conquista de la inteligencia; —digo, por el vulgo con letras, el más antipático de los vulgos. El filósofo suele repetirse, anda en las nubes. Tales se cayó en el pozo por ver las estrellas. ¡Ah, sí! Pero previó a tiempo la escasez de las cosechas de aceite y acaparó a tiempo todas las prensas de los olivares para enriquecerse con el monopolio. Si esto fuere fábula, aquélla lo será también: los dos argumentos se despuntan.

Sin duda que algunas mentes poderosas, en Grecia como en todas partes, han tenido que ponerse a cubierto de los rumores de la calle si es que de veras habían de alcanzar sus conclusiones en el término de una vida. Pero esto no es siempre necesario, ni siempre ha sucedido así. No sucedió así a ojos de Esquilo, cuyo *Prometeo* cataloga con tan pintorescos detalles los oficios que el Titán enseñó a los hombres. No a ojos de Sófocles, que canta la ingeniosidad increíble de la inventiva técnica, como alta cualidad humana. Tampoco lo vio así Heródoto ciertamente, cuando consagra todo un capítulo a la isla de Samos por haber sido la patria de tres grandes hazañas de la ingeniería. Ni Jenofonte, que nos ha dejado una descripción entusiasta del variado equipo y el orden exquisito que se admiran en una embarcación fenicia. Ni los médicos hipocráticos, quiroprácticos por oficio. Ni finalmente Anaxágoras, quien vio con nitidez la función decisiva que ha correspondido a la mano para distinguir al hombre de la bestia.

Félix Sartiaux, eminente historiador de la cultura, entiende que la metafísica de los griegos todavía recuerda en mucho la de otros pueblos antiguos. Según él, la mutación característica que Grecia trajo a la mente humana está en el reino de la ciencia y la técnica. ¿Por qué no es esto claro y evidente para todos? Porque sobre los primeros pensadores griegos no poseemos más que fragmentos, y nos atenemos más bien a lo que quiso decirnos Aristóteles. Y Aristóteles tuerce y refracta los documentos de los jonios, como explica Cherniss, para adaptarlos a su propia tendencia, para meterlos en su propio camino. Pero recuérdese que todavía Critias, antiguo discípulo de Sócrates y más tarde uno de los Treinta Tiranos, reprochaba así a su antiguo maestro.

—¡A ver, Sócrates, si dejas en paz a los zapateros, "me-

talistas" y otros artesanos, pues creo que están hartos de que los mezcles en tus charlas!

A lo que Sócrates contesta:

—¿Tendré, pues, que renunciar a las consecuencias que yo saco de estos oficios con respecto a la justicia, la piedad, las virtudes todas?

Sócrates, que ha trasladado ya su atención del campo de la naturaleza al campo de la humana conducta, seguía, al modo de los milesios o jonios, aplicando los conocimientos prácticos como método de la investigación filosófica. Sobre este punto, me refiero a los autorizados estudios del helenista argentino Rodolfo Mondolfo.

Anaximandro, el primer filósofo milesio que usó la escritura, nos pinta el mundo como el efecto de un proceso de diferenciación o separación entre los elementos que integraban una masa original indeterminada. Primero, se separa el fuego y envuelve a los demás ingredientes. La acción del fuego sobre la masa restante ocasiona en ella una nueva separación. El vapor y el aire son "chupados", y la tierra comienza a segregarse del agua. El vapor rompe o revienta la cubierta de fuego que lo envolvía todo; se adueña de los fragmentos ígneos y forma volutas de niebla en torno a verdaderas ruedas de fuego, que rotan en torno a la tierra. La tierra aparece como un cilindro de poca altura que flota sobre las aguas del mar. Las ruedas de fuego giran en el plano de la eclíptica. Los cuerpos celestes son agujeros en las capas de niebla, por donde asoma el fuego opreso. En este cuadro, a la vez grandioso y candoroso, los intérpretes no han podido menos de ver una variedad de conceptos derivados del saber técnico. Los viejos mitólogos habían visto ya en el sol una rueda o carro de ruedas, e imaginaban al dios solar como un auriga o cochero. También ellos usaban aquí una noción de la técnica, pero su propósito principal era hacer honor al dios sol. Los dioses, como los príncipes, deben viajar en carro. Pero Anaximandro interpreta la moción del sol, no conforme a la acción de un carro de ruedas para el transporte, sino conforme a la acción de una rueda que gira sin cambiar de sitio: es decir, rueda de alfarero. Al hacerlo así, lastimaba los melindres de los conservadores porque, en vez de honrar a la deidad del mito, prescindía

de ella. Zeus quedaba destronado y dejaba el puesto a un nuevo dios: *Dinos* o Rotación, Torbellino, que ahora ocupaba su lugar. De paso, la protesta del conservador Aristófanes en su comedia *Las Nubes* no va contra el racionalismo, sino contra la idea de interpretar los fenómenos celestes a la luz de las técnicas. En efecto, esta interpretación incomodaba mucho. Incomodaban también aquellos chorros de fuego empujados por los vientos, con que Anaximandro explicaba las estrellas, explicación que sólo pueden inspirarse en los fuelles de fraguas. Igualmente, es claro que el plano en que se revuelven las ruedas ígneas implica el conocimiento del *polos*, o sea el reloj solar cóncavo y de media esfera que se había inventado en Mesopotamia. El primer griego a quien se le ocurre escribir una obra *Sobre la naturaleza* se deja llevar por la imagen de la rueda de alfar, el reloj de sol y los fuelles.

El sucesor de Anaximandro, Anaxímenes, pudo lograr, mediante el empleo de igual método, dos adelantos. Trazó una pintura más coherente que la de su maestro sobre el proceso conforme al cual una materia se cambia en otra. Anaximandro le había legado un universo dividido en cuatro elementos de densidad distinta: Fuego, Niebla, Agua y Tierra. Ahora Anaxímenes discurre que la diferencia cualitativa entre estos cuatro elementos puede reducirse a una diferencia cuantitativa. Piensa que el Fuego, al hacerse más compacto, se muda en Niebla; ésta, en Agua; y el Agua, en Tierra. ¿De dónde pudo venirle esta noción? Según los comentaristas y según el testimonio mismo del vocabulario que emplea el filósofo, esta noción proviene de las artes del fieltro, tal como se las practicaba en Mileto, tierra natal de Anaxímenes, famosa por sus manufacturas de lana. En esta industria, los hilos del tejido son sometidos al calor y a la presión y salen al fin reducidos en volumen, pero acrecidos en densidad. La metáfora del universo fue sugerida por el batán. Y el segundo paso que Anaxímenes dio por su cuenta es algo que realmente le honra. Anaximandro había ordenado los elementos según su densidad, desde la Tierra central hasta el Fuego en la periferia. Los cuerpos celestes estaban hechos, para él, de puro Fuego. Pero su discípulo Anaxímenes, sin duda en su empeño de explicar la caída de

los meteoritos, no teme poner piedras y tierra en el mismo cielo. Y se funda para ello en la imagen de la honda. En efecto, la honda, que se ata a la mano del hombre, revela mejor que la rueda de alfar la naturaleza de la fuerza centrífuga. Después de Anaxímenes, será ya posible considerar los cuerpos celestes como pedazos de tierra: interpretación no racional, sino "operacional" de la naturaleza. Platón, que era un racionalista en la tradición de Parménides, luchó siempre, del principio al fin —desde la *Apología* hasta las *Leyes*— por quitar otra vez del cielo los pedazos de tierra y las piedras. Aristóteles, mientras siguió igual tradición, completó la obra de Platón, imaginando que los cuerpos celestes están hechos de una especial sustancia celeste. Pero estas ideas ocurrieron después. La clave del mundo que nos presentan los milesios deriva del alfar, los fuelles, el batán y la honda.

El vasto fenómeno de la naturaleza, cuya regularidad o cuyos caprichos tanto impresionan y espantan, por sus efectos benéficos o maléficos, había sido hasta entonces objeto de interpretaciones míticas. Ahora resulta que no difiere en esencia de los procesos ordinarios y modestos confiados a la mano del hombre: la obra del cocinero, el agricultor, el alfarero, el herrero. Asalto contra la majestad celeste, dignificación de la inteligencia, la técnica y el poder humanos. Tal es el sentido de este desperezo de la mente que he llamado alguna vez "la insolencia jonia". (Entiéndase bien, la insolencia ante los errores humanos y la inútil solemnidad, no ante las propias normas éticas y religiosas, que sería *hybris* o *desmesura*, el error más abominable para los griegos.) El mercenario griego graba con el cuchillo el nombre de su querida en los pies del ídolo africano, que no le inspira ningún respeto; llama "pasteles" a las pirámides, "gorriones" a los ibis sagrados, y suelta la risa si los misteriosos sacerdotes egipcios le aseguran que el Nilo baja del cielo. La insolencia jonia es el arranque del pensamiento científico.*

* [Enviada a la ALA de Nueva York, se divulgó en varios periódicos en 1958: *México en la Cultura*, Suplemento de *Novedades*, México, 21 de sept., Nº 497, p. 3; *El Tiempo*, Bogotá, 19 de oct., p. 1; *El Universal*, Caracas, 13 de nov.; *El Diario de Nueva York*, Nueva York; y trad. portuguesa, en *A Tribuna*, Santos, Brasil; de las dos últimas inserciones hay recorte s. f. en el Archivo de Reyes. No trae fecha al pie ni hay referencia a su elaboración en el *Diario* de Reyes; pero la fecha de sus publicaciones en la prensa periódica puede fecharse en 1958.]

5

FANTASÍAS ODISEANAS

SINGULAR persona era Odiseo, a quien hoy llamamos Ulises. Héroe "atípico" entre los guerreros homéricos, éstos en general parecen lanzas y espadas dotadas de la facultad del lenguaje, si exceptuamos, por ejemplo, al consejero Néstor y al dignísimo jefe de los troyanos, que aunque se lo llama "Héctor el matador de hombres" más bien es el hombre de la conciencia moral. Pero sucede que en Odiseo el "arco de los reflejos" —si es que la ciencia nos presta sus tecnicismos— pasa sobre todo por el "cortex" y no ya, de modo predominante, por el "tálamo". Es ya el humanismo emergente. Atenea, por eso, encomia en Odiseo, su predilecto, al "civilizado" (*epeetcés*). Esta misma proyección hacia el porvenir y esta misma complejidad de su naturaleza, que anda entre el león y el zorro, hará de Odiseo un sujeto y hasta una víctima de las interpretaciones más varias y encontradas.

El Odiseo prudente de la *Ilíada* apenas descubre su astucia cuando es del todo indispensable, como si no quisiera mostrarse muy distinto de sus camaradas. En la *Odisea*, donde ya el héroe no se ve sujeto por el código de caballería, donde no combate ya entre otros príncipes sino con la naturaleza, los monstruos, los portentos y aun las divinidades, despliega ya toda su índole y es el hombre de los mil recursos. La lírica, menos preocupada por los hechos que por la apreciación de los hechos, comienza, con Píndaro, a dar las espaldas a Odiseo. La tragedia aun lo calumnia, atribuyéndole rasgos que la tradición desconoce. La comedia ofrece la caricatura de sus buenos y saludables apetitos terrenos. La erudición alejandrina lo quiere envolver entre remilgos y repulgos que son ya pura mojigatería. Los estoicos le rinden culto. Roma, con Virgilio, le arrebata el posible honor de haber sido su distante abuelo, y se lo confiere a Eneas, el héroe troyano. Dante lo repudia. Y así continúa la historia de las transformaciones. Para los modernos Odi-

seo es una suerte de Malinowski, explorador de costumbres y poblaciones exóticas, o finalmente —ya del todo con otra cara— la persona no oficial, el "héroe burgués" de Joyce.

Aun la "biografía" más extensa y estable de Odiseo —el poema homérico de la *Odisea*— ha sufrido igual suerte, prestándose, ya en cuanto a su autoría o en cuanto a sus escenarios y lugares a las interpretaciones más caprichosas.

En 1897, el novelista y ensayista Samuel Butler publicó un libro titulado *La autora de la "Odisea", quién era y dónde escribía*, en que pretendió demostrar que el supuesto poema homérico es obra de una mujer, puesto que revela mejor conocimiento de las artes domésticas que de las artes marítimas, guerreras o venatorias; que la descripción del reino de Esqueria —y en menor grado, el de Ítaca— recuerda muy de cerca los rasgos de la Trapani siciliana; y, finalmente, que Nausícaa es el autorretrato de la poetisa, por lo visto nativa de Drépanon o Trapani.*

Recordemos que Nausícaa —un personaje de la *Odisea*— es hija del rey Alcínoo, monarca de los feacios en la isla de Esqueria. Odiseo, arrojado por el mar, cae sobre la costa de la isla, la noche misma en que la princesa ha tenido un sueño que le envió la diosa Atenea. Aconsejada por este sueño, Nausícaa se dirige a la desembocadura del río en compañía de sus esclavas para lavar la ropa de la familia. Después de lo cual, todas se ponen a jugar a la pelota, y el grito de una de ellas despierta a Odiseo, que yacía rendido sobre la playa. El héroe se cubre con unas ramas, para no presentarse desnudo ante las muchachas, y se acerca a ellas. Todas huyen, menos la princesa, que por algo lo es. Él pide ayuda, y ella le proporciona alimentos, vinos y vestiduras, y le indica el camino de la ciudad, recomendándole que siga su carro a cierta distancia, para evitar la maledicencia de la gente. Nausícaa se ha enamorado de Odiseo a primera vista. Y cuando éste, en el palacio, cuenta al rey Alcínoo su historia, también el rey lo desea por yerno. Pero Odiseo, fiel a su distante esposa Penélope (que también es fiel para Odiseo), pide, como se le concede, ser trasladado a su tierra de Ítaca. El episodio ha sido narrado también por Sófocles en un drama perdido (*Nausícaa*) y aparece en otras obras

* [Cf. *Obras Completas*, XI, p. 377.]

posteriores a Homero. Helánico dice que Nausícaa, al menos, logró casarse con Telémaco, hijo de Odiseo, de quien a su vez tuvo a Perséptolis.

Pero volvamos a la hipótesis de Samuel Butler. Las conclusiones de Butler, aunque fundadas en abundantes y serios argumentos, de tal manera contrariaban las opiniones recibidas (si bien Bentley ya había adelantado un poco por este camino), que todos se inclinaron a considerarlas como devaneos de un autor cuya imaginación siempre superó con mucho su inteligencia. Para entonces, ya Butler había publicado su *Erewhon*, una de las más interesantes y más atrevidas utopías inglesas. Entre los pocos que prestaron atención a la teoría odiseana de Butler, figuran T. E. Shaw (o sea Lawrence), en el prólogo a su traducción de la *Odisea*, y también el poeta Robert Graves —mitólogo y novelista eminente, autor del *Yo, Claudio*, el *Conde Belisario*, etcétera, en su libro *La hija de Homero* (1955).

Butler, como sabemos, fue uno de los primeros emigrantes a la zona de Canterbury en Nueva Zelanda, y así se lo recordó el año de 1950, cuando se celebró la fundación de aquella colonia. Entonces el profesor Pocock, antes catedrático de letras clásicas en la Universidad de Canterbury, leyó cierta conferencia ante una asociación científica, en que declaró imposible apreciar la tesis de Butler sin antes trasladarse a Trapani y considerar de cerca las condiciones naturales de aquel ambiente. En 1952 se trasladó, en efecto, al lugar discutido, y como resultado de esta visita, ha publicado recientemente una breve y sustanciosa monografía sobre *El origen siciliano de la Odisea*, además de que se propone dar a luz una obra extensa sobre los viajes de Ulises, volviendo con nuevo criterio al asunto que ya ocupó los desvelos de Victor Bérard.

La presente monografía consta de cuatro capítulos. En el primero ("Esqueria-Trapani"), se discuten comparativamente las condiciones geográficas de ambas zonas, con ayuda de fotografías, en que sobresale la de la roca en forma de nave llamada Malconsiglio. (Y recuérdese que, en la *Odisea*, el dios Posidón transformó en roca la nave de los feacios que, contra sus designios, transportó al héroe hasta su tierra natal.)

El segundo capítulo ("Trapani-Ítaca") discute la afirmación de Butler respecto a la discrepancia entre la descripción odiseana y el verdadero aspecto de las islas jónicas —Ítaca entre ellas—, rompecabezas constante de los comentaristas homéricos; y sostiene que el escenario del occidente siciliano parece haber sido aprovechado para las descripciones de Ítaca y de Esqueria, y corresponde muy aproximadamente a estas descripciones.

En el tercer capítulo ("Los desembarcos de Odiseo"), Pocock intenta identificar los principales sitios de la *Odisea* con sitios de Sicilia o a ella cercanos. La casa de Hades, la isla de Calipso, la isla de Circe, los Estrechos, etcétera.

El capítulo final ("Addenda y conclusión") provee nuevos datos para identificar Asteris con la isla de Formica, junto a Trapani; la tierra de los Cimerios y la morada de Hades, con la comarca de Ceuta; y la isla de Calipso (como lo había propuesto Bérard), con la cercana isla del Perejil.

La *Odisea* —concluye Pocock— es una narración que claramente se refiere a Sicilia y al Mediterráneo Occidental. Pero es, sin duda, un poema marítimo de alguien que conocía bien la estructura, las vértebras de aquellos parajes: rocas, islas, bahías, penínsulas y poblados. No puede, pues, ser obra de un poeta como Homero, que cuenta lo que le contaron los navegantes.

La tesis en conjunto resulta chocante y hasta inaceptable. Pero muchas observaciones de Pocock son valiosas. Verdad es que las coincidencias geográficas no permiten ninguna inferencia segura, pues eso de buscar parecidos en los más distintos rumbos a los sitios de la *Odisea* se ha vuelto ya, entre los numerosísimos homeristas, algo como un juego de sociedad que a nada conduce. Pocock no ha logrado disipar las dudas que su tesis plantea. ¿Y Nausícaa, a todo esto, supuesta poetisa de la *Odisea*? Allá sigue, en la fantasía, enamorada de Ulises, y sin esperanza.*

25-VIII-1958

* [Redactado, según el *Diario* de Reyes, en la fecha que lleva al calce (vol. 14, fol. 166); pero arreglado y alargado poco después, 9 de septiembre de 1958 (*idem & ibidem*, fol. 168), fue enviado a la ALA de Nueva York, que lo difundió: *El Imparcial*, Caracas, 15 de noviembre; *El Porvenir*, Monterrey, N. L., 23 de noviembre; *México en la Cultura*, Suplemento de *Novedades*, México, 30 de noviembre; *La Prensa*, Buenos Aires, 7 de diciembre; y traducción portuguesa en *A Tribuna*, Santos, Brasil, en la misma última fecha, p. 8.]

6

HOMERO Y HESÍODO

HOMERO y Hesíodo son los primeros poetas de la mitología. Heródoto, ya racionalista, pretende que la figura, el bautismo y las funciones de los dioses son obra de Homero y Hesíodo: brillante paradoja. Hoy sabemos bien que Grecia no comenzó en el siglo VIII, ni se fabrican de este modo las religiones. Homero es un "pensador de vanguardia"; Hesíodo, aunque posterior a él y aunque haya sido un justo, es un retardado. Cuando Homero ha concebido ya un panteón o conjunto de dioses panhelénico y superior a los feudalismos, un culto simplificado, una religión purgada de supersticiones, Hesíodo está lleno de pavor primitivo y de consejas vulgares. El claro jonio refleja el adelanto y el señorío de los griegos de Asia; el áspero labriego de Ascra, el atraso de las costumbres aldeanas que por entonces privaban todavía en la Grecia continental. Así se comprende el que Homero se atreviese siempre como un entreacto en la continuidad de las tradiciones religiosas de Grecia, y también el que los maestros de Grecia lo propongan como un ideal de cultura.

Entre las concepciones religiosas de ambos poetas media un abismo. El jonio pertenece a una sociedad principesca con la cual vive satisfecho: mundo penetrado de cielo y mar, de caballeros sin mucho arraigo popular, que desoyen ciertas tradiciones de la tierra o las consideran con una sonrisa tolerante. Su Grecia arcaica está ya muy cerca de la clásica y la supera en algo. Sus divinidades aparecen ya bien definidas y desligadas del terruño. Su panteón o conjunto de dioses es ya una entidad helénica superior a los regionalismos y encaminada a las futuras creencias oficiales, a lo que suele llamarse "el legalismo olímpico". Nos muestra una única religión de jefes y reyes, no la del pueblo. Junto a los silvestres Dióniso y Deméter, pasa de largo. Sus cultos son simplificados y abstractos, desdeñosos de circuns-

tancias menores. Calla sobre la purificación del homicida y sustituye la *vendetta* por la indemnización, la romántica por la jurídica. No entiende que se implore a los muertos, ni siquiera a los héroes (héroes, seres mitológicos, no los héroes en el sentido moderno), sino solamente a los dioses, como conviene a una religión aséptica. Ignora la mántica inspirada, que más tarde hará la celebridad de Delfos; calla sobre los grandes festivales sagrados y aun sobre la consulta de los difuntos en los verdaderos centros oraculares (pues la visita de Odiseo al otro mundo acontece en un país fabuloso que Homero llama el sombrío país de los cimerios para de algún modo llamarle). Nada dice sobre la guirnalda del oficiante o la aspersión del altar con sangre del animal sacrificado, todo lo cual parece tener a sus ojos un aire de vulgaridad infantil. Su siglo VIII, el siglo en que vive, queda escamoteado en un siglo XII algo nebuloso y etéreo, el siglo que canta y al que ha dirigido su mirada trascendental de "ciego". Pese a sus arcaísmos artificiosos y a sus involuntarios anacronismos, no nos permite reconstruir cabalmente una ni otra época, y menos figurarnos el tránsito. Los arqueólogos poco a poco han comenzado a completar aquel cuadro, hasta hoy en retazos, y cuando se acabe el desciframiento de las inscripciones cretenses, se habrá levantado el telón.

Por su parte, el áspero labriego de Ascra, el genealogista de los dioses, que enmarañó todas las leyendas para crear un sistema de mitología, está lleno de sufrimiento y de pavor primitivo. Clama contra las iniquidades y se indigna como los Profetas. Recoge candorosamente las humildes supersticiones y no retrocede ante el horror de su Génesis. En su angustia política, hasta pretende, trasladando al cielo las nuevas inquietudes sociales, que Zeus, tras la victoria contra los Titanes, sea un monarca electo. Tal vez prefiramos el Olimpo homérico, de soberanía divina. Una es la tierra, otro es el cielo. ¿Las leyes universales sujetas al voto electoral? Eso se queda para nosotros, los humanos, no para el gobierno del universo.

Ante los mitos sanguinarios y espantables de Hesíodo, no podemos menos de agradecer a Homero el haber labrado sus mitos en oro y en marfil, para alivio de la fantasía humana. Gilbert Murray emprendió hace años un examen so-

bre la depuración del mito en Homero. Sea una modesta contribución:

La Nereida Tetis echaba invariablemente al fuego a sus criaturas. Como inmortal, no soportaba la idea de concebir hijos mortales. Su esposo, el mortal Peleo, logró salvar de sus garras al indefenso niño Aquiles. De aquella funesta historia ¿qué ha quedado en Homero? Sólo estas palabras de perfecta decencia, llenas de ternura maternal, con que Tetis contesta —en mi traducción— a las imploraciones de Aquiles:

¿Te di a luz en aciaga hora, criatura mía?
¡Viérate en paz tus naves sereno gobernando,
sin que nublase el lloro tus efímeros días!
Mas tu vida es muy breve, tu sino el más nefando;
fue funesto engendrarte en casa de Peleo.*

Las colonias asiáticas en que se ha formado la mentalidad de Homero han visto nacer el racionalismo. Los colonos se reclutaron entre hombres que se sentían responsables de su propia vida y que se lanzaron, cuchillo en mano, a las islas de los litorales y a las desembocaduras de los ríos anatolios. Dueños del tráfico, prosperaron en el trato con las tribus interiores y con el mar. Olvidaron las tradiciones caseras, se crearon una nueva existencia. La solemnidad supersticiosa de los asiáticos no les infundió el menor respeto. Abrieron los ojos al mundo, con sorna y con audacia. La Grecia materna, entretanto, continuaba las rutinas de los abuelos, y cuando aparece en la historia, tiene el aire de una graciosa provinciana y trae los cultos trasnochados. Homero refleja y traduce la "modernidad" del griego asiático. Supieron muy bien lo que hacían los maestros griegos, cuando convirtieron los Poemas Homéricos en textos escolares. Hubieran querido levantar de una vez la imaginación del pueblo heleno a la altura alcanzada por una sola de sus familias, la familia jonia.**

* *Ilíada*, 413-417. [En el presente volumen, p. 110.]

** [De acuerdo con la "Noticia bibliográfica", "El [presente] núm. 6 apareció en *Vida Universitaria* de Monterrey (11-III-1959)"; pero examinada la colección de esa revista aparece realmente el 18 del mismo mes y año. El error puede achacarse a errata de imprenta. Por otra parte, el boletín de la *Biblioteca Alfonsina*, de abril de 1959, Nº 4, p. 13, lo registra correctamente publicado en *Vida Universitaria* el 18 de marzo de 1959. Reyes no le puso fecha al calce ni se refiere a este trabajo en su *Diario*; con todo, puede fecharse sin mucho riesgo en 1959, año de su publicación. Sobre Hesíodo, véanse en estas *Obras Completas*, vol. XVII, pp. 265-268, y vol. XVIII, pp. 36-59, 170 y 172.]

7

EL ASOMBRO DE DELFOS*

LOS VERDADEROS gobernantes de Grecia fueron los sacerdotes oraculares de Apolo. ¿Por qué los historiadores han sido tan ciegos o tan ingratos que nunca lo reconocieron así de un modo explícito y contundente? ¿Acaso porque el mito, la palabra "Apolo", disimuló siempre a sus ojos la realidad íntima y verdaderamente portentosa del fenómeno? Cada vez que se mienta a Apolo como a un agente de la vida de Grecia debe entenderse "Delfos", debe entenderse "los sacerdotes de Apolo". Estos gobernantes ocultos orientaron generalmente su acción hacia un armonioso panhelenismo en las cosas internas, y en lo exterior, hacia la salvaguarda, el fomento y los mejores intereses del helenismo.**

Reléase la historia griega llevando ya esta noción en la mente, y a cada paso se encontrarán comprobaciones de tal verdad, hasta hoy inconscientemente escamoteada o disimulada, y aun acaso se entenderá mejor aquella historia.

Se sabe, por ejemplo, que la onda epiléptica y orgiástica de la religión dionisiaca, en el aspecto primitivo, el más delirante y salvaje de sus cultos, cayó sobre Grecia como marejada, cuando Grecia se disponía a ingresar en la historia y a salir de la penumbra anterior. Se sabe que esa marejada pudo ahogar a Grecia y que, por suerte, Apolo do-

*[Con la misma fecha que aparece al pie (1-III-1959), se lee en el *Diario* de Reyes: "Por consejo de [José] Gaos, que se impresionó con mi teoría, escribí anoche y copié hoy (para ALA, para LA AFICIÓN DE GRECIA) y para capitulito de mi RELIGIÓN GRIEGA, EL ASOMBRO DE DELFOS" (vol. 15, fol. 17). Aunque en el boletín de la *Biblioteca Alfonsina*, de junio-julio de 1959, Nº 6-7, p. 5, se da como colaboración enviada a la ALA de Nueva York, en el mes de abril, un artículo titulado "El nombre de Delfos", creemos que se trata precisamente de la presente pieza, pues con ese título se publica de inmediato en *El Porvenir*, Monterrey, N. L., 17 de mayo; *México en la Cultura*, Suplemento de *Novedades*, México, 20 de mayo; *La Prensa*, Buenos Aires, 31 de mayo; *El Tiempo*, Bogotá, 7 de junio; y *O Primeiro de Janeiro*, Río de Janeiro, 4 de julio, traducción portuguesa esta última.]

** Insisto sobre el tema de la nota "Delfos" en *Las burlas veras*, 1er ciento, 1957, [p. 26, página fechada en julio de 1954, que más adelante Reyes incorpora en el texto íntegramente.]

mesticó a Dióniso, reduciéndolo a la función de un asociado suyo, dándole un templo en su vecindad como para mejor halagarlo y vigilarlo, y derivando y encauzando sus desordenados apetitos hacia la función artística del Drama, es decir, convirtiéndolo en Dios del Teatro.

En otras palabras, y para decirlo en romance llano, se repite que Apolo "metió a Grecia en cintura", que Apolo se hizo intérprete de la general necesidad del orden, la ley, la paz social y política, y así fue como la armonía humana vino a descansar en la voluntad divina. Predicó el *medén agan*, "nada en exceso", la norma de la prudencia griega. Predicó el *gnóthi seautón*, "conócete a ti mismo", la norma de la conciencia griega. Y todavía tuvo el acierto de no perder su fuerza en minucias y pequeñeces rituales de poco momento, sino que se aplicó a los verdaderos principios de la humana conducta. Fue, por antonomasia, "el purificador", y aun dio el ejemplo purificándose a sí mismo por la muerte de la serpiente Pitón, aunque se tratara de un monstruo. Arrancó el aguijón a Dióniso, y a él y a sus Ménades logró morigerarlos al punto que les dejaba la guarda y cuidado de Delfos durante nueve meses, mientras él se trasladaba de veraneo a la sagrada isla de Delos, para sólo volver a su recinto principal durante los meses invernales. Sí, bien está; pero ¿lo hizo Apolo? No: lo hicieron sus sacerdotes y Pitonisas, los legítimos civilizadores de Grecia, los creadores de la Grecia griega, que a ellos debe su fisonomía deslumbrante. Por eso escribíamos alguna vez:

> El Oráculo de Delfos, a través de sus consejos y sus consultas, gobernó la vida de Grecia y la vida personal de los griegos. En mil actos públicos o privados se acudía a solicitar los avisos de Apolo, que así modeló moral y socialmente los negocios, los matrimonios, la legislación, los castigos, los arreglos políticos, las expediciones colonizadoras. Cuanto partía de la iniciativa humana pasaba por el cedazo de Delfos o de otros oráculos semejantes. El que los sacerdotes, videntes e intérpretes de las palabras oraculares, se hayan limitado estrictamente a cumplir con su encargo místico, apartándose para dar paso a las manifestaciones divinas, borrándose prácticamente de la Historia y entregando la responsabilidad al dios y al ejecutor de sus mandamientos, sin pretender nunca mostrarse ni ostentarse vanidosamente, con perfecto olvido de sí mismos, aun siendo los

depositarios (casi diremos los confesores) en todos los secretos de los ciudadanos y los gobernantes, es la mejor prueba de su prudencia (acaso no igualada en la Historia, pues "abarse" es cosa difícil), y también es prueba de su inmensa fe, de la perfecta sinceridad religiosa con que cumplían su sacerdocio. "Eminencias Grises" de intachable pureza, ni sus nombres nos han dejado: desaparecen en el halo del Dios.*

Tan inteligente humildad por parte de los sacerdotes oraculares muestra, de un modo palmario, que ellos de veras se sentían inspirados por el Dios de las Purificaciones, el cual venía a resumir en sí un ideal, una concepción ética sobre la misión de su ministerio en el mundo. Pues, contra lo que piense el escepticismo a lo siglo XVIII, ni la gente es tan boba, ni jamás un club de embaucadores hubiera podido sostener con tamaña perfección una actitud tan bien intencionada, tan firme y tan persistente. Y hay algo más: se descubre aquí que los sacerdotes oraculares supieron aprovechar la experiencia y la lección de los pitagóricos. Esta secta altiva y orgullosa intentó que el pueblo se redujese a la razón y a la inteligencia, es cierto. Su intento no pudo prosperar y aun se pagó trágicamente por lo mismo que aquella aristocracia intelectual se ostentó demasiado (ostentó hasta su organización secreta), al punto de adorarse a sí propia y dar a los demás el bien social como de limosna, lo que al fin no pudo tolerarse, entre indignaciones justas e injustas —pues de todo hubo.

Cuando sinceramente nos interrogamos sobre las fuerzas operantes de la civilización griega —es decir, de la civilización occidental que todavía disfrutamos—, debemos pensar, desde luego, en Delfos como en una agencia orientadora y modeladora, entendiendo por "Delfos" todo el espíritu y la obra de los oráculos que difundieron la purificación y el consejo. Debemos pensar, además —y aquí parece oportuno recordarlo—, en la índole de aquel pueblo que varias veces, reduciéndolo a su más simple expresión, nos hemos atrevido a llamar *la insolencia jonia*. Así hemos calificado el denuedo con que los primeros helenos se enfrentaron a las supersticiones y solemnidades del Oriente; el valor con que desenmascararon el fraude triste y reacio de los mitos

* [*Las burlas veras*, primer ciento. México, Tezontle, 1957, núm. 10, p. 26.]

bajo los cuales se escondía la barbarie; la juvenil y racional desfachatez con que se burlaron —aunque a trueque de algunas picardías, "tipo Autólico y Odiseo"— de las tiránicas mentiras que, como Esfinges, obstruían la entrada del camino real para nuestra jornada humana.

"Los griegos no sois más que unos niños", exclamó un día el ponderoso egipcio, a modo de venganza. Pero esos niños crearon la ciencia adulta y abrieron la era de la cultura fundada, en la cabeza y en la mano del hombre, de la curiosidad espiritual llevada al extremo heroico y de la confianza en el pulgar oponible. Ya no es más el "Dios nos ayude", sino, ahora, el "ayúdate y Yo te ayudaré".

Pues, bien mirado, algo semejante acontecía cuando se solicitaban los auxilios sobrenaturales de Apolo. Porque Apolo, sus sacerdotes, no daban el bien ya hecho como un milagro o presente, sino que encaminaban al hombre hacia la conquista del bien; dejaban al hombre lo que es del hombre. Y, además, proponían sus consejos envueltos en esos seductores enigmas que incitan a pensar, a investigar aun por nuestra cuenta, y no convidaban a cruzarse de brazos esperando que nos caiga encima, automáticamente, la bendición del cielo. De suerte que el humoso balbuceo de la Pitonisa cobraba, medio traducido, medio enmarañado, tentador y como en desafío de adivinanza, un alcance trascendental.

Delfos y la insolencia jonia: dos claves para el entendimiento de Grecia y del Occidente. Estos granos de oro se nos han quedado en las cernederas, tras de colar por algunos años el Pactolo de la sabiduría clásica.



8

LA ILÍADA*

I

LA ILÍADA y la *Odisea* se consideran como las principales obras de Homero, aquélla un poco anterior a ésta. Algunos las tuvieron por obras de dos diferentes autores; otros, por obras colectivas que recogen composiciones de varios poetas. La personalidad de Homero es vaga y escurridiza, no hay datos suficientes sobre su persona; y las evidencias interiores de los poemas, sin duda a causa de las interpolaciones sufridas por los viejos textos, nos remiten a épocas distintas. Según los mejores testimonios y las inferencias más prudentes, Homero es uno —a pesar de las corrupciones o adulteraciones de los poemas—, se lo puede situar en los años de 700 a. c. Probable nativo de Quíos, es autor sucesivamente de las dos grandes epopeyas, pero no de los treinta y tres llamados *Himnos Homéricos* o de los *Epigramas Homéricos*, ni del perdido poema burlesco *Margites* que aun le atribuía Aristóteles y cuyo héroe cómico "sabía muchas cosas pero todas las sabía mal", ni de la *Batrachomyomachia* o *Batalla de las ranas y los ratones*, que anuncia e inspira de muy lejos la *Gatomaquia* del moderno Lope de Vega.

Punto de partida para los orígenes conocidos de la literatura occidental —lo anterior se deshace en varias conjeturas y frases alusivas— tanto la lengua como la métrica, reducida a hexámetros, el contenido arqueológico y la estética

*[Publicado como prólogo a *La Ilíada*. México, Porrúa Hnos., 1960 (Colección "Sepan Cuentos...", 2), pp. IX-XXXIV, con fecha de "Octubre de 1959". En el *Diario* de Reyes hay numerosos apuntes sobre el encargo, elaboración y corrección de este prólogo, por ejemplo el primero: "Felipe Teixidor me trae una edición de una colección popular Porrúa del *Periquillo* y me pide textos de *Odisea* e *Ilíada* con prologuitos míos ([el de Luis] Segalá [y Estalella] retocado por Ma. [Rosa] Lida)"; 21 de julio de 1959 (vol. 15, fol. 47). "Hoy acabé prólogo para la *Ilíada* popular de Porrúa", se lee el 18 de octubre de 1959 (vol. 15, fol. 69). Se ocupó de este asunto hasta el 21 de diciembre, pocos días antes de su muerte, 27 de diciembre de 1959.]

de Homero acusan una elaboración ya muy refinada, fruto de largas evoluciones anteriores, y en modo alguno corresponden al candor primitivo que los críticos de antaño creían encontrar en estos poemas. Ellos son un comienzo para lo que hoy leemos y conocemos sobre los orígenes helénicos; pero representan más bien el remate de una cultura literaria, aunque luego darán lugar todavía a algunas imitaciones.

La lengua de Homero es una lengua poética, artificial, que no se habló nunca, y está construida con la mezcla de varios dialectos griegos, sobre la base del jónico y el eólico predominantes. Algunos quieren explicarlo sugiriendo que la diferenciación de estos dialectos aún no era tan marcada en aquella época como llegó a serlo en la Grecia histórica. Otros quieren explicarlo arguyendo que tal vez los poemas —compuestos en todo caso por las islas o litorales de la Grecia asiática— se destinaban a una población muy mezclada. Se ha dicho de esta lengua que, como Atenea en el desembarco de Ítaca, tiene la apariencia de un pastorcillo que fuera hijo de reyes, por cuanto su acre dureza deja adivinar muchos siglos de sabiduría.

Aunque ya existía la escritura, a manera de guía mnemónica, los poemas eran aprendidos de memoria por los rapsodas o recitadores que se educaban a este fin en colegios especiales, y sin duda añadían versos por su cuenta para halagar a los príncipes en cuyas cortes se iban deteniendo a fin de divertir a los señores. Así se ganaban la vida. Si los juglares de la Edad Media recitaban para el pueblo y ante el pueblo en las rutas de los peregrinos que iban a los grandes santuarios, los rapsodas homéricos recitaban para los magnates y capitanes, en las salas de los monarcas. El estilo de las epopeyas antiguas y el de las medievales deja sentir naturalmente la diferencia de los auditorios respectivos a que se destinan.

La *Ilíada* es más rigurosa y rectilínea en su composición y corresponde mejor a una saga épica. La *Odisea*, más elástica, combina en vaivén cuentos, tradiciones, relatos folklóricos y posee ya un carácter en cierto modo novelístico. La primera se refiere a la lucha de los pueblos aqueos —Grecia continental y parte de la insular— contra los teucros o

troyanos que poseían la entrada de los Estrechos y, al margen del Helesponto (ribera asiática), habían levantado ya varias ciudades de Ilión o Troya de que la sexta corresponde a la epopeya homérica. Los teucros contaban con numerosos aliados entre los pueblos vecinos. El asedio de Troya por los aqueos dura diez años, y la *Ilíada* sólo nos presenta un breve fragmento de este largo periodo. La *Odisea*, por su parte, es uno de los muchos *nostoi* o poemas de los retornos, y nos cuenta el regreso de Odiseo o Ulises —uno de los héroes de la *Ilíada*— a la tierra de Ítaca, de que es monarca, después de la guerra troyana. Este regreso dura otros diez años, y Penélope, la fiel esposa de Odiseo, lo espera a lo largo de esos veinte años de ausencia, asediada de pretendientes que, dando por muerto a Odiseo, quieren apoderarse de su reino, y cuya impaciencia ella logra detener con algún recurso ingenioso.

Hay que penetrarse de que Homero es un poeta "arqueológico". Pinta un pasado que lo precede en unos cuatro siglos, y la *Ilíada* es, con respecto a la guerra troyana que nos describe, lo que sería hoy un poema sobre Cortés y la conquista de México. Aun pueden rastrearse en la *Ilíada* algunos leves anacronismos. Por supuesto, los posibles rasgos históricos se enredan con los imaginarios. Así pues, cuando se dice "la época homérica", hay que distinguir bien la época en que vivió el poeta y compuso su poema, de la época a que tal poema se refiere. La crítica generalmente usa el término en este segundo sentido, puesto que se aplica sobre todo al poema sobre la guerra troyana, mucho más que a la incierta vida de Homero.

Pues bien, la época homérica en este segundo sentido —la que pinta Homero— nos ofrece el espectáculo de una sociedad de tipo "feudal": cada príncipe o barón (*basileús*) posee un Estado y una corte de vasallos propios, a los que gobierna a través de un consejo de ancianos o personas mayores, y ocasionalmente mediante una asamblea de hombres libres, de acuerdo con ciertas tradiciones, leyes no escritas, cierta jurisprudencia oral de anteriores juicios (*thémistes*), cuya preservación depende de su autoridad y su cuidado.

No puede decirse que haya un gobierno central, y la su-

premacía de Agamemnón sobre los demás príncipes en la *Ilíada* acaso es una reminiscencia de la época en que existía tal gobierno, algo como un Imperio en pequeña escala. Pero Agamemnón sólo es amo de los ejércitos aqueos para el objeto de la guerra y por voluntad de los diferentes príncipes que lo han aceptado como general en jefe. Ninguno ha abdicado de su respectiva soberanía. Así se explica el pasajero "aislacionismo" de Aquiles, que nadie pudo reprocharle como una traición. Además, las ideas de entonces no correspondían exactamente a las nuestras.

La cultura de la época es una cultura de transición y revela el paso del bronce al hierro. El hierro es ya bien conocido, pero se lo usa de preferencia para labores agrícolas y aún no se ha descubierto el arte de templarlo. Hay instrumentos de hierro, pero sólo en las más rudas formas: hachas, azadones; excepcionalmente, las flechas de Pándaro. En cambio, lanzas y espadas, que requieren filo o puntas agudas, son de bronce.

En otros aspectos sociales, se notan mezclas de lo nuevo y lo viejo: la compra de la novia y el sistema de la novia con dote matrimonial coexisten todavía, como dicen que aún se ve en los campos de Albania.

Homero siente ya que en la raza humana ha comenzado la decadencia. Los hombres no valen ya lo que valían sus predecesores. La influencia cretense empieza también a menguar, y la arqueología no corresponde ya exactamente a la llamada era micénica.

II

Para mejor entender la *Ilíada*, es indispensable recordar los antecedentes de la saga troyana y aun los sucesos que han de acontecer después del poema de acuerdo con la tradición. La *Ilíada* sólo nos da luz sobre un pequeño instante sublime en este inmenso cortejo de episodios legendarios. Pero ¿qué pasó antes y después? He aquí los antecedentes de la guerra, según los entendía la imaginación de los griegos:

Los poetas posthoméricos, autores de los llamados *Poemas Cíclicos*, compusieron una serie de epopeyas que completan y enlazan el asunto de la *Ilíada* y el de la *Odisea*, para con-

tarnos en su integridad la saga o leyenda troyana, que entonces hacía veces de historia. Aunque los *Poemas Cíclicos* se han perdido en su mayoría, con los fargmentos que nos quedan y con lo que espigamos aquí y allá en el resto de la literatura greco-romana podemos reconstruir tal leyenda, legado de la Edad Heroica anterior a la historia escrita.

Dárdano, hijo de Zeus —el dios máximo— y de la Pléyade Electra, fundó una colonia que llevó su nombre, Dardania, en la Tróada, región noroccidental del Asia Menor, bañada al norte por el Helesponto y al oeste por el Mar Egeo. Su nieto fue Tros, de quien los troyanos derivaron su patronímico. Tuvo tres hijos: Ilo, Asáraco y Ganimedes. Este último, por orden de Zeus, fue transportado al Olimpo a garras de un águila para servir de escanciano en las comidas de los dioses. A cambio de Ganimedes, Zeus obsequió a Tros unas famosísimas yeguas. De Ilo y de Asáraco proceden dos ramas rivales. De Ilo, en sucesivas generaciones, vienen Laomedonte, Príamo —viejo rey de Troya en la *Ilíada*— y los hijos de éste, singularmente Héctor, jefe de las armas troyanas, y Paris, a quien tanto debe la poesía, pues sin sus desmanes no hubieran existido los Poemas Homéricos. De Asáraco provienen sucesivamente Capis, Anquises y Eneas, guerrero que ya también figura en la *Ilíada.* Ilo fundó la ciudad de Ilión, "la ventosa Ilión", que no en vano queda a la orilla del Helesponto. De suerte que "troyanos" e "ilianos" vienen de dos antecesores de la real familia de Tróada. Homero usa indistintamente *Ílios* y *Troíee.* La forma neutra *Ílion* sólo una vez ocurre en Homero, pero luego se volvió usual. Los poetas romanos preferían decir "Troya", porque *Ilium* no acomoda bien en sus versos o hexámetros dactílicos. Homero llama "dardanios" a los descendientes de Asáraco, la rama menor, la rama de los pretendientes derrotados. Junto a ellos, Homero llama a los de la rama reinante, indistintamente, "teucros" o troyanos. (Teucro fue un rey del Helesponto con cuya hija Batiea o Arisbe se casó Dárdano, si bien en la *Ilíada* figura un guerrero llamado casualmente "Teucro", que es enemigo de los teucros.) Y a los occidentales sitiadores de Troya les llama de varios modos: "aqueos" —Acaya fue una región griega, y también el nombre de toda Grecia—; "argivos" —Argos

y Argólide, también regiones griegas o Grecia en general—; "dánaos", por Dánao, antecesor mítico relacionado con la leyenda de la Argos Micénica. Naturalmente, junto a los rivales por excelencia —digamos aqueos y troyanos—, Homero no olvida a los "aliados" de Troya, pueblos asiáticos de distinto origen y lengua y que se enumeran sumariamente en la rapsodia II. Adviértase que la palabra "griegos" es de difusión posthomérica. Homero habla una sola vez de los "panhelenos", término más antiguo, y sólo llama "helenos" a los de la tierra de Aquiles, la Argos Pelásgica.

Pero volvamos a la leyenda. Bajo Laomedonte, con ayuda de los dioses olímpicos Posidón y Apolo a quienes Zeus impuso por castigo (pues los dioses, al principio, eran algo desobedientes) el servir como maestros de obras a las órdenes de un mortal—, se alzaron los muros de Troya. Acabada la obra, Laomedonte se negó a pagarles el trabajo (pues los "héroes" o semidioses solían ser muy altivos y caprichosos). En venganza, Posidón envió un monstruo marítimo para desolar y diezmar la población. Sólo se aplacaría su furia si el rey le entregaba a su hija Hesíone. Laomedonte ofreció como recompensa, al que acabara con ese monstruo, las yeguas que Zeus le había obsequiado. Nadie se atrevía, y ya Laomedonte se preparaba a hacer entrega de su hija Hesíone, cuando apareció Héracles —el héroe providencial y justiciero que acabaría por ser recibido como dios olímpico— quien dio muerte al monstruo y puso fin a las calamidades.

Pero Laomedonte, siempre pérfido, no quiso pagar a Héracles la recompensa ofrecida, la famosa caballada de Zeus. Y Héracles, después de esperar en vano algún tiempo, volvió a Troya, saqueó la ciudad —primer saqueo troyano, antecedente del que Homero nos cuenta—, dio muerte a Laomedonte y a la mayoría de su familia, y casó a Hesíone con Telamón, el más bravo de sus tenientes.

Príamo, hijo de Laomedonte, pudo salvarse, heredó el trono y se casó con Hécabe o Hécuba. De ella y de sus concubinas tuvo doce hijas y cincuenta hijos. Entre sus hijos, los más eminentes, amén de los ya mencionados Héctor y Paris o Alejandro, son Deífobo, Héleno, Troilo, Polites y Polidoro; entre las hijas hay que recordar sobre todo a Laó-

dice, la más hermosa, Políxena —a quien leyendas posthoméricas atribuyen amores con el jefe enemigo Aquiles— y Casandra, la profetisa cuyas profecías nadie quiso escuchar. Pues tal castigo le impuso Apolo, el amo de los profetas, porque ella rechazó sus importunidades y galanteos, y Apolo, abiéndole antes concedido el dón de la adivinación, no podía ya arrebatárselo.

Los adivinos, en vísperas del nacimiento de Paris, anunciaron que el hijo por nacer causaría la destrucción de Troya. Y cuando éste vino al mundo, quedó expuesto o abandonado en el Monte Ida, con la idea de dejarlo morir. (La exposición de infante fue durante siglos un horrendo crimen muy frecuente.) Unos pastores recogieron a Paris, llamado también Alejandro, y más tarde sus padres Príamo y Hécuba de nuevo lo recibieron en su hogar. Paris se desposó con Enone y tuvo de ella un hijo, Corito.

Entretanto que así se multiplicaba la prole de Príamo, Zeus había decretado la Guerra Troyana, para aliviar la sobrepoblación del mundo: eco poético y mítico de la crisis efectiva que, haciendo insuficiente el antiguo sistema de la agricultura patriarcal, lanzó a los precursores de los helenos a fundar colonias en las islas egeas y el Asia Menor, disputando el suelo a los nativos, de lo cuál en cierto modo es eco la *Ilíada*.

Para provocar esta guerra, Zeus se valió de un medio singular. Hizo celebrar en Tesalia —Grecia del norte— las bodas del rey Peleo con la Nereida Tetis, ninfa marina. Pero a la boda concurrió una persona no invitada: Eris, la Discordia. Digamos de paso que tal matrimonio fue una medida precautoria contra la posibilidad de que la codiciada Tetis —a quien mucho tiempo cortejaron Zeus y Posidón— diera a luz un ser más poderoso que todas las deidades, si llegaba a unirse con un dios. Así lo tenía decretado el destino, pero sólo Temis y su hijo Prometeo —casta de los viejos Titanes anteriores a los Dioses Olímpicos— sabían que la diosa en cuestión era Tetis, y tardaron siglos en revelar el secreto. (Pues ya se sabe que, por "relatividad einsteiniana" el tiempo entre los Inmortales se cuenta por miles de años.)

Agraviada, pues, Eris, porque no se la contó entre los

comensales, trajo consigo a la ceremonia nupcial una manzana con una inscripción que decía: "Para la más hermosa." Y la lanzó en mitad del festejo. Al instante tres diosas quisieron disputarse aquel verdadero premio de belleza: Hera (esposa legítima de Zeus), Atenea y Afrodita. Escogieron por árbitro a cierto joven pastor del Ida que apacentaba sus novillos al son de la flauta frigia y que era precisamente Paris-Alejandro, aún no recogido en el hogar de sus padres. Atenea, para sobornarlo, le ofreció victorias guerreras; Hera, mando e imperio sobre los pueblos; y Afrodita le prometió entregarle a la mujer más bella del mundo: tema folklórico, de sabiduría popular, sobre cuál sea el bien más deseable, como lo encontramos en un pasaje de la Biblia (*Reyes*), donde se prueba la prudencia del rey Salomón.

Pues bien, la mujer más bella del mundo era Helena, una hija de Zeus y de Némesis —espíritu de la venganza—, según antigua versión, y según versión posterior y más difundida, hija de Zeus, transformado en cisne, y de Leda, la mujer del rey Tíndaro. Paris concedió la manzana a Afrodita, con lo cual atrajo por lo pronto la inquina de Hera y de Atenea contra su patria, Troya.

Paris obtuvo el pago prometido en Esparta —la Esparta arcaica y anterior a los lacedemonios— donde fue hospitalariamente recibido en el palacio del rey Menelao, esposo de Helena. Durante una ausencia de Menelao, quien tuvo que ir a Creta, Paris enamoró a Helena y la persuadió de que escapara con él a Troya. Menelao, guerrero un poco tosco y jefe de pueblos todavía algo atrasados, mal podía competir a ojos de Helena con el refinado y gracioso príncipe troyano, que era además famoso arquero, capaz de alcanzar en el aire una flecha con otra, y que tenía el encanto de lo lejano y de lo exótico.

Helena, además, es desde muy pronto víctima de un destino amoroso. Aún niña, había sido raptada por Teseo, el héroe ateniense, y recuperada por sus hermanos los gemelos Cástor y Polideuces (Pólux). Como muchos príncipes la codiciaban, Odiseo hizo convenir a todos en que ella debía escoger libremente a su futuro esposo, y todos sus antiguos pretendientes no sólo respetarían la decisión de Helena, sino

que se juntarían para defender a su esposo contra todo rival extraño.

Se comprende pues que el rapto de Helena traería terribles consecuencias. Por lo pronto, Menelao y Odiseo se presentaron en Troya para solicitar la devolución de la princesa. Los recibió hospitaliriamente Antenor, cuñado del rey Príamo, pero su misión no tuvo éxito, y ya no quedaba más recurso que la guerra.

III

Llegamos, pues, a la Guerra Troyana, inmensa galería de que la *Ilíada* sólo nos presenta un pasaje, destacándolo del conjunto y como si lo pusiera en la platina del microscopio. Conozcamos los hechos que inmediatamente precedieron a esta guerra inolvidable.

Agamemnón, hermano mayor de Menelao, gozaba de inmensa supremacía sobre varios reinos e islas. Hizo propio el agravio de Menelao y, en cumplimiento del pacto de Odiseo, convocó a los demás reyes y caudillos de Grecia y las tierras helénicas para rescatar a Helena. Entre los antiguos pretendientes de ésta, figura Idomeneo, hijo de Deucalión y nieto de Minos, a quien ya vemos combatir en la *Ilíada* al lado de los aqueos.

Los príncipes aqueos aceptaron el mando supremo de Agamemnón. Curioso es advertir que Odiseo, aunque creador del pacto, se hacía el loco para no concurrir a la guerra, por no abandonar a Telémaco, su hijo recién nacido. Pero, descubierto el subterfugio por Palamedes —su rival en astucia— tuvo que cumplir su compromiso. Odiseo se vengaría más tarde haciendo aparecer a Palamedes como un traidor sobornado por el rey Príamo, y los soldados aqueos dilapidaron a Palamedes. Odiseo, a su vez —duplicación de la fábula— descubrió e hizo cumplir el pacto a Aquiles. Éste también quería huir de la guerra disfrazado de mujer entre las hijas de Licomedes, rey de Esciro, en una de las cuales, Deidamia, engendró de paso a Neoptólemo. Aquiles sabía, por el vaticinio de su madre Tetis, que el intervenir en la Guerra Troyana acarrearía irremediablemente su muerte. (Tetis, inmortal, aparece siempre angustiada por haber dado a luz un hijo mortal.) De igual modo

el adivino Anfiarao (héroe de la saga tebana, anterior a la troyana) quiso inútilmente ocultarse para no concurrir al asedio de Tebas, por saber que esto le costaría la vida.

Una vez convencidos ya los renuentes y concertados todos los jefes aqueos que habían de concurrir a la expedición contra los troyanos, hubo que tomar decisiones administrativas de trascendencia, pues no había entonces ejércitos profesionales, sino que los ciudadanos en masa hacían la guerra; y no los conducía ningún estratega o general que sólo tuviera ese oficio —como sucedería más tarde—, sino que eran capitaneados por el propio monarca, o si éste era ya muy viejo —caso de Peleo y Aquiles, caso de Príamo y Héctor— por su hijo. Importaba, pues, organizar el interinato y sustituir en lo posible las funciones de los que habían de ausentarse.

También la movilización tuvo que ser discutida largamente. Y desde luego, hubo que escoger el sitio para la concentración de los contingentes y las flotas. Algunos comentaristas se empeñan en demostrar que tal concentración se llevó a cabo en la isla de Lemnos, frente a Ilión y sólo separada de la costa troyana por la isla de Ténedos. Pero los prácticos saben que la concentración, las maniobras previas y la preparación general se cumplen con mayor libertad y desembarazo desde un poco más lejos. Además, la *Ilíada* es terminante y nos dice que las flotas se reunieron en Áulide, sobre la costa beocia, frente a la Calcis Euboica, al nordeste de Grecia. De todos los puertos aqueos, era éste el mejor provisto y contaba con la vecindad de las fértiles llanuras beocias y los pastos de Eubea. Calcis será más tarde, con Candía (la antigua Creta) el mercado donde han de ir a proveerse las flotas venecianas, y luego las turcas. En el fondo de la ancha bahía hay una fuente donde hicieron aguada los barcos de Agamemnón.

La movilización no hubiera podido llevarse a cabo en un solo día para cada país, ni al mismo tiempo para todos los distintos reinos aqueos. Los aliados iban llegando por grupos sucesivos, y el Rey de Reyes, Agamemnón, debió esperar varios meses a que se le juntaran todos los contingentes lejanos o retardatarios. En comparación con la vida actual, aquellos viajes que duraban meses y años nos parecen

exageraciones poéticas. Y lo son sin duda hasta cierto punto, pero en menor grado de lo que hoy suponemos. Todo iba entonces despacio, y todos los plazos se medían según la locomoción humana. La navegación de la época, a vela y a remo, se suspendía por invierno, la estación muerta. Y esto se aplica aun a los tiempos clásicos, posteriores a la Guerra Troyana. Alcibíades, cuando embarca para su fatal expedición a Sicilia, advierte a sus compatriotas que no esperen noticias suyas antes de cuatro meses. El viaje de isla en isla y de rada en rada era relativamente rápido durante el buen tiempo: pudo llegarse en cinco días desde Creta al Nilo (*Odisea*, XIV). Pero con el mal tiempo, no quedaba más que esperar e ir consumiendo con suma prudencia las provisiones; y cuando sobrevenía una de aquellas calmas inacabables, entregarse en medio de las aguas a la voluntad de los dioses. Odiseo se queda un mes en la isla de Éolo, otro en la del Sol, donde sus compañeros acaban por matar las vacas sagradas; y Menelao y los suyos se ven veinte días varados en Faros, y hubieran perecido de hambre sin la ayuda providencial de Proteo. Cuando, siglos después, San Pablo embarcó rumbo a Roma, la nave fue arrojada sobre la costa cretense. Era el fin del otoño, y San Pablo, entendido en viajes, proponía que permanecieran allí todo el invierno. Fue desoído, y catorce días después la nave chocó en la costa de Malta. Pablo debió esperar allí los tres meses de invierno, y al fin embarcó en otra nave que lo llevó hasta Siracusa. Tras un reposo de tres días, siguió camino de Regio y Puzol, donde la comunidad cristiana lo retuvo durante siete días. Por último, le fue dable llegar a Roma. Pues no sería menos entretenido y azaroso —explica Murray— el viaje de un héroe homérico, aumentados aún los obstáculos por lo atrasado de aquellos siglos. Los viajes eran cosa incierta. Heródoto nos cuenta una historia digna de la *Odisea*: —Es el caso que ciertos samios pensaron trasladarse a Egipto y fueron arrastrados por el viento hasta las columnas de Hércules, de donde irían a descubrir la tierra de Tartesos (IV, 151–4).

Todo lo anterior, el tiempo que se perdió en la embajada pacífica de Menelao y Odiseo y los episodios que recordaremos a continuación, explica que, aunque los dioses habían

decretado ya la ruina de Troya, la expedición se retardara de suerte que entre el rapto de Helena y el ataque a Troya transcurrieran diez años.

Ya reunidos los expedicionarios en Áulide, hubo que disponer lenta y cuidadosamente la base de aprovisionamientos. Y cuando ya los aqueos se disponían a zarpar, todavía los retarda una de aquellas temidas calmas que parecen intencionadas y malévolas. El mito la interpreta como una manifestación de la cólera divina. Y aquí aparece la fábula de Ifigenia, que se encuentra en uno de los *Poemas Cíclicos*, la *Cipríada*, que es posterior a Homero y que luego aprovechó el teatro ateniense.

Según esta fábula, Agamemnón, en una cacería, dio muerte a una cierva dentro del coto sagrado de la diosa Ártemis. Según versión anterior que luego concluyó en la versión definitiva, Ártemis se sentía agraviada porque Agememnón no satisfacía el voto, hecho anteriormente, de entregarle en sacrificio a la más bella criatura nacida en su reino durante el año. En todo caso, la diosa atajó el curso de los vientos y exigió de Agamemnón el inmediato cumplimiento de su promesa. La más bella criatura del año resultó ser nada menos que la princesa Ifigenia, hija de Agamemnón, cuya resistencia es comprensible. Homero no menciona todavía esta leyenda, y aun considera a Ifigenia viva durante la Guerra Troyana, si 'Ifigenia' es la 'Ifianasa' mencionada en la *Ilíada*. Homero, en efecto, dice que Agamemnón, para contentar a Aquiles reñido con él desde el comienzo del poema, le ofrece en matrimonio a cualquiera de sus tres hijas: Crisótemis, Laódice o Ifianasa. Más tarde, los trágicos llaman a estas tres princesas Crisótemis, Electra e Ifigenia.

Para aplacar, pues, a la diosa Ártemis, según la fábula que sólo aparece después de Homero como hemos dicho, se convino en sacrificar a Ifigenia y se la hizo venir de Argos a Áulide con pretexto de desposarla con Aquiles (que ignoraba este embuste). Cuando se descargó sobre el cuello de Ifigenia el hacha del sacrificio, Ártemis la "escamoteó" o sustrajo prontamente, puso en su lugar a una cierva, y a Ifigenia y la transportó milagrosamente hasta un santuario que tenía en Táuride (Crimea), norte del Ponto Euxino o Mar Negro, para hacerla su sacerdotisa. Este asunto dará

argumento a la tragedia de Eurípides llamada *Ifigenia en Áulide*. La cruel historia pudo predisponer a la esposa de Agamemnón y madre de Ifigenia, Clitemnestra, quien, ayudada más tarde por el despechado Egisto, preparó la celada en que ha de caer Agamemnón cuando vuelva de Troya. El caso recuerda el mito de Atamas y Frixo, en Orcomenos, y también ha sido comparado al de Abraham e Isaac, y aun se pretende que pudo haber una transmisión directa de la historia; pues se sabe por el profeta Oseas que, a principios del siglo VIII a. C., los fenicios vendían a los jonios —griegos del Asia Menor— prisioneros judíos.

Las flotas se hacen a la vela. Y aquí sobreviene otro lamentable incidente. Los navíos llegan a la isla de Lemnos, merodean por Lesbos y entran a la Tróada por la región de Crisa. Consta, en efecto, que desde muy pronto los aqueos venden prisioneros troyanos al rey de Lemnos, Euneo, hijo de Jasón y de Hipsípile. Pero sucedió que en Lemnos uno de los jefes aqueos, el heredero del arco y las flechas de Héracles, el príncipe Filoctetes, fue mordido por una serpiente. La llaga era horripilante y hedionda, y el herido se quejaba sin cesar a gritos como el Amfortas de la leyenda artúrica (recuérdese el *Parsifaal* de Wagner). Y sus compañeros abandonaron despiadadamente a Filoctetes en la isla de Lemnos, lo cual —según luego veremos— fue otra de las causas que retardaron la caída de Troya. La triste vida de Filoctetes en aquella región desierta ha sido contada por Sófocles en la tragedia a que dio el nombre del héroe.

Y nos acercamos a la Guerra de Troya, cuyo derrumbe los dioses vienen retardando por medio de todos los incidentes ya descritos, como si se complacieran, en morosa delectación, contemplando de lejos la perspectiva del futuro desastre y reservando voluptuosamente el postre de su festín.

Aún faltará vencer otro obstáculo, y no es el menor: la heroica resistencia del jefe de las armas troyanas, a quien los antiguos gramáticos han querido llamar 'Darío' y a quien el poeta llama 'Héctor': "el que ataja". Pues algunos de los nombres homéricos traen sentido oculto. Los principales: 'Paris' o 'Alejandro': "el que mantiene lejos al enemigo", sin duda por sus certeras flechas; el Generalísimo aqueo, 'Agamemnón': "el que manda a distancia", el que

se extiende e invade; 'Aquiles', el que precipita la derrota troyana, es "el que encierra o estrangula pueblos"; y en cuanto a la causa ocasional de la guerra, 'Helena', es "la raptada", la belleza que nadie posee en propiedad y todos se arrebatan.

Muerto Héctor, aguerrido defensor de Troya —aunque nunca creyó en el triunfo troyano y sólo peleaba por deber, héroe nobilísimo—, aqueos y troyanos reclutaron nuevas fuerzas y reorganizaron sus planes estratégicos, hasta donde lo consentía la invisible mano del Destino, misterioso poder que estaba por sobre los dioses mismos y en quien vagamente se configura ya la imagen del Dios Único y Omnipotente.

De Tracia acudió la reina Pentesilea con una compañía de sus compatriotas, las mujeres guerreras o Amazonas, pero cayó bajo el puño del implacable Aquiles. Él mismo se conmovió al contemplar el cadáver de la hermosa reina, y como el feo y miserable Tersites se burlara de sus lágrimas —el mismo Tersites que ya, en la *Ilíada*, por insolente, se gana una tunda de Odiseo—, Aquiles, en un arrebato de furia, le dio muerte de un puñetazo.

El capitán aliado que muere poco después en el combate a manos de Aquiles fue Memnón, hijo de Eos, Diosa de la Aurora. Por fin el mismo Aquiles, aunque sólo era vulnerable en el talón, fue muerto de un flechazo que le lanzó Paris, por especial designio de Apolo. Cuando la famosa armadura de Aquiles, obra de Hefesto, fue otorgada por los aqueos a Odiseo, Áyax —que creía merecerla y enloqueció de despecho— acabó suicidándose. Éste es el tema del *Áyax*, tragedia de Sófocles. Se cuenta que Áyax (o Ayante), en su locura, aniquiló, como 'Don Quijote', una manada de carneros, tomándolos por enemigos. Y en la *Odisea* vemos que ni en el otro mundo Áyax quiere reconciliarse con Odiseo o resignarse a que se lo haya desposeído de las armas de Aquiles.

Un hijo de Príamo, Héleno, que era vidente, cayó preso en una emboscada de Odiseo —prueba de que éste, con su sola sutileza humana, podía más que el inspirado troyano— y reveló a los aqueos que Troya sólo sería vencida cuando Filoctetes, el guerrero abandonado en Lemnos, y Neoptólemo, el hijo de Aquiles a quien también se llama Pirro, to-

maran parte en el combate. Los aqueos, con ayuda de Neoptólemo y del indispensable Odiseo, el héroe de los mil recursos, se apresuraron entonces a traer a Filoctetes, quien, una vez asistido por el médico militar Macaón, logró tender en el campo a Paris usando para eso el arco y las flechas de Héracles. La esposa legítima de Paris, Enone, a quien éste había abandonado por Helena, era la única que tenía el poder de curarlo; pero, en su despecho, se negó a hacerlo, aunque después, arrepentida, ella misma se dio la muerte y quiso unírsele en el otro mundo. Neoptólemo, llegado de la isla de Esciro, logra entonces expulsar del campo a los troyanos —guerrero digno de su padre— y los obliga a encerrarse en su ciudad fortificada.

El próximo objetivo de los aqueos era apoderarse del Paladión, imagen de Palas Atenea que se custodiaba en Troya desde hacía varias generaciones y era presente de la misma diosa o bien de Zeus. La presencia de esta imagen aseguraba la inmunidad de Troya, y Héleno había prevenido de ello a los aqueos. Hay que advertirlo: Héleno estaba ya resentido contra sus compatriotas porque, después de muerto Paris, no quisieron entregarle a Helena, cuya belleza, como se ve, sigue haciendo estragos para uno y para otro lado. Odiseo logró astutamente penetrar en Troya disfrazado de mendigo y apoderarse del Paladión, ya solo o ya ayudado por Diomedes, su digno compañero en otras proezas, donde aquél siempre es el ingenio inventivo, y éste más bien el aguerrido ejecutor. Helena reconoció al instante a Odiseo, pero no lo denunció a los troyanos, pues, ya arrepentida, su corazón estaba por los aqueos.

Quedaba el camino libre para la caída de Troya, la cual se cumplió al fin mediante la estratagema de aquel enorme Caballo de Palo, con el vientre hueco, aconsejado por Atenea y ejecutado por el artífice Epeo. Con su carga de guerreros escondida en el vientre, el Caballo fue abandonado a la vista de la ciudad enemiga, en pleno campo de batalla, a modo de ofrenda a la diosa Atenea o al marítimo Posidón (con cuyo culto se relaciona muy de cerca el caballo) para que concediese a los aqueos un seguro regreso a sus países nativos. Pues, por lo visto, los aqueos, ante la tenaz resistencia de Troya, abandonaban la partida. Pero lo

cierto es que, en vez de dirigirse a Grecia, simplemente se refugiaron en la cercana isla de Ténedos, para esperar que su compañero Sinón les hiciera la señal convenida.

En tanto, el consejo troyano estaba dividido respecto a lo que convenía hacer con el Caballo de Palo. Y sucedió que el sacerdote de Posidón, Laocoonte, propuso que el Caballo fuera destruido, y aun le asestó un golpe. Al instante salieron del mar dos enormes serpientes que le dieron muerte en compañía de sus hijos, lo que fue interpretado naturalmente como un reproche de los dioses. Y así fue que los troyanos introdujeran jubilosamente en su ciudad al funesto Caballo, considerándolo trofeo de guerra, entre las delirantes protestas de la no escuchada Casandra. Una vez dentro de Troya, los guerreros ocultos salieron del vientre del Caballo en medio de la noche, y Sinón hizo la señal convenida a las tropas que esperaban en Ténedos, encendiendo al caso una fogata. Los guerreros aqueos que ya andaban subrepticiamente por las calles de la nocturna Troya abrieron las puertas de los muros, las tropas entraron y sobrevino el saqueo, derrumbe e incendio de la altiva fortaleza de Príamo. Helena, a quien Menelao no tuvo ánimos para castigar, fue recogida por él y reinstalada en su trono de Esparta (la Esparta arcaica anterior a los lacedemonios), donde la *Odisea* nos la presenta como una dama respetable y respetada por todos, de cuyo pasado nadie quiere acordarse.

IV

Consideremos ahora el asunto mismo de la *Ilíada*. Aunque el texto se halla a la vista del lector, conviene ayudar a éste con algunos análisis y observaciones para guiarlo por entre los vericuetos de la epopeya.

Como ya se sabe, la *Ilíada* no cuenta toda la Guerra Troyana, todo el sitio de Ilión, sino sólo los episodios consiguientes a "la cólera de Aquiles" o su riña con Agamemnón, que ocupan cincuenta y un días en el décimo y último año de la campaña. Tanto la toma de la ciudad como la muerte de Aquiles caen ya fuera del poema, y también caen fuera todos los antecedentes a que antes nos hemos referido. Según decía Aristarco, la *Ilíada* se suspende cuando se adi-

vina ya el final del asedio. Con todo, Goethe parece tener razón al sospechar que el poema pudo concluir con la muerte de Aquiles, ya profetizada por el corcel Janto y por Héctor. O tal vez el sentimiento nacional no soportó que el poema terminara con aquella imagen de vencimiento que nos pinta un fragmento antiguo: "Yacían bajo la ciega racha de polvo los poderosos miembros, miserablemente esparcidos, y olvidado el carro de guerra."

Las flotas aqueas han llegado al suelo troyano. El primero en saltar a tierra fue Protesilao, y al instante cayó muerto de un flechazo anónimo, según Homero, o de un lanzazo de Héctor según versión más antigua, o por una flecha de Paris según la versión más reciente. La viuda de Protesilao ('Laodamia' para unos, y para otros 'Polidora') sufrió tanto que los dioses le devolvieron por tres horas al esposo desaparecido. Cuando éste murió definitivamente, ella se suicidó, con el ánimo de seguirlo hasta el otro mundo, historia romántica si las hay, a que Wordsworth ha consagrado un poema.

RAPSODIA I. *La peste, la querella y la indignación de Aquiles.* Al comenzar la epopeya los griegos se hallan en plenas operaciones guerreras, algo fatigados tras tantos años de asedio inútil, nostálgicos de su tierra y, para colmo, diezmados por las enfermedades. El "derrotismo" cunde subrepticiamente por las filas aqueas.

Durante sus primeras correrías por las escalas del viaje y los alrededores de Troya, han tenido que proveerse de alimentos, y los jefes, de concubinas. Agamemnón se apoderó en Crisa de Criseida, hija de Crises, sacerdote de Apolo. En la toma de Lirneso (Bresa, Lesbos), otra escaramuza del camino, Aquiles se adueña de Briseida.

De pronto se declara una peste en el campamento aqueo. El adivino Calcas explica que Apolo castiga así a los aqueos, por haber ultrajado Agamemnón a Crises, sacerdote apolíneo, rabándole a su hija y negándose a devolvérsela. Arrepentido Agamemnón, manda que Criseida sea devuelta a su padre, a instancias de Aquiles; pero, para compensarse, despoja a Aquiles de su esclava Briseida. Aquiles, iracundo por el atentado contra su honor más que lle-

vado de celos amorosos —aunque el amor no está ausente en sus sentimientos— acusa a Agamemnón ante la asamblea de guerreros con una furia que es el primer tema y el tema fundamental y subyacente de toda la epopeya (altercado o *néikos*). Se declara arrepentido de haber cooperado con sus mirmidones al sitio de Troya, se niega a seguir combatiendo y se recluye en sus barracas, al extremo del campamento. Huelga de armas caídas entre los guerreros mirmidones, que pasan los días entreteniéndose como pueden. Las consecuencias son de dos órdenes: las humanas y las divinas. Las humanas: los troyanos, envalentonados por la ausencia de Aquiles y sus tropas, se atreven a salir de su ciudadela y ponen a los aqueos en trance difícil. Las consecuencias divinas son el reflejo en el Olimpo de la disensión de los caudillos. También los dioses se han dividido. A su vez, celebran una asamblea, reflejo a lo divino de la asamblea terrestre. La diosa Tetis, madre de Aquiles, invocada por éste entre gemidos y lágrimas, obtiene de Zeus que el agravio causado a su hijo tenga por inmediato desquite una derrota de los aqueos, nuevo motivo que, sumado a los ya descritos, viene a retardar la caída de Troya.

RAPSODIA II. *El sueño, la prueba, el catálogo de las naves y la enumeración de las fuerzas de los teucros y sus aliados.* La acción del poema, desde esta rapsodia hasta la X, no obedece a un plan muy claro y aun ofrece algunas contradicciones. La continuación natural del primer canto sólo se reanuda en el onceno. *a)* El sueño: Zeus envía a Agamemnón un sueño engañoso prometiéndole la cercana victoria. *b)* Agamemnón quiere probar a sus hombres, dándose por perdido y exhortando a todos a abandonar la guerra, para luego, por un vuelco patético, enardecerlos de nuevo animándolos a continuar. Odiseo detiene a los aqueos cuando ya están de veras a punto de darse por vencidos y embarcar de nuevo rumo a Grecia. Nueva asamblea para levantar los ánimos. Odiseo castiga al "derrotista" Tersites, única voz popular que se oye en la *Ilíada* contra los abusos de los jefes. *c)* Sea un fragmento del texto arcaico o una interpolación posterior, aquí aparece un catálogo de las fuerzas aqueas y troyanas, documento en todo caso muy viejo y que

nos ilustra sobre la geografía política en los tiempos micénicos, base de largos y eruditos estudios. Se dice que aquí se han deslizado adiciones intencionadas para halagar orgullos locales o que revelan las ambiciones imperialistas, por ejemplo, de Atenas sobre Salamina. La presencia de pueblos asiáticos entre los aliados de Troya da al conflicto un carácter intercontinental. Ya el viejo historiador Heródoto considera la Guerra Troyana como uno de tantos hitos en la eterna lucha del Occidente contra el Oriente, simbolizada en una cadena de raptos (Ío, Europa, Medea, Helena) y que al cabo parará en las guerras persas.

RAPSODIA III. *Desafío de Paris, Helena en las murallas, el pacto, el duelo singular, Paris y Helena, intimación de los aqueos. a)* Paris, armado hasta los dientes, entra teatralmente en el campo de batalla con aire de reto. Retrocede al ver acercarse a Menelao. *b)* Reprendido por Héctor, Paris propone un duelo singular entre él y Menelao, que decida entre ellos dos la suerte de la guerra y la posesión de Helena y sus riquezas. *c)* En tanto, suspendido el combate, de lo alto de las murallas troyanas Helena nombra a Príamo y describe los jefes aqueos que se ven en la llanura ("ticoscopía"). *d)* Príamo es llamado para celebrar con los enemigos el pacto y juramento del duelo singular proyectado. *e)* Menelao domina manifiestamente a Paris, pero éste es sustraído del combate por la diosa Afrodita y depositado en el lecho de Helena. Sobrevienen recriminaciones entre ambos, y Helena cede a la fuerza. *f)* Agamemnón declara que Menelao ha triunfado y pide a Troya la devolución de Helena y sus riquezas y el pago de indemnizaciones de guerra. La rapsodia es importante para apreciar los caracteres de los personajes —Héctor, Paris, Menelao y Helena—, y la "ticoscopía" o inspección de lo alto de las murallas posee singular encanto, hace ver que Helena es admirada y respetada a pesar de todo, y hace ver la benevolencia y comprensión del anciano Príamo. Con todo, se aprecia que Helena no es más que una majestuosa esclava caída en la "trata de blancas" de los Olímpicos.

RAPSODIA IV. *El pacto violado, la revista militar de Aga-*

memnón y primeros incidentes bélicos. a) A instancias de Hera, empeñada en la completa ruina de Ilión ("los dioses tienen sed"), y para que la guerra no acabe con el cumplimiento del pacto y la derrota virtual de Paris, Zeus encarga a Atenea que complique la situación con algún desmán del bando troyano. Pándaro, mal aconsejado por Atenea disfrazada de guerrero, hiere a Menelao de un flechazo. *b)* Agamemnón, indignado ante esta traición, recorre a pie las filas disponiéndose para el ya inevitable combate. *c)* Los primeros incidentes bélicos cubren el campo de cadáveres. Los hombres caen atravesados por lanza o flecha, o bien segados por la daga, "y la oscuridad envuelve sus ojos". La muerte es ante todo una privación de la luz física. Los muertos, como las avestruces, se hacen invisibles por cuanto han dejado de ver. *d)* Adviértanse los incidentes de la revista militar: Agamemnón encomia a Idomeneo, jefe cretense; a los dos Áyax, al anciano Néstor, el veterano de la *Ilíada*, siempre buen consejero, y algo gárrulo como todos los viejos cuando insiste en recordar las hazañas de su juventud; quiere reprender a Odiseo, que no se apresuraba por no haber oído la orden de disponerse a la lucha. Odiseo rechaza la reprensión, y Agamemnón se disculpa. Quiere igualmente, en su impaciencia, reprender al bravo Diomedes y a Esténelo. Aquél calla disciplinariamente, pero Esténelo rechaza como injustas las palabras del Rey de Reyes.

RAPSODIA V. *Hazañas de Diomedes.* En la *Ilíada* hay fragmentos consagrados a las hazañas individuales de este o de aquel héroe. Estos apogeos heroicos se llaman "principalías" o "aristías". La aristía de Diomedes domina toda esta rapsodia y la primer mitad de la siguiente. (La de Agamemnón ocupa la rapsodia XI; la de Áyax, la XIII; la de Menelao, la XVII.) Atenea infunde ánimos a Diomedes, le concede el dón de reconocer a los dioses que andan mezclados con los hombres en el campo de batalla, y lo alienta para que combata contra ellos. Diomedes retrocede ante Apolo, pero hiere y expulsa del campo a Afrodita y al propio Ares. Además de otras proezas, da muerte al flechero Pándaro, el que violó el pacto, y hiere a Eneas. Entre los incidentes secundarios, descuella el encuentro del Heraclida Tlepólemo,

nieto de Zeus, con Sarpedón, hijo de Zeus; y además, la intervención de Hera y Atenea por los aqueos, así como Apolo, Afrodita y Ares han intervenido por los troyanos.

RAPSODIA VI. *Adioses de Héctor y Andrómaca. a)* Esta rapsodia continúa la descripción de las hazañas de Diomedes, desde el instante en que, con la expulsión de Ares, los combatientes quedan entregados a sus propias fuerzas. *b)* Las damas troyanas piden el favor de Atenea. *c)* Hermoso encuentro entre Glauco y Diomedes que, en medio del combate, y en nombre de la amistad que unió a sus padres, suspenden la lucha y cambian sus armas como una prueba de cordialidad. *d)* Héctor vuelve por unas horas a la ciudad, donde su madre y las damas troyanas imploran a Atenea. *e)* Héctor encuentra a Andrómaca en las murallas. Se despiden: una de las más conmovedoras escenas de la epopeya. Él sabe que morirá. Ella lo llora por muerto. Su hijo Astianax, a quien pronto los aqueos arrojarán de lo alto de los muros, se asusta y llora ante los arreos militares de Héctor. Escena de risas y lágrimas entremezcladas. *f)* Héctor y Paris vuelven al combate.

RAPSODIA VII. *Combate entre Héctor y Áyax. a)* Llega a su ocaso el largo día de combate que comenzó en la rapsodia II, con el duelo singular entre Héctor, jefe troyano, y Áyax, rey de Salamina. La *Ilíada* es una serie de torneos individuales en que se complace un auditorio experto en los lances de armas. Ambos contrincantes pelean denodadamente sin poder tocarse, aunque Áyax domina. Los heraldos detienen el combate ante la llegada de la noche "que quiere ser respetada". Ambos héroes se cambian presentes y se elogian caballerescamente al suspender el combate. *b)* A la mañana siguiente, aqueos y troyanos pactan una tregua para incinerar a sus muertos, y los aqueos levantan un muro de protección para sus naves. Los troyanos, en tanto, resuelven devolver las riquezas de Helena, pero no a Helena, lo que rechazan los aqueos. Éstos reciben provisiones de Lemnos. Al parecer un día pasa en la incineración de los muertos, y otro en levantar el muro aqueo.

Rapsodia VIII. *Batalla interrumpida.* En la rapsodia I, Zeus ha ofrecido a Tetis vengar el agravio infligido a Aquiles por Agamemnón, permitiendo algún progreso de las fuerzas troyanas. A este fin, engaña a Agamemnón con falsas esperanzas en la rapsodia II. Después, permite que los dioses mantengan la victoria indecisa, auxiliando a sus respectivos favoritos. En esta VIII rapsodia Zeus aparece ya resuelto a obrar en persona, prohibe las intromisiones divinas, se instala en el Monte Ida a vigilar los combates por sí mismo, ahuyenta con sus rayos a los aqueos, detiene la triunfal carrera de Diomedes y de Teucro, impide la intervención de Hera y Atenea, permite que Héctor rechace a los aqueos y los encierre en su fortaleza. Los troyanos se sienten sostenidos por Zeus, pero los detiene la llegada de la noche. Zeus explica a los dioses sus planes: Héctor seguirá triunfando hasta que, muerto Patroclo, Aquiles, para vengarlo, resuelva volver al combate. Entretanto, los troyanos tienen algún respiro, encienden fogatas y luminarias nocturnas por precaución, desuncen los carros, ofrecen sacrificios. Algunos dormitan junto al fuego. Destellan las aguas junto al Escamandro.

Rapsodia IX. *Embajada a Aquiles.* Agamemnón decide, ante el mal curso que lleva la guerra, obtener a toda costa la reconciliación con Aquiles y el retorno de éste a la guerra. Le envía entonces una *presbía* o embajada de autoridad. La embajada ofrece a Aquiles valiosos presentes, y aun la devolución de Briseida. La negativa de Aquiles es una manifestación de *hybris* o desmesura, pecado capital entre los helenos. Aquiles, como ya sabemos, está condenado a una pronta muerte. Ya, invisible, la condena se cierne sobre el guerrero, como él mismo lo reconoce y declara. Sin esta rapsodia, llena de amenidad, Aquiles, aunque protagonista de la epopeya, hubiera quedado fuera de escena entre las rapsodias I y XVI, salvo una rápida aparición en la X. *a)* En una asamblea nocturna, Diomedes, que se ha dejado reprender en silencio a la hora de la revista militar, aunque la reprensión era injusta, usa de su derecho y reprende a Agamemnón por su actitud "derrotista". Néstor se contiene para no censurar a Agamemnón y se limita a pedir ciertas pre-

cauciones. *b)* Durante la cena de los capitanes, por consejo de Néstor, Agamemnón accede a intentar una reconciliación con Aquiles. *c)* La embajada de Agamemnón (Áyax y Odiseo al mando de Fénix —antiguo ayo de Aquiles— y los heraldos Euríbates y Odio), en vano procura reconciliar a Aquiles, ofreciéndole presentes, la devolución de Briseida intacta, siete ciudades, la mano de una de las hijas de Agamemnón, etc. Los discursos que entonces se cambian poseen singular interés: ejercicios de persuasión oratoria en varios estilos. La embajada regresa, despechada. Diomedes se indigna ante la actitud reacia de Aquiles. La discolería de Aquiles cambia el peso de la Némesis: los platillos de la balanza, antes en contra de Agamemnón, mudan de postura.

RAPSODIA X. *La Dolonía.* Excurso pintoresco: durante la noche —y como si conviniera al peso patético del poema compensar el fracaso de la embajada con alguna proeza— Odiseo y Diomedes reconocen el campamento enemigo, habiéndose apoderado de Dolón, espía troyano, y los dos solos dan muerte a una docena de jefes enemigos, sorprendiéndolos en pleno sueño, así como a Reso y a sus tracios, y se apoderan de unos caballos.

RAPSODIA XI. *La gran batalla*, tercera que presenciamos en la *Ilíada*, va a prolongarse hasta la rapsodia XIV. Aquí se reanuda el hilo interrumpido al acabar la rapsodia I, y los críticos creen reconocer aquí el primitivo estrato del poema. Es la aristía de Agamemnón que, habiendo sido herido, tiene que retirarse. Odiseo pelea denodadamente, y Áyax y Menelao lo salvan de un cerco de enemigos. Todos van quedando heridos y se alejan uno tras otro. El último, Áyax, se defiende palmo a palmo. La acción bélica ha llegado aquí a su apogeo. Aquiles envía a su amigo y teniente Patroclo para pedir nuevas del herido Macaón en la tienda de Néstor, quien le aconseja que, puesto que Aquiles se niega a combatir, permita que Patroclo salga con los mirmidones al campo, revistiendo los arreos de Aquiles para atemorizar a los enemigos. De regreso a sus barracas, Patroclo se detiene a atender a Eurípilo, otro combatiente maltrecho.

Rapsodia XII. *Lucha junto al muro.* Los troyanos logran replegar a los aqueos, según la promesa de Zeus a Tetis al comienzo del poema. Los aqueos se encierran tras el muro que han levantado en la rapsodia VII. Los troyanos, en cinco poderosas columnas, llegan hasta el muro, y son dueños del campo ("Ticomaquia").

Rapsodia XIII. *Lucha junto a las naves.* El empellón de los troyanos repliega a los aqueos hasta la misma playa, donde las naves son su última línea defensiva. Alentados por Posidón en disfraz humano, los aqueos, en un contra-ataque desesperado, logran detener a sus perseguidores. El cretense Idomeneo y Áyax Telamonio, en una verdadera aristía o apogeo hazañoso, atajan a Héctor. Otras hazañas: Deífobo, Eneas, Antíloco, Menelao.

Rapsodia XIV. *Ardid de Hera.* Agamemnón, atemorizado, plantea el desistimiento del sitio y, como de costumbre, lo rebate Diomedes. Hera, divina hembra de sacras cóleras y caprichosos arrebatos, resuelve amparar a los aqueos. Ungida y perfumada, ataviada con sus mejores lujos, ceñida con ese famoso e irresistible cinturón de Afrodita, seduce a Zeus. Éste, ofuscado, incurre entonces en ese error de masculina jactancia que los helenistas llaman "el incidente de Leporello" (alusión al criado de 'Don Giovanni' en Mozart y de 'Don Juan' en *El libertino*, de Shadwell) y, para declarar su amor a la diosa, la compara y pone por encima de todas las hembras que antes ha seducido. Día —la que después será esposa de Ixión; Dánae, madre de Perseo; Europa, la hija de Fénix; Semele, madre de Dióniso; Alcmena, madre de Héracles; Latona, madre de Ártemis y Apolo... Al fin Zeus se adormece en brazos de Hera (*Dios apátee*, el despego de Dios) y ella hace que el marítimo Posidón ayude entretanto a los aqueos, que al fin rechazan a los troyanos. Héctor, herido de una pedrada por Áyax, retrocede de mala gana. ¿Por qué ha sido necesario adormecer a Zeus para lograr alguna ventaja de los aqueos? Porque Zeus, en la rapsodia I, ha ofrecido a Tetis, para vengar a Aquiles, hijo de la Nereida, agraviado por Agamemnón, permitir los progresos de las fuerzas troyanas a

fin de que mejor se sienta la falta que hace Aquiles entre los aqueos. Y esta promesa de Zeus, que simplemente retarda el inevitable derrumbe final de Troya, decretado por el destino, aún no cesa en sus efectos.

RAPSODIA XV. *Ofensiva hacia las naves*. Desde este canto hasta el XIX se desenvuelven los episodios en torno a Patroclo, el segundo de Aquiles, o "La Patroclea". La suerte estaba indecisa. Pero Zeus despierta de su sueño. Enfurecido, ordena a Posidón que se retire del campo y manda a Apolo en ayuda de los troyanos. Héctor —ya recuperado— ataca con redoblado denuedo a los aqueos. En tanto, Áyax defiende bravamente las naves y salta de una en otra como el acróbata de uno en otro caballo. Patroclo, que salió al campo para recoger noticias en la rapsodia XI, vuelve a la tienda de Aquiles dispuesto a convencerlo de que abandone su "aislacionismo".

RAPSODIA XVI. *Muerte de Patroclo*. Patroclo obtiene permiso de Aquiles para concurrir al combate con algunos de sus hombres, usando, además, la armadura del propio Aquiles, con lo que se espantan los troyanos suponiendo que es el propio jefe de los mirmidones. Los troyanos han comenzado a incendiar las naves aqueas, cuando Patroclo logra limpiar el campo y libertar la zona ocupada por los suyos; pero se aleja demasiado, y aunque da muerte a Sarpedón, Apolo, invisible, lo aturde de un golpe en la espalda, Euforbo lo hiere y Héctor logra darle muerte. El combate en torno al cuerpo de Sarpedón anuncia el que ha de librarse poco después en torno al cuerpo de Patroclo.

RAPSODIA XVII. *Aristía de Menelao*. En torno al cuerpo de Patroclo, sobreviene una furiosa pelea, en que Héctor choca otra vez con Áyax y en que descuella Menelao por su bravura. Los aqueos recobran el cadáver de Patroclo, pero Héctor lo ha despojado antes de sus armas, las armas de Aquiles, con que él mismo se reviste para seguir el combate. Patroclo había llegado al combate en el carro de Aquiles. Los caballos, que son inmortales, lloran de dolor al verlo muerto.

Rapsodia XVIII. *Las armas de Aquiles.* Estalla por segunda vez la pasión de Aquiles, y esta vez al saber la muerte de Patroclo. Su madre Tetis y un coro de Nereidas acuden a consolarlo. Decide al fin volver al combate, con el ánimo de vengar la muerte de su amigo. Desde lejos, contempla el campo y lanza un tremendo alarido de ira que espanta a los troyanos. Como sus armas, que Partoclo había revestido, han quedado en manos de Héctor, Tetis hace que el dios herrero, Hefesto, fabrique para él una nueva armadura. La descripción del escudo que éste hace para Aquiles es una noble pieza, cuyos motivos labrados representan la vida y los usos del pueblo aqueo. Modelo de toda literatura ulterior sobre objetos de arte imaginarios, inspirará el poema hesiódico del *Escudo de Héracles* y, en la decadencia de las letras griegas, a través de los *íconos* o pinturas fingidas de los Filóstratos, proporcionará uno de los elementos que contribuyan al nacimiento de la novela. Los restos de Patroclo vuelven a manos de Aquiles.

Rapsodia XIX. *"Catástrofe" o vuelco de pasiones.* Poseído de la sed de venganza, Aquiles acepta el reconciliarse con Agamemnón. Briseida vuelve a la tienda de Aquiles y llora sobre el cadáver de Patroclo. Aquiles reviste su nueva armadura, sube al carro y habla a sus caballos divinos, Janto y Balio (Bayo y Tordillo). El primero, dotado un instante de habla por especial merced de Hera, culpa a Apolo del robo de las anteriores armas de Aquiles, que Patroclo llevaba consigo y han parado en manos de Héctor, y añade: "Por hoy, te salvaremos, pero sábete que los dioses apresuran ya el día de tu muerte." Nótese: *a)* que ya Tetis ha prevenido a su hijo Aquiles de que, volver al combate, significará su muerte; *b)* que, aunque Aquiles está ansioso por volver sin más a la pelea, Odiseo recuerda que es indispensable (según el honor tradicional) reconciliarse antes formalmente y aceptar el pago ofrecido por Agamemnón. Agamemnón ofrece una disculpa pública, declarando que cometió una injusticia, cegado por una mala pasión (*ate*); *c)* que, como Aquiles se niega a comer por su estado de dolor y pasión, Tetis lo alimenta echando en su seno néctar y ambrosía.

RAPSODIA XX. "*La Aquileida*" o reaparición de Aquiles en el combate ocupa de los cantos XX a XXIV. Aquí empieza la cuarta gran batalla, en que se mezclan hombres y dioses, aunque éstos pronto se retiran. Aquiles, azote de muerte para los troyanos, a quienes barre a su paso, está a punto de quitar la vida a Eneas, pero Posidón lo rescata. (Gracias a lo cual, poseemos la *Eneida* de Virgilio, poema que no hubiera existido si la epopeya homérica hace morir a Eneas en este punto.)

RAPSODIA XXI. *a) Los elementos.* Aquiles extermina huestes enteras de troyanos y da muerte a varios personajes eminentes, entre largos discursos genealógicos que son el deleite de los comentaristas. Los elementos mismos participan en la lucha. El río Escamandro o Janto, ayudado por el Simois, se hincha y desborda para estorbar el paso de Aquiles y permitir la huida de algunos troyanos. Pero el fuego de Hefesto cae entonces sobre el río y hace hervir y evaporar las aguas. La lucha de los elementos compromete nuevamente a los dioses, que otra vez bajan a probar sus armas. *b) Teomaquia*, ópera bufa, combate entre los dioses, de marcado sabor cómico, parangón del pasaje sobre "los amores de Ares y Afrodita" en la *Odisea.* Atenea derriba a Ares de una pedrada. Y cuando Afrodita, sintiéndose guerrera (lo que por lo demás corresponde a cierta tradición muy vetusta y ya borrosa en la *Ilíada*) va a proteger a Ares, Atenea le aplica un formidable golpe en el plexo solar y la deja desfallecida. Entretanto, la madre Hera tira de las orejas a Ártemis, y Posidón y Apolo se contentan con lanzarse denuestos. Tras el majestuoso descenso de los dioses a la tierra en la rapsodia XX, este fragmento resulta débil, y acaso sea una interpolación.

RAPSODIA XXII. *Muerte de Héctor.* Todos los troyanos, menos Héctor, han huido de Aquiles. Desde lo alto de las murallas de Ilión, Príamo y Hécuba ruegan a su hijo Héctor que no se enfrente con Aquiles. Héctor los desoye y espera a su enemigo a pie firme. Pero de pronto, al verlo acercarse, poseído de un pavor súbito, echa a correr, sin percatarse de que se han cerrado tras él las puertas de la ciudad tro-

yana. Aquiles lo persigue, "Aquiles de los pies ligeros", y Apolo lo ayuda hasta donde puede, concediéndole también gran agilidad en la carrera. Uno tras otro, dan tres vueltas en torno a la ciudadela, y Aquiles logra cortar a Héctor la retirada. Héctor se ve obligado así a aceptar el combate, engañado además por Atenea, que se le acerca fingiendo la forma de Deífobo, el hermano de Héctor, y ofreciéndose a protegerlo. Cuando Héctor ve que Aquiles, tras de fallarle el primer golpe con la lanza arrojadiza, tiene otra vez la lanza en la mano, comprende que los dioses están de por medio y sabe que lo espera la muerte. En efecto, cae a manos de Aquiles, atravesado por el cuello, y como aún puede hablar, en vano le ruega que devuelva su cadáver a los suyos para recibir las honras fúnebres indispensables a su eterno descanso. "No hay tratos con un león —le dice el enfurecido Aquiles—. Tú y yo no tenemos ni el derecho de amarnos." Después, arrastra en su carro el cadáver de Héctor, mientras en Troya se alzan los lamentos desesperados.

Rapsodia XXIII. *Funerales de Patroclo.* Aquiles celebra estos funerales con sacrificios de doce animales y doce prisioneros troyanos (único caso de sacrificio humano en la *Ilíada*), para que sirvan de cortejo a Patroclo, y entrega su cabellera a la pira de su amigo. Organiza además unos verdaderos concursos atléticos con carreras a pie y en carro, combate de guantelete, concurso de arco y jabalina, modelo para los futuros Juegos Olímpicos. Estas celebraciones han sido reclamadas a Aquiles por el espectro de Patroclo, que se le aparece en sueños para pedirle que le rinda los tributos debidos: único atisbo en la *Ilíada* de una supervivencia más que fantasmal de los muertos, y rasgo que se considera como "pegado" a la persona de Aquiles por ser éste un tésalo algo rudo, que aún conserva supersticiones impropias de los demás nobles helénicos.

Rapsodia XXIV. *Rescate de Héctor.* Aquiles, que ha ultrajado el cadáver de Héctor arrastrándolo en su carro tres veces en torno a la pira de Patroclo, continúa haciéndolo en los días sucesivos, presa de una rabiosa locura. Pero el cadáver de Héctor se conserva incólume por voluntad de los

dioses y cuidados que éstos le administran, tácita protesta contra la iracundia del héroe. El viejo Príamo, lloroso y nocturno, conducido por el propio Hermes que acude, disfrazado, en su ayuda (Hermes es el mensajero general, e Iris sólo puede atender de día los mensajes divinos, viajando a través del arco-iris), afronta los riesgos y se atreve, entre las tiendas de los aqueos, hasta la barraca de Aquiles, a quien ruega que le devuelva los restos de su hijo Héctor. Aquiles que, al verlo aparecer, da un salto de animal sorprendido, lo recibe honrosamente, llora con él, sintiendo que ambos son víctimas y juguetes de un duro destino, ordena que se le entregue el cadáver de Héctor, limpio y perfumado, y decreta doce días más de tregua (lo que hará trece, pues los griegos comienzan a contar el día desde el ocaso), para dar tiempo a las honras fúnebres de los troyanos. El poema acaba con las exequias de Héctor en Ilión y las lamentaciones de Andrómaca, Hécuba y Helena.

Como se ve, la *Ilíada* reposa sobre las siguientes bases: la rapsodia I, que determina la acción del poema; la IX, en que Aquiles, hasta aquí justificado, comienza a equivocar su conducta, dando lugar al choque trágico o conflicto entre dos energías: ni es del todo vituperable, ni es ya del todo simpático; en la rapsodia XVI, la testarudez de Aquiles provoca indirectamente su propio castigo; y en la rapsodia XXII acontece la verdadera catástrofe. Otras partes del poema desempeñan diferentes funciones: la rapsodia III, mantiene la suspensión, ofreciendo un posible escape a las desgracias que han de venir; la visita de Héctor a Ilión es un mero episodio que enriquece el conjunto; la X complementa la acción, disipando con una hazaña la atmósfera de "derrotismo" entre los aqueos; la XXIII nos proporciona brillantes retratos de los varios capitanes griegos, su temperamento y su conducta fuera de los instantes agudos del combate o el consejo de guerra; y la XXIV ofrece un precioso contraste entre la locura colérica de Aquiles y la magnanimidad de que es capaz cuando "revienta el absceso patético".

V

Los homeristas advierten ciertos ritmos y simetrías numéricas en el poema, acaso meras curiosidades, pero esta minuciosidad analítica es un efecto plausible de la verdadera afición.

Ya sabemos que entre el rapto de Helena y el ataque a Troya pasaron diez años. Otros diez durará el asedio de Troya, y diez más el regreso de Odiseo a su reino de Ítaca. Estas alternancias parecen recursos de buena economía en el aprovechamiento que el poema hace de la saga tradicional.

Además del ritmo decenario, se advierte con facilidad un ritmo terciario: tres vueltas del perseguidor y el perseguido en torno a la ciudadela fortificada de Troya; tres vueltas diarias del carro de Aquiles, que arrastra el cadáver de Héctor en torno a la pira fúnebre de Patroclo.

Estos dos ritmos (10 y 3) se combinan con el ritmo de trece:

Diez días dura la peste e incineración de cadáveres aqueos que preceden a la primera asamblea; trece días siguen a esta asamblea, durante los cuales Aquiles se encierra en su tienda con Patroclo, ya entregado a rumiar su cólera contra Agamemnón, ya a cantar "hazañas de los hombres" (epopeyas, cantares de gesta).

Durante trece días, Aquiles arrastra el cadáver de Héctor en torno al túmulo de Patroclo.

Tras la devolución del cuerpo de Héctor, los muertos troyanos arden durante trece días, la tregua decretada por Aquiles.

Hay seis días intermedios (o sea dos veces tres), de los cuales el primero y el segundo son como preparaciones, y en el tercero hay dos duelos. Después vienen tres días de combate, seguidos por la muerte de Patroclo. Los viejos comentaristas se divertían en comparar esta sucesión de episodios con las diversas partes de un templo. Pero no conviene que los sigamos en sus excesos. Estos juegos aritméticos podrían multiplicarse y nos llevarían a ver en el poema más de lo que él contiene y más de lo que le hacía falta.

No sería justo, en cambio, que nos despidiésemos de

la *Ilíada* sin observar algunas peculiaridades del arte homérico.

Es muy de notar —y se lo nota con satisfacción— que, aunque los troyanos son los enemigos, Homero es perfectamente cortés para con ellos, y no incurre en ramplonerías pasionales. Nos los pinta siempre caballerosos; en verdad, más que a los aqueos muchas veces. Algo semejante se advierte en Safo y en Eurípides. ¿Premeditado acierto estético, recurso para no quitar emoción a la lucha, mostrando por ejemplo, una superioridad excesiva en uno de los bandos? ¿Fácil nobleza para el adversario derrotado, de quien además nos separan ya varios siglos? ¿O vaga nostalgia por el pasado de aquella región y por sus hombres heroicos, nostalgia que se comunicó a las islas del litoral asiático, donde Homero entona su canto? Hay quien piense que la dignificación de Héctor —odioso en alguna anterior versión de la epopeya— es el efecto de sucesivos retoques; y hay quien considere, con razón, como una de las maravillas del poema el hacernos simpatizar con Héctor fugitivo, con Aquiles cruel y Helena adúltera, sin por eso perder de vista un solo instante los ideales de valor, piedad y castidad.

Otra maravilla no menor es la buena economía que, como lo recomienda Aristóteles, sólo ha querido aprovechar una sola veta en aquel enredo de actos y episodios: la cólera de Aquiles (contra Agamemnón, contra Héctor) y sus consecuencias; ni toda la historia de la guerra troyana, ni tampoco una "Aquileida" completa: cincuenta y un días en el décimo año de la guerra. De Aquiles sólo averiguamos lo esencial para apreciar su estado de ánimo y los efectos de sus pasiones, como en una fábula moral. La *Ilíada* ni siquiera nos lleva a la caída de Troya.

La mayor parte del poema transcurre en ausencia del héroe, y el arte vigoroso de Homero logra, con todo, mantener a Aquiles siempre presente en nuestra conciencia: nube de tempestad, perpetua amenaza.

Las digresiones que amenizan y sazonan el poema están siempre presentadas y conducidas con tino singular, como antecedentes, comentarios, o futuras consecuencias de la acción general.

Salvo leves y contadísimas excepciones, en que parece

exigirlo así la misma enormidad de los errores humanos que el poeta refiere, éste se oculta detrás de sus figuras, apenas habla por cuenta propia, y cumple así la regla épica de objetivación, convencido tal vez de que los señores que lo alquilan para recitar nada quieren saber de él, sino de los héroes que canta. Procede, así, conforme a una técnica ya dramática: deja que los personajes se pinten solos con sus palabras y sus actos.

Mucho se ha dicho, mucho queda todavía por decir sobre Homero, y mucho hay que aprender siempre en sus poemas.



ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

I

LOS POEMAS HOMÉRICOS

II

LA *ILÍADA* DE HOMERO

III

LA AFICIÓN DE GRECIA

Obras Completas de Alfonso Reyes

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de junio de 2000 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 1 000 ejemplares.

El presente volumen de las *Obras completas* de Alfonso Reyes, XIX de la serie cronológica de su producción, ofrece un nutrido y unitario material de asuntos helénicos, singularmente homéricos, a los que dedicó Reyes lo mejor de sus últimos años. En su orden, figuran monografías inéditas sobre *Los poemas homéricos;* versiones directas de las primeras nueve rapsodias de *La Ilíada,* que él tituló *Aquiles agraviado,* ya publicadas, pero a las que se añade un fragmento, encontrado entre sus papeles, de *La Dolonía,* primer interludio con que se inicia la décima rapsodia, y el volumen póstumo de *La afición de Grecia,* que vino a rubricar la actitud predilecta de toda una vida. Teoría, historia y práctica, más que del griego, de Grecia y de lo griego, como su autor solía decir, se rigen aquí por la señera figura de Homero y sus obras. Exposiciones, divulgaciones y prólogos para el gran público se juntan a la discusión erudita sobre interpolaciones y "negruras y lejanías de Homero", sin faltar la documentación de primera mano, el juicio de los especialistas consagrados y menos la exactitud y la gracia del estilo que señorea todas las páginas. Modestamente llamó Reyes "traslado" a sus traducciones homéricas, y fue en realidad hazaña homérica la de traducir en verso alejandrino 5 691 hexámetros griegos en poco más de un año, del 29 de julio de 1948 al 21 de octubre de 1949, con un superávit de 72 versos apenas, explicable de suyo por las diferentes índoles idiomáticas y de métrica. Y al mismo tiempo Reyes ejecutaba toda una gama de labores anejas, desde la creación poética del momento de la traducción, *Homero en Cuernavaca (Obras completas,* X), hasta la historia y exégesis de los textos, amén de los catálogos de deidades, personificaciones, monstruos, animales, lugares, semidioses y héroes míticos. La caridad de Reyes para el neófito llegaba, en esta época, aparte de los cursos gratuitos en El Colegio Nacional ("Lectura y análisis de *La Ilíada",* "Momentos e imágenes de Grecia", etc.), a los extremos de la divulgación o a levantar el registro alfabético de aqueos y troyanos o el de las narraciones pormenorizadas que figuran en los poemas homéricos. Todo este mundo helénico trabajado amorosa y sabiamente por Reyes, publicado o inédito, se organiza en este volumen con precisión gradual, tanto en sus temas como en su íntima elaboración, sin descuidar la cronología de las redacciones sucesivas y de las publicaciones. *La afición de Grecia,* y aún más que eso, podría titularse el volumen, de no haber Reyes elegido para su libro póstumo esa frase que aparece de manera premonitoria en uno de sus primeros escritos.

Contó Reyes al editar por primera y única vez en vida su traslado de *La Ilíada* con la colaboración de otra gran helenista en el campo de la plástica, Elvira Gascón. Con trazos firmes, finos y poéticos, la mano de Elvira Gascón ornó la primera edición con láminas, viñetas y colofones, creando un todo armónico y original con la obra literaria. Hoy de nuevo se ha contado con su inspiración y voluntad artística y ha extendido su labor al volumen completo, que supera sin duda la obra inicial, no sólo en número, sino en calidad y en su penetración del mundo helénico, que en buena medida era el mundo de Alfonso Reyes.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

www.fce.com.mx

